



ARTÍCULOS EN LA PRENSA MONTAÑESA

I (1922 - 1929)

RECOPILACIÓN E INTRODUCCIÓN DE IGNACIO AGUILERA

INSTITUTO DE LITERATURA
JOSÉ MARÍA DE PEREDA



INSTITUCIÓN CULTURAL DE CANTABRIA

DIPUTACIÓN PROVINCIAL

DE SANTANDER

1972



El natural cariño a la patria chica y una larga experiencia profesional, me hicieron ver que una considerable parte de la obra literaria de los escritores montañeses era poco menos que inaccesible a los lectores y estudiosos.

Sólo en las dos Secciones de la Biblioteca de Menéndez Pelayo podía ser consultada la casi totalidad de esas obras, las más de ellas agotadas y en contadas ocasiones venales en librerías de viejo.

Hasta que la Editorial Aguilar publicó —en la edición dirigida por D. José M.ª de Cossío— las obras de Pereda, una buena parte de la producción del novelista de Polanco era imposible adquirirla, y lo mismo sucedía con no pocas series de las obras de Menéndez Pelayo, reunidas, al fin, entre 1940 y 1959, en los sesenta y cinco volúmenes de la edición que, gracias al cuidado y al tesón de D. Enrique Sánchez Reyes, fueron apareciendo en el transcurso de esos deicinueve años.

¿Y qué decir de la producción de otros escritores de nuestra tierra, muy dignos de ser leídos y comentados, que habían hecho de sus obras ediciones muy cortas y apenas salidas del ámbito local?

Esas circunstancias me hicieron concebir la tristemente truncada colección que titulé Antología de escritores y artistas montañeses. Creo que gracias al medio centenar de los tomos de esa Colección—modestísimo Rivadeneyra de una provincia española— son muchos los lectores que han podido gustar, siquiera parcialmente, páginas de escritores de la Montaña y han podido tener información de una parte considerable de las obras —pictóricas, escultóricas y arquitectónicas— esparcidas por toda la geografía española y que fueron concebidas y ejecutadas por artistas nacidos en la actual provincia de Santander.

Al ponerse fin a la publicación de la Antología, uno de mis mayores sentimientos fue no haber podido incluir en ella a Manuel Llano. Conocí a este gran escritor recién salido yo de la Universidad y cuando él soñaba con publicar su primer libro, pero cuando, en la prensa local, había ya dado pruebas de lo que podía esperarse de su pluma. Nuestro conocimiento, y la subsiguiente amistad —porque ésta se imponía al conocer al hombre— tuvo como escenario inmejorable el marco de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, porque a ella acudía, siempre que sus ocupaciones se lo permitían, para leer cuanto podía y también para asistir a la tertulia que, entre la una y las dos de la tarde, aproximadamente, se reunía en el vestíbulo de la Casa.

Cuando tan prematura como repentinamente se nos marchó de este mundo el buen "Nel", estaba yo lejos de Santander. Al conocer la irreparable desgracia, además del natural sentimiento, sentí, como una obligación —por leditad al amigo inolvidable y al gran prosista—, hacer cuanto estuviera a mi alcance porque su recuerdo no se extinguiese. Y una doble circunstancia ha hecho posible el cumplimiento de esa promesa.

Un montañés ilustre —tan lo uno y lo otro, que con la misma natural elegancia se desenvolvía en los más altos medios sociales y financieros que en cualquier "corro" de bolos—, Marcelino Botín, creó la "Fundación" que lleva su nombre, pero de la que él solo sabía lo que habría de ser en un futuro que, desgraciadamente fue muy próximo, y en la que, por su bondadosa amistad y no por méritos míos, me honró con un puesto en el Patronato.

En el acta de la sesión celebrada por éste el día 23 de junio de 1967, se leen estas palabras, que transcribo a la letra, porque en ellas queda patente la exquisita sensibilidad, la inteligente comprensión y la ejemplar generosidad del llorado amigo: "...A continuación. D. Marcelino Botín, refiriéndose al acta que acaba de leerse, de la reunión celebrada el día 5 de diciembre de 1966, y en cuanto a la sugerencia que hizo en la misma de solicitar iniciativas de los demás miembros de la Fundación en relación con la posible ayuda de la misma a empresas de tipo cultural, artístico o literario, manifiesta que ha tenido diversas conversaciones con D. Ignacio Aguilera, miembro de este Patronato, y dice que D. Ignacio le ha sugerido, como trabajo digno de ser acometido, la edición de la obra literaria de Manuel Llano, benemérito e insigne escritor montañés. El Presidente expresa que, desde el primer momento, comunicó al Sr. Aguilera su aprobación a esta idea, ofreciéndose a llevar a la próxima reunión esta propuesta, lo que hace en este momento con el mayor agrado por entender que la obra de Manuel Llano es acreedora a ser sacada del doloroso olvido e ignorancia en que se encuentra. Agrega D. Marcelino que sobre este punto ha mantenido también conversaciones con D. José M.ª de Cossío y D. Gerardo Diego, complaciéndose en manifestar que ambos le calificaron en los términos más elogiosos, entendiendo que sería para la Fundación un timbre de gloria llevar esta obra a feliz término. Todos los reunidos mostraron su total aprobación a cuanto antecede y encomendaron a los Sres. D. Ignacio Aguilera y D. Marcelino Botín la ejecución de lo necesario para publicar la obra a que se ha hecho referencia..."

Con este refrendo del Patronato, me apliqué a reunir todos los libros del escritor cabuérnigo, y logré algo que, desde hacía tiempo, buscábamos infructuosamente: el acta de nacimiento del escritor, a la que, sin mayor esfuerzo, uní otras dos: la de su boda y la de su óbito.

No hacía mucho tiempo —creo que fue en los comienzos del Curso 1966-1967-, me había trasladado a Madrid para asistir a la última lección que, como catedrático de Lengua y Literatura españolas, explicó mi fraternal amigo y paisano, D. Gerardo Diego, que fue, además de última, magistral. Fui testigo del asombro con que ilustres personalidades del mundo de las letras -poetas y académicos, catedráticos y novelistas, etc., etc.— escucharon la lectura de los textos de Llano que docta y agudamente comentó el catedrático santanderino, y compartí la especial emoción que sentimos los montañeses que asistimos al solemne acto. Propuse a mis compañeros de la Junta de Gobierno del Ateneo que éste costease una separata de la gran lección —como homenaje, de una parte, al que era una de los muy contados Socios de Honor de nuestro Ateneo- y también al escritor cabuérnigo, ilustre y entusiasta ateneista, aunque alguna vez —y muy a su pesar— pagara con retraso los recibos de la Sociedad. Estimé que de esa manera el Ateneo —que en 1928 otorgó a Llano su primer galardón literario por el trabajo que se publica al final del primer tomo de esta edición de sus artículos- saldaba su deuda con quien, con su pluma, había pagado con creces cuanto el Ateneo hubiera hecho en favor del llorado escritor.

Y por esa lección magistral, por el epílogo que puso a Dolor de tierra verde —libro último e inconcluso de Llano—, porque sabía cuánta era la generosidad del autor de Mi Santander, mi cuna, mi palabra..., no dudé en pedir al académico santanderino unas páginas prologales para la edición que estaba imprimiendo Aldus, la empre-

sa en que Llano fue corrector de pruebas. Y debo y quiero dejar aquí constancia de la ayuda que en la corrección de pruebas me prestaron D.ª Felisa Gutiérrez Iglesias y D. Francisco Sáez Picazo, los mimos que ahora me han auxiliado en esta edición de los artículos de Llano en la prensa santanderina.

Ésta —singularmente después del incendio de 1941, en el que desaparecieron todos los edificios en que estaban instalados los diarios locales— hubiera sido en su casi totalidad inasequible a los lectores, si no se hubieran guardado celosamente los ejemplares en la Sección de Fondos Modernos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Y gracias a estas colecciones —que tienen el valor de "ejemplares únicos"— hace años pudimos reconstruir —esperamos que sin omisiones ni yerros graves— la obra periodística de Llano, de la que ofreció una relación parcial D.º Celia Valbuena de Madariaga en el meritorio estudio sobre el escritor de Sopeña, inserto en el vol. I de Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore "Hoyos Sainz" de la "Institución Cultural de Cantabria".

Lo que de la dicha obra periodística incluyó en sus libros, por no ser mucho y por haber, en los más de los casos, pasado con variantes, reproducimos en estos tomos la primera versión periodística. Cuando un artículo le ha reproducido —muchas veces cambiándole el título—, si hemos notado variantes en la segunda versión, insertamos ambas, y si no hubo variantes o éstas fueron insignificantes. anotamos al pie de texto de la primera inserción la publicación y fecha en que apareció la segunda. Tampoco hemos prescindido —por estimar que pueden tener algún valor para el estudioso de la obra del escritor de Cabuérniga— de los artículos que, por ser iniciales de su oficio de escritor o por tratarse de encargos de las direcciones de los diarios, escribió Llano muy a su pesar y, no pocas veces, con mediano acierto. Así sucede en sus recensiones de libros recién aparecidos y de los que le encargaban comentario. Este es, casi siempre, elogioso hasta la hipérbole —Llano admiraba lo de los demás cuanto se exigía a sí mismo—, aunque en algunas ocasiones —cuando advertía que en el autor comentado se faltaba a la verdad o se intentaba defender lo que no era justo— los habituales y generosos elogios se convertían en agresivas, enconadas censuras. El perfil moral de nuestro escritor está presente en todas sus páginas.

Del mismo modo que en 1967 tuve la fortuna de que la "Fundación Marcelino Botín-Sanz de Sautuola y López" aprobase mi propuesta de la edición de los libros de Llano, encomendándome el

cuidado de la publicación, más recientemente la Junta de Trabajo de la "Institución Cultural de Cantabria" atendió la petición que, como Director del "Instituto de Literatura José M.ª de Pereda", formulé para la edición de estos tres tomos en que creo haber logrado reunir cuanto en la prensa montañesa publicó el amigo inolvidable, el hombre cabal, el prosista exquisito que nació en Sopeña el 23 de enero de 1898 y murió en Santander el 1.º de enero de 1938. Que una y otra edición sirva para la divulgación de su obra y para que algún día se escriba sobre ella el libro que postula.

Ignacio Aguilera



ARTÍCULOS DE MANUEL LLANO EN LA PRENSA MONTAÑESA



1.—RICARDO LEÓN. "LAS HORAS DEL AMOR Y DE LA MUERTE"

De las delicadas y fragantes flores de su jardín ha escogido Ricardo León las más hermosas, aderezando un gentilísimo ramillete, que embriaga y deleita con su suavísimo perfume...

Las horas del amor y de la muerte es una especie de florilegio de lo más interesante de su labor literaria. Trozos de novelas peregrinas, pedazos de alma, raudales de sentimientos, de realidades hondas, de tremendas pesadumbres, hermanados el dolor y el amor bajo el obscuro dosel de la muerte, y unidos en estrecho abrazo los cantares con los sollozos. ¡Las horas del amor y de la muerte!, las dos llaves del Misterio, los dos más hondos filones del pensar, del sentir y del querer...

Sintió en su frente, este altísimo poeta, el suavísimo "ventalle" de las cosas místicas, bebió las mansas y cristalinas aguas del arroyuelo castizo, buscó el silencio y la soledad de las "villas muertas", y en sus versos mezcló el amor y el dolor, retocándolos con lágrimas, iluminándolos con el chispazo de su ingenio, envolviéndolos en la recia contextura de la "fabla" castellana.

He aquí al poeta que siente las dulcísimas emociones de la vida interior, de la sosegada vida del espíritu, cerrando los ojos del rostro a la deleznable materialidad de las cosas y abriendo los del alma ante las perspectivas gratísimas del cristiano romanticismo.

Ricardo León, a la manera de nuestros poetas del siglo de Oro, busca los preciosos materiales en las inagotables canteras místicas, buscando siempre el efecto sentimental, acercándose más a la fuentecica de las lágrimas que a la venturosa mansión de las sonrisas. Y pues que la verdadera poesía es sentimiento, vibración de las fibras del alma, este poeta andalu , apartándose

del contacto con las menguadas corrientes modernas, como cumple a un escritor de tan buena cepa, nos presenta en lenguaje españolísimo las emanaciones de la tristeza, los efluvios de la misericordia, toda la vida de seres desventurados, peregrinos del amor y esclavos del dolor, cuyo único pecado es el querer...

El "dolor de los dolores", "en la noche estrellada y fría", aquella tremenda pena de la pobre madre desgraciada, aquel trance doloroso de la muerte del hijo de sus entrañas, "en las medrosas horas de la media noche, con imágenes pálidas, vestidas de luto", ¿no son momentos de amor y de muerte?

"Luz que se apaga", aquella "tempestad en un cerebro", que camina a la demencia, cuando "la noche había encendido en el cielo sus fanales"; aquella amargura suprema en el silencio y soledad de la campiña; aquella pintura de la muerte, que lleva el llanto a nuestros ojos, ¿no es la muerte de amor?

"Miserere", apología elocuentísima del perdón cristiano, en que el pobre ciego afrentado, trocado en humilde fraile, perdona y abraza "delicada y amorosamente" al ser que le hizo llorar lágrimas de sangre, derrumbando su felicidad, ¿no es amor y muerte?

Es el corazón del poeta, que anhela consolar al que ha menester alivio para sus pesadumbres, presentándole en la desgracia de otros, el manjar exquisito del consuelo, la venda para las heridas, la medicina para la enfermedad del alma, el pañuelo para enjugar sus lágrimas...

Roto el delicado idealismo de la poesía, quebrados los moldes artísticos y convertidas en cenizas las escuelas clásicas, Ricardo León adereza sus obras con guisos castizos, con la sal y pimienta de su tierra, rompiendo lanzas valentísimamente contra esos follones y malandrines de la literatura, bellacuelos recalcitrantes, con puntos y ribetes de pícaros y con trazas de gabachos, que gustan más de los licores exóticos que del vino rancio, del vino sabroso de las cepas castellanas...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 21-I-1922.

2.—ANTE EL CENTENARIO DE SANTA TERESA DE JESÚS

Con motivo de estar próximo el centenario de Santa Teresa de Jesús, en todas las provincias españolas se está ultimando la preparación de brillantísimos y sentidos homenajes a la inmortal doctora.

El espíritu de la raza conserva los bríos seculares, los sentimientos pristinos, pese a los escritores dominados por el virus del pesimismo, que tienen la pícara obsesión de contemplar los viejos surcos castellanos sembrados con los granos podridos del repugnante materialismo del siglo. El alma española siente las emociones hondas, las sensaciones fuertes que nacen de sus epopeyas y de sus leyendas y esculpidas en ella las hidalguías de sus blasones, no reniega de sus glorias, a las cuales rinde el culto de la admiración y del recuerdo.

Por eso, en vísperas de la celebración del centenario de Santa Tercsa de Jesús, las ciudades de Castilla, las viejas ciudades donde se tejieron los mantos sagrados de la gloria, sienten el extremecimiento bravo de sus fibras espirituales, abren el arca bendita donde guardan sus reliquias y las sacan a la contemplación del mundo como trofeos amantísimos ganados con dolor y con sangre, con oración y con piedad en los campos guerreros y en los silenciosos claustros, viveros de sacrificios y de amores eternales.

Los combates contra las inclementes acometidas de las pasiones, los esfuerzos supremos para rendir la rebeldía de la carne, la lucha soberbia entre el espíritu y la materia, la dominación costosísima de la voluntad halagada por las manifestaciones de la vida eterna, ¿no son luchas valentísimas, más amargas, más desconsoladoras, hasta lograr la victoria, que las contiendas de los hombres, de poderío a poderío, de cuerpo a cuerpo, con estruendos de pólvora y vahos de sangre?

Pues he aquí los trofeos de Castilla; los materiales y los espirituales íntimamente ligados, dándose un beso de paz, como hijos que son de una misma madre, austera, noble y cristiana.

Hoy se abre la vitrina para sacar al sol uno de esos trofeos espirituales, quizás el más grande por ser de mujer, y las esencias místicas se esparcen por el hidalgo solar entre las voces vibrantes de las campanas y la inefable melancolía de los cantos litúrgicos.

Para conmemorar fecha tan felicísima los parnasos y los "parnasillos" literarios están dando los últimos retoques al homenaje; pero hete aquí que en éste como en todos los acontecimientos conmemorativos, de que nosotros recordamos, brota la nota discordante, picaruela e indiscreta.

Un menguado "parnasillo" de una villa castellana ha preparado una velada con motivo de tan fausto acontecimiento. Todos los vates que integran el referido parnaso, con tendencias lamentablemente materialistas, han acordado, "con unanimidad de criterios", celebrar una velada nocturna, rindiendo admiración a la labor literaria de Santa Teresa de Jesús, exclusivamente a la labor literaria, entiéndase bien. La vida de sacrificios, de virtudes, de sufrimientos acerbos, de amor de Dios, son minucias despreciables para los citados poetas materialistas. Contemplan el monumento grandioso, pero no están conformes con la causa que iluminó el entendimiento para emprender tan magna obra. ¡Lógica pura, señor!

Hurtan a la religiosa los atavíos monjiles, la sacan de los claustros y la lanzan al mundo, llamándola, en vez de Santa Teresa de Jesús, Teresa de Cepeda, ilustre escritora, que escribió páginas muy bonitas, de prosa castiza y... nada más.

¡Habráse visto desaguisado más insigne y estúpido!

Lo mismito que si a San Juan de la Cruz, o Fray Luis de León, o Diego de Estella, pongamos por ejemplo, les quitan los hábitos y las sandalias, les visten con los atalajes de aquel siglo y les ponen una pluma en la diestra para cantar el amor de los amores, el amor de Dios en alguna venta castellana, rodeados de gañanes groseros, de maritornes y de pícaros, de arrieros y de venteros bellacos.

¡Y tienen la osadía de pregonar los tales poetastros del diantre que admiran a la escritora y no a la Santa!

Nos parece la más tamaña de las majaderías admirar a la escritora y no a la Santa, y por ende, ningún ciudadano, sea poeta, publicista, erudito o zapatero, puede gustar de la forma literaria pura, castiza, sin estar conforme con el fondo, con la fuente de inspiración de donde salieron tan peregrinas galas.

Eso de despreciar a la Santa, y rendir un homenaje a la mujer, además de ser ilógico, es una profanación escandalosa, que piensan consumar los versificadores, no poetas, materialistas que cantan la hermosura del rostro, el "oro" de los cabellos femeninos, la "nieve" de las manos, el "bermejo" de los labios, la "frescura" de la garganta, la "blancura" "de los dientes diminutos", importándoles un ochavo moruno los sentimientos del corazón, la inefable bondad de las cosas espirituales...

Y mientras tanto, harán alarde de su condición de "poetas pensadores" a la moderna, que cantan el morbo de la voluptuosidad en estrofas retorcidas, aunque en el fondo de su conciencia una vocecita misteriosa les diga: —Eres un pobre loco, sin un adarme de entendimiento, ayuno de letras y de pensamientos, que pretendes esconder tu descomunal ignorancia con el pomposo nombre de poeta.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 10-III-1922.

3.—NOTAS DE LA MONTAÑA. "LA JUENTE DE LA RISA Y LA JUENTE DEL LLORU"

—"Mira, juntu aquella encinona está la juente. Es un agua fría como la nieve en el veranu, y calentuca, como si la hubieran templau, en el inviernu. Diz la gente que así tien que ser el agua güena: cuando hay calor, fría, y cuando hay fríu, calentuca".

El agudo rapaz, hablador sempiterno como buen montañés, vestido con aquellos míseros atalajes mugrientos, enseñando la carne por los agujeros de su ruín vestidura, caminaba a mi vera, contoneándose como un mozalbete que va de "jila", mirándome de vez en cuando con aquellos ojillos salados, traviesos, con la travesura encantadora de la infancia inocentona.

Sindo, mi acompañante, frisaba en los diez años, y había que verle por aquellos vericuetos y veredas angostas, saltando jarales y torcas, dando "respingos" como un becerruco retozón en la cuesta, "aquedando a las ovejas rebeldes, tocando el "bígaro", cantando "trovas" y seguidillas, siempre alegre y contento con su menguado destino, correteando por "seles", "pernales" y "brañas", con los pies desnudos, las ropas destrozadas y la maja caruca morena, tiznada en partes, por el negro polvillo de los argomales.

En el invierno era ovejero, cabrero o ambas cosas a la vez, y cuando llegaba la primavera dejaba la guarda de la "recilla", mandaba al traste el "bígaro" y el zurrón y convertíase en "sarruján" de la "cabaña", cargando con la "jatera" y durmiendo con el mastín de "carranclas" afiladas, a la vera de un roble secular o a la puerta de la miserable cabaña en las brañas solitarias de Sejos.

Cuando yo conocí a Sinduco era ovejero.

Habían tornado las cabañas de los puertos y el "sarruján" había cogido de nuevo su zurrón y su "bígaro", y andaba por aquellas cuestas de Dios entre argomas y escajos, haciendo rabiar a algún viejo pastor, lanzando agudos silbidos a su "recilla", haciendo chozucas con techo de "terrones" para guaracerse, y tostando "ahijadas" que luego cambiaba a los chicos del lugar por algún pedazo de pan duro.

Y héteme convertido en camarada de un niño pastor, escuchando su inocente parlar, abrumándome con preguntas, compartiendo con él, en muchas ocasiones, el sendo pedazo de borona, sus "torreznos" y su "jarmoso" de leche, enseñándome a dar la "güelta del gato" en alguna brañuca, y hasta llevó a cabo inauditos y perseverantes esfuerzos para enseñarme a tocar el bígaro, cosa que no pudo lograr por obra y gracia de mis pésimas condiciones para tal menester pastoril.

—¡Calle! —decíame indignado—. No infles tantu los papones, que se van a reventar, so gran demoñu; no hay que jacer tanta juerzona, home; vergüenza podía date, tullíu de Majoma, que un críu espeluciau y ruinuciu, puea jacer lo que tú no jaces.

Y poníase a tocar mirándome burlonamente.

El día aquel, después de "acurriar" a las ovejas, al caer de la tarde, díjome el pícaro Sindo que había de enseñarme la "juente de güelos", de aguas famosísimas en aquella contornada, por poseer no sé qué virtudes para los recién casados.

Sindo, al tiempo que caminábamos por el "pindio" camberón, me hacía una apología de la frescura de aquellas aguas purísimas, consuelo de leñadores y de segadores sudorosos quemados en la pradería por el sol de agosto.

Una vez que estuvimos en la fuentecica, el bueno de Sindo contóme lo siguiente:

-Esta juente es la juente de la risa y la juente del lloru. Diz la gente que toas las mozas y toos los mozos que se casaban endenantes, el mesmu día del casoriu, dimpués de la misa, venían a beber el agua de esta juentuca en una tarreña nueva. Los novios que venían aquí tenían risa pa toa la vida, y unos mozucos majos y agudos y de güen aguel, y los que no venían tenían lloru y unos críos feones, esmirriaos y lelos de too, con los ojos torciones y la bocona m'grande y unas patonas tuertas y negronas. Una mañanuca diz que golvía un mozu de segar una maconá de retoñu y el indinu, riéndose de la probe juentuca, tapo... unas embozás de poza y de muñiga, quitándola la su majura, jasta que un viejucu la limpió m'guapamente y golvió a manar el agua limpia como endenantes. Y aquel mozu llegó a casarse y vino con la moza a beber esti agua, y la moza, dispués de beber, se quedó descoloría y púsose como relocha. La juentuca castigaba al mozu, ¡colles!, pero no paró aquí la cosa. Cuando tuvierun un críu, nació con la cara negrita como la monuca de una panoja y con ojones m'grandes, m'grandes, que metían miedu, como los de un lobu; y diz la gente que cuando el críu jue grande no tenía sentíu y berraba como los becerros, y mató a su padre una noche m'osbcura, cilliscosa y nevá, al lau de la juentuca. Y diz que esi colorucu encarnau de los cantos es la sangre del padre matau por el hijo indinu.

Y ya no vienen los novios a la juente porque jicieron los viejos una trova que esprincipiaba:

A la juente de güelos no vaigas, moza...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 28-IV-1922.

4.—NOTAS DE LA MONTAÑA. "CREI QUE ERA UN MULU Y ES UN HOME"

"Lichonón, más que lichonón. Jaicas mejor subir esa calzoná, límpiate como Dios manda los velones que te cuelgan de esos joracos de las narizonas, y no andar de curruliega en curruliega, dijendo tontás...; Asegúrote yo, lambionín de los demongros, que he de molete el espinazu, como a un burru falsu!...; Jinoju, con el canalluca, sin miaja de sentíu!..."

Todos los días repetía la misma cantinela aquella pobre mujer, consumida por la tremenda pesadumbre de tener un hijo tonto; el único que Dios le había concedido.

Rupertu, el "Maconú", hazmereír de Perujalco y aledaños, agachaba la abultadísima cabeza, escuchaba impasible, como quien oye llover, las reprimendas cuotidianas de tía Juliana, su madre pacientísima.

Ni las constantes amenazas, ni los recios "bardiascazos" que de vez en cuando caían copiosamente sobre sus robustas espaldas, ni los encierros en el "soberao", ni la disminución en los pedazos de "torta" en las escudillas de leche o en la ración de "faisanes" con tasajo; ningún castigo pudo conseguir que "Perto el tonto" abandonase su arraigada costumbre de ir de barrio en barrio, de portal en portal, efectuando las sandeces más insignes, las acciones más grotescas que he contemplado en los días de mi vida.

Los chicos del lugar, traviesos y pícaros, que veían en el desventurado Ruperto un menguado "objeto" de diversión, en cuanto topaban con él en cualquier calleja, decíanle los muy bribones con la ironía más burlona del mundo:

¡...es Perto, recontra! Dígote yo que eres el mozu más... y más reciu de Perujales y el más leíu de toa la tierra, y si no vereislo ahora mesmu, ¡so paparones!, que no sabéis lo majamente que lei el siguru de Perto.

Y uno de aquellos chiquillos ponía en las manos del tonto un papel en blanco, y hete a Perto lanzando cuantos desatinos y "burricás" se le venían a su cerrada inteligencia.

"Un cuartillu de jacha, un celimín de berroscu, una maconá de pulientas, una juentá de vinu..."

Y los pícaros mozucos saltaban las carcajadas más sonoras y hacían perrerías con el pobre idiota, mansote como un mastín viejo.

He aquí por qué tía Juliana "La Macona", se oponía a que su hijo anduviese de la ceca a la meca, "jaciendo reír a tos los paparones indinos y canallucas de Perujales, que han tomau al mi Perto por un payasu de la cumedia".

El cuitado, una vez que su madre ponía término a las fuertes "zurrias-cadas" de improperios, recurriría a los procedimientos suavizadores de enojos, y hétele echando una "escarcina", lanzando agudos "relinchus", "rebiscando" por toda la casa como un "castraoriu" y como remate de aquellas "chiflauras", cogía a su madre en brazos, quieras o no, y la paseaba del "esregal" a la cocina, de la cocina al estragal, remedando, ¡pobre Perto de mi alma!, el trote de un jamelgo y hasta sus jadeos y sus bufidos.

-- "Déjame, condenau; que me lijas, tasugón; mira que te jalo de la melena, ¡virgen, la mi madre, qué hiju tan lelu! Déjame gran demoñu"...

Como epílogo de aquellos trotes, Perto sentábase en una esquina de la ennegrecida "pusiega" y lanzaba media docena de rebuznos, estridentes, tremendísimos, como un verdadero jumento, que hacían decir a los tíos y tías del barrio aquel:

—"¡Coile! Mirar cómo rebuzna el burricón de Perto, pidiendo la cebá: ¡lástima de berlotazos onde vo dijera!

Tíu Mesio, el albarquero, "rigidor" de Perujales, contóme un "chascu" que había llevado Perto el tontu:

"Dígole que jué la más gorda. El sucedíu jué jartu cencerrau por tou el valle, y con razón, ¡recoila!, porque asegúrote yo mesmu que lo que hizo Perto es pa jartase de reír, pa regolvese las tripas de tantas risotás y pasase como un mozucu. ¡Me valga Dios, que gordísima jue! Nunca había veníu el deputao por esti pueblo de Perujales pero aquel añu vinu el majoma del señorón ensortijau y enlevitau, con un galeru negru que relumbraba, y unos zapatos lucíos jasta llí. Na hiju míu, mesmamente que un indianu cargau de doblones con dientes de oru y toa la mosca; y qué gordu estaba, ¡recontres! Asegúrote yo que si se avezara a zampar faisanes, pulientonas y daque peazu de parrilla, no luciría una panza tan reonda y tan gorda, ¡qué gordísimu, Dios míu!... Yo no sé quién jué el condenau que mitió en la mollera a Perto que el deputau no era un hombre que era un caballu percherón, muy maju, que vinía a Perujales pa no sé qué demongrios de cosa. Y el muy lelu se tragó la caloña como si juera un confite, y jalando de dos panojas de un ramu del correo, arrancolas, metiolas en el senu, y jue con toa la gente al caminu real, pa ofrecéselas al deputau. Paez que veu a Perto estirando el piscuezo, mirando a toos los laos a buscar al caballu percherón, con la corona, asustá y rascándose la barrigona, como si estuviera sarnosu. Y aquí jué ella cuando el deputao mos estaba echando una plática. Perto, enseñando las panojas, empezó a vocear con toa la juerza:

¡Colle!, ¡colle! Creí que era un mulu y es un home: creí que era un mulu y es un home...

Toa la gente soltó la risotá, y el deputau, encarnau de vergüenza, mos llamó borregos y juese sin entrar en Perujales.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 6-V-1922.

5.—NOTAS DE LA MONTAÑA. "LA ANIANUCA BLANCA"

"Eso sí que no, ¡recontras!. Antes dejo espellejarme vivu que pasar por la cueva de las Anjanas esta noche tan oscura y vintiscosa... ¡Eso sí que no! Sinducu no pasa de anochecíu por la cueva de las Anjanas on que lo mande la mesma bula"...

Era el filo de la media noche: una de esas noches del invierno montanés, "vintiscosa" y oscura como boca de lobo. A través de las montanas de nevadas cumbres, venía un viento que cortaba el rostro.

Sinducu temblaba de miedo y de frío bajo los ruines "melanes" que cubrían sus carnes. En sus ojucos negros se pintaba el temor de su espíritu.

Cada árbol de los que bordeaban el angosto sendero, antojábansele al pobre cabrero "anjanas" gigantescas que movían sus brazos enormes y amenazadores.

Aquella tarde había tornado Sinduco a Quivierga con media docena de cabras menos en su rebaño, y "tía Nela la biroja" propietaria de aquella parte de "recilla" que había quedado en el monte, temiendo que "daque lobón muerta de jambre o algún zorru indinu" encontrase regalado manjar en sus cabras "tresnás", había hecho al pobre Sinduco volver a la "cuesta" y "mirar toas las canalonas, torcas y cuevas", hasta dar con el paradero de las cabras extraviadas, entre las cuales se encontraba el "chivu viciosón" del rebaño.

Sinduco, que me confiaba sus más íntimos secretillos, no hacía cosa alguna sin consultarla conmigo, y hétele en el "estragal" de la casa de mi "güela", contándome indignado su cuita.

"Asegúrote yo, Neluco el mío, que esa viejona enroñecía ha de pagármelas toas juntas, ¡recolle! No ha de pasar muchu tiempu sin que la porra de Sindo la esboje daque cabra o la espeñe por un castru abaju, sin miajuca de pena... ¡Brujona y esmirriá de los demoños! Ahora güelvo al monte, ya anochecíu y lluviendo jechu una sopa y sin probar bocau... y rivienta, Sindo, que naide jará pucheros ni guitonás si te espeaza algún animalón... ¡Jinoju

con la tiona de los demongros!... ¡Si juera tan amigo de jacer el bien como

El resultado de aquella visita de Sindo, fue que cerrando los oídos a las prohibiciones de la "probe mi güela", que tenía el "nietu más traviesu, pecahiju y tasugón de tou el indinu mundu, apegau a la ricilla como si viniera de casta de pastores", púseme una "pelliza", cogí la "ahijá", calcé los "escarpines" y las albarcas "pintás", y caminuco del monte, a la vera de Sindo, cantando seguillas para "esparcir" el miedo:

A la primer seguidilla no la pude dar alientu, que al espenzar a cantar llevóme la voz el vientu.

Y para no cansar al lector con inútiles divagaciones, diréle que después de algunas horas de peregrinación por aquellas cuestas "resbalaizas", dimos "tricha atrás" y hétenos sin encontrar los pícaros animalejos en las proximidades de la temida cueva de las Anjanas. Sinduco, que se dio cuenta de lo próximos que estábamos a la peña La Mena, díjome las palabras con que comienzan estas cuartillas, añadiendo acto seguido:

Vamos a metemos en el invernal de tíu Mesio jasta que pare de llover... Si quieres ver al probe Sinducu acaldau de un pitirriu en metá del camberón, no tienes más que jacer que pasale cercuca de la cueva y de allí al campusantu; dígotelo de tou corazón... Vámonos a esi invernal y jaremos lumbre, contarete por qué no quiero pasar por esa cuevona endemoniá.

Un güen día del inviernu diz que vinieron a Quivierga unos morones mu grandes, con unas anjanas mu majas, que eran las sus mujeres y las sus hijas. Vinían de Asturias, onde diz que los mitieron una güena tullía... Esti sucedíu pasó jaz muchos años, cuando la probe Quivierga era un puebluciu chicucu, como Llendemozó y Fresnea.

El casu jue que los morones y las sus anjanas escundiéronse en la cuevona de la peña La Mena, con toas sus riquezas, que diz que eran bien lucías.

Los domingos y fiestas de guardar cuando los vicinos iban a la misa, bajaban las anjonas y robaban las mu ladronicias las boronas que las mujeres dejaban cuciendo en el lar; pero un día una viejuca muy aguda discurrió dejar en el lar un ladrillu tapau con la ciniza y las brasas, y así lo jicieron toas las mujeres. Las probes anjanas se alampaban las manos: pero no soltaban el ladrillu, criendo que eran tortas.

Las anjanucas diz que eran mu guapas, vestías de blancu, con unos pindientes grandones y reondos, de oru, y unas gargantillas relumbrantes. Aliora son unas viejucas enrreguñás, que se apaecen de noche y se juntan a llorar en la brañuca de la peña. Van en ringlera, con la cabeza agachá, llorando como unas desconsolás

Yo vilas una noche dende el coterucu del Verderu, y crií que me daba un relochiu...; Dios, qué miedu! Al mesmu tiempu que las apaecías jacían la guitoná, el cárabu que tien el nial en la peña, daba unos quejíos como un cristianu, que se le acababa el resuellu.

A la anjana que yo más miedu tengo, es a la anjanuca blanca... Diz que había en Quivierga un ovejeru mu guapu que una tarduca de truenus y relampaguíos asullóse sin miedu a los morones en la entrá de la cueva. El tal pastor dicen los viejos que era el güelu del güelu del güelu de tía Tonina...; Cuántos años jará eso, recolle!... Pos jue la cosa que salió una anjana y alcontrose con el ovejeru y parlaron, y de aquella parlá vino el enamoramientu; y toas las noches pelaban la pava arrimaucos al acebal de la peña, dijéndose las querencias y las pitemitucas de los nuviazgos... Una noche mu oscura salieron unos morones y espeñaron a los enamoraos, que se estrellaron en las garmas de la canalona; y dende entonces toas las noches se apaez la anjanuca blanca, dando unos gritíos con tou el grijo:

Anjanuca, anjanuca, maja y guapuca; no jagas mal a la probe mozuca.

Toas las mozas cuando van a buscar un coloñu de leña al monte los Maeros, dicen esi dichu. Los mozus tienen que quitase la boina y dicir por lo bajucu:

Anjanuca floría, eres más gücna que el pan de cada día.

Y cátate que el que no diz estas cosas es alampau por un mal que lu llaman el anjaneru, que no se quita jasta que se pasen tres noches seguías en el acebal de la peña y dijendo sin parar:

Peldá, peldá anjanuca, ten piedá.

Y al mesmo tiempu que se diz esi rezu hay que tener los ojos cerraos pa no ver la salía de las anjanas viejas. Y por no alcontrame con la anjanuca blanca, no paso de anochecíu por la peña La Mena, más que se pierdan toas las cabras y chivos de Quivierga.

Sinduco cesó su parlar. Tumbados a la "pampanarrota" en la peña de yerba del pajar, dormimos el resto de la noche. Afuera azotaba la "vintisca" y desgajábanse las "cañas" de las encinas y los cagigales...

Al amanecer me despertó Sindo con los sones monótonos de su bígaro. Por el senderuco de la "praería" venía una mozuca madrugadora cantando:

> A mí me gusta el labradorucu que se vaiga arar y a la media noche me venga a rondar con la pandereta, con el almidrez, con las castañuelas que retumben bien...

> > MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 20-V-1922.

6.—NOTAS DE LA MONTAÑA. "LA COTERA DE LOS CANTOS MAL-DECIOS"

Ι

Fonso, mi acompañante y guía por las veredas serpeantes y angostas de la sierra, era un "mozallón" decidor y alegre, uno de esos "jastialones" de gallarda estampa, sanos de cuerpo y de espíritu, sin más ilusiones y esperanzas terrenas que "la su mozona, la su casuca y el su ganau...".

Morenote, con la frente levantada y altiva, de perfil enérgico y cabellos negros, rozagante y varonilmente guapetón, "era un hijucu de bendición—según afirmaba la tía Mesia, su madre— trabajador y honrau y de muy güenas y cristianas intenciones, apegau al terruñu como el pájaro al nial".

No había mozo en todo el valle que "le mojara la oreja" en la hechura y "pintau de albarcas" en las luchas que "antruiu" en cortejar a las mozas las noches de "jiloriu", y en decirlas a lo "callanducu" unos cuantos requiebros de su bien sazonada cosecha, que las ponían "chiflaúcas" y "colorás", haciéndose puras mieles en las tardes de baile, entre cascabeleos de castizas panderetas, "trisquíos" de dedos, "retumbar" de castañuelas, algarabía de críos retozones y cantares de lánguidas cadencias, con dejos de profunda melancolía:

Bailar, muchachas, bailar; por mozos no tengáis penas, que ha veníu un barcu de ellos a dos perras la docena.

¡Lo mismo que habían hecho sus madres y sus abuelas, luciendo las majas vascas de percal, los pañuelos de seda, los delantalucos blancos con ribetes de color de rosa, la blusuca azul con pespuntes blancos, el clavel y la rosa formando gentilísimo ramo sobre la candidez de las chambras, en el lado del corazón!

Fonso era un mozo feliz, cuanto puede serlo un hombre en la tierra. Carente de pesadumbres, sin tempestades en la conciencia, desconociendo los pícaros resabios de la ambición, con trazas de hidalgo y semblante nobilísimo, andaba por los caminos de la juventud sin conocer el "áspero sabor de las cosas" ni inquirir en los secretos y complicaciones de la vida en busca de verdades hondas para saciar la vanidad; esos escarceos que Fonso no había sentido para su ventura...

TT

"Ya luego llegamos al coteru de los cantos maldecíos... ¿No vei aquella cajigona seca, entorná jacia la derecha coso si quisiera caese? Pos un pocu más arriba están las garmas colorás, en el mesmu coteru, tapau ahora por el cierzu... Si queremos golver a Manzanea antes del oscurecer tenemos que espabilamos, pos tovía falta jartu que andar y se mos a a venir encima una troná..."

Fonso tenía razón. La jornada era larga, y por encima de las cumbres de Leroba acercábanse al valle unos nubarrones plomizos, indicios seguros de tormenta.

Apresuramos el paso. Las auras serranas, acariciantes y purísimas, con efluvios de romeros y hierbabuena, manzanillos y mejoranas, oreaba nuestro rostro, enervando el sudor y haciendo más llevadera la marcha por el camino adelante...

En las próximas praderías, encorvados, sudorosos y fatigados los segadores cortan el alto "yerbío", alimento sabroso de sus ganados. Escúchase

el rumor de las guadañas, movidas por brazos nervudos, incansables en tan fuerte labor, comenzada en las primeras anunciaciones del alba, y que no dejarían hasta que brillaran los luceros...

Las lánguidas tonadas montañesas se mezclaban con el sibileo de los dalles y rumor de "rastrillos", cantar de tórtolas y de grillos, "miruellos" y "colorines", balar de recentales y tintineo de "esquilines".

Un grupo de mozas, con los "rastrillos" al hombro, de retorno al valle, pasó a nuestro lado cantando:

Ya va trasponiendo el sol por encima de los coteros; ya se entristecen los amos y se alegran los obreros.

Los segadores contestaron, suspendiendo un momento la faena:

La despedida te doy, la que dan los segadores; con el pañuelu en la mano, adiós ramucu de flores.

Un "relinchíu" agudo y prolongado puso fin a la despedida.

TIT

En el coteru, juntu a las piedras maldecías, Fonso comenzó su narración:

-- "Estas piedras que vei, de color ladrillu, jueron en algún tiempo moneas relumbrantes de oru..."

No pude por menos de hacer un gesto de incredulidad, que interrumpió las palabras del mozo, el cual me dijo un tantico indignado:

—"¿Crei usté que es una trola? Jue un castigu merecíu, ¡reporra!; pero si usté no lo cree, acabose el cuentu..."

Fonso "se cerró a la banda", y costome grandes trabajos hacerle proseguir aquella leyenda que le contó su "güela".

Al fin accedió a mis insistentes súplicas, y soltó el chorro de su palabra, limpia y enérgica:

"Jaz muchos años vivía en Manzanea una moza muy guapa y fantesiosa, que se la jacían ruines partíos tos los mozos del lugar.

Había teníu una güena peá de noviazgos, y aborrecíalos a tos, por no tener un majoma de caudal, pa tenela de señorona en la solana y no estropear

la su majora en las tierras y en los praos, rumpiéndose la crisma. Dicía que había de casase con un señoritangu que no goliera a muñiga, ni jiciera regotrios que gedieran a faisanes y borona, y que la vistiera de seda y la adornara con pindientes y sortijas de plata y oru. ¡Na, hiju, mesmamente que una prencesa!

Un día vino a Manzanea un caballeru bien portau, con la cara mu blanca y el bigote retorcíu, y jízose noviu de la ambiciosona, dándola palabra de casoriu.

Naide conocía en el pueblo al guapu caballeru, que tiraba los doblones a embozás y marcaba a la su mozona tos los vestíos y tos los chismes que se la antojaban. Enrolechía por los regalos del caballeru, pirdió la cabeza la mu orgullosona, y miraba a los vicinos como si jueran sapos arrastraos, que no tuvieran derechu a mirala a la cara.

Pa finiquitar toas las elusiones, vinieron un día los ceviles, dijendo que el forasteru era un ladrón de los caminos reales, que se había vestíu de persona honrá pa gastar el tesoru que robó a estirpiás a los arrieros y caminantes, escundiéndose dimpués en las cuevas del monte.

Ello jue que lu llevaron presu con unas cadenas mu juertes en las munecas finucias; pero antes dijo a la condená moza, a lo callanducu, que en esta cotera tenía enterraos los sus caudales.

Una noche vino a buscalos, y cava que te cava y no parecían; na más que salían estas garmucas colorás...

Jizo una joya como una sepultura, y piedrucas y más piedrucas, mezclás con terrones, y los cuartos sin paecer.

Dios castigaba a la ambiciosona jaciendo piedras de las moneas de oru.

Arañose la cara y tirose de los pelos jasta arrancalos; viéndose perdía y castigá, espenzó a dar unos gritos que se oyeron en Manzanea.

Al ser de día apaeció muerta y metía en la joya que había cavau buscando los caudales... ¡Ella mesma jizo su sepultura, movía por el deu de Dios!"

Fonso terminó su parlar.

A lo lejos, escuchábanse las cadencias del cantar:

ya se entristecen los amos y se alegran los obreros.

Los segadores continuaban encorvados sobre el alto "yerbío"... Manuel Llano

El Pueblo Cántabro, 10-VI-1922. (Vid. O. C. de M. Llano, págs. 689 y sgts.).

T

"Asegúrote que como güelvas al sel sin el becerru, he de acaldate de una güena jartá de palos... Hay que buscarle onque sea debajo de las peñas. ¿Oyeslo?... ¡Güenu estaría que golviéramos a Castrera sin el becerru del rigidor!... ¡Hay que ir a buscale abora mesmu!".

- —"¡Recontra, abora mesmu! ¿Crei usté que a mí me gusta andar de noche, como los sapos volanderos? Ya luego vien el escurocer y camiéntome que en la escuridá por muchas güeltas y regüeltas que dé no he de encontrale."
- —"Pos hay que jayale, ¡reconcho!, hay que jayale, onque sea en la cueva del osu. ¿Oístelo?".
- —"¡Recolle! Si le ha comío el osu ¿quier que se le saque de la panza pa traésele?... Y si no le ha comíu el osu, y se ha espeñau por daque castrorizu, ¿quier que le traiga a borriquitos?... ¡No tendría el demoñu otra cosa de qué reise!".

El vaquero soltó un taco "retorneado", avanzó unos pasos y crispó los puños con no muy buenas intenciones.

El sarruján, "correndón como una liebre cuesta arriba", corrió por el sel ante las amenazas de aquellos brazos, que le habían "cernido" multitud de veces...

II

"Tilín", que así llamaban al sarruján de Castrera, apenas había cumplido los diez años. Tres hacía que había quedado huérfano, rodeado de la más triste y negra de las orfandades, bajo el amparo de Dios. Un hermano de su madre, pastor hacía luengos años de la cabaña de Castrera, a orillas del Salia, más bien temiendo los decires de las gentes que movido por los impulsos de la caridad, recogió al huérfano en su hogar, no sin haber escuchado el nutridísimo bombardeo de advertencias de tía Mesia la Macona, su mujer.

—"Mira bien lo que vas a jacer. Tenemos cuatro críos y los que vengan; si Dios quier. La vida es muy perra y escasea la torta, y son muchas panzas a llenar. Asilos hay por esos mundos, onde pueden recogele y educale, y no será el primeru ni el últimu... ¿Creis tu que voy a quitar el pan a los nuestros hijos pa dáselo a él?... Si la gente mos cencerrea, que mos cencerree. Los males dicires luego se acaban y nadie güelve a alcordase de lo pasau. Y en fi-

niquitu direte que entrar esi críu por la puerta y dale con la escoba en los jocicus to va a ser unu. ¡Y acabose la función, ea!".

No obstante la autoridad casi onnímoda de que estaba poseída en su hogar la mujer del vaquero, que según afirmaban malas lenguas (que también las hay en Castrera como en todos los lugares de este deleznable planeta) temía más a su mujer que a las zarpas de una osa, exponiéndose a armar una tremenda "tolatera", bordada con arañazos, quebraduras de "tarreñas" y "escudillas" y sendas acometidas con el duro palo de la escoba de brezos, sujetose un poquitín la "calzoná" para que su mujer no se la hurtase, según costumbre añeja, y llevó el huérfano a la casa.

Desatose la tormenta con bramido y relampagueos, trocándose la misesable cocina en campo guerrero. Simultáneas las imprecaciones y los mandobles certeros del "tentemozo de la luz", asido por la diestra de la hembra, enfurecida, repitiéronse copiosamente, levantando abultadísimos chinchones en la cabeza desventurada del varón.

Vinieron las negociaciones, en que tía Mesía, como victoriosa en la contienda, haciendo uso de los privilegios del vencedor, impuso condiciones, que fueron acatadas muy humildemente por el domeñado pastor.

Aquellas condiciones, engendradoras de la paz conyugal, venían a resumirse en estos dos puntos:

Primero. Que el huérfano, cuando la cabaña subiera a los puertos, iría en calidad de sarruján, para que comenzara a "escorrease" y ganara, de paso, como quinientos reales, que era lo más "prencipal".

Segundo. Cuando bajaran las vacas, por San Migueluco, "Tilín" desempeñaría, a manera de criado, todos los trajines de la casa, desde acarrear los coloños de leña hasta zagalear al "muzucu", pasando por el cuido del ganao, la "cortaura" de leña y "apañamientu" de bellota para el "lichón" y otros menesteres, que se irían añadiendo cuando nuevas necesidades lo requiriesen.

El acuerdo se cumplió a maravilla, no quebrantándose la más nimia de aquellas disposiciones, suma y compendio de todos los malévolos deseos de tía Mesia, la Macona.

Ш

Sentose a descansar a orillas del camino. Había caminado a la ventura por el monte, en busca de la res extraviada.

Agotadas las fuerzas por el incesante caminar, envuelto en tinieblas, puso término a su peregrinación, cansado el cuerpo y el espíritu, sangrando los pies desnudos. A poca distancia percibió dos puntos fulgurantes. Los vislumbró aterrorizado, tremando su cuerpecillo debil, como si estuviera en el borde de un precipicio...

-"¡El lobu!" -exclamó muerto de espanto.

Es decir, la muerte en las negras entrañas de la noche, en la soledad profunda de un yermo, indefenso, debilísimo, quebrantadas las fuerzas y velada la esperanza por el obscuro crespón de una realidad trágica.

Los ojos chispeantes, clavados como dardos en el niño, se acercaban cautelosos y astutos. Quiso levantarse y correr por el monte, en dirección a la cabaña; pero aquellos puntos coluscentes estaban ya muy cerca para huir, y no daría un paso sin que las inclementes garras de acero hicieran presa en sus carnes, desgarrándolas en acometidas rabiosas.

Gritó desesperadamente, y alzó los brazos al cielo con lamentaciones y súplicas de suprema angustia, miró en torno suyo, como buscando un auxilio en las sombras, temblando de dolor infinito, y en el vértice arrollador de aquellas ansias tremendas, sintió los restallamientos formidables de la desesperación, con escalofríos y calenturas, espasmos y retorcimientos, viendo la muerte cruelísima bajo las dentelladas y los zarpazos.

Sintió el azote de la sangre en sus sienes, el desmayo del cuerpo, la carencia absoluta de fuerzas y de esperanzas y rodó por la cuesta, entregando su cuerpo inerte a la fiera.

Un ladrido ronco y fuerte rompió el silencio de la noche.

El lobo, que estaba ya a la vera del sarruján, estremeciose al escuchar el recio ladrido del mastín, y huyó por los escajales...

Momentos después, "León", el perro guardián fidelísimo de la cabaña, acariciaba con su lengua los pies descalzos del sarruján...

IV

"Mire usté —decíame "Tilín" pocos días después, en un pernalón de setas, mientras acariciaba la cabezota de su mastín—. Lo que no dan las personas, danlo los animales. Dígole de tou corazón que pa mí, mi tíu y mi tía son los animales, y "León", el perru, la persona, onque sea un pecau. Tien más sentíu que ellos y más caridá y más cariñu y más compasión. Dende que se murieron los mis padres no he encontrau en el mundu unas caricias más güenas que las que me jaz "León" con la su lengua, ni un amigu más siguru que esti probe perru, que paez que comprende las mis lijaúras. ¡Jasta me salvó de las mordiscás del lobu! A veces jágome la cuenta de que es un críu como yo y lu cuento to lo que me pasa, y ¡recolle! él me mira como si me entendiera, y cuando yo lloro paez que llora, y cuando yo me río paez que se

ríe, y cuando alguno me mira del mal aquel, bien a la mi vera, plántame las patas delanteras encima de los hombros, y recata la cabezona, rutando y mirando al que me riñe, como dijéndole: A "Tilín" no hay quien lu toque mientras que yo tenga unos güenos dientes y uñas en las patas... Y así me ha librau de muchas panaeras de mi tía, inmerecías, ¡recontra! inmerecías. Un día dejó sin calzones a un becerreru que quiso pegame.

Yo no supe jasta que me quedé güerfanucu que algunos cristianos eran perros y los perros hombres, juera el alma. Hay cosas que están cambias, ¿no se le jaz?"

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 1-VII-1922.

8.—UN LIBRO DE VERSOS. "FLORES DE MI TIERRA"

Hemos recibido un libro de versos.

Su autor, un poeta novel que demuestra en sus composiciones las cualidades exquisitas indispensables para consagrarse a tan hermoso menester, ha iniciado con gran caudal de bellezas su meritísima labor.

No dudamos que nuestro poeta, muy mozo aún, con más estudio, meditación y experiencia, que sólo se adquiere con los años, llegará a formar en la fila distinguida de los peregrinos vates montañeses.

José González Ruiz, en su primer libro, "Flores de mi tierra", se nos presenta como un cantor fervientísimo del terruño que le vio nacer, de sus costumbres, de sus bellezas, de sus mieses y montañas, de todas las cosas materiales y espirituales del valle donde deslizó los dorados juegos de su infancia.

Apenas llegado a los anchurosos umbrales de la juventud, abandonó ansiando horizontes más amplios, trabajos más fructíferos, los amantísimos lares, y, en tierras argentinas experimentando las "saudades" intensas, esas blandas caricias de los felices recuerdos, ha hermanado el trabajo cotidiano con la labor literaria, encontrando en ella recias satisfacciones.

Las primeras flores de su entendimiento, formando con ellas un ramillete gentilísimo, se las brinda a su tierra, que las sabrá recoger como un delicado obsequio de su entrañable hijo.

Sus pensamientos, sus entusiasmos, sus ardores, sus alegrías y sus tristezas, sus amores y sus pesadumbres, los ha encerrado en versos vibrantes, exhuberantes de rima y de sensibilidad, como perlas valiosas en cofre de oro.

González Ruiz, pertenece a la escuela de los poetas regionalistas.

De ingenio flexible, predominando en su labor la nota sentimental, encontrando en ella sensaciones inefables, comienza su libro con un cántico a la romería de su aldea, imitando lindamente una de las mejores poesías de Evaristo Silió, el brillante poeta de Iguña.

El baile, bajo los robledales; la alegría campesina, desbordada en cánticos y danzas; el parlar de los amantes; el murmurar de las viejas, tocadas con negros pañolones; el caer de la tarde, con "suspiros de mieses y robledales"; todas estas notas costumbristas, adquieren en la poesía citada una magnífica fuerza descriptiva, con brillantes matices de corrección y casticismo, cosas muy olvidadas por un gran número de poetas contemporáneos.

Dejándose llevar por ese idealismo que da encanto a sus poesías, inspirándose quizás en la casona de Tablanca, dedica un sentidísimo canto al palacio señoril de su lugar, rodeado de casucas de humilde traza, levantadas a la sombra de aquel erguido monumento, como implorando amparo y protección. Esta poesía, titulada "El palacio de mi lugar", escrita en pintoresco lenguaje montañés, y en perfectos endecasílabos, es una de las mejores que componen la obrita, a nuestro humilde juicio.

"No me jagas llorar", es una composición de amores, en versos quebrados, o mejor dicho, un cuento versificado, de asunto ingenuo, pero sentidísimo. Un mozo enamorado cuenta al poeta sus cuitas, lamentándose de los coqueteos e indiferencias burlonas de la moza que le "espeaza el alma" y le "parte el corazón".

"Los rondadores" y "Los marceros", poesías líricas de indudable valor, unen a lo exquisito del léxico y al rico caudal de pensamientos una fina observación, un honrado realismo de honesta laña, que nos hace recordar los cuadros de costumbres del brillante escritor montañés don Delfín Fernández y González.

"Al amor de los tizones", una descripción flúida, exacta, veracísima de las jilas montañesas, escrita en verso libre, de gran refinamiento psicológico, se nos antoja la mejor del libro, tanto por la facilidad de la versificación como por lo expontáneo de los pensamientos copiosos que contiene.

"Semana Santa" una preciosa saeta de recia fibra, impregnada de aromas religiosos, es una oración inefable que consuela blandamente con la recordación elocuente de sublimes enseñanzas y sacrificios.

"Amanecer", "El pastor", "La encina" y "El trovador", poesías de arte menor que ponen fin al libro, no desmerecen de las otras en lo que se refiere al fondo; en la versificación contienen algunos defectillos de los cuales se irá corrigiendo el joven poeta.

Le aseguramos muchos laureles si continúa cultivando tan hermoso jardín con esmero y perseverancia.

Es una verdadera lástima (y se lo decimos con la mayor de las sinceridades) que haya hecho una edición tan reducida, para repartirla solamente a sus amistades. Los amantes de la literatura montañesa, todas las personas que buscan en la poesía un solaz y a veces un consuelo, hubieran adquirido "Flores de mi tierra", dechado de bellezas y de sentimientos.

Terminaremos estas líneas, manifestando que la labor del novel poeta es altamente exquisita. Versifica con naturalidad y primor, "sin piedras falsas", con lenguaje puro, conmoviendo profundamente. En una palabra, además de conocer a la perfección el lenguaje y modismos montañeses escribe en castellano castizo, cosa esta, según ha dicho un gran escitor, que va siendo rarísima aun en aquellos (omitimos nombres) neciamente llamados buenos poetas, que escriben una jerga sin antecedentes filológicos, cuya "casta" sería imposible averiguar.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 9-VIII-1922.

9.—NOTAS DE LA MONTAÑA. LA ONIANA Y LA ARRASTRÁ

-Mira, Nisio; mira qué florucas tan majas adornan la brañuca de la Arrastrá... Mentira paez que nazcan flores en aquel sitiu...

...

^{—¡}Ahora! Mira qué lelá se la ha metiu en la cabeza... ¿Y por qué demaños no han de nacer flores y jasta claveles si a mano bien en aquella brañuca? ¡Pos lo mesmu que en otru sitiu! La mesma tierra es y la mesma yerba, y el mesmu agua cae del cielu pa toas las brañas del monte...

[—]Pos mira, Nisio: asegúrote que estás equivocau. En la brañuca de la Arastrá jáseme a mí que no debían nacer flores ni tan siquiera una majoma de ortiga...

^{—¡}Recolle! Porque tú lo digas, ¿verdá...? ¡Juesús, Juesús! Esta cría es lelísima del to... ¿Y no te se jaz a tí, turriscá de los demongros, que me estás jeringando una güena jartá con tus chiflaúras? ¡Que es malu decir recolle y recontra como si jueran ajos; que a las ovejas hay que acaricialas la cabezona como si jueran presonas; que no es güenu tumbase a la bartola; que es malu limpiase los jocicos con la mano, que no hay que arrascar la cabeza

cuando pica y el espinazu contra daque árbol, y abora p'acabar de rematar el clavu y de barrenar el juriaco, que no debían nacer flores en la brañuca de la Arrastrá...; Ave María! Asegúrote que desde que vas toas las tarducas a casa de la señorita, has güéltote tontísima de to...

- —Eso no es tontura, Nisio; eso es aprender las cosas güenas pa llegar a ser una moza lista y curiosa... La señorita es muy güena, ¿sabes? ¡mu güena!. y vo quiero ser atotogá y blancuca como ella...
- —¡Abora sí que metiste la patuca! ¿Entonces, si yo no aprendo a no rascame, y jago regotrios, y no me lavo las patas y jago mocarrias seré tontu toa la vida?
 - -No; pero serás un puercu...
- —Pos mira: yo jaciendo esas cosas y tu no jaciéndolas, sé mejor el dotrinario que tu, y sé jacer palotes y cantar la tabla retorneá y too; pa que lo sepas, listuca...
 - -Mejor, ea; mejor.
 - —Te da envidiuca, ¿verdá...? Pos ráscala y alámpate con ella...
- -¿Tenete yo a ti envidia? Como el cura al sacristán; lo mesmu, lo mesmu. Cata qué señoritu pa tenele envidia la probe Sinda. No; yo no soy espeluciá como tu, ni giedo a purquería, y no tengo los ojos agataones y reviraos como los tuyos.
- —¡Sinda, no me jagas rabiar! ¡Sinda, no me tientes la paciencia! Mira que te acaldo en metá de la cuesta de una castaña...; mira que soy quien de jacete jorcinar a trompás...

Tío Tasio, viejo cabrero de Barcenuca del Alisal, entró súbitamente en

Tío Tasio, viejo cabrero de Barcenuca del Alisal, entró súbitamente en escena.

Agazapado, como un raposo en acecho, tras un espeso argomal, había escuchado el diálogo de los niños, aquella ingenua disputa que había comenzado por unas deleznables flores y amenazaba terminar a "castañas".

Nisio, con los puños chiquitos crispados, mordiendo la rabieta y abiertos desmesuradamente los ojillos grises, "reviraos", clavaba en su hermana furibundas miradas.

La niña, desconfiando de la fuerza de sus puños para repeler cumplidamente y como ella deseara los golpes del zagal había cogido un morrillo y levantado el brazo en ademán de lanzar la piedra a la cabeza de su adversario, al más leve atisbo de acometida.

Al llegar tío Tasio depusieron sus respectivas actitudes, y la nena soltó el chorro fresco de su palabra contando al cabrero el origen y derivaciones de la riña.

- —Pos tien razón Sinda, ¡trinchoria! —exclamó tío Tasio—; tien más razón que una santuca de Dios. En la braña de la Arrastrá no debían nacer rosucas; debía estar tapá de escajos. ¿Óyeslo, Nisio? De escajos, ¡trinchoria! ¿No sabes tu el cuentu de la Arastrá?
 - -Si no me lu han enseñau, ¿cómo lu voy a ser, ¡recolle!
- -Pos es un cuentu mu verdaeru, mu verdaeru, ¡trinchoria! de una onjana y una moza
- --Pos por eso lu dicía yo ---interrumpió Sinduca--- lo de las flores, y el mu lelu dicía que yo era una tasuga y que estaba enfantasiá...
- —¡Ahora sí que la jeringamos! ¿Y qué colle sé yo de lo que pasó en la brañuca, y qué mal me jizo a mí pa decir que no debían nacer flores?
 - -; Si está maldecía, tontu; a ver si te apeas del burricu...
 - -; Recolle! ¿Maldecía?
 - -Sí, maldecía; maldecía jaz muchos años, ¿verdá, tíu Tasio?
- —Jaz muchos años, sí, hija mía, y paez mentira que Nisio no lo sepa. A mí me lo contó mi güela, que sabía tos los sucedíos como el amén de la litanía... ¿No te se jaz, Sinda, que se lu cuente a Nisio? Verás cómo dimpués diz como tu que no debían nacer flores en la brañuca...
- —Puea, puea, tío Tasio, contestó el arrapiezo, echándose sobre la yerba, dispuesto a escuchar la narración del cabrero.

"Érase que se era una probe moza amarillucia de color y con un cuerpu flacuciu, que daba compasión mirala.

Habíase quedau güerfanuca, "sin padre ni madre ni perrucu que la ladre", sin más amparu que'l de Dios, que nunca falta a los desgraciaos, sin más caudal que los sus brazos y la su honra, y una casuca mediu esborregá a la subía del monte.

La gente la llamaba la Arrastrá porque siempre andaba la mi probe vestía con melanes, alampá de trabaju en las mieses y en los praos, pa ganar un peazu de borona y catener aquella vida entristecía que la ajuegaba en el su corazón toas las elusiones y toas las querencias...

Compaecía la gente de aquella creatura tan güena y trabajaora, con la color descoloría de tristura y reventá de fatigas, dábanla con güena voluntá alguna embozá de fisanes y daque escudillá de lechi p'ayudala a llevar la vida.

Una tarduca, cuando golvía del monte con un coloñu de leña, al trasponer una cotera, alcontrose con una onjana que estaba sentá en la rigüelta que jacía el senderu. Las onjanas son unas hechiceras chiquitinas, mu majas, con unos ojucos mu negros y mu relumbrantes, vestías de lutu y con una picaruca delgaína.

Andan por el monte sin jacer mal a naide y cantan al amanecer una trova mu larga que comienza así:

Dios nos dé güenos días a toas las onjanucas.

Y acaba d'esta manera:

Jacer el bien sin parar v nunca jacer llorar...

La Arrastrá asustose de la onjanuca y mirola asustá, como si juera un demoñu de mengue o algún malinu de los que jacen desgracia.

La hechicera arrimose a la Arrastrá, que jacía temblíos de miedu, y la dijo con una voz mu suave, jaciéndola caricias en la mano:

—Te estaba esperando, Arrastraúca; no quiero jacerte mal; quiero quitate la tristura: quiero ponete colorá la color y alegrucos los ojos y tresnau el cuerpu... Aposa el coloñu y vente conmigo, Arrastraúca...

La Arrastrá, que onque sabía que las onjanas no jacen mal si la persona es honrá y cristiana, había cogíu algo de respetu; pero juese detrás de la hechicera, y anda que te anda por la cuesta arriba jasta llegar a los Castros que están por subir a la brañuca.

La onjana dio con el palucu en una risquicia de una peña y abriose un joracón jaciendo entrar por él a la moza, alcontrándose con una casuca de principesa, enriquecía con unos adornos fantasiosos que jacían perder el sentíu.

Lo primero que jizo la güena hechicera jue vistir como la hija de una marquesa a la Arrastrá y peinala guapamente con un peine de oru.

En finiquitu, la onjana cudió a la moza como si juera su mesma hija, jaciéndola caricias y dándola toa la querencia del su corazón.

Pocu a pocu jue teniendo la Arrastrá otru aquel: colorá la color, tresnau el cuerpu y blancas las manos como la nieve.

Cuando viose jecha una guapa moza, ajoga la tristura del su alma y rodeá de lujos, alcordose de la su casa y del su pueblo, y picola el ajanu por golver a él.

Pasó mucho tiempu: toas las tarducas salían de la cueva y andaban por el monte.

En aquellos paseos, cada vez que la moza veía la torre del pueblu, dábanla ganas de golver y dar envidia a las mozas con la su guapeza.

El pecau jue jormigueando en aquella concencia: la güena voluntá se iba acabando pocu a pocu, ajetreau el corazón con los liegrazos indinos de la ambición.

La concencia golvíase cada día más rebequecía...

Aquella moza que había síu tan güena cuando era desgraciá, tenía adrento el lobu que la había de comer la honra.

Apeñascá, la indina, en la güelta al pueblu, no quería golver probe: quería llevar las riquezas de la onjana pa no pasar jambres ni miserias.

Y el enemigu malu, que jinca la dentellá envenená cuando menos se piensa, preparola el camino.

Una tarduca de inviernu, mu triste y mu fría, cuando golvían de dar el paseucu por el monte, espenzó a nevar con mucha juerza.

La onjanuca, como era tan chica, metíansela los piesucos en la nieve y casi no podía andar. Tovía faltaba güen trechu pa llegar a la cueva.

La pícara Arrastrá enloquecía por la ambición endemoniá; pensó la mu raposona que, dejando sola a la onjana, tenía tiempo de ir a la cueva, y antes de que ella llegara, escapar con las riquezas.

Y así lo jizo la maldecía.

Corrió sin jacer casu de la vozuca entristecía de la anjana que quedaba sola rodeá de nieve, que caía cada vez con más juerza. Pudo llegar a la brañuca, pero no pudo dar un paso más.

Llorando, llorando de pena, viendo cómo la pagaban aquella güena voluntá, viose perdía la probe onjanuca.

Y allí, en metá de la braña, dando alaríos de angustia, sin poder moverse, quedó sepultá en la nieve como un pajarucu que le coge la noche y la ventisca sin poder golver al nial.

La maldita Arrastrá llegó a los Castros. Mitió la mano en la risquicia de la peñona, pero el joracu no se abría. ¿Cómo demoños iba a'brise si no conucía el secretu de la onjana? Agirma que te agirma, llegó la noche y el joracu sin abrise, y cansás toas las juerzas, desesperá viendo que no podía robar los caudales de la hechicera, comprindió la maldad que había jechu...

Y diz que al día siguiente unos albarqueros echaos por el mal tiempo del monte onde cortaban tajos, alcontraron más abajo de los Castros unos güesos y peazos mordiscaos de carne y de vestíu.

• • •	• • •	• • • •	•••	• • • •	• • •	• • • •	• • •	• • • •	• • •	• • •	• • •	• • •	•••	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •
•••	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •			• • •	• • •	• • •	• • •		• • •	• • •	• • •		• • •	• • •	

-- ¡Recolle! -- exclamó Nisio, mirando fijamente al pastor cuando hubo terminado su cuento--. Y por eso dicís que no debían nacer florucas en la

braña? Pos usté y mi hermana y tos los que digan esa lelá, son unos güeis, ¡repuño!, unos güeis...

-; Trichoria!... ¿Qué dices, pecaiju? ¿Tovía no estas conforme?

—Pos no señor, tíu Tasio, no estoy conforme, y vos digo otra vez que sois unos tasugos... ¿No nacen flores en el camposantu, encima de las joyas? Pos lo mesmu deben nacer en la brañuca, onde murió la onjana, ¡recolle!, lo mesmu, lo mesmu. Jue tan güena que no merez escajos y ortigas; merez toas las rosas y los claveles del mundu...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 2-IX-1922. (Vid. O. C. de M. Llano, págs. 671 y sgts.).

10.—RÁPIDA. ANTE LA FIESTA DE LA RAZA

Ha llegado de nuevo la conmemoración de la Fiesta de la Raza.

Castilla, ¡la madre Castilla!, esa altísima señora de ojos serenos y cabellos negros, abre las arcas donde guarda sus reliquias espirituales y las saca al sol para brindar al mundo la hermosa contemplación de tan peregrinas maravillas.

Los juglares castellanos han compuesto sus gayos cantares en "román" paladino: cantares de gesta, de glorias y de aventuras, de sangre y de agonía, de amores y dolores, evocando en la españolísima conmemoración el esplendoroso renacimiento de una raza, que es tan hidalga y cristiana que supo sembrar el oro de sus minas espirituales para luego ver desplazadas sus entrañas, tremando sus carnes de recia pesadumbre...

¡Bien esculpidas quedaron en el grave semblante de tan fecunda matrona las huellas del dolor!

Sembradora de riquezas en todos los surcos del mundo, peregrino de todos los caminos y de todos los mares, guerrera altiva y misionera humilde, nobilísima y hermosa, justa y compasiva, anduvo por el mundo con pardo hábito y brillantes armaduras, cruces y espadas, oraciones y heroicidades, adornada su gentilísima cabeza con la deslumbrante y pesada corona de la gloria humana, que supo llevar muy gallardamente, como cumplía a señora de tan brava sangre y altos pensamientos...

Hoy esta vieja dama, que conserva aún los bríos de una mocedad de maravilloso recato, que recuerda entre risas y sollozos, alegrías y tristezas hondas sus felicísimas andanzas por el mundo, desgranando el rosario de aquellos hechos pristinos, escucha el cantar de los juglares, como escucha una madre las blandas palabras del hijo preferido, que pone por encima de la materialidad de las cosas, las ansias y apetitos espirituales, la sensibilidad suavísima del alma, esas emanaciones inefables del sentimiento engendrador de todas las bellezas, de todos los bienes, de todas las sanas alegrías...

La poesía, "esa lengua de los dioses", cuyos ecos nacen y resuenan en los cielos y vienen a perderse en la tierra para que los recojan algunos pocos favorecidos; ese delicioso y puro manantial de delicadezas, de ingenios, de risas y amarguras, de hondos sentimentalismos y gratísimos consuelos, desborda sus espléndidas bellezas el día de la Fiesta de la Raza, y canta una elegía, una triste elegía que trasciende a sollozos a las viejas naos "muertas en playas remotas", al burdo hábito del misionero, a la espada del conquistador, a la pobre y triste Castilla, quemada por el sol.

¡Aun se perciben en las sedientas eras castellanas las huellas de la gloria, y en la angostura de sus surcos fértiles los granos de oro de la fe!

Y en la fortaleza misteriosa de la poesía, esas huellas de gloria y esos granos de oro, encuentran hidalga hospitalidad y magnificente regalo.

La Fiesta de la Raza es poesía, es sentimiento, es plegaria, es alegría, es amor y dolor, mezcla de cosas místicas y de cosas mundanas, recogimiento de claustros y estruendo de guerras, cantar de monjes y cantar de gesta, hábito y armadura en fraternal beso...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 12-X-1922.

11.—UNA NOVELA. "EL AMOR DE LOS HOMBRES"

Hemos recibido una hermosa novelita que nos ha brindado sabrosos manjares espirituales.

Su autor, un joven poeta que comienza a dar los primeros pasos por el campo literario, alimentándose con los condumios más sanamente castizos, nos ofrece su primer libro, y en verdad que es tan bello y sentido, que repitiendo la frase de un gran escritor puede decirse que "está hecho con claveles y lágrimas".

Fernando Diego y Blanco, al publicar su novela "El amor de los hombres", se nos presenta tal y como es: un mozo acariciado blandamente por la mano del espiritualismo más exquisito, que discurre a lo poeta por silencios

y soledades, buscando en estos remansos del mundo, en estos oasis confortadores, descanso de las almas fatigadas en la jornada de la vida, el tesoro escondido de los pensamientos, de esos pensamientos tan ingeniosos y delicados que esmaltan espléndidamente las páginas de su libro.

"Amor de los hombres" es, además de un riquísimo caudal de poesía, un estudio psicológico de gran fuerza imaginativa, de observación fidelísima y honrada, cosa verdaderamente rara en un mozo del siglo, e incipiente por añadidura en tan profundos menesteres.

Fernando Diego pinta en su novelita una mujer: una mujer que gustó todos los sinsabores de la vida, que fue por el camino acompañada de sus penas, creyendo en el amor humano, en aquel amor que la abrasó las entrañas, haciéndola esperar en vano una esperanza que amortiguara sus fuertes pesadumbres...

Carmela del Rosal, romántica y hermosa, que en plena juventud comenzó a gustar el acre sabor de las cosas del mundo, a llorar y a sufrir mucho, víctima de los inconfesables egoísmos paternales que la impiden amar al hombre escogido, por el delito de ser pobre, nos recuerda, en sus enormes sufrimientos, a aquella desventurada mujer de "Alcalá de los Zegries", que sintió el hálito frío de todas las amarguras, viendo acercarse el pecado por "honrados caminos", abrumada de tormentos y zozobras.

En "Amor de los hombres" nos presenta también el joven novelista un mozo poeta, pobre de bienes materiales y opulento de tesoros espirituales, que logró retorcer su voluntad, apagar los gritos de sus pasiones, matar sus frenesís y sus deseos, y poner por encima de todas las cosas un amor muy grande, y muy santo, un sacrificio tremendo, heroico, que vence sus fuerzas, destroza su alma y ahoga sus más íntimas esperanzas, sonriendo a la muerte como un bien supremo.

Carmela del Rosal y Angel Santén fueron dos almas gemelas, dos corazones que sintieron análogas esperanzas, los mismos apetitos, idénticas ilusiones...

Brotó en ellos el amor más puro y más inefable, paladearon las mismas mieles y el mismo acíbar, unieron sus lágrimas y sus querellas, sus ilusiones y sus ansias, sus alegrías y sus tristezas; y cuando vislumbraban en el porvenir un delicioso carmen de venturas, la inclemencia de los egoísmos llegó a separarlos, llevándolos a la ventura, por distintos caminos, tropezando aquí y allá, hasta caer en tierra bajo los cauterios abrasadores del dolor.

¡Amarga verdad de la vida! El dolor y el amor están íntimamente ligados. Uno y otro se comprenden, prisioneros en la misma cárcel, movidos por el mismo resorte, siguiendo la misma peregrinación... En el mismo regazo duermen los dos y el mismo lucero les alumbra...

El poeta ha puesto en su obra raudales de sentimiento y de consuelo. Ha penetrado en lo más profundo del amor y del dolor, surtidores de pensamientos y de inspiraciones, y nos regala el espíritu, haciéndonos apartar los ojos de las burdas materialidades, y presentándonos dechados espirituales inefables y consoladores.

"El amor de los hombres" es la obra de un verdadero poeta, en la más pura significación de la palabra, llena de exquisita sensibilidad, de pensamientos hondos, de sensaciones delicadas que dedica todos los entusiasmos y ambiciones de la juventud al cultivo perseverante de la poesía, encontrando en ella un sereno refugio contra las tempestades de la vida y los convencionalismos y miserias de los hombres...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 7-XI-1922.

12.—NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"EL COMUNISMO"

Hemos recibido un hermoso libro: "El Comunismo", ideario de las conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid, por el doctor don Santiago Estebanell y Suriñach.

El cultísimo sociólogo, que ha consagrado gran número de años al estudio de los palpitantes problemas sociales, sacando las luminosas observaciones que hoy nos presenta como fruto sazonado de su privilegiado entendimiento, dedica su obra, dando una bellísima nota de sentimentalismo, de amor a los que sufren oprimidos, de dulce consuelo cristiano, a las pobrecitas viudas y desolados huérfanos, víctimas de la injusticia social, con su luengo cortejo de indiferencias...

En los tiempos actuales, una obra, como la que tan perfectamente ha sacado a la luz pública el doctor Estebanell, bien meditada, observadora: integrada por tesoros de experiencia y esmaltada preciosamente con ese sentimiento cristiano, fundado en el amor y en la caridad, es un manjar sabrosísimo para todos los hombres de humildísima condición, desorientados en el áspero camino de la vida, abandonados inicuamente a su dolor y a su miseria, por obra y gracia de ese inmenso cúmulo de convencionalismos y materialidades, tan funestamente arraigadas en el corazón de la humanidad. Las conferencias de tan notabilísimo sociólogo, que ha sabido hermanar en sus bellos trabajos la dulzura y la energía, el consuelo y la censura, la elegancia de estilo vibrante y un copioso caudal psicológico, son un concienzudo y clarísimo estudio del problema obrero en sus múltiples fases, orígenes y derivaciones y medios precisos para atajar el mal.

"Si es cierto que existe la Economía política —dice el doctor Estebanell—ciencia especialmente consagrada, cual es sabido, a demostrar los orígenes de la riqueza y las condiciones con que se obtiene y reparte entre los hombres, no es menos cierto que debiendo considerar siempre en éstos la integridad de su individualidad física y de su personalidad moral, por ser algo más que un engranaje del mecanismo industrial, por dedicar todas sus energías musculares y todas sus facultades morales a la labor del campo, del taller o de la fábrica; es preciso estudiar el trabajo, no simplemente como el esfuerzo del hombre aplicado a la producción, sino como el único medio legal que tiene el hombre para realizar todos los fines de su vida". Y en este sentido es problema económico-social-moral.

Con gran claridad, perfectamente documentado, avalorando sus magníficas disertaciones con demostraciones y consecuencias irrebatibles, habla de los Sindicatos capitalistas y de los Sindicatos obreros, de la génesis del comunismo, de las bases necesarias para el establecimiento de una legislación obrera, y de otra multitud de temas interesantísimos, tratados siempre con gran imparcialidad y delicadeza.

Termina el libro con aquella síntesis maravillosa de las sublimes enseñanzas de Jesucristo:

"Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado."

Para acabar, diremos que la hermosa obra del culto sacerdote, es un brillante tesoro de sociología, de consejos sólidos, de enseñanzas positivas, salidas de la más honda realidad de la vida moderna.

"CON EL SUDOR DE TU ROSTRO"

El notabilísimo poeta, don Luis Zapatero y González, ha tenido la amabilidad de enviarnos un bien editado folletito de versos, que contiene la preciosa poesía "Con el sudor de tu rostro", premiada con la flor natural en los Juegos florales celebrados en Palencia el día 10 del pasado septiembre.

Zapatero González, es un poeta de indudable y reconocido mérito, ferviente amador de su tierra castellana, a la cual ha dedicado sus mejores poesías, verdaderos cantos de amor y de veneración.

El "Himno a Castilla", es una composición primorosa de línea y de co-

lor, de fragancias exquisitas de íntimas emociones, pletórica de admiración y de sensibilidad.

La poesía que dedica a la reina de la fiesta, "La canción del amor", y el canto a la patria, tanto por lo fácil de su correctísima versificación y sonoridad como por los bellos pensamientos que contienen, son suficientes para reconocer a Luis Zapatero como un poeta de recia fibra, de estro caudaloso, que bebe en las fuentes clásicas, sacando de ellas riquísima inspiración y espléndidas bellezas, envueltas en una castiza y abundante expresión.

He aquí unas estrofas de su composición "El segador":

Recia está la espiga para el segador que esgrime brillante y tajadora hoz;

y atando los haces en parvo montón sobre el campo rinde su ruda labor.

En el alto cielo arde y ciega el sol que alumbra y que abrasa con fuego de Dios.

Y en la tierra el hombre canta una oración al manar su sangre gotas de sudor.

Sudor que en su frente es, por bendición, corona de perlas del trabajador.

A la vez que damos las gracias a tan exquisito poeta y amigo por el envío de su librito, le felicitamos muy sinceramente por el triunfo alcanzado en tan buena lid.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 19-XI-1922.

13.—"LAS COSAS DEL SEÑOR LÓPEZ TUERO". NIMIEDADES, MAJA-DERÍAS Y SIMPLEZAS

	$^{"}L$	a tie	erruc	a, la	a vac	quiñ	a, la	ı pie	druc	ау	dem	nás k	aga	telas	de	la M	lonta	ıña,
ser	án n	nuy	inte	resar	ites,	si a	acas	o, pa	ara l	os s	anta	nder	inos	, qu	e gu	sten	de	ver
las	cosa	ıs de	su	tierr	a pi	ntad	as c	on p	incel	de	man	o m	aestr	a'	,			
• • •	• • •		* * *.	***	• • •	• • •				• • •			• • •		• • •	•••	• • •	• • •
	• • •		•••			• • •												

"Pero llegó un día (refiriéndose a Pereda) en que la musa de la inspiración se transformó en vena regionalista, y empezó a lanzar "Escenas montañesas" y más escenas montañesas, a subirse a "Peñas Arriba" y a obstinarse en hacernos paladear "El sabor de la tierruca", dejando por esto de ser el novelista apreciado de la nación para ser el narrador de las nimiedades, majaderías y simplezas de la Montaña."

Para los señorucos que redactan la revista en que hemos leído los párrafos anteriores, y para don Fernando López Tuero, señor muy erudito, al parecer, en teorías zootécnicas, valoración de materias agrícolas, ventaja de los animales de pequeña alzada, y otra porción de lindísimas amenidades, todos los escritores que buscan su inspiración en el ambiente regional, son ingenios flacos, casi en los puros huesos, gentes obsesionadas por los absurdos costumbristas, repulsivos, antipáticos, unas verdaderas calamidades en toda la extensión de la palabra.

El señor López Tuero, del cual son los párrafos que copiamos, es cosa muy seria. Siente la obsesión de la boina, de la montera murciana, de la blusa montañesa, de los aires aragoneses, montañeses, asturianos, etc.; reniega de su estampa, pletórico de indignación, crispados los puños y descompuesto el semblante, cuando oye una jota, una seguidilla, un zorteico, o una doliente gallegada, llena de melancólicas "saudades"; y cuentan (esto nos lo ha dicho un indiscreto señor), que estas monomanías, que no dejan de ser peregrinas en paz y en gracia de Dios, le han hecho hacer el bellaco más veces de las que él quisiera, y menos ¡qué mal intencionados somos, rediez! de las que nosotros muy ferviente y honradamente le deseamos.

Es una reciprocidad muy cumplida que consignamos para tranquilidad de nuestra conciencia.

A mordisco de ratón, arañazo de gato, o a golpe de vara golpe de ahijada, que dicen en nuestra tierra.

Váyase lo uno por lo otro, y que Dios nos bendiga a todos.

Y continuemos adelante.

Para los redactores de esa revista, que no nos place nombrar, y para el señor López Tuero, los gustos regionales, el vestir regional, el cantar, hasta el andar, el comer y el reír, resultan cosas chabacanas, groseras, faltas de estimación, tonterías y más tonterías.

Ninguna región española queda sin verse agraciada con el sambenito de dicho señor.

Y a ese paso, apreciable señor Tuero, va a resultar que los infelizucos que vivimos pegados al pobre terruño, nos veremos en la necesidad desventurada de sorber los vientos, y andas de la ceca a la meca, para tener la ventura de topar con usted, y rogarle, como privilegiada merced, que nos diga cómo se viste, cómo se habla, cómo se reza, cómo se acciona, cómo se anda, cómo se vive en español, señor: pues de sus muy sapientísimas literaturas venimos a colegir que los que usamos boína, y hemos usado abarcas, y escarpines y hasta dando al traste con nuestra seriedad cantamos alguna seguidilla en noche de marzas, o hemos cortejado a "daque" moza garrida en el "estragal" de una casona montañesa, recibiendo el olorcillo de la borona, no vivimos en tierra española, o cuando menos, no tenemos derecho a vivir, hasta no ponernos a tono con las costumbres inéditas que usted guarda tan discretamente y que desconocen todas las regiones españolas.

Porque venga usted acá, señor don Fernando: las costumbres gallegas son groseras y bellacas, majaderías y simplezas, las montañesas lo mismo, las vascas, las catalanas, las valencianas, las aragonesas, las navarras, las leonesas, las asturianas, etc., etc., ídem de íd... Pues bien, entonces, ¿dónde diablos están escondidas las costumbres, los gustos, los vicios y las virtudes, las riquezas y las miserias de España?

Si esos gustos de todas las regiones, son groserías y simplezas, ¿dónde encontraremos el manantial de exquisiteces, florituras y donaires, señor nuestro?

¡Nosotros que habíamos creído que de ese conjunto de costumbres se formaba la costumbre española!

¡Hay equivocaciones tremendamente desgarradoras!

¿Dónde empieza y dónde acaba el gusto español, y dónde empiezan y dónde acaban los gustos regionales?

Esas costumbres, esas regiones, esos vicios y virtudes, ¿no son España? Entonces sacamos la consecuencia de que las costumbres españolas (y perdonen la abundante repetición de la palabra) son otras tantas bellaquerías.

Es lo mismo que decir: todas las regiones españolas son espantosamente feas; pero España es muy bonita, peregrinamente hermosa.

¡Qué dudas tan espantosas, señor López!

¡Por Dios!; díganos usted dónde están esas cosas que no sean baga-

telas, ni majaderías; dónde están las sentilezas, dónde está España y dónde están sus regiones, dónde están los cabellos y dónde está la cabeza, dónde los párpados y dónde las pestañas..., dónde está usted y dónde don Fernando López Tuero...

Descúbranos ese secreto, enséñenos a caminar por ese laberinto intrincadísimo de crasas ignorancias; díganos, por el amor de Dios, dónde está su cabeza, su tronco, sus extremidades superiores e inferiores, y dónde demonios está su cuerpo.

Nosotros alzamos los brazos a lo alto, y nos damos vencidos, maltrechos, desalentados: que no es para menos la cuita en que nos encontramos por sus pecados y los nuestros.

Majaderías, simplezas, groserías.

Estas tres palabrejas encajan a maravilla en las literaturas del señor López.

Dice el proverbio que es más fácil comer que digerir; estudiar que aprender; apuntar que dar en el blanco.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 2-XII-1922.

14.—"EDUCACIÓN SOCIAL". PROPAGANDAS FEMINISTAS

El feminismo tiene sus adversarios: pero se engaña quien creyese que éstos pertenecen todos al sexo fuerte. Sus más irreconciliables enemigos están quizás entre las mujeres.

(Abate Naudet)

Leemos en algunos periódicos que al principio de año aparecerá una gran revista feminista.

Es de advertir que la nueva publicación a que aludimos está muy lejos de pertenecer a ese desdichado linaje de feminismo que encierran las doctrinas de Elena Farnahann (aquella mademoiselle que lanzó la frase de que "la mujer es con relación al hombre, lo que el hombre es con relación al gorila", de Luisa Michel y de María Daraisme, y de otras tantas "emancipadoras" que achacan a los hombres, raza grosera y brutal de usurpadores, todas las desgracias de la Humanidad.

La nueva revista, volvemos a repetii, está llamada a más altos destinos. Inspirada en las esencias genuinamente cristianas, de un amplio y culto espíritu, desechando ese feminismo extravagante, antirreligioso, vocinglero y alborotador, su programa social y educativo estará cimentado en la honda necesidad de dar a la mujer una sólida educación intelectual y religiosa, cultivando su sensibilidad y su imaginación.

El desenvolvimiento del feminismo —dice Max Turmahan— es uno de los tres o cuatro grandes hechos sociales que caracterizan los primeros años del siglo XX.

Desde que Onésimo Reclus, la Michel y Derasme, organizaron el primer grupo feminista, madame Daubé, la Asociación para la progresiva emancipación de la mujer, grupo y Asociación escandalosamente sectarios, lo mismo que las agrupaciones de Pierre y Pognon, el feminismo ha adquirido un incremento que bien definido y enderezado, con grandes preocupaciones sociales y religiosas en su más elevada significación, puede, sin duda alguna, conseguir las aspiraciones que integran el programa feminista en lo que se rafiere al orden político, social y económico.

El grupo de "la Fronda", violentísimo y sectario, los radicalismos de Margarita Durand, las tendencias protestantes de Sarah Monod, etc., no obstante sus insistentes campañas para aumentar el número de sus adeptos y fomentar las necias teorías de su programa social, no dieron los resultados que apetecían, merced a los obstáculos insuperables del feminismo francamente cristiano, que inició una labor de acción social intensísima y fructífera, enervando el impulso de aquellas obras nefastas, que tan mal dicen en la psicología de la mujer.

A Francia cupo la desdicha de ser la cuna de esos movimientos: pero también gozó la valiosísima fortuna de ver cómo nacía espontánea una noble campaña de feminismo católico, que atacó duramente las noticias de "El Droit des Femmes", "Revue Féministe", "La Fronde", "L'Avant Courrière", "La Femme" y otros periódicos de la misma catadura; y organizando grandes manifestaciones, como el magno Congreso, presidido por madame de Bully, las iniciativas de Pierad y la "Asamblea de Juana de Arco".

Como complemento de estos actos y enseñanzas teóricas, de estas propagandas laudables, además de otros beneficios de incalculable eficacia, se establecieron las "escuelas de ménagéres" para las jóvenes, "uniones familiares", Círculos de educación, Mutualidades maternales, auxilios a la orfandad, etc.

Las damas españolas secundaron maravillosamente ese humanitario y cristianísimo movimiento.

Y no mencionamos, por ser de todos harto conocidos, los resultados magníficos de esa campaña generosa, manantial de reivindicaciones justísimas, que han hecho ascender el nivel espiritual e intelectual de la mujer, amortiguando esa degeneración de los sentimientos y de los gustos que acalla los impulsos de la voluntad y corta las alas de la inteligencia.

En Bélgica también tomaron inusitado desarrollo las propagandas cristianas femeninas, fundándose numerosas instituciones, lo mismo que en Italia.

En Alemania, años antes de la guerra, se fundaron varias Asociaciones de la misma importancia que las francesas, belgas e italianas, llegándose a organizar, con muy positivos resultados, el famoso Congreso de Francfort, primera asamblea alemana de propaganda feminista cristiana, en la cual se dio lectura a un precioso folleto de Isabel Gnauch-Kühne, dando a conocer la conveniencia de inaugurar cursos sociales.

De la educación de la mujer depende el mayor esplendor de la moralidad de los pueblos, el arraigo de las costumbres y de las creencias, la muerte de esos resabios morbosos, que tanto se han multiplicado y esparcido...

Haced buenas mujeres y tendréis buenos ciudadanos.

El bronce falta en el alma de la mujer —ha dicho un eminente catedrático—... ¿Y no es esto la causa de que careciendo del temple necesario, sucumba fácilmente a las malas influencias sociales, no encontrando, en su interior, fortaleza de espíritu suficiente para contrarrestarlas?

A poner los medios para evitar estos males, vendrá la mencionada revista, de tendencias democráticas y cristianas.

Bien venida sea tan interesante publicación, a la cual dispensará una cariñosa acogida la opinión española, considerando, además de la bondad de sus intenciones y el amplio espíritu de su programa, que es la labor de unas mujeres que ponen su inteligencia y su corazón, su pensar y su sentir, en tan plausibles y hermosos menesteres, buscando en ellos un inefable alivio, un rayo de luz para curar el mal y amortiguar las sombras.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 10-XII-1922.

15.—UNA NOVELA Y UN LIBRO DE VERSOS

En estos últimos años, pese a los necios detractores de tal género de literatura, la novela costumbrista ha adquirido notabilísimo incremento.

La mayor parte de los escritores noveles, despreciando la monotonía de la vida ciudadana, con sus exotismos y materialidades, deseando encontrar

para sus obras ese sabor espiritual, esa sencillez en el obrar y en el decir, sin hipérboles de mal gusto y filosofías, que estamos por afirmar que no entienden ni los que las escribieron, abandonan de muy buen grado esas alborotadas corrientes y se dirigen a los apacibles remansos, bañando sus espíritus en tan claras y puras aguas.

Tal ruta sigue la notabilísima escritora doña Antonia Monasterio, que a las muchas obras de carácter regional que tiene publicadas, ha unido otra no menos interesante y no menos bella, por su asunto, sus pensamientos y sus observaciones.

Es una tragedia popular, rebosante de sentimiento, que a la vez que copia las hondas realidades de la vida, nos fortalece el corazón y nos templa el alma ante las grandes pesadumbres.

Titúlase la novela "Ababol", y se desarrolla en tierras murcianas, cuyas costumbres y modismos ha sabido copiar la novelista de una manera admirable, ajustándose al ambiente, recogiendo las facetas más preciosas y penetrando en el campo de la psicología con envidiables aciertos.

Demuestra este libro, tan lleno de vida, tan verdaderamente sugestivo—ha dicho un notable periodista, que se ha ocupado de la obra— que en la actualidad el fuego sagrado de Talía se ha refugiado, como rescoldo bajo ceniza, en el alma popular.

Tragedias, dramas, comedias, cuentos, todas las manifestaciones del arte literario, pierden vigor a medida que se elevan en los medios sociales.

No hay posibilidad de que ningún conflicto llegue a mayor interés, donde la sumisión al orden estatuído es una segunda naturaleza para las gentes.

En el campo, a pleno sol, donde es ley general la observancia de las leyes, y donde sobre los respetos humanos prevalecen las pasiones, que da semilla fecunda de arte capaz de florecer al calor de tan espléndida fantasía como la de la ilustre autora de "Ababol".

Hay en la preciosa cubierta polícroma del libro, una escena idílica, a manera de cifra y símbolo de toda la novela: tres huertanas, una tras otra, a la puerta de la típica barraca, tejiendo sus rizos claveteados y sus moños de picaporte, y charlan deleitosamente en animada tertulia.

El lenguaje de tan preciosa novela es eminentemente castizo, vibrante, sin rebuscamientos y amaneramientos, tan usados, indiscretamente por muchos escritores contemporáneos que quieren deslumbrarnos con el brillo de sus piedras falsas.

Felicitamos muy sinceramente a la autora de "Ababol".

Francisco Mendive, novel poeta, que ha recogido sazonados frutos en el campo de las musas por donde camina con paso seguro y recio ánimo, nos ha enviado su primer libro de versos, "Flores humildes".

Entre otras bellas poesías, contiene el citado libro una preciosa égloga.

El poeta nos presenta los amores puros e inocentes de los antiguos rústicos, sus disputas, sus quejas, sus regocijos y sus dolores, en una versificación sencilla y dulce, adornada con las pintorescas descripciones de la vida campestre.

Dicho poema bucólico, el más interesante trabajo de la obra, a nuestro juicio, es todo sinceridad, sencillez y agrado, escrito con naturalidad e ideas hondas.

Este trabajo es suficiente para que el mozo poeta se sienta satisfecho de su obra.

"Los claustros", es una composición escrita en perfectos alejandrinos. En esta poesía, inspirado el poeta por esa caricia de misticismo que se ofrece propicia, como un regalo inefable, a los poetas del sentimiento y del dolor, nos presenta la perspectiva melancólica que ofrece en la noche apacible una vieja colegiata, en una peregrina villa montañesa.

Tal composición, de recia fibra e imágenes bellísimas, es un verdadero himno al silencio y soledad de los claustros abandonados, en cuyo remanso diríase que el poeta encontró la escondida chispa de la inspiración para luego ofrecernos consoladores pensamientos.

Tiene sonetos muy bien hechos y elegias sentidísimas, que poseerían más mérito si las disgresiones no fuesen tan frecuentes y separadas a veces, del asunto principal.

Desde luego que las disgresiones son permitidas en esta clase de composiciones, pero siempre que sean cortas, y sin olvidar la acción principal.

Este es un defectillo de que el novel poeta puede corregirse fácilmente, leyendo buenos modelos.

Maneja el endecasílabo con gran soltura, lo mismo que el romance.

Buena prueba de ello la da en sus poesías "Peregrino del amor" y "La Fuente Milagrosa", en que el asunto corre pareja con la sonoridad y corrección de los versos.

Termina "Flores humildes" con un madrigal delicadísimo.

Nuestra felicitación al joven poeta.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 20-I-1923.

Francisco Camba, el autor de "La Revolución de Laiño", premiada por la Real Academia de la Lengua, y de otras obras literarias de reconocido mérito, ha publicado recientemente una interesante novela: "El vellocino de plata", a nuestro humilde juicio, la producción más bella del exquisito literato.

Camba, cuya personalidad y temperamento están harto definidos, nos presenta una escena de la vida real, una de esas quimeras de juventud y de amor que suelen trocarse al morir las esperanzas y al apagarse las ilusiones, en realidades amarga, en verdades dolorosas que encierran el acre sabor de las cosas humanas.

"Vellocino de plata", obra profundamente sentida, escrita con admirable naturalidad y estilo elegante lleno de nervio y de casticismo, contiene descripciones hermosas y observaciones perfectas, que la harán figurar sin que sea hiperbólica nuestra apreciación, entre las mejores novelas contemporáneas.

Los curiosísimos aspectos de la vida bonaerense, trazados con extraordinaria maestría, el caudal de observaciones hóndamente psicológicas, las notas de sentimiento, de amenidad, de consuelo, escritas con flexibilidad y brillantez, demuestran con claridad meridiana que Paco Camba, el incansable luchador, ha consolidado su fama de notabilísimo novelista.

"Vellocino de plata" es una de las fases de la historia de los pobres emigrantes, de los vencidos, de los que vuelven llorando, de aquellos que han dejado allende los mares sus energías y sus entusiasmos, que han luchado en vano, que han sentido sobre su frente el aleteo de la desesperanza...

Un mozo, lleno de bríos y de entusiasmo, abandona el terruño pensando en las riquezas de los países americanos, y deseando igualarse a los "indianos" que de aquellas tierras tornaban a su pueblo, causando la admiración de las gentes sencillas de la aldehuela, con el brillar de sus anillos y la ostentación, un tanto vanidosa y soberbia de los caudales adquiridos.

Allá fue Daniel Aguiar, a solas con sus pensamientos y sus esperanzas sintiendo en el pecho las ansias ardientes de cambiar de posición sobre los vehementes impulsos de la juventud sana que aspira a la gloria como premio supremo de la vida.

En la aldea gallega dejó a sus padres y a su novia.

Firme mantúvose el amor en aquel corazón noblemente ambicioso.

Ni la ausencia, ni la distancia, ni el trabajo de aquella vida, para él hasta entonces desconocida, lograron amortiguar aquella lucecilla que le quemaba el alma, aquellos deseos fervientísimos, aquellas perseverantes ansias, aquellos recios propósitos de tornar a sus lares para poner a los pies de la hermosa como trofeo de batalla los rendimientos de sus trabajos, de sus sudores y de sus luchas.

El novelista nos cuenta a maravilla las andanzas del mozo aventurero en la capital del Plata.

Pasó el tiempo. Daniel Aguiar ha vencido en la dura pelea. Quiere hacer supremos esfuerzos para conquistar lo que anhela tan devotamente. Se lanza afanoso, con fuertes ímpetus, en la lucha por la existencia, y ve destrozarse sus ilusiones y nublarse sus esperanzas.

Quiere sepultar aquellas flaquezas que se han escondido en su alma. Quiere quebrantar aquellos desalientos que comienzan a disciplinarle cruelísimamente y resultan fallidos sus esfuerzos tras tremenda amargura.

En aquella desgarradora situación recuerda a la aldea lejana, a sus padres, a su novia.

Ve la fuente pura y cristalina de las alegrías, la medicina de su espíritu, el olvido de aquella existencia desdichada, y un día emprende el viaje de regreso para saciar su sed en aquel manantial de amores y consuelos.

Sería dichoso, trabajaría en el terruño como en los primeros años de su juventud, labraría los campos, sonreiría a la vida campesina como dechado de deleite y de tranquilidad, y en aquellos campos y en aquellos montes, con la moza de sus amores, con los hijos que Dios le diera, pasaría la vida apacible amando y trabajando.

Rebosante de contento entró Daniel Aguiar en su pueblo.

Al verle pobre y decepcionado, todos le desprecian, riéndose cruel y burlonamente de sus pesadumbres.

Busca en la amada un consuelo, un refugio donde encontrar alivio y descanso su espíritu; busca en el amor impulsos de fortaleza y de ánimo y se encuentra con una sonrisa de frío desprecio, como las de los otros, con ese ludibrio inicuo con que la ignorancia y la maldad acogen los sufrimientos de los desgraciados.

Le faltan la caridad y el amor: esas dos antorchas infinitas, suma y compendio de todos los bienes de la vida y de todas las medicinas espirituales, capaz de las más altas reivindicaciones sociales y de las regeneraciones más grandes.

Cae de nuevo en las garras del dolor, en la noche obscura del abandono, donde se despedazan los corazones y se desgarran las almas.

¡Es pobre y vencido! Tal es la causa de aquel recibimiento hostil, de aquellas miradas frías y ceñudas y desconfiadas.

Si hubiera vuelto, como tantos otros, ostentando vanidosamente sus ri-

quezas, dándose aires de gran señor, sembrando dádivas, hubiéranle recibido con cantares y vítores, esparciendo flores por el camino que él pisara.

Pero volvía pobre, desilusionado, enferma el alma, y tiene que marcharse de su tierra casi perseguido como un ladrón, y volver a países americanos a continuar una vida de incertidumbres y esperar la muerte, lejos de los su-yos, de los que le habían despreciado por ser pobre.

Ya lo dijo la sentencia del hidalgo de Seara: "Los que marchan como conquistadores sólo tienen un camino: triunfar o no regresar".

He aquí a grandes rasgos el "Vellocino de la plata", la hermosa novela de Francisco Camba, que encierra una de las más hondas verdades de la vida.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 7-II-1923.

17.—UNA NOVELA. "LA MALDAD DE LAS ALMAS"

Lector: Si eres amigo de las cosas espirituales, lloras alguna pesadumbre o has sentido desgarrarse tu alma ante esas tremendas sensaciones que se llaman dolores..., si has probado esos acíbares; si has sentido esos estremecimientos; si has experimentado en tu alma, como un peso enorme, la mano inclemente de la desventura, has de encontrar en la novela a que nos referimos un bálsamo precioso, aplacador de dolores, un remanso de confortables aguas donde bañar tu espíritu doliente...

Multitud de veces, cuando se llora con infinito desconsuelo, cuando se contempla en el horizonte de la existencia una nube negra, mensajera del dolor, cuando nos vemos cautivos y vencidos en las fuertes redes de la desceperanza y creemos con grandísimo pesimismo que nunca asomará la bella y riente alborada del consuelo, cuando sentimos flaquear el espíritu, un libro, una novela, un cuento donde se relatan desventuras más intensas que las nuestras, pesares y lágrimas superiores a los nuestros, sensaciones más amargas y alivios más lejanos, han enervado nuestra angustia, haciéndonos ver en el fondo de otras tragedias, de otros dolores, un raudal de resignación o, cuando menos, un rayo de esperanza que logra romper las sombras y orear el eorazón.

Tal sucede con la nueva novela "La maldad de los hombres", primorosamente escrita por Manuel Tijero, novelista incipiente, capaz de llegar a las altas cumbres literarias, de continuar por tan rectas y limpias sendas.

Desechando muy discretamente las fantasías de muchos escritores noveles, buscando en el realismo comedido, en la evidencia absoluta de las cosas terrenas y en el consuelo de las divinas el asunto para su obra, nos presenta con profusión de ideas y de hondas realidades la maldad y la virtud, la una con sus negras vestiduras y rostro repugnante y la otra con su manto de blancura impoluta, ojos serenos y semblante apacible. Un hombre odioso, agazapado cobardemente en una apócrifa virtud, cargada la conciencia de sombras y el corazón de maldades, abusa de la nobilísima hospitalidad que le brindan inefablemente dos pobres ancianos, matrimonio de honra inmaculada, que nos presenta el novelista con trazos de una psicología profunda.

En aquel hogar humilde, santificado por la fe y la honradez, donde no se cobijaron nunca los venenosos convencionalismos ni encontraron albergue las hipocresías burdas, encuentra el hombre aquel atenciones y cuidados cariñosos que luego paga con la afrenta más tremenda, con la puñalada más inicua, con la felonía más infame.

Escupe sacrilegamente aquellos rostros venerables, abusando de la hospitalidad y pisoteando fieramente, cobardemente, aquellas canas, aquella honra, único tesoro de los infelices ancianos que ignoran la desgracia que se cierne sobre sus frentes serenas.

Una hija de los afrentados, mozuela coqueta, contagiada por la maldad y las palabras de falso amor de aquel hombre ingrato, secunda la cruelísima labor, comenzando los dos el preámbulo de un drama espantoso que envuelve a otras personas inocentes, que no se atreven a sospechar tamaña iniquidad.

Un joven de alma noble, sentimental y piadosa, descubre un día con inmensa indignación la trama cobarde, los amores ilícitos y pecadores.

Siente un dolor infinito, un desgarrarse del alma, una de esas penas inmensas que hubiéranle roto el corazón al no estar fortalecido con la fe más pura y hermosa.

Si descubre aquel secreto mata a los ancianos con la pesadumbre de su deshonra; si no le descubre, tiene que renegar al amor más grande de su vida, al amor de una mujer que le corresponde fidelísima y vehemente y y abandonar para siempre aquellos lugares, huyendo a solas con su desgracia donde nadie sepa más de él.

Lo que piensa aquel joven generoso, bueno, nos lo dice el novelista maravillosamente, cautivándonos con sus fecundas observaciones y dibujando la escena de una manera sentidísima y delicada.

El mozo en cuyas manos pone la Providencia la prueba del afrentoso delito y el castigo de los miserables, encuentra fortaleza en aquel amor que le abrasa el corazón, confundiéndoles valentísimamente y dejando a los ancianos en su ignorancia piadosamente, para que pasen los años que les queda de vida sin vislumbrar la felonía.

Aparta a la mujer amada de aquellos ambientes impuros, no quiere que continúe respirando aquella joven adorada, llena de virtud y de hermosura, los aires del hogar donde tantas felonías e iniquidades se cometieron.

Y, juntos, amándose, compartiendo la pesada carga de la vida marchan de aquel lugar, con la frente levantada, olvidando lo pasado, riéndose de aquellos apoyos que les ofrecía el felón cuando aún se ignoraba su inicuo proceder, confiado en que, por medio de aquellas promesas, podría continuar con más seguridad su obra funesta.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 15-II-1923.

18.—VERDADES AMARGAS. EL PROBLEMA SOCIAL AGRARIO

Hemos recibido un folleto muy interesante: "El problema social agrario", admirablemente escrito, por don Antonio Monedero Martín.

De pocas páginas, y con una claridad extraordinaria, el señor Monedero, dedicado por completo al estudio y meditación de tan vitales problemas, ha hecho un resumen luminoso de todas las fases que presenta el problema agrario, consignando su esencia, su situación actual, sus diferentes aspectos y sus remedios más adecuados.

Los problemas sociales, todas las manifestaciones de las clases proletarias, el forcejeo insistente por conseguir anhelos, la mayoría de las veces razonables, la lucha intensa para lograr ventajosas modificaciones en nuestra flaca legislación obrera, todas las facetas que integran la cuestión social, han merecido siempre un desprecio censurable, engendrador de rebeldías y de odios, capaces de arrastrar y sepultar, por falta de amor y caridad, todo lo bueno que queda en la humanidad, para sembrar sobre esos rastrojos y sobre esas ruinas los gérmenes de apócrifas venturas de utópicas felicidades y de inciertas reivindicaciones.

El señor Monedero, que ha luchado noble y valentísimamente por el triunfo de una causa tan cristiana como desinteresada, arremetiendo contra egoísmos insaciables, contra inicuas indiferencias, atizando recios mandoblazos a esos convencionalismos y flaquezas, incubadores de copiosos males, demuestra que España se califica entre los países de peor distribución de una

propiedad rústica, agravada por un absentismo que no tiene igual en nación alguna.

Para los efectos de su acabado estudio, divide a la población rural española en tres categorías:

Primera. Obreros asalariados, obreros propietarios y obreros colonos, numerosísimos en el centro y mediodía de España.

Segunda. Pequeños propietarios y pequeños colonos y aparceros, que viven de la explotación de su propia tierra o de la que pudiera arrendar.

Tercera. Grandes colonos, y grandes terratenientes, que cultivan, o no. A esta categoría la considera el propagandista (salvo excepciones que hay en todas las lacras sociales) como cooperadora activa del socialismo revolucionario, aunque por sus ideas y por sus intereses debiera considerarse eminentemente conservadora del orden social.

Como uno de los remedios para curar estos males, pide que el rico que no cumpla los deberes que la misma propiedad que posee le impone, se le obligue a ello, y si se resiste, se le desposea, por indigno, como mal ciudadano y mal cristiano.

Otro de los medios es el patrimonio familiar y obrero que solucionaría el aspecto material del problema del campo, de las grandes masas de proletariado agrario, que hoy son carne de revolución.

Estos medios de indudable eficacia material y espiritual, tan claramente expuestos, y tan enérgicamente defendidos, obrarían rápidamente un gran cambio psicológico, aumentarían la seguridad social, disminuirían el elemento peligroso, y sería más firme la reivindicación, más optimista el trabajo, más sanas y limpias las conciencias.

Unid a esto la educación más perfecta del pueblo agrario, su refinamiento intelectual y moral, sembrando en él sentimientos exquisitos, y tendréis un pueblo rico e inteligente, pletórico de entusiasmos, amando al trabajo y no odiándole, viendo en la labor cotidiana en vez de un cansancio y un peso eternos, un medio segurísimo de vida que proporcionará en su día el descanso y el enervamiento de las fatigas crueles.

Nosotros, que consideramos al hermoso folleto, como una obra sin pizca de desperdicio, hemos fijado nuestra atención, con más interés que en ningún otro, en el capítulo "El gran deber y el gran pecado", en el cual, desde la primera a la última línea, son otras tantas verdades amargas y tristes, evidencias palpables, conceptos realistas que llenan de indignación y de pesadumbre.

Después de exponer con un acierto notabilísimo el estado, en España, del problema agrario, la distribución de la tierra y el salariado, instrucción profesional y crédito, educación del pueblo, organización, etc., y después de

aconsejar a las clases directoras en general, a los terratenientes en particular y al clero en especial, termina con el precioso capítulo antes mencionado.

Lo que dice don Antonio Monedero en "El gran deber y el gran pecado", trabajo tan sabroso como veraz, es la experiencia profunda de un hombre que, sin alardear de filósofo, ha buceado en las altas y bajas capas sociales, observando con suprema atención, queriendo sacar grandes enseñanzas, el desenvolvimiento de la vida rica y de la vida pobre, encontrando en su peregrinación copiosos convencionalismos escondidos, miserias tapadas con planchas de oro, caridades forzadas, hijas de pomposas vanidades, virtudes aparentes, creencias frías, espíritus mezquinos, flaquezas y bancarrotas morales, gentes "de chuletas y buen vino", sepulcros blanqueados...

Y de ese panorama turbio, de incertidumbres y tinieblas, de presunciones y de hieles, Monedero ha visto arraigarse, más y más, su fe y su lástima, reprochando esos torcidos sentimientos, esos groseros hartazgos de vanidad, esas torpes apariencias.

Es un canto al deber, a la abnegación, a la acción intensa, y una censura acre a la indiferencia, a las "posturas cómodas", a los hombres remisos, a los... hipócritas y fariseos.

He aquí el comienzo del citado capítulo:

"Busquemos la raíz; Cristo no nos dejó entrever la morosidad, ni la cobardía; su vida fue acción intensa, su muerte la suprema abnegación ante el máximo dolor, aceptado en el huerto de Getsemani.

Los apóstoles y todos los mártires, no fueron remisos, ni apocados; los mismos ermitaños ejercieron una intensísima acción; muchos mártires buscaron a sus verdugos; los demás los recibieron sonrientes.

Salid de ahí y buscad ese espíritu en general entre los escogidos de la sociedad moderna.

Del sagrario a la casa importuna un pobre.

-Aparta, hermano.

En la obra en que figura su nombre, se eligen cargos:

-No me den ustedes cuidados.

Se abre una suscripción benéfica.

-Más de lo que haya dado fulano.

Se presenta alguna dificultad:

-Oue se arregle todo sin ruido.

Hay lucha y contradicción.

-Yo no estoy para estas cosas.

Y Cristo sube solo por la calle de la Amargura, entre la procacidad de

los enemigos, sin hallar entre tantos discípulos, más que un solo Cirineo. ¡Uno solo!

...

La omisión del gran deber de atender al pueblo trae tras sí el gran pecado de la conculcación de la justicia, también por acción y omisión.

El pueblo se ha unido clamando justicia y lo hace porque no la halla entre nosotros y se une a sus falsos redentores, porque entre nosotros no halla quien la defienda y todo deriva de que la vida cada día más frívola de las clases elevadas, las aleja de la lucha, al debilitar su voluntad y con la voluntad la fe."

MANUEL LEANO

El Pueblo Cántabro, 27-II-1923.

19.—EN EL ATENEO. LECTURA DE CUENTOS DEL SEÑOR ARANAZ CASTELLANOS

El exquisito cuentista y literato, don Manuel Aranaz Castellanos, ocupó ayer la tribuna del Ateneo.

A la hora anunciada, el elegante salón de actos se encontraba completamente lleno de distinguido auditorio entre el cual se hallaba un gran número de hermosas damas.

Presentó al Presidente del Ateneo bilbaíno el del de esta capital, don Gabriel María de Pombo Ibarra, que en breves y elocuentes frases aludió a la unión vasco montañesa como fuente abundantísima de bienes materiales y espirituales.

El culto presidente del Ateneo santanderino fue calurosamente aplaudido. Los cuentos del señor Aranaz Castellanos, grandemente ingeniosos, llenos de naturalidad y exquisitamente pensados, vienen a demostrar de una manera irrebatible que dentro de la peregrina y sencilla literatura regional, con sus ingenuidades, con sus modismos y, si a mano viene, hasta con sus vulgaridades, pueden encontrar los espíritus observadores asuntos grandemente interesantes, sin rebuscamientos forzados, capaces de competir con otro género de trabajos literarios inspirados en más amplios ambientes, en otras capas sociales.

Aranaz Castellanos, dotado de esa cualidad extraordinaria que enriquece espiritualmente a los buenos cuentistas: la observación fina, ha encontrado en el solar vizcaíno en sus costumbres, en su chismografía, en su sentimentalismo, notas preciosas que nos las ofrece muy bellamente, condimentadas con la sal y pimienta de su entendimiento, haciéndonos paladear manjares que, no por ser cocidos en las ollas aldeanas, son menos sabrosos que los condimentados fuera de los horizontes campesinos.

La literatura costumbrista ha encontrado en don Manuel Aranaz un amante ferviente, y ella en cambio de ese cariño, le ofrece propicios encantos que él esparce por el mundo de las letras para deleite sano de los que gustan de esas hermosuras.

"En confiansa" es un cuento finamente irónico, rebosante de gracia, inspirado en la chismografía pueblerina.

"Crepúsculo" es un cuadro perfectísimo, sentimental, en que un pobre anciano, rodeado de sus nietecitos, vuelve los ojos de su alma al pasado, recordando aquellos días alegres de la juventud con sus esperanzas y amores.

"Manso manso" es un cuento graciosísimo en el cual demuestra Aranaz su temperamento irónico, altamente festivo.

Una pobre mujer, estanquera para más señas, recibe continuamente sendas palizas de su marido.

Ella es alta, de constitución fuerte, y su marido débil, esmirriado, como un alfeñique. No obstante la superioridad física de la hembra, no se atreve a oponerse al trato que la da el esposo.

Pero hete aquí que, cuando menos lo pensaba, la mujer aquella encuentra un procedimiento reciamente positivo y, a fuerza de puñadas, le convierte en "Manso, manso", hasta hacerle fregar la cocina y otros menesteres de ese jaez.

"Bueno para el cura" es otro alarde valiosísimo de literatura festiva, lo mismo que el "Cuarenta y cinco", "Un escándalo grande" y "Sesión de pesca".

En una palabra, todos los cuentos que leyó anoche en el Ateneo el notabilísimo literato vasco, son otras tantas pruebas de su fecundidad intelectual, de su observación y de su amor a la literatura genuinamente regional.

Su labor fue premiada con una calurosísima ovación e infinidad de felicitaciones, a las cuales unimos la nuestra muy sincera.

M. Llano

El Pueblo Cántabro, 11-III-1923.

20.—"JUANITO PONCE". LA NOVELA DE UN CALAVERA REGENE-RADO

Roque Sanz, el autor de "La Dolorosa" y de "La Preferida" y de otras obras literarias que han tenido admirable acogida, ha dado a la estampa, recientemente, una novelita que lleva por título "Juanito Ponce". La obra mencionada es la novela sentimental de un calavera regenerado; la historia de una juventud borrascosa, henchida de deseos, de crápulas, de amores mercenarios y, por último, de regeneraciones hondas, de arrepentimientos honrados.

No obstante lo manoseado del asunto escogido por el novelista, ha sabido poner en los capítulos de su obra un interés grande, que cautiva al lector, paladeando los bien trazados rasgos psicológicos, la estructura sencilla y amena de la forma y el diálogo suelto, sin retorcimientos.

Las conversaciones entre los personajes de la obra fluyen naturales, espontáneas, sin esas desdichadas cursilerías literarias y filosóficas que muchos escritores noveles ponen en labios de los personajes que crean, no compenetrándose con la índole intelectual de éstos, cayendo, por lo tanto, en contrasentidos insignes, que ponen máculas en toda producción literaria, por muy bellas y floridas que sean sus cláusulas y sus imágenes.

"Roque Sanz" se aparta muy discretamente de esa lamentable equivocación, y guiado por el realismo sano y lógico, hace diálogos cabales, teniendo siempre en cuenta los ambientes en que se deslizan y las personas que los dicen.

"Juanito Ponce" es un señorito sin miaja de experiencia, cargado de caudales, con puntas y ribetes de escritor.

Heredada de sus padres envidiable fortuna, muy mozo aún, quiere correr el mundo y marcha a Francia, Bélgica y Alemania, y después de visitar las ciudades por donde pasearon su chambergo los Tercios españoles, después de amar a una "medinette" francesa y a una alemanita rubia, que le recuerda, nada menos, que la heroína de Goethe, torna a su tierra madrileña con amargos desengaños y unos cuantos miles de duros menos, empleados en bellacas aventuras.

De vuelta en la corte traba amistad, una amistad romántica y confidencial con una muchachita honrada y hermosa, toda ternuras y noblezas, exquisiteces y sentimentalismos.

Carmen, criada en el dolor y templada su alma al fuego de las grandes pesadumbres, es hija de un militar muerto en Africa, que supo educarla esmerada y cristianamente bajo las auras suavísimas de los sentimientos inefables.

De la amistad sincera pasan al amor, sin darse cuenta cómo llega el amor, callandito, sigilosamente, metiéndose de rondón en los corazones, para su ventura o desdicha.

El mozo aquel, al sentir tan suaves cauterios, tan "regaladas damas", quiere quebrantar las profundas sensaciones y apagar el cariño a fuerza de mortificaciones, retorciendo el corazón y la voluntad.

El, "Juanito Ponce", ricacho, de rancio abolengo, preso en la red de los convencionalismos odiosos y necios, que hacen brotar infinidad de rencores y de odios, no podía hacer suya ante Dios y ante los hombres a una pobre joven de la clase media, por muy hourada y hermosa que fuera.

Sus familiares, prendados de su estirpe y de sus blasones, tomarían la determinación de Juanito como una profanación imperdonable.

Lleno de zozobras y de abatimientos, luchando entre el amor que le consumía y los prejuicios heredados de su casta, como un estigma, quiere huir, marcharse lejos de la enamorada Carmen y olvidar aquella "aventura de poeta" a la moderna, a trueque de romper un corazón y un ensueño delicioso, preñado de esperanzas y de mielcs.

El literatillo, siguiendo el ejemplo de los que pretenden, en vano, olvidar los pesares regalando a la carne, se lanza a una vida borrascosa. Los cabarets de la corte, donde agota el dinero y quebranta la salud, presencian sus zambras insensatas, sus locas francachelas, que le convierten pronto en el señorito calavera que va dejando en el camino pedazos de dignidad y algo más que no puede recuperarse.

En los momentos de soledad, en su cuarto de soltero, desaparecidas las brumas de su inteligencia y de su corazón, piensa en Carmencita con arrepentimiento, sintiendo el incesante escozor de la conciencia enferma.

Y un día, "Juanito Ponce", casi arruinado, desecha sus escrúpulos y va, sediento de felicidad, en busca de la abundantísima y pura fuente del amor, donde sacia su sed y vislumbra la ventura, que le sonríe tentadora, ofreciéndole sus encantos.

Poco después, como compensación de las pasadas desazones, una gentil parejita, Carmen y Juanito, van camino de la vicaría, que es donde suelen terminar casi todas las historias de amor, con sus idilios y locuras.

La novela tiene descripciones perfectas y escenas notabilísimas de precioso colorido, en las cuales se observa claramente que el autor de "Juanito Ponce" sabe lo que trae entre manos.

Nuestra felicitación sincera.

MANUEL LLANO

Lugar apacible, fuente de inspiración para peregrinos; poetas y noción para peregrinos poetas y noveladores, es Santillana del Mar.

Bien esculpidos quedaron en la villa montañesa los vestigios de su grandeza; aquella grandeza espléndida, templada en los yunques místicos y guerreros, "en la melancolía intensa de los claustros, en la alegría de los cuarteles"...

Reliquia venerada, las Asturias de Santillana, cubiertas con la sagrada pátina de los siglos, escondida y pobre, olvidada y triste, pero siempre placentera y hospitalaria para las almas que buscan en sus ruinas caudales de sentimiento y de poesía, es la "villa muerta", que al fenecer sus glorias dejó en el ambiente y en las cosas, en palacios y en colegiatas, el sello de su abolengo y el estigma de sus grandezas peregrinas.

Amantes los poetas de los viejos romanticismos, de las andanzas pretéritas, refúgianse en aquel remanso donde se encuentra "la vejez ilustre; los caballerescos, anacrónicos edificios, en que estuvieron los linajes preclaros de las guerras de los siglos XVI y XVII". ¡Santillana del Mar!

Uno de nuestros poetas, apartado por su excesiva modestia y humildad de las luchas literarias, en las cuales vencería si a ellas se lanzase, ha tenido la amabilidad de enviarnos su precioso libro "Blasones y Tradiciones".

Enamorado ferviente de Santillana del Mar, quiere ofrendarla el homenaje sincerísimo de su cariño, y en el sentido prólogo de su obrita, la dedica las frases más hermosas que un poeta montañés puede dedicar al terruño.

Manuel González Hoyos, de cuya labor literaria nos hemos ocupado en varias ocasiones, animándole y aplaudiéndole, se ha inspirado en la vieja villa montañesa para componer sus leyendas populares, y a fuer de sinceros, hemos de decir que han sido harto fecundos los resultados.

Versos llenos de sonoridad, sencillos, sentidos, fáciles, llenos de bellezas, matizados con pensamientos hermosos, cautivan al lector, haciéndole paladear sazonados frutos, presentándole el pasado casticísimo y enseñándole sus tradiciones amorosas.

Hermosa, en verdad, es la leyenda.

"Yo no hallé —dice González Hoyos— una manera más apta para darla a la luz pública, que narrándola en la dulzura y energía a la par de la métrica castellana. No busques en ello, lector querido, galas retóricas, ni torneos literarios; porque a buen seguro no lo has de hallar; pero te aseguro, con mi palabra de hombre honrado, que en cambio hallarás una deleitación sabrosa y dulce, en las remembranzas de nuestra historia popular. Y entonces

nuestra alma montañesa podrá extender las doradas alas del sentimiento y admirar las sublimes enseñanzas que nuestra tradición encierra."

En el libro encontramos preciosos trozos de poesía descriptiva:

La tierra quedó en silencio, sin luz, sin vida, sin galas, con un rumor que no es muerte pero que la vida mata...

El sol cayó presuroso tras de las altas montañas, reflejando su luz triste en la extensa cuesta parda, como el adiós amoroso que saben darse las almas.

Y las estrellas titilan inquietas, móviles, claras, en la inmensidad del cielo, con destellos de esmeralda.

La luna su faz asoma con cabellera de plata, rasgando las densas brumas, derramando la cascada de sus rayos por la tierra que con ansia los empapa desde el fondo misteriosos del abismo en que ésta nada.

González Hoyos, que cultiva todos los géneros poéticos con indudable acierto, tiene composiciones bellísimas, que demuestran lo exquisito de su estro:

"Idilio", poesía sentimental, es un canto al puro amor campesino, escrito con brillantez y soltura:

...

¿Que calle, morena?
¿Cómo he de callar,
si es todo grandeza,
si es todo bondad,
cuanto tu alma encierra?
¿Si también adornan
tu gentil belleza
las virtudes todas
de la montañesa...
Deja que te alabe,
que te cante deja,

que vo sov cantor v además poeta. No te ha de extrañar que con flores venga a cantar las gracias de esta montañesa. que con su donaire, gracia v gentileza. la "casona" grande de perfumes llena... y el olor de santa, v el olor de buena, v por ser tan fuerte. y por ser labriega, toda su fragancia esparció en la aldea... donde tú naciste, donde te veneran como a la más santa. como a la más buena...

De desear es que el joven vate montañés continúe el cultivo de las musas, en el cual le auguramos un resonante triunfo.

Nuestra felicitación sincera y el ofrecimiento de que en breve nos ocuparemos de otro libro suya: "Santillana", del cual adelantamos que es una leyenda de costumbres clásicas, de indudable mérito.

MANUEL LIANO

El Pueblo Cántabro, 1-VI-1923.

22.—UN MONÓLOGO. ¡¡POBRE MADRE!!

Un querido amigo nuestro, Antonio de Llanos y Sainz de Baranda, joven periodista y admirable literato, con cuyos trabajos nos hemos deleitado en diferentes ocasiones, ha dado a la publicidad un precioso monólogo que nos ha enviado amablemente.

El joven periodista, que pertenece a esa casta de escritores que buscan afanosamente las fuentes sentimentales para saciar sus ansias de exquisita inspiración, nos ofrece en su monólogo "¡¡Pobre madre!!", a la vez que los sólidos consejos de un poeta honrado y los desengaños de una vida des-

enfrenada, con su luengo cortejo de orgías y crápulas, los bellísimos pensamientos, los arrepentimientos sentidos, las horribles pesadumbres y zozobras de un hijo que en la vorágine de su desesperación piensa en su madre, el más grande amor de su vida, la única esperanza que le queda en el mundo...

Antonio de Llanos, al escribir su monólogo, ha pensado inefablemente en su madre, sintiendo en el espíritu todos los sabores, todas las blanduras, todos los supremos deleites, suma y compendio de las satisfacciones espirituales de la vida.

El escritor que venera a su madre amantísima ha querido hacer un himno de lágrimas y de dolores, y, para ello, con un sentimiento nobilísimo y cristiano, a lo poeta, nos dice de las iniquidades de un hijo miserable que abandona a su madre por el egoísmo insaciable de una mujer hermosa de rostro y espantosa de corazón.

"Por unos ojos que afanosos siempre buscaban los falsos halagos del dinero, dejé los ojos que siempre estuvieron humedecidos por las lágrimas del dolor, que en ti, madre de mi alma, producían mis locos extravíos; por una faz que siempre ostentara el color nacarino de la juventud y el reflejo de la codicia, abandoné la palidez y rugosidad de tu rostro, que reverberaba la luz de la resignación y del sufrimiento; buscando las fingidas caricias de aquella ¡¡infame!!, perdí el néctar de tus besos, madre mía."

En el monólogo se destacan multitud de pensamientos hermosos, hondamente sentidos, como cumple a un buen hijo y a un buen escritor.

"¡Pobre madre!!" es un triunfo más para el querido amigo, al cual felicitamos efusivamente.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro. 12-VII-1923.

23.—"PEPINA". UNA NOVELA MONTAÑESA

Alfredo de la Garma Baquiola ha publicado recientemente una pequeña novela montañesa que hemos leído con el cariño con que leemos las obras inspiradas en los ambientes de nuestra tierra.

"Pepina", que es el nombre de la novelita, es, a la vez que entretenida y realista, altamente realista honradamente, una censura tan sentida como valiente a los egoísmos inconfesables, a la avaricia de muchos padres que, dominados y consumidos por el brillo fastuoso y tentador del oro, no tienen reparo alguno en cimentar la infelicidad de sus hijos.

¡Cuántas tragedias y cuántas vergüenzas nacen de esas avaricias desatadas, de esas inconsciencias burdas, de esa inicua supremacía de las riquezas vanidosas sobre los sentimientos del amor con sus dulzuras y encantos inefables!

De la Garma censura estos gravísimos pecados sociales, forjadores de daños irreparables, disciplinas y verdugos de las sensaciones gratísimas del espíritu, de las esperanzas e ilusiones del amor, de la felicidad bendita del matrimonio de las dichas más grandes y hermosas de la vida...

El novelista, inspirado en estas cosas odiosas, ha hecho una obra meritoria, literaria y socialmente considerada, apartándose de la cantera de las piedras falsas y caminando con seguro paso y perfecta orientación por los caminos de la psicología aldeana, con sus secretos y complicaciones.

Una moza campesina, por obra y gracia de esas inconsciencias y de esas avaricias, quizás por algún impulso de gratitud también, se casa con un "indiano" tan cargado de dineros como de alifafes, que se prenda locamente de su hermosura y de su altivez.

De esta coyunda, no hecha por la fuerza poderosa del cariño y sí por los pícaros forcejeos de las conveniencias, surgen consecuencias lastimosas que van creciendo a medida que pasa el tiempo, mordido él por la víbora de los celos rabiosos y presa ella en las cárceles de la coquetería más refinada, sabiendo de su belleza y de las insinuaciones más o menos indiscretas y malévolas de sus adoradores, a los cuales no hace caso, conservando su honra...

Más tarde, muerto el "indiano", llega la tragedia espantosa, una de esas tragedias que suelen poner fin a vidas moralmente enfermas, que lan jugado con fuego y, al fin, mueren entre las llamas de sus pasiones o de sus pecados.

"Pepina" tiene escenas de exquisito sabor montañés y finas observaciones costumbristas rebosantes de realidad.

Para que la novela de Alfredo de la Garma sea completa nada más que la falta una cosa, a nuestro humilde y sincero juicio: que hubiera copiado exactamente el lenguaje de nuestros campesinos, que es lo que más sabor da a este género de literatura.

Si el notable escritor piensa hacer otra novela montañesa no olvide que, junto a sus cualidades de observador y de sincero en la parte psicológica y descriptiva, es menester poner tal y como es, sin el más leve refinamiento, el lenguaje de nuestros campesinos.

Nuestra felicitación.

MANUEL LIANO

El Pueblo Cántabro, 28-VII-1923.

24, 25 y 26.—POR TIERRAS MONTAÑESAS. UNA LEYENDA DE AMORES

A don Manuel Hoyos, como recuerdo de aquellos días de mis andanzas por tierras de Reocín.

Ι

Todas las ruinas de mi tierra tienen su leyenda.

Un castillo derruido, un viejo palacio, una ermita ruinosa, un cementerio olvidado, los restos de un "invernal", solitarios humilladeros a orillas de caminos y camberas, lugares de oración y de recogimiento antaño y albergue de mendigos hoy, son lugares en que el ingenio tosco de los campesinos y hasta la fantasía lugareña han dejado invenciones espantables donde casi siempre el amor y la muerte juegan el principal papel.

De estos vestigios del pasado nacen multitud de tradiciones que se van legando de padres a hijos, como una herencia, en las noches de "jila", mientras trabajan las ruecas, chisporrotean los leños secos, "triscan" las castañas en la "caldera de asar" y ruge el ventarrón en las callejas.

Cuentos de aparecidos, narraciones espeluznantes de hechiceras y aquelarres, historias de amores románticos, tragedias inspiradas en la avaricia, leyendas de almas en pena, de guerreros esforzados, de doncellas encantadas, de monjes pecadores, de criminales arrepentidos, de pastores enamorados, de ricachos soberbios y miserables, de tesoros escondidos en cuevas y grutas, de las cosas más fantásticas, ingenuas y horripilantes que pueden caber en la imaginación humana...

Si tenéis la ventura de visitar a mi tierra, de pasear por sus mieses y montañas en compañía de un "trovero" ducho en las creencias e historias del valle, soltará el chorro de su palabra "autorizada" y "erudita", a cambio de algún dinero, y os contará "sucedíos" y "más sucedíos", jurándoos y perjurándoos por su ánima y las de sus antepasados que aquello es más cierto que la muerte.

Y para mayor convencimiento del curioso, como demostración de sus afirmaciones, le enseñará los sitios donde se deslizaron aquellas escenas espantables, mostrándole objetos o señales que desempeñaron tal o cual papel, con la misma seguridad. con la misma firmeza en la palabra y en el ademán que si hubiera sido espectador de aquellas tragedias, que, dicho sea de paso, casi siempre se desarrollaron en noche obscura, de tormenta, con truenos y relámpagos, aullar de lobos y lastimeros quejidos del cárabo caído en la nieve.

Hasta el brillar de la luciérnaga, la negrura de la mora y de la endrina, la "mona" de los maizales, el croar de las ranas, la monótona cantinela del "cuco" y los acentos alegres del "colorín", tienen su leyenda lo mismo que el amor, el dolor, la avaricia, la miseria, el heroísmo, la piedad y el sacrificio...

¡A mí me contaron en cierta ocasión la leyenda del caracol! Y, un buen día, pretendieron hacerme ver en las manchas negruzcas de un castro de la sierra manchas de sangre; en las hendiduras de un peñasco, a orillas del río, las formidables lanzadas de un morazo, y en el verdor de los escajales y en sus flores amarillas, y en el perfume del romero, no sé cuántas virtudes y medicinas para los males del amor y de la "malenconía".

Una anciana "curandera", con estampa de bruja, ataviada con un manto negro, andar lento, manos largas y rostro escuálido, de pergamino viejo, que en tiempo fue rezadora en los velatorios, consejera de los noviazgos, "corredora de mozucos" y catadora de todas las colmenas de la murmuración, nos aseguró que las campanillas blancas brotaron en lo más crudo del invierno, sobre la nieve.

Un tosco pastor de cabras, remolón y pícaro, hurtador de recentales nos afirmó con la mayor seriedad del mundo que las lechuzas y los murciélagos eran consecuentes enamorados, y que, de vez en cuando, de aquellos amores nacía un bichejo ruín, mitad blanco y mitad negro, de ojos azules y corazón verde. La persona que tuviera la desgracia de toparse en el monte, al amanecer, con el hijo de la lechuza y del "sapo volandero", moriría irremisiblemente aquel mismo día.

¿Y qué diré de los mitos?

Líbreos Dios de toparos con el "ojáncano", ese hombrachón membrudo, altísimo, sanguinario, y del "cuegle" tragón y devorador, y del "ujano", y de los "mengues"...

Cada ruina de mi tierra tiene su leyenda; esas leyendas ingenuas, todas tristes y sangrientas, que se cuentan en las noches de "jila", al amor de la lumbre, mientras se pintan y se tuestan las abarcas y funcionan las ruecas...

Tía Laura "la encorvá", lo mismo cuenta una leyenda y nos dice la etimología de los nombres de todos los pueblos del valle, que unce un par de "güeis" y siega un "lombillo" de "verde".

De idéntica manera conoce al dedillo la genealogía de las señoriles familias de su lugar, con sus vicios y virtudes, que "resaya unos maices" o desgrana unas panojas.

Frisando en los 70, diez menos que su hombre, tío Mesio, menos "agudo" y espabilado que ella, aun conserva la vieja un bonísimo humor.

¡Ríe y canta y se divierte como una zangolotina, con aquellos angelotes de Murillo, que tiene por nietos!

Tía Laura piensa vivir aún muchos años, y conocer a las novias de sus nietucos, y quién sabe si a los hijos de éstas, y tiene la inocetona pretensión de ir ahorrando poquito a poco, para ver si al cabo de los años puede comprar una parceluca en el camposanto donde la entierren a ella, a tío Mesio y a los sus hijos: que la da mucha pena y "malenconía" separarse de ellos.

—"En aquel peazuco de tierra bendita, que yo compre con los mis ahorros, mos enterrarán a tos en paz y en gracia de Dios, y así estarán juntos los güesos de toa la familia para finiquitu, jasta que se jagan polvu".

Esta idea es la obsesión constante de tía Laura, obsesión que trae malhumorado a tío Mesio, al ver con harta pesadumbre cómo menguan sus raciones de tabaco y "aticuenta" por la manía del ahorro que consume a su mujer. Sus "ajos" "retorneados", sus miradas rencorosas y las amenazas en que se alzan sus puños temblorosos, impotentes, no son medios suficientemente eficaces para apear de su asnillo a tía Laura.

—"Mira, mujer, no seas tasuga ni endemoniá; déjate de parcelas en el campusantu, que a los esqueletus lo mesmu les da patas arriba que patas abajo, y bastante hemos estau uncíos pa seguir ensogaos debajo de la tierra. Una güena vida y una güena confesión es lo que jaz falta pa dimpués que estiremos la pata... ¿Qué más da que mos entierren a ti en un picu y a mí en otru? Al finiquitu, cuando pasen los años, las nuestras calaveras y los nuestros güesos irán a parar a la güesera con los de los nuestros amigos y nuestros enemigos, toos regüeltos y apretaos como la muñiga de un estercoleru... Mira, Laura, la mía, que la última deuda no la hemos de pagar nosotros: mira que si me escatimas la jumaca y las parvas, morireme antes de mercar la parcela..."

De la testarudez de la vieja y de las querellas del viejo, que veía mermados sus viciucos, nacían a veces riñas pintorescas, regocijos sabrosos de la "curruliega" que avivaba el fuego, quitando y dando razones, "enguisando" al matrimonio, entre risas muy difícilmente contenidas y fingidas vociferaciones y acaloramientos.

Y así un día y otro, cada cual con su intransigencia, causaban diversión con aquellas disputas, a todas las personas que tuvieran la fortuna de presenciar escenas tales.

Pero lo cortés no quita lo valiente. Tía Laura, con sus manías y "miseriucas" y sus aficiones a "riojas" y "aticuentas", es una diestra relatadora de tradiciones y leyendas, verdadero arsenal de este género de "erudiciones", y la primera en creer, como artículo de fe, aquellas ingenuas invenciones y fantasías.

Yo, que gusto de estas cosas, para mi suerte o desgracia, y husmeaba indiscreto en todas las "jilas", "deshojas" y velatorios, lugares estos últimos de alegrías en vez de reinar la tristeza por lamentable paradoja, hallé en tía Laura una valiosa colaboradora, y nos hicimos los mejores amigos del mundo, pese a los refunfuños y miradas aviesas de tío Mesio, que no podía con los calzones ni con la envidia.

En una "jila" comenzó nuestra amistad. Mientras el viejo cabeceaba en un viejo escaño, al amor de la lumbre, y los mozos y las mozas parlaban bajito, sin pena ni gloria, la anciana, con el gato en el regozo dando vueltas al huso de la rueca, me contó multitud de leyendas, una de las cuales te contaré yo, lector, si Dios me da salud y a ti paciencia.

III

Es la historia de una probe mozuca enamorá —comenzó diciendo tía Laura.

Llamábase Celia y era más maja que la mesma guapeza.

Diz que tenía los ojos mu negros y la cara coloraúca como una manza-

na, y un aquel de güenura en el su corazón y una jartá de gracia en tou el su cuerpu, y un reír y un parlar tan adulzau que paecía un ángel.

Tos los días, de mañanuca, iba al monte con la su recilla, atotogaina, con una vasca de percal. y la gracia de Dios en el alma y en la cara.

Güena hija y güena cristiana, sencilla y zalamera pa tou el mundu, ella adornaba los humilladeros con las flores del monte, limpiaba con las sus manos blancas las juentes de la cuesta que los críos purquirizaban, y aquedaba las vacas que moscaban por la calor, pa quitar las fatigas a los pastores vieios.

Por la tarde, cuando las campanas tocaban a la oración y el sol trasponía por las coteras, golvía Celia con las sus ovejas y con un brazau de árgumas secas o de flores, con la mesma alegría de la mañanuca.

Un día apaeciósela en el monte un demoñu de ojáncanu, altu y reciu, con unos ojones relumbrantes, y unas melenas rojas que paecían teñías con sangre.

Celia, temblando de miedu, alcordándose de las maldaes que jacen los ojáncanos, ladrones de mozas guapas y chupadores de la sangre de críos, quiso escapar de una currinda, pero la mi probe, asustá, quedóse quietuca en metá de la braña, paralizás las piernas, sin más amparu que el de Dios.

Gritó con toas las juerzas, retorcióse de miedu y de angustia; pero aquel hombrón animal, con corazón de lobu, cogióla y llevóla monte arriba, como había llevau a otras desgraciás que no se ha güeltu a saber de ellas.

Aquella tarduca no golvió Celia al lugar.

Pasaron muchos días, se secaron las flores que adornaban los Cristos de los humilladeros y una tristura mu grande ensudarió al pueblu.

A los pocos días, de pena, desconsolá, jecha lágrimas y sospiros, llamando a la su hijuca, murió la madre de Celia.

Tía Laura hizo una pausa.

Arrimó unas astillas a la lumbre, dio unos cuantos soplidos con la caña para avivar el fuego, limpióse los ojos llorosos por el humo, guiñóme un ojo ¡la muy pícara!, señalándome a tío Mesio que dormía como un bendito, y prosiguió su narración.

El ojáncanu es un malinu.

Roba a los críos chicos pa chupalos la sangre y a las mozas más guapas.

Es un animalón con figura de hombre, mu altu y mu gordu, con las barbas mu largas, del mesmu color que las melenas.

Tien diez deos en cada mano y los pies reondos, y en metá de la frente un joyu azul. Los sus dientes son negros como la lenguona. En el pescuezu tien una cosa morá que paez un collar, y en las muñecas unas pintas negras.

Naide sabe de dónde ha veníu.

Come las hojas de los barroscos, los jelechos, las endrinas, las bellotas y too lo que encuentra, menos los ráspanos y las setas, que son venenu para él.

Pero golvamos a la mi historia.

Celiuca estaba enamorá.

Un mozu labraor habíala dichu querencias y mimosines, habíala puesto claveles y laurel en el correor, y ella habíale dau el pañuelu bordau y la cinta blanca de prometía.

Queríanse con toa el alma, con toa la elusión.

Decíanse los sus sentires en el bancu del estragal, toos los anocheceres, dispués de los trajines, y por la noche no faltaba al güen mozu una seguidilla pa cantala a la ventana de Celia, con toa el alma y con tou el sentimientu.

Era una querencia mu juerte y mu pura, no como las de ahora, que gienden como las muñigas pudrías en las callejas.

El mozu aterecíu de malenconía, decoloríu de pena, sin aliviu ni comsuelu pa aquel mal que le ajogaba el alma y el corazón, anduvo por el monte de noche y de día buscando a la su Celia, aquel lucero que le alumbraba la vida.

El ojáncanu jaz el mal y la onjana el bien.

Una onjanuca chiquitina, mu maja, como toas ellas, se apareció un día al mozu. Díjole lo que había siu de Celia y guióle por el caminu de la cueva.

El mozu y la onjana llegaron a la guaría del ojáncanu al anochecer, que es cuando sale a buscar las endrinas y las hojas pa el alimentu. Escondíos entre los escajales vieron salir al malinu.

La onjana, con la su varuca de oru, tocó en la puertona de piedra, abrióse y entraron en la cueva.

Allí acostá, en jelechos secos, estaba la probe Celia, amarilla como la cera, con los ojos tristines, abondoná a la su tristeza y con una pena mu grande pintá en la cara.

Cogióla el mozu en los brazos como a una criuca, llorando de alegría, dijéndola cariñucos y jaciéndola caricias.

Monte abajo, Celia en los brazos del su mozu, venían ya al lugar. La noche era mu oscura y se veían mal los caminos.

Los enamoraos oyeron un aullíu de rabia.

Era el ojáncanu que los veía correr, con los sus ojos de lobu y los perseguía rabiosu, como una osa que la roban los cachorros.

El mozu corría con toas las juerzas en medio de la oscuridá.

Corre que corre por metá de los matos de argumales, saltando coterucas y terrenos, pirdiendo los caminos, llegaron a la peñona.

El ojáncanu, mu cerca, daba aullíos de alegría al ver que no se escapaba la presa.

Los infelizucos o morían despeñaos por el precepiciu o eran cogíos por el malinu condenau.

Al día siguiente, despeazaos, manchás las piedras con sangre, jueron encontraos los probes enamoraos, que se tiraron por la peñona.

A pocos pasos estaba el ojáncanu, mal heríu, dando las bocás.

Desde entonces la llaman la Peña de los enamoraos, y toos los novios el día casoriu visitan con mucha piedá las piedras onde quedó marcá la sangre...

Abandoné la jila pensando en la ingenua e inverosímil "historia" de tía Laura.

A mi lado pasó una ronda de mozos cantando.

A lo lejos, la "Peñona de los enamoraos", alumbrada por la luna, parecía un enorme gigante que viniera hacia el pueblo...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 11, 12 y 15-VIII-1923.

27.—LAS NOVELAS DE AMOR. CORAZÓN QUE SANGRÓ

Doña Antonia de Monasterio de Alonso-Martínez, autora de la preciosa novela de costumbres murcianas "Ababel", vivero de bellezas y dechado de sentimientos, nos ha enviado su nueva obra "Corazón que sangró", aderezada hermosamente con pedazos de alma y raudales de entendimiento.

"Corazón que sangró" pertenece al género de novelas sentimentales, de esas que dejan en el corazón del lector devoto una suavísima tristeza, una dulce melancolía, añorando amores y penas, horas de juventud y de desengaños, las mieles y las amarguras del primer amor, que por ser el primero, es romántico y puro.

De estilo brillante y correctísimo la novela a que nos referimos, es digna de figurar en la primera fila de las de su clase y superar a muchas de escritores consagrados, dicho sea con la mayor honradez y sinceridad.

Hemos de manifestar, y ello nos complace grandemente, que doña Antonia de Monasterio hace deslizar la última parte de su novela en la capital de la Montaña, haciendo descripciones muy sinceras y pintorescas y dando a conocer detalles muy interesantes y valiosos.

"Corazón que sangró" es una novela de hondas emociones y delicados consuelos.

Su autora, cuidándose mucho de la parte psicológica, sin olvidar la elegancia del estilo, con ese sentimentalismo exquisito de las mujeres, todo corazón y amor, devoción y caridad, ha puesto en tan peregrina obra ansias profundamente románticas, fiebres ardientes del amor y del dolor, de la esperanza y de la pesadumbre, de amarguras y agonías...

Sintiendo sobre su frente serena el suavísimo aleteo de la compasión, de esa compasión a los enfermos de amor humano, a los que han visto desplomarse su felicidad, a los que van por el mundo, rota el alma, fustigados por un recuerdo desgarrador de cariños muertos y hermanando tan piadosa compasión con una recia sensibilidad, nos muestra una tragedia dolorosa, una fase evidente de la vida con sus pasiones avasalladoras, con sus luchas tremendas y amargos sabores.

Es la historia de un amor malogrado, no por la veleidad de los amantes, sino por los egoísmos insaciables, por los prejuicios odiosos de personas ruínes que anteponen la desdicha de sus semejantes con sus tenebrosidades espantosas a la relativa felicidad de la existencia con su luengo cortejo de satisfacciones y alegrías...

¡Diríase que las sombras de sus conciencias y las brumas de sus entendimientos les impulsan a amargar la vida de los demás, ya que ellos, por sus remordimientos y sobresaltos, no pueden gustar las mieles de una clara alegría, nacida, como una floración, a los soplos de la honradez y de la virtud.

Una de esas personas encanallecidas, carente de sentimientos, rompe el idilio cuando más dulce era, pisotea aquellos sentimientos inefables, aquellas ilusiones mansas, aquel ensueño felicísimo que transcendía a supremos deleites y, regocijándose en aquella obra salvaje, ve con placer cómo se derrumba aquella dicha, cómo lloran las almas, cómo se hielan las sonrisas y se extingue el himno del amor...

Una felicidad desvanecida, una lágrima de desesperanza, ¿qué importa al mundo?

La novia desengañada, vislumbrando en el horizonte de su existencia un negro panorama de desventuras, dudando del amor de los hombres y de todas las cosas de la tierra, buscó un apacible refugio contra las tempestades del mundo, en un lugar donde se experimentan las sensaciones de la vida interior, del camino de perfección, y muere la materia ahogada en los remansos de místicas aguas.

El amante, creyendo en una afrenta hipócrita, y temiendo, más tarde, "el qué dirán", ese necio y torpe prejuicio, espanto de los espíritus melindrosos e hipócritas, quiere retorcer aquel sentimiento amoroso y olvidar, olvidar la fuentecita donde bebió las aguas deliciosas de un ensueño impoluto.

Un día, cuando menos lo esperaban, se encuentran en la triste sala de un hospital. Ella, hermanita de la Caridad, consolando a los enfermos; él, médico famoso, aplicando su ciencia y sus cuidados.

Se estremeció el amor que parecía dormido, quisieron huir, marchar por el mundo; pero se impuso el deber y ambos marcharon por diferentes caminos, amando en silencio, recordando siempre.

Pasaron los años. El triste enamorado, visitando un cementerio, se encuentra con una humilde cruz de madera, pintada de blanco, con el siguiente epitafio: "Aquí yace sor Nievos. Murió en el cumplimiento de su deber".

"; Ella otra vez en su camino!"

"Destrozado de dolor, pretendió llevarse un recuerdo material de aquella tierra que cubría a la mujer tan amada por él; y buscando una florecilla cualquiera entre la mucha maleza que rodeaba la cruz, encontró una hermosa azucena blanca. Fue a cortarla y, en cuanto la tropezaron sus manos, tornose roja. Tiró entonces de la flor violentamente y salió unido a ella el tallo entero, cuyas raíces chorreaban sangre fresca".

"¡Como recién arrancada de un corazón aun vivo!".

Había muerto contagiada de tifus, y había encargado con vehemencia que la enterraran poniéndola sobre el pecho una rosa seca que guardaba constantemente bajo su almohada...

"Corazón que sangró" tiene personajes secundarios perfectamente dibujados, que acreditan a doña Antonia de Monasterio de Alonso-Martínez de novelista notabilísima, fácil, observadora y profundamente sentimental.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 22-VIII-1923.

28.—POR TIERRAS MONTAÑESAS. LO QUE VI EN BARROSCALES

I

¿Qué diablos pasa en Barroscales? Arcos exquisitamente adornados a la entrada del pueblo, como en las grandes solemnidades; espadañas y flores cubriendo una angosta callejuca que termina en el barrio más pobre y ruín del lugar; humildes colgaduras en los "correores"; vestidos domingueros despidiendo olorcillo de membrillos y manzanas; tañer de panderas, "triscar" de "tarrañuelas", lánguidas cadencias de seguidillas, notas elocuentes de alegría que se desparraman por toda la aldea.

Diríase que en Barroscales, pequeñuco lugarcejo escondido entre las cresterías gigantes del Leroba, en el riñón de la Montaña, celebran un acontecimiento extraordinario.

Excepto el día de la santa patrona y del clásico "antruido", fechas de regocijo, breves paréntesis de esparcimiento en una existencia harto miserable y anodina, nunca vimos tal derroche de adornos y de cantares en este pueblo montañés donde me ha traído mi monomaniático afán de curtir el rostro con el "jumu de las boronas", beber leche en las "tarreñas" desportilladas, parlar en las cocinas con comadres y pastores, albarqueros y mozonas "resabías" y andar de ronda, si a mano viene, recordando tiempos ¡ay! en que yo andaba a "calzón quitau" de estragal en estragal, de ventanuca en ventanuca, pelando pavas entre suspiros y "respelucios", cosechando desdenes y "roteñas" calabazas prodigadas por "ingratas hermosuras".

¡Ónde jueron los tiempos aquellos!

H

Una mujeruca huesuda, desdentada, pasa a mi vera. Pregúntola la causa de aquel festejo inusitado y ella satisface mi curiosidad.

—Pos mire usté; Sindo, el hiju de tíu Leto y de la tía Rimiendos, güelve de la Bana, diz que cargau de onzas, y toa la gente, al olor de las perras del indianu, va a esperale al caminu real pa coger los duros que tire el repañu, como los confites en los bautizos... Si no es tiñosu como otros, dará a las mozas un güen regalu por cantale los picayos.

He aquí la causa de la fiesta. La pobreza, al olor de la riqueza, fascinada por el brillo del dinero, y de la ostentación del pobre hecho rico, que es la más grosera de las ostentaciones en la mayoría de los casos, saca al sol sus trapos, desperézase de su modorra de aburrimiento, levanta arcos y tira flores, canta y ríe.

III

Ya vien el indianu de lueñes tierras, ya vien el indianu cargau de perras. Así cantan los mozos relamiéndose de antemano con las sendas azumbres de vino, cambera abajo, en dirección a la carretera.

Detrás las mozas, con las panderetas adornadas con sedas y cascabeles, lanzan al aire los monótonos acentos de los "picayos", pensando de qué color han de comprar el vestido, limosna espléndida del indiano.

Por la güelta del caminu asoma la diligencia. por la güelta del caminu asoma la diligencia; en ella vien el indianu, en ella vien el indianu con anillos relumbrantes y sortijas y diamantes...

A la vanguardia de esta procesión pintoresca los pobres viejos, encorvados, sosteniéndose en sus "picayas" nudosas, de espino o de acebo, hacen salir a su cara enjuta un contento infinito esperando del indiano las copucas de caña y de rioja que les niegan sus hijos...

¡Pobres viejos de mi tierra, los más abandonados, los más tristes, los más despreciados, los que sienten las más recias bofetadas de la ingratitud de los hijos!

¡Tristes viejucos de mi tierra, recluídos en los hollinosos rincones de las cocinas como trastos inútiles, despreciados de sus mismos hijos.

IV

Llega el indiano. Al apearse de la vieja diligencia se confunden los vivas, las aclamaciones y los cantares.

Súbitamente cesan aquellas exteriorizaciones estruendosas de alegría. A los cantares y a las voces de júbilo suceden miradas hostiles, profundamente burlonas otras, mohines de contrariedad, gestos de enojo, desprecios groseros.

Contemplo la escena asombrado, sin poder explicarme el motivo de tan brusco cambio.

La diligencia, tirada por escuálidas caballerías, entre sonidos de cascabeles y nubes de polvo, continúa su marcha por el camino real.

A lo lejos se pierden el fuerte restallar del látigo y los tacos groseros del mayoral.

Sin salir de mi asombro sigo a unos mozallones que corren hacia el pueblo.

Derrumban los arcos, quitan las colgaduras, hacen desaparecer las flores y las espadañas de la callejuca.

Mudas las panderetas, llegan la mozas y los viejos, con los semblantes serios, como si experimentaran una gran pena.

La misma vieja huesuda y desdentada me dice la causa de aquella metamórfosis peregrina:

—El engañu ha síu sonau: tantas riquezas y tantu señoríu y vien el mi probe con un vestiuciu vieju, sin anillos, ni galeru y jasta sin maleta... ¡Güen chascu nos ha dau! Asegúrote mi alma a Dios que el indianu podía habese quedau en la Bana, que pa probes bastantes hay en Barroscales.

MANUEL LIANO

El Pueblo Cántabro, 14-IX-1922.

29.—LA PREHISTORIA. INTERESANTE CONFERENCIA DEL P. CAR-BALLO

El cultísimo P. Carballo, que con tanto afán y con resultados tan positivos y halagüeños viene estudiando la Geología y la Espeleología haciendo descubrimientos verdaderamente notabilísimos, nos ofreció ayer en el Instituto una serie de conocimientos sólidos de la Prehistoria, una multitud de datos concienzudos que dichos con la claridad con que los dice el sabio geólogo, adquieren más importancia y valor.

La ciencia prehistórica, no lo suficientemente cultivada en España, donde aun no se han dado cuenta de la importancia suma de esas cuestiones, ha encontrado en don Jesús Carballo un paladín incansable, meritísimo, capaz de llevar a cabo una labor grandemente eficaz, que según nuestras noticias está preparando en la actualidad una Prehistoria general y particular de España, que contenga todos los aspectos de dicha ciencia y la multitud de observaciones que ha hecho, favorable y cariñosamente comentadas por periódicos y revistas nacionales y extranjeros.

El ilustre gallego, consagrándose por entero a tan difíciles estudios, y descubrimientos, puede figurar dignísimamente entre los primeros geólogos contemporáneos, pese a muchos que tal se llaman, sin cualidades ni méritos para ello.

El estudio que hizo en la tarde de ayer el Padre Carballo de la formación de las cavernas fue, sencillamente, magistral y clarísimo, al alcance de todas las inteligencias.

Hermanando la amenidad y la ciencia, quitando toda aridez, se deslizó toda la conferencia, cautivando al enorme público que llenaba el elegante salón de actos del Instituto.

Trató brevemente de la formación de las estalactitas y estalagmitas, y entrando después de lleno en el asunto más interesante de su trabajo, habló con detenimiento de las cuevas de la Montaña, haciendo ver el interés científico y prehistórico de las mismas.

Da cuenta de sus descubrimientos, demostrando que en la costa cantábrica hubo en otras épocas un clima distinto del actual, por la razón que en las excavaciones que ha efectuado descubrió esqueletos de león, elefantes, hienas, rinocerontes y otros animales que ahora sólo viven en los países cálidos

Estudió los minerales de las cuevas de la región, y después de hacer un cuadro sinóptico de las edades prehistóricas y de definir los períodos paleolíticos y neolíticos y sus subdivisiones, se ocupa de la vida troglodita, en que aparecen las primeras manifestaciones de arte y un adelanto en la civilización.

Tratando de las razas, sobre las cuales se han dicho muchas tonterías, por la falta de método en los estudios geológicos y las deficiencias que dieron por resultado el desprestigio de la ciencia, estudia sus caracteres censurando la necia opinión de que el hombre desciende del mono, presentando ejemplos elocuentes y positivos.

En lo que se refiere a la opinión de un racionalista alemán que el catolicismo es el culpable de que los hombres trabajen con la mano derecha en vez de hacerlo con las dos, D. Jesús Carballo demostró palpablemente que antes del Cristianismo el hombre trabajaba con la mano derecha, demostración avalorada con las pinturas que él ha descubierto.

Resumiendo; la conferencia del P. Carballo fue, sencillamente, hermosa, científica y literariamente considerada, demostrando palpablemente sus profundas investigaciones y concienzudos estudios.

Hoy, domingo, a las siete de la tarde, el sabio biólogo pronunciará otra conferencia en el Ateneo, siendo la entrada pública.

Nuestra sincera felicitación al P. Carballo.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 16-IX-1923.

Después de dos conferencias, verdaderamente notables e interesantes, estudiando con detenimiento las épocas prehistóricas, con detalles verdaderamente valiosísimos y razonamientos sólidos y muy bien cimentados, el Padre Carballo nos habló ayer en el Ateneo de los cántabros, de aquellos antepasados nuestros, que en los comienzos de la Historia, escribieron las primeras páginas de heroísmo y de amor al terruño.

El tema, grandemente sugestivo para los montañeses, llevó al elegante salón de actos del Ateneo a un público numerosísimo.

El Padre Carballo, disconforme en absoluto con una afirmación lanzada por un conferenciante en el Ateneo, de que de los cántabros no se sabe nada, y deseando demostrar la inexactitud de tal afirmación, ocupó ayer la tribuna del Centro intelectual de la calle de San José, con objeto de decirnos todo cuanto sabe de tan interesantísimo asunto histórico.

Y a fe, que no obstante la obscuridad que rodea a la Historia de aquellos tiempos primitivos, el cultísimo conferenciante nos dió a conocer brevemente, con rasgos segurísimos, las costumbres, psicología, industria y arte de los cántabros.

Para mejor comprensión del tema a desarrollar, enlazó la Prehistoria con los principios de la Historia, hablándonos del período neolítico, en el cual el hombre llegó a saber dar el bruñido, transformando progresivamente la industria.

Después de estudiar las evoluciones de la pintura, en los tiempos prehistóricos, divide a ésta en dos escuelas.

La del Norte, que comprende a Cantabria y Sur de Francia, y la escuela del Sur, que comprende a Andalucía y Levante.

La primera se destaca por su realismo, dándose el caso de que en sus pinturas no aparece la figura humana, pasando lo contrario en la segunda, en la cual ya se ven las escenas de conjunto, demostrando esto con curiosas pinturas.

A medida que la industria va aumentando en perfeccionamiento, la pintura comienza a decaer.

A propósito de esto, asegura el Padre Carballo que las pinturas de Altamira son las mejores del mundo en su género.

Estudia el arte neolítico en la Montaña.

Dice después que la cruz existía ya desde el período paleolítico, encontrándose en los pueblos orientales primitivos, hasta que el Cristianismo la adoptó como símbolo. La cruz es la estilización última de la figura humana.

El Padre Carballo ha tenido la suerte de descubrir dos figuras, que son el paso de la figura humana a la esquemática de la cruz.

Dichas figuras las descubrió en los montes de Cabezón de la Sal, en peñas, al aire libre, y son las únicas que existen en el mundo y que demuestran la teoría estilizatoria.

Según el doctor Antón, el centro del arte neolítico de Cabezón es uno de los más valiosos del mundo.

El hombre, en el período neolítico, representaba en sus figuras los bailes sagrados, apreciándose tres elementos, la sepultura, la diosa femenina y la danza.

Pasa a tratar de las sepulturas cántabras.

Dice que el arte neolítico persiste hasta los cántabros. Habla del idioma de éstos y comenta lo que dicen los historiadores romanos.

Los cántabros, en lo que se refiere al arte, estaban en la fase de la estilización más extremada.

No debían estar tan atrasados como dicen los romanos, cuando los cántabros tenían una perfecta organización militar.

Hemos de recoger las justísimas quejas del Padre Carballo, motivadas por la poca atención que se presta en algunas provincias españolas a las investigaciones prehistóricas, tan curiosas y tan importantes.

En Inglaterra y en los Estados Unidos es verdadera afición y entusiasmo lo que se siente por estos estudios, dándose el caso de que hasta las revistas de modas francesas traen artículos de prehistoria.

En Cataluña, Vizcaya y Galicia, las Diputaciones subvencionan tales trabajos de investigación.

León XIII y Pío X crearon comisiones para hacer excavaciones en Palestina, con resultados notabilísimos.

Nosotros, como el Padre Carballo, opinamos que la Montaña no debe ir a la zaga de las investigaciones prehistóricas, considerando el amplio campo que tiene para ser una de las más favorecidas y famosas.

Al investigador es menester estimularle, ayudándole espléndidamente, para el más eficaz resultado de sus trabajos.

El no hacer esto, implica sencillamente un abandono lamentable, que dará por resultado el que permanezcan ocultos tan valiosos tesoros.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 22-IX-1923.

31.—POR TIERRAS MONTAÑESAS. METAMORFOSIS DE ESTIRPIALES DE LA LERA

Ι

Mi buen amigo Timoteo Trigales, un poco poeta y un mucho romántico, con humos de filósofo, comenzó a hablarme de esta manera una buena tarde de verano, a la sombra de una cagiga y a la vera de una fuentecica:

—Era una tarde de domingo en Estirpiales de la Lera. Terminados los duros trajines de la hierba en que los pobres aldeanos montañeses ponen a contribución su gran amor al trabajo y su enorme resistencia ante los rigores del sol agosteño, llegaron los días de descanso confortador.

Y en aquella tarde de domingo, calurosa y sofocante, a la sombra de la nogalera, olvidando las fatigas pasadas en las praderías del llano y de la montaña, reanudáronse las danzas y las diversiones en la campa más amplia de aquel pueblo montañés, en las riberas de un río famoso.

Hacía muchos años que faltaba yo de Estirpiales, lugar en donde a Dios le plugo que este pobre mortal viniera a este mundo de miserias para ser zarandeado por violentos huracanes y azotado por las recias disciplinas del dolor y del desengaño.

Fuí a mi pueblo después de mucho tiempo de ausencia, durante el cual anduve de la ceca a la meca, donde los vientos me llevaban, cayéndome aquí y levantándome allá, sin encontrar un refugio sereno contra las tormentas de mi vida, harto desgobernada, con puntas y ribetes de bohemia.

¡Cuántas veces, en los tristes momentos de sentimentales añoranzas, en medio de la mar o en tierras extrañas, veníanseme a la memoria, como consoladoras plegarias, aquellos versos de la poetisa gallega que no podía vivir contenta lejos de sus lares:

> Airiños, airiños, aires airiños de miña terra; airiños, airiños, aires airiños levaime a ela.

Y a través de los dilatados horizontes del Océano, mis ojos, ansiosos, querían contemplar las cosas de mi tierra, la mi casuca solariega, las mieses, las arboledas...; hasta los nidos de los rajales y los pescardos de los remansos del río!

¡Ay, quién fora paxariño de leves alas lixeiras! Después de andanzas y de vigilias, de cuitas y de pesadumbres, entré en Estirpiales la tarde de aquel domingo en busca de la paz y salud de que había menester...

Ħ

Y vi que hasta la hija del pastor usaba medias de seda, reloj de pulsera y no sé cuántas cosas más, y que la señorita más ricacha del lugar no se adornaba con prendas más valiosas que las que lucía la maritornes más mísera y bellaca de la contornada.

La pandereta y las seguidillas del baile habían desaparecido. ¡Un día las llevaron a enterrar sin lágrimas ni rezos!

El pito y el tambor, que sustituían a la pandera en las grandes festividades, cuando repicaban recio las campanas de la parroquia, desempeñaban otro menester que les estaba como a un ovejero la corona de un rey...

El desventurado pitero trataba de sacar de su instrumento unos sones adecuados a toda la casta de bailes "a lo agarrao" y salían unas notas desagradables y ridículas, más ridículas que las parejas que bailaban.

A la vera de la campa, en el mismísimo corro de bolos, Gonio el ovejero, Lito, el sacristán, Tano, Toño y otros mocosuelos iniciaron una verdadera batalla campal a "castaña" limpia por una pícara discusión futbolística. El árbitro, que era el becerrero de la cabaña, trataba de poner paz esgrimiendo amenazadora su "porra" de avellano, y los bolos, tirados en un rincón del corro, presentían la muerte en la "lumbre" de la cocina del tabernero o en otro sitio más villano y afrentoso.

Un jándalo, recién llegado de Sevilla, con su chaqueta blanca a guisa de capa, daba verónicas al viento, con rodillazos y desplantes; una doméstica que, por las trazas, no haría mucho tiempo que habría regresado de Santander, entonaba con muchos aspavientos el couplé de moda, y allá en un apartado lugar de la nogalera umbría, una labradora muy peripuesta, recia y gallardona, parlaba con su novio, un indiano cincuentón, delgaducho y esmirriado, que parecían derretirse en puras mieles...

El pito y el tambor continuaban lanzando sus acentos extravagantes. ¡Vive Dios, y cómo habían cambiado las cosas en Estirpiales de la Lera!

III

Cuando más grande era la animación, un viejuco ochentón, verdadera representación de lo noble y de lo típico, subido en la pared de la bolera, rompió en imprecaciones rotundas. Movido por la curiosidad, acerqueme al anciano y escuché sus censuras y sus verdades.

—¡Leñe! —decía indignado—. Mozonas presumías, puercas, muertas de jambre que no usáis sábanas y compráis lujos y finuras endemoniás; mozos lelucíos que perdéis el sentíu por esos adornos compraos con sabe Dios qué dineru; padres sin sentíu, que se vos cae la baba con los lujos de las vuestras hijas cuando güelven de servir a un amu gediendo a polvucios y a prefumes... ¡sois unos tasugos sin miaja de entendimientu. Más tontainas que esi nazario de sevillanu que está jaciendo lelás con la chaqueta en metá de la campa, dinos de gastar sayucas por no saber meter en razón a esas muchachonas que güelven de esos Bilbaos y de esos Santanderes jartas de picardías, despegás del trabaju y llena la cara de pintarrajos y purquerías...

Estallaron las risas y el anciano fue blanco de todas las burlas.

Las maritornes del couplé, que tenía más aire de imbécil que de aguda, llegó a mi lado haciendo este comentario:

—¡Qué indiscreto "oztogario"; si está "vemente" que lo lleven a un "formatorio" y que no "afentre" con "calinarias" y "enasitudes" a las doncellas honrás y "enfeminadas" como yo!

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 26-IX-1923.

32.—POR TIERRAS MONTAÑESAS. LA MADRE LOBA

I

"Estoy enamorau, enamorau de verdá, con toa el alma y con tou el corazón y con tos los sentíos... Cada vez que la veo tan blancuca y tan fina, con esi reir tan maju, con esa caruca jecha de las mesmas rosas, danme unos temblíos y unos ajogos y unas ganas de llorar tan grandonas...; Virgen la mi madre!... Yo diríaselo a ella mesma, onque juera de rudillas, arastrau por el suelu, poniendo en los ojos toa el alma; pero ¡recontras!, tengo miedu a que se ría de las mis guitonás y de las mis tonturas, y entonces ciertu, ciertu que me muero de pena"...

Toñín me hacía depositario de sus más íntimos secretos. Desde muy niño, habíase acostumbrado a contarme sus penas y sus dolores, sus más escondidos pensamientos y sus acariciados proyectos para el porvenir, y muchas veces, huyendo de las amenazas y de los castigos, la mayoría de las veces inmerecidos, de que era objeto por parte de la mujerona aquella que le tenía recogido, acudía a mí el pobrecito de mi alma buscando el cariño y el amparo de que estaba hambriento desde el punto y hora de nacer...

No tenía padres, o, mejor dicho, ignoraba a quiénes debía la existencia. Un día de invierno, al frío cortante del amanecer, en un ruín portal de "Fresnea", sintiéronse los lloros de una criatura. Un pastor madrugador acercóse al "estragal" y en un rincón, en un menguado lecho de heno, sin más abrigo que unos humildísimos pañales y una manta vieja y agujereada, encontró a un niño recién nacido, amoratadas de frío sus tiernas carnecitas, temblando el angelito de Dios al viento helado de la alborada invernal... El pastor, movido a compasión, llevóle a su casa y en ella creció la desgraciada criatura entre desprecios y golpes, acompañados de blasfemias inicuas y demás exteriorizaciones de la fuerza canalla, sobre la debilidad inocente, ultrajada y escarnecida.

¡Pobres criaturas, las abandonadas, las arrojadas al arroyo como despojos repugnantes, las que caminan por los ásperos senderos de la vida obsesionadas, dolorosamente obsesionadas por una desgarradora interrogación, las que sienten vergüenza espantosa pensando en su ignorado origen, las que no pueden consolarse en las horas de dolor y de desesperanza con esa palabra inefable que encierra todos los consuelos, todas las alegrías, todas las felicidades: ¡madre!

"Cada vez que pienso en la mi madre —decíame Toñín con infinita tristeza—, paez que se me rompe el alma... Tengo envidia de esos cachorrucos de la perra de la cabaña, tan mimaúcos y acariciaos por su madre, que no para de lambelos y de jacelos miriquines..., y de los bellucos del establu y jasta de las crías de los osos y de los lobos. ¡Las sus madres son más güenas que la mía!... ¡Mira que ser una osa más güena que una mujer!".

H

Aquel mozalbete que me contaba sus penas y sus dolores, que me hacía confidente de sus tristezas en el silencio y soledad de un ignorado rincón montañés, díjome de aquel amor vehemente que había nacido en su alma como un manantial purificador, como una inefable anunciación de felicidad y de olvido a sus amarguras, como una reivindicación espiritual henchida de placeres y de caricias, de optimismos resplandecientes, de panoramas claros, de rientes horizontes bajo un cielo hermoso cuajado de estrellas de esperanza.

Aquel amor, lucero de su vida y calor de su alma, llama viva que le abra-

saba las entrañas, era la alborada de su felicidad con ansias dichosas de cariños eternos, de supremos bienes, de pensamientos dulces, de blandas caricias, de suavísimas sensaciones, bajo los rayos ardientes de un sol que nacía para hacer de la noche obscura del dolor un día claro, felicísimo, con cantares y sonrisas.

¡Qué le importa ignorar quiénes eran sus padres, quiénes le habían abandonado, si se abría para él una vida nueva capaz de sepultar en el olvida las desazones pasadas!

"Estoy enamorau de verdá, quiérola con toa el alma y ella paez que me mira con güenos ojos... Es majuca y guena como una santina; tien un reir tan zalameru y un aquel de güenura y unas manucas tan blancas y unos ojos tan guapos...; Quiérola con tos los sentíos, con un aquel tan juerte que me jaz reir y llorar como un lelu!...; Virgen la mi madre, paez mentira que el probe Toñín puea querer tan reciu! No tengo padre ni madre ni perrucu que me ladre; pero he de tener una mozuca que me quiera, que me diga zalamerines, que me quite las penas, que salga a la ventana cuando yo la vaiga a cantar..."

Toñín ponía en las palabras toda la vehemencia de su dulce alma, y a su rostro apacible, hermosamente varonil, salía a raudales la alegría de que estaba lleno su corazón como presintiendo dichas y venturas, obedeciendo a esa ley de la compensación espiritual, tan dulcísima y tan sabia, tan confortadora y tan hermosa...

Ш

Pasaron algunos días.

Por una calleja del lugar, en la apacible serenidad del atardecer, vi a Toñín que se acercaba a mí, descompuesto el semblante, ardiente la mirada, corriendo como un perseguido.

Un grupo de chiquillos seguíanle lanzando grandes risotadas.

"No me quier, no me quier —decía a voces el triste—, no me quier porque no tengo madre... ¿Ónde está mi madre? Decímelo por caridá, tener compasión del probe Toñín, que se muer de pena... ¡Madre!... ¡Madre!... ¿Ónde estás, condená, madre loba?... Diz que no me quier porque no tengo madre como los otros mozos, porque me encontraron en un portal tirau como un perru..."

Los chiquillos continuaban lanzando burlas y risotadas.

El pobre Toñín, sin escuchar mis palabras, continuó corriendo calleja adelante, aniquilada la voluntad y el entendimiento, agotadas las fuerzas espirituales, desorbitados los ojos, abrasado por la fiebre...

"Madre loba —continuaba diciendo a voces desgarradoras—, ¡no me quier, no me quier!...; Naide quier al probe Toñín!..."

Tornan los rebaños de la sierra.

Entre el tintineo de las esquilas, las voces de los pastores y el ladrar de los perros, se escuchan los acentos de Toñín, acentos que dicen de desilusiones amargas, de penas muy hondas, de pecados tremendos, de crímenes inicuos, de almas destrozadas...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 11-X-1923.

33.—ARPEGIOS, UN LIBRO DE VERSOS MÍSTICOS

Hemos recibido un libro de versos místicos.

Para los que vivimos en el mundo caminando al compás de sus pasiones y de sus deseos, entregados a deleites materiales y consumidos por prejuicios y morbosidades, un libro inspirado en las cosas divinas, escrito ante los brazos amorosos de la Cruz, es una advertencia, una llamada, algo así como un reproche a los actos de nuestra vida y a las sombras de nuestra conciencia.

Esa poesía apacible, sentida lejos de las luchas del mundo, inspirada en un amor eterno, el más grande e inefable de los amores, tiene en sus arrullos, en sus ansias, en sus zozobras, en sus melancolías, un sabor de cosas divinas, de aspiraciones altísimas, de ardores intensos, que quieren encontrar la suma y compendio de sus dichosas aventuras en el Dulce Amado, después de duras jornadas por el camino de perfección.

María de San Juan Evangelista, sintiendo en su espíritu los suaves cauterios, las llamas regaladas del amor de Dios, estremecida por el dulcísimo pensamiento de percibir las hermosuras del Inmortal Seguro y encontrar refugio en su corazón, ha puesto en las vibrantes exteriorizaciones de cariño eternal y vehemente las notas más dulces de la vida interior, los suavísimos sentimientos nacidos en el silencio y soledad de los claustros, en la paz honda de la vida conventual.

Versos de fe y de caridad, de amor y de esperanza, de santas ilusiones y de benditos deseos: oraciones fervorosas engarzadas en lágrimas y sonrisas, en nostalgias y melancolías; querellas, inquietudes y ensueños apacibles, recuerdos y aflicciones, castos ideales, afanes amorosos, hambre de cielo y sed de Dios...

Tañendo nuevas armonías en el arpa angélica del cantar de los cantares con la mente soñadora y el alma de poeta, sin temer el sufrimiento, sin apetecer los cariños de la tierra, abismándose en divinas excelsitudes, sintiendo intensamente lo romántico y lo bello, María de San Juan Evangelista, con la mirada puesta en las cumbres serenas, canta al amor de los amores, anhelando la unión eterna con el Dulce Esposo.

"Arpegios" se titula el libro, con intención graciosa y humilde —dice Ricardo León—; mas cada "arpegio" es el acorde musical de un melodioso espíritu que, ora resuene en poesías "religiosas", con las voces graves y magníficas del órgano, ya vibre con "filiales" amores, henchido de recuerdos y de lágrimas, como en las notas de un clavicordio familiar, ya cante ensueños e inquietudes "románticos", apasionado y nervioso, cual si hiriese las cuerdas de un viejo "stradivarius" con un Nocturno de Chopín, siempre se eleva con aletazos místicos al cielo, allí donde los oídos interiores perciben la música inefable a que responden, como rotos y perdidos números, como fugas es arpegios, todas las armonías de la naturaleza y de las almas...

Pero aun el claustro más apacible sabe de dolor y de lucha, que no hay aspereza en el siglo que pueda compararse a las oscuras jornadas de los caminos de perfección.

He aquí unas de las poesías de María de San Juan Evangelista:

Con el hatillo del deseo al hombro caminé los desiertos de la vida: ¡qué uniforme la arena recorrida bajo el fuego solar! Calcinada me siento la garganta por la sed del amor inextinguible, mientras sueño esa dicha de imposible que aquí no he de gozar. Pasarán nuevos días de cansancio, largas noches de horror, breves auroras, y mis fiebres serán abrasadoras mañana como ayer; hasta que llegue el trágico momento de morir en los duros arenales. romera de las aguas eternales que al fin vov a beber.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 1-XII-1923.

34.—SANTILLANA, UNA LEYENDA MONTAÑESA

No hace mucho tiempo nos ocupamos en estas columnas de un librito dado a la publicidad por un exquisito poeta montañés.

Inspirado en los ambientes y en las cosas de Santillana del Mar, en sus tradiciones peregrinas, en un pasado de brillantes grandezas, en la vida legendaria y heroica de la vieja villa, en el remanso apacible de sus claustros, en sus calles silenciosas, ha compuesto el poeta una leyenda de costumbres clásicas, guerreras y amorosas, henchida de bellezas, galana y casticísima.

"Santillana" corre parejas con "Blasones y Tradiciones", trabajo de gran mérito, tanto por sus vibrantes y honrados versos, como por los pensamientos que guarda y la índole montañesísima del asunto.

Manuel González Hoyos, que es el poeta a que aludimos, siente un hondo cariño por el pasado glorioso de su tierra, y de esos erguidos monumentos de la historia cántabra, de las canteras clásicas en que indagan los buenos vates, de nuestras villas y pueblos apacibles, saca el sentimiento de sus leyendas, el sabor castizo que las hermosean, el espíritu hidalgo de los personajes, caballeros de guerra, damas nobilísimas, discretas y cristianas, pajes pícaros, escuderos valientes y leales...

La leyenda, que consta de diez romances, es la historia de unos amores románticos.

Se desliza en la Edad Media, estando muy bien copiadas las costumbres de la época y el desenvolvimiento bullicioso de la vida de la vieja villa, "donde subsisten ejemplares de todo género de moradas hidalgas, desde el ceñudo torreón feudal hasta la casona del siglo XVIII, muy pomposa en escudos y muy runflantes en divisas".

He aquí algunos trozos del primer romance:

Es la patria de Gil Blas, de aquel cuya fina espada se movió como sus días al compás de su desgracia.

Aun persisten en sus valles el ruido y la algazara de los pajes que reían, de los bravos que luchaban.

Aun discurren por sus torres las sombras breves y fatuas de una legión de guerreros que presto abrazó la fama. La caballeresca vida de la edad feudal y magna, aun se respira en su ambiente, aun se vislumbra en sus casas.

...

Cada palacio su historia, cada torre su romanza, todos tienen que contar al pasajero que pasa.

...

Mansión de antiguas noblezas, que tanto sus torres alza, que el cielo quiere tocar con sus largas atalayas.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 12-XII-1923.

35.—CUENTOS DE LA MONTAÑA. "LA MENTIRA DE LUCAS SECO DEL TEJAR"

1

Malos corrían los negocios para Lucas Seco del Tejar. Hacía una larga temporada que los numerosísimos pares de albarcas que había construido con la acariciadora esperanza de "sacar" de ellas buenos dineros, permanecían en el "soberao" lo mismo que los yugos y los rastrillos, los tarugos y las "maconas", las "porras de majar cabones" y las "picayas" pintas que había cortado, labrado y tostado en lo más escondido del monte Saja...

No se vendía un "mal" tarugo, ni una "porra", ni una albarca, ni un coloño de "árgumas", ni un "brazau" de astillas, ni un carro de leña, ni una "estirpiá" de cortezas.

Los ramos de panojas doradas que adornaban el "correor" y el "astragal", el "compango" del cerdo, las "maconás de fisanes", las "estirpiás" de castañas, las calabazas, la miel, las nueces, las avellanas, todo lo que constituye el alimento de los pobres campesinos había desaparecido de casa de tío Lucas, por obra y gracia del apetito voraz de los doce críos de que era padre.

Los jornales en tierras y praderías escaseaban, en el río no había tru-

chas, ni anguilas, ni un modesto "pescardo", la pólvora para la caza era cara, no se construía una casa menguada para servir de "rajuco" o de "paleador", ni los señorones encargábanle, como en años anteriores, el arreglo de jardines y solares, "agreos" y "rigueras" huertanas.

En una palabra: la situación de tío Lucas era desesperada: en aquella casa no se encendía la "lumbre", ni se amasaba la borona, ni se echaban a remojo los "faisanes", ni se "empimentaban" los blandos quesos de pasiega, ni se hacían las "parrillas" sabrosas, ni se echaba la leche en las escudillas, ni contenía los "jarmosos" pintaos con alisa, como las albarcas, el vinillo dulce de Aragón, néctar de las gentes de mi tierra...

Hasta los ratones huyeron hambrientos de aquella miserable morada en busca de otras alacenas colmadas, de otros desvanes, de otros establos, de otras cocinas.

¡Oh!, los sabrosos "torreznos", las "tortas chamuscás" con "jelechos" mustios, los "quesos ovejunos", las parrillas delgadas, las castañas "magostás", después de la cena, los "regotrios" estruendosos, las "panzás de perujos" secos, los sendos platos de garbanzos, cuando repicaban recio...

El desventurado Lucas "espeluciao" delgaducho por tantísimos ayunos, lo mismo que "la su mujer" y "los sus hijos", contóme un día su terrible situación.

Compadecíle yo con toda mi alma, y con muy buenísimas palabras, ya que los cuartos no me sobraban, indiquéle un medio de dar al traste con aquellos apuros que le "ajogaban" como un "velorto" enroscado al cuello.

El préstamo, el salvador préstamo, amortiguaría el hambre de sus críos hasta que cambiaran los tiempos y llegaran las siete vacas gordas, nuncios de prosperidad y de hartazgo.

Y Lucas Seco llegó un buen día a la casona del ricacho Patricio Orcajales en busca de dineros.

Con el préstamo sació la "jambrona" de su mujer y de sus hijos, refocilóse él con comilonas pantagruélicas y sendos tragos de alegrillo vino aragonés, desquitóse de las vigilias pasadas, la chimenea echó grandes y persistentes bocanadas de humo, volvióse a calentar la "pusiega", chisporrotearon nuevamente las secas astillas en la oscura cocinona, llena de pucheros y de "jarmosos", lució el cuerno de la abundancia, cantaron los estómagos "himnos" de hartura...

ΙI

Pasó algún tiempo. Tío Lucas, a quien yo había indicado la facilísima manera de salir de aquella lamentable situación, fue un día a verme, tristón el semblante y con unos "pucheros" que anunciaban la tormenta de sus lastimeras "guitonás".

Acabose el "préstamu" — díjome—. Los veinte doblones y más que hubiera "teníu" "jueron" a parar a la taberna; era mucha la "necesidá" y la "jambre"; los míos "mozucos" están "tresnaos" y "lucíos", como una bendición, "jasta la mi mujer tien" colores en la cara como cuando era moza; pero "abora" vien la gorda, las albarcas no "pasan" en el "mercau" de majoma; la gente "enmiseriá" y roñosona, no me compra los mazos, ni los rastrillos; los cojos y los viejos no me compran las "picayas", porque dicen los "multasugones" que son falsas y ruines, y, "pa" remate de "maldaes", don Patricio pídeme los cuartos por segunda vez, "pa" comprar no sé qué carros de tierra... La otra vez, dile tres doblones a cuenta de los "mesmos" veinte que él me dio; pero "abora", ¿qué "jago" yo? Dígole que me dan unos "ajogos" y unos "anjeos" que "paez" se me acaba el "resuellu pa secula seculorum"... "¡Madruca" la mía, qué gorda va a ser!

Algunos días después volvió de nuevo tío Lucas. Hube de extrañarme de su aire alegre. A los "pucheros" sucedieron las sonrisas; al parlar humilde, medroso, acentos enérgicos y valientes. Erguida la descomunal cabeza, y contoneándose como un mozo, creí que había arreglado el peliagudo asunto del préstamo y que llegaba alborozado a manifestarme su triunfo.

Quise felicitarle efusivamente; pero tío Lucas, que comprendió mis intenciones, díjome picarescamente:

- -Voy al "Juzgau".
- -; Hombre!
- —"Pos sí señor, al mesmu Juzgau. Don Patricio hame citau pa que le pague los cuartos...; Como no me los saque del espinazu!... Si voy con tristuras hácenme la jeringa; veranme humilduco, con los jocicos torcíos y los ojos entornaos, y entonces la cara dirá que debo; pero diendo a lo jaque, derechu como una alisa, seriona la cara, bien abiertos los ojos y mirando como un señorón de muchos campanos, pondrálo en duda el juez, y eso voy ganando...

Si lloro, me hunden, si río diranme que soy un lelu; si estoy en metá del llorar y del reir, dirán que soy un hombre güenu y de palabra; a esta metá me atengo... Si digo que no, como no hay papeles escritos, volveréme a casa sin pena ni gloria... ¡Lo que es el no, no me lu quita de la mollera ni mi güela."

Quedéme pasmado de la metamorfosis que se había operado en aquel hombruco, antes tan humilde y compungido, y en aquellos momentos más orgullosos que don Rodrigo en la horca. Estrechome la mano con más fuerza que otras veces, apretose la faja como un "luchaor" en día de "antruído", prestándose a la engarra, ladeose la boína y camino del Juzgado marchó el hombre, con expresión dura y altivez de hidalgo, mascullando el no tan rotundo, que pensaba oponer a la reclamación justísima de don Patricio.

III

Indiscreto y curiosón presencié la escena, "a escondías"... Tenía el presentimiento de que tío Lucas perdería la energía ante la severidad del juez.

Se hicieron las preguntas de rúbrica y lleváronse a cabo los trámites acostumbrados en tales menesteres de la Justicia, y de los cuales hago gracia a mis lectores pacientísimos...

...

- —¿Es cierto —preguntó el juez— que usted, Lucas Seco, adeuda a don Patricio Orcajales diez y siete doblones?
 - -No debo ni miaja, señor juez.

Don Patricio, indignado, crespados los puños, temblando de cólera su poco medrado cuerpecillo, dijo a su deudor con voz rabiosa:

- —¿Negarasme, gandulón de los demonios, vagucíu de Satanás, desagradecíu del diañu, que en el estragal de la mi casa dísteme tres doblones a cuenta?
- —Señor juez —exclamó sereno el tío Lucas—. Pa que vea lo que son las calunias de esti villanu; usté es testigu de lo que diz; esos tres doblones que le di en el estragal son los que él me debe a mí; y ahora digo: —Don Patricio de Orcajales, reclámole yo los tres doblones que le di, y que me jacen mucha falta...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 8-VI-1924.

36.—LA VALIOSA OBRA DE DON JESÚS CARBALLO

Hemos conversado con el Padre Carballo.

Su charla amenísima, de hombre que posee un valioso tesoro de cultura y de experiencia de la vida, nos ha deleitado exquisitamente.

El doctor Carballo, que ha logrado alcanzar un altísimo puesto en el

mundo de la ciencia, tras una labor perseverante, penosísima de investigaciones y estudios, es la modestia personificada.

Ni las sentidas alabanzas que le han prodigado los sabios, ni los aplausos justísimos y unánimes de la prensa, ni las efusivas felicitaciones de los que le quieren y admiran, han logrado que el incansable investigador salga del apacible rincón de su humildad, dominado por un engreimiento, muy natural y disculpable, en los hombres que como él han salido de la vulgaridad en un encumbramiento merecido.

Cuando nos encontramos con el padre Carballo, acababa de regresar de una de sus penosísimas peregrinaciones por los caminos reales y las sierras. En muy pocas horas, en su motocicleta, había visitado aquella tarde calurosa Torrelavega, Cabezón de la Sal, Puentenansa, Tudanca, Peña Labra y Potes, en un insistente y meritísimo afán de investigar y descubrir. Este hombre incansable, de recia voluntad, curtido el rostro por los aires serranos, que jamás ha sentido el desaliento y la fatiga, siente cada día más entusiasmos y ambiciones; esas nobilísimas ambiciones de saber, de aumentar el caudal de sus descubrimientos prehistóricos, de llevar al monumento de la ciencia española una nueva joya.

El sabio investigador, en sus manifestaciones, para nosotros muy interesantes, nos contó cosas de gran importancia, que queremos dar a conocer a nuestros lectores, a manera de información periodística, al correr de la pluma, sin galanuras literarias

Las riquezas prehistóricas de la Montaña.

Hasta el presente, la Montaña es la región que cuenta con más monumentos prehistóricos de la edad de la piedra tallada, gracias a los descubrimientos que dieron a conocer las mejores pinturas ruprestes en la hermosísima cueva de Altamira.

En lo que se refiere a la edad de la piedra pulimentada, figuraban en primera fila la hermosa región galaica, Norte de Francia y algunas regiones de la Gran Bretaña.

Hoy la Montaña, este privilegiado país, merced a los notabilísimos descubrimientos del sabio sacerdote, está a la misma altura de Galicia, Inglaterra y Francia en las importantísimas manifestaciones de arte de la piedra pulimentada.

Díganlo los grabados en piedra que don Jesús Carballo, después de profundas y detenidas investigaciones, descubrió en los montes de Cabezón de la Sal. Estos grabados son muy superiores a los de los mejores centros gallegos del mismo arte.

Los dólmenes y túmulos de la arquitectura prehistórica, que sólo se conocían en Galicia, gracias a las perseverantes investigaciones del doctor Carballo han sido descubiertos en diversos valles montañeses.

Por su cargo oficial de director delegado de la Junta Superior de Excavaciones, no le ha sido posible, hasta ahora, realizar los estudios necesarios en estas primitivas obras de Arquitectura; pero en cambio, la cuestión del arte prehistórico que engrandece a la Montaña, ha encontrado en don Jesús Carballo un ferviente paladín que tanto en nuestra provincia como en Galicia, ha hecho grandes estudios, tratados magistralmente en su nueva obra.

El término de la labor intensa que incansablemente viene realizando el cultísimo investigador, sería que pudiera hacer los mismos estudios de la arquitectura prehistórica, pero desgraciadamente la Junta de Madrid sólo da consignación para las indagaciones en las cavernas.

Ya que el Gobierno no destina las cantidades necesarias para llevar a cabo un concienzudo estudio de la arquitectura prehistórica en nuestra provincia, sería menester que la Diputación, el Ayuntamiento, Corporaciones y entidades, todos cuantos ansíen el prestigio de la Montaña, hagan lo que los poderes públicos no han podido o no han querido hacer, dedicando a los estudios de la arquitectura primitiva en los valles montañeses espléndidas subvenciones. Ello redundaría en beneficio de nuestra riqueza artística y sería un inestimable elemento para la fomentación del turismo.

Seguramente el Padre Carballo, que ama muy de veras a la Montaña, se prestaría gustosísimo a llevar a cabo esas investigaciones. Nadie mejor que él para emprender tan importantísima empresa, llamada, sin género de duda, a aumentar el prestigio de Cantabria, como centro de turismo.

Creemos sinceramente que las Corporaciones a que aludimos, dándose clarísima cuenta de la importancia de esas investigaciones, colaborarán con el entusiasmo y cariño que ponemos en toda obra encaminada a dar mayor esplendor a la Montaña, un tanto olvidada por los que tienen obligación de velar cuidadosa y perseverantemente por su más perfecto desenvolvimiento en todas las manifestaciones de la vida.

Prehistoria general y especial de España.

Exponiéndonos a recibir una contestación rotundamente negativa, rogamos al Padre Carballo nos diese a conocer algunas de las opiniones que ha recibido de ilustres personalidades, con motivo de la publicación de su notabilísima obra "Prehistoria general y especial de España".

El virtuoso sacerdote, accediendo a nuestras insistentes súplicas, pone

a nuestra disposición gran número de cartas escritas en términos grandemente encomiásticos y alentadores.

Después de no pocos esfuerzos persuasivos, vencimos la resistencia del doctor Carballo, que se oponía atrincherado en su modestia a que copiáramos algunos párrafos de las cartas a que hemos aludido.

"Su libro vale más que todos los publicados hasta el presente por autores españoles y extranjeros, acerca de la prehistoria.

El ejemplar que usted me dedica me servirá de consulta y estudio para continuar mis aficiones.—Manuel Antón, director del Museo Antropológico de Madrid."

Véase por las presentes líneas la importancia de la obra del Padre Carballo, que además de ser la más completa y documentada de cuantas se han escrito sobre prehistoria hasta la fecha, literaria y científicamente considerada, es una valiosa propaganda de la provincia de Santander, como centro riquísimo del arte prehistórico.

La importantísima obra, consagración definitiva de don Jesús Carballo, será traducida al inglés en fecha muy breve.

Por si esto fuera poco, don Enrique Deschamps llevará el libro para darle a conocer en las Universidades y Centros científicos de Norteamérica.

Hemos de recoger en esta información un detalle que es conveniente dar a conocer para enmendar lamentables equivocaciones, que bien pudieran ocasionar grandes perjuicios. Nos referimos al precio de la obra en cuestión, que algunas personas conceptúan de caro.

Por boca del Padre Carballo diremos a los que tal afirman, que es imposible emplear papel de inferior calidad para esta clase de obras, considerando la multitud de grabados que contiene. Es de advertir que cada lámina en colores supone cientos de pesetas. Como estas láminas son reproducción fiel de las pinturas rupestres con sus colores auténticos, sería de muy mal gusto, por razones de economía, no reproducirlas exactamente. Dichas fotografías están hechas bajo la dirección y responsabilidad artística del autor, que ha logrado dar a la publicidad una obra lujosa, "la mejor presentada

de su clase desde la iniciación de la guerra europea", según autorizada y competente opinión.

Para impedir que libros como la "Prehistoria general y especial de España" no sean leídos por las clases modestas, las Diputaciones, Ayuntamientos, Sociedades culturales, etc., debían adquirir profusión de ejemplares y repartirlos entre las personas que no pueden comprarlos y gusten de estas lecturas.

Esta es, a grandes rasgos, la conversación que tuvimos con don Jesús Carballo, que terminó haciéndonos confidentes de sus proyectos, de sus estudios, de nuevas obras en preparación, del cariño sincero que tiene a la Montaña, amplio y fecundo campo para sus investigaciones.

El sabio sacerdote proseguirá peregrinando por los montes de nuestra provincia en busca de nuevos descubrimientos prehistóricos, continuará laborando por el prestigio de la Montaña como centro incomparable de turismo en el interesante aspecto de la prehistoria, prestigio que aumentará grandemente, si cuenta con la colaboración poderosa de nuestras Corporaciones. Sigan el laudable ejemplo del jefe superior de Palacio, excelentísimo señor marqués de la Torrecilla, que en un rasgo imponderable de esplendidez y amor a la ciencia, editó el libro del Padre Carballo, sin regatear medio alguno, para la mayor perfección material de la obra.

No queremos terminar estas notas informativas sin consignar nuestra gratitud a don Jesús Carballo por su amabilidad y las manifestaciones que tuvo a bien hacernos.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 16 y 21-VIII-1924.

37.—UN LIBRO DE VERSOS. "TROVAS DEL PEREGRINO"

El poeta incipiente Juan José Iglesias, montañés de pura cepa, acaba de dar a la publicidad su primer libro de versos.

Con la timidez muy natural en todo principiante, un poco romántico, amigo de las suaves emociones del amor delicadamente sentimental, cuéntanos el poeta, de muy bella manera, con sinceridad y sencillez, la iniciación de su jornada en el campo literario, sus plausibles propósitos, sus afanes vehementes, su fe y su esperanza, todo lo que constituye la noble ambición

de la juventud luchadora, que pone por encima de todas las cosas humanas el ansia de gloria y de triunfo.

El novel poeta, pone en sus composiciones, a la vez que un cuidado admirable en la elección de asuntos, todos ellos ingenuos y grandemente sentidos, un estilo genuinamente castellano, sonoro, sin esos desdichados retorcimientos y afectaciones, máculas antiestéticas de toda obra literaria. "Trovas del peregrino", que es el título del libro, contiene poesías perfectas, sentidas, henchidas de dulzura y de amor, de consuelo y de devoción...

"La verdad" es una enérgica renunciación a los convencionalismos y miserias espirituales de los hombres, a las ruidosas alegrías seguidas de remordimientos, a todos los placeres que dejan sombras en la conciencia.

"El amor", composición escrita en endecasílabos es un hermoso himno a la mujer.

"El fraile", poesía mística, de arte menor, es quizá la más bella de "Trovas del peregrino". Después de una elegía a los claustros de los viejos monasterios, elegía cristiana y sincera, nos dice de supremos sacrificios por el amor de Dios; de heroicas luchas en que el espíritu vence a la materia; de cariños hondos retorcidos en el corazón por el ansia de glorias eternales; de reivindicaciones supremas conseguidas a fuerza de virtud; de sollozos mansos en la noche, entre las súplicas de las plegarias y el castigo de los cilicios...

"La dulce amada" es una composición inspirada en el "Cantar de los cantares". Esta poesía de ricas imágenes adolece de pequeños defectos de forma, uno de los cuales consiste en querer hacer consonantes palabras que no pueden serlo.

Este vicio, que hemos visto en poetas laureados, debe extirparle radicalmente Juan José Iglesias, si no quiere, sin darse cuenta, hacer de él una costumbre lamentable. Vale más destruir una estrofa, por bello que sea el pensamiento que contenga, antes que recurrir a ese sistema de versificación que hace sospechar poco conocimiento del idioma.

"La tormenta", "El niño desnudo", "El vellocino" y otras poesías de "Trovas del peregrino" son harto suficiente para demostrar que su autor sabe lo que trae entre manos, como se dice vulgarmente, y que su primer libro es una firme promesa de labores más intensas y de frutos más sazonados.

Nuestra felicitación muy sincera.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 13-IX-1924.

El autor de "Olas y cantiles", vivero fecundo de bellezas y de emociones, de tristezas y de amores, de fe y de esperanza, prepara un nuevo libro. El poeta semiciego, escondido en la peregrina villa montañesa, a orillas del mar, donde ha encontrado la suavísima inspiración y las delicadas y bellas sensaciones, con las que ha tejido los gentilísimos ramilletes de sus versos marinos, buscando quizás un manso consuelo en su pesadumbre, escribe sus "coplas", como él las llama, cantando a los pescadores de su tierra como Gabriel y Galán cantó a los campesinos extremeños, poniendo en cada verso una lágrima, y en cada pensamiento la dulzura inefable de un corazón que por sufrir mucho quiere dar a los demás, convertidos en consuelos, sus dolores...

Jesús Cancio pertenece a la escuela de los poetas sentimentales y sinceros; a la "escuela septentrional idealista y creyente, de inconfundible abolengo". Huyendo de las afectaciones y de las galas falsas, fingimientos burdos y tópicos necios, propios de los que siendo malos versificadores quieren pasar por poetas, pone en sus composiciones, de delicada y castiza estructura, raudales de verdad y de sentimiento. Sus versos son pedazos de vidas humildes, que luchan con el mar en supremas ansias; tragedias reales de existencias desventuradas, curtidas por el dolor; evocaciones luminosas; consuelos apacibles; resignaciones hondas; anhelos fervorosos; aires tremendos de galerna, mezclados con los ábregos suaves de la campiña; barquerolas robustas; bucólicas ingenuas; coplas de ronda; "soles y nieblas"; añoranzas, llantos, risas...

Sintiendo arder en su vida interior la luz del sentimiento cristiano, nunca amortiguada por las tristísimas tinieblas que le hurtan la luz, gusta el poeta de las mansedumbres místicas y predispone al espíritu para cantar las cosas de la tierra, impregnadas de aromas divinos, de furtivas unciones. Otras veces, sediento de cariños terrenos, nos dice de querellas amargas, pulsando la lira del amor que transciende a penas calladas, a afenes nobilísimos, a quimeras de ensueño, a delirios infinitos...

Mitad mundano, mitad místico, acariciada siempre el alma por las aguas serenas de la resignación en la triste noche de sus ojos, oreado el corazón por el aire suavísimo y confortador de la fe de recia raigambre, en los remansos inefables de su solar montañés, entre la sierra y el mar, busca el poeta para tejer sus versos las cosas divinas y las realidades amargas de la tierra, hermanando lo divino y lo humano en un deseo fervientísimo de amor y de caridad.

No pretende el vate ciego los encomios deleznables de los hombres, ni

la apoteosis ruidosa de los grandes triunfos, seguidos la mayoría de las veces de inconfesable soberbia; no busca el tesoro magnificente de la fama, ni el vellocino de los bienes materiales; quiere cantar fervorosamente las cosas de su tierra, los decires ingenuos de las mozas de la aldea, las penas de amor, los himnos de los remeros, el hondo misterio de la noche en el mar, el eternal rumor de las olas, el silbar de las jarcias, las dulces alboradas...

"Jesús Cancio —dice Cejador— es un verdadero poeta del mar, el único acaso que hemos tenido, no académico, frío y libresco, sino recio, ardoroso y sinceramente inspirado en las sensaciones del mar, en sus grandezas y en sus horrores, y que emplea el lenguaje de los pescadores del Cantábrico con sencillez encantadora y arrebatadora fuerza."

El libro que tiene en preparación el poeta comillano, no desmerece de "Olas y cantiles".

Dándonos una exquisita prueba de amistad, que nunca agradeceremos bastante, nos ha deleitado con la lectura de algunas de sus poesías.

"Mi ceguera" es una composición desconsoladora, henchida de tristeza, una querella sentidísima y desgarradora, que nos habla de amarguras intensas, de renunciaciones, de desesperanzas, de ilusiones que murieron, de ansias religiosas. Es una elegía rebosante de sinceridad y de dolor; el canto de su desventura de lágrimas y de quejas.

"Cómo muere el marino", es una bellísima poesía de genuino sabor marinero, la odisea de un viejo pescador, de castiza raza, altivo, que ve llegar la muerte con soberana valentía...

"Paisaje otoñal", composición descriptiva, de ricas imágeñes y metáforas brillantes.

"Así", es un himno al día "de luz esplendorosa", de brisa cargada de aromas, con un cielo sereno y mansa paz en la ribera. En esta composición siéntese el poeta sanamente optimista, alegre, feliz, sugestionado por el rumor suave del mar bonancible y la quietud santa de la campiña.

"La pena del mozo", es un hermoso poema de amor. Un mozo enamorado, consumido por los desdenes y los pesares, escucha los consejos de un viejo pescador, que en términos marinos hace un verdadero estudio psicológico de la mujer, ingenioso y grandemente pintoresco.

"Galerna de verano" es otro poema amoroso, un idilio de juventud y de ilusión, lleno de encanto y de sencillez.

"El entierro de Chumacera", poesía exquisitamente sentimental, es un tristísimo sollozo ante la muerte; una piadosa plegaria que nos dice del fin de una existencia que peleó con los bárbaros rigores de los mares. Triste y sincera elegía al viejo pescador de raza de tritones, "cuyo rostro venerable era a modo de un poema"...

"Marejá de viento", versos de amor y de celos y de ardorosas impaciencias. ¡Cuán tristes —dice el poeta— son los amores verdaderos!

"La campana", "La tragedia", "Mar de fondo", "Relingando las velas", son otras tantas composiciones de puro sabor marino, que sólo un poeta como Cancio, profundamente observador, puede componer.

La lectura de estos versos dejan en el ánimo cendales de melancolía; la emoción se adueña del alma y siéntese como una lástima romántica, como un cariño devoto al pobre ciego, que en la noche de su desventura, abre los ojos del espíritu para decirnos de la tristeza infinita de sus tinieblas, de las amargas realidades de la vida, de las escenas que vio en la ribera cuando aun "no había crecido la sombra encima de su frente"...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 19-XI-1924.

39.—LITERATURAS DEL NORTE. LA OBRA DE CONCHA ESPINA

Hace algún tiempo un periódico catalán publicó una interesante serie de artículos sobre literatura montañesa. El escritor, que sufrió lamentables equivocaciones al hacer crítica un tanto desfavorable a las obras de algunos literatos montañeses, acertó, dicho sea en honor de la verdad, en el comentario sincero que hizo de otras obras, y váyase lo uno por lo otro, ya que si unas veces hizo uso de las disciplinas, otras, las más, quizá apesadumbrado y arrepentido, brindó justicia y alabanzas, encomios y aplausos como queriendo enervar la mortificación de la herida con la dulce suavidad de una caricia...

Otro escritor grandemente desdichado, tan flaco de inteligencia como robusto de malas intenciones, arremetió como un demente agresivo, contra la literatura montañesa, en un menguado libro que escribió sobre el "problema regionalista". Este desdichado literatuelo, al que salimos al paso con el mismo tono que él atacaba a los nuestros, demostró desconocer la grandiosa obra de los literatos montañeses, que entre otros muchos triunfos han tenido el de conseguir ser delicadísimos orfebres en el bordado de la hermosísima joya de la literatura universal.

Si bien es verdad que algunos señores metidos a críticos sin haber aprendido el artículo primero de lo que pudiéramos llamar, y rogamos pase por buena la frase, legislación literaria, han tenido la inconsciente osadía o la villana jactancia de poner nieblas donde sólo hay claridad cegadora, y defectos donde resplandece la perfección, otros ha habido y hay que movidos por un nobilísimo sentimiento de admiración y de justicia, caballeros cabales desafacedores de entuertos, han salido por los fueros de la verdad defendiendo con lealtad, amorosamente, lo que cuatro bellacos afrentaron a "trabucazos" ya que no podían hacer uso de la espada de los caballeros...

Otras veces, la envidia desatada, la soberbia, el sentirse impotentes para llegar a la cumbre, la venganza, la desesperación al verse chiquitines y débiles, han hecho que plumas deleznables, escribieran apreciaciones y juicios contra nuestros escritores que jamás ofendieron en la polémica, ni recurrieron nunca para defenderse a los procedimientos de sus detractores. Abundan poco los escritores sinceros al criticar los libros de autores montañeses. Ricardo León, Cejador, el italiano Ezio Levi, Larrubiera, Galdós, Blasco Ibáñez entre otros, y algunos literatos franceses, serena y noblemente, como cumple a escritores de su alcurnia, han opuesto, con superioridad infinita, a los desaciertos e injustificadas censuras a que hemos aludido, realidades muy hermosas, comentarios sincerísimos y admirables ponderaciones valiosas, cantos de triunfo, todo lo que constituye la admiración que experimentamos cuando nos deleitamos en la contemplación de bellezas peregrinas, hechas por el talento e ingenio de los hombres.

Como suma y compendio de esta plausible labor, Cansinos Assens, el prestigioso literato y notabilísimo crítico, ha escrito "Literaturas del Norte". "La obra de Concha Espina" que nos ha deleitado exquisitamente.

En este libro, dotado de ese limpio y castizo estilo que tan maravillosamente maneja el mencionado literato, se hace un acabado estudio de psicología nórdica, demostrando que la obra literaria de Concha Espina, representa "el espíritu y el influjo del Norte; todo lo que este nombre indica de vigor, de pureza, de tácita y tenez rebeldía, y al mismo tiempo de fe, de anhelo, de íntima verdad y de predominio de las energías espirituales".

El estudio que hace Cansinos Assens de las hermosas novelas montañesas de Concha Espina, contiene un envidiable mérito; en él se observa la serenidad en el juicio, la discreción en la alabanza, la delicadeza en el léxico, la sencillez encantadora de los pensamientos y por encima de estas cosas la verdad que es lo más hermoso en este género de trabajos.

"La niña de Luzmela", "Despertar para morir", "Agua de nieve", "La esfinge maragata", "El Jayón", "Dulce nombre" son analizadas por R. Cansinos con una valentía, un acierto, un entusiasmo y una fe envidiables. Pare-

ce que el escritor reconcentrando en su corazón las emociones experimentadas con la lectura de las páginas de la poetisa montañesa, quiere inoculárselas al lector, hacerle sentir sus sensaciones, sus pensamientos, la riqueza de su imaginación y el fuego de sus frases.

"El metal de los muertos" y "El cáliz rojo", novelas de índole social, también son comentadas por Cansinos, haciendo un perfecto resumen de ellas y un estudio psicológico de los personajes, de gran valor.

En el interesante capítulo "Concha Espina, cervantista", rico de filosofía y de vigor, manifiesta que la escritora montañesa vive en un mundo clásico, no libresco, sino natural y espontáneo, creado por su propio espíritu.

Termina "Literaturas del Norte" con "La obra menor de Concha Espina" y una bellísima semblanza sin afectaciones ni hipérboles, modelo de este género literario.

No queremos terminar sin hacer presente a Cansinos Assens el testimonio de nuestro sentido agradecimiento, por haber abierto un ancho surco de justicia donde sembró su sinceridad y su admiración, sus sentimientos y su honradez.

En los hogares montañeses no debe faltar un libro como el de Cansinos que canta nuestras cosas cariñosa y fervorosamente.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 29-XI-1924.

40.—LITERATURA INFANTIL. EL PERIÓDICO DEL NIÑO

Nuestro querido amigo el notabilísimo poeta y publicista don Alberto López Argüello, ha tenido la amabilidad de enviarnos su interesantísimo folleto "Literatura infantil", "El periódico del niño", hermosa obrita que fué presentada al Congreso Nacional de Pediatría, celebrado en San Sebastián en el año 1923.

López Argüello, que siente gran cariño por las cuestiones sociales, a las cuales ha dedicado su talento y su actividad con una perseverancia y un entusiasmo admirables, desarrolla en su hermosa obrita un tema pedagógico de extraordinaria importancia, cual es la instrucción y educación de la infancia por medio del periódico.

La literatura infantil, completamente abandonada en estos últimos tiempos, ha menester de numerosos paladines que, como el cultísimo poeta montañés, hagan florecer espléndidamente esos relatos, solaz de la infancia que recrean el espíritu y despiertan la inteligencia...

La pedagogía moderna, riquísimo manantial de enseñanzas para el educador, menospreciando todo lo rutinario y difícil, en un afán laudable de hacer buenos ciudadanos, recomienda la literatura infantil como robusto complemento de la labor del maestro.

López Argüello hace un precioso estudio de los libros amenos dedicados a los niños, teniendo una acre censura para la caótica producción de lecturas ñoñas, inadecuadas, imprudentes y hasta francamente desatinadas, que llenan los escaparates de las librerías y a las que tantas veces la inconsciencia de padres y maestros sabe dar absurda beligerancia.

La afirmación que hace el notable escritor de que no tenemos nombres que poner al lado de los de Andersen, Perrault, Schmid, los hermanos Grimm, la condesa de Segur, Amicis y otros ilustres amigos de la infancia es una verdad rotunda.

Achaca el exquisito poeta la falta de esta literatura ingenua, y bellísima a dos causas; la primera a la escasa importancia que lo maravilloso ha tenido siempre en nuestra literatura, y la segunda consiste en lo tardíamente que entre nosotros arraigaron los estudios folklóricos, y la vida lánguida que hoy mismo arastran, después de un período de actividad intensa en los últimos años del siglo XIX.

Por ello no hemos tenido un colector acertado y metódico, al modo de los hermanos Grimm, que haya recogido de la tradición oral los bellísimos cuentos de nuestra patria y los haya presentado con arte y primor en un libro que seguramente hubiera obtenido un puesto entre los mejores de la literatura universal de la infancia. No quiero decir con esto que esté totalmente por explotar este riquísimo filón, que han beneficiado con acierto Fernán Caballero, Milá y Fontanals, Trueba, el P. Coloma, Rodríguez Marín, Narciso Campillo y otros escritores; sino que la explotación ha sido fragmentaria, difusa y desleída, faltándonos el libro único y de una sola experta mano que archive los deliciosos cuentos infantiles de nuestra tierra. El día en que esto se haga, nuestra colección no tendrá nada que envidiar a las excelentes de Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Portugal, y habremos cumplido con un patriótico deber.

Entre las bellas páginas de ilustres literatos menciona López Argüello los celebrados cuentos de Trueba, a quien se han cerrado injustamente las puertas de la escuela, cuando debieran tener un altísimo puesto de honor.

También menciona los "Cuentos para niños", del padre Coloma, de elevada tendencia moralizadora, hábilmente hermanada con la singular amenidad de los relatos; "Vidas de niños célebres", de don Adolfo de Castro; Ho-

ras de vacaciones", del padre Conrado Muiños, y las producciones de otros insignes literatos.

Para sintetizar todo cuanto consigna en su folleto, López Argüello propone las siguientes conclusiones:

- 1.ª Hay que "hispanizar" la escuela haciendo familiares al niño los nombres y las obras de nuestros autores españoles que han escrito para la infancia.
- 2.ª Debe estimularse por medio de concursos y otros métodos adecuados, la busca de materiales populares patrios, especialmente cuentos infantiles, que creen para nuestros niños una literatura genuinamente nacional.
- 3.ª Hay que crear el periódico del niño, racional y educador, que acabe con los grotescos remedos suyos, hoy dueños sin competencia de un campo fecundísimo en la obra de la educación de la infancia.
- 4.ª En el periódico infantil serán rasgos centrales y principios directores la moral cristiana, la enseñanza al niño de las glorias nacionales, en especial de las provinientes de la ciencia española, y el amor al arte, a la naturaleza y a la ciencia.

Nuestra felicitación a don Alberto López Argüello que de manera tan primorosa ha desarrollado tan sugestivo e interesantísimo tema.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 3-I-1925.

41.—LA LITERATURA ESPAÑOLA EN ALEMANIA. "EL LLANTO IRI-SADO"

Afortunadamente, y ello es motivo de congratulación y orgullo, la literatura española, la genuina y hermosa literatura castellana, logra cada día un enorme avance en el extranjero.

Así nos lo demuestra un bellísimo libro que acabamos de recibir del insigne literato Cansinos Assens, libro que contiene los más hermosos cuentos de tan culto escritor.

"El llanto irisado" que es el título del libro a que nos referimos, está editado por la casa alemana Moerlins que ha venido concediendo cariñosa preferencia a los literatos españoles.

La mencionada editorial, que ha publicado novelas de Pereda, Concha Espina, Bonilla San Martín, Cansinos Assens y otros escritores no menos ilustres, manifiesta que con los progresos realizados por la edición de libros dedicados a la enseñanza del español, no han guardado hasta ahora, desgraciadamente, relación las ediciones de obras literarias españolas en el extranjero. Muchos de los grandes escritores contemporáneos de lengua española no son conocidos en el extranjero ni siquiera de nombre y los muchos extranjeros que hoy hablan ya español raras veces pueden adquirir en la librería de que habitualmente se sirven obras de literatura española que constituyan un espejo de la vida contemporánea y no simplemente una reedición más de los autores clásicos, ciertamente maravillosos en su género, pero poco adecuados para ilustrar al lector en la lengua que hoy se habla, por ejemplo, en Méjico o en Buenos Aires.

Después de largos años de preparación, la mencionada Casa ha llegado a lograr con los principales escritores modernos de lengua castellana contratos que, reservando los derechos de propiedad del autor, permiten publicar y vender sus obras en los países extranjeros en la forma elegante y a reducidísimo precio. Los primeros volúmenes que ofrece al público indican el alcance y el carácter que ha de tener la colección.

El cuidado con que las ediciones han sido revisadas por el Dr. M. L. Wagner, catedrático de la Universidad de Berlín, hace que los textos de esta colección ofrezcan todas las garantías de fidelidad y corrección apetecibles. A la complacencia y ayuda de los autores se debe por otra parte el privilegio de poder ofrecer, ya desde los primeros volúmenes, originales que en España no han sido publicados todavía o lo han sido tan solo en periódicos como es el caso en los volúmenes de cuentos y narraciones de Cansinos Assens y Répide.

Cansinos Assens, el autor de "El candelabro de los siete brazos", ha realizado una labor considerable y diversa reveladora de un espíritu multiforme y una riquísima sensibilidad. Su labor literaria, que comprende más de 25 volúmenes, es muy varia, revelándosenos en ella como un poeta que no necesita de la ayuda y el prestigio del verso para dar emoción y música en sus magníficos poemas.

Como novelista ha dotado a este género literario de un lirismo admirable y como exégeta e interpretador de mitos y religiones puede afirmarse que ha logrado una originalidad extrordinaria.

"El llanto irisado" es un valioso modelo de cuentos. En ellos pueden apreciarse las condiciones de ternura, lirismo, cadencia y riqueza de imágenes que caracterizan el estilo de Cansinos.

"La salvación del mal poeta", "La ternura cruel", "El niño del balcón", "El grito en la noche", "El poeta maldito", "La milagrosa", "La paralítica",

"El niño entre los libros", "El hijo del Sur", "La fuga maravillosa" y otros cuentos que componen "El llanto irisado", escritos en estilo brillante y castizo, demuestran claramente su personalidad literaria rodeada de un envidiable prestigio.

Nuestra felicitación al notabilísimo escritor, apóstol infatigable de una campaña romántica.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 28-I-1925.

42.—LA NOVELA DE HOY. "HUELGA DE GOLFOS".

Fernando Mora, el mejor de los escritores madrileñistas, no da paz a la mano, claro está que con enorme fruición de sus infinitos admiradores. Todavía no se ha apagado el eco de la voz de los vendedores ofreciendo al público una novelita de Fernando Mora, cuando ya tienen otra nueva que pregonar.

Y el caso es que el notable escritor no da señales del menor desmayo, a pesar de la abrumadora labor que desarrolla. Su ingenio, su estupendo espíritu de observación, la gracia personalísima y real de sus personajes, permanece intacta como en los días aquellos en que Fernando se abrió paso por entre los mejores y adquirió la relevante personalidad que hoy tiene.

"La novela de hoy", esa simpatiquísima y popular publicación de Artemio Precioso, el escritor admirado, que ha sabido concertar para encanto de los lectores de su periódico, contratos de exclusiva con las mejores firmas de actualidad, ofrece esta semana al público "Huelga de golfos", una novelita de Fernando Mora ingeniosa, movida e interesante, como todas las suyas. El asunto no puede ser más original ni más acertadamente desarrollado.

Publica también "La novela de hoy" un acabadísimo retrato a pluma de Fernando Mora, original del inspirado poeta Mariano Tomás, notabilísimo literato de justa notoriodad ya en el mundo de las letras.

No se puede hacer mejor un retrato físico y moral. Véanlo los lectores. Los que conocemos por dentro y por fuera a Fernando Mora, nuestro querido colaborador, respondemos de la exactitud: Este gran don Fernando, tiene el gesto y el ademán briosos, de un soldado de Flandes; el chambergo ladeado, y de amplias alas, el mostacho enhiesto, sanguíneo el rostro, el continente apuesto.

Mas, ¡vive Dios!..., que andáis equivocado si al mirarlo creéis haber topado con el gran Fiera-Bras..., que el cielo ha puesto un corazón de niño bajo el muro del tórax varonil. Y ved por dónde una hondad sin límites se esconde tras el empaque retador y duro...

Pues su estilo es así: recio por fuera y el fondo tierno, como blanda cera.

Nuestra enhorabuena a Fernando y a su maravilloso "fotógrafo".

Y nuestra enhorabuena también a "La novela de hoy", que sabe dónde le aprieta el gusto artístico para escoger la colaboración.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 7-II-1925.

43.--ECOS DE LA MONTAÑA. "LA ROSA DEL AMOR Y DE LA SALUD"

Ι

La pícara rosa "mitá encarná mitá negra" abunda muy poco en los montes. Hay que buscarla en los comienzos de la primavera a la vera de las cajigas, en los más altos picachos de la sierra, en las riberas de los ríos o en las cercanías de las "torcas" y de las "rigueras".

En las praderas no nace esta peregrina flor negra y encarnada, talismán precioso que quita las brumas del camino de la vida, enerva las melancolías, mata las pesadumbres, amortigua los dolores del cuerpo y del alma, aleja la tremenda amenaza de la muerte, logra el amor de las mozas más "tasugas" y "fantasiosas" convirtiéndolas, por metamorfosis milagrosa, en zalameras y "encariñás" como no hay otras en el mundo.

¡Abunda tan poco la rosa del amor! En el extenso valle, en sus "torcas", en sus ríos, en sus "rigueras", en las cresterías de sus montañas, en sus nemorosos cajigales, es rarísima esta milagrosa florecilla, por la que sus-

piran todos los mozos desgraciados en amores, todos los que ansían alivio en sus males, todas las mozas que lloran "malanconías" a la puerta del estragal, esperando, en vano, la seguidilla "retorneá" y el agudo "relinchío" del mozo que las dijo "zalamerines de querencia" de vuelta de la romería o en la campa del baile... en la "jila" o en la "desoja"...

Cuando se inicia la primavera, la hermosa primavera de los campos montañeses, viejos y jóvenes, cada cual por su sendero, escudriñan los montes y las riberas, buscando la rosa del amor y de la salud, como si en ella vieran la suma y compendio de sus alegrías, el fin de sus cuitas, las riquezas más esplendorosas, la ventura más cabal...

En mis años mozos, cuando yo sorbía los vientos por alguna ingrata "mozona" de "buen ver" y rondaba las callejas de mi pueblo, "alelau" y tristón por los desaires de alguna recia y gallarda labradora de las de "coloñu" y "rastrillu", puse todas las esperanzas en la "rosa del amor", creyendo, como artículo de fe, sus privilegios y sus milagros.

 Π

¿Queréis conocer la leyenda de la "rosa del amor y de la salud? Tío Genio, el cabrero de Viaña, me la contó una tarde abrileña, mien-

tras daba los últimos toques a un "jarmosu labrau", esperando la hora de la junta para apacentar su rebaño.

"La rosa del amor y de la salud" jaz los milagros más grandes. Es una lor bendecía, encarnaúca y negra que regaló la Virgen a una mozuca mu maja de Viaña jaz miles y miles de años. La Virgen, agradecía, pagó con la guapa flor la piedá y la compasión de aquella moza cristiana y de güen aquel, enguapecía desde la mesma hora en que jizo la güena obra. A la entrá del pueblu había jaz siglos una ermita chicuca que jicieron los vecinos pa la Virgen de las Nieves. Una noche unos caminantes descreídos y malinos como diablos rompieron la puerta de la ermita, arrancaron la imagen de la Virgen del altarucu adornau con flores, arrastráronla por la calleja y currieron dimpués monte abajo, dejando a la probe imagen en metá del caminu. La moza, apiadosá y compadecía de la Virginuca de las Nieves, cogiola de la calleja y golvióla a la ermita, limpiándola majamente y poniéndola en el altar.

Entonces diz que la Virgen, agradecía, habló a la moza y diola una rosa encarná y negra, que curaría los males del cuerpu y del alma. A la otra primavera apaeció otra flor del mesmo aquel en la orilla del ríu, dimpués otra al lau de una "torca" y años dismpués jueron apaeciendo en los seles y cercuca

de las cajigas. Los que las alcontraron vivieron muchos años, no tuvieron

Un indianu de Reneo que golvió de la Bana delgauciu como una ahijá, lijauras recias y jueron las sus vidas como unas bendiciones de Dios. enamoróse de una señorituca de Fresnea que tenía más caudales que guapeza. Ella, fantasiosa y engrillá como una principesa, desprecióle y el indianu corrió las cuestas cuando empezó la primavera en busca de la rosa. A la fin encontróla y casóse con la señorita de los caudales.

Una probe mujer que diz que tenía los "malinos" en el cuerpu curose con la rosa bendecía y un cabreru de Llendemozo casóse con la hija de un hacendau, de la que andaba perdidamente encariñau.

Ya quedan pocas rosas. Jaz años que no se encuentra ninguna. Yo andúvela buscando con muchu aquel pa ver si podía pasar de ovejeru a labraor, casándome con una moza a la que yo quería con toos los sentíos y que dióme, la mu tasuga, unos peazos de calabaza y una risotá de burla que jízome guitonear como un críu".

Ш

Aun perdura la ingenua creencia de la flor milagrosa. En estos pueblos de la Montaña, donde la pátina de los siglos no ha logrado borrar las le-yendas y las tradiciones pristinas, aun búscase la rosa del amor y de la salud como un deslumbrante tesoro. Como el trébol, como la "flor de la maravilla", como las "margaritas negras", como la "hoja blanca", a las que la ingenua credulidad de nuestros campesinos atribuye grandísimas mercedes, la rosa "negra y encarná" de mi tierra aun logra hacer brotar ilusiones prometedoras de bienandanzas y de encantadoras felicidades.

¡Flor saludable y amorosa, ambición de la juventud, bálsamo del amor y del dolor, esperanza y consuelo: aunque no brotes en las riberas ni en las montañas, ni cures las melancolías de los enamorados, ni aplaques el dolor, ni enerves la pesadumbre, ni hagas que canten las risas, ni pongas la centella de la alegría en los ojos, tienes el encanto de la idealidad campesina, que mientras te busca, en vano, por los senderos de los montes con santas vehemencias, no deja crecer a la sombra de las cajigas las flores que envenenan los ambientes y las almas.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 6-IV-1925.

Una pobre mujer que pasa por el mundo entonando hermosos himnos a la belleza, al amor, a la virtud, a la humildad, a las cosas del cielo y de la tierra, se muere de hambre en una aldea asturiana.

Experimentando en su espíritu los recios disciplinazos y las intensas preocupaciones de una existencia materialmente mísera, sintiendo sobre su frente la amenaza de un dolor amargo en la edad en que la vida debe ser una alegre sonrisa y una amorosa ilusión, la elocuente cantora que nos ha deleitado con sus preciosas páginas, ha penetrado en la tenebrosa morada del hambre, después de una lucha plausible y valentísima.

Teresa de Jesús Martínez, la poetisa de Calabrez, la del libro del "dolor y sacrificio", la que ha puesto en sus versos, puramente místicos, la melancolía y el sentimiento que encuentran apacible morada en el corazón de una mujer cristiana, enferma y triste, se muere de hambre en aquella hermosa aldea asturiana, a solas con sus versos peregrinos, con sus preciosos recuerdos, con sus íntimas esperanzas, puesto quizá el clarísimo entendimiento en un mañana feliz, en que la sonría la vida y la cante el amor.

Teresa de Jesús, que ha saboreado, bien templada el alma a las adversidades y a las pesadumbres, los dolores más amargos y las desilusiones más hondas, ha llegado a la suma y compendio de sus desventuras: a implorar el auxilio de sus amistades para lograr un pedazo de pan...

Así nos lo dice, dolorosa y amargamente, un simpático semanario asturiano, donde la exquisita poetisa ha puesto las notas más bellísimas de su inspiración, esas notas sentimentales y fielmente místicas que han salido de su alma como delicadas querellas y mansos sollozos, puestos los ojos en altísimas cumbres y en encantadoras idealidades.

La obra intensamente bella, de la triste poetisa asturiana, es aún poco conocida. Cuando Teresa de Jesús remonte el vuelo y salga por los caminos del mundo mostrando las valiosas joyas de que es exquisita artífice, a fe que no volverá a encontrarse espantosamente sola y hambrienta en el rincón asturiano, llorando resignadamente su tristísima orfandad y el desprecio de los hombres a las cosas del arte y del sentimiento.

El resultado de su labor callada, humilde, perseverante, logrará traspasar las fronteras de Asturias en un noble afán de triunfo y reivindicación, trocándose la amargura de hoy en felicidad tan cabal como merecida.

Los grandes triunfos, los adquiridos a fuerza de trabajo y de voluntad, han seguido casi siempre a los mayores desalientos y desesperanzas. Todos los artistas, los que ponen por encima de todas las cosas su amoroso ideal, han sufrido desgarradores calvarios.

Teresa de Jesús está sufriendo ahora el suyo, más largo y penoso por ser el de una mujer humilde, que para subir sólo cuenta con sus débiles fuerzas, que van consumiéndose por la pena y por el hambre.

¡Pobre poetisa enferma, menesterosa, resignada, que en medio de admiraciones y de alabanzas, de encomios y de frases halagadoras, ha visto acercarse a las puertas de su hogar la amenaza tremenda del hambre, con su espantable cortejo de penas y de lágrimas!

Escritores montañeses: un óbolo para esta desventurada mujer, una limosna para la poetisa enferma que en Calabrez, aldea de Ribadesella, espera vuestro auxilio como un consuelo, como una hermosa esperanza que la anime en su miseria y en su lucha.

MANUEL LIANO

El Pueblo Cántabro, 8-IV-1925.

45.—LIBROS NUEVOS. UN NOVELISTA MONTAÑÉS Y UN POETA ALI-CANTINO

"Neluca"

"Neluca" es una novela montañesa de valioso mérito. Aparte de la belleza del estilo, de los rasgos psicológicos, de las bien trazadas notas descriptivas, del caudal de observaciones y de pensamientos, contiene "Neluca" un casticísimo y hermoso sabor montañés, ya que está inspirada en las costumbres de este noble solar, campo fecundo de sensaciones y de hermosuras para poetas y noveladores.

Los que afirman, fundados en argumentaciones harto deleznables, que después de la obra gigantesca de Pereda es ridículo escribir obras montañesas, demuestran, con su equivocada apreciación, desconocer en absoluto la infinita diversidad de matices que tanto para las narraciones novelescas como para el cuento y la leyenda presentan los pueblos montañeses, aun los más escondidos e ignorados.

Díganlo Alejandro Larrubiera, con su "Márgara"; Delfín Fernández y González, con sus hermosos cuadritos de costumbres y con sus novelas notabilísimas; Alfredo de la Garma Baquiola, con su "Pepina"; Juan Sierra-

pando, con sus ingeniosos cuentos; Gandarillas, con sus interesantísimas narraciones; Hermilio Alcalde del Río, con su magnífica colección de cuentos inspirados en diferentes valles montañeses; Buenaventura Rodríguez Parets, con su formidable tesoro folklórico; Ricardo León, con su "Casta de hidalgos"; Mazorra, con sus "Narraciones de antaño"; Jesús Cancio, con sus poemas, y tantos otros escritores que han dedicado preferente atención a esta peregrina fase de la literatura.

Manuel G. Villegas, autor de "Neluca", ha estudiado detenidamente las costumbres, los vicios y las virtudes, lo bueno y lo malo de una parte de la Montaña, y con ello ha tejido una trama hermosa y plausible, donde el amor y la hidalguía, la nobleza y la fe encuentran una magnífica exaltación sobre

las miserias y pecados de las almas envueltas en tinieblas.

Esta novelita, bellamente inspirada en el amor cristiano y profundo, en la caridad y en el heroísmo, en las virtudes más santas y en las pesadumbres más hondas, en un regalado manjar espiritual, aderezado con consuelos y esperanzas.

"Nieblas de otoño"

"Nieblas de Ootoño" es un libro de poesías donde Antonio Chápuli Navarro ha recopilado sus más bellas producciones.

Este escritor, que ha cultivado con envidiable fortuna todos los géneros literarios, se nos presenta en su nueva obra como un poeta de innegable inspiración y delicado sentimiento, que entregado a serenas meditaciones ha encontrado el caudaloso manantial de la belleza y del arte.

El poeta alicantino, que ha sabido inspirar dos cosas tan contrarias como las cifras y las letras, "cubre sus composiciones con el lujoso atavío de una imaginación fresca y ardiente, que hubo de colorearse desde la infancia con la fúlgida luz y ricos matices de la costa levantina.

Recordemos aquella estrofa de "Revista Cántabra" al pie de una caricatura del señor Chápuli, estrofa que dice ingeniosamente de las cualidades literarias de este notabilísimo poeta:

Con su ingenio y su valía consiguió amigas hacer a la Hacienda y a la Poesía, que no se podían ver.

"Nieblas de otoño" contiene poesías como "Amores de ensueño", llena de pensamientos exquisitos y de imágenes encantadoras.

"Lo que es una lágrima", admirable imitación de Byron, es un verso amoroso rebosante de ternura y de experiencia, donde la belleza de la forma corre parejas con el caudal de enseñanzas que encierra.

"El dolor de vivir" es una poesía filosófica, lo mismo que "Flor de juventud" y "Nubes de estío".

"Un año más", composición escrita en la juventud. El autor ha respetado el texto primitivo, para evitar que lo que ganara en atildamiento literario lo perdiera en espontaneidad. Este poema es un elocuentísimo himno a la abnegación, a la fe y a la esperanza.

"Sorpresas del destino" es una hermosa leyenda castellana, de sabor clásico, con dejos de antiguo romance.

Además de otras poesías de alto mérito contiene "Nieblas de Otoño" una colección de cantares de amor y de dolor, de felicidad y de tristeza; coplas y seguidillas tan ingeniosas como sentidas.

El cardenal Benlloch ha puesto a las poesías del exquisito poeta alicantino un hermoso prólogo, estudio acabado y brillante de la personalidad literaria del señor Chápuli.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 27-V-1925.

46.—COSAS DE ANTAÑO Y DE HOGAÑO. LOS "TROVADORES" MONTAÑESES

En las aldeas montañesas había buenos trovadores. Como los juglares de antaño que cantaban romances por un vaso de vino, los bardos cántabros, pastores, sacristanes y labradores componían "trovas", cantándolas al son monótono de una pandera cuando las campanas de la parroquia repicaban recio y se desperezaba la aldea con el estruendo de la romería.

A la vez que desaparecen las pristinas costumbres, cubriéndose con la patina del olvido y de la indiferencia las peregrinas radiciones que fueron formando la psicología montañesa, van desapareciendo también los trovadores que alegraban las "gilas" y las romerías, los bautizos y las bodas, el regreso del indiano y los descansos leves en la pradería cuando se agosta el heno o se "despuntan" los maizales...

Aún recordamos el ingenio de Facio el ovejero, la picardía irónica de

tío Franciscón, el misticismo de Teresuca, que componía "picayos" y plegarias; la malísima intención de Rufo el cabrero, los romances amorosos de un pícaro sacristán, chiquitín, lampiño y regordete como Leli el de "Casta de hidalgos", la burda filosofía y las graves sentencias de tío Fonso y las coplas de ronda de un pobre hombre llamado a más altos menesteres si la desventura no le hubiera zarandeado desde su juventud, quebrantándole ilusiones y orgullos de hidalgo...

En aquellos cantares, romances y "picayos", discurridos en la mies, en el monte o en el prado mientras se araba, se hacía un coloño de leña, se guardaba el ganado o se segaba un lombillo, resplandecía, como oro de ley, el ingenio y la sencillez. Aun en las composiciones mortificantes, en las ironías más malévolas, vislumbrábase una chispecita de piedad y de compasión que cauterizaba las heridas abiertas por la mordaz estrofa.

¡Gran habilidad la de aquellos "trovadores" que unían de muy linda manera la burla y el consuelo, la bofetada y la caricia, la verdad y la mentira, contando los vicios y debilidades del vecino, las cuitas de un mozo enamorado, las "lelás" de una vieja amiga del "anisao" y del vinillo dulce, las equivocaciones de un "rigidor", el orgullo "fantasioso" de alguna moza gallarda o la desventura de pobres indianos que regresaban con la faltriquera vacía, apesadumbrados y vencidos!

Había que ver los pintorescos disparates de aquellos burdos versos, las imágenes regocijantes, los malos pensamientos, el perfecto metro de las composiciones (aun desconociendo las severas pragmáticas de la Poética) y la enjundia necia y el caudaloso léxico.

En la mayoría de las ocasiones decían enormidades a la buena de Dios, inocentemente de lo humano y de lo divino, cayendo en despropósitos tremendos, que fueron nuestro regocijo.

Cuentan de un anciano y virtuoso sacerdote que se cayó un día a la puerta de su parroquia, donde se venera la imagen de San Cristóbal.

Una "trovadora" del lugar, compadecida de la caída del santo clérigo, triste el semblante y aparentando dolor, hizo los siguientes versos:

> Pobre señor cura que se dio un tropezón al salir de la iglesia de San Cristóbal Colón.

En estos poetas son disculpables los más desdichados disparates. No han pasado por cátedras ni han alimentado el cerebro con doctas literaturas y filosofías. La que no es disculpable y sí digna de la más enérgica censura, aun cuando la guíe la más buenísima y piadosa intención, es la obra de ciertos mozos con humos de poetas, que movidos por fervores de muy discutible sinceridad, cara en profanaciones e irreverencias, haciendo "cancioneros" de cosas santas, de imágenes veneradas, de milagrosos hechos.

Tal sucede con un folleto, no merece los honores de libro, que un buen amigo nos leyó en la tertulia de un café santanderino.

El aguijoneo de la risa era más intenso que la indignación, aunque ésta no era poca. Sonaron las carcajadas ante los desatinos del desventurado "poeta"; Gerardo Diego, el gran poeta, que escuchaba la lectura, hubiera suspendido en Literatura al malancosejado mozo; Apeles lloró de tanto reír; Jesús Corona daba puñetazos en la mesa en inmenso regocijo; Arce reía como un hombre completamente feliz; Cancio abría los ojos ciegos, asustado de las bellaquerías de aquellos "romances"; Alvear, cruzado de brazos, hizo unos sabrosos chistes, y Gorostiaga, el formidable artista, fuese ruborizado hacia su piano, como deseando apagar las risas con el dulcísimo sentimiento de la música clásica.

Prefiero mil veces a los "trovadores" de mi tierra, que no tienen humos de poetas, ni son bellacos, ni han dado sus obras a las prensas, ni saben de endecasílabos ni de octavas reales.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 8-VII-1925.

47.—EGOÍSMOS ALDEANOS. EL MOZO QUE VUELVE DE ANDALUCÍA

I

No cumplidos los doce años, harto de guardar "recilla", de majar "cabones" y de esparcir "lombilles", marchó Nisio a la "Tierra de María Santísima".

El niño montañés, esmirriaduco y endeble como un "barrosco" en monte "quemao", remontó el vuelo, lleno de bendiciones, de consejos y de carantoñas, al amanecer, cuando salían las ovejas de los establos y cantaban los colorines.

Nisio sentíase inmensamente feliz. En Cádiz estaban las riquezas, la "majura", la alegría, las relumbrantes cadenas que lucían los que regresaban hechos unos brazos de mar, las chaquetucas blancas y "entallás", los "calzonucos estrechos", los "galeros" de cinta negra, las onzas tentadoras y aquel hablar tan majo y tan zalamero que escuchaban las mozas "entontecías" y ruborizadas derritiéndose en puras mieles...

Detrás del mostrador, al cabo de los años, ganaría grandes caudales y volvería al terruño para descansar, deslumbrando a la gente con su guapeza y con su dinero.

Después otra vez a Cádiz para acrecentar sus ahorros, establecerse más tarde por su cuenta y casarse con una moza de "güen ver", aguda y trabajadora, que tuviera carros de tierra y algunos cuartos por añadidura.

Cuando llegaran las nieves de la vejez dejaría el negocio a sus hijos, haría una casona con trazas de palacio, con "corralá" y jardines, solana y miradores; compraría mieses y prados, rebaños y yeguas, sería "amo", tendría aparceros y daría "jigas" a los hidalgos de gotera de la contornada, orgullosos y envidiosones, tan pobres como altivos.

Nisio, como todos los mozalbetes que marchan en busca del vellocino escondido, en triste emigración, era ambicioso. En su mente iban entrándose dulcísimas ilusiones, proyectos inefables, sintiendo ansias de señorío y de grandeza al compás que andaba por el sendero de la sierra, camino de la villa.

A sus espaldas, escondida entre montañas, quedaba la aldea con sus pobrezas. Volvió los ojos hacia el pueblo, enjugóse unas lágrimas, miró tristemente a las casucas de tronera, agrupadas alrededor de la torre, y siguió el camino haciendo "pucheros".

En Cádiz estaban las riquezas, las "chaquetucas blancas y entallás", las cadenas "relumbrantes como un lucero"...

II

Han pasado algunos años. Nisio, lleno de nostalgias, quiere tornar al lejano rincón donde nació. Los dineros ahorrados gastaríalos con los suyos, triunfando en la aldea con rumbo y esplendidez.

¡Bien merecía aquel descanso en el valle montañés, confortando su espíritu y su cuerpo con los dulces cariños familiares y los aires apacibles de la serranía!

Al caer de la tarde, una tarde primaveral con auras de rosas y de romeros, entró el "jándalo" en el lugar. Sus familiares, los amigos de la infancia, presintiendo la "convidá" en la taberna, las mozas casadareas y sin novio, los viejos, los pobres viejos de mi tierra, castigados por sus hijos a las más

tristes privaciones, festejaron la llegada de Nisio con parabienes, bendiciones, cantares y "relinchios"

- —¡Coila!...¡Qué maju vien el muchachu! Bien le pintó por las Andalucías...
- —Pos no vien tan tresnau; paliduchu está el mi probe como tísicu. ¡Como no traiga más cuartos que saluz...!
- —El vestíu no es de los que campan y la maleta bien chicuca es; güéleme a probeza.
 - -Paez que está alelau; mira a la gente con aire atontecíu.

Los comentarios maldicientes, que demostraban la insinceridad del recibimiento, fueron copiosos y mortificantes, lo que no impedía que ante las barbas del recién llegado se prodigaran las alabanzas y las flores. Las mismas personas que a hurtadillas ponían defectos al semblante y a los atalajes del "jándalo", se deshacían en atenciones y en "finuras" ante Nisio.

- —Qué maju vienes, asegúrote yo que otru tan lucíu como tu no güelve de Andalucía.
 - -Paeces un indianu con esos lujos y con esas guapezas...
- —Bien haiga la madre que te parió, que pue estar orgullosa de vete tan guapu y afinuciau como un señorito.
- —Qué pocu te paeces ahora a estos probetones, llenos de muñiga y de melanes...

TIT

Ante Nisio pasó la felicidad como un relámpago. Mientras duró el dinero viose colmado de amores y de deferencias. Era el amo y señor de la casa, el rey de aquel hogar miserable que no supo de abundancias ni de regalos hasta que el primogénito tornó de Andalucía con la bolsa repleta.

Los caudales fueron enflaqueciendo. El pobre mozo, buenazo y pródigo como un filántropo, vio un día, con harta pesadumbre, que apenas le quedaba lo suficiente para volver a Cádiz. Desde aquel punto y hora cayó el ídolo del alto pedestal. El rey, por uno de esos sarcasmos del egoísmo aldeano, llegó a ser esclavo. Las miradas hostiles, la iniciación de los desaires burdos, los persistentes refunfuños de su madre, no encantada ya por el brillo de las pesetas, hicieron comprender al desventurado que sobraba en aquella casa, donde por el poder infinito del dinero había sido señor y dueño absoluto.

Al fin topose con la amarga realidad, en forma de palabras desconsoladoras:

---Mira Nisio el miu; los tiempos están mu malos; acabáronse los tus cuartos y la alacena está vacía; si no tienes pa golver a Cádiz puedes metete

de cabreru o de criau en alguna casa rica, pa que comas como Dios manda y mos ayudes en algo, que es la obligación de los hijos güenos y bien criaos...

TV

Sin las adulaciones serviles, ni los cantares, ni las alegrías del recibimiento, salió el mozo de la aldea, cuando el padre invierno insinuaba sus rigores y los cierzos húmedos amenazaban abandonar las cresterías y llegar al valle.

Siguió el sendero de antaño sin atreverse a volver los ojos al pueblo, temiendo encontrarse con risas socarronas y ademanes ofensivos. Como un fugitivo, atemorizado y lleno de sobresaltos, corrió cuesta arriba, hasta llegar a la cumbre.

Cuando abandonó el terruño por primera vez enjugose unas lágrimas, deteniéndose en el collado para decir un adiós lleno de emociones y de sentimientos, que trascendían a dolores hondos, a penas tristísimas.

En aquella segunda salida, con menos ilusiones y con menos esperanzas, rto el encanto y desvanecida la ambición, aguijoneado el espíritu por el odio, infeliz y despreciado, cuando llegó a la cumbre, temblando de frío, recordó las palabras egoístas de la madre:

"...y mos ayudes, que es la obligación de los hijos güenos y bien criaos".

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 12-VII-1925.

48.—CLASICISMO Y MODERNISMO. NO HAY QUE PEDIR NOVEDADES A LAS MODAS FORASTERAS

Un literato madrileño de los que hacen prosa modernista rompiendo con necia baladronada los preceptos gramaticales, las leyes literarias y los principios de una sana filosofía, habla de los poetas clásicos, haciendo casi ludibrio de los magnificentes monumentos que aquéllos construyeron con su clarísimo ingenio, sin aportar el entendimiento de su solar.

El desdichado escritor afirma que la obra de los místicos, además de ser defectuosa, no puede ser comprendida por los amigos de las cosas de la tierra, no preparados para entender esas "composiciones religiosas" que "turban el ánimo" y "hacen sumir al corazón en sombras de tristeza y de

Todos los mortales están preparados para comprender el misticismo clásico si un prejuicio condenable nos les lleva a negar la belleza y el sentimiento, el amor y la piedad

Aun los más escépticos, los que tienen el corazón cerrado a las sensaciones religiosas, pero abierto a las hermosuras del arte y a la intensa melancolía del amor humano, han encontrado en las estrofas de nuestros poetas místicos los estremecimientos de corazones santamente heroicos, consumidos por un amor infinito, por una ternura suprema, por el ansia de gozar los divinos placeres del "Inmortal seguro", que les brinda el más grande deleite espiritual, el fin de la amargura terrena y el comienzo de la felicidad eterna.

Negar belleza magnífica, sentimiento purísimo, delicada sensibilidad, amorosos deseos y ternuras hondas a nuestros místicos, es negar el heroísmo, el sacrificio, la caridad, la virtud, la humildad, la fe...

El escritor a que nos referimos, dándose cuenta de su impotencia para escribir sus obras en castellano sonoro y castizo, enviando quizá la prosa majestuosa de otros literatos modernos que alimentaron sus entendimientos en viejos papeles, menospreciando innovocaciones cursis y hueras, dirige mortificaciones, hijas de la ignorancia y de la envidia, a los estilistas actuales, tachándoles de "anticuados", rancios y "trasnochados".

Aquí viene como anillo al dedo aquellos bellos párrafos de un insigne poeta malagueño:

"Procuro siempre cubrir mis humildes obras con la mayor decencia posible y aderezarlas al uso castellano, sin pedirle novedades y bizarrías a las modas forasteras".

"Prefiero paracerme a los padres de mi casta y solar, como hijo de ellos que soy, y sacar el aire de tan gloriosa familia, en vez de beberle los alientos al primer tudesco o gabacho que salga por esos mundos con ínfulas de innovador".

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 19-VII-1925.

Una poetisa cubana, que ha publicado recientemente un libro de "versos de amor", no todo lo morales y discrestos que fueran de desear, se ocupa en un periódico de su país de los derechos de la mujer, derechos negados por los hombres, llenos de soberbia, de vanidad y de orgullo.

La poetisa, desazonada por las injustias de los Códigos, por la superioridad de los hombres, por la humillación de algunas mujeres ante las intransigencias y mandatos masculinos, ansía una transformación radical en que Fémina, dueña de delicados privilegios, de exquisitas concesiones y de amplios derechos, vuelva por sus fueros, conquistando el trono que merece por su sensibilidad y por su hermosura.

Para conseguir esto aboga por la promulgación de dos artículos que, en síntesis, vienen a decir lo siguiente:

Por el primero debe establecerse que la mujer gozará, en todos los terrenos, de los mismos derechos que el hombre; y por el segundo se dispondrá que todos los artículos de los Códigos de todas las naciones y las leyes que se opongan a esa igualdad civil queden derrocadas.

La libertad en las costumbres, en el vestir, en el hablar, el amparo decidido de las legislaciones, el homenaje caballeresco y romántico, la extirpación de los prejuicios que las esclavizan y humillan, la condenación de todos los abusos y de todas las injusticias constituyen el desagravio que, según la poetisa, merece la mujer, harto vejada por el hombre.

¿Tiene razón la escritora cubana?

Sus rebeldías están inspiradas, seguramente, en hondas tragedias conyugales, en la carencia de sentimientos, en las infidelidades espantosas originadas, la mayoría de las veces, por la indiferencia del hombre ante las dulzuras del hogar, huyendo de éste como de lugar desapacible y odioso.

Sin que la mujer llegue a poseer "derechos" que no la pertenecen, a encumbrarse en una superioridad que trascendería a absolutismo y egolatría, dentro de los preceptos de una sociología sanamente democrática y lejos de las disparatadas doctrinas de un naturalismo morboso, puede encontrarse la felicidad relativa.

Pretender, como la poetisa cubana (más amiga de los menesteres intelectuales, de la cátedra y de la tribuna, de las luchas políticas, de todo lo que forma la actividad varonil, que de las cosas del hogar y de la familia), iniciar una evolución que estableciera como leyes indiscutibles todas las aspiraciones y anhelos femeninos, sería tanto como querer cambiar la psicología de los sexos, como si los temperamentos pudieran adaptarse a normas fijas, a cambios radicales por el mandato de legislaciones y de Códigos, que serían otras tantas paradojas y desatinos.

Como ha dicho muy bien Margarita Xirgu en la conferencia que pronunció ayer en el Ateneo Obrero de Gijón, el feminismo debe tender a exaltar el sentido íntimo del alma y el carácter de la vida interior que distingue a la mujer del hombre.

Son nocivas las pretensiones encaminadas a desposeer a la mujer de sus encantos principales que recibe en el hogar, donde debe y puede orientar y dirigir a los hijos.

Váyase a la educación del hombre y de la mujer. Todas las infelicidades del hogar tienen su origen en la falta de educación y de moral, no en la carencia de esos peregrinos "derechos".

Para evitar las desconsoladoras causas en que fundamenta su rebeldía, siguiendo el ejemplo de otras, la escritora cubana a que venimos aludiendo, no es menester recurrir a la igualdad de derechos en todos los terrenos, ni a la derrocación de las leyes, ni al sufragio universal, ni a la tribuna, ni sentarse en Congresos y Academias ni llenar el cerebro de sabiduría.

Tampoco es necesario para conseguir esa "reivindicación" componer versos amorosos llenos de pecadora morbosidad y de pensamientos plebeyos, ni salir por el mundo con verborreas desnudas de belleza, de dulzura y de sentimiento, queriendo hospedar a la materia en un alcázar magnífico y esconder a la espiritualidad en cárceles oscuras...

La felicidad relativa de la mujer, lo mismo que la del hombre, está en estas palabras majestuosas y solemnes, que dicen de bendiciones y de consejos, suma y compendio de todas las sociologías:

"...vos, varón, compadeceos de vuestra mujer como de vaso más flaco; compañera os damos y no sierva... Os ocuparéis en ejercicios honestos para asegurar vuestra casa y familia, así como para conservar vuestro patrimonio como para huir del ocio, que es la fuente y raíz de todos los males.

Vos, esposa, habéis de estar sujeta a vuestro marido en todo; despreciaréis el demasiado y superfluo ornato del cuerpo en comparación de la hermosura de la virtud. Sed como vergel cerrado, fuente sellada para la virtud de la castidad"...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 7-VIII-1925.

50.—"LA DESHEREDADA". UNA INTERESANTE NOVELA VASCO-MONTAÑESA

Alfredo de la Garma Baquiola, el brillante literato castreño, después de habernos deleitado con las bellísimas páginas de "Pepina", preciosa novela montañesa, acaba de publicar otro libro interesantísimo, lleno de emoción y de sentimiento y de grandes observaciones psicológicas.

"La desheredada", a la vez que contiene un valiosísimo caudal de bellezas literarias, es una sabia lección de fe y de voluntad, una hermosa exaltación de la nobleza sobre los prejuicios y ambiciones de las almas miserables, arrebuiadas en egoísmos e hipocresías inconfesables.

Alfredo de la Garma, hábil observador, ha querido presentar en su novela escenas reales, pedazos de vida, poniendo en su magnífica labor raudales de sentimiento y de fidelidad, censurando con energía valiente los convencionalismos anticristianos que encuentran morada en los corazones rebosantes de materialismos y desnudos de toda sensación sentimental.

Buceando en la vida, entregado al sufrimiento y a la amargura que han templado su espíritu, recordando quizá pasadas desventuras en que dejó lágrimas y jirones de corazón, nos cuenta el novelista, de peregrina manera, con estilo castizo, sencillo y brillante, la historia de dos hombres:

Avelino, representación de la hidalguía, de la nobleza, de los buenísimos sentimientos, enérgico, valiente ante los infortunios de la vida, leal con sus adversarios, perseverante, enamorado de todo lo bueno...

Mamancio, personaje envuelto en tinieblas de avaricia, mezquino, todo materia y egoísmo, vivero de falsedades y de miserias, amante ferviente del más repugnante convencionalismo y enemigo de la virtud, de la nobleza, de la caridad, del amor...

La trama es interesantísima. Huyendo de las afectaciones en el estilo, de las piedras falsas, a que son muy aficionados ciertos literatos de inmerecido prestigio, y de las enrevesadas disquisiciones filosóficas, narra el admirable escritor escenas históricas y pintorescas de la guerra carlista, demostrando una erudición notabilísima en lo que tiene relación con esta interesantísima fase de la historia de España.

Perfectamente documentado, sin orgullos de erudito trasnochado, cuenta D. Alfredo de la Garma algunas incidencias importantes de la famosa guerra, con envidiable amenidad, haciendo gala de sus dotes de literato y de historiador imparcial.

En estos capítulos de historia se inicia "La desheredada". El argumento

de esta novela, inspirada, como indicamos anteriormente, en escenas reales, tiene, a nuestro humilde juicio, un plausible mérito.

Esta cualidad, digna de los más sinceros encomios, consiste en presentar como medios espirituales de bien vivir, la honradez, la constancia en el trabajo, la humildad bien entendida, la alteza de sentimientos, el amor fiel...

Estas hermosísimas virtudes donde puede encontrarse la relativa felicidad de la vida, encarnan en el espíritu de Avelino, joven nobilísimo, despreciado y perseguido por Mamancio y sus familiares, que ansían la desventura del mozo como obstáculo formidable a sus pecadores proyectos.

Los personajes de esta primorosa novela están maestramente trazados. Los capítulos descriptivos, los diálogos, las observaciones del autor, a la par que están dotados de una deliciosa sencillez, poseen pensamientos delicados, como cumple a un escritor de la estirpe del señor de la Garma.

No queremos terminar estas líneas (alejadas de todo género de crítica) sin enviar nuestra sincera felicitación a tan culto literato, que con "Pepina" y "La desheredada" ha logrado consolidar su personalidad literaria, colocándose, muy merecidamente, en la primera fila de nuestros escritores.

Nos tomamos el atrevimiento de aconsejar al autor de tan encantadoras novelas continúe su meritísima labor escribiendo novelas de índole genuinamente social, sacando a la luz del día el copiosísimo caudal de experiencia que posee, deleitándonos con su estilo limpio y castellanísimo, con sus honradas ideas y con su bellísima amenidad, arremetiendo valientemente contra los infinitos "Mamancios" que andan por el mundo.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 27-XI-1925.

51.—A VUELA PLUMA. SACRIFICIOS Y HEROÍSMOS DEL AMOR

En una aldea montañesa, cuando el invierno enseña sus disciplinas y se cuentan consejas en las "jilas" al amor de la lumbre, está inspirada una bella novelita que nos acaba de deleitar con sus emociones dulcísimas.

El amor, un amor heroico, de sacrificios y de pesadumbres, de penas y de lágrimas, por encima de todas las pasiones y de todas las groseras miserias campesinas, remonta el vuelo apartándose del lodo de la tierra y teje un idilio purísimo, uno de esos episodios románticos en que calla la materia para que el espíritu nos hable del sentimiento, de las sensaciones mansas, de

los pensamientos desnudos de todo convencionalismo, de esa vida interior que tiene algo de misticismo y de utopía aunque parezca paradójico...

La mayor parte de los escritores noveles que hacen ensayos en el campo de la novela, dejándose llevar, quizá inconscientemente, por el morbo de la literatura moderna, fría y desnuda de todo sentimiento y de toda virtud, empachados de "psicología positivista", vuelven las espaldas, muy prendados de su altivo desprecio, a las cosas del corazón, exaltando los refinamientos del siglo como suma y compendio de la Filosofía y de la Etica.

Considerando estas desdichadas orientaciones, que tienen multitud de devotos, causa grandísima satisfacción encontrar un libro inspirado sinceramente en la vida espiritual, en el amor noble y abnegado, en el sentimiento más exquisito, en la piedad y en la virtud.

"Sacrificios y heroísmos del amor", que es el título de la novela a que aludimos es, sencillamente, un himno elocuente al romanticismo sano, sin depresiones y tristezas neuróticas, sin melancolías enfermas, sin desprecios a la vida, ni a la alegría, ni a los regocijos del mundo.

A la vez que se encomian las más hermosas virtudes, se censuran acremente los vicios y las hipocresías, los odios y las cobardías sociales, las ambiciones desmedidas, las vanidades, los orgullos, todas las plagas de una sociedad materialista, de conciencia muda que no escucha las querellas del triste, ni las lamentaciones desgarradoras de los que han menester pan, amor y justicia.

El novelista incipiente sugestionado, plausiblemente sugestionado por las páginas de Ricardo León ("Amor de los amores", "Alcalá de los zegríes"); por Dickens (aventuras tristísimas de pobres huérfanos y abandonados); por Alarcón (amores dolorosos y desgraciados), ha buscado en la vida aldeana no las tan decantadas costumbres patriarcales, rebosantes de felicidad y de pureza, de fraternidad y de hidalguía, sino las burdas miserias, que los poetas bucólicos niegan; las ignorancias y las maldades que existen entre las gentes campesinas, halagadas por quienes no se han atrevido a censurar sus egoísmos...

Junto a estas sombras brilla un rayo de luz; una flor hermosa entre los "argomales"; una verdad profunda entre tanta mentira; una nota de sinceridad entre el caudal odioso de los convencionalismos: el amor.

El indiano rico, lleno de años y de alifafes; la moza que desprecia las necias pretensiones del ricacho por el amor de un "albarquero"; los padres ambiciosos que se oponen a aquel amor ante los caudales del indiano; la huída de los jóvenes enamorados una noche de invierno, cuando cae la nieve y se desbordan los torrentes de la serranía y cantan los rondadores que van a la "jila"...

Todas estas escenas, admirablemente dibujadas, llenas de emociones, son lo suficiente para que Eduardo Díaz, autor de la novela, se sienta satisfecho de su labor, animándose a proseguir, en tierras americanas, cultivando el costumbrismo montañés, para el que está admirablemente preparado.

A fuer de sinceros hemos de consignar que en la obrita hemos encontrado algunos defectos, el más importante de los cuales es no adaptarse en todos los diálogos al lenguaje montañés.

Máculas son éstas muy disculpables, que el joven escritor irá corrigiendo en nuevas producciones, para mayor perfección y belleza de su obra literaria, con la que seguramente obtendrá envidiables éxitos.

Nuestra felicitación.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 27-XI-1925.

52.—LA MUERTE DE UN POETA. SUS PESADUMBRES Y SUS PRESEN-TIMIENTOS

Un buen día, cuando el invierno montañes ponía en las cumbres las primeras nieves, abandonó el mozo su tierra natal. El optimismo y la fe, la ambición y la alegría, dulcísimas sensaciones de los espíritus sanos y robustos, le acompañaron en su marcha por la tierra y por el mar, como evidentes promesas de un porvenir felicísimo en el que la gloria y la fortuna le brindaran sus fecundos dones.

Allá, envuelta en niebla, perdida entre las montañas, quedaba la aldea, aquella aldea donde nacieron sus primeros deseos y sus primeras ansias de remontar el vuelo en busca de nidos más amplios en el bullicio del mundo.

Pasaron algunos años. Aquel mozo de pura cepa montañesa, con todos los vicios y todas las virtudes de la raza, aventurero y luchador, discretamente osado sin dejar de ser tímido, aunque parezca paradójico, atenazado por las melancólicas "saudades" del terruño, experimentando reciamente esos sentimientos dulces y amargos que engendra el recuerdo del hogar lejano, de los padres amantísimos, de la mujer en que se puso la primera mirada de amor, quiso buscar consuelo a aquellas atormentadoras nostalgias.

Y fue poeta, un poeta exquisito, de imaginación poderosa, de sentimientos profundos, inspirado en las cosas de su tierra, en los amores, en las miserias, en los prejuicios, en los "feudalismos aparceros", donde había sentido el primer impulso de rebeldía ante la ignorancia y las injusticias sociales, más copiosas y tremendas en la campiña que en la ciudad...

De su cerebro brotaron acusaciones tan evidentes como atrevidas, censuras valientes y enérgicas, piedades dulcísimas, devociones rayanas en el más puro misticismo, melancolías hondas, querellas sentimentales, aderazadas con penas y con lágrimas ardientes...

Hoy nos llegó la tristísima noticia. El mozo montañés que puso en la lucha raudales de fe y de sacrificio, que supo peregrinar por el mundo dejando en el camino pedazos de alma, ha muerto, cuando se acercaba el día de regresar a sus lares.

José María Díaz, mi amigo del alma, compañero inolvidable en mis andanzas por los caminos de la Montaña, ha expirado en América, cuando la victoria le acariciaba y sus versos cincelados y su prosa castellanísima le prometían triunfos y fama...

Ya lo dijo el pobre poeta en uno de sus trabajos más bellos y sentimentales: "Cuando pienso que puedo morir lejos, muy lejos de mi pueblo, siento la amargura más infinita y más cruel. Y ese perseguidor presentimiento no me abandona. Es como una pesadumbre inmensa, como un castigo a mis pecados y a mis amibiciones morales. Si llega ese momento tremendo...; pobre casuca mía, a la vera de la "castañalera", pobres viejucos del alma, encorvados y tristes, que no podrán cerrar mis ojos, ni limpiar de mi frente el sudor de la agonía!"

La labor literaria de José María Díaz mereció el aplauso sincero de la crítica. Incipiente aún en los menesteres literarios, su personalidad, se iba formando apresuradamente, con caracteres intensos y bellísimos. Las composiciones poéticas, en las que se cuidaba más el fondo que la forma, tenían lo que más debe estimarse en el verso: la sinceridad, el sentimiento y la valentía. La prosa sencilla y netamente castellana, vigorosa y elocuente.

Sin filosofías obtusas y trasnochadas ni pretensiones necias, rindiendo culto a la modestia y a la sinceridad, escribió el malogrado poeta cuentos admirables en los que, casi siempre, se condenaba alguna plaga social, algún convencionalismo o alguna infamia.

Su presentimiento se cumplió como una fatídica profecía...

"Cuando pienso que puedo morir lejos, muy lejos de mi pueblo..."

¡Pobre José María! Sus padres no cerraron sus ojos, ni consolaron con sus besos el espanto de la agonía... Era la pesadumbre más infinita de su existencia.

MANUEL LLANO

Jean Bertheroy, el exquisito novelista, con su obra "El coloso de Rodas", recientemente traducida al castellano por Aurelio Díaz de Freijo, ha aumentado con una nueva y valiosa joya el tesoro inapreciable de la literatura antigua. Rodas, la esposa del Sol, los bosques maravillosos de Filermo, el país de los encantamientos, la bella Telquinia, de pintorescas riberas, han hecho sentir al novelista, enamorado de aquellas voluptuosidades y de aquella civilización, delicadas sensaciones, profundo sentimiento, exteriorizados en una peregrina leyenda de amor y de muerte.

Comienza la novela cuando la ciudad, rebosante de orgullo, celebraba su aniversario y las "viudas custodias", en el templo de Hércules, mantenían el fuego perpetuo en medio de ardientes invocaciones y de himnos litúrgicos.

Bertheroy, que demuestra un profundo conocimiento de las costumbres de Rodas, "adormecida con la fragancia de las rosas, vuelta la faz de sus viejas ciudades hacia Oriente", describe maravillosamente las escenas religiosas del templo, en el callado Aleyón, las angustias y las felicidades de las "viudas custodias" que llevaban en el alma una herida secreta, el misterio y la belleza de los cánticos y de las plegarias, la armonía del cielo y del mar, la paz de la mansión del dios zodiacal, la actividad asombrosa de los arsenales...

Más tarde nace el amor "más fuerte que la muerte"; un amor heroico, infinito como la dulzura que cubría la tierra de Rodas en el misterio de la noche.

Sikes, preocupado por la predicción de un pilluelo talquino, y Lysa, la hermosa viuda custodia, comienza a tejer sus amores en el puerto de los perfumes, donde desembarcan, procedentes de la Siria, las esencias para las fiestas religiosas.

La sacerdotisa, envuelta en ligera exómida, es de una hermosura peregrina. Siente anhelos de ventura y de amor igual que Sikes.

Los enamorados, llenos de dulcísimas exaltaciones interiores, transfigurados por la felicidad, reúnense, para mantener su secreto amor, en parajes extraviados de la isla y en la antigua capital de Lindo, abandonada y desierta, "donde los rodios de los tiempos heroicos habían celebrado sus fastos y sus victorias".

Llegó la fiesta de las Quilidonias. Los niños cantan de puerta en puerta, y el mirto exhala su perfume bajo las sandalias de los viandantes.

El cantar tradicional se escucha en las calles adornadas:

"¡Han vuelto las golondrinas! ¡Han vuelto las golondrinas!

Han hallado sus antiguos nidos y han dado comienzo a sus amores. Han ocultado sus hijuelos en los huecos de las piedras, bajo las gárgolas y los aleros de los templos..."

El novelista describe estas fiestas del amor deliciosamente.

Sikes y Lysa pasean por el bosque de lentiscos y de teberintos, colmados de felicidad, envueltos en la fragancia de las rosas.

Mamurah, judía hermosísima y de poderosas influencias en la gloriosa Rodas, enamórase de Sikes profundamente.

Un día Mamurah y Sikes navegan hacia las riberas de Tiro, seducido el joven por la hermosura de la judía. Una traición hace que el amante de Lysa emprenda aquel largo viaje. Mientras tanto la "viuda custodia" conservaba viva la fe en su amor, sin guardar rencor al amante ausente. Pasó el tiempo, en medio de crueles pesadumbres, para la desventurada Lysa, que consúmese en el Aleyón hostigada por el dolor.

Enterada del regreso de Sikes quiere huir del templo y correr en su busca al Arsenal. Después de largas horas de inquietudes huye del templo, al anochecer, cuando sus compañeras salmodiaban el himno a Heracles.

Llegó al Arsenal; pentró en las galerías atestadas de armas, buscando las habitaciones de Sikes...

Poco después un obrero, creyendo que era un espía, tronchaba el delicado cuerpo de un hachazo...

El novelista ha puesto en esta preciosa leyenda primitiva inestimables hermosuras literarias. Además de las bellas escenas sentimentales, amorosas y dulces tiene momentos de intensa emoción, como cuando Sikes encuentra el cadáver de su amada.

Las costumbres de aquella época están magistralmente pintadas. El florecimiento de Rodas, los fantásticos sacrificios de sangre, las creencias arraigadas en el alma de las muchedumbres, los fanatismos religiosos pasan ante nuestros ojos con sus voluptuosidades y sus misterios.

Las páginas de "El coloso de Rodas" tienen emanaciones de granos de incienso, lágrimas de mirra y de cinamono cogido en las montañas de Aram para arder en el altar de Heracles...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 7-V-1926.

En la calleja, cuando el invierno está en lo más intenso de su crudeza y cae la nieve y azota la cellisca y la niebla densa envuelve a la aldea y a la montaña, nos hemos encontrado con tío Nel.

Es un viejuco venerable, alegre no obstante sus pesadumbres y sus privaciones, ingenuo como un niño, hidalgo como un señor de casona y de escudo en la portalada...

Tío Nel frisa en los ochenta años. El tiempo, con sus amarguras y con sus fatigas, con sus dolores y con sus trabajos, ha dejado en el nobilísimo rostro profundas huellas. Sus manos débiles y temblorosas aún manejan el hacha y la azuela, la lezna y el mazo, el dalle y la azada.

El castigo injusto más tremendo de los pobres viejos de mi tierra es trajinar cuando se acercan a la muerte, con más ardor y con más insistencia que nunca. Después de la implacable jornada, llena de sudores y de impaciencias, en las postrimerías de una vida consagrada al cultivo del campo, se acentúa reciamente el trabajo en vez de limpiarse el sudor y descansar a la sombra de un árbol, viendo cómo "respingan" los nietos y cómo laboran los hijos en la heredad.

El viejo con quien nos hemos encontrado en la angosta calleja, en lo más crudo del invierno, tiritando de frío y quién sabe si de hambre, guarda sus penas y aguanta sus lágrimas, retuerce sus sufrimientos heroicamente, oculta sus desengaños y ríe aparentando felicidad.

Son las pruebas más grandes de cariño que tiene para sus hijos, las más profundas, las más dolorosas, las más tristes.

Para ocultar al mundo los desprecios canallas de sus hijos y de sus nueras bromea y ríe, cuenta picardías a los mozos, dice flores a las muchachas y hasta canta en la "corralá" cuando "entaruga" unas albarcas, hace el mango de un dalle o pone pinos a un rastrillo.

En la soledad de su cuartucho miserable, el más oscuro de la casa, transformóse el semblante y solloza. Desaparece la risa, se quiebra el cantar y la honda tristeza de aquel corazón se exterioriza en lágrimas desgarradoras.

Si alguna vez, por vuestra desventura, escuchais las querellas de uno de estos ancianos, huérfanos de todo amparo sincero y noble; si os cuenta sus tristezas y sus desilusiones; si os habla de sus penas y de sus desesperanzas en una confidencia amarga como la hiel, sentiréis en la conciencia el grito misterioso de una rebeldía violenta contra las farsas humanas, un recio impulso de castigo para los hijos malos, una sacudida del espíritu ante ingratitudes tan miserables; y más tarde, cuando pasa la cólera de la indignación y el an-

ciano termina su poema de dolor y de sacrificio, lloraréis como hemos llorado nosotros, aguijoneados por el cruel pensamiento de que algún día nuestros padres puedan recorrer el mismo calvario, desamparados y menospreciados por una sociedad que abandona a los niños y a los ancianos.

Tío Nel es el criado de sus hijos, el zagal de sus nietos, el recadista de sus nueras, el pastor, el leñador. Hace los menesteres más bajos y más penosos, toma la leche en la tarreña más desportillada, come la borona más dura, duerme en la peor cama, siega los prados más pindios, carga con el mayor garrote, se alimenta muchas veces con los "fisanes" que sobran, mientras los hijos se refocilan con hartazgos de puchera y de pulientas; anea a los "críos", amarrados en el escanillo, limpia el establo y cultiva el huerto y el agreo.

Cuando el descanso hace más falta y el sosiego de la vida es lo más anhelado y las fuerzas mueren y el ánimo decae, es cuando los viejos de mi tierra laboran tremendamente, desde que Dios amanece hasta que llega la noche y es apacentada la recilla en los rediles.

Muchas veces, cuando el malaventurado viejecito siente la flaqueza y no puede con la labor, se escuchan en las ennegrecidas cocinas, en las cuadras o en los "estragales" frases como esta:

—Demoniu de viejuciu. Pa zampar güena juerza tien. Estaba mejor en el asilu y no estorbando como un trastu inútil...

La vejez necesita de los mimos y de las caricias prodigadas en la infancia. Los ancianos agradecen más una frase cariñosa del hijo, una caricia del nieto inocente, una delicadeza de las mujeres de sus hijos que los más exquisitos manjares y más lujosas comodidades.

Ya que en la borrascosa juventud les hemos dado sufrimientos enormes, arrepintámonos y consolémoslos con mimos y caricias a falta de regalos materiales.

¡Si nosotros pudiéramos borrar con los más grandes sacrificios lo que hemos hecho llorar a nuestros padres!

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 20-V-1926.

55.—DOS NOVELISTAS. FERNANDO ROBLES Y LUIGI MOTTA

"A la sombra de Alá"

Fernando Robles, el joven literato mejicano, ha escrito su primera novela. Después de recorrer la mayor parte del mundo ha llegado a Madrid, y en la corte española, como queriendo rendir un tributo de cariño a la madre de su país, ha hecho una de las novelas más interesantes, y más bellas de estos últimos años. No es, como dice muy bien el culto prologuista de la obra, el estilo de Robles el pulquérrimo y anatemático de los novelistas franceses de fines del siglo XIX; no es el estilo plástico, sanguíneo y nervioso de los literatos rusos, ni el limpio de Galdós, ni el castizo de Ricardo León, ni el desgarbado de Pío Baroja; es un estilo retórico, cerebral, detallista, excesivamente cuidadoso de la minucia y de la metáfora. Es el estilo de los literatos franceses herederos de Proust, con la resonancia y brillantez de la prosa castellana

Fernando Robles, en "A la sombra de Alá", nos cuenta de manera peregrina, diversas costumbres árabes, rebosantes de voluptuosidad, de amor, de misterio y de sacrificio.

Un joven, amigo de los viajes y de las aventuras, llega un buen día a Argel, al barrio de Mustafá. Un narrador de cuentos, que pretende descender de una santa familia de "marabús", le sirve de guía en la ciudad.

El escritor hace una descripción preciosa de la ciudad árabe. Las tiendas, las figuras pálidas de los mercaderes, inmovilizadas ante las páginas amarillentas del Korán; las músicas nostálgicas y tristes de los cafés moros; las fiestas de las callejas de Casbah; la honda poesía de los cementerios del Islam, adonde van un día cada semana las mujeres de los harenes para recordar a sus parientes muertos.

En "El-Kettar" (cementerio), el joven aventurero se enamora locamente de una mujercita árabe, que desapareció apenas fue vista por el extranjero.

Comienza una penosa peregrinación por los barrios de la ciudad en busca de la amada. La nostalgia del Oriente se apodera de su espíritu, dejando en su alma todos los deseos de los grandes amores, todas las ansias de las inmensidades...

Por fin, un día, después de profundas melancolías, encuentra a la mujercita de "El-Kettar", comenzando a tejer un amor inextinguible.

Llegó el día de los esponsales. En un luminar de Mezquita se celebra la ceremonia.

Un "meddah" entona una canción lánguida y triste, que dice de una historia de amor vivida a la sombra de la Alhambra de Granada.

Fernando Robles describe la ceremonia árabe con sus más insignificantes detalles, lo mismo que el hogar de los nuevos esposos, en la falda de una colina, que desciende hasta el mar "como en una cascada de nieve".

Leila, que es el nombre de la hermosa muchachita árabe, comienza una vida feliz, llena de encantos y de venturas, hasta que una supertición le hace

caer en profunda melancolía. Un "djinn", enorme gato negro que vio junto al brocal del pozo, puso un paréntesis en su felicidad.

Para los árabes los "djinns" son anuncios de malaventuras y de infelicidades, que no pueden evitarse ni con las fumigaciones de benjui.

Para hacerla olvidar la aparición del rencoroso diablillo, el esposo la lleva al pueblo donde nació, junto a una montaña de gigantes cresterías.

Poco después se cumple el presentimiento de la mora, que muere trágicamente, lejos del amado.

Este es, en resumen, el asunto de "A la sombra de Alá". El novelista, que demuestra una erudición extraordinaria en costumbres árabes, ha adornado su obra con capítulos preciosos, como "El mago", "El mercado" y "El niño abandonado", rebosante de emociones y de sorpresas dolorosísimas.

"El Faro de la isla de las gaviotas"

Con "A la sombra de Alá" hemos recibido, editada por la Casa Maucci, de Barcelona, la interesantísima novela de viajes y de aventuras "El faro de la isla de las gaviotas", del capitán Luigi Motta.

Este escritor, que sigue la orientación de Julio Verne y de Emilio Salgari, ha puesto en esa obra los rasgos más fuertes de su ingenio, escribiendo páginas hermosas de emoción y de ciencia, peregrinamente hermanadas.

Este género literario, tan poco cultivado actualmente es, a la vez que un consuelo espiritual y un bellísimo deleite, un elemento eficacísimo de estudios geográficos, botánicos y zoológicos.

La juventud, para quien están escritas las novelas del capitán Motta, encontrará en "El faro de la isla de las gaviotas" una preciosa descripción de la Florida, con sus selvas vírgenes de formidable vegetación; pedazos de historia española de la época de los descubrimientos; costumbres pintorescas de los seminolas y otra multitud de conocimientos interesantes y curiosos para quienes, plausiblemente, desean fortalecer su cultura.

La trama novelesca de esta obra es de una moral profunda.

El amor, un amor grande y heroico, bellamente novelado, nos hace experimentar agradabilísimas sensaciones, honradas y puras: la ambición extremada, la gratitud, la lealtad, el sacrificio, el triunfo de las almas generosas sobre los egoísmos emocionantes, peligros tremendos...

He aquí cuanto está reconcentrado en esta producción del capitán Motta, donde el amor canta un himno triunfal y el odio domeñado se arrepiente al fin en una renunciación devota.

MANUEL LLANO

56.—POESÍA ANDALUZA. EL ALMA MORA Y LAS AURORAS DE MO-GRAR

Los escritores pesimistas afirman que la poesía española, en sus diversos géneros, ha llegado a una lamentable decadencia. Y al hacer tan atrevida afirmación profetizan que esa decadencia se irá acentuando hasta que llegue un día en que dejemos de oir las dulcísimas notas de la lira castellana, rotas sus cuerdas por falta de hábiles tañedores.

Los que tal aseguran, envueltos con el negro y morboso pesimismo, que todo lo envenena y corrompe, no ven o no quieren ver las hermosas flores que brotan actualmente en nuestro fecundo vergel. Con el pretexto de su amor a lo clásico, al romanticismo del siglo pasado, a las recias notas del bello Romancero, base y cuna de nuestra poesía, rompen airados contra una supuesta degeneración que aun no ha empezado a iniciarse.

La injusta severidad de esa crítica que niega todo mérito a la mayor parte de los poetas del siglo XX, se hace pedazos ante la verdad, que abre todos los caminos y quebranta todas las censuras. Y la verdad nos dice con su elocuencia y con su energía que esa decadencia y esa degeneración, que el pesimismo quiere hacernos ver, no existe ni puede existir.

La introducción de "ultraísmos" en la poesía castellana no significa que ésta haya perdido sonoridad ni sentimiento. Aun conserva el exquisito gusto de la solera; el sentimentalismo y la picardía, el sollozo y la risa, el donaire y la elegancia, la sal y la pimienta, el amor y el dolor...

Este optimismo, ¡bendito optimismo que todo lo alegra y hermosea!, se ha robustecido con un peregrino libro que acabamos de leer, de Rafael Alberti, cantor elocuentísimo de Andalucía.

Se ha inspirado en la musa popular. Solamente el poeta andaluz —dice Fernán Gómez en bellísima frase— borracho de auroras de Mograr, ha logrado tanto.

Unicamente el exquisito poeta árabe Federico García Lorca ha llegado en su canto a tan bella melodía.

¡Qué hondo sentimiento, qué inefable ternura ha puesto Alberti en sus poemas!

¡Ay, Miramelindo, mira qué estrellita tan galana suspira que te suspira peinándose a tu ventana! —Miramelindo, mi amor, mírame qué linda soy, mira qué roja color me puse por verte hoy.

El cantar de cuna ha encontrado un amoroso cultivador en Alberti. Los versos, de una sencillez encantadora, dicen de cariño de madre, de sonrisas infantiles, de alegrías íntimas, de cuidados amantísimos, de ingenuidades preciosas. La canción de cuna, con todos sus encantos, con su amor profundo, con sus devociones y con sus ternuras brota del númen del poeta andaluz como un alivio y una caricia:

La cabra te va a traer un cabritillo de nieve para que juegues con él. Si te chupas el dedito no te traerá la cabra su cabritillo.

¡Qué hermosa y consoladora ingenuidad! Junto al cantar de cuna, nace la elegia, la tristísima elegia al niño muerto en el mar:

> Flotadora va en el viento la sonrisa amortajada de su rostro. ¡Qué lamento el de la noche cerrada!

¿Y el cantar popular de su tierra, inspirado en el amar?

...Y ya están los esteros rezumando azul de mar. ¡Dejadme ser, salineros, granitos de salinar!

Alberti ha ofrendado su inspiración a los mares andaluces, "llorando en él el alma mora de su tierra".

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 11-VI-1926, (Vid. n.º 86),

57.—CAMINOS DE LA MONTAÑA. LAS BRUJERÍAS DE "LA CASA DEL ALMA"

T :

Pues sí, señor. Aquel invernal semiderruído, rodeado de corpulentos nogales, estaba embrujado, completamente embrujado.

Una bofetada recia, un coscorrón, un azote, un pellizco, un tirón de orejas, una "castaña", era lo menos que podía suceder a quien después de la media noche osara pasar por las cercanías del invernal los días de aquelarre.

"La casa del alma" era la enorme pesadilla de pastores, guardas y leñadores, que se veían obligados a guarecerse de la tormenta bajo los árboles, en las proximidades del invernal hechizado.

Ni los consejos prudentísimos de los clérigos del valle, ni las advertencias razonables de los indianos "leídos", ni las censuras de las personas de calidad que robustecieron su entendimiento lejos del "humo de las boronas", ni las burlas del sacristán, remolón y pícaro como el de "Casta de hidalgos", lograron que los pacíficos y bonachones habitantes de Manzanea dieran al traste con su fantástica y medrosa creencia.

En aquella casa, escondida entre los nogales, se bailaban las espantosas danzas de la brujería, se oían lamentos que partían los corazones, gritos agudísimos de mujeres histéricas, sollozos desconsoladores, interjecciones rotundas, carcajadas nerviosas, cánticos solemnes de melodía sentimental, reyertas espeluznantes, exclamaciones sonoras...

Y a través de las rendijas del "boquerón" del pajar, se percibía una lucecilla débil, como de fuego fatuo, de luciérnaga o de "mariposa", que a estas tres cosas se asemejaba, según afirmaciones de quienes, valentones y decididos, llegaron a trescientos metros, aproximadamente, de "La casa del alma" con sendas palancas y ramos de laurel, como defensa poderosísima contra todos los embrujamientos y satanismos habidos y por haber.

"El suspiro de Manzanea", periodicuco trimestral fundado por un jándalo que aprendió a leer en Cádiz poco antes de regresar a la Montaña, ponía el grito en el cielo en defensa de los que creían en los acaecimientos extraordinarios del invernal.

"Es verdad —decía— que existen brujas, saludadores, anjanas, aparecidos y hechiceros. Como es verdad que es malo nombrar a la bicha, dar vuelta a las sillas, manchar las paredes con tinta, romper un vaso con agua o un plato con carne de cordero cruda, llamar lindos a los niños, tirar a un gato de las orejas, cortarse con un vidrio, llamar madre a la suegra, casarse o empe-

zar cualquier trabajo en martes, dormir con camiseta de color, resbalar en el cementerio, llorar entre una y tres de la madrugada, imitar el ladrar del perro, rascarse la oreja izquierda o la rodilla del mismo lado, romper un espejo, etc., etc., etc...

"Yo —continuaba diciendo el articulista de "El suspiro de Manzanea"—, defensor de los campesinos, comparto sus opiniones y digo como si me estuviera muriendo, agonizando o expirando, que tienen razón. "Vos pupli, vos Deu", que dice un refrán".

 Π

Salimos de Manzanea para hurtar nuestro espíritu al estruendo de las discusiones y encarnizadas polémicas que amenazaban teñir de sangre las aguas del río y de los arroyos.

Para que los lectores se den cuenta aproximada, nada más que aproximada, de lo peligrosísimo de la situación, manifestaremos, como pruebas sólidas e indudables, que tío Tasio arrojó furiosamente un escarpín al rostro de su media costilla, que pertenecía al bando (en minoría) de los incrédulos, y Rogelión, el cabrero, como venganza más que africana, tuvo una hora sin pacer a una cabra del que dirigía el movimiento contrario a su opinión.

Muchos años hacía que la superstición campesina miraba recelosamente a aquella casona, donde díz que un vaquero, movido por los fieros impulsos de una espantosa venganza, había dado muerte alevosamente, a golpes de guadaña, a su amo y señor.

Desde entonces las noches de tormenta, cuando la nieve y el granizo azotaban furiosamente las viejas paredes del invernal, se escuchaban enternecedores y apagados lamentos que erizaban los cabellos y encogían el corazón.

El alma del asesinado vagaba por los ámbitos del establo y del pajar, dando testaradas contra las pesebreras, quejándose desgerradoramente, pidiendo perdón para sus pecados...

La fuerza de la costumbre, que nos familiariza con las cosas más extraordinarias y peregrinas, hizo que los medrosos habitantes de Manzanea no pararan mientes en las tristísimas querellas del alma castigada a llorar sus cuitas en las lobregueces del invernal aquel...

Pero hacía unos días que a las lamentaciones del alma habían sucedido gritos horribles, sollozos, danzas, carcajadas, voces roncas e imperiosas, risas de felicidad, acentos de amargura, parlar dulce de mujeres...

Indudablemente tenían razón los vecinos de Manzanea y "El suspiro",

de ídem; el invernal estaba embrujado, completamente embrujado, como la "Casa de tócame-Roque"...

III

Al fin y a la postre se aclaró el misterio. Así me lo dijo en una luenga carta tío Mesio, el "trovaor" más "agudu" y "salau" del valle:

"Ya no oímos lo que oíamos en el invernalón. Los gritíos, los lloriqueos y las vozonas han finiquitau. Pue pasase por cercuca de la casa, mesmamente que por una calleja de Manzanea. El chascu ha síu sonau. Ni había brujas, ni se jacían hechicerías, ni lloraban las almas en pena, ni parlaban mujeres. Lo sucedíu jaz reir a la persona más entristecía. Jaz tiempu llegaron a Manzanea unos probes cómicos y cómicas que jacían comedias en las boleras de tos los pueblos de la contorná. Como las posás escasean, unos estaban en unas tabernas y otros en otras, y no podían ensayar las comedias como no lo jicieran en daque bolera. Buscando los mis pobres sitiu onde ajuntase, alcontraron "La casa del alma" y toas las noches iban al invernalón pa jacer los ensayos onde la gente no los estorbara. Los gritíos, las risas, los lloriqueos, las vozonas eran de las comedias y no de brujas, ni de almas, ni de hichiceros. Dígole que la cosa ha síu soná, soná de tó...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 26-VI-1926.

58.—CAMINOS DE LA MONTAÑA... LOS CARROS DE TIERRA VENCEN AL AMOR

Ι

El amor es lo de menos. Lo único, lo principal, lo más eficaz, lo más contundente y lo más necesario son los intereses.

 ${}^{\dagger}V$ áyase enhoramala el amor con sus zalemas, con sus carantoñas y con sus sentimentalismos!

Las parejas de bueyes, los carros de tierra, los agreos, los huertos, la "recilla" y los castañares valen más que todos los amores del mundo.

El cariño es lo secundario, los preterido, lo despreciable, lo que carece de valor y de mérito.

El amor no es alimento, ni panojas, ni "fisanes", ni vacas, ni ovejas, ni nada que refocile el estómago y sugestione a la ambición.

Los sentimientos del alma es menester retorcerlos y estrangularlos como a las "raposas". La vehemencia del cariño, los romanticismos, las melancolías profundas del amor humano son "lelás" que impiden el trabajo y aletargan los sentidos.

Así piensan la mayor parte de los padres de familia de Barcenuca, en las riberas de un río caudaloso...

El estigma hereditario que odia al amor, lo más consolador y hermoso de la vida, es una herencia sagrada que todos veneran y reverencian como supremo consejo del buen vivir...

TI

Amelia es una moza gentil y "trabajaora". Aguda, "lista como una pimienta", "parlaora" y de "buen aquel", deja que "pele la pava" ante su ventana un mozallón recio, "espabilau", que lo mismo canta una seguidilla de la tierra que hace una albarca, labra una mies o siega un prado.

El rondador, al caer de la tarde, la hora propicia y romántica del amor, dirígese a la ventana de Amelia, feliz y orgulloso como un conquistador.

La moza, "derritiéndose en puras mieles", acepta alborozada el homenaje del labrador apuesto, fuerte como un "cajigo" y noble como un hidalgo de pura cepa.

El amor comienza su plegaria, y la felicidad, como un néctar milagroso que curara todos los dolores y enervera todas las penas, embriaga a aquellos corazones, haciéndoles sentir profundamente los estremecimientos dulcísimos del primer cariño.

Barcenuca, mientras tanto, continúa su vida anodina. La aldea, acariciada por las primeras auras de la primavera, se llena de "rosas sevillanas" y el "cuco" inicia su monótona cantinela en los montes próximos.

HI

Tío Generoso, el padre de Amelia, es un hombrachón fornido. Labrador ricacho y grosero, como todos los pobres de espíritu y de entendimiento, ama sobre todas las cosas del mundo a sus copiosas heredades, las más "tresnadas" del valle.

Ambicioso y miserable, amoutona dineros para acrecentar su hacienda y sus aparceros.

El mozo labrador, enamorado de la hija de tío Generoso, después de muchas cavilaciones y de no pocos sudores, fortalecido por el embrujo de aquellos ojos que le miraban amorosamente prometiéndole venturas inefables, vistióse con los atalajes domingueros y a casa de Amelia fue para formalizar la situación y conseguir legalmente lo que hasta entonces había sido un deleite gustado a hurtadillas.

- —Vengo —dijo el mozo conteniendo a duras penas su enorme impaciencia— a pedirle una cosa que onque es mu grande y mu maja paéceme que la merezco, aunque paezca fantasiosu y...
 - -Tú dirás lo que quieres llevar de la mi casa -interrumpió tío Generoso.
- —Pos no son dineros, ni tierras, ni ná que güela a riqueza ni a hacienda: que yo soy honrau y trabajaor y tengo apegu a la labranza y al ganau. Lo que yo quiero llevar de la su casa es otra cosa que val más que tou el oru y toa la plata del mundo, y toas las tierras y tos los praos; quiero llevarme en güena ley, a la su Amelia; quiérola con tos los sentíos y con toa el alma, como a la mesma vida...

El mozo guardó silencio. En la amplia y ennegrecida cocina la estampa vigorosa del joven semejaba a la de un pecador que espera el perdón y la misericordia.

Tío Generoso sonrió, contemplando el rostro enérgico y hermosamente varonil del enamorado. Diríase que había escuchado con infinita complacencia las palabras del mozo. Este percibió, como un rayo deslumbrante de esperanza, la sonrisa del padre de la amada. La alegría le hizo sentir emociones dulcísimas que besaban su corazón y acariciaban su espíritu. Allí estaba la felicidad con sus ensueños y con sus encantos, con sus risas y con sus cantares, con sus alegrías y con sus venturas.

El viejo quebró el silencio. Sus palabras fueron saliendo lentas, graves, como una sentencia. Duro el semblante y el acento fue rompiendo lentamente, como recreándose en sus determinaciones, las más bellas esperanzas y los anhelos más hondos.

—No pue ser lo que me pides. Es un juegu de críos que no pue llegar a la formalidá. Tu eres probe; la mi hija tien una herencia como ninguna de Barcenuca; cada cual tien que ir con su aquel, sin salise del su caminu. Si tuvieras las heredaes que tien la mi hija santu y güenu; pero es de más calidá la hacienda que el cariñu. Amelia casarase con unu que puea igualala en riqueza; así lo jacen toos los padres, así lo jicieron los mios padres y los mis agüelos. En la vida del matrimoniu no se come cariñu... Jacen falta praos, tierras y ganau...

Se rompió el idilio como se rompen casi todos los que brotan en Barcecenuca, donde el matrimonio, la inmensa mayoría de las veces, no es la fusión de dos amores, sino la unión de intereses, el contrato repugnante que pone cieno donde debían brotar claveles.

Amelia es esposa de un indiano sesentón cargado de dineros y de alifafes. No le ama, no puede amarle. El amor no se compra como una joya.

Lo mismo que hizo tío Generoso, harán Amelia y el mozo que la quiso con sus hijos.

Es un prejuicio de todas las castas de Barcenuca y aledaños que hace odiosa la psicología de aquellos campesinos.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 3-VII-1926.

59.—LITERATURA MONTAÑESA. UN ARTICULISTA QUE TIENE MALA MEMORIA

Recientemente hemos leído un artículo en el que, en breves líneas, se da cuenta de los escritores que actualmente se ocupan de la literatura costumbrista montañesa.

El articulista, que a juzgar por la escasa erudición que de esta materia posee, demuestra no seguir detenida y atentamente el desarrollo de nuestra literatura regional, tiene equívocos y omisiones que es menester aclarar, aunque nada más sea para satisfacción de los preteridos en el trabajo a que aludimos; que las vocaciones para que no se enfríen o se quiebren necesitan de estímulo y de aliento, de alabanzas y de satisfacciones.

Si a un escritor incipiente se le detiene en su jornada con una crítica despiadada, con un comentario crudo o con una omisión lamentable cuando cree sinceramente no mercerla, derrumbaremos, desde aquel punto y hora, sus más dulces ilusiones. Unos, los menos, enriquecidos con la fortaleza espiritual, arma poderoso para vencer en las batallas de la vida, menosprecian la crítica, al comentario o la omisión y continúan su marcha como si en vez de censuras hubieran recibido encomios. Otros, los más, huérfanos de esta fortaleza y de esa despreocupación, acogen la desfavorable crítica con honda

amargura, creyéndose incapaces, fracasados y vencidos, sin fuerzas para proseguir la lucha.

¡Cuántos ingenios se han malogrado —ha dicho un famoso poeta— por encontrar en el noviciado de la literatura las crueles hostilidades de la maldad y de la envidia!

Para evitar estos pecados, el que, como el articulista a que nos referimos, pretenda hacer un estudio de los valores literarios de una provincia, tiene el deber de desposcerse de toda casta de prejuicios, ser sincero en la apreciaciones, honrado en los juicios, justo en los calificativos y, sobre todo, retorcer a la envidia, estrangularla, vencerla y tener como orientación la nobleza y la buena fe.

El que no posea estas últimas cualidades, medrado está si pretende adquirir prestigios y admiraciones con su labor de crítica, siempre negativa.

El artículo que ha inspirado estas líneas tiene para nosotros frases que agradecemos muy de veras; pero esto no impide que salgamos al paso de sus yerros, dejando que la verdad ponga remedio al mal y dé a cada uno lo que, en buena ley, le pertenece.

Dice el articulista que Delfín Fernández y González, el notable costumbrista, no ha escrito más que "Sones de mi valle", colección de escenas montañesas, de relativo mérito.

No vamos a discutir si "Sones de mi valle" tiene o no tiene mérito; pero sí queremos desmentir la afirmación, tan atrevida como desdichada, de que el escritor cabuérnigo no tiene más obras que la citada.

Entre la abundante producción de Fernández y González destaca la interesante novela "El riñón de la Montaña", pletórica de bellezas literarias y psicológicas.

Don Manuel Hoyos, aquel queridísimo amigo nuestro, al que queremos rendir un recuerdo de cariño y de admiración en pago a sus bondades, a sus consejos y a sus exquisitas atenciones en días de pesadumbres y de desamparos, que han dejado huellas en nuestro espíritu, nos decía que "El riñón de la Montaña" era una obra que podía servir como modelo de costumbrismo montañés por la riqueza de los modismos y por su enjundia.

Esto lo afirmaba el que, pese a su excesiva modestia, le considerábamos como el más erudito, como el más inteligente en estos menesteres.

No hace mucho tiempo se ha publicado una novela montañesa, que omite en su estudio (?) el tantas veces aludido articulista que firma con las iniciales R. G. N.

Nos referimos a "Neluca", de don Manuel G. Villegas.

Esta notable obra, genuinamente montañesa, en cada capítulo —como dice muy bien don José María de Cossío— se injerta algún vestigio tradicio-

nal, copla, conseja, superstición, costumbre o fiesta, que convierten el libro en un importante depósito folklórico.

"Neluca" es, a nuestro juicio, la mejor novela montañesa que se ha escrito en estos últimos años, y que aun no es lo bastante conocida por culpa de quienes, no sabemos si por abulia, no han movido sus plumas para decirnos de sus bellezas y de su montañesismo ejemplar.

Don Manuel G. Villegas ha destinado el producto de la venta de su preciosa novela a la suscripción para las obras del nuevo Hospital.

Aparte de los méritos indudables de la interesante obra, que son muchos y muy valiosos, el propósito plausible del culto escritor, es lo suficiente para que los amantes de la literatura cántabra y de la caridad puedan deleitarse y hacer al mismo tiempo una buena obra.

¿Y qué diremos de las obras del notabilísimo novelista don Alfredo de la Garma Baguiola, que tampoco cita R. G. N.?

Estos olvidos, francamente, son intolerables. Es lo mismo que si a un escritor que hiciera una historia de la Literatura española se le olvidaran en el tintero el Arcipreste de Hita o el Marqués de Santillana, pongamos por ejemplo.

Si el articulista quiere documentarse en estas cuestiones de literatura costumbrista montañesa, le recomendamos la lectura de un interesantísimo trabajo publicado en "La Montaña", de la Habana, por el novel escritor Manuel del Val, que sin las fanfarronadas ni pretensiones de R. G. N. ha puesto en su bello artículo raudales de sinceridad y de exactitud.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 10-VII-1926.

60.—UN GRAN POETA MONTAÑÉS. LAS BELLEZAS DE "BRUMA NORTEÑA"

Jesús Cancio es un poeta hondo y sensible, por excelencia marinero, poseedor de dotes naturales y briosas, emotivas como esos cantiles y esas olas que él canta poderosamente.—RICARDO LEÓN.

De todos los poetas montañeses que nos deleitan con sus producciones, es Jesús Cancio el que más intensamente nos ha hecho sentir las dulcísimas emociones del sentimiento y de la devoción. Diríase que este vate ciego, aldeano y marinero, posee como un privilegio divino el misterioso secreto de la voz del océano, que llora, canta y amenaza con tremendos acentos; el agua viva del dolor y de la resignación, la "llama regalada" del sentimiento y de la piedad.

Ya en su primer libro, "Olas y cantiles", se nos mostró con toda la pujanza, con toda la inspiración, con todo el entendimiento de un gran poeta más dado a la naturalidad del concepto, a la robustez del fondo, a la hermosura del pensamiento que a esa gallardía forzada de la forma quebrantada, por fortuna, por los que dieron en llamar "rebeldes" los sacerdotes, más o menos virtuosos, de la poesía española.

Jesús Cancio en sus iniciaciones tuvo el extraordinario acierto de apartarse discretamente de la escuela de los afeites, de los preciosismos hueros, de la fraseología necia por muy escogida que sea, y sin más compañía que su ceguera, su exquisito temperamento y su poderosísima inteligencia, fuese de peregrinación por las costas y los campos de su tierra y halló en el misterio de los mares, con sus tragedias y sus espantos, la cantera fecunda en que otros encontraron la muerte, vencidos y tristes.

Donde muchos encontraron el fracaso y la desilusión de sus vocaciones, este poeta comillano de singular estructura espiritual, encontró el vellocino milagroso, el manantial purísimo, la raíz de la belleza, el suspiro profundo de la amargura, la caricia suavísima que enervara la tremenda pena de no ver la luz...

Por tan anchurso camino anduvo el poeta rodeado de sombras, pero allá en lo recóndito de su espíritu atribulado brilló con fulgar deslumbrante la luz privilegiada de la poesía, que alumbró el sendero de su existencia como una luminaria divina...

Poco a poco, como una aurora felicísima rebosante de hermosuras, el mundo se fue abriendo ante él, apartándole las sombras que entorpecían sus pasos, muriendo la noche con sus tenebrosidades y sus misterios. Y llegó el milagro cuando sus pupilas se apagaron.

Entonces percibió las más singulares hermosuras, los panoramas más encantadores, los paisajes más luminosos y peregrinos... Vio al mar en días de calma y de tormenta; sintió su brisa y su fragor; vio a la "Reina del puerto", a los "Hijos del patrón", al "Cristo de las galernas", "Soles y nieblas", "Las regatas", y oyó, como un consuelo inefable las barcarolas, las coplas de su tierra, las suaves querellas de Silda y de Nel... Más tarde, las brumas norteñas orearon su semblante y le dieron más bríos y más ánimo. Salieron de su numen nuevos versos; flores y claveles, semblanzas, dolores y bellezas, dramas eternos, nocturnos, paisajes otoñales...

Y con esos sazonados frutos de su ingenio editó el poeta "Bruma norte-

ña", uno de los libros más interesantes —ha dicho un ilustre crítico— más hermosos y más perfectos de los que se han escrito en estos últimos años.

Las composiciones del nuevo libro de Jesús Cancio demuestran que la personalidad literaria del vate montañés queda trazada con rasgos enérgicos e imborrables. Su vigorosa inspiración encuentra cada día nuevos motivos para sus cuadros maravillosos. El agotamiento que produce el trabajo y la pena no hacen mella en este temperamento recio y cabal; antes al contrario, parece que su numen, fortalecido por el dolor, busca con santa ambición lo más escondido de la hermosura y del sentimiento...

"Bruma norteña" es todo un conjunto de bellezas, dignas de un gran poeta. "La rosa y el clavel", "El entierro de Chumacero", "El dios de la noche", "Marejada de viento", "La tragedia", "El viejo poeta" y otras muchas composiciones que contiene el nuevo libro, sólo puede hacerlas un poeta de nervio, de extraordinaria delicadeza y de inspiración sana y opulenta.

Este hermoso libro, admirablemente editado, puede afirmarse que contiene la sugestión que sólo son capaces de hacer sentir, no los versificadores con ínfulas de literatos que andan por ahí pregonando su talento, sino los poetas de valía, los poetas verdaderos, los que piensan y los que sienten como este poeta de la villa de los marqueses, al que enviamos nuestra admiración humilde.

LLANO

El Pueblo Cántabro, 7-X-1926.

61.—CAMINOS DE LA MONTAÑA... DONDE NACEN LAS "FLORES SE-VILLANAS"

Hemos estado en la aldea donde nacimos. El suave impulso de los recuerdos, la acariciadora nostalgia de los montes, de las mieses y de los ríos, nos ha hecho dejar la ciudad y escondernos entre aquellas cresterías gigantes, que pronto serán azotadas por las tormentas y las nieves.

La campiña tiene el encantador privilegio de remozar el espíritu; aquellos ambientes purísimos, alimento y salud de nuestra infancia, tienen la virtud inefable de curar nuestra pesadumbre. La ciudad nos abre la herida; la aldea nos la cauteriza.

Diríase que por uno de esos insondables misterios de la Naturaleza, las montañas y los campos poseen el secreto de la felicidad y del optimismo...

Chateaubriand, el gran poeta cristiano, compendiaba y resumía la felicidad de los hombres en una choza en el campo, a la sombra de una palmera y en una mujer hermosa. Víctor Hugo, más ambicioso que el autor de "Los Mártires", deseaba en el más pintoresco de los valles franceses un castillo medieval, muy lejos de París, para pensar y fortalecer su espíritu hasta que cerrara los ojos al mundo...

Urbina no ha cambiado. Las mismas casas, las mismas mieses, las mismas praderías... Desde que Delfín Fernández, el admirado e injustamente olvidado costumbrista, escribió las incomparables páginas de "El riñón de la Montaña", Urbina conserva, como un tesoro inextinguible, la belleza de su tradición, la pureza de sus costumbres, la hermosura peregrina de sus huertas, donde nacen las "flores sevillanas" y los "claveles de la Alpujarra". Por aquel pueblecito, mitad montañés, mitad andaluz por sus flores y por sus rejas, no ha pasado el ábrego abrasador que destruye la tradición y convierte en cenizas los patriarcados y transforma los gustos y los sentimientos.

Allí están, como monumentos eternos, las picardías que tan diestramente nos cuenta Fernández y González; las ingenuidades, los amores, las rondas, las seguidillas, los indianos, el trabajo y la fe. El río Saja continúa su monótono cantar; las "rigueras" cruzan la aldea con rumor de arroyos cristalinos; los carros cargados de leña o de heno cantan quejumbrosamente; se escuchan en los montes los acentos de los bígaros y en la paz augusta de Urbina no falta una copla de amor, ni el cascabeleo alegre de una pandereta, ni el "rosqueo" gentil de un baile castizo.

La vida anodina de los aldcanos es la misma que nosotros vivimos cuando corríamos por las calles y retozábamos en los campos y nos subíamos a los árboles y jugábamos al "cache" y a la "peonza". Las "marzas" y las "deshojas", las "jilas" y los "concejos", no han muerto. Aun se sienten las risas en las viejas y ennegrecidas cocinas, en las noches de invierno; las consejas de los viejos, consejas de amor y de hechicerías; el cantar sentimental de un mozo enamorado; los rezos y las letanías de los ancianos que sienten próximos los pasos de la muerte.

En los ardorosos días estivales, cuando el sol sazona las hierbas, el rumor de las guadañas se mezcla con el cantar de las mozas que rastrillan el heno deshaciendo los lombillos. En el invierno, cuando las aguas turbias de los ríos suenan amenazadoras, cuando el granizo y la nieve penetran por las "troneras", la "jila" desgrana su solaz y lleva a los corazones raudales de júbilo, entre leyendas y canciones.

Breves horas hemos permanecido en Urbina; las suficientes para que las preocupaciones y el nerviosismo de la vida ciudadana acallen su rumor, que transciende a castigo y a odio. Un descanso en la jornada, un consuelo en el dolor, una voz amiga y misericordiosa entre las hostilidades de los pobres de espíritu, una palmera que nos brinde sombra en el desierto es la ambición de los que dotados de excesiva sensibilidad, marchan por los caminos del mundo sin la recia coraza de la despreocupación y de la indiferencia, ante las puñadas y los empujones de "las malas personas"...

Descanso y consuelo es para nosotros esta aldea montañesa, rodeada de alisales y de "nogaleras", de mieses y de prados. En sus angostas callejas hemos encontrado un rayo de felicidad, y en las cresterías de sus montañas la vida nos ha parecido más bella y menos traidora.

LLANO

El Pueblo Cántabro, 14-X-1926.

62.—CAMINOS DE LA MONTAÑA... HABLANDO CON UN POETA QUE NO SABE LEER NI ESCRIBIR

Baldomero Seco y Gutiérrez es un buen poeta; el poeta más original de Cantabria; el que no sabe leer ni escribir, ni ha oído en su vida la palabra soneto. Y sin embargo, es poeta de inspiración, de emociones, de sentimiento, de buenísima ley, como un juglar castellano.

Alto, enjuto, de semblante expresivo con rasgos enérgicos, ojos vivaces y chiquitos y cabellera negra, arrastra su peregrina bohemia por los senderos y pernales de la sierra, tras su rebaño, cantando las seguidillas y las coplas que discurre bajo los robles y las encinas.

Nosotros le conocimos una apacible tarde otoñal, cuando labraba un hermoso palo de acebo, recostado sobre el enorme tronco de una cajiga que le protegía del ábrego que soplaba de la parte del mar.

El zurrón se nos antojó su lira y el "bígaro" un primitivo y tosco tintero donde mojara su pluma. ¡Allí estaba el trovador haciendo primores en la vara y lanzando al aire las sentimentales notas de una canción aldeana:

Los ojos de mi morena ni son chicos ni son grandes...

La copla melodiosa y sentida, como todas las coplas de amor y de pena, nos trajo a la memoria la figura de un hidalgo montañés que, vestido con los pobres atalajes del pastor, hizo cantares y corrió aventuras por los montes, queriendo resucitar las antiguas escenas pastoriles, en un loco afán de bucólico romanticismo.

¡Otro Alonso Quijano, que vivió loco y murió cuerdo!

El pastor rompe su canción y nos mira sorprendido con sus ojillos chiquitines, donde asoman las lumbres del ingenio.

Se incorpora y nos saluda toscamente, pero poniendo en las palabras y en la intención afecto y bondad.

La blusa azul guapamente "pespunteada" es más limpia y más cuidadosamente confeccionada que la de los otros pastores que vimos en el monte. La boina del mismo color que la blusa, la faja encarnada, las albarcas tostadas, tienen una nota de distinción que hacen más interesante la estampa del trovador.

Diríase que la inspiración del poeta influye en su vestidura, limpia y alegre como la "vasca" de una moza cuando cascabelean las panderetas y triscan las tarrañuelas y brotan los cantares inocentes y dichosos...

A las "güenas tardes" del poeta respondemos con un saludo afectuoso y franco.

Pronto el recelo, el simpático y medroso recelo montañés, fue extinguiéndose para dejar paso a las confidencias nobles y sinceras.

Ambicioso como todos los jóvenes que sienten bullir en el corazón las ilusiones y los optimismos, espera con afán el día en que pueda arrojar el "cayado" y el zurrón y convertirse en labrador, la aspiración más acariciadora de su vida.

El pastor es la escoria, lo despreciable, lo que nada vale, lo más ínfimo en la categoría de las actividades campesinas.

El labrador es, para esos seres inferiores en hacienda, el amo y señor de las tierras, cuando la aparcería no hurta los frutos ni los ganados. Ser pastor equivale a ser criado, a vivir una existencia desamparada en los montes y en los campos, a guarecerse de las tormentas en una miserable choza o bajo los árboles, a buscar en la noche la oveja que no volvió al redil...

El que custodia los rebaños y recoge amorosamente los recentales que nacen en la sierra y desciende a los despeñaderos a buscar la oveja caída, es el hombre más desventurado de las aldeas. Las mozas huyen de los requiebros y de las zalamerías de los pastores. La pelliza y el zurrón son símbolos de miseria y de inferioridad. Estos hombres están castigados a no gustar las mieles del amor, ni los encantos de un hogar creado por ellos, ni la relativa comodidad de la vida campesina. Cuando blanquean sus cabellos, y flaquean sus piernas y sienten la enorme fatiga del agotamiento físico, conviértense en

mendigos. Ya no pueden subir a los collados, pero conservan bríos para peregrinar por los valles, pidiendo pan por el amor de Dios...

El trovador montañés nos cuenta su vida.

Fácil de expresión de palabra, vehemente y sentidísima, va desgranando la robusta panoja de sus pesadumbres:

—Jago trovas pa no morime de aburrimientu... Paz que las trovas que discurro tienen el aquel de la alegría de los consuelos. Los mis cantares son entristecíos como el mi alma. ¡El que no ha conocíu la querencia de los padres tien que sentir la malenconía que ajoga y lija como una soga de espinos...

Le hablamos de sus cantares, de sus romances "marceros" de sus "trovas" ingenuas, de lo que han dicho algunos periódicos semanales de su ingenio y de su vida...

- —To eso son lelás —responde crudamente—, leláas de un seminarista que vien conmigo al monte cuando llega por los vacantes. Tío Franciscón el carmuniegu, tío Facio el de Terán, tíu Nisio el de Viaña, jicieron trovas y cantares mu majos. Yo jui sarruján de tíu Nisio, cuando guardó la cabaña de Reneo y apegóme el su aquél de jacer cantares, pero no manda Dios que el seminarista lelucia diga en los papeles que yo soy trovador como Chus el de Comillas...
 - -¿Conoces a Jesús Cancio?, le interrumpimos extrañados.
- —Pero, ¡recontra!, ¿no voy a conocelu? Cuando juí a Comillas a llevar unas vacas pa un señorón de Barcelona, me jice amigu de Chus, pos llevele una carta del médicu, que lu quier muchu. Chus que el mi pobre está mediu ciegu, tratome guapamente, y dióme un libru con las sus coplas... ¡Esas sí que son trovas y no las mías! ¡Caballeros! ¡Qué palabras tan majas, qué guapuras, qué bendiciones de Dios. Me las lee la maestruca cuando junto la recilla... Si ve a Chus dígale de la parte mía que diga de los probes pastores lo que diz de los pescadores...

Ofrecemos cumplir su gratísimo encargo, y continuó hablándonos de sus proyectos. Cuando "pase las quintas" pedirá, en aparcería, algunas tierras, o se quedará en la ciudad.

Buscará un empleo y aprenderá a leer y escribir. ¡Entonces sí que jaré trovas!, nos dice el joven con el más inefable de los entusiasmos.

Buscará una mujercita que le quiera. Cuando hace alusión a esta suavísima esperanza, el alma se le sale a los labios y se desborda en ternuras insospechadas.

Después nos recita algunos de sus versos. Son coplas sencillísimas, encantadoramente ingenuas, burdas de estructura, pero delicadas de sentimien-

to. Cantares de baile, cantares de ronda, cantares de pastoreo, donde hay cariños para las ovejas y mimos para los corderucos...

Nos despedimos del singular mozo con el afecto más leal. Al estrechar su mano lo hicimos con admiración y con pesadumbre.

Cuando descendemos al pueblo por la cambera del monte, oímos la voz del pastor poeta que canta el viejo romance:

> Por las calles de Sevilla paseaba un mozo arriero; buen zapato, buena media, buen bolsillo de dinero...

> > LLANO

El Pueblo Cántabro, 21-X-1926.

63.—CUANDO CAIA LA NIEVE. "CLAVELÍN DE MIS AMORES, ROSUCA DE LA MI CASA"...

T

Tío Sebio vio caer sobre su alma, como un peso enorme, la amargura de la miseria y de la desolación. Los días venturosos y rientes de la abundancia, en que los graneros estaban colmados y las alacenas brindaban hartazgos y satisfacciones habían pasado como pasan todas las felicidades de la vida. La nieve de la vejez, la debilidad de los bríos que supieron conquistar los frutos de las mieses, el encorvamiento del cuerpo, las penas que encontraron aposento en su espíritu fueron enervando, como una fiebre intensa, la voluntad de aquel hombre que forjó en la labranza de sus tierras el apacible descanso de la ancianidad.

Un día rindióse ante los fueros inclementes de la naturaleza. El que supo dominar las glebas y pisó los surcos y clavó el arado, como una espada, en las heredades de sus abuelos, viose vencido y maltrecho. La pesadumbre le azotó reciamente, y los graneros y los pajares, los "soberaos" y las arcas fueron perdiendo apresuradamente su esplendor y fortaleza... Venía la miseria con su fatídica corte de amarguras y de pesimismos, con el orgullo de un mensajero de guerra, seguro de la victoria.

Defendiose a las primeras acometidas de su poderoso enemigo; luchó fieramente con aquel gigante que le arrebataba sus caudales y sus mieses;

clamó misericordia cuando el desaliento le ahogaba y al fin humillado cayó vencido un triste día, cuando la nieve comenzó a blanquear los collados y las aguas turbias del río iniciaron la amenazadora canción del invierno. El pobre labrador no recuperó los fértiles campos, ni volvió a sembrar los surcos, ni cargó sus carros con el heno mustio, ni tornó a sentir, como un cantar dulcísimo, el balido de sus ovejas...

ΙĬ

"—He de traete una muñecuca mu maja y lucía, con vestíos de colorines y zapatos relumbrantes como el oru... Traerete también una vasquina de percal blancu, y un pañuelu de seda y un escanillu chicucu pa'que ajorriques a la muñeca... Ya verás que majuras, nena mía, azucena guapa, clavelín de mis amores...

Escuchaba la hermosa nietecita, embelesada y dichosa, las palabras acariciadoras del abuelo. Huérfana apenas abiertos los ojos al mundo, encontró en el hogar de los viejos los mimos y las caricias que llevan a la infancia una felicidad que cree eterna.

Las dulcísimas frases del tío Sebio, que lograba disimular el triste estado de su alma, eran el encanto y la alegría de la niña que soñaba con su muñeca y con su vasquina, con su pañuelo y con su escanillo chiquitín... Veía volver a su abuelo, cargado con aquellas hermosuras que la ofrecía, y en su corazón, como rosas peregrinas, nacieron las primeras ilusiones; esas ilusiones de los niños acariciadas por la mirada de Dios y por las alas de los ángeles.

Cuando vio marchar al abuelo, camino adelante, como un mendigo, sonrió de felicidad...

III

Mendigó por los pueblos montañeses, de puerta en puerta, rebosante de vergüenza y de temor. Bajo los cielos oscuros del invierno, llenos de inclemencias y de amenazas, peregrinó por todos los caminos y por todos los senderos, tiritando de frío y de fatiga.

En las terribles añoranzas de los días apacibles, lloró desconsoladamente, pensando en el hogar frío y desamparado, en la nietecita huérfana que soñaba con sus muñecas y con sus vestidos, en las horas felices pasadas al amor de la lumbre cuando la miseria no había llegado con sus garras crueles a destruir el trabajo de tantos años.

En sus penosas jornadas a través de los montes y de los campos, en sus leves ocios a orilla de los caminos, bajo el techo hospitalario de los humilladeros, meditaba el triste anciano sobre su vida pretérita y futura. De aquellas meditaciones amargas sacó la tristísima consecuencia de que los robles más corpulentos se encorvan al pasar de los años ante los disciplinazos de los huracanes. La voluntad más férrea, los músculos más recios, las vehemencias más intensas, los cerebros más robustos se fatigan en el ocaso de la vida, cuando las lumbres de la juventud hace mucho tiempo que se apagaron, quebrantándose las energías y las fortalezas de la materia.

Tío Sebio fue un trabajador infatigable y egoísta. El laborear incesante le fue agotando lentamente, dejando en los caminos que abría el arado la salud de su cuerpo y el entusiasmo de su alma.

Nunca hombre alguno puso tanto amor y tanta veneración en sus trajines. Más tarde aquel cariño y aquella veneración convirtiéronse en lágrimas y en desazones. Había llegado la hora tremenda en que el hombre, después de apurar los desengaños de la vida, encuéntrase a pocos pasos del fin de la jornada, con el hambre y con el desamparo.

Es la triste odisea de los desheredados de la fortuna, de los que sienten ansias de amor y de justicia, de los que al fin encuentran la muerte en el quicio de una puerta o bajo un árbol, a orilla de los caminos, quemados por el sol o ateridos por el frío.

Aquel labrador montañés, convertido en mendigo cuando blanquearon sus cabellos, sabía de estas tragedias espantosas, que se repetían todos los años cuando la nieve borraba los senderos y las carreteras, y los lobos aullaban feroces en la montaña y en la llanura. El miedo y la desconfianza, compañeros inseparables de los desventurados, fuéronse adueñando de su espíritu. Cuando más se alejaba de su hogar más intensos eran los deseos de tornar a él, con la muñeca y la "vasquina" que habían de hacer saltar de gozo a aquella nena inocente y hermosa que le despidió con una caricia y con un beso. Las ternuras del abuelo infeliz se desbordaron en llanto y en sonrisas y sintió hambre de mimos y consuelos. Quiso descansar de la dura jornada a la vera de la nietecita que le esperaba como un rey mago, cargado de juguetes y de riquezas, y al amanacer salió de la villa, contento y regocijado como si regresara de un viaje de recreo por ciudades populosas.

En sus alforjas, guardados como un tesoro, iban los pobres regalos que habían de alegrar la vida de su azucena, escondida en la aldea, entre montañas y nieblas.

IV

La tormenta desató sus furias y sus estruendos terribles. Nada hay más lúgubre y más espantoso, ni que lleve al ánimo más sobresalto que una de

esas tormentas invernales, en plena sierra, escuchando el rugir constante de los torrentes y los lamentos misteriosos que salen de los bosques, como amenazas coléricas de enemigos gigantes. La naturaleza pródiga y compasiva con el hombre parece advertirle entonces con sus cóleras desenfrenadas, la inmensidad de su poderío y lo eterno de su vida. El clamor del trueno y el resplandor siniestro de las centellas, los quejidos del huracán y los disciplinazos de las celliscas llevan al alma arrepentimientos y enmiendas, que mueren cuando luce el sol y se apaga la grandiosa música de los elementos.

Cuando moría la tarde comenzó a caer la nieve, cubriendo los montes. El peregrino anhelante y cansado apresuró el paso camino del pueblo, que se divisaba próximo, como un asilo y como una esperanza, blancos los tejados y cerradas las troneras. El anciano corrió entonces como en los días de la juventud, mientras la nieve borraba el verdor de la serranía y las rayas de los caminos.

Allí cerquita estaba el descanso y la felicidad. Olvidó sus amarguras y su indigencia. Los copos blancos parecían lluvia de flores que alfombraban los campos y las callejas de la aldea. Eran un renacimiento de su alma dolorida, un despertador alegre de sus ilusiones, un vigoroso rejuvenecer de sus sentidos y de sus fuerzas. ¿Qué le importaban las andanzas de su vida pedigüeña, los desprecios pecadores de los miserables, la pérdida de su hacienda, el errar continuo pidiendo pan por el amor de Dios?

Tras la penosa jornada estaba el oasis que le ofrecía descanso y consuelo en forma de caricias infantiles, las más puras y las más inefables. ¡Qué bella y apacible la existencia al lado de aquella nena inocente y hermosa que, con el encantador embrujo de sus caricias, lograba disipar las hondas penas del anciano!

Cuando le acariciaba tan confortador pensamiento, tocaba a la felicidad, la hacía suya con desbordamientos de vehemencias insospechadas en los años viejos, gustaba sus mieles glotonamente, se embriagaba con su néctar y en aquella resurrección de su vigor espiritual, sentía como una "llama regalada" que purificara su vida, borrando las sombras y las pesadumbres.

V

Un sollozo desgarrador, un grito angustioso de dolores tremendos e inconsolables. Una pena muy honda estrujó su corazón con ensañamiento salvaje, pinchó sus fibras más delicadas, aprisionó la voluntad y llevó al cerebre las brumas espantosas de la locura. Fue una sacudida brutal que conmovió todo su ser y crispó sus nervios como en las inconcebibles tragedias que nacen del amor o del odio. Corrió desaforadamente sobre la nieve, fuera de las veredas, a través de la pradera que le separaba del lugar, y en su cerebro y en su corazón experimentó los fragores de una tormenta horrible, con frialdades y calenturas, aires helados y oleadas de fuego, el restallar formidable de la ilusión ultrajada, los siniestros crujidos de las esperanzas al romperse.

"—Nena, nena mía. Traígote la muñeca y la vasquina, el pañuelucu de seda y el escanillu maju... Ven, lucero de mi vida, caricia de las mis penas, rosuca de la mi casa... ¡No te vaigas, por el amor de Dios!... Ven juntu a mi pa'que yo te quiera y yo te bese en la caruca guapa y en los ojos negros... ¡No te vaigas, no te vaigas!

...

Había visto ante su casa miserable a un grupo de gentes rodeando a una cruz y a unos ciriales.

Poco después la comitiva se puso en marcha, tras un ataud blanco que decía de inocencias y de querubines...

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 8-I-1927.

64.—RESEÑAS BIOGRÁFICAS. EL "QUIJOTE" Y LOS LIBROS DE CA-BALLERÍAS

El notable escritor Eugenio Guzmán, cervantista de pura estirpe y de magnífico criterio en su concienzuda labor de crítica, nos ha deleitado con su nuevo libro "El Quijote y los libros de caballerías", editado recientemente por la Casa Maucci, de Barcelona.

Después del fracaso rotundo de los preceptistas neoclásicos, que se han empeñado bellacamente en "formar una escala como la zoológica, sin tener en cuenta que hay un solo tipo de estructura orgánica en la naturaleza", es una satisfacción inmensa encontrar entre el fárrago de literatura crítica de la obra de Cervantes, una nota altamente sincera, un estudio sencillo, leal y hermosamente inspirado.

Eugenio Guzmán, que ha llevado a cabo una admirable labor de sana y honrada crítica, arremete valientemente contra los preceptistas neoclásicos, desmenuzando sus orientaciones y determinando con claridad meridiana dónde empieza la verdadera crítica y dónde acaba, dónde se inicia la imparcialidad en estas cuestiones y hasta dónde llega la necedad cuando se ignoran

los fundamentos de una materia, como les suecede a muchos desdichados críticos

El escritor, profundamente enamorado de la obra cervantina, sugestionado por sus resplandecientes bellezas y por sus enseñanzas, divide en tres clases a los que se han ocupado del "Quijote": los cervantistas, intérpretes del "Gran libro", que concediendo una exagerada fe a las palabras de Cervantes, sostienen que el "Quijote" es un libro agradable compuesto con el sólo objeto de entretener y alegrar al lector; esoteristas, que ven una intención oculta, diciendo que el "Quijote" es una sátira contra determinadas instituciones de la época; y los impresionistas que se fundan, al interpretar el "Quijote", en hechos, al contrario de los preceptistas que se basan en principios. Se le han olvidado al señor Guzmán, quizás con buenísimo acuerdo, los escritorzuelos pedantes y vacíos que sin haber leído "El ingenioso hidalgo" más de una vez, ocupan tribunas y cátedras lanzando desaforadas barbaridades y desatinos contra la joya más preciada de nuestro tesoro literario.

Y es que la labor de crítica, dificilísima y delicada, no está al alcance de cualquier hombrecillo que salga por ahí, con cédula de ínfima clase en estos menesteres, abarrotado el cerebro, poco consistente, de innovaciones ridículas por muy modernistas que sean.

El autor de este nuevo libro, para llevar a cabo tan interesante obra, lo mismo que Ticknor, Menéndez Pelayo, Asensio, Rodríguez Marín, Pidal y Mon, Pellicer y otros, se ha embriagado en las páginas del "Quijote", analizando sus capítulos y sus pensamientos, sus quimeras y sus realidades, sus intransigencias y sus locuras, sus bondades y sus misericordias; y de estas meditaciones perseverantes y amorosas han salido el acierto y la verdad, peregrinamente hermanados y confundidos. Unamuno es quijotista contemplativo y Guzmán es quijotista militante; así lo demuestra cuando nos da a conocer el propósito que le ha movido a escribir sus admirables ensayos.

No es una demostración literaria, de caracteres graves y campanudos gestos, como la oratoria trasnochada; es una prueba sentida, cuya sinceridad se observa en los párrafos espontáneos y brillantes, en las ideas claras, en los entusiasmos y en las veneraciones que se perciben en toda la obra, en sus anhelos y en sus bellísimas imágenes. El entendimiento y el corazón han dejado en las peregrinas páginas sus más dulces sensaciones, sin necesidad de llevar una gramática en la diestra y un diccionario en la siniestra, como muchos cervantistas que se metieron de rondón en los libros de caballerías. Eugenio Guzmán para llevar al corazón y a la inteligencia de las gentes la grandeza del "Héroe", no combate a los hombres sino a sus errores, recogiendo diversos juicios de los críticos que combate y sacando a la luz el error fundamental de algunos cervantistas modernos.

En el libro a que nos referimos se hace una calurosa defensa del catolicismo del "Quijote", demostrando que no es sólo un libro lleno de hermosos conceptos cristianos, sino que además ha de reputársele como obra ortodoxa y respetuosa con la iglesia.

A nuestro humildísimo juicio el capítulo más interesante de la obra es el dedicado a estudiar el pensamiento del "Quijote". Sin filosofías complicadas ni divagaciones petulantes, va ensartando los conceptos y las apreciaciones con una delicadeza y con una seguridad que ponen de manifiesto su plausible intención al escribir tan sugestivo libro, himno elocuente a las excelsas locuras del caballero andante.

Ramiro de Maeztu en su interesante obra "Don Quijote, don Juan y la Celestina" habla de la decadencia de la primera de estas obras, como reflejo o encarnación de la decadencia española iniciada en la época de Cervantes. La tesis en que fundamenta Maeztu su opinión, es que al tiempo de surgir los ideales tienen que afirmarse en la lucha con otros ideales. Con esto demuestra el notabilísimo escritor, ser uno de los esoteristas más impenitentes.

Eugenio Guzmán, que es un romántico, no precisamente un romántico escolástico, ni melenudo ni llorón, va por distinto camino que Maeztu y demuestra que no existe ni puede existir tal decadencia.

Esto es lo suficiente para que el prestigioso cervantista de estilo exquisitamente depurado, de profundas y copiosas ideas, pueda considerarse plenamente satisfecho de su hermosa labor, pródiga en argumentaciones sólidas y valientes conceptos.

MANUEL LLANG

El Pueblo Cántabro, 29-I-1927.

65.—LOS GRANDES NOVELISTAS. SE PIDE EL PREMIO NOBEL PARA EL ILUSTRE ESCRITOR DON ARMANDO PALACIO VALDÉS

La Asociación de la Prensa de Madrid ha pedido recientemente el Premio Nobel para don Armando Palacio Valdés, el viejecito y simpático escritor que ha llevado a cabo durante medio siglo, una formidable y maravillosa labor literaria.

El acuerdo de los periodistas madrileños es, a la vez que un cariñoso homenaje al maestro, una censura acre para quienes, haciendo necio alarde de intelecto y de cultura, han pretendido oscurecer el glorioso nombre del escritor asturiano con otras candidaturas iniciadas en el siglo XX, y a las que nada tiene que envidiar el genio que creó las bellezas, los sentimientos y las emociones profundas de "La aldea perdida".

Palacio Valdés, el romántico de las pomaradas y de los crepúsculos asturianos, el enamorado de la ría de Avilés en cuyas riberas gustó las mieles de la infancia, el filósofo penetrante y fácil que dice la verdad sin llevar al alma la amargura y la desilusión, no ambiciona premios ni homenajes. Demasiado sabe el patriarca de las letras castellanas que diariamente le tributan, los que se deleitan con sus peregrinas obras, el homenaje más sincero y más valioso: el de la admiración, que sale del espíritu, de lo más íntimo, de lo más hermoso del ser.

No ocurre, afortunadamente, con el Premio Nobel lo que sucede con otros galardones literarios de menor importancia, que se conceden la mayoría de las veces, no respondiendo precisamente a los méritos del pretendiente, sino a la influencia, al favor, a la intriga y a otras artimañas de la misma casta, cuando no a la gratitud obligada como pago de propagandas incesantes, de alabanzas bondadosas e interesadamente prodigadas, o a intercambios de encomio y de reclamos, hábil y galanamente escritos.

En esta ocasión, como siempre que de otorgar el Premio Nobel se trata, el merecimiento y la justicia estrechamente unidos han querido brindar al mundo literario una iniciativa tan plausible como feliz, cual es la de llevar al corazón del eximio escritor español el inefable regocijo del altísimo homenaje; una de esas pruebas de admiración que halagan más intensa y más dulcemente en la vejez que en los años mozos.

El Premio Nobel para Palacio Valdés significa el reconocimiento universal de su poderoso ingenio y la máxima exaltación de su obra, no lo suficientemente propagada por culpa de oposiciones sistemáticas y de prejuicios inconcebibles que dan su fruto a pesar de su sinceridad y de su deleznable fundamento.

Por esta causa, quizás, aunque es doloroso manifestarlo, a este escritor de excepcional imaginación, de castellanísimo temperamento, de extraordinaria valentía para tratar cuestiones delicadísimas sin causar rubor ni vergüenza a los lectores de estrecho criterio, no se le conoce en toda su obra. Algunas de sus hermosas novelas, las más humanas, las más enérgicas, las que más duramente arremeten contra estúpidos convencionalismos e inconfesables hipocresías contra vicios y costumbres que arraigan como semilla mala en ciertas clases sociales, han sido recibidas con encubierta hostilidad, con mal disimulados mohines de desagrado, como recibimos las severas amonestaciones de quienes, revestidos de autoridad y de razón, nos dicen las verdades por

agresivas y amargas que sean, sacando a la luz los defectos y las concupiscencias de nuestro espíritu.

Contra esas hostilidades y contra ese proceder de una minoría intransigente, va la petición de los periodistas madrileños, secundados francamente por otros núcleos importantísimos que ponen por encima de todas las miserias y de todas las reservas el ingenio fecundo y deslumbrador del novelista de Asturias, que como dice el notable escrito de la Asociación de la Prensa madrileña "supo reproducir la vida patria de nuestro suelo; nunca se mezcló en contiendas partidistas; estuvo a toda hora en terrenos donde imperan internos intereses del sentir general; por eso fueron y son sus libros buscados, por placer y deleite, en culto a la belleza, como expresión de las hermosuras del idioma castellano, muestra del poder del talento puesto al servicio de cuanto eleva a los hombres.

LLANO

El Pueblo Cántabro, 16-III-1927.

66.—LOS POETAS MONTAÑESES. UNA INICIATIVA QUE NO DEBE SER OLVIDADA

En una revista de la América española, un escritor de nervio y de poderosa imaginación, hace una acabada semblanza de Jesús Cancio, el poeta dulce y sentimental del mar y de los pescadores, de la costa y de la campiña. La riquísima inspiración de este poeta montañés, el que más nos gusta y al que más admiramos por su sensibilidad, por su melancolía y por su temperamento, es cantada con elocuencia singular por el escritor americano, que ve en las composiciones del vate comillano "un numen robusto y ardiente, sin afectaciones ni morbosidades, dotado de un idealismo encantador, que consuela y purifica como una caricia y como una bendición".

Para nosotros los elogios a este poeta de pura cepa montañesa, retirado en la villa señorial, a solas con su modestia y con la desventura de su ceguera, son otros tantos motivos de orgullo y de satisfacción, como montañeses y como devotos enamorados de los seres y de las cosas que su pluma privilegiada ha cantado.

La alta crítica, toda severidad e intransigencia, ha tenido para este escritor los juicios más gratos y las alabanzas más sinceras; juicios y alabanzas que a otros, consagrados muy prematuramente, han engreído hasta hacerles

caer en el más desdichado de los orgullos y en la soberbia más intolerable.

Como si en su modestia y en su retiro encontrara el más dulce manjar del espíritu, nuestro poeta ha rechazado los homenajes y las manifestaciones estruendosas de la admiración. Norma ejemplar del buen vivir que halaga y acaricia a los corazones que tienen la inefable virtud del renunciamiento de la vanidad y de las ambiciones.

Esta sola cualidad, tan hermosa como extraordinaria, es lo suficiente para colmar de laureles y de encomios a un hombre; pero si a ella se une el triunfo en las artes o en las letras, el reconocimiento unánime del talento o de la virtud, estamos doblemente obligados a premiar tan valiosos merecimientos.

No hacemos estas consideraciones a humo de pajas. Algunos periódicos montañeses pidieron un homenaje para Jesús Cancio; un homenaje sencillo, sin banquetes ni hartazgos, sin desbordamiento de la oratoria, ni exageraciones estúpidas. Era un regalo íntimo de la villa a su poeta. El admirable retrato que Ricardo Bernardo hizo del autor de "Bruma norteña", sería colocado en el salón de sesiones del Municipio de Comillas. La idea fue acogida con el calor y con el cariño que merecen las iniciativas generosas. Se hicieron las primeras gestiones para llevar a cabo el simpático homenaje; el pueblo de Comillas recibió con júbilo la grata nueva, pero a pesar de todas esas explosiones de entusiasmo el proyecto fue una iniciativa teórica que no se ha convertido en realidad, ignoramos por qué causa.

Esto no significa que la feliz iniciativa haya sido olvidada, pero sí que la labor para llevarla a cabo no ha sido rodeada de la actividad que han menester estas demostraciones de cariño y de admiración para los que han sabido destacarse por su inteligencia y por sus méritos.

El Ayuntamiento de la villa de los arzobispos que recogió, según nuestras noticias, la idea de los periódicos y de los admiradores de Jesús Cancio, debe tributar, en nombre del pueblo, ese homenaje a su poeta, sin parar mientes en la modestia de éste ni en las manifestaciones que ha hecho declinando esa prueba de admiración.

De esa manera serán satisfechos los vehementes deseos de los comillanos que tienen en el poeta semiciego, al sentidísimo cantor de sus costumbres, de sus gentes de mar y de sus peregrinas bellezas.

LLANO

El Pueblo Cántabro, 23-III-1927.

67.—ANTE EL CENTENARIO DE BEETHOVEN. LAS LAMENTACIONES DE LOS ESCRITORES PESIMISTAS

El centenario de la muerte de Beethoven, el coloso de la música, es conmemorado como uno de esos acontecimientos gloriosos que dejan señales indelebles en la historia de la humanidad.

En contra de la opinión de los escritores pesimistas, que desde los comienzos del siglo pasado vienen vaticinando, con ingenua insistencia, la muerte del espiritualismo y de la sensibilidad para dejar paso a los apetitos groseros de la materia, se levanta esta manifestación sentimental, este recuerdo grandioso que brota unánime y sincero. Ante este centenario, los sentimientos y la admiración para el que supo expresar las más escondidas sensaciones del alma, hacen una sublime demostración de vitalidad, dejando maltrechas a las profecías del pesimismo enfermo y medroso, que sólo ve sombras y pecados.

El sentimentalismo vive aún, como una merced eterna cada día más rica y privilegiada. En todas las épocas de la historia las transformaciones espirituales de las razas no han logrado apagar esa luz vivísima que nos alumbra y nos conforta. Es un inefable regalo de lo Alto que en vano intentarán menospreciar los hombres. Cuanto más envejece el mundo más vigoroso es el sentimiento y más espléndido el tesoro espiritual, discretamente unido al afán de mejorar de fortuna, a la fiebre intensa de los negocios, a la "desenvoltura" en la acción y en el lenguaje, a todas las manifestaciones de la vida moderna, agitada e inquieta.

La moda femenina y la literatura descaradamente realista y cruda de este siglo, argumentación deleznable de los pesimistas a que aludimos, no significa la pérdida del sentimiento ni de la virtud. Una muchacha con falda corta puede poseer un refinamiento moral más puro y hermoso que las damas que usaban miriñaque y se ruborizaban ante un requiebro un tanto atrevido.

Inmoralidades y costumbres torpes han existido en todos los tiempos sin que por eso se hayan extinguido las luminarias de la virtud y del sano romanticismo.

Los recuerdos sentidísimos a los hombres que nos han emocionado con su arte divino o con sus obras inmortales, recuerdos que afortunadamente se prodigan en este siglo, son el mentís más categórico a las apreciaciones que combatimos.

Hoy es un compositor, mañana será un poeta, otro día un guerrero, un clérigo, un filósofo o un legislador; todos reciben la gratitud honda de las

muchedumbres, y la gratitud es uno dε los sentimientos más generosos y más bellos

Mientras exista este enorme caudal de agradecimiento y perdure el respeto al pasado, no puede ni debe hablarse de decaimientos ni de degeneraciones en lo espiritual. Lo contrario es afrentar inícuamente a una generación que se ha mantenido fuerte y noble a pesar de las vicisitudes inconcebibles que han modificado las fronteras y transformado las legislaciones y removido los cimientos de la vida ciudadana.

Es menester ir contra esos agoreros amargados que se pasan la vida lanzando diatribas intransigentes y hablando de decadencias, de enervamientos de la virtud, de ruinas morales, de la carencia del sentimiento y de la fe.

En el panorama del mundo, en la sociedad actual tan injustamente calificada por esos literatos enfermos, con pujos de moralistas, abunda más lo bueno que lo malo, lo sentimental que lo indiferente, lo virtuoso que lo desvergonzado y lo noble que lo villano.

Lo que sucede es que hay menos prejuicios y más sinceridad. Antes, haciendo alarde de un recato convencional se cometían más infamias y más inmoralidades que ahora, en que las mujeres "se cortan el pelo a lo paje" y los hombres, algunos hombres, gastan pantalones que semejan faldas, sin que pretendamos defender estas extravagancias de la moda.

LLANO

El Pueblo Cántabro, 30-III-1927.

68.—CAMINOS DE LA MONTAÑA. LAS AMBICIONES DEL SARRUJÁN DE JONGAYA

A la vera del viejo invernal, rodeado de cajigas y de castaños corpulentos, nos hemos encontrado con Toño, el sarruján de Jongaya.

Este zagal esmirriado, de rostro morenuco, cabellos sucios y revueltos y ojos negros y vivaces, canta una copla de la tierra, una de esas coplas montañesas, amorosa y sentimental, con dejo de profunda melancolía.

Los ocios en el monte son confortadores paréntesis de felicidad para estos seres humildes, que no saben de las comodidades de la vida ni han visto más tierra que las gigantes montañas que rodean el valle y los puertos adonde van con sus "cabañas" y con sus mastines.

En este limitado horizonte, donde se desenvuelven sus vidas oscuras, per-

ciben los rayos de la felicidad y del amor. Entre los montes, donde crecen los escajales y brillan las luciérnagas y cantan los "miruellos", entre los bosques nemorosos que cantan y amenazan los días de mansedumbre y de tormenta, experimentan, como un singular privilegio de la campiña, sabrosas satisfacciones e inefables consuelos. La sabia y hermosa ley de la compensación espiritual, consuelo y medicina del alma, se manifiesta en estas psicologías claras con más vigor que en las complicaciones de las vidas ciudadanas. Y es que las ambiciones son más modestas, más manso el amor, más puros los afectos, más intensa la resignación, más sentida la fe, más sincera y noble la amistad...

Este mozalbete delgaducho y alegre que canta en las brañas y en los seles mientras pastan sus ganados y sestea el vaquero en la choza miserable que les sirve de albergue, a pesar de sus harapos y de las preocupaciones que llevan a su espíritu la vaca extraviada o el "bello" despeñado, es feliz como un hacendado de vida apacible y conciencia limpia.

No iniciado en la gimnasia de la mente, no comprende que él, pobre barrosquillos azotado por los vientos y las nieves, sirva para otra cosa que para criado de pastores y gañanes. Y con esta convicción de fortísimas raíces de que en vano intentaremos libertarle, sigue cautivo en el limitado horizonte de su valle, lanzando cantares y tocando el "bígaro", "echando parrillas" y peregrinando por la sierra con los pies descalzos y las vestiduras rotas.

Toño, el "sarruján" de Jongaya, esmirriado y simpático, es todo un hombre. Su labor, dura y penosa, con sus miajas de amargura y de desaliento, no pone sombras en la alegría que sale de su corazón, como las expansiones de la felicidad y de la inocencia.

La historia de este muchacho montañés huérfano de las dulzuras inefables del hogar y de los amorosos cuidados que tanto influyen en la formación espiritual del hombre, es feliz y venturosa, aunque parezca peregrino. Las vigilias, las intemperies, los cansancios, las privaciones en vez de enervarle, debilitando su organismo y abatiendo su alma, le dan vigor y ánimo por una de esas paradojas inexplicables que parecen contradecir las leyes de la naturaleza.

A los siete años comenzó su vida de pastor como corderero de Jongaya. Poco después ascendió a ovejero y ahora, cuando apenas ha cumplido los doce años, ha llegado a la categoría de sarruján, tercer grado de esta "profesión" aldeana que se inicia en la guarda de recentales y termina, después de largo aprendizaje, en el "alto cargo" de vaquero.

El sueño más acariciador, la esperanza más íntima de todos los "sarrujanes" montañeses es llegar a becerrero y después a jefe de la "cabaña". Unos, tras muchos años de "mérito", logran su vehemente deseo; otros, los más, se arrepienten en el camino o pierden la vocación ante los disciplinazos del vaquero y las noches frías de los puertos. Toño tiene hondamente arraigada su vocación. Por nada del mundo cambiaría su "porra labrada", su "bígaro" y su zurrón. Estos menesteres del oficio tienen para el pastorcillo el embrujo de las joyas y de las pedrerías. Y el mastín, el enorme perrazo que lucha con el lobo y guarda los ganados, le sirve de amigo y de almohada...

—¡Tengo unas ganas de ser vaqueru! —nos dice Toño con la más dulce de las emociones—; pero no seré como los otros. He de querer a los probes sarrujanes, he de acaricialos y dejalos que duerman a la pampanarrota cuando dénlos muchu que jacer las vacas rebecas y endemoniás. He de jartarlos de torta y lechi pa que se críen recios y siguros como los hijos de los señores... El día que yo sea vaqueru echo a güelu las campanas de Jongaya, onque me dé unos pescozones el señor cura...

Habla el zagal con desbordante entusiasmo. En esta humildísima ambición reconcentra su menguado porvenir. En ella está el triunfo con sus satisfacciones y sus vanidades. Llegar a vaquero representa para él una absoluta reivindicación, el fin de la jornada fatigosa, el descanso, la victoria...

Todos sus pensamientos, todos sus deseos, todos sus entusiasmos infantiles están compendiados en la frase que pronuncia con tanta veneración y energía:

-- ¡Cuando yo sea vaqueru!

Y con esta dulce obsesión, que sería cruel romper, da respingos en las brañas, canta y ríe jubilosamente, exterioriza sus picardías en travesuras inocentes y vive feliz "como los hijos de los señores"...

LT.ANO

El Pueblo Cántabro, 20-IV-1927.

69.—LOS PÍCAROS MODERNOS. UNA PROFESIÓN MUY DIFÍCIL Y COMPLICADA

Un escritor divaga en una revista literaria acerca de la picardía. Y a la vez que tiene frases de censura enérgica para la decadencia de los bríos y entusiasmos de la mayor parte de la juventud, se indigna ante los enormes adelantos de la picardía en sus variadísimos aspectos.

Tiene razón el aludido escritor. Los pícaros, "resultado de la combinación de un estoico con un cínico", abundan extraordinariamente en los tiempos que corremos. Este género de semilla cada día fructifica con más fuerza y con más prodigalidad. Donde quiera nos topamos con estos ciudadanos con estampa de hombres dignos, incapaces, en apariencia, de perseguir a un ratoncillo. En la calle, en las tertulias, en los cafés, raro es el mortal que no haya conocido a uno de estos hombres espiritualmente contrahechos, que se pasan la vida hilvanando picardías para mortificar al prójimo...

La picardía moderna, "menos donosa y pintoresca que la antigua, pero más sagaz y advertida", cuenta con profusión de elementos para desenvolverse. Antaño el pícaro no lograba salir de un radio de acción reducido y mezquino. Hogaño, ensanchados los horizontes y robustecida la audacia y multiplicadas las profesiones propicias para sus habilidades, se libertan de los ambientes en que se inician y alcanzan los privilegios más singulares y poderosos: que esta profesión, más difícil y complicada que lo que muchos suponen, es pródiga en riquezas y en prestigios, aunque parezca paradójico. Ni la carrera más lucrativa, ni el negocio más espléndido, ni la ambición más honradamente orientada alcanzan tan magníficos resultados.

· Cuando las combinaciones y devaneos de la política desataban sus rivalidades y sus enojos en elecciones y Parlamentos llegó la picardía a su más famosa exaltación.

Entonces, como un renacimiento de las malas artes, de las artimañas, de las zancadillas, arrellenáronse en los Congresos no pocos pícaros, vestidos a lo caballero; grave el semblante como los hidalgos de Castilla y capaces de traicionar al lucero del alba, sin el más leve cargo de conciencia.

Maltrecha la picardía clásica, era menester reconstituirla con otra que pusiera ciento y raya a aquella, enriqueciéndola con todos los sistemas y con todos los procedimientos de la época. Y nació otra más robusta, más refinada, más opulenta: la política del caciquismo y de la intriga, la de los "pucherazos" y de los escándalos.

Los otros pícaros, más inferiores y modestos, pasean por las ciudades con trazas de señores serios y acaudalados. En su exterior es difícil observar las complicaciones de sus psicologías. De indumento impecable, dotados de un trato de gentes extraordinariamente exquisito, andan a la caza de muchachas con dote, de tontos a quienes desplumar, de bellacos placenteros al engaño, de usureros a quienes servir, de degenerados a quienes proporcionar placeres absurdos y repugnantes.

Antiguamente los pícaros eran mozos de rufianes, pinches de cocina, traficantes de almadrabas, grumetes de la carrera de Indias, esportilleros de Sevilla, mochileros, vendedores de aguardiente, mozos de labradores, lazarillos, buscones, bachilleres.

Hoy son parásitos y aduladores, truhanes cínicos, "mercaderes trashu-

mantes", comerciantes de honras, cazadores de dotes y herencias, calaveras ricachos, falsificadores... Escondidos en su apócrifa condición social son socios de Círculos y Ateneos, de sociedades benéficas, ostentan títulos académicos y penetran en los hogares dignos lo mismo que en los burdeles.

Estos pícaros de ahora son más peligrosos que los de antaño. "Estebanillo González", "El bachiller Trapaza", los de Cervantes, los de las novelas de Fernández y González, de ingenio más sutil y temperamento más recio, eran más piadosos e inofensivos. Aquellos ansiaban el medro como supremo deleite, eran facilísimos al soborno y capaces de vender su alma al diablo.

La picardía actual más inhumana, más feroz, más repulsiva, se agazapa en la hipocresía y en la impunidad, escoge las víctimas con delectación, se recrea con las lágrimas y los sufrimientos de los infelices, hace pedazos las honras y las virtudes y sonríe socarrona y canallescamente cuando se quita los guantes y clava sus uñas en las inocencias y en los sentimientos de los desventurados.

LLANO

El Pueblo Cántabro, 28-IV-1927.

70.—EL HOMENAJE A LA VEJEZ. EL ESPIRITUALISMO NO ALIVIA LOS TORMENTOS DEL HAMBRE

En algunas ciudades españolas, se están organizando homenajes a la vejez. La idea, misericordiosa y noble, nos parece de perlas. No hay ni puede haber un homenaje más dulce y más loable que el que dediquemos a los seres encorvados por los años y las pesadumbres.

La vejez, mezcla de ingenuidades y de experiencias, de mimos y de desengaños, de risas que transcienden a infancia y de lágrimas mansas y desilusionadoras, tiene para nosotros y para todos los que sientan en el espíritu la caricia del sano sentimentalismo, la veneración más rendida y piadosa.

Los ancianos, por galopines, traviesos y fachendosos que hayan sido en la juventud, son buenos e ingenuos cuando, después de los pecados, llega el dolor y el arrepentimiento.

Agotadas las fuerzas y las pujanzas ardientes que impulsaron a la lucha y a la ambición, despedazados los entusiasmos y frías las ilusiones del amor y de la gloria, llegan las profundas melancolías, las crueles nieblas que todo lo envuelven, los copos implacables que hacen más triste y desoladora la vida.

Un rayo de sol, en este panorama de pesares y de amarguras, es la caricia más inefable y el beso más santamente apasionado. Por esto el homenaje a la vejez merece nuestra preferencia y nuestra devoción.

Pero si estos actos han de consistir exclusivamente en cantos de poetas, en oratorias forzadas, en entrega de medallas y de pergaminos y en otras monsergas de esta casta, vaya nuestra repulsa más acre.

El homenaje, entre los olvidados de la fortuna, debe responder a una necesidad. Lo espiritual quizá enerve las penas, pero no alivia los tormentos del hombre. Exteriorizar la admiración con regalos de florecillas, con medallas, con frases muy bonitas y con sonetos hacia quien experimenta los zarpazos de las privaciones, es cruel y antihumano.

¡Quédense los discursos y las alabanzas, las lisonjas y los versos para los que comen "pan a manteles" y tienen mullido lecho y caudales en sus arcas!

Es menester estar en armonía con la realidad y responder francamente a sus naturalísimas exigencias. Lo contrario es burlarse, inconscientemente, de los que han menester de amparo y de pan.

La ancianidad desvalida, la que yace en los hospitales, la que siente, en las casas de misericordia, las horribles nostalgias del hogar destrozado por la miseria, la abandonada por sus hijos, la que anda por esos caminos de Dios cubierta de andrajos, no ansía flores ni admiraciones esencialmente espirituales: quiere protección, abrigo, cariño y un lecho caliente y limpio donde dormir en paz.

Todo lo que se haga en desacuerdo con estas hondas realidades es gastar el tiempo, pero no el dinero, en bellaquerías estúpidas, que sólo sirven para solaz de cuatro vanidosillos que no sienten la caridad ni el amor al prójimo. Nada más fácil ni más cómodo que organizar homenajes cuando no se aflojan los cordones de la bolsa, ni se llama a las puertas del sacrificio, ni se imponen molestias ni cansancios.

Bien venido sea el homenaje a la vejez, pero que no sea análogo al celebrado, no ha mucho tiempo, en una villa castellana en honor de las madres pobres que criaban hijos sanos y robustos. Las pobres mujeres fueron premiadas con una medalla conmemorativa y una flor, en lugar de obsequiarlas con un hatillo para sus criaturas...

"El día en que mis amigos —dijo un poeta— me regalaron una pitillera de oro mis pobres hijos lloraban de hambre..."

LLANO

El Pueblo Cántabro, 5-V-1927.

71.—CAMINOS DE LA MONTAÑA. EL ACONTECIMIENTO EXTRAOR-DINARIO OUE INDIGNÓ A LOS VECINOS DE LLENDEJOSO

Ţ

En aquel pueblo, como en todos los pueblos del mundo, hay honrados y pícaros, bellacos y "merlines", socarrones y gentes de pro, plebeyos e hidalguillos sin hacienda, sacristanes pillos y señoritos de menguada contextura espiritual.

En honor a la verdad hemos de confesar que abunda más lo malo que lo bueno. El segador que "atropa" la "toñá" de la "jaza" ajena; la moza garrida que hurta flores en el jardín del vecino; la comadre de rompe y rasga que siembra honras y siembra insidias venenosas; la jovencita envidiosa y remilgada; el mozo pícaro, perseguidor empedernido de doncellas; los ancianos repugnantes que narran a los muchachos aventuras amorosas de la juventud y dicen requiebros a las mozas de buen rejo; los sacristanes que hurtan el aceite y el líquido de las vinajeras...

Esta calaña abundante y traviesa, que pasea las callejas del pueblo en que caímos, por nuestra desventura, es la nota discordante en el pacífico desenvolvimiento aldeano.

No hay día ni noche en que la murmuración no extienda sus redes para hacer presa. Los fríos tentáculos de la envidia escogen las víctimas con supremo regocijo y aprietan furiosos, con rabia, hambrientos de exterminio y de venganza. El odio brota ante el más leve choque. Las rivalidades se desatan, rompen con crueldad la felicidad del prójimo y ríen desaforadamente cuando escuchan lamentos y sollozos.

Como en todas las partes del mundo, lector... En el pueblo aquel, aparte sus miserias y sus cuitas, no sucedió nada extraordinario hasta que un día...

TI

La noticia cayó como una bomba. Las buenas y malas gentes de Llendejoso temblaron de cólera y de indignación. Nunca se unieron tan estrechamente los sentimientos nobles y los plebeyos. En las cocinas, en los mentideros y en las tabernas, se comentó el hecho acaloradamente. Diríase que una profunda conmoción social estaba a punto de transformar radicalmente la vida anodina y mansa de Llendejoso.

Nosotros contemplamos con estupor aquella manifestación popular que

se desbordaba en denuestos y en maldiciones contra el miserable que había osado cometer el desaguisado.

Tío Marcelo nos contó lo sucedido, temblando de coraje.

—Han robau el sobeu de la pareja de güeis del señor cura, en el mesmu corral; el ladrón indinu y canalluca no ha respetau le güenura del probe don Alfonso, que es un benditu de Dios...

TIT

Don Alfonso Lera era un santo varón. Con sus ochenta años a cuestas, a pesar de los alifafes y de las desazones de su larga vida, no había perdido el buen humor de bromista inocente y sano. Los chistes de este clérigo ejemplar, hábil cirujano de las conciencias, eran famosos en Llendejoso y aledaños. Esto no era óbice para que cuando sus feligreses se apartaban de la buena senda, trocara el humorismo por la seriedad y los gracejos por las reprimendas. Don Alfonso Lera tenía la habilidad de hermanar lo festivo con lo serio sin menoscabo de su ministerio y de su virtud resplandeciente.

No sabría muchos latines, ni habría paseado constantemente por el campo de las ciencias, pero conocía "de punta a rabo" los más vastos tratados de la caridad, de la virtud y del amor divino, siendo doctor erudito en estos libros inmensos e inefables, suma y compendio de la sabiduría.

Y así, guapamente, con su eterna sonrisa y con bondad exquisita, gobernaba su diócesis, poniendo remedio a todos sus males y consolando todas las tristezas.

El robo del "sobeo" que desconcertó a Llendejoso no le quitó el sueño ni el apetito. "Era una travesura de algún feligrés rebeco o de algún beodo, que de estar en sus cabales sería incapaz de hurtar un brazao de hierba".

Rechazando la idea de castigo, pero asiéndose con deleite a su peregrino ingenio, pródigo en recursos tan sanos como humorísticos, dio con el modo de llevar la impaciencia y el miedo al ánimo del ladrón...

ΙV

Había terminado la misa mayor.

Atendiendo al ruego de don Alfonso de la Lera, en el pórtico y en sus proximidades esperaban los fieles, que eran todos los vecinos, buenos y malos, de Llendejoso. Reinaba ansiedad y expectación. Se parlaba en voz baja. Los semblantes reflejaban el asombro y la extrañeza...

En la puerta del templo apareció la venerable y nobilísima figura del párroco.

Reinó un silencio profundo. Todos se agruparon alrededor del clérigo llenos de incertidumbre.

Cuando mayor era el silencio y la ansiedad llegó a su sazón, grave el semblante y solemne el ademán dijo el párroco, con voz recia y enérgica, despacio, muy despacio, como recreándose con el estupor que causaban sus palabras:

El que me robó el sobeo él me mira y yo le veo, y si no me le vuelve a casa ya verá lo que le pasa.

Un buen psicólogo hubiera observado que el buen sacerdote hacía sobrehumanos esfuerzos para contener la risa.

Cuando ragresó a la rectoral, después de jugar el acostumbrado partido de bolos, vio en la corralada, colgado de un "estadojo" del carro, el ya famosísimo "sobeo"...

LLANO

El Pueblo Cántabro, 13-V-1927.

72.—POR LA VIUDA DE CURROS ENRÍQUEZ. EL GRITO DESCONSOLA-DOR DEL HAMBRE

Galicia ha respondido al llamamiento de la caridad de una manera espléndida y amorosa. Era la mujer de un gran poeta la que pedía un pedazo de pan y un poco de amparo; mezquinas exigencias para dama de tan altos timbres, que supo de las caricias de la gloria y de las abundancias de un hogar confortable. La pobre anciana, achacosa moral y materialmente, había caído bajo los duros zarpazos de la miseria. La flaqueza de la edad y de las pesadumbres, de los dolores y de las vigilias, disipó rápidamente aquella fortaleza del espíritu que antes la hizo contemplar al mundo con la serenidad y la entereza de las mujeres fuertes y optimistas. Cuando estaba a punto de morir entre las angustias del hambre y las mortificantes tristezas y las desgarradoras nostalgias de una felicidad que huyó, clamó auxilio y fue oída. El grito llegó a Galicia y penetró en todos los corazones como una acusación y como una querella. Fue el grito desconsolador del hambre, la súplica desfa-

lleciente de la amargura sin consuelo, la llamada desesperada de un ser que siente cerca el siniestro paso de la muerte...

Para vergüenza de los que tienen la obligación de evitar estas tremendas tragedias que tantísimos y tan dolorosos descalabros espirituales han ocasionado, la esposa de Curros Enríquez, en un sótano angosto y humilde, de pobrísimo menaje, sin la caricia del sol, vivía los días obscuros de la miseria y del desamparo.

Mientras tanto se levantaban monumentos al poeta, se cubría de flores su tumba, se depositaban coronas en sus estatuas, se publicaban libros ensalzando su numen y sus sentimientos, se hablaba con veneración del cantor de la raza galaica, recordándole cariñosamente.

La pobre viuda, que compartió las alegrías, los triunfos y las desgracias del que inundó de sentimiento y de emoción los "Aires de miña terra" y "A virxen do cristal", ¡que se alimentara con el recuerdo de las glorias fenecidas, con las rimas deliciosas de su marido, con los homenajes que a él le rendían en Juegos Florales, en libros y en discursos...!

Afortunadamente la fuerza arrolladora de la realidad ha despertado las inicuas indiferencias y los olvidos desdichados. La triste anciana tendrá pan y lecho y volverá a ver en su hogar lo que fue desapareciendo para acallar los aguijoneos del hambre, que es la mejor manera de demostrar la devoción por los que han sabido destacarse en cualquier fase de las actividades. Lo contrario es postrarse de hinojos ante el paso del padre y esperar al hijo para abofetearle y escarnecerle.

LLANO

El Pueblo Cántabro, 22-V-1927.

73.—EL PERDÓN. LA MEJOR OBRA DE PÉREZ LUGÍN

"Yo puse en "La Casa de la Troya" el cariño más inmenso a la tierra en que nací. En la "estudiantina", recuerdos amabilísimos de mis años de estudiante y de mis andanzas por Santiago, reconcentré todas mis ilusiones de escritor..."

Así decía Pérez Lugín al año siguiente de haber dado a la estampa "La Casa de la Troya", que tantas satisfacciones y amarguras le ocasionó.

El notabilísimo literato gallego, después de haber exteriorizado en la "Corredoira y la rúa" el hondo cariño que sentía por las costumbres de su tierra,

costumbres ingenuas y amorosas rebosantes de tradición y de "picardía a flor de piel", quiso remontar más alto su vuelo, hacer una labor más sólida y perfecta, crear con los valiosos materiales que recogió en sus tiempos de estudiante, una novela sanamente realista con personajes de carne y hueso, en que lo pícaro y lo sentimental, la burla y la compasión, el ruido y el silencio, el amor y el sacrificio fueran las más dulces inspiraciones y los hechizos más sugestivos y encantadores.

De este ferviente deseo nació "La Casa de la Troya". Pérez Lugín se presentaba en la hermosísima obra como un novelista cabal, psicólogo y humorista, sentimental y burlón, que supo hermanar el ludibrio con la misericordia sin menoscabo de la trama ingeniosa y dulce, himno a la juventud y al amor.

Acusado de una usurpación ignominiosa que acalló en su espíritu la alegría del triunfo y la gratísima sensación que produce el aplauso de la crítica, estuvo a punto de romper su pluma y de "retirarse a un lugar ignorado hasta que la verdad se abriera camino y resplandeciera para confusión y castigo de los que pusieron el tormento de la calumnia en su camino".

Sus enemigos le acusaron con ensañamiento cruelísimo en tribunas y periódicos, llevando la duda y el recelo a no pocos admiradores del insigne escritor. La calumnia, hija de la envidia y del rencor, hizo trizas el contento de aquel hombre, amargado en la plenitud del triunfo por los acibares de la afrenta.

En los primeros días del escándalo refúgiase en el hogar, lleno de pesadumbre y de vergüenza. Ni los consuelos de los amigos leales, más amigos y más buenos en las horas de tribulación y desconsuelo; ni las defensas acaloradas y cariñosas de algunos periodistas que salieron, valientemente, al encuentro de los que a grandes voces llamábanle usurpador y desaprensivo; ni las manifestaciones de admiración de personas de calidad y de prestigio en las letras, fueron suficiente para enervar aquella dolorosísima desazón que le postró en el lecho, enfermo y triste.

Pérez Lugín, que no poseía el atrevimiento arrollador de los luchadores, huérfano como todos los enfermos del espíritu, de la osadía necesaria para responder violentamente a las insistentes acusaciones de que se le hacía víctima, tomó la determinación de dejar que la calumnia siguiera tejiendo sus negras fantasías y que fuera lo que Dios quisiera...

Pero un día, cuando más ruidosos eran los fragores de aquella tormenta que amenazaba destruir toda su obra literaria, reaccionó a fuerza de meditaciones, y se lanzó a la calle, erguido, sonriente, como quien no tiene ningún cargo de conciencia ni le asustan las provocaciones ni los retos, ni experimenta el disgusto de ver dibujados en el rostro los temores que delatan la culpa o el remordimiento.

Con la fuerza poderosísima de la razón, capaz de quebrantar los obstáculos más enormes y de esclavizar las voluntades más intransigentes y recias, se defendió de los ataques violentísimos, destrozó una argumentación deleznable y cruel, y al fin y a la postre resplandeció la verdad y la justicia que tornaron a su espíritu la calma y la satisfacción, que le acompañaron hasta la muerte.

El fin, misericordioso y nobilísimo, de aquella campaña difamatoria, está en las siguientes líneas que copiamos de un periódico gallego:

"El abogado don Prudencio Santis ha presentado un escrito en la Audiencia en nombre de la viuda de Pérez Lugín, declarando que éste, en el momento de morir, perdonó a todos los que le ofendieron, perjudicándole.

En vista de ello, la viuda se cree en el caso de declarar públicamente que su esposo perdonó al periodista que le acusó de haber usurpado la paternidad de "La Casa de la Troya", cuyo periodista cumple condena de tres años y ocho meses, impuesta por la Audiencia y que ahora será puesto en libertad a consecuencia del escrito de perdón presentado."

¡He aquí la mejor obra del insigne escritor!

LIANO

El Pueblo Cántabro, 10-VI-1927.

74.—CUANDO LLEGA LA DICHA

Ţ

Habían repicado recio las campanas de Quivierga. Una vez al año, una sola vez, se desbordaba la esplendidez en los yantares, blanqueaban los manteles en las mesas y se interrumpía el trajín en las "maseras".

Las "tarreñas" desportilladas; los burdos cubiertos de madera y la fuentona familiar, descansaban en los vasares, de la brega constante del año.

Habían repicado los majuelos, al amanecer; los "relinchios" de alegría y de optimismo se desbordaron por todas las callejas y por todas las campas; se alfombraron los caminos con flores y hierbas; en los balcones, lucieron al sol, las colchas más preciadas; echaban humo todas las chimeneas y alrededor de la iglesia, en toscos postes de roble, ondeaban banderas y lazos de percal.

Fue una iniciación del día, jubilosa como una victoria o como ventura singular. Escondiéronse los pesimismos y las cuitas ante el monótono cantar de las campanas. Las víctimas de las aparcerías olvidaron las puñadas y los trompicones de la usura; las incertidumbres terribles de la contribución; la libreta manoseada y sucia del tabernero; la mezquindad de las cosechas; el vacío desalentador de los "soberaos".

Las sombras aterradoras que se encuentran en los tortuosos caminos del trabajo; las dudas y los quebrantos; las "maquilas" que hurta el molinero; los ramos de panojas diestramente aderezados que cayeron en las descomunales talegas de los acreedores, no ponían nubecillas de inquietud en las gentes de Quivierga.

Paréntesis breve y deleznable de felicidad era menester disfrutarle, bañarse en sus aguas purificadoras, rendir honor a tan alto privilegio, arrojar los trapos viejos y lucir las vestiduras que huelen a manzanas y limones.

Los miserables en estas fiestas campesinas, con harta pesadumbre y no pocos suspiros, aumentan la sustancia de la "puchera"; los espléndidos despluman las mejores aves del corral; los pobres hurtan los conejos o el gato del vecino y los hidalgos, altivos por resabios de casta, sacrifican un "bello", celebran "saraos" y hacen aspavientos ante las danzas de la juventud labradora, al son de las panderetas adornadas con cintajos y cascabeles.

Quivierga celebraba la fiesta del santo patrón.

En la "campa", las panderetas y las "tarrañuelas", armonizaban "la danza tradicional, elegante y señorial, aunque sea solaz de plebeyos". Las "vascas" de color de rosa; las fajas encarnadas; los delantales blancos, primorosamente ribeteados; las blusas azules; los pañuelos de seda preservando del polvo las hermosísimas cabezas de las muchachas; los requiebros y las coplas pícaras o inocentes, todas las notas típicas de una romería montañesa, en lo más pintoresco de Cantabria...

ΙΙ

Toño, apartado forzosamente de aquel júbilo extraordinario que rompía las penas de los quivierguenses, contemplaba desde la cumbre la estruendosa fiesta.

Hasta él llegaban los cantares y los bullicios de los remeros, y entre la abigarrada multitud creía percibir la "vasca colorá" de Carmela, la más bonita y la más adornada.

Ganas le dieron de correr por la cuesta, saltando los escajales y las "garmas", atravesando los senderos, cruzando el río y la mies y tomar parte en los cantares, y "respingar" con los mozos y parlar con Carmela a la sombra de la encinona secular.

Fue un deseo violentísimo y tenaz que se le agarró a la voluntad fuertemente. El ansia juvenil de amor y felicidad hízole prisionero de sus fantasías y de sus vehemencias. Al ensalmo de las danzas y de las canciones, una ráfaga de rebeldía penetró en su espíritu; pero estas ansias fueron enervándose hasta quedar convertidas en un suavísimo deseo, en una resignación mansa y humilde que puso tristezas donde antes encontrara morada la rebeldía.

¿Quién era él, pobre y mísero cabrero para abandonar el monte y llegar al valle y mezclarse con los muchachos y bailar en la campa y requebrar a las mozas?

Su recreo estaba en la sierra, en las chozas de piedras y terrones que levantaba en los "seles" para guarecerse los días de tormenta; en las orillas de las "canalonas" viendo saltar el agua por los peñascos; en las praderías y en los invernales, en los barrancos y en los bosques. Si alguna vez quiso traspasar aquellos menguados límites, diose cuenta de su impotencia y de su desamparo. ¿Adónde ir con aquella pesadumbre que le mortificaba, con aquella pena que le consumía, con aquella vergüenza que le zarandeaba a su antojo, disciplinándole horriblemente y arrojándole de todos los hogares como un ladrón?

En todas las grandes denventuras no falta el rayo de una esperanza. El peso abrumador de los prejuicios no es suficiente para aplastar el ánimo cuando nace una ilusión y en lo más íntimo del alma se siente la caricia del amor. Toño, que había sentido brotar en su espíritu un cariño profundo y vehemente, asiose a él con todas las fuerzas y con todos los entusiasmos.

La vasca encarnada de Carmela que divisaba en la llanura, como una promesa, le hizo sonreír y cantar. Allí estaba el fin de sus melancolías, el término de una jornada en que no encontró la caridad en ninguna puerta; el comienzo de la victoria...

Un buen día, apenas vino al mundo, apareció sobre un montón de heno en un portal de Quivierga. No conoció los amorosos cuidados de la madre, ni el calorcillo inefable del santo regazo.

Criado por una anciana pobre y achacosa, que se impuso aquella obra misericordiosa, quedó abandonado de nuevo, en plena infancia, con un estigma afrentoso e inicuo.

Desde entonces fue el cabrero de Quivierga.

Pasaron los años más crueles de su orfandad. El niño, esmirriado y endeble, habíase convertido en un mozo fuerte y de apuesta traza, que gustaba las mieles sabrosísimas de un amor escondido en el corazón, como secreto dichoso. Aquella tarde de romería sintió más reciamente que nunca las ansias de mejorar de condición y ser como aquellos jóvenes que retozaban en la "campa", bailaban en el "corro" y regalaban "perdones" a sus novias.

No pretendía correr por el mundo como tantos otros, ni tornar con los arreos y con las opulencias de los indianos, ni tan siquiera hacerse amo y señor de un pedazo de mies donde crecieran los maizales. El vuelo de su imaginación no se remontaba a tan altas ambiciones. Abandonaría el palo y la pelliza vieja y remendada, y el zurrón sucio que le servía de alacena, y de cofre para sus mezquinas "soldadas".

No faltaría un alma buena que le diera en aparcería algunos carros de tierra, una yunta de vacas para el laboreo, un arado, un carro de "estirpia" y un hato de "recilla". Con aquellas para él privilegiadas riquezas, comenzaría una vida de trabajo perseverante y fructífero. Sería labrador, cultivaría la mies con exquisito esmero, haría "carros de leña" en el monte, segaría el áspero "rozo" de las "cuestas" y la hierba de las praderías; iría a las "jilas" y a las "desojas" y bailaría con Carmela en las romerías para dar "salenguana" a los rivales envidiosos.

En aquel venturoso nacer del optimismo no había la más leve sombra de decaimiento. La voluntad robustecida por el amor y la esperanza sentíase capaz de las más difíciles conquistas; de luchar con la vida a brazo partido y de lograr la felicidad aunque se escondicra en las entrañas de la tierra. Entonces, cuando arrojara los bártulos del pastoreo y su "bígaro" dejara de sonar en las brañas y en los pernales, pondría en la ventana de Carmela el ramo del amor, cantando en la primera ronda el romance sentimental de los quereres.

Toño, con aquellos acariciadores pensamientos, miró retador al campo de la romería. Fue una mirada altiva, desdeñosa en la que puso los más íntimos anhelos.

El sol trasponía los nevados picachos de Leroba. Se apagaron los cascabeleos de las panderetas. La "recilla", entre balidos y tintineos de esquilas comenzó el descenso por la cuesta, al barrunto de los apacentaderos...

TIT

- —Quiérote con toa el alma y con tos los sentíos... Paez que una lumbre me quema el corazón cuando te veo tan maja y tan coloraúca...
- —Lelás que se te han pegau dende que andas con los mozos en las rondas y en las jilas. La pobre Carmela no es maja ni colorá ni quier que la jagas burla como si juera una lela.
 - -¡Si no te jago burla, mujer! ¡Si es una verdá honrá y sigura!
 - —¿Creeslo, Toñín?

- —¡Pos no lo voy a creer! ¡Si lo siento aquí adrento y en los sentíos y en los ojos y en el entendimientu y jasta en la mesma sangre! ¡Si el día que no te veo paez que me entran congojas y que me falta el aire y el resuellu...! ¡Dánme unos ajogos cuando no vienes a la lera!
- —¡Virgen la mi madre y qué cosas se te ocurren, Toñín; déjasme alelá con esos decires que has aprendíu desde que dejaste la recilla y dijísteme que me querías con tou el corazón... Paez que ahora tienes otra cara y otru aquel en toa la traza. Se te ha subiu la labranza a la cabeza y na más que discurres mentironas para enrelochame como a una tonta...
- —Dígote la verdá y too lo que siento y tos los pensares y toas las fantesías. Dejé el zurrón y las cabras por esta querencia que te tengo; pa ser como los otros mozos, pa rondate toas las noches y pa jaceme un hombre trabajaor, del que no tengas arreparos ni vergüenza. El cabrero es cosa ruín pa una moza tan lucía y tresná...
- —Cuando hay querer no hay vergüenza ni arreparos, Toñín el míu. Quísete cuando eras criau de toas las casas, y quiérote abora con toa la elusión. Mesmamente te hubiera queríu guardando cabras en las cuestas que sembrando granos en la tierra. Pa el querer no hay arreparos en los rimiendos ni en la probeza...

...

Discretamente, hasta que sazonara el trabajo de Toño y recogiera la primera cosecha de sus tierras en aparcería y adquiriera merecimientos con sus incesantes trajines, el noviazgo permaneció secreto: cosa harto difícil por la indiscreción de los ojos, por las delicadezas y las preferencias en el baile y los rubores al encontrarse en las callejas, en el pórtico de la iglesia o en los senderos de la mies.

Todas las tardes, cuando el "sol de los muertos" ponía tristezas infinitas en la campiña y en la serranía, Toño y Carmela, desgranaban sus idilios en las riberas del río, lejos de las miradas indiscretas y delatadoras de las gentes.

Así florecía el amor con sus dulces inquietudes. Las zalamerías de Carmela, rebosantes de mansedumbre y de ingenuidad, sus palabras de niña inocente, acariciantes y consoladoras, habían obrado un milagro en la psicología medrosa y humilde de aquel mozo; triste jayón montañés, curtido desde el punto y hora de nacer por los helados vientos de un convencionalismo secular y repugnante.

Ya no le importaba su desdichada condición, ni las miradas burlonas de las malas gentes, ni tan siquiera saber de los padres pecadores y crueles que habían renegado de su sangre, arrojándole en un portal, como un lobezno.

El se abriría holgado camino en la vida, de la mano de aquella mujer

que le brindaba compañía y aliento. Trabajaría en las glebas y en las praderías, iría haciendo su nido con la constancia de los pájaros, hierba a hierba, y pondría en sus hijos el amor que él no había conocido. ¡Todo por aquella moza que tenía "en los sentíos y en los ojos y en el entendimiento y en la mesma sangre..."

IV

Habían comenzado a recogerse los frutos espléndidos de la cosecha. Las mazorcas, sazonadas por el ardiente sol del estío, llenaban las "maconas" y las "estirpias", y por las camberas de la mies pasaban los carros de pértiga "cantando" quejumbrosamente, bajo el peso de las panojas.

Las inquietudes de los labradores se vieron recompensadas prodigiosamente. Se cantó en las mieses, como en los días de siega, cuando descienden las "rastrilladoras" de las altas praderías, tocadas con los blancos pañuelos, tostados los rostros por el sol que seca la hierba olorosa de los lombillos. Fueron unos días de gratísima brega para los vecinos de Ouivierga. A las incertidumbres por la inclemencia de las nubes y el temor de las pertinaces seguías, había sucedido un alborozo inmenso. La melancolía profunda de las "segaderas", las seguidillas y los cantares de ronda y de "antruído", salían de las mieses como himnos de prosperidad y de victoria. Irían a los molinos las talegas repletas de granos; no se daría reposo a las "maseras" y a las "planchas" que habían de convertir en sabroso alimento el fruto de los maizales. En los días grises y tristes del invierno, cuando la mortaja de la nieve pone desolación en el valle y en las montañas y arrastra el río aguas turbias, y se cierran las troneras, y braman las canalonas, se desgranarían las mazorcas al amor de la lumbre, alimentando con los "garojos" el fuego confortable que ennegrece las "pusiegas".

Antes, las "desojas" con sus picardías y con su bulliciosa actividad, con sus consejas y con sus "adivinanzas". Después el aderezo de los ramos que adornarían los corredores; más tarde las primeras desgranaduras, los primeros viajes al molino y las primeras maquilas, obsesionante pesadilla de las madres de familia.

La recolección, abundantísima y sana, prometía un invierno feliz. Cuando las tormentas desataran sus fragores y las ramas desnudas de los árboles gimieran al paso de los ventarrones, humearían en las mesas las boronas y las "pulientas", habría "fisanes" en las "trigueras" y calabazas "roteñas" para las "pucheras". No habría miedo a las miradas frías y recelosas de la usura, ni a los embargos cruelísimos que deshacen los hogares. Se llenarían las alacenas y las descomunales arcas...

Toño sacó de sus menguadas aparcerías un producto superior a sus ambiciones. En la blanca casuca, a orillas del camino real, que había arrendado para crear su hogar, fue depositado cariñosamente los frutos de su pedazo de mies. El mismo limpió de malas hierbas la tierra en que había puesto sus esperanzas; abrió los surcos con la reja flamante; majó los "cabones"; se desveló en la sementera; "sayó" y "resayó" los maíces, despuntándolos, más tarde, con suavísimas emociones. Nunca labrador alguno puso en el laboreo más cariños y más exquisiteces.

Cuando la lluvia bienhechora tardaba en saciar la sed de la tierra agrietada, experimentaba el mozo terribles tormentos. Temía ver mustios sus tiernos maíces, aquellos maíces verdes y endebles que habían de convertirse en despreciables "pajones".

¡Qué estremecimientos de alegría y qué "respingos" cuando vio en su casa la enorme "pila" de panojas y en el balcón, puestas al sol, las calabazas y en plena sala los "fisanes", envueltos aún en la áspera cáscara!

El cabrero que había llegado a labrador tras no pocos desfallecimientos y congojas, creyó llegado el día de su completa reinvindicación. Aquella mañana luminosa, bañada de sol, llenóle el corazón de optimismo y de regocijo, ataviándose lindamente con las prendas flamantes mercadas en la villa para tan señalado día. Era menester romper el secreto de sus amores, pedir la autorización de los padres de Carmela, como era costumbre añeja en Quivierga y aledaños, y ofrecer a la moza, a la puerta del "estragal", la rosa de la felicidad, símbolo de cariño y de respeto.

La noticia de aquel noviazgo que había crecido secretamente, a la sombra de los alisales, en las apacibles riberas, causaría enorme sorpresa en el lugar. Derretíase en puras mieles el corazón de Toño presintiendo las miradas envidiosas de los mozos que pretendieron cortejar a Carmela y las exclamaciones de las comadres que veían un buen partido para sus hijos en aquella moza guapa y trabajadora.

¡Verían los habitantes de Quivierga de lo que él era capaz, ayudado por aquella mujercita recia y hacendosa, que tuvo lástima de su tristeza y de su desamparo!

Hecho un brazo de mar, luciendo por primera vez las majas vestiduras que embellecían su gentil estampa dirigióse a casa de Carmela. Las gentes asomadas a los postigos, desde los corredores y desde las solanas y en las puertonas de las corraladas, viéronle pasar retador y altivo, como si tornara de las Indias rico y poderoso.

¿Adónde iría el "jayón" con aquellas guapezas, a lo jaque la boína y una vara en la diestra, como los hijos de los señores?

¿Qué milagro se había obrado en su existencia para mirar a las personas con aquella altivez en vez de bajar los ojos a la tierra, avergonzado y confundido por la incógnita de su origen y por el estigma afrentoso que llevaba en el semblante?

¿Dónde habían ida la humildad y la melancolía, las lágrimas y las pesadumbres, las cobardías y los recelos de aquel muchacho que había dormido en los pajares y se había alimentado con las migajas de todas las mesas?

Estas preguntas se las hacían los asombrados vecinos de Quivierga al paso de Toño en busca de la felicidad y de las regaladas emociones precursoras de la dulce coyunda.

VI

Carmela, ruborosa y llena de incertidumbres, al aproximarse la hora en que Toño había de llamar a su puerta, huyó de la casa y escondióse en la "nogalera" cercana.

Al llegar a la portalada sintió el mozo cómo iba desfalleciendo su voluntad; la inquietud que se apodera del espíritu en los momentos en que ha de decidirse nuestra felicidad o nuestra desgracia.

En un poderosísimo esfuerzo de energía contuvo las aguijoneantes flaquezas del ánimo, retorció violentamente las ligaduras enervadoras que le impedían andar con firmeza y serenidad por la amplia corralada, y como un fugitivo que tiene cerrados a su espalda todos los caminos, siguió adelante, adelante...

- -Yo venía a decirle dos palabras al respetive de un pensar que tengo jaz tiempu metíu en los majines...
- -- Pos tú ridás, Toñu, parla to lo que quieras que si puedu agraciate güena voluntá no me falta pa ello.
- —Pos la cosa es, tíu Nisio, que yo tan trabajador y tan honrau como cualquier mozu de Quivierga, onque paezca fachenda, he cogiu una güena cosecha y onqué tovía la hacienda no es lo recia que yo quisiera, paéceme a mí que el que jaz una macona jaz ciento...
- —La pura verdá, Toñu, la pura verdá. Con una jaza empecé yo y a juerza de fatigas tengo güenos carros de tierra y agreos y praos que son una bendición...
 - -Alégrome de que usté tenga los mesmos pensares que yo. La recilla

está bien pa los viejos y pa los que ponen mala jeta al trabaju... Los mozus tenemos en la labranza el aquel de una vida menos probe y más lucía. Por eso dejé yo la pilliza y agarréme al arau y al dalle con toa la elusión y con toa la juerza.

- —Así jacen los mozos siguros, Toñu. La recilla de jambres y mojaúras y muchas desazones con las españaúras y las rebecuras indinas de las cabras...
- —Pos como le decía —interrumpió el mozo confiado y animado por la amable acogida del padre de Carmela— estoy jartu contentu de la mi cosecha. Tengo una casa probe, pero maja y soleá como un palaciu, y fáltame abora una cosa pa tresnar la hacienda y vivir en paz y en gracia de Dios con el trabaju y el sosiegu...
- -Pa eso semos los vecinos, home; pa ayudamos los unos a los otros. Si yo tengo esa cosa que dices emprestarétela con toa la voluntá.

Las palabras de tío Nisio desbordaron la alegría del jayón. Aquel recibimiento cariñoso, aquellas frases alentadoras le hicieron ver al alcance de su diestra la cegadora perla de la dicha. Los temores y las incertidumbres habían desaparecido rápidamente.

- —Cuantu le agradezco —continuó Toño— la su güenura, tío Nisio. ¡Estoy tan pocu avezau a los favores de las gentes!
- —Tos no semos iguales, muchachu. Hailos que dejan pudrir las panojas en el soberau por no dáselas al vecino o a los probes que llaman a la puerta; pero otros, que no son hacendaos, dan lo que tienen, a güena cuenta.

Toño no quiso prolongar más aquella situación y levantándose del "tajo", poco dueño de sus nervios, dejó salir las palabras lentas y azoradas como si confesara un enorme pecado.

—Pos yo, en finiquitu pa no andar en requilorios, quiero decide la cosa que jazme falta pa seguir alante y llegar onde yo quiero...; Quiero casame con Carmela, que tienme querencia como yo a ella!

Dibujóse el estupor en el moreno semblante de tío Nisio. Levantóse del duro escaño, quedando con los pies clavados en las losas del portal, petrificado, con desencajamientos y livideces intensas, puestos los ojos coléricos en la gallarda figura del mozo. Fue una transformación inconcebible que causó espanto al pobre enamorado. A la hospitalidad que se le había dispensado siguieron las miradas hostiles que enfriaron sus esperanzas y retorcieron sus anhelos. Parecía que un rencor, largo tiempo contenido, habíase desbordado ante una provocación insolente y jactanciosa. Con voz atropellada y dura, inclemente y amenazadora, salieron las afrentas crueles, entre ludibrios y escarnios.

—¡Mi hija la mujer de un jayón!... ¡Vete de la mi casa y que Dios te ampare! De mala casta debes venir pa poner los ojos en las cosas prohibías...

¿Quién eres tú pa decir a las gentes esas pretensiones envenenás?... ¿Quién jué la tu madre? ¿Onde está el apellido que jaz falta pa emparentar con las familias honrás? A nadie niega Nisio los menesteres de la labranza, ni los cuartos, ni un sacu de maíz, ni too lo que le piden como tampocu negaríatelo a tí; pero la mi hija no es para ningún hombre sin apellidu, pa que lo sepas...; Antes quiero vela en el campusantu!... Vete por el mundu y encontrarás otra de tu parigual, y si no que Dios te ampare, hermanu... ¡Llama a otra puerta a ver si te reciben con la mesa puesta o con el pinchu de la ahijá!

VII

El golpe durísimo, en pleno corazón, le hizo tambalearse como a un beodo.

Un cauterio aguijoneante, de fuego vivo, le abrasó las entrañas y el cerebro.

Aquellas palabras afrentosas llegaron a sus oídos como una sentencia de muerte. La tempestad de las grandes catástrofes del espíritu comenzó su obra destructora con restallamientos formidables y centellas pavorosas. Fueron arastrados los dulces sentimientos, las íntimas e inefables ambiciones, aquellos suavísimos impulsos que le hicieron fuerte y optimista.

La felicidad que había pretendido ver al alcance de las manos, con sus fantásticas y esplendorosas vestiduras, se alejaba veloz para no tornar jamás a sonreirle.

Corría aquel fantasma delicioso, envuelto en los riquísimos cendales de la alegría, a través de las montañas, perdiéndose tras las cumbres.

Toño le veía marchar llevándose el opulento caudal de sus ilusiones, abandonándole a su negra suerte, sin volver la cabeza para hacerle una promesa aunque fuera engañadora. Ante él desfiló la fantástica procesión de todas las ilusiones que había formado para cuando creara el hogar y la vida tuviera para su alma la recompensa de las cuitas pasadas. Ya no lucían los briales y las sederías de que él las vistiera en su imaginación; ni las ajorcas de oro, ni los cabellos negrísimos y brillantes, ni las túnicas inmaculadas con puntos de plata, ni dejaban tras sí los perfumes embriagadores que le hacían caer en ensueños profundos y maravillosos. Iban entonces con ropajes negros, arrugados y tristes los rostros, blancos los cabellos, apagados los ojos y encorvados los flaquísimos cuerpos. A la vista de aquella comitiva aterradora, que hablaba de lo deleznable de las cosas humanas, rugió la tempestad en su espíritu con ensordecedores lamentos que llegaban a las fibras más ocultas y delicadas. Comenzaron a caer las nieves sobre su alma, haciéndola sentir el frío de la muerte, mientras que por su cerebro pasaban ráfagas de fuego, nublándole la vista y apagándole la razón.

Fríos y calenturas, zozobras y temblores, sudores de agonía y lumbres que le abrasaban lo más sensible y escondido de su ser; escozores mortificantes, estremecimientos y debilidades que le quebrantaban las fuerzas y le enervaban los sentidos.

Cuando más intensas eran aquellas sensaciones y más profundizaban los cauterios corrió por la pedregosa corralada, ciego por la desesperación y los sufrimientos. Una idea de muerte cruzó como una centella por su mente enferma y brumosa. Allá arriba estaba el profundo tajo, el fin de aquellas "lijaduras" que destrozaban sus entrañas, el olvido eterno de sus pesadumbres.

Jadeante, abrasado por la fiebre que enrojecía sus ojos desorbitados, de mirar furioso y espantable como los de un demente, pasó por las callejas corriendo desaforadamente, como un criminal perseguido. Las gentes que le vieron pasar fueron tras él más por curiosidad que por compasión.

Atravesó el pueblo y llegó a la cambera del monte. Hombres, mujeres y niños llamábanle a grandes voces.

Sordo y ciego para cuanto le rodeaba siguió cambera arriba en dirección al profundo tajo, en cuyo fondo se despeñaba el torrente. El ascenso por aquella pindia angostura fué agotando las escasas fuerzas que le quedaban. Ya estaba cerca de la braña donde se abría el despeñadero. Ante la proximidad del tajo que le atraía como un encantamiento sobrenatural, aceleró la marcha y llegó a la cumbre donde había soñado con la felicidad. Abajo rugían las aguas precipitándose por los peñascos, formando espumosos rabiones y cataratas arrolladoras...

Toño no pudo más. Hizo supremos esfuerzos para atravesar el campo y llegar a la espantosa sima, y sintió con más fuerza la tremenda angustia de la congoja, los fríos y las calenturas, los ahogos y los vértigos, cayendo desplomado...

Un grito desgarrador hendió los aires; un lamento de dolor profundo que el eco llevó por la serranía, penetrando en los barrancos y llegando a las alturas.

Por entre la muchedumbre, que corría tras el jayón se abrió paso una mujer que llegó a la braña y se abrazó al inanimado cuerpo del caído. Besó su rostro con inefables ternuras, incorporóle dulce y amorosamente y apretóle contra su pecho con ansias vehementes de cariño infinito...

La emoción hondísima de las escenas desconsoladoras penetró en todos los corazones, abatió las cabezas e hizo que las lágrimas surcaran todos los semblantes.

—¡Toñu, hiju de mis entrañas, perdóname! —Mira cómo te quiero y cómo lloran los ojos de la tu madre... Porque soy tu madre, Toñu, tu madre que abora paga la culpa de la mocedá, cuando la engañaron... La vergüenza

matóme los sentires y me jizo renegar de tí. Pero quiero que tou el mundu sepa que soy tu madre, aunque me aborrezcan los otros hijos y me maltrate el su padre... ¡Toñu, Toñu, hiju de las mis entrañas, perdóname y quiéreme! Iré contigo por toos los caminos y daréte lo que antes te robé...

Los besos encontraron, en el rostro lívido, frialdades aterradoras. El corazón del pobre Toño había dejado de latir.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 18, 22, 23-VI-1927. (Vid. n.º 230).

75.—LA ESTACIÓN DE BIOLOGÍA MARÍTIMA. DATOS INTERESAN-TES DE SU DESENVOLVIMIENTO

La magnífica estación de Biología Marítima de Santander, la más valiosa de España por los elementos de que está dotada y por los trabajos científicos que en ella se llevan a cabo, fué creada el 14 de mayo de 1886, por iniciativa del sabio catedrático montañés don Augusto G. de Linares.

Los importantísimos fines de su creación fueron iniciados de una manera admirable, hasta el extremo de que los periódicos españoles de la época dedicaron preferente y cariñosa atención a la labor biológica que desarrollaban los competentísimos directores de la importante Estación.

El estudio de la fauna y flora de nuestras costas, el incremento que se dió a las colecciones científicas de Museos y Centros de enseñanza, la aplicación de los estudios científicos al mejor desenvolvimiento de las indusrias marítimas nacionales y todas cuantas investigaciones se efectuaron, fueron lo suficientemente interesantes para que el Acuario santanderino adquiriera un muy considerable prestigio que ha ido creciendo a medida que se le fué dotando de elementos y de facilidades para su más perfecto desenvolvimiento.

En la actualidad puede afirmarse, sin que ello tenga el más leve carácter de hipérbole, que la Estación de Biología de Santander es la más importante de España, como verá el lector por los datos que vamos a dar a conocer.

Funcionamiento.—El Laboratorio de la Estación Biológica de nuestra ciudad cuenta con diversos utensilios de recolección, como dragas, mangas, redes especiales y aparatos para determinar la velocidad de las corrientes. Por medio de los utensilios a que nos hemos referido se capturan los peces que han de figurar en los Museos y en los Acuarios de estudio y los que se envían a Universidades Institutos y demás Centros de enseñanza.

Desde que comenzó su funcionamiento este Laboratorio han ampliado en él sus estudios gran número de catedráticos, alumnos de Ciencias naturales y de Medicina, algunos de los cuales ocupan hoy altos puestos en los principales Centros de enseñanza de España. Entre estos figuran los ilustres naturalistas don Lucas Fernández Navarro, don Manuel Cazurro, el catedrático de este Instituto don Orestes Cendrero, los doctores santanderinos señores Quintana, Toca, Lanuza, Santiuste, Fernández Almiñaque, Tánago y otros muchos.

Durante la época de vacaciones es visitadísimo nuestro Museo biológico por profesores extranjeros y por un considerable número de estudiantes que hacen experimentos en los Laboratorios.

A los Centros de enseñanza se les surte de colecciones de animales marinos, cuyo envío se hace completamente gratuíto, a excepción de los gastos de preparación.

Hasta la fecha se han enviado un número crecidísimo de estas colecciones a la América española. Además, desde los Laboratorios de investigación y estudio de la corte y del extranjero se hacen constantes pedidos de ejemplares para los trabajos que en ellos se realizan.

En el último semestre del año 1926 entraron en el Acuario en total 12.820 visitantes y más de 7.600 en lo que va de año.

Depende en la actualidad esta Estación del Instituto Español de Oceanografía, perteneciente a la Dirección general de Pesca.

En el Laboratorio está también la Inspección de Pesca de la costa Norte y el director del Laboratorio tiene el deber de proporcionar a aquella Dirección general los datos estadísticos de la pesca que se captura en el término que comprende la inspección, así como los relativos a embarcaciones dedicadas a las faenas de la mar, artes que emplean, valoración de las mismas, fabricaciones de conservas, etc.

Laboratorios.—Cuenta este Centro con Laboratorios en los que se preparan los animales que han de figurar en las colecciones del Museo.

En la actualidad se están armando debidamente esqueletos de "cachalote", "orca", etc., que por lo exiguo del local han menester colocarse sobre las vitrinas del Museo.

Laboratorio de Química, para los trabajos relacionados con su nombre. Un Laboratorio general, para trabajos diversos, con perfecto equipo de microscopios, microtomos y demás aparatos necesarios.

Laboratorios individuales, recientemente construídos, para director y ayudante, respectivamente.

Otros, también individuales, para personas que realizan estudios en el Centro.

Museo.—En él se guarda una colección bastante completa de especies, que se aumenta poco a poco, de animales conservados en alcohol o disecados, y hace poco se ha instalado una vitrina con gaviotas, también disecadas, y en la sala de Acuarios otra, con una foca recogida en aguas de Suances.

ACUARIOS.—Hay en la actualidad 14 Acuarios y un estanque, en los que se conservan en vivo curiosas especies.

Un patrón de pesca se encarga de la captura de estos animales, ya directamente o ya bajo la dirección, cuando el caso lo requiere, de personal facultativo del Laboratorio, empleándose para ello las tres embarcaciones del Centro: una grande, de vela y motor, "Profesor Linares"; otra de vela y remo, "Petrab" o el bote para las faenas corrientes.

En la calle de Castelar, número 19, primero, se hallan instaladas Dirección, Oficina y Biblioteca, contando ésta con un crecido número de libros científicos.

Como datos interesantes copiamos los siguientes, de una Memoria publicada el año 1926:

En la Biblioteca pueden consultar los naturalistas y personas aficionadas a estos estudios, las Revistas españolas y extranjeras más importantes; las obras relativas a las grandes exploraciones submarinas realizadas por barcos extranjeros, como las referentes a, las expediciones de los barcos "Challenger", "Travailleur" y "Talismán", "Valdivia", etc.; publicaciones de otros Laboratorios biológicos y de varios Centros científicos del extranjero, como las notables monografías de la Estación Zoológica de Nápoles, las de la Estación de Plymouth, las del Laboratorio Arago, de Banyuls sur Mer, y otras; algunas de las obras fundamentales de clasificación y otros muchísimos de los innumerables trabajos aislados de multitud de zoólogos que se consagran al estudio de la Biología Marina.

Contiene la Biblioteca un valioso donativo hecho por S. A. R. el príncipe de Mónaco, en el año 1910, consistente en los 36 tomos espléndidamente editados e ilustrados correspondientes a las importantes publicaciones descriptivas de lo recogido en la serie de campañas científicas realizadas por él a bordo de los yates "Hirondelle", "Princesse Alice I" y "Princesse Alice II" y la admirable "Carta genera batimétrica de los Océanos".

También merecen especial mención las Memorias publicadas por cuenta del Gobierno belga relativas a una parte del material recogido en la expedición antártica realizada en los años de 1907 a 1909 a bordo del "Bélgica" y que fueron donadas por el mismo Gobierno a esta Estación Biológica.

De igual modo han contribuído al enriquecimiento de la Biblioteca otros donativos, entre los que figuran las publicaciones del "Departement of Agriculture and Thechnical Instrucción fer Ireland"; gran parte de los trabajos de "John Schmidt", publicados como consecuencia de las expediciones danesas a bordo del "Thor"; la interesante obra de Oceanografía del doctor Richard, regalada por éste, etc., etc.

Cuenta además la Estación con buen número de aparatos para estudios de Laboratorio; especialmente microscopios de los modelos Zeiss, Verick, Reichert, Koriska y Watson y microscopios de disección: microtones, estufas para inclusión en parafina, cámaras fotográficas, cámaras claras para dibujo, instrumentos para disección y otros múltiples utensilios de índole diversa. Tiene además dispuestos aparatos de microfotografía y proyección con instalación de arco voltaico.

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 1-VII-1927.

76.—NARRACIÓN HISTÓRICA. EL MAYORAZGO QUE FUÉ EN BUSCA DE UN TESORO



Aquel hombre, mayorazgo de una noble familia venida a menos, revolvió todos los archivos del valle, consultó pergaminos de casonas hidalgas, anduvo de ceca en meca para topar con la riqueza y con la felicidad.

La leyenda, aquella leyenda sugestiva y encantadora que se contaba en las cocinas las noches de "jila" había llenado su cerebro de ilusiones y de fantasías; había puesto ante sus ojos, como una visión maravillosa, el secreto para hacerse admirar de las pacíficas gentes de Horcajales.

De las peregrinas tradiciones populares (batallas fieras, amores trágicos, encantamientos engendrados por el odio y por la venganza y apariciones, las noches tormentosas, en los castillos) sacó una consecuencia capaz de saciar sus ambiciones, si la realidad respondía a lo que se contaba de generación en generación, como artículo de fe.

Aquella leyenda misteriosa se le había agarrado al cerebro como una obsesión tenaz. Desde el punto y hora en que vió vacías las talegas de su mayorazgo; en que las aparcerías no le daban los suficientes caudales para llevar con decoro su señorío y mantener la prestancia y el lustre del rancio apellido, entregóse a profundas cavilaciones al embrujo de aquella tradición

que hablaba de tesoros escondidos hacía luengos siglos en las hondas "torcas" de las praderías y en lo más laberíntico de los barrancales.

Los árabes —decía la leyenda— descalabrados y maltrechos en Covadonga, huyeron aterrorizados por los valles astures y cántabros, hasta llegar con sus familias al menguado pueblecito montañés...

Perseguidos por las bravas huestes de don Pelayo, después de leves días de descanso, continuaron su peregrinación a través de los montes, dejando tras sí cuantiosas joyas, que se veían obligados a arrojar en los senderos, cuando no podían esconderlas en las cuevas y en los matorrales, con la esperanza de tornar algún día a recobrarlas.

Viejos cronicones que decían de gloriosas epopeyas: de la pujanza arrolladora de los cristianos; de las desesperaciones de los árabes que vieron derrumbarse una de sus fortalezas más sólidas; de las luchas feroces en que los peñascos y los árboles, arrancados por brazos de hierro, se precipitaban por los despeñaderos y por los barrancos; de amores trágicos entre las hijas de Mahoma y los soldados de Castilla, fueron devorados por el mayorazgo en busca de la verdad que había de poner fin a su ruina y a su pesadumbre.

Pero ni en las rancias crónicas, ni en los pergaminos, ni en las consultas a los eruditos, que le hurtaron parte de sus caudales, ni en las pacienzudas y escrupulosas investigaciones, que llevó a cabo en los archivos de las casas nobles de la contornada, encontró la afirmación de lo que decía la leyenda popular que había oído en las "jilas" y en las deshojas, como un incentivo más a sus ansias de dinero.

Así se le pasó la mocedad en aquellas desconsoladoras correrías de sus ojos y de su imaginación por papelotes carcomidos por la polilla; por aquellos libros de descomunales caracteres, con estampas regocijantes de puro burdas; por viejísimos epistolarios familiares en los que descubrió más de una picardía de las Elviras, Violantes y Rosas de su clara estirpe, digna rival de los Mieres y de los Calderones de altivas divisas y "runflantes" escudos en las portaladas.

 Π

...Hasta que un día, como recompensa a tales sacrificios y desalientos, a fuerza de buscar y rebuscar, de leer y releer, de revolver volúmenes y de interpretar confusas y endiabladas escrituras, dió un grito de triunfo, un grito agudísimo que salió de la severa estancia de la casona y repercutió en las montañas y fue a morir en las lejanías, atravesando alcores y valles... Fue un grito salvaje, frenético que estuvo a punto de dar al traste con la fortaleza de sus pulmones.

Simultaneamente, el mayorazgo de nuestros pecados, "lloraba como un buey", daba respingos sobre el duro entarimado, llamaba a grandes voces a la escasísima servidumbre que compartía sus vigilias y sus timbres. Después, transido por aquellas exteriorizaciones violentísimas de su contento, quedó en éxtasis, como un místico; miró a la alto con arrobos enternecedores; suspiró como un niño después del llanto inconsolable; se le languideció el rostro

"Ya está aquí el secreto —decía el vencedor con acento recio y nervioso-. Ya está aguí la felicidad v el amor de la ingrata, v el acta de diputado y las reverencias y acatamientos de los villanos y las zalamerías de las doncellas ricas y melindrosas y el homenaje de los hacendados necios y orgullo-sos. El mayorazgo de Horcajales alzará pendón y tocará tambor, como sus antepasados: tendrá mesnadas: volverán a brillar sus escudos como la estrella del alba; domeñará al valle con sus riquezas; piafarán los corceles en sus cuadras... Tornaré a rodearme de aquel prístino esplendor que acompañó a mi casta en justas y en torneos, en conquistas y en combates singulares... ¡Bien venida sea esta milagrosa claridad que me ha hecho encontrar el vellocino de oro, relumbrante como una luminaria y cegador como los rayos del sol! Ya estoy en la primera jornada de la victoria... ¡Venid a mí, lacavos miserables; gañanes groseros y mal intencionados; gentes de perversa y villana condición; venid a mis plantas como los esclavos de los jalifas; reve renciadme como a un rajá poderoso... ¡Seré vuestro amo y señor que os amenazará con el restallar de su látigo, con sus jaurías y con sus mazmorras. El feudo, mi holgado feudo, será rescatado de aparcerías y de usureros que han pretendido afrentarme con sus amenazas y con sus ludibrios... Es un amanecer de mi raza, un renacimiento de sus glorias, una providencial recompensa a mis afanes...!".

Y así, derritiéndose en puras mieles, se transportó a los tiempos de la edad media; a los "tributos de las doncellas fermosas"; a las servidumbres humillantes; a los torreones en que sollozaban las cautivas; a los tañedores de guzlas; a las intrigas de los nobles y a las picardías de los villanos...

Aquella imaginación fébril, que soñó siempre con restaurar los derruidos torreones de su solar y con brillar en Cortes y en palacios, y conquistar al mundo ostentando las ejecutorias y los privilegios de su casta, fué tejiendo la idea de un porvenir maravilloso y felicísimo, en que saciara sus más caros antojos y no le ensombrecieran el ánimo las desazones que llevaban a su espíritu las despensas vacías y los yantares míseros y plebeyos.

En aquel pergamino amarillento que había encontrado, para su ventura, entre las hojas de un tomazo húmedo que hablaba de la muerte y de las penas infernales, estaba el robustecimiento de lo que la leyenda decía; la verdad de la tradición en frases enérgicas y categóricas:

Desde que tengo uso de razón he oído a los habitantes del valle de mis mayores que en una de las cuevas que se abren en los gigantescos peñascales del Mediodía, en la situada como a cien varas del único remanso del río, en este lugar y bajo la sombra de una encina corpulenta, hay oculto un tesoro deslumbrante, abandonado por los moros después de la espantosa derrota en las montañas astures; pero nadie había osado ir en busca del tesoro, por añadir la tradición que habían de correrse tremendos peligros.

El tal tesoro consistía en un escanillo de oro desarmado, donde mecieron a uno de los más esforzados caudillos árabes; perlas y zafiros; sortijas y collares".

"Un clérigo que gobernó este lugar luengos años, santo varón lleno de virtudes, de sabidurías y de prudencia, descubrióme el secreto, pidiéndome sigilo sacramental para que la discreción y los impulsos ambiciosos no me hicieran poner las manos en esas riquezas pecadoras, manoseadas por infieles y sacrílegos. El tal clérigo, hombre de muchas letras, en una de sus investigaciones por las grutas de la serranía buscando el tesoro de que hablaba la levenda, topó con un cofre adornado de arabescos, en el fin de la cueva, donde más tenebrosa es la oscuridad. En el tal cofre diz que están encerradas las delicadas piezas del escanillo, equivalentes a muchos millones de reales de vellón. Allí quedó la inagotable riqueza, sumida en eterna noche: que el clérigo, cristiano cabal y temeroso de Dios, no se atrevió a tocar, por su voto de pobreza y por no poner las sagradas manos en contactó con lo que había pertenecido a los enemigos de la Religión; prohibiéndome a mí, bajo pena de excomunión, penetrar en la cueva y hacerme dueño del misterioso cofre. Pero como todos los mortales sentimos de vez en cuando el escozor de la indiscreción y para que no muera conmigo el secreto que confirma en todas sus partes lo que la levenda cuenta, escribo esta confesión para que si con ella topare, por su buena o mala estrella, alguno de mis descendientes hiciera de ella lo que en gana le viniere: que aunque yo he sido medroso para rescetar el cofre, creo que con unos buenos exorcismos, con alguna penitencia no muy fatigosa y con algunos leves duelos en el yantar, amén de sendas limosnas y de un honesto empleo de las riquezas mahometanas, sería perdonado el pecado del egoismo.

A cualquiera de mis descendientes, varón o hembra, que leyere estos renglones, ruégole con el mayor encarecimiento que pida a Dios por mi ánima, para que me perdone este desacato a lo ordenado por uno de sus ministros.—Fernando de los Trigueros y de los Campos. Quinto mes del año de gracia de 1787".

Estuvo a punto de perder el juicio. La alegría, desenfrenada, como corceles salvajes, hizo de su existencia, en aquellas horas, un continuado estremecimiento, que casi alcanzó los rabiosos límites del ataque nervioso, con sus convulsiones y sus espumarajos.

Aquellos anhelos tan perseverantemente acariciados; aquellos deseos de ver su viejo palacio restaurado; recias y magníficas las bardas de su amplia corralada; decoradas las salas con la severidad y la elegancia de tan rancios aposentos; remozada aquella mansión donde vieron la luz los miembros de un linaje hidalgo, de atrevida leyenda en el escudo, caballeros de la espada y de la Cruz que corrieron toda serie de aventuras por los campos de Castilla, enriqueciendo sus prerrogativas y la fama de sus blasones.

Aquellos ricachos llenos de melindres, groserotes o indiscretos como mozos de labor, verían de lo que eran capaz sus bríos y sus talentos, cuando se obrara la metamorfosis y el escanillo desarmado y las ajorcas y los anillos convirtiéranse en moneda del siglo. Entonces habría llegado la placentera ocasión para dar rienda suelta a sus clarividencias y a sus ingeniosas iniciativas en el enmarañado campo de la política; en las complicaciones de los cacicazgos; en las famosísimas y regocijantes polémicas de Congresos y Asambleas; en todas las actividades de la vida ciudadana con sus fobias y con sus concupiscencias. La antigua democracia castellana, en que el señor no perdía su condición ni el siervo osaba quebrantar las ligaduras que le ataban a las glebas o a las almenas, sería su ideal en aquella nueva existencia que Dios le deparaba. Era menester, a toda costa, asentar férreamente los privilegios del señorio, resucitar las prebendas y los favores de las gentes de pro; consolidar eternamente el prestigio de las casas nobles, aunque no descendieran de "la pata del Cid", ni se remontaran a los primeros y nebulosos tiempos de la Historia.

Las libertades modernas, pródigas en morbos y en abrasadoras ráfagas de sensualidad y en refinamientos de la gula, eran una afrenta a la templanza y a la parquedad de los años medievales.

Cuanto más ahondaba en estos pensamientos que sorbíanle el seso y transfiguraban su semblante y ponían lumbres en sus ojos, más fe tenía en aquella peregrina reivindicación que le aguardaba en las entrañas de un cofre centenario, descubierto por un clérigo que no fué amigo de los "vasos de bon vino".

Las vigilias y las desazones, los duelos y los quebrantos, la carencia de palominos para hacer más sabroso el yantar y más fuertes los músculos y más consistente el cerebro, antojábansele entonces méritos extraordinarios, tras los cuales se escondía la abundancia y los frutos sazonadísimos que habían de colmar los desvanes y bodegas de la casona.

A la vieja ama de llaves que le meció en la cuna y le tuvo en el regazo y le hacía carantoñas y retozó con él en la huerta y en las praderías, haríale compartícipe de aquellas copiosas riquezas, haciendo noble su patronímico y enervando la villanía de su familia con buenos doblones y principescas vestiduras. Sedas y holandas, terciopelos y damascos, briales señoriales y todos los perifollos de las damas de alcurnia, rebosarían el arca de aquella mujer que había renunciado a la dulce coyunda por no dejar abandonado al hijo de sus señores.

Y al criado, mezcla de ayuda de cámara, de escudero y de mozo de cuadra, protegeríale por su lealtad y por las vigilias que había sufrido pacientemente, movido por los mismos deseos y por idéntico cariño que el ama de llaves.

IV

Amaneció Dios.

Las gallinas yantaban en las corraladas el sabroso grano; las "recillas", impacientes en los establos, barruntaban la hora en que las puertas se abrieran para ir a las "cuestas" de tiernas y jugosas hierbas, hasta que Venus comenzara su parpadeo y en el valle pusiera melancolías el "el sol de los muertos".

Comenzaron los trajines cotidianos en todas las casas del lugar. El sol, un sol espléndido de estío, asomó su faz de fuego dorando los picachos y los suaves collados.

Salía de las prederías el ruído de los dalles, y las tórtolas, escondidas entre el alto "yerbio", iniciaban su "cantar" inocentón y monótono.

El leve rocío que la noche había dejado en los árboles y en las praderas, comenzaba a evaporarse ante las caricias amorosas de Febo.

Los poetas (también padecía esta plaga el pintoresco valle) sugestionados por aquellas esplendorosas bellezas del nacimiento del día, rimarían sus pensamientos entre suspiros melancólicos y enternecedores. Los sonetos a la alborada, los versos alejandrinos, los endecasílabos elocuentes y sonoros, llenarían las columnas del semanario del valle, llevando sollozos y ternuras a las jóvenes sentimentales que sueñan con príncipes y con trovadores.

Aquella mañana rebosante de luminosidades y de suavísimas emanaciones campestres, se observó un movimiento inusitado en el palacio del mayorazgo.

Ricas alfombras, carcomidas y asendereadas por los años, cubrieron la amplia salona; valiosísimas y adamascadas cortinas; cojines con hilos de plata; tapetes de finísimos encajes; candelabros brillantes; panoplias con

armas enroñecidas; viejas lanzas en los rincones; lebreles de yeso; jarrones y búcaros condores; "armeños"; atributos de nobleza y mullidos divanes con puntas y ribetes de voluptuoso orientalismo; sillones de recia madera, con alto respaldo y duro asiento; todo lo útil, todo lo que aún llevaba decorosamente el peso de la ancianidad, fue transportado a aquella holgada estancia que ardió en fiestas y en saraos en los buenos tiempos de la familia

En el centro de la sala, sobre una vieja mesa de nogal, descansaba el cofre, lleno de herrumbre, tal y como había salido de la cueva, cerrado como un sepulcro.

Allí estaba la gran verdad para confundir a los escépticos y a los bellacos.

Una emoción suprema inundaba el alma del mayorazgo. Sensaciones intensas, jubilosas y embriagadoras iniciaron una danza en lo más escondido del corazón. Bailaron locamente, con contorsiones y retorcimientos de bayaderas indias, la ambición satisfecha, los anhelos logrados, las esperanzas convertidas en realidades. Fue una danza sobrenatural de tremendas voluptuosidades y de frenéticas alegrías que inundó de estruendo su mansa vida interior.

Cuando se extinguió aquel baile misterioso y el silencio y la soledad recobraron sus fueros en el asenderado espíritu, cayó el mayorazgo en una inefable somnolencia que le cerró los ojos, hizo normales las pulsaciones y volvió la color al rostro.

La voz recia de la vieja ama de llaves secóle de aquel gratísimo letargo...

V

El primero en llegar fue don Prudencio de la Cárcoba, hombre de pro, con puntas y ribetes de filósofo, solterón empedernido, grave de semblante y bondadoso de corazón. En su juventud había estudiado leyes en una famosísima Universidad y a la sazón, lleno de achaques y de flaquezas, esperaba la muerte con estoicismo singular.

Poco después llegó Gonzalito de Calderón, atildado, muy peripuesto, con su eterna rosita en el lado del corazón y una descomunal corbata a lo bohemio; don Hilario Gutiérrez, hidalgo de rancia cepa, con su levita dominguera, perfumada de membrillos y de limones, de naftalina y de hierba buena; Patricio del Solar, último miembro de otra casta de hidalgos, de enorme cabeza, barba poblada y desdichadamente revuelta, nariz borbónica, labios gruesos y encendidos, ojos grandes y negros, envidia de doncellas y de damas. Después de andar metido en aventuras por esos mundos de Dios, había to-

mado el acertado acuerdo de tornar a sus lares para vivir, en vagancia perpetua y en paz y en gracia de Dios, con la hacienda que le quedaba; doña Teresita del Campo, melindrosa y asustadiza; don Jorge, su buen padre, militar retirado, de luengos mostachos, frente despejada y mirar amargado; Sinforosa Lera, Alfonsita Martínez, Estanislao Ibio, Manolito Piñares y todas cuantas personas nobles y acomodadas tenían la desgracia de vegetar en el pueblo aquel.

Extrañados hondamente por la inusitada invitación del mayorazgo que encerrado como un príncipe encantado, en su torre de marfil no pecaba precisamente de expansivo con la buena sociedad del lugar, comentaban en el amplio portalón del palacio las frases concisas de la convocatoria que transcendían a misterio.

¿Qué mosca había picado a don Rodrigo para hacerle obrar de tan extraña manera? ¿Qué peliagudo problema entorpecía su vida apacible y retirada para llamar a su morada a las gentes hidalgas?

¿Qué poderosísimo motivo le había impulsado a pedir el consejo de aquellas personas discretas que jamás habían recibido del huraño mayorazgo tales muestras de aprecio y de distinción?

El maremagnum de las grandes confusiones, el piélago infinito y proceloso de la incertidumbre, las oscuridades medrosas de la duda y los vientos huracanados de la curiosidad desbocada, zarandeaban, bañaban, envolvían y azotaban a aquellas nobilísimas personas que no se daban punto de reposo en suposiciones más o menos descabelladas.

VI

Comenzó la singular Asamblea. Aquellas representaciones de la nobleza miraban de hito en hito a don Rodrigo que presentaba en la descolorida faz el estado de su espíritu enfermo y abatido por el aguijoneo cruelísimo de los nervios y por los cambios bruscos de las emociones. En las viejas sillas y en los divanes arrellenáronse las damas y los caballeros, silenciosos, taciturnos, como si sintieran el revolotear espantable de la tragedia y barruntaran fieros males.

Serios los semblantes, abiertos desmesuradamente los ojos, las damas y los varones esperaban ansiosamente a que las palabras de don Rodrigo pusieran claridades en aquellas endiabladas confusiones que les tenían impacientes y calenturientos a fuerza de discurrir.

Por fin llegó el momento tan esperado. El mayorazgo, después de toser y carraspear y tornar a toser, hizo un himno a la discreción de los claros varones, a la hermosura, sin afeites, de las damas y a la belleza incomparable de las inocentes y candorosas doncellas. Fueron unas cláusulas oratorias de elocuente factura que causaron pasmo y admiración.

El léxico castellano puro, las imágenes preciosistas, los pensamientos ingeniosos, las metáforas peregrinas y las invocaciones elegantes, brotaron con no poco donaire y gentileza, énfasis y donosura.

Cuando terminó el preámbulo, grandes gotas de sudor corrían por el rostro del mayorazgo. Casi jadeaba como si hubiera lanzado una loca carrera por los senderos pindios del monte o como si hubiera "tumbado", bajo el fuego del sol, lombillos en la pradería.

Tras un brevísimo descanso, continuó su disertación, con voz más ronca y más temblorosa.

—Yo, hermanos amantísimos de casta y de solar, he descubierto tras no pocos desalientos y amarguras un secreto de familia. Hace centurias uno de mis antepasados, hombre de armas y de letras, perdió el seso a fuerza de luchar y de pasar las noches de claro en claro alimentando el cerebro con ciencias y leyes.

Como consecuencia de aquellos perseverantes desvaneos por los campos de Marte y por los de la ciencia, dió en extravagancias y rarezas que estuvieron a filo de aniquilar el considerable patrimonio y de convertir en miseria de villanía las riquezas inacabables del linaje. No obstante las vigilancias escrupulosas, aquel antepasado mío, escondió un día las joyas más ricas, para castigar —decía— la ambición de sus hijos... Pues bien; yo he descubierto el secreto, yo he penetrado como don Quijote en una cueva más profunda que la de Montesinos; yo he luchado con las sierpes de la oscuridad, he vencido al gigante, he puesto mi planta sobre su descomunal cabeza...

La extravagancia condenable del sabio y guerrero, ha quedado salvada por mi valeroso temperamento. A fuerza de manchar mis manos con el polvo de archivos y bibliotecas, de pasarme noches y noches interpretando escrituras he topado, donde menos lo pensaba, con el pergamino donde se decía el lugar en que se hallaba el tesoro...

Otra breve pausa en que el muy pícaro observó la emoción que entre el auditorio causaban sus palabras, refocilándose con la certeza de que la peregrina invención no hacía germinar el escepticismo o cuando menos la duda.

Y aquí está —prosiguió— el tesoro, el maravilloso tesoro que ha de asombraros con sus centelleos cegadores, con el mudo ensalmo de su brillo magnífico, con la hermosura de su oro viejo de ley. Aquí, en este cofrecillo miserable, está la reivindicación económica de mi casta, las alas que me llevarán a la gloria de los destinos humanos, los vellocinos que transformarán radicalmente el pueblo que se ha reído de mis constantes investigaciones.

Aquí está convertido en materia el espíritu de la leyenda, hermanos de nobleza y de solar...

Don Rodrigo no pudo pronunciar una palabra más. La emoción le dominó violentamente.

Sus últimas frases causaron tremenda sensación a la nobleza de Horcajales que se hacía cruces del descubrimiento maravilloso del mayorazgo, recompensa naturalísima a la constancia y a la fe.

Todas las miradas se clavaron llenas de avaricia en el cofrecillo que escondía tan ricos caudales.

	Al	fonsi	ita	Mar	tínez	puse	en	blan	co lo	s 0	jos,	susp	oirar	ıdo	ente	erne	cedo	ra-
men	te.																	
• • •	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •				• • •	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •	• • •
•••		• • •	• • •								• • •							

Llegó el momento culminante de la emoción. El mayorazgo haciendo uso de una de las viejas espadas de la panoplia que adornaba la sala, descerrajó el cofre. Se repitió el grito que lanzó don Rodrigo cuando descubrió el pergamino. El rostro tornóse lívido. Poco después caía desvanecido.

En el cofre había visto sendos guijarros y un viejo almirez.

Uno de los que presenciaron la escena, rigurosamente histórica, encontró entre los guijarros un papel que decía lo siguiente:

"Así hicieron conmigo, hermano. Grave desazón costome el no encontrar el tesoro de la leyenda. Ni ha existido tal clérigo, ni deben existir tales riquezas. No he querido que la desilusión muera en mí. Haz tú lo mismo para castigo de los crédulos y de los ambiciosos."

MANUEL LLANO

El Pueblo Cántabro, 3, 6, 7 y 9-VII-1927.

77.—OPINIONES. EL ANHELO MÁS TORPE E INJUSTIFICADO

Un tal "Maese Baltasar", hombre de pro y de muchas letras que allá en los últimos años del siglo pasado, dio en la flor de combatir reciamente a la Lotería Nacional, en descomunales artículos que trascendían a odio y a desesperanza, dijo, con el brío del que defiende una causa nobilísima que la mayor parte de los españoles tienen más arraigada en el alma la ilusión de la lotería que la del amor y la de la felicidad.

Y añadió más el atrevido y colérico "Maese": "Si algún día, un día

bienaventurado y felicísimo, hay un Gobierno que dé al traste con ese perseverante vicio que consume y enferma la psicología española que fía casi a la ventura el logro de su desmedida y pecadora ambición, puede afirmarse que se habrá iniciado una nueva era en la que el anhelo de la riqueza y de la fortuna se forje exclusivamente en el trabajo y no en la casualidad veleidosa y torpe"...

"Maese Baltasar", uno de los románticos más exaltados y oscuros, aunque parezca paradójico, de aquella época, fué un filósofo pintoresco y tenaz que llevó su odio hasta la muerte, como el rencor y la rivalidad de las castas medioevales que establecieron el derecho de pernada y los tributos odiosos, que defendió a capa y a espada en un peregrino folleto comentado donosamente por José María Mateu, si la memoria no nos engaña.

El tal "Maese", hombre de tantos caudales como blasones que pregonó por las calles sevillanas la "engañadora y deleznable ilusión de la Lotería", en un artículo póstumo que causó regocijo a los optimistas, compasión a los sentimentales y pesadumbre a los ambiciosos, dijo como testamento hondamente meditado y sentido:

"La lotería es el anhelo más torpe e injustificado, la afición más engañosa; la felicidad de uno y la desventura de los demás, una caricia y muchas puñaladas, un oasis e incontables desiertos".

Otro hombre de bonísimo lumor, Marcelino Escosura, periodista, poeta, enamorado de la estadística como de una novia y también uno de los enemigos más terribles de la Lotería, se indigna de un modo tremendo y como argumento de extraordinaria fortaleza, para lograr prosélitos, nos asusta con unas cifras aterradoras, que según él, nadie se atreverá a desmentir, sino quiere pecar de bellaco y mal intencionado.

"Días después del sorteo de Navidad —dice Escosura— aumentan los suicidios de una manera alarmante.

Durante los días 23, 24 y 25 de diciembre del año 1923 se registraron en España más de 29 suicidios que obedecieron todos ellos a desazones relacionadas con la pícara lotería.

Da grima contemplar —dice el mencionado señor— ese lamentable panorama en el que se observan las profundas huellas de una ambición que puede conducir a la muerte".

En contra de la opinión quejumbrosa de "Maese Baltasar" y de las dolientes frases de Marcelino Escosura, vienen alegres y optimistas las palabras de uno de los escritores más ingeniosos que hacen prosa castellana.

"La lotería es uno de los rasgos psicológicos más simpático del pueblo español. Los que han visto desvanecerse con rapidez descosoladora la esperanza de verse convertidos de pobres en ricos, no experimentan el pesar del

desengaño si la suerte ha favorecido a los que han menester de pan y de alivio.

El caminar a la ventura en busca de la riqueza y de la gloria, es quizá la característica más hermosa y valiente de este pueblo, cuyo único pecado consiste en ser demasiado noble y misericordioso".

Cuando el enorme peso del desengaño se exterioriza en una indignación que alcanza el clamor de las grandes protestas— contestaríamos nosotros al aludido escritor—, es cuando la fortuna busca a la riqueza que no sabe o no quiere enervar el tormento de la miseria y del desconsuelo. Como el opulento capitalista asturiano de desdichada recordación, que obsequió con una cantidad mezquina a los niños de la Inclusa que le dieron el "gordo".

Nosotros no opinamos.

¿Para qué opinar?

Ogaño no están en boga las opiniones y sería necedad imperdonable que tratáramos ahora de descubrir las Indias.

MANUEL LLANO

La Región, 22-XII-1927

78.—EL BUEN FEMINISMO. FALTA EL BRONCE EN EL CORAZÓN DE LA MUJER

(Este artículo, con variantes, está publicado con el n.º 14 y apareció en *El Pueblo Cántabro*, de 10-XII-1922).

Leemos que en breve comenzará a publicarse en la corte una gran revista feminista.

Es conveniente advertir que la nueva publicación está muy lejos de pertenecer a ese desdichado linaje de feminismo que encomia y venera las doctrinas de Elena Larnahann (aquella "mademoiselle" que lanzó la frase de que la mujer es con relación al hombre lo que el hombre es con relación al gorila) de Luisa Michel, de María Daraniue y de otras tantas "emancipadoras" que achacan a los hombres, raza brutal y grosera, todas las desgracias de la humanidad.

Inspirada en orientaciones genuinamente democráticas, de un amplio y delicado espíritu, desechando como utópico ese feminismo extravagante, vocinglero y alborotador, el programa de la nueva revista, programa social y

hondamente educativo, estará cimentado en la necesidad de dar a la mujer una sólida preparación intelectual y doméstica, cultivando su sensibilidad y su imaginación.

El desenvolvimiento del feminismo es uno de los grandes hechos que caracterizan los primeros años del siglo XX.

Desde que Onésimo Reclus, la Michelel y Derasme, organizaron el primer grupo feminista de madame Daubé, la Asociación para la progresiva encauzación de la mujer, el feminismo ha adquirido un intenso incremento que bien definido y enderezado, puede conseguir no las intransigencias absurdas de la Farnhann pero sí los derechos que reclama la mujer para el mejor desenvolvimiento de su existencia y de su hogar.

El grupo de la "Fronda", los radicalismos de Margarita Durand y las tendencias protestantes de Sarah Manod no obstante sus perseverantes campañas para fomentar las necias doctrinas de su endiablado programa, no han conseguido enervar el hermoso sentimiento de la mujer que gusta más de la felicidad del hogar que corer de ceca en meca.

Pregonando una idea que jamás llegará a convertirse en legislación mientras los hombres no pierdan el seso.

Todos los conocimientos encaminados a conocer a la mujer, los privilegios que como esposa y madre debe poseer, es una de las campañas más necesarias y plausibles; pero pretender desposeerla de esa hermosa tutela dentro del hogar para lanzarla en inconcebibles propagandas que al fin y a la postre han de cimentar su desventura, sólo se le puede ocurrir a las olvidadas del amor y de la felicidad, a las que sufren los empachos de un intelectualismo tan necio como deleznable, a las espiritualmente degeneradas, a las que no saben ser madres...

De la educación de la mujer depende la exaltación bellísima de la moralidad, el arraigo de las buenas costumbres, la desaparición de esas ideas morbosas que tanto se han multiplicado en estos últimos años.

Parodiando la frase de un eminente sociólogo, diremos que el bronce falta en el corazón de la mujer... ¿Y no es esto la causa de que careciendo del temple necesario sucumba fácilmente a las influencias sociales nocivas, no encontrando en su interior fortaleza de espíritu suficiente para contrarrestarlas?

He aquí el programa de la nueva revista. Fortalecer el alma de la mujer, hacer más delicados sus sentimientos, aumentar su cultura y sobre todo presentarla, como suma y compendio de todas las dichas, la apacible vida del hogar del que es reina...

MANUEL LLANO

La Región. 26-XII-1927.

79.—LAS BIBLIOTECAS POPULARES. EL COMITÉ HISPANOAMERICA-NO INICIA UNA PLAUSIBLE CAMPAÑA

El Comité hispanoamericano está realizando una hermosa campaña: la creación de Bibliotecas populares.

Desde que se inició esta plausible iniciativa que encontró un apoyo tan franco como espléndido en los organismos que tienen la obligación de fomentar este género de campañas, han pasado de cuarenta las Bibliotecas populares que se han establecido en España.

Hace algunos años en la época que hicieron furor los folletines espeluznantes, los noveladores morbosos y exageradamente realistas, los descomunales tomos en que se describían casi burdamente amores inconcebibles, pecados espantosos y felonías tremendas, los famosísimos y regocijantes cuadernillos por entregas suplían por su bajo precio a las Bibliotecas circulantes. El hambre de lectura se saciaba entre la gente del pueblo con aquellos peregrinos despropósitos (perdonen la paradoja) en que el buen estilo, la belleza de los pensamientos y la delicadeza de la expresión, eran cosas harto secundarias y despreciables. Las horripilantes escenas de amores desgraciados y perseguidos cruelmente; los gestos huraños de los padres inflexibles, las canalladas de los seductores acaudalados y poderosos por privilegios de la casta o del dinero; las tristes y desgarradoras andanzas de jóvenes caídas; los "milagros" de brujas encorvadas, de manto negro y andar lento; las enormes cuitas de las viudas lionradas y otras muchas manifestaciones de un sentimentalismo mal entendido, eran los platos favoritos de las pobres gentes del pueblo que no podían aspirar por sus flacos medios económicos a lecturas más sazonadas, exquisitas y educadoras.

Y así andaba la psicología española con aquellos engendros literarios que la mayoría de las veces preconizaban, como suma y compendio de la vida, el desaforado anhelo de un amor imposible que terminaba a puñaladas en una encrucijada o en una calle angosta y medrosa, mientras caía la nieve o agitaba la tempestad sus terribles disciplinas.

Era un vicio de aquellas generaciones orientadas por escritores desaprensivos y por editores ambiciosos que supieron explotar aquellas corrientes de romanticismo, vivero de morbosidades y de tragedias, de engaños inícuos y de rencores profundos.

El romanticismo sincero, el que se sentía y se expresaba en otra literatura más suave y bella; el romanticismo de los poetas que construyeron perlas y encajes maravillosos, luchó a brazo partido con el apócrifo, con el burdo, con el que bajo los briales de pureza y de inocencia escondía repugnantes desnudeces.

Lucha análoga a la que contemplamos actualmente entre la severidad e ingenio de los escritores que se desenvuelven dentro de círculos luminosos y españolísimos y los que por falta de imaginación y de temperamento llenan los escaparates de las librerías con producciones escandalosamente pornográficas. A evitar estos males debe tender el Comité a que aludimos al principio. Sin llegar a la intransigencia, ni a los "índices", ni a las prohibiciones violentas, puede hacerse una saludable labor de selección en que lo bueno quede en el lugar que le corresponde y lo malo sea apartado como los infecciosos y los delincuentes.

La creación de Bibliotecas populares significa una importantísima labor de saneamiento intelectual y espiritual que es menester impulsar si no queremos aumentar el ya considerable número de locos y degenerados.

MANUEL LLANO

La Región, 27-XII-1927.

80.—DESPUÉS DE UN CENTENARIO. LOS PLAÑIDEROS DEL ROMAN-TICISMO

Desde que en el Trocadero de París se celebró el centenario del romanticismo, los periódicos se han inundado de artículos, a guisa de elegías, llorando desconsoladamente la pérdida de aquel "movimiento intelectual" que se inició en Alemania a mediados del siglo XVIII.

El centenario del romanticismo, dicen los que sollozan y se rasgan las vestiduras y se mesan los cabellos por su profundo enervamiento, ha sido una confesión de culpa, un arrepentimiento y un desagravio; la manifestación elocuente de amor y de recuerdo hacia los desventurados románticos y la terrible acusación a los que les han cambatido y ridiculizado.

Es curioso y causa gran regocijo pasar la vista por algunos de los trabajos literarios a que aludimos.

Acabamos de leer uno que ignoramos si está hecho por un pobre hombre o por un loco. Vea el lector uno de los párrafos más donosos:

"El romanticismo es la luz, es la felicidad, es el amor, es la muerte, es el sollozo, es la risa, es el dios, es el cielo... Con el tiempo los pueblos serán gobernados por románticos; habrá ejércitos de románticos; hasta los delin-

cuentes serán románticos." Y nuestro articulista, que debió perder el seso a fuerza de leer y releer las apologías de aquella fase literaria, se pone después desgarradoramente triste y declara, quejumbroso y beatífico, que no puede contener el manantial de las lágrimas, al recordar aquellos tiempos felices.

Todo son lágrimas, elegías y pesadumbres. Se ha desbordado la melancolía de un modo aterrador. En los largos artículos que hemos tenido la paciencia y la desgracia de leer, no hemos encontrado una nota de optimismo. Responsos y oraciones, rostros compungidos, lutos desconsoladores, abatimientos y presagios mal aventurados.

Diríase que con la muerte del romanticismo van a caer sobre el haz de la tierra las plagas más terribles de cuantas han mortificado a la Humanidad. Los pocos románticos que quedan odian al siglo XX como el más terrible y falso de sus enemigos.

La evolución que han experimentado las actividades humanas, los movimientos sociales que han transformado radicalmente la psicología y las legislaciones de los pueblos, todo lo que ha visto la luz en el siglo en que se han derrumbado imperios y absolutismos, les irrita y les desazona y les consume. Es como una provocación constante que les persigue y les asedia en la claridad y en las sombras, en el hogar y en la calle, en la alegría y en la tristeza. Y sin embargo en lo más hondo de sus conciencias tienen que sentir el recio martillazo de la realidad, más enérgico, más fuerte y más positivo que el clamor romántico.

Considerar el romanticismo como la perfección del sentimiento y la médula de toda felicidad, es uno de los absurdos más bellacos y desconcertantes. Los sentimientos, los ideales, la sinceridad, la honradez no necesitan de esas exaltaciones escandalosas para hacerse fuertes e inquebrantables. Admiramos—sería profanación imperdonable lo contrario— las peregrinas bellezas que encierran las obras de los grandes poetas románticos. La imaginación, la fantasía y el ingenio de aquellos escritores quedarán en la historia de la literatura como joyas magnificentes e inmortales, pero no lo que ellos preconizaban como cimiento y manantial de la reivindicación moral del mundo.

No somos románticos y Dios nos libre de caer en tal desventura. Nos basta con poseer sentimientos y experimentar en el corazón la "llama regalada" de la gratitud, del amor, de la nobleza y de la misericordia. Los mismos que fueron al Trocadero parisino con motivo del centenario, estamos por afirmar que maldito el amor que sienten por la época romántica. El nombre de aquel coloso que escribió "Los Miserables", fue la única sugestión que le impulsó.

Un tal J. Vaque, escritor catalán y exaltado defensor del romanticismo, en un desdichado artículo publicado en "El Diluvio" llama necios, cobardes

de espíritu, materialistas, falsarios, disciplinarios, arcaicos y reptiles a los que no tenemos la desgracia de ser románticos.

El tal Vaque, que debe ser un jovencito cursi y pedante, o un pobre senor apacible y lleno de mansedumbre, nada más que merece una contestación que no queremos publicar en letras de molde.

Sí la diríamos al oído...

MANUET LIANO

La Región, 29-XII-1927.

81.—ASÍ NACE EL ODIO, LOS AVAROS Y LOS MISERABLES

Acabamos de recibir una carta desconsoladora... Es la espantosa tragedia del trabajador que se muere de hambre; la enorme injusticia de los opulentos y de los miserables; la inicua indiferencia de los obligados por las leyes divinas y humanas, a dar pan al hambriento y consuelo al triste y abrigo al que lo ha menester.

"Mi hogar —dice la carta— está a punto de aniquilarse. Mis pobres hijos carecen de alimentación y de ropas. La crueldad de esta vida, que no le concede a uno ni el derecho de trabajar siempre, se muestra cada día más tenaz y mortificante...; Somos muchos los trabajadores que tenemos hambre! No nos queda ni el alivio de ir de puerta en puerta pidiendo limosna..."

He aquí en pocas palabras la cruda y tremenda verdad ¡Ni el recurso de pedir limosna! Es una acusación desesperada y lastimera que lleva al ánimo chispazos de odio y de cólera; un grito desgarrador que lanza la miseria ultrajada y escarnecida por la inmisericordia y el egoísmo; una rebelión sin explosiones del rencor, sin violencias, sin iras desbordadas.

La protesta mansa, medrosa, resignada sale de las conciencias que sienten el fragor de las grandes tempestades del espíritu. El hogar se derrumbará; la faz horrible de la miseria hará desfallecer a los más fuertes; las noches, sin pan ni abrigo, serán más tristes; el dolor más inclemente; la pena más honda...

Mientras tanto, las orgías tejerán sus escándalos; la opulencia seguirá su camino sin tornar la vista atrás; los miserables esconderán sus talegas, los avaros contarán y recontarán sus caudales.

Es la historia eterna, cada día más descarada y espantable. Para unos, hartazgos; y ayunos para los más. ¿Quién habla de caridad, de amor, de com-

pasión hacia el necesitado? No les queda ni el recurso de pedir limosna, mientras los egoistas y los mezquinos de espíritu amontonan sus dineros.

La última Memoria publicada por "La Caridad de Santander", robustece nuestra indignación. La plausible obra ha estado a punto de derrumbarse por falta de los elementos económicos necesarios para proseguir su amorosa labor. Los ricos negaban su concurso... ¿Qué importa que los hambrientos sufran y que la miseria se desborde y que la existencia sea cruel para el que quiere y no puede ganarse el pan con el sudor de su frente?

El llamamiento que se hacía en aquella Memoria al pueblo de Santander, encerraba una acusación enérgica para los rezagados en esas obras admirables de la caridad y del amor al prójimo. Causaba grima leer aquellas líneas sinceras y acusadoras que clamaban auxilio con una vehemencia digna de ser correspondida y amparada. La voz angustiosa de "La Caridad de Santander", quería penetrar en las moradas de los poderosos para despertar sus conciencias e indicarles, severamente, dónde empiezan y dónde acaban sus deberes para con los desheredados de la fortuna.

El solo motivo de verse en la necesidad de declarar públicamente la decadencia de aquel establecimiento benéfico, es cosa harto bochornosa para los que no supieron o no quisieron dotarle de medios espléndidos y seguros para su cabal desarrollo.

Es ley de muchísimos ricos ser miserables. He aquí el fundamento de esa decadencia vergonzosa que ha estado a punto de dar al traste con "La Caridad de Santander"

Así nacen los odios...

MANUEL LLANO

La Región, 30-XII-1927.

82.—UN POETA Y UN LITERATO. EL LIBERALISMO EN LA LITERATURA

Francisco Mendive, novel poeta que ha recogido sazonados frutos en las fecundas mieses de las musas, ha publicado la segunda edición de su libro "Flores humildes".

El poeta nos presenta, en una égloga bellísima, los amores puros e inocentes de los antiguos campesinos, sus rivalidades, sus querellas, sus regocijos y sus dolores. La versificación es sencilla, sin rebuscadas complicaciones ni hipérboles de mal gusto.

Dicho poema bucólico, la composición más interesante de la obra, es todo sinceridad y sentimiento e imaginación.

"Los claustros", es una composición de hondo sentimiento escrita en perfectos alejandrinos. En esta poesía, inspirada en cosas dulcemente místicas, se describe de una manera perfecta, en una noche apacible, la Colegiata de una peregrina villa montañesa. Tal composición, de fibra recia e imágenes bellísimas, es un himno al silencio y a la soledad de los claustros abandonados, en cuyo remanso diríase que el poeta bañó su espíritu y confortó su alma para ofrecernos luego consoladores pensamientos.

Tiene "Flores humildes" sonetos muy bien hechos y elegías sentidísimas, que poseerían más mérito si las disgresiones no fueran tan frecuentes, y separadas, a veces, del asunto principal. Este es un defectillo disculpable en todo el que empieza y del cual ha de corregirse el novel poeta.

Maneja el endecasílabo con gran soltura, lo mismo que el romance. Buena prueba de ello la da en sus poesías "Peregrino del amor" y "La fuente milagrosa", en que el asunto corre pareja con la sonoridad y corrección de los versos.

Hemos leído el muy interesante folleto "Influencia de los escritores ingleses en el romanticismo español", del que es autor el Padre Celso García. Este folleto constituye un hermoso capítulo de nuestra historia literaria, tratado con una amenidad admirable, con observaciones y pensamientos delicados y sobre todo con un estilo elegante y claro, sin perífrasis indiscretas ni pesadas divagaciones.

Después de poner de manifiesto la decadencia literaria que trajo consigo la Preceptiva de Bolieau, sepultando en el abismo de la esterilidad a preclaros ingenios del siglo XVIII, se ocupa de Burns, verdadero patriarca del romanticismo inglés Estudia a Cowper, que rompió a sabiendas los manidos y convencionales moldes, proclamó la libertad de invención y abrió, al genio, nuevas vías poéticas. Sus continuas meditaciones, y su vida retirada y austera, formaron en él un espíritu suave, tranquilo y amante de la pureza de las costumbres.

Es el poeta de los himnos religiosos, de las veladas de invierno y de las almas atribuladas.

Manifiesta el notabilísimo literato que así como Burns representa la entrada del genio democrático y agitador en la literatura, Cowper simboliza el retorno a la poesía del espíritu.

Al ocuparse del romanticismo en España, dice que venía a significar el liberalismo en la literatura, según le llamó Víctor Hugo.

El Padre Celso, erudito y literato notabilísimo, hace una crítica tan profunda como desapasionada.

MANUEL LLANO

La Región, 2-I-1928.

83.—UNA ESCUELA PARA NOVIAS. EL DOCTOR QUE HARÁ FELICES A LOS MATRIMONIOS

El doctor Katzzof, es un hombre de clarísimo entendimiento, de bonísimas intenciones y de misericordias singulares. Es un médico cabal que cura las enfermedades de o la materia y pretende enervar los fieros tormentos del alma que sufre. Katzzof, que ha templado su espíritu en las grandes fraguas del dolor, que ha peregrinado por los ásperos y angostos senderos de la pesadumbre en una soltería voluntaria, sometido a renunciaciones dolorosas y a vigilias no menos mortificantes, quiere hacerse célebre en las postrimerías de su menguada existencia.

La complicada ciencia de curar el cuerpo, significa para el doctor Katzzof, que se llama Simón y es de Brigdeport, una labor deleznable, digna de menosprecio. ¡Al fin y al cabo dentro de cien años todos calvos, pese a todos los diagnósticos, a todas las pócimas y a todos los brebajes! La Medicina, según el bonísimo don Simón, es lo secundario. ¡El alma, el alma! He aquí el manantial y el secreto. El alma de la juventud, el amor, la felicidad, la risa y el cantar eterno. Hacen falta recetas para mantener en perpetua salud estos privilegiados dones de la vida. Las neuralgias, las pulmonías, la tuberculosis, son trivialidades ridículas para el mencionado doctor. Amor, amor y placer; esa es la vida y la felicidad.

Con amor se curan todos los males y todas las desventuras; se secan las fuentes de las lágrimas, se hacen más delicados los pensamientos y más recia la voluntad y la perseverancia. Un doctor que posee el inconcebible secreto de orientar el amor en la juventud por caminos de dicha permanente, es digno de ostentar el bendito nombre de semitaumaturgo. Tal es el doctor Katzzof, cuyas teorías, lo mismo que las del caballero de los leones, asombrarán al mundo. Esta afirmación la hacemos como si estuviéramos a punto de hacer compañía a Caronte por la espantable laguna. Somos katzzofistas

hasta la médula y romperemos lanzas por sus saludables y humanitarias doctrinas.

No merece menos este psicólogo del amor que se enorgullece de no haber cometido la tontería de uncirse con la amarga coyunda. Temióla siempre como a un vil dogal y huyó de ella como de una amenaza terrible. Pero como lo cortés no quita a lo valiente y las renunciaciones y las vigilias suelen ser a veces, por una de esas paradojas inexplicables, viveros de experiencias sabias, he aquí que el doctor Katzzof, que no por soltero odia al "creced y multiplicaos", quiere purgar sus pecados haciendo felices a los matrimonios.

Y para conseguir tan generoso propósito, ha sido acariciado por una idea que será el asombro de las generaciones venideras.

La Historia, además de los grandes "fechos de armas", de las intrigas cortesanas, de todas las berganterías políticas y de las opresiones que han lastimado, en todas las épocas, a los hijos del pueblo, recogerá este grandioso acontecimiento llamado a modificar radicalmente la vida matrimonial.

¡Una escuela para novias! He aquí el maravilloso sistema del doctor Katzzof.

A la novia es menester enseñarla, por encima de todas las cosas, la ciencia del amor; a mantener su posesión sobre el hombre que ha capturado en las escuelas públicas; dice Katzzof que debe establecerse un curso obligatorio de psicología amorosa, fundamentando su iniciativa salvadora en el perfectísimo conocimiento que posee de las relaciones del matrimonio, que resume y compendia en un magnífico decálogo.

El amor debe estar por encima de todas las consideraciones sociales y económicas.

El marido y la esposa deben tener la libertad absoluta para ir donde les de la gana.

La mujer debe alimentar al hombre con buenos platos. El hombre debe ser esclavo de los caprichos de la mujer. El divorcio debe llevarse a la práctica cuando la mujer lo desee y así se evitarán espantosas tragedias. Termina recomendando camas dobles y confortables.

En la escuela de Katzzof se cursarán las siguientes asignaturas: "El placer", "El libro de los adjetivos matrimoniales", "El beso", "La caricia", "La elegancia", "El divorcio", "Ademanes y mohínes", "La conquista del hombre" y "El enfado". Katzzof ha olvidado (distracciones de hombres grandes) la aguja, la plancha, el dedal, y otros menesteres de esta casta. Cómo se pone el puchero, cómo se estofan unos pedacitos de carne con patatas, cómo se hace un confortable caldo o cómo se fríe una chuleta, son cosas despreciables como... las pulmonías, las neuralgias y la tuberculosis.

La Región. 5-I-1928.

MANUEL LLANO

I

...He de traete unas cosucas m' majas, Sindina... He de traete unas gargantillas relumbrantes, unos pendientes doraos y un vestíu de seda con adornos y ribitines de plata...; Pero no llores, recontra! Mira que las tus lágrimas danme muchu ajogu y mucha pena...; Creeis que me voy pa siempre? Voyme pa golver cuando sea más mozu, con bigotes retorcíos, cuellu planchau, livita ajustá, galeru blancu y güenos cuartos en los bolsillos. Al otru lau del mar están los caudales, las casas aseñoritás y los lujos enjaquetaos y en esti pueblucin las miserias, las fatigas y los trabajos condenaos. ¡Ya verás cuando güelva!... Vistirete mesmamente que una principesa, quitándote esos percalucios y esos escarpinones y esi pañuelu descoloríu; quemaremos las chambras y las vasquinas, la saya encarná y las medionas de lana y con los cuartos que yo traiga mercaremos toas esas majezas de blancura que lucen las hijas de los señores pa dar salenguana a las gentes envidiosas que morderán la jiga y mos jarán periquines y riverencias...

Nelillo dio unos cuantos respingos, tornando después al lado de Rosa, en cuyo rostro de suavísimas líneas, de ojos negros y rasgados, dibujábase inefable una dulce melancolía que trascendía a rubores y a delicadezas.

Aquel zagal ambiciosillo, que soñaba con riquezas infinitas, con felices días de triunfo y de abundancia, movido por ese recio e insistente escarceo de conocer horizontes nuevos y cambiar los remansos aldeanos por el estruendo de las grandes capitales, estaba en vísperas de remontar el vuelo y marchar, a la ventura, como tantos otros, en busca de caudales y de fortuna. Caía la tarde mansamente, con sones monótonos de bígaros, voces y silbidos de los pastores y tintineo de esquilas. A la vera de la cajiga secular que dio sombra a muchos amores en las tardes domingueras, cuando suenan las panderetas y triscan las tarrañuelas, gustaban los zagales las sensaciones e impaciencias de la despedida; esas sensaciones e incertidumbres del amor primero, el más arraigado y sentimental de la vida, la esperanza más intensa, la lágrima más sentida, la alborada primera de la felicidad y la primera noche de la tristeza...

Al día siguiente, cuando rompiera el alba, había de abandonar Nelillo el terruño para dirigirse a la capital y emprender el viaje a las Américas. Tornaría a la aldea cuando brillara el oro en su arqueta, si los vientos eran prósperos y Dios le daba salud.

Antes de iniciar la marcha, monte abajo, entre brezos y jarales, había

querido despedirse por última vez de Rosuca, a la sombra de aquella cajigona que había visto crecer su amor y sus ilusiones.

—He de jacete mu rica, nenuca mía; he de adornate con sedas; he de comprate las cosas más majas que haiga en la Bana... Ya verás, ya verás cuando yo güelva con los bigotes retorcíos, el cuellu planchau y los dientes y las muelas de oru.

П

Cantó el colorín a las primeras anunciaciones del día.

Bajo la ventana de Rosa, un gañán madrugador seguido de la yunta de bueyes de adornadas colleras, saluda al alba con las tristes cadencias de la copla montañesa:

Algún día fuentefría bien manaban tus corrientes; ahora que ya no me quieres agua de las otras fuentes.

La niña arrojose del lecho precipitadamente con expresión de disgusto en el bellísimo semblante.

—; Ave María...! Estaría güenu que yo no pudiera dar esi recaucu a Nelín, por haberme dormido como una lelona emperezosa... Soy quién de echar una correndía y alcanzale en el caminu onque ponga mala jeta tíu Tasio y tengan que decir de mi los vecinos por esas curruliegas... ¿Y si no le alcanzo...? ¡Demongros!

Apresuradamente, acelerada y nerviosa, vistiose Rosuca. Abrió la ventana de par en par y dirigió sus ojos ansiosos a lo largo de la calleja.

Aquel mohín dedecepción desapareció, como por ensalmo, de su carita morena. Sonrió satisfecha. Por la calleja, con tío Tasio, su padre, venía Nelillo luciendo sus prendas nuevecitas, hecho un brazo de mar y sintiendo no poder pasear por el pueblo en pleno día con aquellos atalajes flamantes que habían de ser envidiados por sus camaradas. ¡Allí quedaban los infelices "majando cabones" y esparciendo "lombillos" mientras él iba a correr mundo para tornar al lugar colmado de riquezas!

Al pasar bajo las ventanas de su casa Rosuca llamóle sigilosamente:

-¡Nelillo, Nelillo!

¡Contra...! Si es la mi Rosuca —exclamó el zagal sorprendido.

—Esperábate pa decite una cosuca, Nel.

—¿Pa decime una cosa?

Nel pensó en cosas muy dulces, Rosuca había salido a la ventana para darle el último adiós; para enviarle un beso; para decirle que le quería con toda su alma y que esperaría su vuelta con su cariño y con sus recuerdos. Allí estaba para decirle el último "zalamerín de querencia"; para enviarle besos a "embozás" y retirarse de la ventana haciendo pucheros.

Todo esto pensaba Nelillo, "derritiéndose en puras mieles", cuando escuchó la voz de Rosuca que le decía acariciadora:

-Pos mira; era pa decite na más que cuando güelvas me traigas un pajarucu de esos que parlan.

MANUEL LLANO

La Región, 7-I-1928. (Vid. O. C. de M. Llano, págs. 479 y sgts.).

85.—HABLANDO CON ROSARITO IGLESIAS. LA "ACTRIZ CASTELLANA" QUE TRIUNFÓ EN BARCELONA

Hemos conversado breves momentos con Rosarito Iglesias, no a modo de interviú cursi y amañada en que toda indiscreción tiene su asiento y la hojarasca de la palabrería impide la elocuencia de la sinceridad y del sentimiento.

La interviú, vivero de frases nuevas, de encomios forzados, de interrogaciones a veces poco delicadas y de escarceos atrevidos, es cosa harto vulgar y deleznable, aunque la vanidad encuentre una sonrisa prometedora y los ensueños de gloria y de fortuna vean en las letras de molde la intensa sugestión de la alabanza insincera y exagerada.

Rosarito Iglesias no gusta de las interrogaciones que satisfacen momentáneamente la vanidad y las ilusiones. Su imaginación y su sentimiento, tesoros inestimables de esta singular mujercita, no la dejan descender a esas trivialidades ególatras en que la vanidad se desborda y el egoísmo y la ambición se exaltan y teje la mentira sus complicadísimas patrañas.

Como cumple a quien tiene fe ciega en su vocación y en su voluntad, esta actriz de formidable temperamento, sacerdotisa del arte y dulce amada de la belleza y de las emociones profundas, no necesita de esa casta de interviús para llegar a la cima. Cerca, muy cerca de sus ojos grandes e ingenuos, está ya el embrujo maravilloso de tan altísima cumbre y el halago veleidoso de la gloria.

Rosarito nos habla confidencialmente de sus proyectos y de sus entusiasmos. Pone en las palabras raudales de sentimiento y de vehemencia y en su rostro bellísimo dibújase la expresión apacible y encantadora del que experimenta las inefables sensaciones de una esperanza cierta y de una dulcísima espiritualidad. Su modestia, dote magnífica de esta artista excepcional, que en los albores de la juventud ha saboreado las exquisitas mieles de la admiración y del aplauso, es un obstáculo insuperable a nuestras insaciables pretensiones de conocer sus más escondidos pensamientos.

Su palabra nos atrae y nos deleita como un consuelo, haciéndonos compartir su optimismo, su fe y su alegría. Al ensalmo de su acento, todo sinceridades y devociones, vislumbramos la hermosura de su alma, la delicadeza de sus sentimientos, la firmeza de su ideal, la fortaleza de su temperamento, sus humildades y sus inocencias.

Al hablarnos del teatro lo hace de una manera profundamente amorosa, como si fuera el supremo bien de su vida y de su felicidad. No cree en decadencias ni en enervamientos del arte escénico. Su sano y contagioso optimismo vislumbra un renacimiento no muy lejano en que las nieblas y los desiertos que pretenden ver los pesimistas, se conviertan en rayos de sol y en oasis confortadores...

La Montaña —nos dice Rosarito— no debe regatear su colaboración al arte del teatro; sus costumbres, sus canciones y sus ambientes se prestan a una escenificación hermosísima y es lástima que no se haya explotado esta cantera tan fecunda como inagotable.

Las obras inspiradas en las costumbres montañesas, en sus tradiciones y en sus leyendas, serían admiradas por todos lo públicos...

Brevemente nos habla de su campaña durante la presente temporada en Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Calatayud y otras poblaciones. Pese a nuestros insistentes deseos de escuchar de sus labios los enormes éxitos que ha saboreado, nos estrellamos contra esa inconcebible modestia que hace mohines encantadores de disgusto y de contrariedad cuando la pregunta no está de acuerdo con su modo de ser. Rosarito acalla nuestra insistencia exteriorizando su gratitud hacia los públicos que la han aplaudido y hablándonos de su próximo debut en Bilbao y de sus interesantes estrenos, seleccionados con el mayor cariño.

Aunque ella pasó sobre ascuas al hablarnos de su actuación en Barcelona, nosotros, por lo que hemos leído en la Prensa de aquella capital, podemos afirmar que constituyó un triunfo resonante... ¡Qué brío, qué fibra en la frase dramática —dice Mateo Santos, el prestigioso crítico catalán—. Cuando el temperamento de esta formidable actriz se abre en toda su magnífica pom-

pa, la emoción nos llega por el hilo de su voz, nos la trasmite su gesto y su brío...!

Toda la crítica que hemos leído en los periódicos de la ciudad condal, tienen las mismas apreciaciones e idénticos juicios. La "actriz castellana", como allí la denominan, ha hecho sentir al público de Barcelona las grandes emociones de su arte y de su sentimiento, alcanzando enorme intensidad en la formidable creación que hace de "Marianela".

Otro crítico, después de hacer un himno precioso a la personalidad artística de Rosarito Iglesias, afirma que ésta "es la más formidable actriz que ha pisado Barcelona".

MANUEL LLANO

La Región, 11-I-1928.

86.—POESÍA ANDALUZA. LAS AURORAS DE MOGRAR

Los escritores pesimistas afirman, con la mayor tranquilidad del mundo, que la poesía española está próxima a una lamentable decadencia. Y al hacer tan atrevida afirmación, profetizan—¡oh los augurios de los amargados!— que esa decadencia se irá acentuando hasta que llegue un día en que las dulcísimas notas de la lira castellana sean apenas perceptibles por falta de hábiles tañedores.

Los que tal aseguran, envueltos en la repugnante mortaja del negro y morboso pesimismo que todo lo corrompe y lo envenena, no ven o no quieren ver las hermosas flores que brotan actualmente en nuestro fecundo vergel.

Con el desdichado pretexto de su amor a lo clásico, al romanticismo del siglo pasado, a las recias notas del Romancero, rompen airados contra una supuesta degeneración que aun no se ha iniciado.

La injusta severidad de esta crítica, que niega todo mérito a la inmensa mayoría de los poetas del siglo XX, se hace pedazos ante la verdad.

Y la realidad nos dice, con su elocuencia y con su energía, que esa decadencia y esa degeneración, que causa insomnios a los despechados, no existe ni puede existir.

La introducción de desventurados ultraísmos en la poesía castellana, no significa que esta haya perdido sonoridad, imaginación y sentimiento.

Aun conserva el exquisito gusto de la solera; el sentimentalismo y la pi-

cardía; el sollozo y la risa; el donaire y la gentileza; la sal y la pimienta; el dolor y el amor...

Este optimismo nuestro — ¡bendito optimismo que todo lo alegra y hermosea!— se ha robustecido con un peregrino libro que hemos leído de Rafael Alberti, cantor elocuentísimo de Andalucía la árabe...

Alberti se ha inspirado en la musa popular. Igual que Fernán Gómez, borracho de auroras de Mograr, Alberti ha llegado en este aspecto de la poesía a tan altas cumbres...

¡Qué hondo sentimiento, qué inefables ternuras ha puesto en sus poemas!

> ¡Ay, Miramelindo, mira qué estrellita tan galana suspira que te suspira peinándose a tu ventana! —Miramelindo, mi amor, mírame qué linda soy, mira qué roja color me puse por verte hoy.

El cantar de cuna ha encontrado un amoroso cultivador en Alberti.

Los versos, de una sencillez encantadora, dicen de cariños maternales, de sonrisas infantiles, de alegrías íntimas, de preciosas ingenuidades.

La canción de cuna con todos sus encantos, con sus devociones y con sus ternezas, brota del numen del bardo andaluz como un alivio y como una caricia:

> La cabra te va a traer un cabritillo de nieve para que juegues con él. Si te chupas el dedito no te traerá la cabra su cabritillo.

¡Qué hermosa y consoladora ingenuidad!

Junto al cantar de cuna nace la elegía; la tristísima elegía al niño muerto en el mar:

Flotadora va en el viento la sonrisa amortajada de su rostro. ¡Qué lamento el de la noche cerrada! ¿Y el cantar popular de su tierra, inspirado en las riberas apacibles del mar meridional?

...Y ya están los esteros rezumando azul de mar, ¡dejadme ser, salineros, granitos de salinar!

Alberti ha ofrendado su inspiración a los mares andaluces, como Jesús Cancio, el mejor poeta del mar de la Montaña, el de más imaginación y el de más sentimiento, a las costas bravas del Cantábrico.

MANUEL LLANO

La Región. 14-I-1928. (Vid. n.º 56).

87.—LOS DRAMAS DE LA MISERIA. LA CULPA DE LOS RICOS QUE NO SABEN SERLO.

Los tremendos dramas de la miseria, esas angustiosas manifestaciones del hambre y de la infelicidad, se vienen desarrollando con tan extraordinaria frecuencia que causa espanto detenerse a analizar sus orígenes y sus causas.

Hace falta un temperamento enérgico y fuerte, un dominio absoluto de la voluntad y un sistema nervioso perfectamente equilibrado para que la indignación no se exalte y la pluma no llame a cada cosa por su nombre, aunque se escandalicen los hipócritas y los miserables, los avaros y los fariseos, las almas mezquinas y los corazones encanallados.

La riqueza cada día más sorda a los clamores de la caridad, contempla con indiferencia estos panoramas desoladores que vienen a significar las iniciaciones de un cataclismo social en que el hombre engendre locuras espantables y la diestra responda a la sugestión obsesionante del cerebro.

Una tenebrosidad medrosa y horrible ha apagado la luz del amor y de la caridad.

Entre el estruendo de las fiestas, con resabios de orgías, extravagancias de "jazzband" y desbordamientos repugnantes de todos los prejuicios, de todos los orgullos y de todas las vanidades, se oye un lamento desgarrador que se estrella contra la recia coraza de los que sienten la caricia halagadora de la fortuna.

¡Es el lamento del hambre, el grito agudo de la miseria, la protesta de-

bilísima y quejumbrosa de los que han menester pan y trabajo, la rebeldía (pobre y deleznable rebeldía) de los oprimidos por todas las privaciones, de los maltrechos, de los hambrientos!

Amontonar caudales hasta que rebosen las arcas; llegar al más exquisito refinamiento del lujo, de la gastronomía y de la comodidad, pasar la vida de la mejor manera posible sin hacer caso de las violentas sacudidas del remordimiento; hacer una ejecutoria de la soberbia, un privilegio del orgullo y una prerrogativa de la vanidad.

He aquí los sentimientos y los "sacrificios" de los ricos que no saben serlo, de los que arrojan una joya en un lupanar y niegan un céntimo al mendigo que les sale al encuentro insinuando sus dolores y sus pesadumbres; de los que pretenden acallar la voz acusadora de la conciencia suscribiéndose con la cantidad mínima en una institución benéfica...

"¡Mi dinero, mi dinero!"... El hambriento, que se muera; el padre de familia, que carezca de pan para sus hijos, que peregrine, carretera adelante, de pueblo en pueblo, ablandando en las fuentes los mendrugos y descansando en los establos junto a las bestias...

"¡Mi dinero, mi dinero!"... Que sufran el huérfano y el desvalido, que solloce el menesteroso, que caigan las viudas desamparadas y las hijas de los necesitados ante los asedios tentadores de un puñado de monedas; que la desesperación se estrelle, que se rompan las virtudes, que la impotencia de los hombres se retuerza como una víbora...

"¡Mi dinero, mi dinero!"... Que el trabajador no encuentre dón de romperse la crisma, que las casas benéficas carezcan de los medios necesarios para su laudable desenvolvimiento, que la mendicidad aumente, que los dramas de la miseria tejan perseverantemente sus horribles desdichas...

¿Qué importa? ¡Dinero, dinero, danzas, hartazgos, libaciones, precocidades morbosas, charlestones, afeminamientos en el vestir, degeneraciones, agotamientos prematuros, danzas de salvajes y de beodos, contorsiones de una burda voluptuosidad!...

Las angustiosas querellas de los disciplinados por el hambre no merecen misericordia ni consuelos cuando se desatan los rigores del invierno y escasea el trabajo y enseña la vida su amenaza más inclemente, su mirada más hosca y su ceño más cruel...

¡Estas hondas realidades, cada día más insistentes y amargas, no logran quebrantar el hielo y hacer más anchuroso el torrente de la caridad, harto pobre y angosto!

Diríase que una de las virtudes más hermosas y excelsas se ha convertido en un odioso pecado y en una inconfesable pasión.

Los ricos que no saben serlo, los que rehuyen cínicamente toda súplica

de caridad, siempre sollozante y humilde, son los culpables de que los odios broten y de que llegue un día en que la miseria, impulsada por ardientes ráfagas de demencia, pretenda llevar a la práctica las negras ideas que la mortifican y la consumen.

MANUEL LEANO

La Región, 16-I-1928.

88.—"LA CARIDAD DE SANTANDER". HAN DISMINUIDO CONSIDE-RABLEMENTE LAS SUSCRIPCIONES

Nuestro artículo "La culpa de los ricos que no saben serlo", ha sido tachado por algunos pobres hombres de hiperbólico y ha faltado poco para que nos coloquen un sambenito que iría muy mal con nuestro temperamento y con nuestras apreciaciones en los problemas de índole caritativa y social.

Desgraciadamente, volvemos a repetirlo como una dolorosa realidad, uno de los males más intensos que aquejan a la mayoría de los mortales que se refocilan con hartazgos y placeres de sibaritas, es la falta de caridad.

Esa hermosa virtud, suma y compendio de toda labor social, ha dejado de ser costumbre para convertirse en singularísima excepción.

Los corazones endurecidos por ese morboso refinamiento moderno que ha hecho del grosero positivismo una estúpida exaltación de la indiferencia y de la vanidad, no sienten ni les importa la miseria y las amarguras de la desventurada gente del pueblo, zarandeadas y ultrajadas por las más aguijoneantes incertidumbres...

La realidad, la amarga y punzante realidad, que no encuentra obstáculos para manifestarse, ni sombras que la envuelvan, ni laberintos que la extravíen, deja oir su voz y habla de miserias y desesperanzas.

No es la voz que clama en el desierto, ni la queja de los medrosos que ven próximo el peligro, ni la provocación insensata del débil al fuerte.

Es el acento recio y enérgico que rasga los aires como una saeta, hasta perderse en las lejanías, después de penetrar en las mansiones de los opulentos que tienen manjares para las jaurías y niegan las migajas del festín a los "lázaros" famélicos.

La voz de la verdad se oye en Santander con una insistencia aterradora, sin que logre despertar a las conciencias.

Y hacemos esta irrebatible afirmación, muy lejos de la hipérbole y del

deseo de mortificar, indignados por la lectura de los siguientes párrafos de una Memoria de "La Caridad de Santander":

"Año tras año, venimos insistiendo en la necesidad de fijar especial atención en cuanto se relaciona con la vida económica de La Caridad de Santander; y si primero nuestros llamamientos pudieron significar prudentes predicciones, hoy ya se trata de dolorosas realidades.

Forzoso es reconocerlo así, ya que es evidentemente cierto que la Asociación La Caridad, no podrá, en modo alguno, seguir funcionando como hasta aquí si de una manera eficiente no se acude con apresuramiento a prestarle todo el apoyo necesario, tan necesario como su radio de acción benéfico social precisa.

¿Causas que determinan esta anormalidad?... En primer término ha de hacerse constar que la suscripción actual es infinitamente menor que en los orígenes de la fundación social. El primer año, la suscripción de Santander fue de pesetas 40.251,76, y hoy sólo es de pesetas 27.126,05.

La suscripción, en relación con los gastos generales de nuestros diversos Centros de Caridad, representa una insignificante aportación particular, que justamente alcanzada tan sólo —dato curioso— para satisfacer el pan que se suministra a nuestra organización, (48.092 kilos, equivalente a pesetas 28.956.50).

Dijimos siempre, y bueno es repetirlo de nuevo, que nuestra lamentación, por lo que respecta al desvío del público hacia esta humanitaria obra cristiana, no puede referirse más que a aquellas entidades o particulares que no aparecen inscritos todavía en nuestras listas de bienhechores, o habiendo figurado primero, produjeron sus bajas por consecuencia de un incomprensible cansancio, que nunca debiera existir cuando de beneficiar a nuestros convecinos de humilde condición social se trata".

¿Para qué comentar los párrafos copiados?

Hay cosas que no deben comentarse porque sería menester llamar a cada cosa por su nombre y decir cuatro cosas que algunos tacharían de feas, aunque fueran más hermosas que la Dulcinea soñada por el "caballero de la triste figura"...

MANUEL LLANO

La Región, 23-I-1928.

89.—CAMINOS DE LA MONTAÑA. LAS PESADUMBRES DE LOS VIEIOS

(Publicado en *El Pueblo Cántabro*, 20-V-1926, con el título "Miserias aldeanas. La ingratitud de los hijos").

90.—LOS PÍCAROS MODERNOS. UNA PROFESIÓN MUY DIFÍCIL Y COMPLICADA

(Publicado, con el mismo título, en El Pueblo Cántabro, 28-IV-1927).

91.—EL CUENTO DEL SÁBADO. LA MOZA QUE SE CASÓ POR CA-RIDAD

Ţ

- —¡Ea, se acabó la función! No lu quiero, no lu quiero onque lo mande la bula.
 - -Peru, chacha la mía, aticuenta que...
- —En el mi corazón mando yo, y na más que yo, y jaré de él lo que me dé la recondená gana. ¡Estaría güenu que yo juera a casame con esi espeluciau con aquél de mariquita y cara de mozuca asustá... ¡Demoñu! Si jasta se echa agua perfumá, y se riza las melenas mesmamente que una moza presumía. A güena parte bien el señoritangu con esas melindronas de majoma.
- --Pos mira, hija. proporción como esta no has de encontrala en toda la vida, y si no quieres tú agarrala, querrán tu padre y tu madre.
 - -No tendría el diablu otra cosa de que reise.
 - -- ¡Pos se reirá, asegúrotelo yo!
 - -Pos no se reirá.
- —¡Calla, tasugona. Vergüenza podía date ser tan tariscona y y revirá no jaciendo casu de los consejos de tu madre que quiere vete como una señora.
 - -Cada una sabe ónde la aprieta la albarca y ónde la pica pa rascase...

Yo no quiero consejos de esi aquél... Yo he de casame con un hombre, ¡ea!, con un hombre que güela a lo que deben goler los hombres...

- -¡Juesús que sinvergonzona! No sabes mala litanía, hija.
- -Y lo que me queda adrento... que es litanía y media con amenes y

Desde hacía algún tiempo aquella casa era una dignísima sucursal de la de "Tócame Roque". De día y de noche, cuando se hablaba de aquella pelia-

guda cuestión, del casorio de Saura rozillona y coloradota como buena campesina, con Paquín del Escajal, indiano malogrado, la hasta entonces pacífica casa de tía Rosenda habíase convertido en un vivero de discordias, estableciéndose una competencia de denuestos, vociferaciones y puñadas.

Saura, moza garrida de veinticuatro primaveras (bien cumplidas en paz y en gracia de Dios) alta, erguidota, frescachona y rolliza, con más fuerza que un gañán de los de pelo en pecho, bravía, de temperamento recio y maneras no muy femeninas precisamente, habíase cerrado a la banda y no había manera humana de hacerla cambiar de camino, ni con buena ni malas razones, ni con zalamerías persuasivas, ni con promesas tentadoras, ni con la fuerza de los puños, ni con el palo de la escoba, ni con aquellos rabiosos pellizcos de tía Rosenda, maestra refinadísima en tal menester.

Paquín Escajales, esmirriado, débil, como un helecho, todo remilgos y melindres, voz delgaduca, mirar tímido, acicaladín, muy prendado de su personilla, de su cabellera cuidadosamente rizada, de su rostro barbilampiño, habíase enamorado como un energúmeno de aquella jastialona soberbia, que bien pudiera llevarle en sus membrudos brazos como a un niño en pañales.

Saura, la mujer con bríos de hombre. Paquín, el espeluciado y feble Paquín, el hombre con bríos de mujer. Saura, el roble corpulento. Paquín el "barrosco" jovencito de mísera raicedumbre. Un navío de gran arboladura y una canoa de deleznables tablas.

¿Dónde había adquirido Paco Escajales aquel barniz doncellil, aquellos amaneramientos de cursilería vanidosilla, aquellos gustos exóticos en el vestir, aquella timidez refitolera de palomica cándida?

Había tornado de las Antillas de aquella guisa, con unos cuantos puñados de pesetas, malogradas sus aspiraciones, y desde el punto y hora en que llegó, puso los ojos el muy galopín y golosillo, en la recia y voluminosa humanidad de Saura, la hija de tío Víctor y de tía Rosenda, que pronto conocieron la intención del mozo recibiéndola con bonísimos ojos, al "din din" de las pesetas...

Del no rotundo de Saura, nacían aquellas disputas enconadas y aquellas puñadas y aquellos pellizcos...

Tío Víctor, un poquitín más razonable que su media costilla, flaquísima de meollo, deponía a veces los procedimientos de violencia con su luengo cortejo de tacos rotundísimos, y retorciendo aquella pícara desazón que le "consumía el ánima" hacía uso de los medios que le proporcionaba su paternal lógica que quería hacer persuasiva y bonachona a fuerza de estrujarse el menguado caletre y de aguantar, ¡el pobre hombre!, tras grandes esfuerzos, aquellas palabras duras que querían salir como asnillos desbocados...

—"Mira hija mía que los tiempus están mu malos y los hombres juyen del casoriu, como del mesmu diañu: mira Rosaura que nosotros vamos pa viejus y que el día menos pensau estiramos la pata y quedarás güérfana sin miaja de amparu, sin padre ni madre ni perrucu que te ladre como diz el refrán. Después de to ha de resultar lo que diz el cantar:

Onque no quieras tú quier tu madre, val más plata en casa que oru en la calle.

Dos o tres refunfuños de la inquebrantable moza, una mirada fiera de "tío Vítor" que crispados los nervios veía la inutilidad de sus razonamientos y la intervención de tía Rosenda con su cantinela eterna.

II

Saura y Elena, una morenucha esbelta, "resayan" en la mies y platican intimamente.

La tarde apacible y serena expira lentamente con inefable melancolía...

Las dos mozas tocadas con sus pañolones blancos encorvados sobre las glebas reciben la caricia de la brisa del atardecer que enerva la fatiga de la brega ingrata y refresca el semblante quemado por el sol.

- —La gente murmura, Saura, y diz unas cosas que la jacen a una ponerse colorá.
- —La gente es mu mala, Lena; mu mala, y no quier comprender que una pué cambiar de aquél...
 - -Cambiar de aquél sí, chacha, pero así, sin ton ni son...
 - -¿Sin ton ni son? Pues la gente se equivoca.
- —Se equivoca, pero murmura y ruta como una cigarra y diz unas cosas, si vieras; unas cosas tan indinas y tan juertes. Dicen que si tú tenías

mucha amistá con Foro el hermanu de Paquín y que al morir Foro te casas con Paquín pa no vete perdía.

Aquella mujer con entereza de hombre tremó de indignación. Era verdad que ella movida a lástima más bien que por los mandatos de sus padres, había asistido delicada y amorosamente a aquél mozallón gallardo.

Veía que de aquella obra de caridad salían las dentelladas a su honra. Sintió en el pecho el peso de la pena y dijo a Lena:

—Mira, mujer; es verdad que cambié de pensar y que quiero casame con Paquín. Cuando murió su hermanu vile desamparau, lleno de tristura llorando de pena. Pensé que no valía pa trabajar a lo labraor y que por inútil había güelto de la Bana, y dióme lástima. ¿Qué iba a ser de él dimpués que muriera su madre? No sé lo que entró en mi corazón...

Túvele lástima, mucha lástima y comprendí que le jacía falta una persona que mirara por él y prometíme a mí mesma casarme por lástima, que el cariñu vendría después...

Cerré los ojos a las sus faltas y na más quise ver su desamparu y su tristura...; Qué mala es la gente, qué mala!...

Saura lloró mansamente...

Sentía muy adentro aquella dentellada de la murmuración campesina; la más burda y canallesca de las murmuraciones.

MANUEL LIANO

La Región, 4-II-1928.

92.—EN CONTRA DE LA CIVILIZACIÓN. EL ESCRITOR QUE SE ENA-MORÓ DE LA INDIA

Un escritor de muchas campanillas y de no flaca pedantería, que anda entre libros y papelotes, atiborrando el cerebro de citas más o menos históricas y de costumbres antiguas, ha publicado recientemente un pintoresco artículo acerca de la India, con sus supersticiones, con sus fanatismos y con sus misterios.

El aludido literato, ratoncillo de Biblioteca, con pujos de erudito, ha dado en la flor de descubrirnos (cosa novísima y original), social, histórica y geográficamente, a algunos países famosos por sus absurdas religiones y por sus inconcebibles fanatismos.

Ahora le lia llegado el turno a la India y nos habla de la inmensa pen-

ínsula como pudiera hablarnos de los hebreos o de la batalla del Guadalete.

Esta labor extraordinariamente sencilla, teniendo a la vista algunos libros, ha sorbido el seso, o está en camino de sorbérsele, a nuestro regocijante escritor, que quizás sin darse cuenta, a la buena de Dios, como vulgarmente se dice, arremete furiosamente contra la civilización, que ha borrado con su esponja purificadora los feroces instintos de los habitantes de esos países de que se muestra tan rendidamente enamorado.

La India ha perdido para él los encantos y las sugestiones que han inspirado a viajeros y noveladores.

Con la misma compasión que pudiera lamentarse de la muerte de costumbres tradicionales y españolísimas, se conduele de que los ríos y las vacas sagradas hayan perdido la prístina veneración de los hijos de Buda o de Brahma; de que las pagodas no sean regadas con la sangre de los sacrificados, de que el fanatismo vaya extinguiéndose ante el avance valiente y gigantesco de la civilización.

Todo esto y algo más se desprende de su prosa pesada y necia, que pretende hacer amena a fuerza de citas y desatinos.

Al más lelo en la interpretación de este género de escritos, donde se observa la falta de ingenio y de cultura, se le ocurrirá pensar que ese estúpido sollozar por la desaparición de "los encantos, de los misterios, de la fantástica liturgia de las pagodas envueltas en deliciosos inciensos", significa tanto como lamentarse de la muerte de las crueldades fanáticas que tejieron las escenas más sangrientas e inhumanas.

Esos encantos, esos misterios y esos "perfumes embriagadores", de cuya desaparición se lamenta el erudito (?) a que nos refefrimos, envolvían las prácticas religiosas más horribles, los sacrificios más espantosos, las voluptuosidades más repugnantes.

Eran, sencillamente, el reproche más tremendo a una civilización que contemplaba indiferente aquel panorama de sangre y de locura.

Afortunadamente, la India que adoró al coronel Nichlson, ha entrado en un renacimiento pródigo en riquezas espirituales.

La India de Emilio Salgari, la que se vengaba de los árabes introduciendo cerdos en sus mezquitas; la que abría cuevas en las montañas para que los discípulos de Buda se entregaran a profundas meditaciones; la de los ritos sangrientos y misteriosos, ha cimentado sobre las ruinas del salvajismo los monumentos de la cultura europea.

Aunque ello desazone a los turistas ingleses, aventureros de todas las regiones inexploradas y hambrientos de emociones y de peligros que sólo su rara psicología puede encontrar pintorescos y divertidos, ya no abundan los estranguladores en las selvas, ni sectas vengativas que siembren el ve-

neno y los suplicios más horrendos, ni amores románticos, con raptos y todo, en el misterio de la noche; ni acechanzas en los bosques, ni reuniones en los templos subterráneos.

Las costumbres han quedado huérfanas de esa tradición terrorífica que ha forjado pintoresca novelería, solaz de la infancia y de la juventud.

¡Oh las emociones inolvidables que experimentamos leyendo a Salgari! Las vengazas de Yáñez; los suplicios en las hogueras de Calcuta; las "danzas de la destrucción"; las contorsiones voluptuosas, han desaparecido para no renacer jamás.

Lo cierto, lo que aún no ha desaparecido, es que ciertos escritores que aspiran a "un sillón académico", en su afán de hablarnos, con emoción de enamorados, de las cosas que fueron, lancen, sin encomendarse a Dios ni al diablo, esas apreciaciones tan burdas que ellos califican de romanticismos y de devociones, y que las personas de sentido común conceptúan como insignes tonterías...

MANUEL LLANO

La Región, 8-II-1928.

93.—LA CARTA DE UN SUICIDA. EL HOMBRE QUE NO ENCONTRÓ UN AMIGO

Recientemente se ha suicidado en un pueblo de la hermosa Galicia un pobre hombre a quien muchos han tachado de loco, o cuando menos de extravagante, como un británico consumido por la neurastenia y por el "splin".

El suicida dejó una carta manifestando que ponía fin a su vida por no encontrar amigos leales que corroboraran sus pesadumbres y tuvieran misericordia de sus cuitas.

He aquí la cruda filosofía de un desesperado que no encontró en el áspero sendero de su existencia una mano amorosa que le ayudara a apartar los abrojos y a encontrar confortadores oasis que robustecieran sus energías e hicieran más recio su temperamento.

Caminar, caminar siempre sin el consuelo de una lealtad, sin el estímulo de una amistad noble y sincera, sin un ofrecimiento generoso que le sirviera de esperanza en las crueles horas del dolor y de la incertidumbre.

Como un Diógenes, moderno peregrino en busca de un amigo, y no le encontró, y al fin cuando se inició el flaqueo de sus fuerzas y la voluntad fue

decayendo y se hizo más oscura y tenebrosa su desesperanza, vino la muerte, la mejor amiga de los que no han encontrado en los hombres un leve alivio para sus angustias.

La amistad, salvando insignificantes excepciones, ha pasado a ser utópica, como las vehemencias de los que pretenden una exaltación eterna de la caridad y de la misericordia, de la justicia y de la igualdad social, de la felicidad y del amor...

Pretensiones hermosas, deseos magníficos que nunca pasarán de una consoladora teoría aunque las rebeldías rompan los convencionalismos y pongan por encima de todas las cosas, como suma y compendió de la felicidad, el amor al prójimo.

La Humanidad con sus formidables evoluciones científicas, con los inconcebibles desenvolvimientos de sus actitudes, que trascienden a maravilla, ha sido sepultada entre el tráfago ensordecedor de sus trajines, esas suavísimas sensaciones del espíritu que hacen más fácil y más optimista la existencia.

Hogaño, la amistad no es consistente, ni está poseída de ese caudal de abnegación y de sacrificio que busca al caído para levantarle y enervar sus desventuras y orientar su vía por rumbos limpios y apacibles.

Cuando el hombre recuerda los tiempos dichosos, en la miseria, añorando los días de felicidad en que estaba lejos de pensar en lo deleznable de las venturas humanas, se ve sólo en las medrosas oscuridades de sus penas, abrasándose en el fuego vivo de las pesadumbres, sin contemplar un rayo de luz que le sirva de esperanza y de resignación.

El hombre caído, por las inclemencias del destino, pródigo en cambios tan dolorosos como inasperados, inicia una tragedia que acabará con su fortaleza espiritual.

Donde tenía la esperanza de encontrar una frase de aliento, en una promesa que enerve la terrible incertidumbre del mañana, encontrará la indiferencia o una compasión apócrifa creada por el inicuo convencionalismo que ha arraigado en las conciencias obtusas como semilla fecunda.

Tal le sucedió a ese desdichado que puso fin a su vida en un pueblo gallego.

"No he encontrado ningún amigo fiel que haga menos intenso mi dolor". ¡Qué espantosa tragedia encierran estas palabras escritas por un hombre, a dos pasos de la muerte!

MANUEL LLANO

La Región, 9-II-1928.

94 -- CAMINOS DE LA MONTAÑA... EL SOL DE LOS MUERTOS

(Publicado en *El Pueblo Cántabro*, 14-X-1926, con el título "Donde nacen las flores sevillanas").

95.—JULIO VERNE. EL GRUMETE DE LA FRAGATA "CORALIE"

El escarceo insistente de las grandes aventuras no le daban punto de reposo.

Quería viajar, correr por el mundo, sin orientaciones ni rumbos, a donde le llevaran los vientos...

Los horizontes de Nantes eran menguados y pobres para un mozo que sentía en el espíritu el fuego vivo de las aventuras, y en la imaginación como un privilegio singularísimo, las peregrinas fantasías que habían de describirnos el fondo del océano y el centro de la tierra...

Nantes le causaba tedio.

Era trivial y monótona aquella vida, junto a los legajos de su buen padre. La rutina de la existencia era como una obsesión que le persiguiera con ensañamiento feroz.

Quería horizontes más anchurosos; libertades más holgadas; emociones más intensas, zozobras, sobresaltos, incertidumbres.

El ansia más vehemente de su vida era entregarse, con deleite supremo, a las formidables luchas con el mar, curtir su rostro con los vientos del océano, abandonar las playas francesas y remontar el vuelo a lejanas costas envueltas en brumas y en misterio.

Era un deseo constante, una fuerza abrumadora, un recio impulso que le tenían dominado como un amor eterno, como una pasión inconcebible.

Aquella psicología fuerte y enérgica desde la infancia, quería robustecerse y templarse lejos del hogar, entre las horribles tempestades del mar y las medrosas exploraciones de desiertos y de selvas, de costas y de montañas; y en un sublime egoísmo de su excepcional temperamento llegar con la imaginación a las profundidades de la tierra, a los espacios interplanetarios y a los abismos del mar...

Julio Verne, el genio clarividente, rompió las murallas, cercenó las disciplinas y quebrantó los hierros de su cárcel.

Los manuscritos de la Notaría paterna, las complicaciones judiciales,

la severidad de los códigos y las querellas y los informes, se le antojaban picardías, crueldades y convencionalismos adustos e inclementes...

El grumete precoz de la "Coralie" no quiso seguir la tradición de su casta, que a tantos ha esclavizado. La rebeldía fue su salvación y la voluntad, aquella formidable voluntad que no supo de fatigas ni de enervamientos, fue su gloria...

El solitario, el hombre de la vida interior —como dice muy bien Fred Pujula— no viajará solo, no realizará solo sus aventuras; no correrá solo los temporales, ni solo se asomará a sus audacias, ni solo tratará de descubrir el credo de la imposibilidad.

Con él irán todos los niños del mundo y le seguirán en las peregrinaciones hacia la vejez; con él irán los grandes optimistas y los grandes aventureros

El será para todos un faro de fuerza y de energía.

Barrés y Grosclaude compararán la claridad de su estilo a Stendhal y su lógica a Descartes.

El explorador Hourst dirá que él y los suyos van arrastrados por Julio Verne.

Los misioneros querrán sufrir la suerte del mártir que salva Fergusson y agoniza en las alturas.

Belin, el gran inventor, confesará que los puntos de vista de Verne le orientaron en el estudio de la televisión. Byrd, volando hacia el Polo, dirá que es Julio Verne quien le lleva.

Simón Lake, en las lecturas de Verne, se apasionará por los submarinos y estudiará y trabajará hasta inventar el suyo...

Libre y noble fue su obra. Libre y noble fue hasta su muerte el hombre que hace cien años nació en Nantes y allí respiró por vez primera la brisa del océano y el alquitrán de los puertos.

MANUEL LLANO

La Región, 15-II-1928.

96.—CAMINOS DE LA MONTAÑA... LAS AMBICIONES DEL SARRUJÁN DE JONGAYA

(Publicado, con el mismo título, en El Pueblo Cántabro de 20-IV-1927).

97.—LA CRISIS DEL MATRIMONIO. COQUETERÍA, VANIDAD Y ADORNOS

La estadística de los matrimonios celebrados en España en el pasado año, acusan una baja considerable.

La "dulce y eterna coyunda" ha llegado a ser amarga y deleznable, y la vicaría no es, como antaño, el anhelo supremo de los mozos enamorados y de las jovencitas que sueñan con unos angelotes de Murillo, hermosos como sus ilusiones.

Hoy, los amores son más fáciles; las conquistas, más placenteras; más refinada la voluptuosidad y más flaca la ilusión y más pícaro y desvergonzado el deseo.

Lo que hogaño estaba velado, en nuestros días está al alcance del hombre más bellaco y medroso.

Aunque moralistas, con tonsura o sin ella, tachen de crudas nuestras palabras, hemos llegado a límites tales en que es menester abrazarse al realismo y llamar a cada cosa por su nombre, como el caballero de la Mancha o el arcipreste de Hita, "amigo de las buenas mozas y de los vasos de buen vino".

Los rubores no habrían de ser afrentados por ese realismo y por ese desenfado del lenguaje. Escenas más crudas se contemplan en la "pantalla" y en el teatro, sin que las mamás ni las niñas arruguen el ceño, tapen los oídos o cierren los ojos.

Antes al contrario, lo contemplan como la cosa más natural del mundo, celebrando la picardía de la frase, el erotismo de la escena y los besos "cinematográficos", esos ósculos prolongadísimos de la pantalla, que serían el escándalo de nuestros abuelos...

La crisis del matrimonio es una de las consecuencias más dolorosas de la torpeza de las costumbres, de la provocación constante de la mujer con las transparencias de sus vestidos y la exagerada desenvoltura de sus movimientos... Rimel, afeites y demás menesteres que no faltan en el menguado baúl de la más insignificante de las maritornes.

El hombre ha cogido un miedo espantoso a la coyunda matrimonial, por ese desmedido lujo de la generación actual, que nos ha convertido en esclavos de tan tirano señor.

Como ha dicho muy bien nuestro admirado compañero González Rabanada, el modesto industrial, aspira hoy a presentarse como el rico propietario; el subalterno como jefe; la mujer y las hijas del artesano tienen más lujo que la antigua y regularmente acomodada madre de familia.

Antes se conquistaban corazones con la modestia y la sencillez; hoy se

eligen como medios más capaces de interesar, la coquetería, la vanidad y la riqueza de los adornos, la veleidad de la moda, la exposición pública de las formas que el pudor debe cubrir con un velo.

El hombre teme con razón que la ligereza de la soltera se convierta en disolución cuando casada, y que la que hoy designa el mundo como ligera, coqueta o loca, sea mañana calificada con más dureza. El hombre teme no poder soportar el peso de tanto lujo, y que la llama del amor se apague o cuando menos se eclipse por el más ligero capricho que él no pueda satisfacer.

La clase media es la que más sufre en esta crisis social, y es porque en ella son más temibles los efectos del lujo, la falta de amor al trabajo, a la economía, a las honestas aspiraciones, al amor mutuo y a la conservación de la paz doméstica...

Lujo, vanidad, desmedido afán de riquezas ficticias, inmoralidad, coquetería... He aquí las causas del celibato.

MANUEL LLANO

La Región, 22-II-1928.

98.—LA CARIDAD DE LOS OPULENTOS. DESVENTURADOS LOS QUE NO HACEN BUEN USO DE SUS RIQUEZAS

La Junta Central de Protección a la Infancia tiene en proyecto una campaña de "saneamiento social"; una campaña en que fundamentan la desaparición, o cuando menos, el enervamiento de los males que acechan a la ninez, cada día menos inocente y más precoz.

No tenemos fe en esos procedimientos teóricos.

La literatura, con puntas y ribetes de homilía y la oratoria amenazante y descompuesta, que profetiza tremendos castigos a los que no les viene en gana seguir este o el otro camino, o practicar tal o cual creencia, están lamentablemente desacreditadas.

Mitin sanitario, mitin contra la inmoralidad, mitin de exaltación de las buenas costumbres... Nada... Voz que clama en el desierto, sementera infecunda; muchos sueños y pocas realidades. Nada...

La mayor equivocación del siglo XX ha sido confiar a la oratoria, a las propagandas netamente literarias, a la elocuencia, al amaneramiento y a la afectación, a los discursos sin médula y a los gestos teatrales, el arreglo de muchas cosas que están quebrantadas y el alivio de muchos dolores que tienen su raíz en el corazón...

La Humanidad doliente está harta de discursos y de lamentaciones mitinescas. Odia la estéril teoría, la querella literaria, la elegía a lo irremediable, la acusación sin castigo...

Realidades, realidades. He aquí la fuente y el granero, el pan y el abrigo, un poco de felicidad y de misericordia, un poco de materia entre tantos espiritualismos que nacen y mueren a flor de labio; que no han brotado del alma, que no poseen el calorcillo de la sinceridad ni el nervio de todo lo recio y consistente...

¡Hay que corregir esos grandes defectos sociales; es menester fomentar el apostolado de la caridad; hay que velar por la infancia; es preciso apagar la miseria y el hambre...! Dicen algunos.

Palabras y palabras; nada más que palabras.

Esa equivocación, menguada herencia de aquel sentimentalismo enfermo y medroso del siglo pasado, que los románticos pretendieron arrasar con la pujanza de su acción y de su fortaleza espiritual, ha sido la causa y el desventurado origen de esa inconcebible y contraproducente fe en la palabra y no en la evolución y en la energía práctica.

Si analizamos detenidamente los resultados de esas campañas, donde la teoría es la base y la orientación y la finalidad, observaríamos que aquéllos habían sido tan deleznables como aquellas famosas "legislaciones voluntarias" de que nos habló muy donosamente Ortega Munilla.

"Hechos y no palabras". Esta frase tan trivial y tan manoseada encierra en su vulgaridad un compendio concreto de realidades y de orientaciones.

No queremos combatir con esto los proyectos del Consejo de Protección a la Infancia, ni es nuestra intención zaherir las instituciones análogas; pero sí indicar que ese no es el camino a seguir para que la jornada sea menos fatigosa.

Las soluciones teóricas no son capaces de transformar las costumbres, ni de amortiguar los vicios, ni tan siquiera de disminuir la violencia del morbo que se pretenda extirpar.

Hace falta más, infinitamente más que eso. Hace falta, cuando de estos problemas se trate, que los llamados, por sus riquezas, a hacer menos desconsoladora la vida de los indigentes y de los abandonados, no se encojan de hombros, lanzando la estúpida frase de "Que ponga remedio el Estado".

Estos problemas son de índole económica. Asilos, Reformatorios, comedores, cantinas escolares...; dinero!

Más que todos los actos en que se fustiguen las plagas sociales y se describan los terribles panoramas de la miseria y del dolor, pueden hacer los

que no han conocido las privaciones, ni saben de la amargura de un deseo

La caridad de los opulentos no es una merced, es una obligación impuesta por el cristianismo y por los sentimientos de los humildes...

"Desventurados de aquellos que no saben hacer buen uso de sus riquezas".

MANUEL LIANO

La Región, 5-III-1928.

99.—DIVAGACIONES. LA INMORALIDAD Y LAS ANDANZAS DE UN FUTURISTA

Un periódico de la corte se ocupa extensamente de las campañas que se han iniciado para la extirpación de la inmoralidad en algunas ciudades españolas.

Cree el colega que dichas campañas han de ser las que obren el milagro y pongan término al morbo que todo lo invade y corrompe.

No estamos conformes con las apreciaciones del colega y menos con la rotunda afirmación de que la perseverancia en la propaganda y el estímulo de las buenas costumbres podrán modificar las cosas y llevarlas por cauces limpios y por orientaciones más honradas...

Desde hace muchísimos años, cuando comenzaron esas pretensiones de quebrantar la inmoralidad y hacer de España un pueblo ejemplar en ese aspecto, los ingenuos acarician esa esperanza, como suma y compendio de todo lo honesto y discreto...

Y sin embargo, las aguas turbias no tienden a decrecer ni se ha enervado ese resabio aguijoneante que tiene la enfermiza sugestión de lo malo y denigrante.

No, colega, no. Las campañas literarias no gozan ya de aquella fortaleza y de aquella eficacia de antaño.

La psicología de los pueblos ha evolucionado en sentido opuesto a lo que Alarcón llamó "consejos literarios y normas poéticas de buen vivir".

Aquellas devociones hacia la prosa doliente que quería ser persuasiva a fuerza de moralejas y de frases que trascendían a presagio amenazador, se han convertido en indiferencias inconcebiblemente burlonas.

Aunque no gustamos de los procedimientos intransigentes y excesivamente severos, crea el colega que en esta cuestión lo que no pueden hacer los artículos periodísticos y los discursos, puede conseguirlo una legislación intransigente cuya sanción comience en ciertos hogares y termine en algunos cinematógrafos donde toda inmoralidad tiene su asiento por obra y gracia de las bellacas concesiones de muchos padres de familia.

Marinetti ha visitado España. El audaz jefe del movimiento futurista ha tornado a su país "encantado de sus andanzas por la tierra castellana".

El viaje de Marinetti —dice una revista— no ha sido de carácter esencialmente artístico. Ha venido como viajante de comercio de productos ideológicos.

Marinetti es un aventurero de gran estilo, dispuesto, ayer como hoy, a extravagancias.

"El ex intrépido alborotador italiano ya no representa hoy lo que un día fue, precisamente, porque el futurismo es un cadáver".

Marinetti, este hombre pintoresco que un buen día se hizo fascista, como casi todos los jefes del futurismo, siente la monomanía de la extravagancia y de la complicación.

Antes defensor de la guerra "jusqu'au bout" y del imperialismo, ahora futurista decadente, nada más que futurista...

Un comentarista de la estancia de Marinetti en España, dice que el ex jefe del futurismo ha dejado de ser el divulgador de las inquietudes artísticas, del afán iconoclasta de una generación para convertirse en un pájaro piruetista...

MANUEL LLANO

La Región, 13-III-1928.

100.—CAMINOS DE LA MONTAÑA. LAS MARZAS

Ya no se cantan las Marzas con la devoción de antaño; ni suenan los almireces, ni el cascabeleo de las panderetas se oye en las callejas...

El evolucionar de los tiempos, apartándose de la tradición; la transformación de las costumbres; el estúpido afán del aldeano de imitar los gustos y los "requilorios" de la ciudad; el desprecio hacia todo lo viejo, en fin, han ocasionado la casi desaparición de esta costumbre típica, mezcla de cantares y de oraciones...

Las Marzas, antes tan recogidas, tan inocentes, han llegado a ser en los pueblos en que aún se cultiva esta costumbre, una fiesta a la moderna, con

sus picardías, con sus malicias y hasta con sus puntas y ribetes de juerga escandalosa.

Todo tiende a desaparecer. La psicología del aldeano se ha puesto al compás de los tiempos, no precisamente en el dinamismo de las ideas sociales, ni en los procedimientos de cultivo de la tierra, ni en la higiene, ni el desprecio a los resabios de la superstición y de la hipocresía.

El campesino y la moza de aldea, especialmente, no se resignan a la vida mansa y apacible de los valles y de las montañas. Odian el vestir sencillo y pintoresco; las danzas, bajo los árboles, con "rosqueos" y tarrañuelas, panderetas y requiebros; la "jila" ante los tizones en que dicen las viejas consejas y las amorosas leyendas sus alegrías o sus pesadumbres; la picardía, a flor de piel, de las "deshojas"; el recato, la templanza, la mansedumbre, la sencillez...

El afán desmedido de imitar los gustos y los refinamientos de la vida ciudadana, imitación burda y grosera que sienta muy mal en el carácter de las gentes del campo, ha logrado esta metamorfosis lamentable que no ha dejado en paz ni a las conciencias, ni a los amores...

Los cantares de marzas y las notas de los almireces; el rumorear monótono de las oraciones y las estridencias de los ijujús, se han extinguido.

Pero hay luz eléctrica y manubrio y se pela la pava en las reconditeces de los bosques o en las discretas riberas del río y se habla más finamente, y las hijas de los pastores y de los aparceros, usan reloj de pulsera y se cortan el pelo a lo muchacho.

М. Іл.

La Región, 15-III-1928.

101.—UNA NOVELA COSTUMBRISTA. "LA CANCIÓN DE LA TARDE"

El género netamente costumbrista va decayendo en España. Aquel furor que encontró un desenvolvimiento placentero en la segunda mitad del siglo XIX, se fue enervando lentamente ante la arrolladora y perseverante indecisión de la literatura francesa, que comenzaba entonces a exaltar en la novela y en la poesía el morbo del "amor pornográfico" y el realismo exagerado de unas costumbres que dejaban malparados al romanticismo y a la mansedumbre del hogar.

No obstante aquella formidable irrupción que los abates franceses y los

clérigos españoles y los moralistas latinos combatieron desaforadamente, no predicando con el ejemplo, ni oponiendo a la propaganda otras razones que la excomunión y el "vade retro", la literatura costumbrista prosiguió tejiendo sus peregrinas bellezas inspiradas en los campos y en las sierras; en las "aldeas perdidas" y en los pueblos castellanos, dormidos en la inmensa llanura, bajo el peso de la aparcería y el feudalismo avaro de los grandes terratenientes...

Pero al fin y a la postre, en aquella lucha violenta entre la aldea y la ciudad, entre los amores del campo y las coqueterías y las pecadoras veleidades de las urbes, venció el refinamiento y la hipocresía; el convencionalismo y el recato falso; los deseos brutales y el prejuicio ignominioso que estranguló la idealidad y algo más noble y generoso.

Actualmente, esa decadencia a que hemos aludido ha llegado al fondo de la sima.

Los amores fáciles; las hondas transformaciones de los gustos y de los sentimientos; las innovaciones exóticas que han convertido a la mayor parte de la juventud en vehemente adoradora de todo lo frívolo y huero; el enervamiento de las virtudes; la ficticia honestidad; la provocativa desenvoltura de la mujer. He aquí la causa de la victoria en esa lucha entre lo tradicional y lo moderno.

De vez en cuando aparece un destello optimista que brota en la campiña y llega a la ciudad. Es la acusación de los que no se resignan a que la indiferencia por las cosas de la aldea siga su carrera apresuradamente, a través de ese panorama de hermosuras apócrifas donde no hay naturalidad en los ambientes, ni belleza en los espíritus, ni fragancia en los jardines...

Ese destello confortador nos hace ver a través de las nieblas, la existencia de rincones apacibles, donde los remansos de la paz y del amor tienen la encantadora sugestión del consuelo y de la belleza.

"La canción de la tarde" novela costumbrista del novel escritor castellano Mariano Boedo, nos presenta esos rincones, esos remansos y esas bellezas como suma y compendio de la felicidad humana.

El novelista, poeta y observador sentimental y optimista, nos cuenta de bella manera la historia amarga de un amor que llegó al sacrificio después de apurar el desengaño y la infelicidad...

Las miserias de la aldea; las complicaciones de una existencia odiosa, dominada por el egoísmo y la egolatría; el trajín incesante en las heredades del amo; las inclemencias y las groserías de mayorales y administradores, y por encima de estas cosas de "tierra baja", el amor y la abnegación, remontando el vuelo hacia la cumbre de la sierra, cuando el invierno enseña las primeras nieves y en la aldea se hace más monótona y triste la vida...

Mariano Boedo, demuestra con su primera novela, las admirables cualidades que posee para dedicarse al género costumbrista castellano.

Tiene imaginación y temperamento y extraordinaria valentía al censurar los vicios de los humildes y la soberbia de algunos poderosos.

Su novela, novela de trabajo y de amor, de alegrías y de infortunios, diríase que ha sido inspirada en la copla montañesa:

> Ya va trasponiendo el sol por encima los coteros, ya se entristecen los amos, va se alegran los obreros...

> > MANUEL LLANO

La Región, 21-III-1928.

102.—CURIOSIDADES LITERARIAS. LAS POESÍAS MÁS EXTRAVA-GANTES.

Una casa editorial de Madrid, acaba de publicar un libro en el que se recopilan las poesías más extravagantes del idioma castellano.

El autor del libro mencionado, hombre de extraordinaria paciencia y de bonísimo humor, ha querido dar a conocer a los amantes de las peregrinas curiosidades de la literatura española, esos versos extravagantes de los que dijo Cejador que eran "los acentos burlones, con algo de socarronería y optimismo, de los poetas monomaníacos".

Allá, en los comienzos del siglo, cuando aun no se conocía el ultraísmo ni la bellaca cursilería poética, hacía perder el seso a melindrosas e insensatas doncellas, otro literato, José María Matheu, el autor de "La ilustre figuranta", dio a conocer una serie de versos regocijantes que, a pesar de sus extravagancias y de sus crudezas, poseen la belleza y el ingenio de que carecen algunas, inspiradas en asuntos más serios.

Pero Agustín Aguilar Tejera, que es el autor del libro a que venimos aludiendo, ha llegado más allá que José María Matheu: ha conseguido seleccionar exquisitamente esas "poesías extravagantes" y ofrecernos las más pintorescas e ingeniosas.

Desde Jorge Manrique hasta Pérez Zúñiga, desde la poesía acróstica a la retrógada, Aguilar Tejera ha conseguido que su recopilación resulta la más interesante de cuantas se han publicado hasta la fecha.

El escritor ha atendido única y exclusivamente a las extravagancias de

forma, omitiendo los versos de pie quebrado, concordantes, leoninos, anagramas, enigmas, glosas y otros géneros poéticos que "o no ofrecen muy señalada rareza o hubieran hecho excesivo el volumen del libro".

Tampoco ha pretendido agotar la materia incluyendo en la antología todo lo que tocante a extravagancia posee la literatura española. Más de otro tanto se esconde en Archivos y Bibliotecas esperando la mano que lo desempolve. Ancho campo hay, pues, donde espigar con gran provecho el curioso que quiera investigar en este sentido.

Para que el lector se dé cuenta de la curiosidad del interesante volumen, publicamos a continuación una de las poesías que contiene: "sonetillo sin versos", de Belisario Roldán:

Media noche: una calleja
de antigua cepa moruna:
por todo faroi, la luna,
y Dios por toda "pareja".
Una ventana, una reja,
detrás de la reja... "alguna",
y ante la ventana, una
canción trémula de queja...
Otro hombre... una maldición
en la callejuela sola,
un grito airado: "¡traición!"
en la sombra una pistola
y, después, un borbotón
de la gran sangre española.

También reproduce los versos publicados por Sbarbi en "El averiguador universal"; las famosas redondillas jeroglíficas que se escriben con motivo de la exaltación de Fernando VI al trono; el único soneto castellano escrito empleando sólo una vocal; poesías en vizcaino y algunas composiciones entresacadas de la "Vida y hechos de Estebanillo González".

En la curiosa antología, también se reproduce el soneto, de consonantes forzadas, que el marqués de Molins, dirigió a sus amigos, invitándoles a una cena en la noche de Pascua del año 1851. Todos los invitados contestaron con los mismos consonantes usados por el marqués, excepto Baralt, que envió un soneto célebre.

Aunque algunas de las poesías que componen la antología del señor Aguilar, son ya conocidas por haberse recopilado en cl libro "Las cuatro navidades", editado el año 1857, no por eso pierde mérito la interesante obra del notable escritor, que ha llevado a cabo una labor admirable, favorablemente acogida por la crítica y por los amantes de estas curiosidades literarias.

MANUEL LLANO

103.—RELACIONES HISPANOAMERICANAS. LOS ENDECASÍLABOS Y LA EXPOSICION DE SEVILLA

El otro día, el notabilísimo escritor y colaborador nuestro, don Angel Dotor, se ocupaba en un bellísimo artículo de la literatura americana, haciendo un acabado estudio del desarrollo que ha llegado a alcanzar en estos últimos años.

Ahora, el admirado escritor José Castellón, especializado en las cuestiones hispanoamericanas, como Angel Dotor, ha iniciado una serie de interesantes artículos que merecen nuestra especial atención, porque están inspirados, no precisamente en lo que pudiéramos llamar relaciones espirituales y literarias, sino en la realidad y en la historia.

Estos dos escritores que quizá sean los más generosamente exaltados en las campañas que tienden a dar el máximum de eficacia material, práctica y sincera, a las relaciones entre España y las Repúblicas sudamericanas, tienen el mismo criterio e idénticas esperanzas.

Ambos siguen la misma ruta y fundamentan sus claras apreciaciones en las mismas bases y en el mismo optimismo.

No son las propagandas netamente literarias que pretenden estrechar los tan cacareados lazos con los sones de la lira poética, con los endecasílabos o con los discursos rimbombantes, con puntas y ribetes de apologías insinceras. Ni tampoco pretenden llegar a la exaltación de ese amor recíproco y de ese intercambio intelectual y comercial empleando aquellos fracasados procedimientos que comenzaban con las querellas de un soneto y terminaban quejumbrosamente con las lamentaciones de una elegía que hablaba de "playas remotas", de las "pobres naos muertas" o de "talones" sepultados en la arena en el mar de Colón...

Después la calma, el descanso, hasta que la inspiración volviera a brotar y las metáforas de la oratoria y de la poesía, deslumbrarán de nuevo a quienes aún confían en la eficacia de la lira, de los gestos dramáticos y de las declamaciones afectadas en escenarios y en paraninfos...

Castellanos y Dotor van en contra de estos añejos y equivocados procedimientos. La experiencia de sus viajes por la América española; los desengaños de ese inconcebible afán de confiar a la rima la intensidad del cariño entre la madre y la hija; cl resultado negativo de las endechas y de las octavas reales, han sido lo suficiente para que ambos literatos, sin perder su condición de poetas, manifiesten, con la mayor claridad del mundo, que no es ese el camino a seguir si queremos alcanzar una franca hegemonía comercial en aquellos países.

La psicología de las razas ha sufrido grandes modificaciones, apartándose, más por necesidad que por capricho, de lo tradicional; y lo que antaño significaba un elemento robusto de afianzamiento económico o intelectual, es considerado en los tiempos que corremos como uno de tantos medios ineficaces que sólo conducen al fracaso y a algo más grave y mortificante.

Quédese la poesía para cantar las gestas y el heroísmo y la abnegación, la filantropía y la gratitud; la paz de los campos y de las montañas; la tristeza de los claustros medioevales; el remanso del río; la soledad medrosa de las cumbres.

Los tratados comerciales no gustan de versos ni de elocuencias literarias. Ya dijo aquel insigne estadista que la atrevida intervención de la poesía en las cosas del Estado "significaba el quebrantamiento de la ley y la debilidad de las sanciones y el enervamiento de la energía".

Por ir, valientemente, en contra de ese exagerado afán de unir lazos con juegos florales y concursos literarios, merecen nuestras mayores simpatías.

Sin olvidar las gestas inmortales del descubrimiento, dejemos, en paz, de una vez para siempre, a las "viejas naos, muertas en playas remotas", a los hombres vestidos de hierro y a las "noches tristes", cuando se incendiaron las naves y brotó el desaliento...

¡La Exposición iberoamericana de Sevilla tendrá más eficacia, más ventajas y más utilidad que todos los versos que se han hecho en pro de ese acercamiento y de esa confraternidad!

MANUEL LLANO

La Región, 3-IV-1928.

104.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. LOS MISTERIOSOS LAMENTOS DE LA CASA DEL ALMA

Lo que decía un periódico.

El corresponsal, en el pintoresco pueblo de Barcenuca, de un periódico ya desaparecido, decía lo siguiente en la información de la provincia:

"Este vecindario está extraordinariamente alarmado desde hace algunos días. La causa de esa alarma obedece a un rumor lanzado por algunos pastores, según los cuales en un invernal abandonado en las cercanías del pueblo, se escuchan en la noche lamentaciones y quejidos que causan terror.

Por hoy nos limitamos a dar cuenta del rumor escuetamente, ya que los comentarios serían prematuros sin la confirmación de los rumores a que aludimos"

El pueblo de las albarcas y de las colmenas.

Barcenuca es una aldea montañesa, famosa por sus albarcas y por sus colmenas.

A orillas del camino real, entre huertos y jardines, se levantan las casas con sus troneras y con sus solanas. Abundan los humilladeros y las portaladas. En el centro del pueblo un castillo derruído recuerda el derecho de pernada, las humillaciones ignominiosas de los villanos, la gravedad adusta de los hidalgos de gotera y las iniquidades de los señores de pendón y caldera...

Aún se contemplan con respeto profundo aquellos muros caídos, aquellos escudos y aquellas almenas que fueron un día símbolos de fuerza y de señorío.

Una pavorosa tradición mantiene aquel respeto, hondamente medroso por resabios de casta y de servidumbre. La aparcería, reminiscencia de aquella época oscura en que el señor usaba látigo, imponía alcabalas y se hacía temer y odiar de los que cultivaban sus heredades, no causa tanto respeto y tanta devoción como aquel castillo medioeval, cubierto de hiedra, donde tienen su guarida los murciélagos y las cornejas...

Aquella aldea del rincón de la Montaña, rodeada de mieses y de praderas, conserva viva la fuente de sus tradiciones y de sus costumbres.

Diríase que los altísimos collados que la separan del valle, más modernizado y señoril, han sido los obstáculos insuperables que se han opuesto con sus peñascales y con sus abedules, al paso de todo lo nuevo y de todo lo malo.

En los humilladeros, a orillas de los caminos y de las camberas, no ha muerto el decoro cristiano ni el fervor; ni se han marchitado las plantas que adornan las viejas paredes. Las toscas imágenes no han sido movidas de las hornacinas por manos pecadoras en noches de bureos y de escándalos.

El estigma espiritual de la psicología montañesa ha encontrado una peregrina exaltación en aquel pueblo escondido que conserva y ampara las ruinas de un castillo feudal; la campana milagrosa que "diz" que enerva las tormentas; la superstición medrosa y arraigada que cree en las "anjanas" chiquitinas y blancas, en los trasgos, en los "ojáncanos" y en las apariciones misteriosas cuando brama la tempestad y las "canalonas" de aguas turbias inician su música ensordecedora.

Barcenuca es un pueblo tan anodino como feliz. Las albarcas y sus mie-

les, sus maizales y sus praderías, sus rebaños y sus agreos, constituyen todas las ambiciones y todas las ansias de riquezas.

El amor brota del interés, lo mismo que la amistad y que el privilegio, la admiración o la gratitud. Es un interés ingenuo, sin complicaciones odiosas, ni engaños, ni ludibrios afrentosos. Es sencillamente un acuerdo recíproco del hombre y de la mujer para unir sus haciendas y sus vidas. El amor —dicen ellos— viene después, con los hijos, con las alegrías y con las pesadumbres...

La chismografía en mentideros y "jilas", carece de esa mortificación que destroza a los pobres de espíritu, a los débiles, a los desamparados y a los pesimistas. Es una chismografía a flor de piel, donde la calumnia no mata esperanzas, ni rompe corazones, ni engendra vergüenzas, ni quebrantos espirituales. Nace recatada y discreta y sabe restañar la herida y enmendar el daño... Paz en la campiña y en los espíritus; mansedumbres, remansos, apacibles soledades; vidas monótonas, sin sobresaltos ni inquietudes hondas. Todo vulgar y nada extraordinario, a no ser el paso veloz de un automóvil por el camino real o el regreso de un indiano con salud y dineros.

Tal es Barcenuca, pero un día...

Lo que nos contó el regidor.

Llegamos a la aldea al caer de la tarde, cuando se apacentaban los rebaños y se abandonaba el trajín de las mieses en sementera.

La melancolía infinita del "sol de los muertos" inundaba los apacibles ambientes. En la cambera de la mies una copla montañesa decía de querellas amorosas y de juramentos ingenuos:

> He de querete morena onque me des desengaños; he de querete morena onque me lleven los diaños...

El sol se iba ocultando, entre nubes de fuego, tras los gigantes picachos de Leroba.

A lo lejos, el acento monótono de un bígaro, semejaba un quejido ronco y prolongado que saliera de las entrañas de una cueva...

Alto, enjuto de rostro, de semblante expresivo y ojos chiquitines y vivaces, era el regidor de Barcenuca.

Decían malas lenguas, que nunca faltan en la aldea más insignificante y patriarcal, un tal regidor, medrosico y remolón, que había estado a punto de dejar la capa y la vara de avellano, el "galero" descomunal y aquellos cordones azules, atributos de autoridad y de prestigio.

Los alarmados vecinos de Barcenuca, que miraban recelosamente hacia la parte en que se alzaba el viejo invernal como temiendo ver avanzar hacia la aldea un ejército de aparecidos lanzando siniestros quejidos y terribles amenazas, culpaban al desdichado regidor de la prolongación de aquellos sucesos extraordinarios, que traían en vilo a todos los habitantes del lugar. Ni las imprecaciones violentas de los viejos, ni las insinuaciones crudas y amenazantes de los mozos, ni las recias palabras de las comadres maledicientes y resabidas, tuvieron la fuerza y la eficacia necesarias para que el medroso regidor de Barcenuca saliera de su profundo estupor y buscara el término de aquellas misteriosas lamentaciones que rompían el silencio de la noche, con desgarraduras y estridencias inconcebibles...

Escondido en la amplia cocina de su casa, a la vera de la ennegrecida "pusiega", cavilaba el pobre hombre, con intensas y dolorosas mortificaciones mentales, sobre el modo de salir airosamente de la situación que le causaba recias "lijaduras" y desazones, viendo cómo se desvanecía el deleznable prestigio de su autoridad y cómo las gentes acusadoras e intransigentes, hacían alusiones calumniosas a su casa y a su "galero", a su hombría y a la vara tradicional que estaba a punto de quebrarse como un helecho, bajo las disciplinas de la cellisca...

Penetramos en la cocina del regidor. Tarreñas y "fuentonas", cántaros y "maseras", "tajos" de albarcas, cortezas de alisas, barrenas, "legras" y ramos de doradas panojas, adornando las sucias paredes.

Una estampa vieja, colgada encima de la "pusiega", nos recuerda la antigua y desaparecida costumbre de los exorcismos de las bendiciones, cuando andaban las "anjanas" por los senderos del monte aconsejando a pastores y leñadores, y las "monucas" de diversos colores, chupaban la sangre de los niños robustos y de mejillas "colorás".

En un rincón, palos de rastrillos, "porras labradas" de pastoreo, "mazos" y colleras, "sobeos" y lazos de "coloño".

Por la "tronera", que hacía las veces de ventana y de chimenea, entraban las últimas luces del día y el "cantar" quejumbroso de un carro de "pértiga" que pasaba frente a la corralada de la casa.

Vencimos el recelo del regidor, suspicaz y desconfiado como buen montañés.

Después de ofrecernos un "tajo", ante la lumbre, donde chisporroteaban los leños de "barroscos" y "cajigo", el infeliz regidor fue desgranando lentamente el largo rosario de sus pesadumbres:

—La gente es indina y mala... Quienre los muy tasugos que vaiga yo solu

a enterame de lo que pasa en el invernal que jaz muchos años se llama la "Casa del alma". ¡Y yo solu no voy onque lo mande la mesma bula! Ya soy vieju pa andar con esos belenes y no faltan en el pueblu... Pero tos son unos belucios y unos hablaores, que na más que tienen aquél de valentía pa criticar y jeringar al prójimu. ¡Mal añu pa los indinos!

Jacían mejor iros a la "Casa del alma" y ver el ojetu de los lloriqueos y de las voces, que son recias y enfadás como dicen los que las oyeron. Jaz tres días que paez que en esti pueblu andan sueltos tos los diaños. ¡Que si yo no voy, que si vaiga el guardamontes con la escopeta bien cargá, que si vaiga el sacristán con el calderu del agua bendita, que si vaiga el regidor que pa eso manda, que si chiflos, que si flautas... El casu es que los quejíos y las vozonas paez que siguen y que por los resquicios de las ventanas se ve luz y que dimpués tó se acaba jasta el otru día y güelta a empezar.

La otra noche, dimpués de calentar el estómago con unas miajas de anisau, salí de casa a escondías, como los mozos castigaos, y jui jasta cerca de la "casa del alma", cuando el reló de la parroquia daba las once...

¡Caballeros! Me paeció que caía una helá sobre la mi sangre, cayóseme el galeru y empecé a dar temblíos como cuando oigo los aullíos de los lobos. ¡Qué bobonas y qué palabronas tan juertes!... Una paez que dicía un sermón y otru que paecía mujer, dicía de vez en cuando: ¡Castigu del cielu! ¡Hay que ser güenu! ¡Hay que querer a los hijos! ¡Maldición eterna, maldición de la Providencia!...

Golvíme a la mí casa y no golveré a salir de ella jasta que los aparecíos vaigan a otra parte...

Las palabras del regidor nos causaron singular asombro. Diríase que los vecinos de Barcenuca, empezando por el representante de la autoridad, habían perdido el seso.

Eran ciertos los orígenes de los rumores, los quejidos y las voces "juertes".

Barcenuca, observación que hicimos en astragales y mentideros, era un maremagnum de confusiones y de discordias.

El interés se apoderó más reciamente de nuestro ánimo. Sin ser supersticioso ni creer en fantasmas, ni en almas en pena, la sugestión de las cosas extraordinarias y pintorescas nos dominó a su capricho.

Había que ir al viejo invernal...

En el "invernal" de los misterios.

—Vete tú delante, Facio, y ten cudiao cuando oigas las primeras guitonás... Acurrúcate en el matorral y das un chiflíu pa avisamos. Facio, un "jastialón" de Barcenuca que guardaba cabras en los "seles" y en los "pernales", siguió la marcha cautelosamente mascullando oraciones, por el angosto sendero bordeado de "árgumas" y de espinos.

Tino y Nel, dos buenos mozos que se ofrecieron a acompañarnos "por su cuenta y razón", nos indicaron un apacible refugio para guarecernos del fuerte ventarrón que comenzaba a soplar de la parte del mar.

En los "escajales" brillaban las luciérnagas, y a lo lejos se escuchaba el estrépito ensordecedor de las aguas turbias de la "canalona", al precipitarse por los peñascales.

Los "sapos volanderos" pasaban sobre nuestras cabezas, silenciosos y veloces, en dirección al castillo derrumbado.

Cerca de nosotros una "corneja" lanzaba sus graznidos lentos y prolongados que trascendían a dolorosas querellas.

Eolo redobló sus furias. Aquel ventarrón que traía efluvios de costa, zarandeaba las ramas de los corpulentos castaños y de los nogales centenarios, quebrando los débiles "barrosquillos" y los verdes "acebales", las "gárabas" secas y los endrinos, las matas de avellano y los helechos que cubrían la leve "cuesta".

Las tinieblas y el viento tenían algo de siniestro y de medroso... Barcenuca dormía bajo los recios disciplinazos del huracán, que hacía gemir las ramas de los árboles, penetrando en los barrancos de las montañas próximas con tremenda furia.

Al socaire del ribazo esperábamos el silbido de Facio.

Tino y Nel, llenos de zozobra y de inquietud, no apartaban los ojos del viejo invernal.

El aguijoneo hereditario de la superstición, el fragor del viento que se iba enervando lentamente y la obscuridad tenebrosa de la noche, hacíanles temblar como aquellos barroscos sacudidos por el impetuoso ventarrón.

Un silbido agudo llegó del matorral, confundiéndose con los lamentos del huracán.

Facio nos avisaba en la forma convenida

Despacio, despacio, llenos de incertidumbre y de curiosidad, nos fuimos aproximando al escondite de Facio. La "corneja" seguía lanzando sus graznidos...

-; Ay madruca, la mía!, exclamó al vernos... Es verdá, señor, es verdá.

Yo mesmu lo he oíu con las mis orejas... Jacíamos mejor golvemos por onde vinimos y déjalos en paz y en gracia de Dios... ¡Majoma! Y dismpués dicen que no hay aparecíos ni fantasmas... ¡Aquí quería ver el hiju de la mi madre a los que jicieron el dotrinariu! Jaz un puquitín sentí unas cosas

paecías a risas y conversaciones y dimpués una vozona que decía: ¡Que empiece la danza! ¡Más deprisa, Naranja!

¡Esa cara más triste, Nanita!

¡Que venga Luzbel con el tambor!

Es verdá, señor, es verdá como que nos hemos de morir tos... Debe ser un conceju de brujones y de condenaos... ¡Hasta Luzbel está en el invernal tocando el tambor encarnau de los infiernos!

Tino y Nel tremaban de estupor, con castañeteos de dientes y temblores medrosos.

A la luz debilísima de aquel faro para alumbrar el camino, vimos livideces en sus semblantes, abiertos descomunalmente los ojos y encogidos los cuerpos, dominados los espíritus por el pavor y la tremenda incertidumbre...

Sentimos el contagio de sus miedos. Aquella maldita corneja que parecía amenazarnos con sus lúgubres graznidos, puso en tensión nuestros nervios.

La "canalona" seguía desgranando su ronco cantar en cataratas y "rabiones" y los murciélagos, desafiando el ímpetud del viento, seguían volando como sombras siniestras de mal agüero.

Por uno de esos supremos esfuerzos de la voluntad, que nunca falta en los momentos azorosos de la existencia, llegamos a pocos pasos de la misteriosa casa del alma.

Cerca de nosotros, los infelices mozones de Barcenuca contenían sus "resuellos", apretándose unos contra otros, como vislumbrando un peligro terrorífico que amenazara sus vidas.

Dentro de la casa del alma, una voz recia, afectadamente mimosa, decía tiernas querellas de amor:

—Ven, Sulamita amada; deja que pose mis labios en tu frente de nieve y en tus ojos hermosos, déjame contemplar la belleza de tu rostro y bañar mi acongojado espíritu en las sensaciones de tus cariños profundos... Ven, Sulamita amada, ven..., deja que pose mis labios en tu frente de nieve...

En aquel momento, otra voz más recia y amenazadora, llena de cólera y de indignaciones, lanzó frases terribles:

—¡Vive el cielo! ¡Muera el villano que quiere hurtarme mi más preciado tesoro! ¡A mí los míos! ¡A los infiernos irás, maldito!

Un lamento de mujer que suplica, de mujer enamorada, que ve morir al hombre de sus ensueños, salió del invernal, con temblores de tragedia y de desolación.

Nuestros acompañantes, ante aquel grito que jumbroso que hablaba de muerte y de esperanzas rotas, huyeron despavoridos por el sendero en dirección a Barcenuca...

Soltamos unas carcajadas que habíamos contenido desde que el adorador de Sulamita inició sus amorosas quejas.

¡Nos habíamos acordado de aquella menguada compañía de tristes cómicos de la legua que habíamos visto en Barcenuca!

... ...

Poco después estábamos en el interior de la "Casa del alma".

Naranja, Luzbel, Arturo, todos los elementos de la compañía se regocijaban con la alarma que habían sembrado en Barcenuca.

Allí ensayaban los desventurados cómicos de la legua a falta de otro lugar más confortable, pero menos discreto.

El regidor de Barcenuca, les expulsó del pueblo...

MANUEL LLANO

La Región, 11, 12 y 13-IV-1928. (V. n.º 57).

105.—LOS NUEVOS NOVELISTAS. "EL HOMBRE QUE FUE A LA INDIA"

Acabamos de recibir la novela "El hombre que fue a la India", de la que es autor nuestro amigo el notable literato burgalés Alfredo Sainz Tejedor.

El novelista incipiente, exquisito escritor que ha dado singulares pruebas de ingenio y de pensamientos delicados en sus artículos y en sus cuentos, ha equivocado la orientación en el amplio y complicado campo de la novela.

En honor a la sinceridad que se debe al amigo y al compañero, aunque ello sea harto doloroso y los "botafumeiros" que pretende ver peregrinas bellezas donde sólo se observan máculas y bellaquerías nos tachen de inclementes y de otras "cosas" más crudas y expresivas, hemos de manifestar que el asunto de "El hombre que fue a la India", trasciende desde cien leguas a esa descabellada literatura oriental que nos hacen padecer los desdichados "discípulos" de Salgari y del capitán "La Motta".

Las aventuras que nos cuenta Sainz Tejedor, burdamente fantásticas, poco ingeniosas y tremendamente dramáticas, carecen de ese sugestivo interés, de esas bellezas y de esa experiencia que hicieron famosos a los contadísimos escritores que cultivaron ese género.

Escribir una novela, teniendo a la vista un extenso tratado geográfico y un atlas de las regiones en que han de desarrollarse los acaecimientos que inventa el autor, sólo puede conducir al fracaso cuando se carece de ese ingenio y de esa fantasía, imprescindibles en esa clase de producciones. Admiramos el estilo del exquisito literato, sus pensamientos y las hermosas imágenes con que nos obsequia en algunos capítulos de su novela; pero, a fuer de sinceros, no podemos decir lo mismo de la trama, llena de despropósitos; de las descripciones costumbristas, huérfanas de realidad y de interés y de aquellos amores morbosos, pletóricos de enfermizas voluptuosidades, de sacrificios inútiles, de abnegaciones extemporáneas y de placeres imposibles hermanados caprichosamente con vigilias quijotescas...

No es ese el camino a seguir. Antes de terminar la primer jornada brotará el fracaso y el desprestigio...

Los rasgos humorísticos que salpican la novela y el estilo suelto y fácil que maneja el notable literato, son dignos de asuntos más interesantes y más bellos.

Aún puede enmendarse el equívoco y buscar otros manantiales más cristalinos y más fecundos.

MANUEL LLANO

La Región, 14-IV-1928.

106.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. UNA TRAGEDIA DE AMOR EN LA "CUEVA DE LA MORA"

La leyenda del "Pecu".

—Allá'rriba está; juntu aquel cajigo desmochau. Adrentu hay juente que naz en una peñona ennegrecía por el jumu de las lumbres que atizan los pastores.

Fonso, el mozo más apuesto y recio de Renedo, expertísimo "cicerone" de nuestras correrías por los puertos de Sejos, por los montes abruptos de Cabuérniga y por las sierras tudancas, nos señalaba el "pernal" donde se abría la "Cueva de la Mora".

—¿Vei aquel montón de garmas ajuntás a la orilluca mesma de la braña? Pos allí diz que soterraron los moros los percherones que murieron en la engarra, y un pocu más allá, juntu aquel acebal, jué donde encontraron jaz muchísimos años las gargantillas de oru y la corona de plata.

Caminábamos por un desfiladero angosto, en cuyo fondo se despeñaban las aguas "rabiosas" de una canal.

El sendero estrecho y pindio, bordeado de escajales y de árgomas retorcidas, terminaba en aquella cueva que se abría en la montaña para abrigo de pastores y de caminantes los días de tempestad.

Un ato de cabras, rebeldes a los "chiflidos" y a las interjecciones rotundísimas del esmirriado zagal que las guardaba, triscaban por las peñas, lejos de los caminucos, buscando al borde de los precipicios y en el fondo de los barrancos, el pasto fresco y jugoso.

En la rama de un abedul el "pecu" lanzaba su cantar monótono, anunciando la llegada de la primavera.

Fonso soltó un taco muy montañés y muy expresivo al escuchar la cantinela del pájaro aquel.

—¡Ya está aquí esi picarón! —exclamó, dirigiendo los ojos hacia lo alto del corpulento abedul—. En cuantu llega abril vien el pecu desde lueñes tierras a jeringamos con la su penitencia, que es siempre la mesma, como el amén de la litanía. ¡Lu tengo una rabia! Dirá usté que soy un lelu, pero ¡recolle!, no lo pueo remediar... El pecu y el cárabu me jacen mudar la color y apretar los dientes por no podelos ajogar asina.

Y el mozo, lleno de coraje y de indignación, apretó furiosamente con sus manazas la recia porra de espino que él mismo había cortado y labrado en los complicados montes de Sejos, en sus tiempos de becerrero de la cabaña de Barcenillas.

—El pecu —continuó diciendo— era una ruín persona; un críu emborriciau, villanu y de mal aquél en la su cara y en el su corazón; lo mesmu, lo mesmu que el su padre que jue de esos que ajogan a los hombres cuando lo mandan los señorones del Gubiernu...

Creímos que Fonso había perdido el juicio... Un hombre que llama a un inofensivo pájaro mala persona, villano y perverso de intenciones, hijo de un verdugo y de mal aquél, no podía tener la mente en sus cabales...

—Pos sí señor —prosiguió—. ¡No ponga esa cara de corzu asustau ni abra tantu los ojos!.. Lo que diz Fonso es más verdá que la plática del cura. El pecu jué un villanu, un falsucu sin concencia, ni aquel de cariñu, ni apegu al trabaju de los praos y de las mieses. Mataba a los pájaros en carnucas, a los probes corderos que arrepañaba en la cuesta, mientras durmían los ovejeros. Diz que tenía los ojones reviraos y una manchona negra en metá de la frente y unos dientes acolmillaos como los de un perru de cabaña... Tamién tenía la nariz amilaná y el piscuezu largu y delgaucu y un bultón en el espinazu, como el cuernu de una vaca...

Fonso interrumpió súbitamente su peregrina narración, clavándonos sus ojos con expresivas señales de enojo y de contrariedad.

Nuestras sonrisas indiscretas, delatadoras de la burlona incredulidad con-

que escuchábamos las pintorescas palabras del "seguro" mozallón, hicieron brotar aquella contrariedad y aquellos enojos.

—La culpa la tengo yo ¡recontra!, dijo con la más tremenda de las indignaciones... —Fonso, cuéntame esto, Fonso, cuéntame aquello. ¡Fonso, vamos a Polaciones! Fonso vamos a... los demongros... Y dismpués a reirse del probe Fonso, como si juera un lelu o un demoñu de barbique...

¡Ea, se acabó!... Pero he de decile que el pecu tenía la nariz amilaná, y el pescuezu largu... Sí señor, y un bultu en el espinazu como el cuernu de una vaca, y los ojos reviraos y una manchona negra en metá de la frente y una pata más grande que la otra... Nuevo silencio de Fonso. Haciendo grandes esfuerzos para contener la risa que estaba a punto de estallar, continuamos la marcha, sendero arriba en dirección a la cueva.

El "pecu" que había abandonado el abedul trasladándose a una alisa, a orillas de la canal, continuaba encolerizando al enojado mozo con la monotonía de sus cuentos.

—¡Qué lástima de pedrá en metá de la cabeza, so ladrón...! ¡Si no estuvieras tan lejos y tan altu, asegúrote que ya te había acaldau de un güen porrazu en el mesmu picu...! ¿No lu vei que plantau está en aquella rama de la alisa, como un infelizucu de Dios? Pos jue la persona más mala y más indina de toa la tierra. Tenía las entrañas más negras que una loba vieja y una garduñas como las del cuervu.

Despedazaba los niales, apedreaba a los viejos, jacía correr a las mozas, lijaba a los críos...; Pero, recontra, no me alcordaba de que estaba enfadau por las sus risas!...; Que se lo cuente María Sarmientu o el luceru del alba!

De nada valían nuestras súplicas ni las insistentes y exageradas alabanzas a su "ingenio" y a su buen "aquel".

El "jastialón" de Renedo, cuando se cerraba a la banda tornábase en la flor y nata de la testarudez y de la intransigencia.

Recordamos con terror aquel viaje por los montes de Viana, camino de Cieza, en que por el enorme pecado de no creer en la inmortalidad de los tasugos que tienen una pinta "encarná" en la oreja izquierda, estuvo sin despegar los labios hasta el final de la jornada.

Aquello era desesperante. Las pícaras y terribles venganzas de Fonso, condenándonos a prolongadísimos silencios, eran nuestras mayores vigilias y pesadumbres.

Y cuando nosotros, cansados de aquel perseverante mutismo y de aquellos enojos censurábamos su proceder, nos soltaba a bocajarro, como una descarga, la terrible frase.

-Pos si no está contentu de la mi compañía, ahora mesmu pueo gol-

veme a casa, onde no falta que jacer. Usté pué seguir el caminu y que cada cual esparza su lombillu...

Esto nos lo decía, el muy remolón, en lo más intrincado del atajo, en día de niebla o en lugares peligrosos, donde abundaban las "torcas" y las "joryonas".

Aquel día, cosa excepcional en las costumbres de Fonso, olvidó presto nuestras risas y sasceños.

Poco a poco fué adquiriendo el semblante del mozo aquella expresión de alegría, que hablaba de bienandanzas y de sosiegos espirituales.

De muy grado seguimos deleitándonos con la ingenua y disparatada leyenda del "pecu", uno de los enemigos más odiosos del exbecerrero de Barcenillas.

—El pecu, que como le dicía endenantes tenía una pata más larga que la otra, enturbiaba las juentes y las rigueras y deportillaba las parés de las mieses y de las jazas. A juerza de castañas en los jocicos y de emburriones y de lambreazos en las costillas, jizo la su madre que juera a la escuela; pero pocu le arrejondieron las licciones del silabariu, pos solu aprindió la p y la q, y por eso cuando canta diz esas letras. En finiquitu jizo tantas maldaes y jué tan indinu y tan villanu que castigóle Dios a golvese pájaru pa secula seculorum y a dicir toa la vida las dos letras que aprindió en la escuela. Colorín colorar...

Viaña y Llendemozó.

Llegamos a la "Cueva de la Mora".

Desde aquella altura, donde las flores silvestres, el tomillo y la "hierbabuena", las "campanillas encarnás" y los "farolucos" diminutos, formaban peregrinos vergeles, divisamos el caserío de Viaña y la vieja ermita de Llendemozó, en plena pradería.

En las proximidades de aquella aldea montañesa, construida en la cumbre, como una fortaleza de guerra, divisamos las primeras flores de sus cerezos y las cruces del camposanto, sin cipreses melancólicos, en una leve colina donde florecen las "amapolas serranas" y las olorosas manzanillas.

Por la parte de Oriente, en los robledales y en las nogaleras, "sesteaban" los ganados y cantaban los ovejeros, mientras el hacha destruía y los carros se cargaban de "cañas" y de maderos.

Poco a poco se iban talando aquellos inmensos montes que más tarde habían de convertirse en tristes yermos por la inconsciencia pecadora de los aldeanos y por la ineficacia de una ley que no llegaba a los pueblos apartados de la vía férrea o de los caminos reales. El puebluco de Llendemozó, camino de Correpoco y de Barcenamayor, en las riberas del Saja, tiene la encantadora sugestión de los escondidos remansos del mundo, con sus silencios y sus soledades.

La ermita y tres o cuatro casucas de miserable traza, componen aquella aldea singular, azotada por todos los vientos y acariciada por el sol desde que asoma por Oriente hasta su ocaso.

Viaña y Llendemozó tienen encantos exquisitos de égloga. Chateaubriand en sus ansias místicas de soledad, hubiéralos escogido como retiro amoroso e inexpugnable contra las tormentas de la vida.

El "pecu" seguía cantando en lo alto de la alisa, con harta desazón de Fonso.

-¡Si estuviera más cerca y el pulsu no temblara!

La "Cueva de la mora".

La leyenda habla de tragedias espantosas y de desesperanzas inconcebibles.

Al penetrar en la enorme cueva, hemos recordado con devoción el desenlace de unos amores heróicos, mezcla de inocencias campesinas y de voluptuosas pasiones árabes.

Las trovas de los "agudos" pastores de Viaña y de Renedo, han cantado aquellos amores profundos, aquellas tragedias desconsoladoras, aquellas desesperanzas infinitas que tejieron una las leyendas más bellas y sentimentales de las que se cuentan las noches de invierno en las "gilas" montañesas.

Dentro de la "Cueva de la Mora", mientras contemplábamos las paredes ennegrecidas por el humo de las "lumbres" que "atizaban" los pastores, Fonso nos contó aquella amorosa tradición llena de desilusiones y de pesadumbres.

—"Era cuando los moros vinieron a este tierra, jaz muchos años, muchos años... Después de aquella palizona que los dieron los tudancos y los polacionegos, despeñándolos por tos los barrancos y por toas las torcas, juyeron por los montes, muertos de jambre y de miedu y llegaron a Viaña, que entonces diz que era un puebluciu esmirriau, con cuatro o cinco casucas al lau de la iglesia, lo mesmu que Llendemozó.

Atosigás las gentes por aquellas blancuras de los sus vestíos, por los pereberones que relinchaban con una juerza recia y erguía y por aquellas espadas grandonas que pesaban como hachas, dejáronlos vivir en estas puestas en paz y en gracia de Dios, atemorizás por las cosas malas que de ellos se dicían.

En Tudanca y en Carmona mataron a los probes viejos y robaron a las mozas más majas y tresnás pa jacelas sus mujeres. Tiraron el paderón del ríu Quivierga y la ermita de la Virgen de las Lindes y por si juera pocu prindieron lumbre a un castillu que había onde está ahora la nogalea, ajorcando a los señores y a los criaos en los árboles más altos.

Aquí no jicieron ninguna maldá al prestu de llegar. Acobardaos por haber siu vencíos por los siguros carmuniegos y por los recios tudancos, escundiéronse en esta cueva con las sus mujeres y con las sus hijas, tocando guitarras y cantando coplas mu tristes que diz que jacían llorar a los hombres más juertes.

Por el día andaban por las cuevas arrepañando majuetas y ayucos y robando algún que otru corderu cuando se descuidaban los ovejeros.

Así pasó muchu tiempu sin que los indinos moros mataran algún vieju o cugieran alguna moza de las que venían a jacer coloños de leña a esti monti.

Pero un día, una muchacha de Reneo, que diz era más guapa que las mesmas flores, alcontróse con un moru vestíu de blancu, con ojos mu grandes y mu negros y con unas trazas de güen aquél, como si juera un cristianu.

La moza, que andaba enamorá de un labraor de Selores, púsose relocha de too, olviando al su rondador y pirdiendo el sentíu y la cabeza por aquella majura del moru, que la miraba como si quisiera comela con los sus dientones.

Las mozas siempre han siu lo mesmu; rebecas y fantasiosas como demoños. Hoy quieren a uno y mañana a otru que tenga más majura y más aparcerías. Asina la mozona aquella orgullocía por la su guapura y por las mirás del moru, enamoróse de él como una lela y jiciéronse novios.

Toas las noches ajuntábanse en un rinconucu de la canalona y parlaban mu baju, mu baju, mientras curría el agua como retando de aquel noviazgu y de aquellos besuqueos y de aquellos mimosines en el escondite de la canalona.

Pero ahora vien la más gorda. La mujer del moru que paez que la anjaban los desprecios y las escapas del su hombre, jué detrás de él una noche y viólos parlando, mu juntos, mu juntos dando suspiros mu largos, como si los doliera el corazón.

Volvióse de una correndía a la cuevona y dijo a tos los moros y a toas las moras el engañu del su hombre, mientras se daba castañas ella mesma y se arrancaba la trenza y se daba la cabeza contra la paré como quiriendo matase.

Los moros cogieron a los enamoraos y lleváronlos a la cueva. Diz que la noche era mu oscura y barruntaba tormenta por la parte de Leroba. Mientras rutaban los truenos y había relampaguíos en el cielo, la mora engañá mató a los dos enamoraos en la mesma cueva, y ella dimpués con un puñal chicucu

y relumbrante, y diz que aquí mesmu están enterraos los tres jasta que se acabe el mundu.

Pocu dimpués liubo una guerra en estas cuestas y los moros juyeron como raposos por el monte, sin caballos, sin guitarras y sin cantar aquellas coplas tan entristecías...

...

Fonso acabó la ingenua levenda, con una lágrima y con un suspiro.

En la cambera de Viaña se oían las esquilas de la "recilla" de vuelta a los establos entre los silbidos de los cabreros y los ladridos de los mastines.

El atardecer montañés iniciaba sus melancolías profundas.

MANUEL LLANO

La Región, 17, 19 v 24-IV-1928.

107.—LO QUE NOS CONTÓ "CORAZÓN SANGRIENTO". UNAS HORAS CON LOS "BOY-SCOUTS" SANTANDERINOS

El noventa y nueve por ciento de los santanderinos desconocen lo que significaba el club de los exploradores.

Por una de esas indiferencias lamentables de las multitudes (resabios tradicionales de abulia difíciles de extirpar) la intensa labor social y educativa que se desenvuelve en aquel simpático centro de infancia y de juventud, ha pasado desapercibida, como todas las labores que huyen de la vanidad y del reclamo hiperbólico.

Aquel Club que tiene calorcillo de hogar amoroso y alegría de aulas y leves disciplinas de responsabilidad y castigo, es una academia donde la orientación de las enseñanzas sigue los derroteros opuestos a la rutina y a la monotonía de los viejos procedimientos pedagógicos.

Diríase que el peregrino secreto de aquellas singulares alegrías, de aquellos incesantes trajines y de aquellas dulcísimas manifestaciones de cariño y de protección, han brotado, como privilegios encantadores, entre las inocencias de la infancia y los exquisitos sentimientos de una juventud nobilísima, pródiga en hermosuras espirituales...

No en el aprendizaje bélico, inspirado en las armas y en la rigurosa disciplina de ordenanzas y reglamentos, como muchos creen; ni la Academia severa y rutinaria; ni la escuela exenta de alegrías y de estímulos, ni un centro más donde la juventud desarrolla caprichosamente sus iniciativas y sus

vocaciones. El Club de los exploradores es algo más; tiene una significación más amplia y más hermosa; un código más dulce y más eficaz; unas disciplinas amorosas que imponen penitencias por medio de la persuasión y del cariño; un reglamento de plausible ciudadanía, donde no hay clases sociales, ni rencores, ni egoísmos, ni vanidades.

Es sencillamente la exaltación de la confraternidad y de la nobleza, de la amistad y del patriotismo, sin afectaciones ni hipocresías, Escuela y hogar, amor y tolerancia, modestia y energía, trabajo y perseverancia, caricias y abnegación, aula del espíritu y de la inteligencia.

He aquí el bellísimo compendio que se enseña en aquel club, alegre y confortador como una sonrisa y una promesa...

Las Patrullas.

"Corazón Sangriento" el más chiquitín de los exploradores responde a unas preguntas con esa encantadora franqueza de la infancia que sabe, prematuramente de cortesías y de delicadezas.

Este niño de ojos expresivos, formalote e inteligente nos habla de las patrullas con vehemencias y cariños singulares.

Su parlar desenvuelto, lleno de ingenuos comentarios, es pintoresco y sugestivo. Pone en la frase una ingenuidad y un entusiasmo que nos causan sorpresa y admiración.

—Las patrullas son once, si señor; todas muy buenas y muy valientes y muy aplicadas. Dicen los señores instructores que hace mucho tiempo que no castigan a nadie...; Así da gusto! ¿Quiere que le diga los nombres de las patrullas? Pues verá usted, se llaman Búfalo, León y Bisonte; Leopardo, Tigre, Aguila, Buitre, Halcón, Ciervo, Dromedario y Camello. No crea usted que somos tigres, ni leopardos, ni dromedarios... Somos unas buenas personas incapaces de dar una piña a un chaval... Es decir —rectifica rápidamente— damos una o ciento cuando quieren atropellar a los débiles o burlarse de los pobres o de los ancianos. Nuestro código —sigue diciéndonos Corazón Sangriento— nos dice que apoyemos al débil contra el fuerte. Para no olvidar esto saludamos apoyando el dedo meñique sobre el pulgar... ¿No le parece que está bien eso?

Después de una breve pausa, el simpatiquísimo niño nos habla de los rastreadores guías de las patrullas.

—Estos muchachos, nos dice, saben muy bien la Geografía de la Montaña, la historia, los monumentos y todo lo que hay en los pueblos montañeses. Los guías son los presidentes de las asambleas de patrullas... ¿Pero usted no sabrá lo que son las asambleas? Pues las asambleas es donde noso-

tros discutimos solos nuestras cosas, donde arreglamos las cuentas, donde acordamos excursiones... También le diré, para que lo panga en "La Región", que a veces formamos tribunales escultistas, con defensor, fiscal, acusador y presidente, para castigar las faltas pequeñas de los compañeros. La sentencia del tribunal tiene que llevar el visto bueno del señor instructor del grupo. Las asambleas empiezan con estas palabras del guía: ¿Quién ha olvidado hacer la buena acción de hoy? Mire, en aquel cuartuco de lo último del pasillo, a mano derecha, está ahora en asamblea la patrulla "Dromedario"... "Corazón Sangriento" nos habla después del grupo marítimo.

Este grupo —nos dice Justito Andraca que es el nombre de "Corazón Sangriento"— aprende a cuartear el compás, a trazar rumbos y a calcular las mareas. De aquí han salido timoneles y patrones. Tienen dos traineras de ocho metros de eslora y dos botes de 18 pies. ¡Saben remar más bien!

Las enseñanzas del Club.

No crea usted que sólo enseñan eso del compás y de las mareas. También tenemos clases todas las noches de Aritmética, Contabilidad, Fisiología e Higiene y Gramática. Y el otro día nos dijeron que pronto van a enseñarnos la Taquigrafía y a escribir a máquina.

Don Fermín Sánchez nos da lecciones de Contabilidad y don Julián Ballesteros, de Fisiología. De las otras clases están encargados don Ramón Ibáñez, jefe de tropa interino y presidente del Consejo técnico; el secretario, don Fermín San Miguel; el tesorero, don José Simal, y los vocales, don Luis Gacituaga y don Enrique Delgado. Le diré que estos señores no nos pegan, ni nos ponen de rodillas con los brazos en cruz como en las escuelas. Tampoco nos riñen, mirándonos con ojos de rabia.

Cuando no estamos quietos o charlamos por lo bajines, en vez de dar voces y dar con la regla en la mesa y puñetazos en la carpeta, nos dicen unas palabras tan cariñosas y tan buenas, que valen más que todas las voces y todos los castigos. ¡Así los queremos! Yo he tenido aquí cuatro hermanos que ya son mayorones y aprendieron como yo y como todos los que estamos ahora, el Morse, el telégrafo de banderas, la contabilidad, la gramática, la urbanidad y muchas cosas más.

Muchos creen que esto es un cuartel donde nada más se aprende a tocar la corneta y hacer la instrucción, como los soldados. Pero esto no es un cuartel, es un club donde no hay cornetas ni machetes. Ahora usamos pífanos que suenan muy suave como las flautas... Mire usted aquí hay muchos chavales que por tener que trabajar para ayudar a sus padres no pueden ir a la escuela y vienen al club a aprender. ¡Hay más que quieren entrar! Pero no hay vestuario para tantos aspirantes... ¡Fíjese que cada uniforme vale 90 pesetas!

Los botiquines.

Justuco nos lleva ante una hermosa caja, más pequeña que la que tiene cada patrulla, para guardar sus atalajes.

—Este es el botiquín general. Cada patrulla tiene uno, pero este es el de todos.

Nuestro buen amigo Fermín San Miguel, cultísimo y entusiasta secretario de la Institución, abre la caja aquella y nos enseña el magnífico botiquín, donde vemos inyectables de todas clases, aparatos quirúrgicos, vendas, algodones, anestésicos... Allí no falta nada, desde lo más insignificante a lo más útil. Hasta ahora —dice "Corazón Sangriento"— no hemos usado este botiquín ¿verdad señor San Miguel?, pero a lo mejor cualquier día... Así nuestros padres están descuidados, porque saben que si nos hacemos daño, nos curan enseguida como en la Casa de Socorro.

—Se me olvidó decirle antes que también es profesor nuestro el médico don Antonio Sandoval, un señor muy bueno al que todos queremos mucho como también al doctor Ballesteros que nos enseña la fisiología... Y ahora, me voy a clase de contabilidad que ya nos llama don Fermín... ¿Sabe usted quién es don Fermín?... Pues nada menos que "Pepe Montaña". Usted lo pase bien y diga en "La Región" que los exploradores quieren mucho a los que los enseñan y a los que nos mandan libros para la biblioteca...

El salón de lectura.

Penetramos en el salón de lectura, de estilo renacimiento español. Allí no hacen falta ni vigilancias ni bedeles, como en otras bibliotecas y en otros centros.

El silencio es absoluto. Una veintena de niños leen obras, exquisitamente seleccionadas. Novelas infantiles, revistas, tratados de historia y de curiosidades científicas.

Los pequeños "boy-scouts" corteses y discretos nos reciben amabilísimamente, con esa deliciosa extrañeza de la infancia, que trasciende a rubores inocentes...

Nos lamentamos del vacío de algunos estantes. Hacen falta libros para aquellos jóvenes y para aquellos niños.

Salgari, Julio Verne, el capitán de la Motta, faltan en aquella biblioteca...

¿No habrá en Santander un señor espléndido que regale a aquéllos muchachos la colección de Verne y de Salgari?

... ...

Nos despedimos de los simpáticos "boy-scouts" santanderinos.

Desde una de las clases salieron las notas tristes de la "canción de la tarde".

Nuestras impresiones de la visita a los exploradores montañeses son optimistas, extraordinariamente optimistas, en lo que se refiere al desenvolvimiento educativo y administrativo del club, que carecen en absoluto del apoyo económico de la opinión.

El pueblo de Santander debe mirar con cariño traducido en resultados prácticos, en suscripciones y en estímulos económicos, el desenvolvimiento de este Centro de infancia y de juventud, donde se educan los temperamentos, se hacen más delicadas las sensaciones y se inculcan los saludables principios de ciudadanía y de amor al prójimo.

MANUEL LLANO

La Región, 26-IV-1928.

108.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. AL CURA DE LLENDEJOSÓ LE ROBARON EL "SOBEO"

(Publicado en El Pueblo Cántabro de 13-V-1927, con el título "Caminos de la Montaña". El acontecimiento extraordinario que indignó a los vecinos de Llendejosó).

109.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. "YA VIEN EL INDIANU CAR-GAU DE PERRAS"

(Publicado en *El Pueblo Cántabro* de 14-IX-1922, con el título "Lo que vi en Barroscales", sin más variante que dar este nombre al pueblo que ahora llama Barcenillas).

110.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

(Esta leyenda, con variantes, está publicada con los núms. 24-26, y apareció en *El Pueblo Cántabro*, con el título "Por tierras montañesas. Una leyenda de amores", los días 11, 12 y 15-VIII-1923).

111.—CUANDO NO HAY PAN. LAS LÁGRIMAS DE LOS HIJOS Y LA HONRADEZ

En una ciudad andaluza, de peregrina tradición árabe, se ha suicidado un desventurado trabajador.

Para los estoicos y para los indiferentes, el suicidio de un desgraciado es un accidente baladí que la fuerza de la costumbre ha hecho vulgar como una dolencia o como una esperanza desvanecida.

La contrariedad amorosa; el morbo terrible de la desesperación; la enfermedad crónica; los grandes dolores del alma; las angusturas económicas de los acostumbrados a manjares y holandas; la negra afrenta del adulterio; todos estos escollos de la vida que a los excesivamente sentimentales y a los flacos de temperamento se les antojan montañas inaccesibles, han sido y son semillas fecundas de las espantosas tragedias del espíritu e impulsos recios de tan fatales propósitos...

Para la mayor parte de las gentes el suicidio es consecuencia naturalísima de la perturbación de la inteligencia o de las sugestiones de la literatura pesimista, que no cree en el amor ni en la felicidad y fomenta el odio a la vida y a las vilezas y falsedades de los hombres.

Esas mismas gentes que hablan de demencias o de sugestiones morbosas, que no creen en que el dolor del alma, la angustia poderosa o la miseria espantable, puedan llevar a los dotados de una excesiva sensibilidad a entregarse a la muerte en plena posesión de su entendimiento como fin de zozobras y de incertidumbres, encontrarán un categórico mentís en estas frases del pobre trabajador andaluz.

"He luchado todo lo que puede luchar un hombre para ganar el pan de sus hijos. Hace medio año que no puedo trabajar y mis pobres hijos tienen hambre. Ayer me han amenazado con echarme de la casa, y entre mis "amigos" no he encontrado quién me preste quince pesetas para pagar una de las dos mensualidades que adeudo. No hay caridad; la amistad es una mentira cuando se está en la miseria. He sido siempre un hombre honrado, pero está demostrado que la hombría de bien y el deseo de trabajar no son méritos para pedir, llorando, una peseta. Siempre he odiado el suicidio, pero las lágrimas de los hijos rompen el corazón cuando no hay pan".

¿Estaba loco este hombre? No, rotundamente no, aunque los moralistas teóricos y los psicólogos trasnochados y la gazmoñería andante nos hablen de brumas en la mente, de perturbaciones súbitas, de flaquezas del entendimiento y de anemias cerebrales en todos los casos de suicidio.

El hombre que en trance tan horrible recuerda el hambre de sus hijos,

que habla de su honradez, que ha odiado al suicidio, que censura la actitud miserable de sus "amigos" no podía estar loco.

La falta de voluntad y la tragedia desgarradora de su hogar frío y desamparado; el miedo a una vida ingrata y dolorosa; el desengaño de la amistad desleal y ficticia; la tremenda incertidumbre que estrujaría su cerebro y su corazón; el llanto de sus hijos, tristes y famélicos; las amenazas canallas e insistentes de los que se refocilan con hartazgos sin sentir el remorder de la conciencia, ni la caricia blanda de la caridad... He aquí el origen y la entraña de ese desenlace trágico, que eriza los cabellos a los que tenemos hijos y estamos condenados a experimentar, como una enorme pesadilla, las inquietudes de un mañana incierto en que puede faltar la salud y la felicidad relativa de la existencia.

Ese desventurado obrero, que contó sus penas ansiando un poco de alivio y de compasión; que sufrió el cruel latigazo de la negativa en cuantas puertas llamó; que sintió desplomarse sobre su alma los fríos hierros de la desesperación; ese hombre, volvemos a repetir, no fué víctima de esas nieblas siniestras de la mente que apagan la razón y quebrantan la armonía del espíritu.

Fué el angustioso fracaso de sus súplicas y de su voluntad; el cercenamiento cruelísimo de sus esperanzas; el insistente impulso del odio y de la desesperación que le fué dominando con ensañamiento bárbaro.

En la hoguera infinita de las grandes iniquidades humanas ha caido una víctima más empujada por los avaros; por los inmisericordiosos, por los que cubren su corazón con la capellina acerada, donde se estrellan todos los lamentos, por los que pisan riquísimos almofares en las salas de orgía y niegan las migajas del festín a los hambrientos.

Perezosa y rezagada anda la caridad.

El suplicar quejumbroso de los que han menester pan y consuelo no llega a las conciencias, ni rompe el hielo, ni penetra en los hogares donde se tienen caricias para las bestias y desplantes para los mendigos.

¡Un hombre del pueblo se suicida por carecer de quince pesetas y de un pedazo de pan!

Hemos de advertir a los amigos de colocar "sambenitos" y de sacar las cosas de sus quicios, con malévola intención, que no somos apologistas del suicidio, ni creemos que demos en "la flor" de romper lanzas en defensa del mismo.

MANUEL LLANO

112.—"LA NOVIA DEL PAJE". LOS GUISOS DEL DESVENTURADO MONTIÑO

Hemos recibido, en mala hora, la pequeña novela (segunda edición), titulada "La novia del paje", de la que es autor el joven poeta andaluz, oriundo de la Montaña, como Perlacia, Francisco Vidal San Román.

En honor a la verdad, hemos de decir que el incipiente "novelador", huérfano de ingenio y flaco de imaginación, está lamentablemente equivocado si piensa cosechar laureles peregrinando de tumbo en tumbo por las escabrosas y retorcidas angosturas.

Tales caminos sólo pueden conducir a una casa de orates o cuando menos al desprestigio o a la cárcel si los herederos de los novelistas hurtados "se ponen la barba como vulgarmente se dice y no se compadecen de quienes dominados por el morbo de la vanidad dan en la manía de pretender hacer suyo lo que ha sido sembrado en el huerto ajeno.

Ernesto Vidal es la flor y nata de lo desaprensivo: el cogullo de la audacia; el símbolo del atrevimiento bellaco; la coronilla de la desvergüenza, que llamaremos literaria para que el paisano de los siete niños de Ecija no se indigne y venga al solar de sus mayores a vengar el agravio...

Contagiado por la literatura barata de ciertas novelas impropiamente llamadas históricas ha creído poner una pica en Flandes copiando el asunto conocido de "El cocinero de Su Majestad", de don Manuel Fernández y González, el derrochador impenitente, que describió catedrales, antes de construir-se y robó virtudes a las princesas y valentía a los golfines y castidad y pobreza a los abades, fustigando las intrigas y secretos de los conventos, cuando había harenes en Granada y los señores eran dueños de vidas y haciendas...

Vidal San Román ha entrado a saco en la citada novela y con los productos de sus descomunales robos ha hecho un librejo romántico en el cual una reina se enamora de un paje y un infante de una maritornes, amiga de arrieros y mozos de mulas, de trajinantes y de galopines.

En la desdichada obra anda el bueno de don Francisco Quevedo, y Manolillo el bufón, y Montiño, y la famosa comedianta y hasta don Rodrigo Calderón.

Queriendo imitar el lenguaje y los modismos de la época, en cada capítulo nos encontramos con una luenga sarta de "vuesas mercedes", "don Villano", "voto a sanes", "pardiez", "vive Dios", "por mi santigualla", como pretendiendo amortiguar con ello la ruín contestura de su prosa pecadora y necia.

En resumen: "La novia del paje" es sencillamente un resumen de "El cocinero de Su Majestad...", un desastre y un atentado a la propiedad.

Lo único bueno que puede encontrarse en la desventurada novela es lo que nos dice su autor de los guisos sabrosos de Montiño y de los vinos exquisitos de las bodegas del rey...

MANUEL LLANO

La Región, 29-V-1928.

113.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. LA "ANJANA" QUE SE ENA-MORÓ DE UN CABRERO

—¡Eso si que no, recontra! Antes dejo despellejame vivu, que pasar por la cueva de las anjanas esta noche tan oscura y ventiscosa... ¡No, rechifla, no! Onque lo mande la mesma bula y los mandamientos y toas las litanías de la parroquia...

Era el filo de la media noche; una de esas noches del invierno montañés, "ventiscosa" y oscura como boca de lobo.

A través de las montañas tocadas de nieve, venía un viento de la parte del mar, que cortaba el rostro.

Nando temblaba de miedo y de frío bajo los ruines melanes que cubrían su cuerpo esmirriado.

Los árboles que bordeaban el angosto sendero, antojábansele al pobre cabrero "anjanas" gigantescas que movían sus brazos enormes y amenazadores.

Aquella tarde había tornado Nando a Renedo con media docena de cabras menos en su rebaño y tía "Nela la Biroja" ama y señora de aquella parte de recilla extraviada, había hecho al infeliz cabrero volver al monte para dar con las cabras rebecas que habían huído de la majada.

El cabrero de Renedo contome su pesadumbre en el estragal de la casa de mi güela, entre "ajogos" y miradas feroces hacia la casa donde habitaba la intransigente "Biroja".

—"Asegúrote yo, Nelucu míu, que esa viejona enroñecía ha de pagármelas toas juntas, ¡recolle! No ha de pasar muchu tiempu sin que la porra de Sindo la esboje daque cabra o la espeñe por un castru abaju, sin miajuca de pena... ¡Brujona y esmirriá de los demoños! Ahora güelve al monte, ya anochecíu y lluviendo, jechu una sopa y sin probar bocau... y rivienta, Sindo, que naide jará pucheros ni guitonás si te espeaza algún animalón... ¡Jinoju con la tiona de los demongros!... ¡Si juera tan amiga de jacer el bien como lo es del anisau!...

El resultado de aquella visita de Nando fue que cerrando los oídos a las prohibiciones de la "probe mi güela", que tenía el "nietu más traviesu, pecahiju y tasugón de tou el indinu mundo apegau a la ricilla como si viniera de casta de pastores", púseme una "pelliza", cogí la "ahijá", calcé los "escarpines" y las albarcas "pintás", y caminuco del monte, a la vera de Sindo, cantando seguidillas para "esparcir" el miedo:

A la primer seguidilla no la pue dar alientu, que al espenzar a cantar llevóme la voz el viuntu.

Al llegar a las proximidades de la cueva de las Anjanas, Nando dio "tricha atrás" y nos guarnecimos en el invernal de tío Mesio, famosísimo por sus pinos y por sus avellanos.

Allí mientras bramaba el ventarrón, y echados como dos "principeses" sobre la yerba del pajar, Nando habló de las anjanas:

—"Yo vílas una noche dende el coteruco del Verduru, y creí que me daba un relochu ...¡Dios, qué miedu! Al mesmu tiempu que las apaecías jacían la guitoná, el cárabu que tien el nial en la peña, daba unos quejíos como un cristianu, que se le acababa el resuellu.

A la anjana que yo más miedu tengo, es a la anjanuca blanca... Diz que había en Quivierga un ovejeru mu guapu que una tarduca de truenus y relampaguíos asullóse sin miedu a los morones en la entrá de la cueva. El tal pastor dicen los viejos que era el güelu del güelu del güelu de tía Tonina... ¡Cuántos años jará eso, recolle...! Pos jue la cosa que salió una anjana y alcontrose con el ovejeru y parlaron, y de aquella parlá vino el enamoramientu; y toas las noches pelaban la pava arrimaúcos al acebal de la peña, dijéndose las querencias y las pitemitucas de los nuviazgos... Una noche muy oscura salieron unos morones y espeñaron a los enamoraos, que se estrellaron en las garmas de la canalona, y dende entonces toas las noches se apaez la anjanuca blanca, dando unos gritíos con tou el griju.

Anjanuca, anjanuca, maja y guapuca; no jagas mal a la probe mozuca. Toas las mozas cuando van a buscar un coloñu de leña al monte los Maeros, dicen esi dichu. Los mozus tienen que quitarse la boina y decir por lo bajucu:

> Anjanuca floría, eres más güena que el pan de cada día.

Y cátate que el que no diz estas cosas es alampau por un mal que la llaman el anjaneru, que no se quita jasta que se pasen tres noches seguías en el acebal de la peña y dijendo sin parar:

> Peldá, peldá, anjanuca, ten piedá.

Y al mesmu tiempo que se diz esi rezu hay que tener los ojos cerraos pa no ver la salía de las anjanas viejas.

Y por no alcontrame con la anjanuca blanca, no paso de anochecíu por la peña la Mena, más que se pierdan toas las cabras y chivos de Quivierga".

Nando cesó su parlar. Tumbados a la "pampanarrota" en la peña de yerba del pajar, dormimos el resto de la noche. Afuera azotaba la "vintisca" y desgajábanse las "cañas" de las encinas y los cajigales...

Al amanecer me despertó Sindo con los sones monótonos de su bígaro. Por el camino de la pradería una moza madrugadora cantaba:

> Amante mío del alma ponte onde yo te vea; amante mío del alma ¡ya que otra cosa no sea!

> > MANUEL LEANO

La Región, 9-VI-1928.

114.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. LA AMBICIÓN DEL MAYO-RAZGO DE HORCAJALES

(Esta narración, con no muchas variantes, pero alargada en más de seis páginas, está publicada con el n.º 76 y el título "Narración histórica. El mayorazgo que fue en busca de un tesoro", en *El Pueblo Cántabro*, los días 3, 6, 7 y 9-VII-1927).

115.—CAMPAÑAS SOCIALES. PRIMERO, EL CUERPO; Y DESPUÉS, EL ESPÍRITII

El positivismo en la caridad debe ser la entraña y el nervio y el espíritu de todas las orientaciones inspiradas en el destierro de la miseria y del dolor. La caridad teórica es una profanación cruelísima y una esperanza engañadora que jamás llega a regalarnos sus caricias y sus abundancias. El ofrecimiento que nunca llega a convertirse en dádiva y en consuelo; la propaganda que se inicia en la oratoria insincera y termina, como todo lo infecundo, en una exaltación apócrifa de la misericordia y de la compasión; los propósitos que nacen y mueren en el acto de la propaganda, dentro de esa teoría contraproducente y desdichada, que habla de remedios, sin que suenen las monedas, ni el hambre enerve sus tenaces "lijaduras", constituyen las más dolorosas inquietudes y las desesperanzas más crueles de cuantas pueden mortificar el espíritu de los que sufren la tragedia espantosa de la miseria...

Hacemos estas consideraciones inspirados en la labor que pronto comenzará a desarrollar la "Sociedad de Amigos del Niño", a la cual quiere dársela un deselvovimiento extraordinariamente eficaz, si las gentes responden y los propósitos no se enfrían ante las primeras dificultades, como ha ocurrido en multitud de ocasiones.

Aunque los moralistas intransigentes, y cuantos se sienten agobiados por el enorme peso de los convencionalismos excesivamente religiosos, hagan aspavientos y pretendan ver en estas líneas el virus pecador de materialismo extremado, hemos de afirmar, sin el más leve cargo de conciencia, que en esta cuestión como en tantas otras lo primero, lo fundamental y lo imprescindible, es el pan, el lecho y el abrigo.

La regeneración de la infancia miserable que vive en zahurdas; que presenta los estigmas repugnantes de las enfermedades que brotan de la miseria y de la falta de higiene; de la pobre infancia famélica, cubierta de andrajos y menospreciada por una sociedad que ha perdido la más hermosa de las virtudes; la regeneración de esa infancia, volvemos a repetir, no está precisamente en las aulas amplias, donde el sol pone sus alegrías; ni en los correccionales, ni en las congregaciones, ni en los consejos amorosos; ni tampoco en las advertencias persuasivas; ni en las amenazas, ni en las protecciones eminentemente espirituales...

Esa reivindicación está en el alimento, en la caricia, en el amor y más claramente, en el estómago, aunque la frase sea vulgar y de pésimo gusto.

Obsequiar con libritos, y con estampas, y con menciones honoríficas y con becas, a un niño que tiene hambre y que no encuentra en el hogar el con-

fortable ambiente tan necesario para la salud y para la alegría de la infancia, es lo mismo que regalar unos anteojos a un ciego.

La entraña de estas cuestión social, tan olvidada y tan lamentablemente preterida, no está en la educación del espíritu.

El cultivo de los sentimientos y del cerebro, tiene que seguir al robustecimiento de los músculos, a la extirpación radical del hambre, al enervamiento de todas las necesidades y de todas las zozobras de índole material.

El programa de lo Sociedad de Amigos del Niño, debe inspirarse única y exclusivamente en salvar a la infancia desvalida de ese tremendo cautiverio, donde las angosturas económicas engendran tragedias ignoradas e incertidumbres aterradoras que nunca hallan un chispazo de optimismo y de alegría.

Estamos hartos de la caridad teórica, que nada remedia.

El mejoramiento de la infancia —ha dicho un ilustre sociólogo— está en las cantinas escolares, más que en la escuela misma. Llenad los rostros famélicos; dad alegría a los ojos tristes de los niños hambrientos; cubrid con vestiduras limpias sus cuerpecitos, y se habrá conseguido lo que no pueden lograr las disciplinas escolares, ni el libro, ni la catequesis, ni el consejo. Hace falta un enorme caudal de caridad para salvar a la infancia enferma y abandonada.

MANUEL LLANO

La Región, 5-VII-1928.

116.—IMPRESIONES BREVES, EL PÁRAMO Y LA MONTAÑA.

Un periódico castellano habla de Cantabria.

En la frase, que tiene la sinceridad de la hidalguía y la parquedad del elogio no contagiado con el adjetivo servil, ni con la hipérbole que trasciende a descomunal adulación, observamos, como un panorama encantador y sugestivo, el requiebro que el páramo y la era envían a las mieses y a las montañas; la galantería señoril que la llanura fecunda, quemada por el sol, tiene para la cordillera del eterno verdor, acariciada por el constante regalo de las nubes grises y por el viento del mar.

El requiebro, que sabe a espigas de oro, a glebas duras y quemadas, a tristezas infinitas de páramos, a canciones con reminiscencias de una juglaría inocente y andariega, tiene la entraña y el espíritu de ese recio carácter casteIlano que supo blandir la tizona y abrir el surco; llorar postrado de hinojos ante la majestad peregrina de un héroe desterrado y despreciar los privilegios y las dádivas y los pergaminos de señorío, cuando no brillaban las cegadoras luminarias de la nobleza y de la verdad...

Esas frases del periódico castellano tienen para nosotros la grata nueva de una insinuación amorosa que brota del alma; que nace de la sangre misma; que busca, como un anhelo insistente y acariciador, el saludo caballeresco del monje erguido y soberbio, con el ejército de sus bosques, a la llanura triste y silenciosa con la tremenda pesadumbre de la sed que enerva la fecundidad, y seca la tierra y abre grietas en los campos de la espiga rubia...

Cantabria — dice el periódico — es la prolongación de la tierra castellana; la costa de Castilla, el mar de Castilla; nuestra puerta de Europa; nuestra hermana más alegre y más hermosa...

He aquí, encerrado en un laconismo netamente castellano, el espíritu de una orientación perfecta; las insinuaciones preliminares de un ofrecimiento generoso, que tiene "la fortaleza del paño pardo tradicional" y la consistencia de las almenas y de los ajimeces y de los adarves de los castillos y de los palacios.

"Nuestra hermana más alegre y más hermosa". No puede decirse en tan pocas palabras, nada más elocuente, ni más amoroso, ni más sincero. El requiebro ha brotado de la gentileza peculiar en las buenas gentes de las tierras de "pan llevar". Es a la manera de un tributo magnífico que odia el estruendo de la fiesta y la galanura de la oratoria, para asirse con todas sus fuerzas, y con todas sus ansias y con todas sus vehemencias, al árbol frondoso de la humildad, sin claudicaciones, que da sombra a los labriegos, con humor de rey cuando de inicuos vasallajes estaba llena Castilla...

Cantabria, por fueros de hidalguía y de amistad, debe contestar al requiebro cumplidamente. Allá se andaban en dignidad y en fortaleza espiritual el hidalgo del monte y el hidalgo de la llanura. El uno tenía la reciedumbre del roble secular y el otro la consistencia de las peñas del yermo.

Nuestro requiebro ha de estar de acuerdo con esa semejanza maravillosa. De piedra y de roble se hacían los castillos.

¡Un saludo para el páramo triste y sediento; un abrazo de la mies verde y nemorosa al campo de las espigas de oro; un requiebro gentil de la moza montañesa que resaya en la mies y rastrilla el heno, a la pobre moza castellana que siega en los trigales y trilla en la era y se encorva prematuramente bajo la pesadumbre dolorosa de la monotonía y de la inquietud...

MANUEL LLANO

117.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. LAS PENAS DEL PURGATO-BIO Y LAS AZUMBRES DE VINO

Para nuestro querido amigo Máximo Fernández, que respingó con nosotros en las brañas cabuérnigas.

Ţ

Aquello no podía seguir por tan ásperos y quebrados caminos. La menguada hacienda iba perdiendo con extraordinario apresuramiento su robustez y su lozanía confortadora.

Pronto había de llegar el momento aterrador en que los inclementes acreedores llamaran a la puerta para llevarse la última "maconá" de maíz y el último celemín de "fisanes".

La situación era negra y complicada. El equilibrio de la economía doméstica amenazaba derrumbarse, sepultando en la pavorosa escombrera la alegría y las bienandanzas del hogar lugareño.

Las continuas y muy prolongadas libaciones de tío Antoñuco eran la causa de aquella bancarrota de la casa, antes floreciente, como el palacio de los señores cuyos "soberaos" tragaban insaciables los frutos de las mieses en aparcería.

Un día se entornó el carro del hogar aquel y no hubo fuerza, ni habilidad, ni pujanza que lo levantara, para continuar cantando quejumbrosamente por la angostura de la cambera.

Un "tricha atrás" oportuno, dicho con voz recia y amenazadora, hubiera evitado las iniciaciones de aquella decadencia desdichada que había puesto en las alacenas y en las arcas la espantosa soledad de la miseria y del vacío espantable.

Un paso más y en el precipicio de las grandes tragedias económicas se hubiera sepultado. Aquella desventurada familia, con escudo en la portalada y pergaminos amarillentos en el fondo del "arca patriarcal".

Las castas degeneran y las ejecutorias se venden por un hartazgo a manteles y por una botella de buen vino en noche de bureo. Tal hizo tío Antoñuco, con harto escándalo de los nobles del valle, "apegados" a sus blasones, como la hiedra al muro. Desde el punto y hora en que claudicó de los fueros rancios de hidalguía y de las prerrogativas de una nobleza vana y soberbia, multiplicáronse las libaciones de aquel vinillo "de lo caro", desafacedor de cuitas y milagroso olvido de las pesadumbres y de los cargos de conciencia...

La mujer de tío Antoñuco no pudo más. Muy de mañana, ataviada con los últimos ropajes de su abolengo, llenos de alifafes y de palideces indiscretas, fuese a casa del padre de almas, a pedir consejo y alivio. Aquella buena señora, antes aguijoneada por los remilgos y las bambollas de las damas de calidad y entonces humilde y medrosa como una sierva encorvada por el enorme peso de su cebollesca villanía, desgranó el luego rosario de sus dolorosas incertidumbres, sollozando, lo triste, como una pecadora tocada por la mano divina del arrepentimiento.

—Aquello se va, señor cura. El día menos pensau vien el embargu y después el cielu arriba y la tierra abajo. Haz media docena de noches que guelve a casa al ser de día, borrachu como una cuba. No hay remediu para la nuestra hacienda si no se le quita esi indinu viciu que lu está acabando la salú y el caudal. Llámele usted señor cura. El tien güen aquel, sino juera por el majoma del vinu que lu está quitando los sentíos, y golverá al güen caminu si usté lu calienta las orejas...

El "pater", que no sentía precisamente la fobia de las vides y que sabía disculpar las debilidades más pecaminosas y refitoleras, ofreció a la cuitada poner remedio a sus pesadumbres y detener el rabión espumante que amenazaba arrasar la esmirriada hacienda que no había ido a parar a la sucia talega del tabernero, remolón y pícaro.

Aquel buen clérigo, zarandeado por la chismografía de su catolicísima grey, asaz hipócrita y malintencionada, meditó leves momentos, y al fin y a la postre, la luz se hizo en el cerebro y la centella de la incógnita resuelta, rompió la sombra con su fulgor pavoroso...

III

Era el filo de la media noche. Tío Antoñuco, el hidalgo que claudicó por unos vasos de buen vino y que trocó el león rampante, en campo de azur de su escudo, por un inmenso tonel en campo bermejo, tornaba a su casa, calleja adelante, escorado de las dos bandas y siguiendo el quebrado rumbo de un bergantín, cuando la tempestad ruge...

El hidalgo de las perseverantes libaciones y de la nobleza fenecida, era paladín enamorado de "la fuerza de la costumbre". No hubiera faltado a las pragmáticas de que era esforzado escudero, aunque los castigos de Sodoma estuvieran a punto de convertir el valle en cenizas.

Baco, el de las fantasías peregrinas, el de las voluptuosidades impotentes y bárbaras, el de los optimismos fabulosos, bendijo aquella noche, como

tantas otras, al hidalgo labriego montañés que le reverenciaba, devoto y perseverante, con la liturgia iniciada por el buen padre Noé...

IV

A orillas de la calleja, el recio paredón del cementerio se alza en la noche como una siniestra frontera de la muerte.

Tío Antoñuco, beodo y tambaleante, tenía en la entraña viva la superstición arraigadísima y tradicional de una casta añeja y devota.

Al pasar todas las noches ante aquella puerta de hierro que hablaba de grandezas rotas y de soberbias humilladas, santiguábase el borracho con idéntica devoción que una beata, envuelta en lutos y en disciplinas...

Aquella noche sucedió algo pavoroso, sobrenatural que surgió de las tumbas, a la sombra de los cipreses. Una voz debilísima, de vida que se acaba, detuvo, como por ensalmo, el tambaleo persistente de tío Antoñuco.

La languidez misteriosa de aquella voz que salía del camposanto, puso livideces en su semblante y frío en su médula y zozobra en su espíritu.

"Tener compasión de mí, hermanos —decía la voz—. Rezar por la mi alma que se está abrasando en el purgatorio hasta el finiquitu del mundu por los pecados que jizo en la tierra. Soy Pedro el de la jerrera, hermanos. Salvarme, salvarme por el amor de Dios...

- ¿Y, por qué estás en el purgatorio, Pedro? interrumpió, tartamudeando tío Antoñuco.
- —Pos mira, hiju, por beber toas las noches en la taberna dos azumbres de vinu, quitándoselo a los mis hijos de la boca...
- —¿De modu que por beber toas las noches dos azumbres de vinu se va al purgatoriu?
- —Sí, hermanu, sí. Y si vieras qué lumbres y qué tizonazos y qué quemaúras.

Tío Antoñuco meditó unos instantes, exclamando después con una seriedad desconcertante:

—Pos mira, Pedro, que Dios te ampare y te perdone pa "secula seculorum". Allá nos encontraremos cuando yo estire la pata y muchas gracias por lo que me dices. Asegúrote que yo no voy al purgatorio por dos azumbres.

Ahora mesmu guelvu a la taberna pa tomar otras cuatro jarras y toas las noches jaré lo mesmu. De condename, quiero condename por ocho y no por cuatro.

Poco después salió del cementerio un hombre. Era Nelillo, el sacristán

de la parroquia y confidente del buen cura de aquel pueblo montañés.

La Región. 13-VII-1928.

MANUEL LLANO

118.—INFORMACIONES MONTAÑESAS. LA BEATIFICACIÓN DE UN ILUSTRE NAVEGANTE O LAS IMPROVISACIONES DE "MARICRUZ"

No hay pueblo montañés por esmirriado y anodino que sea, que no tenga su poetisa; esas poetisas que hacen los "picayos" del misacantano, y de los novenarios y si a mano viene del "jándalo" que torna rico o del indiano que regresa hacendado, soberbio y grave como un cacique del siglo XIX...

Estas pobres mujerucas, excesivamente devotas, consumidas por las tristezas y las "salengüenas" de un celibato mortificante y asaz desconsolador, ven pasar la juventud sin el encanto y la sugestión del amor y de la felicidad. Sus "cartas amatorias" son las páginas amarillentas del libro de rezos y los versos místicos de las revistas piadosas. Y así, un buen día, a fuerza de leer y releer jaculatorias y más jaculatorias, y "gozos" y villancicos dan en la flor de hacer versos dedicados al Santo de sus devociones, al misacantano o al lucero del alba...

Entre los regocijantes papeles que guardamos, como testimonios fehacientes del "ingenio" de las juglarescas doncellas, hay algunos que merecen la pena de reproducirse, con todos los respetos y todas las consideraciones que nosotros sentimos hacia los taumaturgos seres que tan mal parados salen, ¡loado sea Dios!, en "picayos" y villancicos.

Una poetisa de cierto valle de la provincia, muy hidalgo y muy señorial, compuso la siguiente estrofa, que con otras de la misma traza, cantaban las mozas a la salida de un novenario:

Gloriosísima Santana, agüela de Jesucristo; juistes virgen, juistes santa, y dispués juistes obispo.

He aquí a la dulce esposa de Joaquín convertida en prelado, de la noche a la mañana, por el capricho de una pobre mujer que creyó poner una pica en Flandes.

Otra señoruca montañesa, de la parte de Peñarrubia, que diría "Chisco", compuso las siguientes estrofas en loor a Santiago, el "Matamoros", que también cantaban las mozas al son de la pandereta:

Santiago, partón de España juistes a tierra de moros y te diste tanta maña que los matastes a todos...

Las mujeres te adoraban, los hombres te bendecían, los viejos te besucaban y las viejas te querían.

Juiste "marqués" de la tierra y "príncipe" de la iglesia, juiste soldau de la guerra y regidor de la gloria.

En unos picayos que oímos, no recordamos si en Cossío o en Rionansa, con motivo de haber celebrado la primera misa un mocetón robusto y colorao de uno de aquellos pueblos, se decían las siguientes tonterías:

> Toas las mozas le damos la bienvenida primera, toas las mozas le damos lo que el señor cura quiera.

Y para remachar el clavo, cantaban con la mayor tranquilidad del mundo esta enormidad, carente de toda malicia y de la más leve picardía:

Contigo confesaremos, cura nuevu de esti pueblu; contigo confesaremos hasta que seas agüelu.

Dámonos la bindición, ángel puru de la nieve, que tienes la cara blanca, inflamau el corazón...

Las modestas poetisas de nuestras aldeas son, como verá el lector, esclavas del consonante. Lo principal es que "pegue" bien, aunque Santana sea obispo y San Hermenegildo, monja carmelitana.

En un pueblo de Tudanca, una buenísima señora, cristiana a carta cabal e incapaz de cometer la más trivial irreverencia, también discurrió en cierta ocasión unos "picayos" que empezaban de esta desdichada guisa:

Hermosa Santa Justina, "varona" fiel de la iglesia.

Y en cambio otra señoruca de Ríonansa, llamó, no hace muchos años, "vírgen y mártir" a San Roque.

Y ahora vamos con la beatificación del ilustre navegante (¿genovés, gallego, cabuérnigo, burgalés?) que descubrió el Nuevo Mundo.

En cierta villa de esta provincia hay una iglesia que aquellas buenas gentes llaman de San Cristóbal.

Un día, al salir el párroco del templo aludido, tuvo la desgracia de caerse, produciéndose una lesión de la que tardó en curar una larga temporada.

El primer día que salió a la calle se topó en una calleja con la popular "Maricruz", la conocidísima "versificadora" y recadista de Ruiloba, que improvisa, hasta cuando la encargan los recados:

Yo le haré el recado, con mucho salero; yo le haré el recado porque le quiero.

O bien como la oímos en cierta ocasión:

El periodista manda, yo soy su sierva; el periodista manda, más que Lacierva.

Pero aquel día, al encontrarse con el clérigo lesionado, estuvo más expresiva y más contundente.

A la "poetisa" de Ruiloba, que lo mismo hace un encargo que pone en verso las obras de don Mateo Escagedo Salmón o un tratado de Trigonometría esférica, no se la ocurrió otra cosa que la siguiente estrofa de salutación al buen sacerdote:

Probe señor cura que se dio un tropezón al salir de la iglesia de San Cristóbal Colón.

MANUEL LLANO

La Región, 20-VII-1928.

119.—LAS FOBIAS DE ALGUNOS INTELECTUALES. UNA VÍCTIMA DEL ANHELO DE POPULARIDAD Y DE LA MALA INTENCIÓN.

Antonio de Zulueta siente la fobia aguijoneante y profunda por la literatura del siglo XIX.

Es un rencor de casta villana, cada día más fuerte y más arraigado. Un odio que se le ha metido en el corazón, que le abrasa el espíritu, que le estruja las entrañas, que le atenaza el cerebro como un gigantesco pulpo al desdichado trabajador del mar. Los viscosos y repugnantes tentáculos, cada día le aprietan con más fuerzas y con más brío...

Y en vez de desasirse y buscar refugio en lugares más apacibles y más serenos, se entrega el muy bellaco a las recias opresiones, a los estrujamientos violentísimos, como si en estas ligaduras encontrara el refinamiento de una voluptuosidad inconcebible y de placer paradisíaco del abate Mauret.

Nunca doncella más enamorada entregóse con tanta mansedumbre y con tan regalada inquietud a las blandas caricias del bien amado.

El odio, en la voluptuosidad y el amoroso anhelo de Antonio de Zulueta. Desde el punto y hora en que los bobos y los estúpidos, los legos y los rabadanes, diéronle el suavísimo espaldarazo de escritor de muchas campanillas, anda el buen señor tras la riquísima y vaporosa túnica de la popularidad, desorbitados los ojos y temblorosas las manos, como un soñador tras el fantasma peregrino de sus ilusiones.

Andando, andando por las encrucijadas y las angosturas en que inició la jornada andariega de una bohemia indecorosa, con ambientes de zaquizamís y vahos de zahurda, cayó en la cuenta de que las campanillas del espaldarazo eran majuelos herrumbrosos, que poesían el monótono y desagradable tintineo de las reatas trashumantes, a través de los campos y de las cordilleras.

Y quiso enmendar el yerro y sacar al majuelo verdoso notas argentinas de esquilas de plata, en un hermoso amanecer de primavera.

Fracasó en el verso y en el teatro; esgrimió implacable las disciplinas de la crítica indocta y caprichosa y el látigo, veleidoso y mortificante, volvióse en contra suya tundiéndole las espaldas y amoratándole el rostro. Más tarde, melifluo y clerical pretendió sentir la regalada llama y el cauterio suave del misticismo y del amor de Dios, peregrinando por el áspero camino de la perfección y del sosiego espiritual; pero apenas iniciada la torpe marcha por la estrecha senda, perdió las sandalias y el cordón, y la grosera túnica de estameña y el leño bendito que claudica a guisa de espada.

La maritornes asturiana de una venta sorbióle el seso y embriagóse con

arrieros y trajinantes y solazóse con mozas alegres en la zambra morbosa de las mancebías, en los aquelarres de las celestinas enlutadas y en las penumbras discretas de los patios de Monipodio.

El que antes cantara el amor de Dios, como suma y compendio de la felicidad y de la hermosura, una vez desposeído de la burda estameña y de las místicas sandalias, entonó himnos pecadores al amor humano y convirtióse de la noche a la mañana en desfacedor de los entuertos clandestinos y en amparador esforzado de las que él, prevaricador y fariseo, llamó "sacerdotisas de los placeres profundos".

Antonio de Zulueta, desterrado de cierta provincia castellana por maniobras y escarceos, no de política romántica precisamente; expulsado de una sociedad periodística por faltar a uno de los deberes más rudimentarios de la fraternidad y de la nobleza; este hombre que formó en las avanzadas mauristas y después en el campo republicano y más tarde en las filas reaccionarias y luego en la vanguardia (?) comunista; que fue congregante, escudero de contrabandistas, mozo de felones y de renegados; que supo de cárceles, de banquillos ignominiosos y de sentencias afrentosas; que hurtó a Campoamor sus versos y a Camba sus artículos y a Ricardo León sus pensamientos y a los periódicos franceses, poco conocidos en España, sus editoriales; este hombre, volvemos a repetir, es el que zarandea a Pereda y a Palacio Valdés, afirmando que ambos "señalaron con sus débiles obras la decadencia de aquella literatura del siglo XIX, vivero de imbecilidades y de utopías".

Un hombre que tiene el prestigio hecho girones y la conciencia llena de sombras; que fue linchado en Valencia y manteado en Barcelona, vapuleado en Salamanca, y se atreve a lanzar una afirmacin de esa catadura, pide a voz en grito un loquero y una celda. ¡Estamos hartos de estos "intelectuales" vacíos que se meten con el lucero del alba, obediciendo al impulso de sus antojos, de su ignorancia y de su mala fe.

Antonio de Zulueta forma en esta mesnada de osados sin cédula, que andan de ceca en meca vestidos de personas decentes.

MANUEL LLANO

La Región, 27-VII-1928.

120.—COMENTARIOS LIGEROS. LAS PREVARICACIONES Y LAS CAM-PAÑAS CONTRA LA PORNOGRAFÍA

En Barcelona acaba de constituirse una Sociedad en contra de la literaura pornográfica. Seguramente que la flamante agrupación, de la que forman parte varones muy prudentes y muy sesudos de la ciudad condal, hace el número mil de las que se han establecido en España.

La fundación de sociedades contra la inmoralidad hizo furor allá por el año de gracia de 1918, enervándose después esa obsesión, "espiritualmente reivindicatoria", al contemplar vacías las bolsas de propaganda y observar que gran número de señores de los que ostentaban en la vanguardia de la luenga legión, el símbolo de la honestidad, eran víctimas propiciatorias de todos los celestineos andantes y de los morbos más pecaminosos y absurdos.

Las prevaricaciones dieron al traste con casi todas las sociedades a que aludimos, y la literatura escandalosamente pornográfica ensanchó sus cauces, abrió nuevos horizontes y se desparramó espléndida y sugestiva por todas las partes.

El mal, ataviado con sus briales voluptuosos, venció al bien con la provocación de sus placeres, con la insinuación de sus sonrisas pecadoras y con los refocilamientos embriagadores que hacen caer al célibe y al virtuoso.

La materia fue más recia que el espíritu. El airón de los oposicionistas, a fuerza de empellones y de trallazos, cayó sobre el lodo y la deleznable consistencia de los propósitos saludables, fue flaca y anémica como la virtud de los hipócritas y la caridad de los avaros.

La pornografía literaria, triunfante en la lucha, encontró un desenvolvimiento más holgado. Fue el quebrantamiento de una legislación moral despedazada por la concupiscencia y por la más inconcebible de las prevaricaciones. Se entregaron las armas y los bagajes; el clarín tocó a retirada y la que podía haber sido fortaleza inexpugnable convirtióse por una de esas paradojas engendradas en la cobardía y en la inconsciencia, en un poderoso estimulante que hizo más grande el apetito y más interesante la sugestión.

Ahora se pretende enmendar las medrosas deserciones. Desconfiamos de estos arrepentimientos súbitos por muy prudentes y sesudos que sean los varones encargados de encender de nuevo el fuego sagrado. Nuestra desconfianza nace precisamente, en los desastrosos resultados obtenidos "in illo temre", cuando hacían furor las Sociedades en contra de la inmoralidad y se inició la famoso campaña que poco después fue zarandeada y escarnecida por rufianes y yangüeses...

La Región, 3-VIII-1928,

MANUEL LLANO

121.—ESCENAS CÁNTABRAS. EL HUMO DE LAS BORONAS Y EL PER-FUME DE LAS MANZANILLAS

Hemos acabado de leer "Escenas Cántabras", de Hermilio Alcalde del Río. Este hombre simpático, de ojos vivaces y frente despejada que sabe de las remolonerías pintorescas de los pasiegos, de las desconfianzas inocentonas de los cabuérnigos y de las suspicacias ingenuas de los pueblos toranceses, ha puesto en la segunda serie de sus regocijantes escenas montañesas las dos cualidades más valiosas que ha menester este complicado género literario: el realismo y la enjundia.

Una buena parte de los señores que han cultivado el costumbrismo a través de lo que leyeron y no de lo que observaron, han relegado a un término harto secundario estas cualidades, médula y espíritu de las descripciones naturales y de las humanas. El realismo es en el costumbrismo lo que la liturgia en las cosas de la iglesia, y la enjundia, el aderezo ingenioso que convierte en bello y en delicado todo lo antiestético y todo lo burdo.

Hermilio Alcalde, bachiller eruditísimo de estas cualidades que tienen la singularidad de las cosas extraordinarias y el privilegio de los dones selectos, posee además un amor muy hondo y muy arraigado por el terruño de sus constantes peregrinaciones y un anhelo intenso y acariciador que comienza con el canto del miruello y acaba con el brillar de las luciérnagas en los escajales; una ambición laudable por descubrir nuevos secretos; por descifrar la psicología complicadísima de algún labrador de las mieses de Pas o de "daque" mozallón de las riberas del Saja, enamorado y pícaro...

En este nuevo libro, que trasciende a humo de borona, que sabe a magosta y a mayueta, que tiene el perfume de las manzanillas de las cuestas y de los romeros de los "seles" y de las "brañas"; que huele a heno en lombillo; que tiene la melancolía suprema de los crepúsculos montañeses, la tristeza de sus noches y el embrujo maravilloso de sus leyendas; en este nuevo libro, volvemos a repetir, encontramos la esencia y la entraña y el espíritu de nuestras costumbres; la inocencia al lado de la picardía, la risa a la vera de la lágrima; la suavidad de los alcores; la angostura de las "canalonas" rugientes; los ábregos y las nieblas; el cantar quejumbroso de los carros de pértiga; el sentimentalismo de las "sayaderas", el regocijo de las "jilas" al amor de los tizones; el bullicio de la ronda a través de las callejas...

"Escenas Cántabras" nos habla con una persuasión, con una delicadeza, con tan vehementes acentos y con tan apacibles insinuaciones de nuestras cosas, de nuestras costumbres y de nuestras inquietudes, que el ánimo acariciado por los recuerdos llenos de mansedumbre y de cariños hondos, de una infancia

feliz en el riñón de la Montaña, se desposee de la incertidumbre y de las sensaciones amargas y goza, aunque sea por leves momentos, de la sombra confortable de las cajigas y de los nogales; de la eterna quietud de las riberas amadas en que se oye el "bígaro" y el balido, la voz de "aqueda" del pastor y el cantar alegre de la moza que corta las "árgumas" y los "barroscos" mustios...

Alguien habló, no con muy buena intención, de la muerte del costumbrismo en la Montaña. Fue una afirmación gratuita, sin la más leve transcendencia, que queda maltrecha y tundida con las bellezas de este libro genuinamente montañés; con los seguros trazos de estas escenas que han salido de la aldea; de sus campas y de sus "astragales"; de sus cocinas y de sus "curruliegas", de sus mieses y de sus praderías...

Escenas reales vividas que tienen el sabor de la campiña, el rumorear de los maizales y la "melenconía" profunda de los ambientes de la tierra...

MANUEL LIANO

La Región, 8-VIII-1928.

122.—LA LITERATURA SOCIOLÓGICA. UN PARÉNTESIS DE OBSERVA-CIÓN MEDITATIVA

Un escritor habla de la decadencia de la literatura sociológica, pero sin desentrañar el origen de esa decadencia, ni analizar las causas que han marcado una ruta menos anchurosa y más oscura. Hablar de decadencias es cosa facilísima. Para los pesimistas, a donde quiera que se dirijan los ojos, se contemplan los resabios de esas flaquezas espirituales que no concuerdan en género, número y caso con las evoluciones, no muy viejas de la Humanidad.

Y a fe que estos pesimismos no son justos ni están fundamentados en razonamientos sólidos y convincentes.

Esa desdichada condición de las psicologías amargadas por las desazones de la vida, por sus tormentos y por sus inquietudes, no tiene, ni mucho menos, la significación social que quiere dársela. La generalidad no está contagiada del morbo ni experimenta las vacilaciones y los tambaleos que los paladines de la hipérbole, convertidos en plañideros, pretenden observar en el desenvolvimiento de los hombres. Es un error y una necedad pretender convertir lo excepcional en vulgar. En este caso concreto lo excepcional es lo malo, y lo vulgar es lo bueno, aunque los equivocados se esfuercen en cambiar los términos.

El escritor que habla de la decadencia que en estos últimos años ha experimentado la literatura sociológica, sin buscar la raíz ni detenerse a desmenuzar las causas y las consecuencias, sufre el contagio a que aludimos. La sociología llevada al teatro, a la novela, o a la crónica periodística, no ha sufrido enervamientos considerables ni transformaciones profundas.

Sigue el mismo camino y se hospeda en los mismos mesones y sacia la sed en los mismos manantiales, quizás más puros y más cristalinos. Lo que sucede es que las desorientaciones en materia social, consecuencia naturalísima de los cambios radicales que han sufrido no pocas legislaciones y no pocos procedimientos, no engendra las añejas polémicas de las que brotaban las chispas de la pasión, de la vehemencia y del enardecimiento. Los cambios de época, y nadie nos negará que estamos en las iniciaciones de una nueva era, siempre se han señalado por un paréntesis de observación meditativa, dentro del cual se encuentran ahora los grandes escritores, especializados en los asuntos sociales. La comparación entre el pasado y el presente, el análisis detenido y concienzudo de lo que murió y de lo que nace, la apreciación imparcialísima y serena de lo viejo y de los nuevo; estas tres causas constituyen el compás de espera de los sociólogos.

Sería prematuro exaltar este o el otro procedimiento sin que las raíces se fortalezcan, y arraiguen y encuentren en la entraña viva de la Humanidad la savia fecunda que verdee las hojas y robustezca el tronco. Cuando lo semi-deleznable goce de consistencia; cuando el árbol dé sombra y lo que hoy es una excepción en el régimen sociológico, tienda a ensanchar sus límites y a convertirse, aunque sea lentamente, en una magnífica generalidad, es llegado el momento en que han menester las sociedades de una clara y terminante orientación para que brote la polémica cordial, sin vociferaciones, y dentro de la metamorfosis que se insinúa se escoja lo selecto, lo exquisito, lo eficaz y lo justo.

Mientras tanto, la literatura social no busca amplio campo, no en el libro doctrinal, ni en el folleto que pudiéramos llamar dogmático, sino en la novela, en la poesía y en la crónica.

Estamos hartos de la palabra decadencia. Suena en los oídos como un augurio fatalista y como un insulto a una generación que no ha cometido más pecado que el de soportar las viejas ligaduras del prejuicio y de la vanidad. Confundir el período de observación con el dulce "farniente" de la abulia, se nos antoja una simpleza.

Y hay simplezas que sólo merecen el ludibrio y el desprecio.

MANUEL LLANO

La Región, 10-VIII-1928.

123 — EN POCAS LÍNEAS EL TONEL DE LAS DANAIDAS

En Francia ha comenzado la organización de un acto encaminado a robustecer el amor entre los hombres y la fraternidad social.

La idea nos parece excelente y harto plausible. El amor y la fraternidad son las luminarias más hermosas y las sensaciones más dulces de la vida. El calorcillo del amor y la entraña viva de una fraternidad sincera y fecunda en generosidades y en sacrificios, constituyen la política social más amplia, más proteccionista y más hermosa. Una exaltación de estas cualidades de los espíritus selectos, iniciaría el anchuroso camino de la relativa felicidad humana y señalaría las bellas insinuaciones de un acercamiento cordial, bajo los claros ambientes de la paz y de la esperanza... Pero el acto que se celebrará en la vecina República será uno de tantos. La autopía y la hipérbole, estrechamente ligadas, desbordarán sus inconcebibles paradojas y sus momentáneos enardecimientos, Después, nada. La teoría continuará vociferando y la práctica no saldrá de su cautiverio. La palabra de apócrifa vehemencia no estará de acuerdo con el corazón, ni con la conciencia.

Y es, sencillamente, pese a todos los filósofos románticos y languiduchos de espíritu, que la organización de estos actos carece de un fondo sólido, como el tonel de las Danaidas. El fondo es el sentimiento, la sinceridad, el amor. Y desgraciadamente, andan muy flacos estos tres principios que deben inspirar las campañas y las evoluciones sociales.

LL.

La Región, 15-VIII-1928.

124.—EN POCAS LÍNEAS. GUERRA AL HOMBRE, HASTA VENCERLE...

Las extravagancias peregrinas de las sufragistas inglesas experimentaron una tregua prolongadísima durante la guerra europea. El pavor del gran cataclismo cerró sus labios. Fue una recia ligadura que paralizó sus evoluciones y abrió un silencio que tenía algo de recogimiento y de misericordia.

Las que antes aunaron sus bríos y los entusiasmos de sus belicosos espíritus para dar la batalla al hombre que las hurtaba sus pretendidos derechos, sintieron entonces la llama regalada de una piedad profunda, el cauterio suave y purififcador de la mansedumbre y esa dulcísima inquietud de la mujer

que sabe de zozobras espirituales y de amorosos desvelos. El odio, ante el grito angustioso de la tragedia, se convirtió en abnegación y en olvido. Aquellos bríos desbordados que agraviaron perseverantemente la dignidad del hombre, fueron acallando sus ensordecedoras querellas para transformarse en un hondo estupor del que brotaron los sentimientos y las sensaciones, las generosidades y el arrepentimiento.

El dolor puso delicadezas exquisitamente femeninas en aquellas vanguardias violentísimas, que días antes hicieron la afirmación rotunda de que el hombre, usurpador insaciable de todos los privilegios, es la "bestia más feroz del planeta", a la que es menester extirpar para crear una Humanidad más justa y más transigente.

Cesó el silencio y la actitud mansa. En la verde Eire, la de las rebeliones constantes y la de los cantares melancólicos que piden libertad y lloran opresiones, se ha insinuado de nuevo el odio sufragista.

Han tornado las extravagancias con más ímpetu que nunca. Una mujer la enarbolado el estandarte de esas inconcebibles reivindicaciones y ha publicado el absurdo pregón de batalla:

"Guerra al hombre hasta vencerle". "La mujer es la belleza y el hombre representa la grosería. ¡Guerra al hombre hasta vencerle!"

No cabe duda, dice un periódico inglés, que la sufragista irlandesa es una experimentada. Ha contraído matrimonio siete veces.

LL.

La Región, 16-VIII-1928.

125.—EN POCAS LÍNEAS. EL NUEVO MESÍAS O EL GRAN MANICOMIO DE EERDEN.

Eerden es un bosque de Holanda un tanto paradisiaco y voluptuoso, como el famosísimo de Zola, donde se refociló el abate Mouret...

En el bosque de Eerden los latinos, los sajones y los indos han levantado sus casetas de lona y han lanzado el hosanna de la redención. El leño sagrado arde en el centro del bosque y las linfas de un nuevo Jordán purifican los cuerpos y los espíritus. Las estampas judaicas discurren por la pradera, envueltas en sus túnicas, virados los ojillos avarientos y encorvada la testa como si sintieran el peso de una enorme pesadumbre. El hosanna resuena en el bosque como un grito de anhelos logrados y de ambiciones satisfechas. Nada

más que faltan las estrellas bíblicas, el establo, los pastores, los rabeles y las zampoñas.

El Congreso de la Estrella reunido en Eerden, siembra palmas y flores al paso lento y majestuoso de Krishnamurti, que se llama el nuevo Mesías. En el gran manicomio holandés, con sus celdas de lona mugrienta, con sus pinos y con sus alcornoques, la "demencia cosmopolita" adora, entre inciensos y mirras, al "nuevo redentor".

La figulina snob de la norteamericana y la tradicional padmini de ojos de loto de la vieja india, insinúan sus cánticos y sus danzas. Krishnamurti habla bajo un árbol frondoso:

—"Desechad la etiqueta que no sirve de nada. Bebed el agua si es pura. Yo os digo que tengo el agua pura. Yo tengo ese bálsamo que sana y que purifica. Yo soy todas las cosas..."

¡Hosanna, hosanna! Ha nacido el Mesías. Es un indio de rostro pálido, melifluo y espigado que cubre su cuerpo demacrado con un brial femenino. Gusta de las lisonjas de las damas y no es casto. Siente el placer de la gula y la voluptuosidad oriental. En su tienda ponen los pebeteros esencias de su viejo país y hay sedas en el lecho y damascos en los cojines y una mujer hermosa de las riberas del río sagrado...

Tal es el nuevo Mesías que en Eerden luce su brial vaporoso con perifollos femeninos...

¡Oh manes de Herodes! Id a Eerden desde donde quiera que os encontréis...

LL.

La Región, 17-VIII-1928.

126.—EN POCAS LÍNEAS, EL AMOR Y LA CARIDAD

La fiesta de la flor es una reminiscencia de la antigua fiesta de los claveles. Entre las tenebrosidades desconcertantes de la Edad Media; entre los tributos ignominiosos y agobiadores de las alcabalas forzosas; a la vera de la horca y del cuchillo, del pendón y la caldera, del derecho de pernada y de las opresiones mortificantes, nació la fiesta del clavel para enervar las pesadumbres de los lisiados y de los hambrientos, de los que yacían en las oscuras mazmorras de la miseria, desmedrados y quejumbrosos.

María de Molina quiso poner en medio de las luchas internas que asola-

ban a Castilla y de las profundas tristezas que embargaron su reinado, la alegría de un clavel y la generosa y apacible insinuación de una promesa de amor y caridad. La fiesta del clavel respondió a los sentimientos magníficos de la dulce señora que apuró todos los sinsabores y todas las pesadumbres.

Santander ha respondido al insistente llamamiento del amor y de la caridad en esta fiesta humanitaria que tiene sonrisas de mujer y querellas desgarradoras de los desgraciados que sienten los pasos de la muerte.

En ésta, como en tantas otras manifestaciones de la vida, hay esplendideces y hay resabios miserables. Afortunadamente abunda más lo amplio que lo angosto y es más fuerte la misericordia que la crueldad.

A nuestro lado pasó un mozalbete... lánguido, lánguido, lánguido. Un desventurado de pantalones anchurosos, americana menguada y faltriquera poco robusta. Llevaba el petrimetre dos florecillas blancas en una de las solapas. Cuando una de las señoritas se acercó al "dandy" en busca de otro óbolo, el mentecato contestó groseramente:

-Señorita: soy demasiado modesto. No quiero condecoraciones...

He aquí el símbolo de esa juventud miserable y afeminada de trazas, que baila el charlestón y fuma, gracilmente, cigarrillos egipcios.

Lt.

La Región, 18-VIII-1928.

127.—EN POCAS LÍNEAS. EL ULULAR DEL BUHO Y EL GRITO DEL OUEBRANTAHUESOS

Claro Abánades y otros escritores catolicísimos confunden, como el bueno de Alonso Quijano, las manadas de "inocentes" corderillos con ejércitos formidables. En el horizonte, a través de los campos con tristezas de yermo, sin surcos ni espigas, pretenden vislumbrar la blancura del turbante, el brillar de las lanzas y la densa polvareda que levantan los corceles de guerra. La obsesión es tenaz y aguijoneante. Un espejismo fantástico y medroso les hace contemplar a dos pasos lo que está en los confines remotos del universo. La iglesia y la civilización peligran. La humanidad está amenazada por los bárbaros del sectarismo que avanzan al redoble de los tambores y las notas de las chirimías. Hay espingardas y "pelotas de fierro", cascos y

armaduras, yelmos y escudos: diablillos pintados en los estandartes de batalla y semblantes hoscos y arrugados bajo el bardal enmarañado de los cabellos. El espejismo está envuelto en sombras. En medio de los ejércitos abigarrados que avanzan por el yermo, divisa Claro Abánades el pavoroso triángulo de la masonería. Es un triángulo inmenso que parece de fuego. "La religión peligra". Vienen las huestes vándalas al trote ensordecedor de las cabalgaduras, asolando los sembrados e incendiando las praderas y los bosques.

La fantasía no puede ser más lúgubre y más fatídica. Hasta se escucha el ulular del buho y el grito del quebrantahuesos. "Los masones vuelven", las logias avanzan, el triángulo brilla de nuevo. "La religión peligra ante el renacer de las misteriosas logias".

No estamos conformes, apreciables colegas. La masonería anda flaca y desconcertada. Han disminuido las logias y los triángulos y las invocaciones al Gran Arquitecto.

El peligro de la religión no está en esos misterios ni en esa organización desnutrida. Hay un peligro más amenazador, más próximo y más violento que se ha iniciado dentro de la religión misma.

Jesús fue casto, pobre y humilde.

Lt.

La Región, 20-VIII-1928.

128.—EN POCAS LÍNEAS. EL PROBLEMA DE LA EMIGRACIÓN Y EL LUTO DE LA ORFANDAD

Se habla de nuevo del problema de la emigración. Los cauces de siempre, las mismas hipérboles, las mismas querellas e idénticas elegías. Pesimismo y zozobras. Nada nuevo, nada optimista. La triste odisea del emigrante desafortunado que torna maltrecho y apesadumbrado y el himno al aventurero victorioso que vuelve orondo y rico, lleno de fachendas y de vanidades. Menguados son los límites y bien poco holgado el campo de los que escriben y escriben de este problema vital que corroe la entraña viva de los pueblos. Para ellos nada más que existe el sollozo y la lamentación. La raíz del éxodo, el manantial inagotable de los quebrantos agrícolas; los campos convertidos en páramos y las tierras fecundas convertidas en cosos de placer; la sed de las glebas, los tributos excesivos, la eterna incertidumbre de las aparcerías,

la miseria campesina y todas las pesadumbres y todas las inquietudes que deshacen los hogares y separan a los padres de los hijos y ponen ilusorios anhelos en el corazón y en el cerebro de los humildes, no merecen el análisis de esos comentadores de la emigración, enamorados de la lírica y de la retórica...

Lamentar las consecuencias sin poner remedio al mal es cruel y antihumano. Y esto es precisamente lo que sucede con el problema del emigrante. Lloramos con el vencido y reimos con el victorioso y dejamos que el analfabetismo cruce el océano y que la aventura siga su ruta, hecha lágrimas, de ambiciones y de zozobras...

En Barcelona acaba de crearse la Sociedad de protección a las viudas y a los huérfanos. Hora es ya de que la misericordia se recuerde de estos desamparos cruelísimos. El luto de la viuda y del huérfano, es un reproche a los instintos miserables de los avarientos, de los indiferentes y de los egoístas de repletas talegas.

¡Cuántas amarguras, cuántas lágrimas y qué tremendas soledades!

¡Cuántas caídas ante el asedio del hambre y cuántas inquietudes y cuántas luchas entre la virtud y el sollozo de los hijos famélicos; entre el deber y la necesidad; entre la carne y el espíritu; entre el cerebro y el corazón!

Un día se rompió la felicidad y se acabó el pan; se quebró el báculo y se derrumbó la fortaleza. Después el estupor y los espasmos desgarradores que contrajeron el rostro de los inocentes. Más tarde los temblores del frío y las calenturas del hambre. Después la súplica sin consuelo, las querellas, los clamores, la inquietud amenazadora y la incógnita horrible.

Y quién sabe si la caída y la muerte...

LL.

La Región, 21-VIII-1928.

129.—EN POCAS LÍNEAS. LAS AMBICIONES DE LOS CAMPESINOS

Es un éxodo persistente que trae a la ciudad la sencillez y los resabios seculares de las servidumbres aldeanas. El campo es menospreciado; las mieses y las praderas, los agreos formados en el yermo y los cercados de las laderas y de los alcores, de las riberas fecundas y de las hoces angostas, van perdiendo las devociones y los desvelos del campesino. ¡La ciudad, la ciudad!

He aquí el embrujo y la obsesión y el ensueño y la fantasía de las buenas gentes de la aldea. Para ellas la ciudad equivale a medro, a felicidad y a descanso. La tierra da poco y el trabajo es muy duro y las alcabalas oprimen el ánimo y ponen ligaduras férreas en la menguada desenvoltura de las pequeñas labranzas. El surco es cada día menos fecundo y más tenaces las inquietudes y más flacos los anhelos. ¡La ciudad! Allí no hay glebas duras, ni agreos pindios, ni arados, ni mazos de destripar terrones, ni yuntas, ni azadas, ni hoces, ni gavillas, ni pedruscos...

Se trabaja "más a lo fino", son más delicados los atalajes, se come pan blanco, se engorda y se duerme a pierna suelta y se toma el sol y el aire como los señores de campanillas.

La heredad que cultivaron pasa a otras manos y a la ciudad vienen los muy cuitados con el fardo de la ambición a cuestas para morirse de necesidad y de pesadumbre en una buhardilla miserable.

Trocan el remanso por el estruendo, la paz por la discordia y la calma por la tempestad que al fin y a postre ha de destrozar sus ilusiones y sus esperanzas. Después, ya tarde, el pesar, el remordimiento...

Mientras las aldeas se despueblan, las ciudades se congestionan y brotan las crisis del trabajo, porque los ambiciosillos de la campiña hurtan en el cercado ajeno de la ciudad, demasiado angosto para tanta gente.

Lt.

La Región, 23-VIII-1928.

130.—EN POCAS LÍNEAS. EL LAZO DE LOS ESTRANGULADORES INDIOS

Los periódicos ingleses están alarmados. En la India ha aparecido de nuevo el lazo de los estranguladores y el sectarismo bárbaro que divinizaba a la crueldad y a la muerte.

Es el renacer de unas costumbres y de unas supercherías y de unos fanatismos que asesinaban en las encrucijadas y en los laberintos de los subterráneos y en el misterio de las pagodas. Las intensas pasiones de las sectas indias, que se creían extinguidas siempre, tornan a encender el "fuego purificador" de la materia y del espíritu; a ver en el Ganges las linfas sagradas y en el lazo de seda, el tributo piadoso a las ambiciones insaciables de los dioses terribles.

Un periódico londinense, dice que la resurrección de la secta de los estranguladores, ha obedecido a las propagandas que han venido realizando "dos aristócratas indios, descendientes de una de las más antiguas familias de la gran península".

Otro periódico de Inglaterra afirma que la secta de los estranguladores tiene actualmente una significación política sin más derivaciones religiosas que el deseo de lograr el establecimiento de Sociedades "que analicen y estudien las consecuencias de la dominación británica y el desenvolvimiento, características, orígenes, liturgias y ramificaciones de las viejas creencias indias".

Tenía razón Conan Doyle cuando afirmaba que el opio (el mejor elemento dominador de Inglaterra en aquella parte del Asia), trocaría sus enervamientos y sus laxitudes, al pasar de los años, por un deseo de venganza y de libertad que haría brotar de nuevo el turbio manantial de los odios y el desbordante rencor contenido durante muchos años.

LL.

La Región, 24-VIII-1928.

131.—EN POCAS LÍNEAS. LOS FARISEOS Y LOS MÍSTICOS-BRIBÓNI-COS

Está próximo a celebrarse en Roma el Congreso internacional (?) de la educación de la juventud.

Desconfiamos de la eficacia social y educativa de la inmensa mayoría de los Congresos. En ellos se refocila más el estómago que el espíritu. Las deliberaciones y las oratorias ante una mesa enmantelada, con cascos tentadores y hierbas y florecillas, son más torrenciales que los pensamientos y que las iniciativas; y más abundantes las jiras, las recepciones y las sobremesas que los entusiasmos, los fervores y los sacrificios.

Un Congreso, en la mayoría de los casos, viene a ser una descomunal zambra que organizan unos cuantos varones muy sesudos y muy prudentes para echar una cana al aire y regodearse lejos de sus pueblos, sin menoscabo de sus gravedades y de sus rimbombancias...

Congreso equivale a hartazgos, a regocijo, a recreo del espíritu y de la carne, a vigilias satisfechas, a hostelerías de lo caro. Se jadea recio, sin darse punto de reposo en jiras y en recepciones y en "actos de honor" y se ol-

vidan las estrecheces y las pesadumbres del hogar. Una cosa queda a salvo en esos trajines y en esos belenes. Hay una cosa que no experimenta ni cansancios, ni pesos abrumadores, ni flaquezas que reposa, que se está queda, que no trabaja, que no se mueve, que no se fatiga como los músculos, como las "coyunturas" y como el pecho y como los dientes. El cerebro es en el noventa por ciento de los Congresos lo que el dinero en las talegas orondas de los miserables: que no saben hacer uso de él...

La Asamblea de Roma, será una de tantas. Tiene un carácter místico que trasciende a tonsura y a sandalia. Y francamente, con abstinencias, con disciplinas y con devocionarios no se arreglan las cosas del mundo.

¡Más corazón, más conciencia, más amor, más misericordia, es lo que hace falta invectar a la juventud!

Y sobre todo, menos fariseos y menos "místicos bribónicos", que dijo Menéndez Pelayo.

O lo que es lo mismo, menos jaculatorias insinceras y más amor al prójimo. Más huellas de Jesús y menos de mercaderes...

LL.

La Región, 25-VIII-1928.

132.—EN POCAS LÍNEAS. SE MIRA CEÑUDAMENTE AL MAR

El problema social del marino está sin resolver. España ha mirado ceñudamente al mar y no ha caído en la cuenta de lo que significa una política náutica inspirada en la expansión mercantil y en la conquista de nuevas rutas y de nuevos mercados. Esta indiferencia de las multitudes españolas hacia las cosas del mar, ha traído el luengo cortejo de los olvidos que han estrangulado las vocaciones de una juventud intrépida y sanamente aventurera. El problema social del marino, las reinvidicaciones de la gente de mar, el estímulo que han menester todas las colectividades para que el desenvolvimiento sea más amable y más recio el entusiasmo y más sólidos los propósitos, han carecido del impulso poderoso y perseverante que quiebra todos los hierros y enmienda todas las injusticias y arrolla todas las barricadas.

Ahora se pretende poner un poco de amor y un poco de protección en las tristezas y en las pesadumbres de los marinos viejos. Después de las tempestades del Océano, cuando blanquearon los cabellos y temblaron las manos y enflaquecieron los bríos, llegaron las tormentas y las nieblas de la miseria y del dolor y los golpes del desamparo, que son más tremendos y más crueles que las amenazas del mar.

El "homenaje a la vejez del marino" organizado en varias provincias del litoral, tiene las caricias confortadoras de las playas apacibles y las nobles generosidades de los nautas que todavía pueden manejar el sextante y buscar en las estrellas el camino del mar... Pero falta la entraña, la colaboración amorosa de las gentes, la misericordia de la opinión que es la palanca poderosa en todas las cosas de la caridad.

Se sigue mirando ceñudamente al mar y en los hogares fríos y desmantelados, sin la esperanza de un destello, la pesadumbre y la nostalgia encorvan más y más los cuerpos desmedrados de los que peregrinaron por las rutas del Océano, "zahories de las estrellas y de los horizontes"...

LL.

La Región, 27-VIII-1928.

133.—EN POCAS LÍNEAS. LAS CÉLEBRES PALABRAS DEL FUNDIDOR DE LONDRES

La gran crisis obrera se ha agudizado en la Gran Bretaña. Una inmensa procesión de proletarios recorren las calles de las ciudades inglesas pidiendo insistentemente los medios de ganarse el pan. Y la respuesta causa espanto con su cruel negativa. No hay trabajo; no hay donde romperse la crisma por unos menguados peniques; las industrias acentúan su anemia; los trabajadores peregrinan de puerta en puerta, como mendigos trashumantes, con las alforjas vacías y el rostro famélico y las ropas trascendiendo a miseria.

Es la era de las siete vacas flacas. El hombre quiere trabajar y no puede. Siente recios sus músculos y sólidos sus bríos y llenos de fortaleza sus pulmones; pero le falta el yunque y la máquina, el arado y la sierra, el taller y la fábrica. El trabajo es el derecho más indiscutible de los hombres, aunque opinen lo contrario los filósofos gazmoños. Un derecho secular que no admite, que no debe admitir enervamientos y modificaciones negativas. Lo menos que puede pedir un padre de familia, es trabajo y pan. Cuando el pan y el trabajo faltan y el hogar está frío y los hijos inician la horrible querella del dolor y de la privación, el ciudadano más consciente y más equilibrado, está próximo a la linde roja del odio y de la venganza. El espíritu responde a las flaquezas y a las mortificaciones de la carne y llega el ímpetu arrollador como una

llamarada inmensa de pasiones, de congojas y de rencores. Así han brotado todas las revoluciones. Así se rompieron las puertas férreas de la Bastilla y así brillaron las primeras centellas del odio.

El trabajo es la paz de los pueblos y la felicidad de los humildes. Cuando esa paz y esa felicidad se quebrantan, suenan fatídicas y terribles las famosas frases del fundidor inglés:

"Milores: Mirad que el hambre oscurece el entendimiento y hace crueles los instintos; mirad que el hambre es una fiebre formidable en que los delirios son mezcla de barbarie y de inconsciencias siniestras"...

Li.

La Región, 29-VIII-1928.

134.—EN POCAS LÍNEAS. MENOS SOCIEDADES DEPORTIVAS Y MÁS AGRUPACIONES DE AMIGOS DEL LIBRO

En Barcelona acabe de crearse la "Asociación de jóvenes amantes del libro". Una asociación de esta naturaleza en una época en que hacen furor los regocijos bestiales y las vocaciones que cuatro señorucos almibarados han denominado regeneradoras, muy amorosa y bonitamente, es un recio bote de lanza en el deleznable escudo de los modernísimos frívolos y desdeñosos. La juventud del siglo es la contradicción más inconcebible de aquella otra juventud sanamente romántica, consciente y luchadora, triunfante en los torneos por la exaltación de las libertades, del amor y de la belleza.

Un buen día, a raíz de la última barricada y del último estertor del romanticismo fuerte, optimista y prudente, asomó en el collado la faz rechoncha e inexpresiva del positivismo insaciable. Unas alforjas descomunales colgaban de sus hombros. Había en ellas bermellones y requilorios doncelliles, esencias y espejillos, encajes y alfliteros.

Era la metamorfosis decadente con su luengo cortejo de prevaricaciones espirituales. La lucha convirtióse en mansedumbre, los bríos en flaquezas y los torneos y las fiestas y las contiendas nobles en devaneos, en chismografías y en holganzas prolongadas. La excepción fue harto insignificante y harto leve la protesta. Nacía otra juventud con el alma enferma y el corazón frío y colmado el cerebro de escepticismo y de nieblas desconcertantes. Más tarde, por atavismos de raza, brotaron de nuevo los bríos y los entusiasmos, pero corrieron por otros cauces y se calentaron en otras lumbres y se expansionaron en

otros campos... Las pasiones de la lucha no fueron más allá del juego y de las rivalidades deportivas y de los zascandilleos voluptuosos y ambiciosillos.

¡Libertades, optimismos, luchas, fortalezas espirituales, consciencias y enterezas han sido arrastradas por el aluvión de los grandes desatinos y de las tremendas paradojas!

Hacen falta menos sociedades deportivas y más agrupaciones de amigos del libro.

Menos offsides y más gramáticas.

Lt.

La Región, 31-VIII-1928.

135.—EN POCAS LÍNEAS. VALE MÁS LA MALDAD DEL HOMBRE QUE LA VIRTUD DE LA MUIER

Nosotros, ¡loado sea Dios!, no somos antifeministas como el abate Clarec, ni vemos en el rostro de la mujer las expresiones satánicas y pecadoras que pretendió observar el teólogo famoso... después de dar la carne al mundo y los huesos a Dios, según costumbre secular de los moralistas sin tonsuras ni estameñas.

Estamos en un discreto término medio que ni nos acerca a la bellaca adoración ni nos aproxima al odio terrible del abate francés.

Pero si fuéramos antifeministas enmendaríamos el yerro desde este punto y hora y cantaríamos un himno a la mujer culta que sabe poner un remiendo; que sabe de calcetines y de planchas, de desvelos del hogar y del ajetreo de sartenes y cacerolas; que lee y trabaja, que brega a brazo partido con todos los cachivaches de la casa y descansa, apaciblemente, en la grata compañía de un libro selecto.

Estas mujeres que han respondido en Londres al grito de guerra de las graves y desdeñosas sufragistas, con una voz magnífica que ha sonado en las riberas del Támesis como un anhelo amoroso de maternidades santificadas, han iniciado la lucha contra las extravagancias de esas pobres señoras consumidas por el melindre de unos axiomas sociológicos, engendrados en la soberbia y en las perturbaciones cerebrales.

El enemigo más formidables del sufragismo está en ese grupo de mujeres conscientes, ayunas de bachillerías filosóficas y de sutilezas reivindicatorias. Ha sido el suave brotar de un delicado pensamiento femenino en el que se han querido compendiar todas las amorosas sensaciones, todas las misericordias y todas las dulzuras de la generosa compañera del hombre que sabe mantener su dignidad sin torpes pretensiones y sin odios profundos.

Cuando el evangelista dijo que "la maldad del hombre vale más que la virtud de la mujer" no se refería, seguramente, el buen señor, a las féminas del hogar.

Es que presentía a las sufragistas como el Cid Campeador a la catedral de Burgos, según el bueno de don Manuel Fernández y González.

LL.

La Región, 1-IX-1928.

136.—EN POCAS LÍNEAS, ESENCIAS Y TRAPOS DE MUJER

La indumentaria masculina tiende a afeminarse. Estos atrevidos regodeos de la moda constituyen un desaforado síntoma en el que se encierran y se compendian todos los resabios débiles y languiduchos de una juventud que pone sus anhelos y sus bríos en lo que debe ser capricho y condición de damas y doncellas, de mozas de partido y de maritornes de buen ver. Teniendo en cuenta la desdichada significación de esos atalajes que barruntan y presienten la blusa vaporosa, el encaje, los cintajos y hasta la combinación "asalmonada" y delicadísima, muy mona y muy voluptuosa, Mussolini ha publicado unas disposiciones prohibiendo que sean exhibidos en cuerpos masculinos indumentos inspirados en los patrones modisteriles y que vayan en menoscabo de la hombría.

La idea del dictador italiano se nos antoja excelente. Los hombrucos con trazas de mujerzuelas, zánganos de todas las colmenas, engoladillos, fatuos, chismosos, colmados demelindres, debieran estar catalogados en el gran museo del mundo bajo una denominación categórica que está en el ánimo de todos; que lo dicen sus ojos, que lo reclaman sus palabras, que lo exigen sus risas delgadas y sus contoneos y sus repugnantes acicalamientos.

Mussolini ha hecho bien. Hay que evitar las expansiones de una moda ridícula que pone esencias y trapos de mujer en los cuerpos de los grandes pisaverdes, que saben más de encajes y de sedas que de los menesteres varoniles. El uso masculino de los famosos copetes y de las guadejas, denotador de vil afeminamiento, fue prohibido allá por el año 1617. Es un precedente para los legisladores y para los gobernantes.

LL.

La Región, 3-IX-1928,

137.—EN POCAS LÍNEAS. UNA CARACTERÍSTICA DE LOS TIEMPOS OUE CORREMOS

La cartomancia está haciendo furores en París. El atavismo supersticioso de una época lejana en que los magos y los astrólogos colmaban sus talegas leyendo la felicidad o la desventura en el misterio inexpugnable de los astros, hace mella en el espíritu de los parisienses crédulos, clientela pintoresca y "psicasténica" de los modernos Nostradamus...

Hace algunos años, cuando en la capital francesa se insinuó la disparatada moda de los tocados indios y de las túnicas griegas, madame Nougrit, la hábil echadora de cartas, comenzó en su aldea de la Borgoña los devaneos clandestinos por la mansión tenebrosa del porvenir, forjando a su antojo, alegrías y desazones que jamás habían de llevar al alma de los curiosos impertinentes el brillar magnífico de los luceros o las sombras medrosas de las "cavernas hechiceras" de que habló en frases espeluznantes, Montgomery y el jacobino.

Las estrellas de los briales griegos que camparon en los campos Elíseos meses antes de estallar la Gran guerra, coincidieron con las audanzas de madame Nougrit en la escondida aldea de la Borgoña. El trágico paréntesis de la guerra, el estupor de las muchedumbres, la juventud destrozada, la inmensa carnicería, hicieron enmudecer a los necios oráculos y enervaron la moda en que la estulticia y la bellaquería, groseramente hermanadas, pusieron sus inquietudes burdas y sus ingenuidades morbosas.

Ahora renace la monomanía de la cartomancía. Se reparten prospectos por las calles, se anuncian las "adivinadoras" en los grandes periódicos, se construyen quioscos esféricos en cuyo interior las grandes pícaras, envueltas en anchurosos briales cuajados de estrellas y de "cuernos de luna", consultan la baraja y engañan a los tontos.

El horóscopo de Nostradamus, terror del duque de Guisa el "Acuchillado" de Calais y del cardenal empolvado y voluptuoso, que no tenía libro de horas

y requebraba a las damas, torna a poner el dolo de sus artificios obsesionantes en las mansiones de los poderosos, de los aristócratas y de los villanos...

Es una característica de los tiempos. Miramos mucho a las constelaciones y mientras tanto...

Lr.

La Región, 5-IX-1928.

138.—EN POCAS LÍNEAS, LA DANZA DIABÓLICA DE LA MENPSÍCOSIS

La menpsícosis torna a iniciar su danza diabólica, mezcla de respingos de animales y de piruetas más o menos complicadas y habilidosas; de recovecos hombrunas y de regodeos ramilescos al barrunto obsesionante del gallinero...

Aquí un borriquillo dando córcovos, tiesas las descomunales orejas y un rebuzno a flor de belfo; allá un ciervo medroso, de cuernos múltiples y retorneados; acullá un menguado topo castigado a la ceguera eterna; allí un tasugo repugnante que busca la sombra de los maizales; más allá un enorme caballo percherón, y a su vera un castraorio berrendo de astas incipientes que gusta el jugo sabroso del heno y la aspereza de las yabazas verdes.

El borriquillo, el ciervo, el tasugo y el novillejo, lo mismo que las fieras de las selvas y los enormes paquidermos de las serranías y las aves de rapiña y los cetáceos, se transformarán, el día menos pensado, en ciudadanos cabales o imperfectos, nobles o villanos, agudos o tontos, "dinámicos o farnientes", mansos o rebeldes, cínicos o medrosos.

Lo dice la menpsícosis, cuyos paladines se acaban de reunir en Bruselas, para entregarse a profundas deliberaciones, bajo los árboles, en el silencio de la noche, que es cuando abandonan sus guaridas las terribles fieras y los inofensivos animalitos a quienes debemos la existencia.

Los "menpsicosistas" europeos reunidos en la capital belga, han lanzado a todos los vientos de la rosa, la afirmación categórica (conjunto de rugidos, de rebuznos, de balidos, de relinchidos y de gruñidos inarmónicos e incoherentes) que todos los ciudadanos nos hemos guarecido en las cavernas o hemos experimentado el hartazgo del pesebre o la sed terrible de los desiertos...

Uno de los congresistas ha dado lectura a un sendo estudio en el que se

dice que la mayor parte de la generación actual, debe su "yo" a la víbora, al jumento y al tigre.

Y no habrá faltado quien haya comenzado su discurso de esta guisa: ¡Cuando yo era elefante...!

Lt.

La Región, 7-IX-1928.

139.--EN POCAS LÍNEAS. EL ROTARISMO ES PECADO

Ahora le ha tocado la vez al apacible e inofensivo rotarismo. La suspicacia mística ha pretendido ver un ataque violento al dogma y un espíritu pernicioso, capaz de los embates de lanza más descomunales contra el catolicismo.

Los rotarios son racionalistas empedernidos. Los rotarios están en sazón de que el agua de las pilas sagradas les queme los dedos, como a los demoníacos absurdos que adoran a Luzbel y al macho cabrío. Los rotarios constituyen una reminiscencia del masonismo misterioso que ha pretendido tambalear al gran templo, que en nada se asemeja a las catacumbas cristianas. Y el rotarismo apacible e inofensivo es racionalista porque prescinde de toda idea religiosa en su saludable obra moralizadora. Así lo ha declarado el prelado palentino en una pastoral que ha sido leída en todas las parroquias de aquella diócesis.

Nosotros, que somos cristianos como el que más; que vemos en las parábolas de Jesús los más peregrinos raudales de amor y de caridad; que estamos plenamente convencidos de la ineficacia de una intransigencia exagerada en materia religiosa, opuesta al sentido común y a la conciencia; que somos anticlericales sin dejar de ser creyentes; que nos repugnan los fariseos y los sepulcros blanqueados; que sentimos en el espíritu la llama regalada de la fe; que creemos, como Julio Cejador, el sacerdote independizado, que "nada hay tan sucio como el celibato"; que no creemos en el noventa y nueve por ciento de los hombres tonsurados y creemos en Dios, no consideramos que sea necesario hacer pública declaración de fe religiosa ni mascullar el credo para practicar el bien y la misericordia, que es precisamente la entraña y la médula y el espíritu de los clubs rotarios.

Hay quien es constante en el Sacramento de la Penitencia y está colmado de "agnus Dei", y cierra sus puertas ante las llamadas insistentes de los pordioseros...

Ĭ.t..

La Región, 8-IX-1928.

140 -- EN POCAS LÍNEAS ANTE EL CENTENARIO DE TOLSTOI

...Y sucedió que las garras opresoras del privilegio y de la riqueza se clavaron implacables en los cuerpos y en las almas como hierros candentes. Olor de carne abrasada en el vermo de la estepa. Crugir de leños y chisporroteo de hojarascas mustias. Quemaduras y lamentos. Siervos tundidos y cuitados: hombres famélicos: mujeres que se arrastraban maltrechas y sollozantes: chasquidos de látigos, gritos angustiosos y resignaciones profundas, bajo los cielos inclementes y ceñudos. Las mieses eran cárceles donde el labrador consolaba su espíritu con el canto quejumbroso y desgarrador del cautiverio y las casas, galeras que conducían a la Siberia; y las praderas, campas de presidio, y mazmorras, las escuelas y subterráneos lóbregos, los hospitales y los asilos. El señor, el señor de las glebas, y de la hacienda, y de la honra, de las disciplinas con puntas de acero y de los derechos ignominiosos. Cómitre de galera, maestre de golfines, sabandija de aparcería, átomo de burdel; el señor que uncía a los hombres como yuntas; el señor que hacía suyas las linfas del arroyo y las espigas doradas y los bosques, y los huertos, v los aires v las vidas.

Era un panorama sombrío en que el amo era el domador, el siervo la bestia y la tierra la jaula.

Una voz se oyó en la soledad de la estepa. Fue una voz misericordiosa que traspasó el collado y la llanura a través de las nieves y de las brumas. "Hombres, levantad la cabeza y el espíritu; quebrad la coyunda; romped la ligadura. Que se borren las huellas cárdenas de vuestras espaldas y de vuestros rostros. Romped el látigo y quebrantad el hierro. Y seréis libres y venturosos. Alzad la cabeza y el espíritu". Aquella voz —dice un escritor—, fue la protesta de lo necesario contra lo superfluo; de la vida que puede hallarse en la muerte contra la muerte que vivimos la mayoría de los hombres; de lo tierno contra lo enjuto; diríamos del bien contra el mal si el valor que a la palabra bien se da no nos hubiese asqueado hasta del bien mismo.

Tolstoi es el sufrimiento contra la imbecilidad que mantiene el sufrimiento de los demás para encontrar su propia felicidad sin encontrarla; es un grito, un lamento, una queja, una imprecación...

Lı.

La Región, 12-IX-1928.

141.—RECOGIENDO UNA ALUSIÓN. NUESTRA COLECCIÓN DE ERRA-TAS. O EL PROCEDIMIENTO PARA IR AL CIELO

Soler nos ha aludido en el "hall" coquetón y un tanto meteorológico de sus siempre armoniosas notas locales. Dice que somos pacientes coleccionadores de erratas regocijantes; de esas "canas al aire" que echan los periódicos, en que por una de esas paradojas burlonas, como los espíritus errantes, se llama virtuoso a un mozo gallardo y calavera y elegante, a un padre de la iglesia de misa y olla. También suele ocurrir a veces que se llame culto a un beocio, que diría Recio, y espléndido a un prestamista de estampa judaica, y discreta a una comadre, y elocuente a un concejal de la misma traza que aquel desdichado que habló de "elefantitos" y de muñigas apestantes. Estos adjetivos no son nada más que erratas que los pobres periodistas, tan malos y tan perversos, dejamos pasar para que la vanidad no se desazone y la pedantería no se enoje. Es verdad, inquieto Soler, que coleccionamos erratas desde los felices tiempos en que el buenazo de Rado se atusaba los cabellos a nuestra vera y escuchábamos la voz solemne de don Teófilo y el varón de Beorleguí nos brindaba aquellos sendos legajos zootécnicos y glosopedescos que estuvieron a punto de sorbernos el seso.

La errata, querido Soler, es tan natural en los periódicos como los "regotrios" en un cabrero de Sejos y los ¡vade retros! en boca de las beatas eternamente enlutadas y chismosas. Por regla general, donde aparecen más erratas es en las notas necrológicas. Al señoruco encargado de llorar se le derriten las ideas a los primeros sollozos y cambia los términos, y confunde las cualidades, y complica de tan diabólica manera las palabras, y prodiga tales virtudes que el difunto no tiene más remedio que ir al cielo derecho, sin hacer escala en la hostería de Lucifer ni sufrir cuarentena en el mesón del Purgatorio. Una necrológica bien aderezada vale más que un responso. Con el tiempo, el hisopo y la pluma serán terribles rivales. Por algo en la

escuela de periodistas que defiende un diario, de cuyo nombre no queremos acordarnos, se propugna el estudio de la teología y de la liturgia.

Estas líneas tienen el único objeto de recoger la alusión como un diputado suspicaz o un marido mosqueado. ¿Nosotros conferenciantes? Eso sí que no, carísimo Soler. ¡Aunque lo mandara la bula! ¿Nosotros ante un vaso de agua con azucarillo bebiendo a sorbitos, como Azorín, y sonriendo melifluamente hasta hacernos daño en las comisuras para pasar por simpáticos y desenvueltos? No, y mil veces no. Lo único que podemos hacer en obsequio del feliz compañero, y así se lo prometemos con los ojos virados y el rostro compungido, es inaugurar en este periódico una sección en la que iremos publicando todas las erratas que hemos coleccionado.

Es decir, todas no...

Nos reservaremos discretamente las que aparecen a menudo en las revistas de toros cuando el cornúpeta no ha muerto de una estocada precisamente. Estas erratas causan rubores, y esto del rubor nos hace recordar aquella nota de la sección de cultos de un diario local que decía de esta guisa:

"Capilla de San Roque del Sardinero. Misas rezadas de seis a diez de la mañana. A la salida será repartida entre los fieles la Hoja de parra..."

Claro está que el buen cura o el inofensivo sacristán habían escrito: hoja parroquial.

Lt.

· La Región, 13-IX-1928.

142.—EN POCAS LÍNEAS. MÁS CONSCIENCIA EN LOS PADRES Y MÁS RECATO EN LAS MADRES

No compartimos las opiniones de esas eminencias internacionales que actualmente discuten, como energúmenos, lo que ellos llaman "principios básicos de la felicidad conyugal". Y no estamos conformes porque Paúl Lapie, rector de la Academia de París, y el decano de la Facultad de Letras, y el secretario de La Facultad de Derecho de la ciudad de "Notre Dame", que son los que llevan la voz cantante en tales deliberaciones, sienten de una manera formidable y tenacísima esa utopía necia y flaca de sentido común que todo quiere arreglarlo en las aulas, en los orfelinatos y en las academias. La mayor desventura, la cuita más enorme, el prejuicio más opresor de nuestros tiempos, es confiar a las disciplinas escolares, y a los internados y a los colegios

para mozas casaderas, lo que debe ser prerrogativa exclusiva de las madres y del hogar.

El camino de la felicidad conyugal no debe iniciarse en las pesadumbres y en los cautiverios y en las disciplinas de una casa donde se enseña a hacer un estofado o a cortar un vestido, y si a mano viene, a aderezar una chismografía perniciosa que puede insinuarse en la alba toca de una monja y acabar, no precisamente en el pudor y en la abstinencia que con insistentes palabras recomiendan los ascetas. Tampoco es eficaz el añejo sistema de la urbanidad, pletórico de genuflexiones ridículas, de minués sandios, de aspavientos ficticios y de rubores apócrifos.

La felicidad conyugal no se aprende en los tratados de la perfecta casada, ni ante las rejas de los confesonarios, ni con las "direcciones espirituales", ni en la Academia; ni en las congregaciones místicas, ni en las mansiones conventuales ni en las aulas de enseñanza especial para señoritas que aspiran al himeneo.

La fuente pura y abundante de esa preparación nace y muere en el hogar. En el hogar brota, en el hogar discurre y en el hogar se esconde. La madre es el aula, y el libro y el director espiritual. Cocina y aguja. Corazón y sentimientos. Amor y honradez. Economía doméstica y desvelos exquisitos. Más rumor de palabras acariciadoras y dulces y menos danzas y menos pasitos de minué y menos bermellones y menos melindres.

Más alma, más alma. Más hogar y más decoro. Padres más conscientes y madres más recatadas. Menos sedas y menos pieles en las hijas de los obreros.

Lt.

La Región, 14-IX-1928.

143.—ERRATAS Y GAZAPOS PINTORESCOS

La boda y el perro.

Conocíamos la errata a que se refería ayer nuestro compañero Soler en "El Cantábrico". En nuestro archivo conservamos el recorte del suelto en que se dijeron tan peregrinas enormidades. El periódico en que aparecieron éstas fue en "El Diario Regional" de Valladolid.

Por una de las calles más céntricas de la capital corrió un buen día un

"desventurado" perro, al que unos chicos mal educados habían amarrado al rabo una larga cuerda con su media docena de cacharros viejos, que armaban un estrépito de mil demonios.

Mientras el can corría por las calles de la ciudad con el "luengo cortejo" de los abollados chismes de latón y de porcelana, en una de las parroquias vallisoletanas se celebraba una boda de muchas campanillas. Al día siguiente, el regente de "El Diario Regional", al hacer el ajuste, confundió los cacharros con el himeneo, y apareció en el periódico la siguiente enormidad, que copiamos textualmente:

"Ayer contrajeron matrimonio en esta ciudad, la bellísima señorita Mercedes Fernández Sanz y el acaudalado industrial, don Faustino Márquez.

Poco después de llevar a cabo tan censurable grosería, propia de gentes mal educadas, fueron conducidos los salvajes a la Guardia municipal, donde después de recibir unos cuantos coscorrones fueron encerrados en el calabozo".

Y el reporter hacía a continuación el siguiente comentario para acabar de remachar el clavo:

"Hace falta evitar a toda costa estos de barbarie. Ayer, cuantos tuvieron la desgracia de presenciar tan lamentable atentado a la educación y a la buena crianza, protestaron del desaguisado que se repite en nuestra ciudad con extraordinaria frecuencia".

LL.

La Región, 15-IX-1928.

144.—EN POCAS LÍNEAS

Vanitas vanitatis.

La vanidad es una de las características más fuertes de los tiempos que corremos. La vida interior con sus deleites espirituales, con sus dulcísimos anhelos y con la eterna querella de una existencia más perfecta y más grata, está en decadencia. La gran locura de la vanidad ha vencido en la contienda. Bien esculpida quedó en la psicología complicada de las castas ibéricas, la soberbia añeja que levantó las fortalezas de hierro y puso en los baluartes, y en las almenas y en los puentes levadizos la ambición desmedida de la fuerza y del poderío. Aquellas ambiciones desaforadas convirtiéronse en vanidades al correr de los años. Con el último yelmo y con el último arnés, cuando la

lanza dio el último embote y resquebrajóse la armadura y se hizo pedazos la loriga, y se quebrantaron los fueros de los señores y las servidumbres de los villanos, se insinuó otra contienda sin lanzas, ni tizonas, ni baluartes, ni armaduras. Una guerra más tenaz y más violenta. Una guerra en que la ambición fue sustituida por la vanidad, y la plebeyez por el vil acatamiento. Ya no había plazas que rendir, castillos que derrumbar, ni murallas que destruir. Pero había, en cambio, prerrogativas y mercedes fáciles de conquistar si las desdichadas villanías del pueblo, antes siervo y escudero, daban el impulso y vociferaban el pregón. Y sobre los asendereados espinazos de los medrosos y de los prudentes, levantó la vanidad su fábrica soberbia, en cuyas mansiones brilla la piedra falsa, y hay leones rampantes, y símbolos de heráldica, y campos azures, y barras de oro y encomiendas y blasones.

La vanidad es el embrujo, y el anhelo, y la obsesión y el prejuicio. Todo se nos va en ansias de grandeza, aunque tengamos que pasar bajo las horcas caudinas.

Ese congreso de los condecorados civiles que se celebrará en París, no será más que una estruendosa feria de vanidades y una lamentabilísima manifestación del orgullo y de la soberbia. O lo que es lo mismo, la exaltación de esa funesta característica de los tiempos que padecemos, en que se da más importancia a un adjetivo encomiástico que a la mansedumbre de la conciencia y a la generosidad de los pensamientos.

Т.т.,

La Región, 17-IX-1928.

145.—ERRATAS Y GAZAPOS PINTORESCOS

Por letra de menos.

Hemos de hacer antes una ligera advertencia. En esta sección eminentemente realista, si se nos permite tal concepto, aparecerán de vez en cuando esas palabras castellanísimas, que el prejuicio y los remilgos han conceptuado, cuando se lanzan en letras de molde, de crudas y groseras, lo cual no es obstáculo para que sean de uso vulgar en las conversaciones de los "selectos" y de los no "exquisitos", de los que dicen erupto y "regotrio" y de los que llaman atrevido e indecoroso a lo que está a flor de todos los labios, con más frecuencia que las palabras corteses y delicadas. Hecha esta advertencia, que consideramos oportuna para curarnos en salud, vamos con la errata de hoy.

Se celebraba en Cádiz un acto de propaganda católica, en el que, como es natural, pronunciaron discursos varios eclesiásticos.

El "Diario de Cádiz" publicaba al día siguiente una extensa información, y al referirse a uno de los oradores se le escapó el siguiente dislate:

"A continuación hizo uso de la palabra el virtuoso sacerdote don Antonio Moreno, el cual comenzó diciendo que la iglesia, a pesar de los esfuerzos de los ateos, continúa su marcha sin decaimiento ni desequilibrios. Vosotros—continó diciendo— que tenéis fe acendrada, que veis en el (aquí el cajista se comió la T de la palabra "culto" quedando la que el lector adivinará) el medio más hermoso y más eficaz para alcanzar la gracia; que en él encontráis los deleites del espíritu, etc., etc..."

Claro está que lo que el virtuoso sacerdote había dicho y lo que el redactor escribió fue CULTO, sin acordarse para nada (claro está que piadosamente pensando) de las posaderas de los asistentes al acto...

Lt.,

La Región, 18-IX-1928.

146.—EN POCAS LÍNEAS, CHARLATANERÍA

Hubo una época no muy lejana, en que hicieron furor los mítines. Hogaño privan los congresos. Unos y otros corren parejas con las famosísimas reuniones de los hijosdalgos de bastardía que terminaban casi siempre a cintarazos y a puñadas, como el discutir vociferante de los rufianes de mesón y de encrucijada. Pero esta vez la excepción nos hace ser optimistas. Creemos que el Congreso que inspira estas líneas ha de ser más eficaz. El odio de los asambleístas hacia las plagas que pretenden combatir, es una garantía que nos lleva a pensar en las rebeldías del corazón contra las expansiones de los espíritus contrahechos. En la entraña de los grandes pecados de la humanidad, hay siempre, por ley sabia de las compensaciones morales, un nervio que se rebela, que quiere romper la ligadura, que forcejea, que puja, que rasga, que pretende quebrar el hierro y retorcer la materia morbosa; que lucha incansable y tenaz para abrir una hendidura por donde penetren el sol y los vientos purificadores.

Esa excepción que nos hace ser optimistas, es la Asamblea que ha organizado en Budapest la Unión Médica húngara en contra de los charlatanes.

¡Charlatanería! He aquí la daga de los medrosos y de los corazones obtusos. El arma que hiere la honra, que hiende los sentimientos, que pone la amenaza perversa de la calumnia y el ceño rufianesco de la felonía en su lengua viperina y en su rostro innoble. El charlatán canallesco que lanza el ultraje, y echa el veneno, y siembra la insidia y aviva las llamas; el charlatán con trazas de buena persona que inventa secretos y pecados; el charlatán de café que habla de adulterios y de vilezas. Charlatanes de pórtico y de esquina, de taberna y de mentidero; charlatanes elegantes y desarrapados. El que pone su cuerpo a buen recaudo después de lanzar la piedra y herir en lo más íntimo; el que tiene estampa de varón, y alma de mujerzuela y resabios de comadre.

Charlatanería es falta de virilidad; es la impotencia de los desmedrados de espíritu; de los que han hecho un burdel de su conciencia y un zaquimazí sucio y miserable de su espíritu; picardía de rencores insaciables, de venganzas no satisfechas, de envidias repugnantes, de instintos villanos; habilidad de los malvados; prerrogativa de los que tienen el cerebro en la planta de los pies y el sentimiento en el estómago y la conciencia en el espinazo...

LJ.,

La Región, 19-IX-1928.

147.—EN POCAS LÍNEAS. SUPERSTICIÓN

Media humanidad está loca. A fuerza de penetrar en el secreto de las cosas, de abrir rutas en las profundidades del mar, y trazar rumbos en el espacio, y descender a los abismos, y escarcear en el misterio y sentir los insaciables anhelos de todo lo escondido y de todo lo inexpugnable, hemos entrado en el fantástico alcázar de las pintorescas anormalidades. El álveo del progreso tiene afluentes angostos por donde se escapan, como anillos desbocados, las supercherías y todas las enfermedades del cerebro y del espíritu. Aquí la vanidad de los necios; allá las monomanías de la psicaztenia; acullá las calenturas del fanatismo; allí la paradoja inconcebible de los amargados y de los abúlicos, y más allá (conjunto abigarrado de pantalones holgadísimos y

de faldas excesivamente menguadas) la demencia del charlestón con sus contorsiones epilépticas, con sus descuajarigamientos y con sus temblores.

Ahora le ha tocado el turno a la superstición universal. Unos hombres, no sabemos si unos humoristas amigos del regocijante "bizcocho" andaluz o unos pobres de espíritu, más complacientes con Luzbel que con la "bicha", acaban de organizar, nada menos que en París, el Congreso de la superstición. El cual Congreso tiene una peregrina característica que no queremos dejar de señalar: la de que todos los asambleístas tienen la ineludible obligación de hacer una intensa propaganda para desterrar de los diccionarios las palabras y los modismos agoreros y los nombres de los animales que tienen "jettatura". De esta manera, escribe uno de los asambleístas, aunque se rían los escépticos, serán menos abundantes las desdichas de la humanidad y las desazones familiares...

Es decir, que el derramar el aceite y mirarse al espejo de noche, y el afeitarse en viernes, y el rascarse las cejas con la mano izquierda y el toparse con un contrahecho, son una de las causas de la infelicidad humana.

Quién sabe, ¡loado sea Dios!, si la enorme penitencia que estamos desgranando no es consecuencia naturalísima de tener siempre a flor de labio el nombre de esas cosas que se arrastran, que zigzaguean, que tienen aguijón...

Aunque las consideramos menos peligrosas que a los ciudadanos que se asemejan a ellas en eso de arrastrarse.

La picadura de la víbora con alma y con cerebro es más terrible que el aguijonazo de las que zigzaguean en el campo y en el monte.

LL.

La Región, 21-IX-1928.

148.—EN POCAS LÍNEAS. EL PUDOR Y EL RECATO

El hombre está harto de los refinamientos indecorosos de la moda femenina. La provocación de la mujer, cada día más descarada, tiende a convertirse en una mueca insinuante que esté en concordancia con la voluptuosidad del vestido y con la desdichada desenvoltura que se inicia en el hogar, y acaba en las verdes lindes de la frivolidad perniciosa, acicalada con morbos y con afeites mesalinescos...

Creemos en la doncellez material, pero somos escépticos en lo que se refiere a la pureza del espíritu. Ese fragor de carcajadas estridentes, ese requebrar plebeyo, ese mohín afectado que parece encerrar en su picardía algo más que la promesa de un beso romántico, han dejado maltrecho al pudor y al recato; las sugestiones más fuertes, y más inefables y más delicadas de la mujer.

"La salutación de los ángeles a Dios", de que nos habló Víctor Hugo, ha quedado convertida en el saludo pecaminoso de las "heroínas galantes" de Guido da Verona, y el cortejamiento clásico, cortés y caballeroso, se ha tranformado en asedio tenaz al embrujo de la materia incitante que llama al hombre, que le provoca, que le atrae, que le hace irrespetuoso, que le convierte en bestia, que le zarandea y le exalta...

Los padres de familia de Roma, teniendo en cuenta esas ligerezas que van en contra del hogar y del matrimonio, han tomado el plausible acuerdo de exigir a sus esposas y a sus hijas el exacto cumplimiento de las leyes que dictan la moral y el decoro.

Es decir, que el hombre ha salido por sus fueros y ha puesto la muy lógica y muy viril intransigencia de la razón, ante las desvergüenzas de las damas y de las doncellitas, que ostentan por esas calles de Dios sus desnudeces más o menos mórbidas.

Todos los padres de familia, únicos culpables de esas transparencias y de esas anormalidades sin decoro, debieran seguir el ejemplo de los ciudadanos romanos. En vez de acabárseles el resuello en protestas, y en lamentaciones y en censuras ineficaces, debieran hacerse fuertes en el hogar y retorcer esos resabios de escándalo que ponen en la esposa y en la hija galas de libertinaje y bermellones de moza de partido...

Hay que saber ser hombres y no ir de concesión en concesión por una ridícula carantoña de la esposa o por una caricia de las niñas.

LL.

La Región, 25-IX-1928.

149.—EN POCAS LÍNEAS. EL HIPÓLITO DE EURÍPEDES

La juventud de Nicaragua quiere ver libertas las fronteras de la patria. El brío mozo y ardiente, que no sabe de pesimismos ni de prevaricaciones; que quiere bañar su espíritu en el remanso donde se templan las voluntades y se purifica el cerebro, ese brío arrollador que se desborda en la universidad y en el taller, en el campo y en la fábrica, es una voz de alerta que suena como

un clarín en las playas remotas del Nuevo Mundo. Una voz enérgica que tiene el clamor de las muchedumbres que sienten sobre sus frentes el trallazo de la fuerza y de la dominación opresora.

Esa juventud rebelde, magnificamente rebelde, que ama a su patria sobre todas las cosas, que pretende quebrantar el férreo cerco que forcejea para abrir los amplios caminos de la libertad y poner en la cumbre el majestuoso símbolo de su inefable idealismo, tiene para nosotros la gratísima significación de un romanticismo sanamente positivo, capaz de romper todas las ligaduras, de enervar el brillo de los aceros y el vozarrón de la soberbia, que suena en el norte con el estruendo de las grandes ambiciones.

La profecía del sociólogo lusitano llena de optimismos y de fervores, no es una utopía deleznable consecuencia de su idealismo exaltado y de la ilusión peregrina que acarició su alma y fortaleció su entendimiento.

La clarividencia singular del pensador vislumbró entre las brumas del horizonte del mar la primera centella de la tempestad. "La usurpación de los derechos por el abuso de la fuerza de las grandes potencias, hará brotar entre la juventud la vehemencia de una libertad bien entendida y practicada. El impulso de la razón es más poderoso que la pujanza de la injusticia, aunque ésta esté patrocinada por las más impetuosas mesnadas".

Esta profecía se está cumpliendo en Nicaragua, donde el ansia de independencia absoluta llena los espíritus y los ambientes. La insensibilidad del Hipólito de Eurípides se encuentra en el viejo continente. El romanticismo de las ideas ha emigrado a través del gran Océano buscando odres nuevos donde depositar su néctar salvador.

LL.

La Región, 27-IX-1928.

150.—EN POCAS LÍNEAS. LOS CONSEJOS DE EÇA DE QUEIROZ

La protesta no solamente ha estallado en Roma. En Lisboa también se ha insinuado un movimiento antifeminista que tiene la fobia descomunal de los odios profundos. Es un antifeminismo relativo que no llega al anatema de las castos ascetas, ni a la mal entendida honestidad que propugnaba el filósofo integrista. Nuestros hiperbólicos vecinos, sin declarar la batalla a las pasiones amorosas, ni a las ilusiones dulcísimas que encienden unos ojos negros, una cabellera rubia o un "triángulo de sombra" aguileño y suave, han querido ini-

ciar sus hondos desdenes hacia la moda voluptuosa del desnudo, comprometiéndose a mirar altaneramente a cuantas se confunden por sus trapos y por sus esencias y por sus "ojeras artificiales" con las damas del amor trashumante de que nos habló el Génesis.

Para ellas ha enmudecido el requiebro gentil y la frase almibarada, que suele ser la suprema galantería de los petimetres y de los imbéciles. Quieren hacer de ese silencio desdeñoso una protesta mancomunada que tenga en su médula las desazones que causa la confusión de lo puro y de lo manchado por el manoseo constante del amor que se paga y la indiferencia que producen las cosas que a fuerza de contemplarlas y de gustarles, hastían, amargan y cansan...

Los famosos consejos de Eça de Queiroz, se pondrán, el día menos pensado en práctica, si las cosas continúan por esos cauces y el ejemplo de Italia y de Portugal va ganando prosélitos ante el paso de un pedazo de seda que no esconde lo que las pecadoras ostentan como embrujo de placer y aliciente de los sentidos.

"Hijo, lo más decisivo que un hombre puede hacer sobre la tierra, es tomar esposa. He aquí, pues, para este caso, mis consejos:

No te cases con mujer rica, porque ha de llegar el momento en que te lo eche en cara. Con mujer pobre, tampoco debes casarte, porque las bolsas vacías no se mantienen en pie.

La mujer de mal genio transforma la casa en un infierno, y la de buen genio representa el papel de víctima resignada.

La mujer demasiado vieja no puede hacer nunca la felicidad de un joven; la moza tiene momentos inconvenientes.

Si tú, empero, encentrases una mujer que no sea rica, ni pobre, ni instruida, ni ignorante, ni vieja, ni moza... ¡no te cases tampoco!"

LL.

La Región, 28-IX-1928.

151.—EN POCAS LÍNEAS, LA CIENCIA DE LOS CALDEOS

Paul Morand ha hecho predicciones. Ha dado en la flor de la astrología y ha pretendido ver en el fulgor de las estrellas los acontecimientos futuros. Exactamente igual que los sacerdotes caldeos que desposeían a sus dioses de los magnificentes ropajes que les regalaban los fanáticos, y cubrían con ellos

a sus mujeres. Aquellos hombres primitivos que, como todos los pueblos orientales poseían una teogonía complicada, en que las potencias cósmicas influían en la felicidad o en la desventura de los mortales, colocaron los recios cimientos de esa bellaquería que defiende Morand con todas sus fuerzas.

La astrología caldea tiene para Paul Morand la verosimilitud de aquellas palabras de Diodoro, que convertían a los astros en intérpretes fidelísimos de la voluntad divina. El "Nanain" de los libros santos, la fe ciega en el "demiurgo", la adoración de "Nergal", la seguridad en el panteísmo sidérico, la consagración de los caballos a Febo, todas las supersticiones que constituían las creencias de los que no supieron leer en el cielo, tienen, para Paul Morand, una base sólida y un principio irrebatible de ciencia sociológica, digna de universalizarse.

Y así resulta que la falsa ciencia de la astrología que reinó en los ánimos hasta el siglo XVI de la era cristiana, torna a renacer por el enfermizo capricho de un hombre que tiene asida a su cerebro la monomanía de los pronósticos...

Según él, durante el año 1958, la antigua "élite" francesa, hecha de cortesías y de dotes equilibradas, será remplazada por otra más inteligente y más violenta. El espíritu se tornará agresivo, rudo, ácido, con una claridad y con una sutileza verdaderamente talmúdicas. En arte vendrá el reino del plagio, de la vulgarización y de la sofistificación en todos los dominios.

La pintura caerá en decadencia, después de la gran época del Cezanne, Picasso. Praut será estudiado en las Universidades y en unión de Anatole France, se le considerará como un clásico, erigiéndosele una estatua en la plaza del Trocadero. El arte puro se refugiará en la poesía, una poesía oscura, adivinatoria, con algo de "furor sagrado". Esto es, en síntesis, lo que dice Paul Morand.

Lo que no dice es si eso del desarme y de la paz universal, serán una realidad allá por el año 1958.

Que es lo que más nos interesa. Mucho más que la "élite", que la pintura y que la poesía de "furor sagrado".

LL.

La Región, 29-IX-1928.

"El Sol" y "El Debate" hablan de la cuestión agraria. Estos periódicos, de tan opuestas tendencias, convienen en la necesidad apremiante de hacer una legislación agrícola que regule eficazmente las diversas manifestaciones de este manantial inagotable de la economía. Las opuestas ideas políticas y sociales que defienden ambos periódicos, coinciden en esta trascendental cuestión del agro, que ha sido desde tiempos inmemoriales el vórtice donde se han reconcentrado todas las indiferencias y todas las pretericiones de gobernantes y legisladores.

En este bienaventurado país donde aún existen resabios de la profunda egolatría medioeval y de la avaricia judaica que hizo al oro más fuerte que el hierro, según la frase feliz de Goethe, la política agrícola ha caminado a la ventura, bajo la enorme pesadumbre de las ignominiosas aparcerías y la amenaza hosca de las alcabalas excesivas. El campo ha corrido la misma suerte que el mar. Los dos manantiales más fecundos de nuestra prosperidad económica, no han sentido el impulso recio que abriera nuevas rutas e hiciera más fértiles los surcos y menos miserable la producción de las glebas.

Otras andanzas nos han sorbido el seso y nos han deslumbrado con la promesa de conquistas bélicas, en que nunca faltó la blancura del turbante, y el disparo de la añeja espingarda y la voz plañidera de los muecines, en las mezquitas y en los morabitos.

Hogaño van las aguas por otros cauces. Las muchedumbres a fuerza de agobios y de cataclismos, de desesperanzas y de contrariedades, se van convenciendo de que las empresas guerreras y los ambiciosos devaneos de la política del compadrazgo y de la chismografía, son infecundas y repugnantes como el odio.

Por eso se vuelven los ojos hacia el campo, que es donde debe estar la energía y la actividad.

El problema de la tierra aún no está resuelto. La linde de las soluciones es demasiado angosta como la conciencia de los avarientos y de los miserables.

Más surcos y menos tributos. Más legislaciones protectoras y menos aparcerías. Menos terratenientes ambiciosos y abusivos y más labradores conscientes.

LL.

La Región, 2-X-1928.

153.—PROSA ALDEANA. AL BARRUNTO DE LA NIEVE Y DE LAS VENTISCAS

Ya han bajado las "cabañas" de los puertos, al barrunto de la nieve y de las ventiscas.

Quedan las brañas solitarias; y la menguada choza de terrones sin la "jatera" y los bártulos del vaquero. En la invernada, las "brañas" y los alcores, las "ballejas" y los "pernales" recibirán la ofrenda de los cielos inclementes y la tosca choza sin el chisporrotear de los tizones, ni el amparo del hombre caerá ante el peso de las primeras nieves, entre las brumas y las nieblas.

Cuando nosotros éramos "sarrujanes" y respingábamos en las cuestas, y amasábamos la harina de maíz y rustiábamos la borona dura, nos despedíamos con profunda tristeza de aquel deleznable albergue que supo de nuestra melancolía y de pesadumbre.

Allí quedaban las porras viejas, los escarpines destrozados, las albarcas hendidas, el heno que nos servía de lecho, las "tarreñas" desportilladas, los "jarmosos rotos", las míseras mantas sucias y agujereadas.

Dejábamos los puertos para tornar al valle. Habíamos terminado la guarda de las vacas para comenzar la custodia de la "recilla". Arrinconaríamos la porra del "sarruján" para asir el palo del cabrero y trocaríamos la talega de la harina por el zurrón del compango, y tañeríamos de nuevo el bígaro y hurtaríamos el sabroso alimento de las ubres llenas, en la impunidad de un invernal abandonado o en la espesura de un bosque...

Hemos visitado las brañas de Sejos y el lugar donde se levantó nuestra choza.

Los mismos brezos, las mismas "garmas", los mismos escajales, los mismos acebos.

Hemos comido las parrillas doradas y hemos sorbido la leche en las escudillas "colorás". Quisimos recordar a la infancia en los mismos lugares de sus respingos, de sus alegrías y de sus incertidumbres.

El ábrego que curtió nuestro rostro, el remanso eterno de aquellas soledades peregrinas, la honda inquieta de los ambientes en que crecimos, los parajes donde la precocidad del dolor nos "lijó" el alma y la carne, el ladrar ronco de los mastines acarranclados, el silbido estridente del becerrero; ábregos y remansos, soledades y quietudes, cajigales numerosos y alcores alegres, todas aquellas cosas y todos aquellos panoramas tienen para nosotros la inefable mansedumbre de los recuerdos lejanos y felices.

No cambiaríamos estas "saudes" que nos inundan el espíritu por las es-

truendosas alegrías que son artificio de la ciudad y sugestión eterna de los que no han gustado las mieles sabrosas de la vida interior.

Hay quien reniega de su origen y de sus pañales y del regazo en que insinuó sus sonrisas y de la villanía material del hogar donde dió los primeros pasos.

Las almas plebeyas no gustan de los recuerdos de su miserable origen. El vanidoso orgullo les ha cegado las fuentes del sentimiento y de la gratitud. Quisieran olvidar la humildad de su casta y poner blasones apócrifos en la modesta ejecutoria paternal...

Ya han bajado las cabañas de los puertos.

Hace veinte años descendíamos nosotros del collado por última vez, con los bártulos del pastoreo a cuestas, descalzos y destocados, con el desmedro de las vigilias y las rasgaduras de los argomales...

LL.

La Región, 2-X-1928.

154.—EN POCAS LÍNEAS, EL MIEDO AL COMUNISMO

"El Debate" teme a la invasión comunista, y hace un llamamiento a las derechas para que éstas, en frente único, se opongan a la irrupción bolchevique. Nosotros no somos comunistas, aunque más de cuatro señores chismosos y mal intencionados hayan pretendido colocarnos el sambenito de los que sienten la fobia del reaccionarismo andante.

No somos comuniastas ni tenemos la idea de iniciarnos en las claridades, y en los radicalismos y en los tajazos contundentes de la furia roja; pero sí estamos convencidos de que las derechas no están capacitadas, espiritualmente, para llevar a cabo las amputaciones de los morbos y de las flaquezas que corroen el alma colectiva, ni tan siquiera para formar el frente único en contra de las expansiones comunistas.

La ciudadanía educada en las aulas de una intransigencia amparada por el prejuicio, no puede sentir el anhelo de sus fueros y de sus prerrogativas. Es el rutinario anodino y mortificante y la negación más absurda de las evoluciones sensatas y prudentes.

Las derechas, que han gozado del poder y que han tenido a su disposición los eficaces resortes legislativos y las picardías de los comicios, han fracasado rotundamente, como todos los sectores políticos que se levantaron sobre las fornidas espaldas del caciquismo vergonzoso y claudicante. La lucha contra la avalancha comunista no pueden iniciarla las derechas, asidas a una tradición vacía del violento y sano romanticismo político, que pone por encima de todas las cosas la intensa idealidad de sus principios honrados. Ni tampoco las izquierdas viejas y caducas, que sufrieron la inconsciencia lamentable de resquebrajar el árbol secular de los idealismos democráticos, formando tantos grupos como personajillos bullían al olor del banco azul, llamándose paladines para engaño y refocilamiento de los pícaros que hacían de escuderos y de iefes de mesnadas.

La lucha contra el comunismo está en un cambio de orientaciones que se aproxime a los radicalismos que la citada idea política defiende sin el terror de las lumbres del odio, ni la exaltación soberbia de los pavorosos procedimientos de la muerte..., y esto únicamente puede hacerlo la juventud...

LL.

La Región, 4-X-1928.

155.—EN POCAS LÍNEAS, LA MISERIA

Hay miseria. El famoso discurso de Gwyplaine, el hombre que reía siempre, está todos los días de actualidad. El escozor de los pobres nace cotidianamente lo mismo que la luz y que las tinieblas. Es el amargo despertar de todos los cuitados que tienen la enorme pesadumbre de sentir en la conciencia los temblores de la zozobra y de la inquietud. Hay miseria. Las felicidades se forman con las desgracias de los descamisados. La galera avanza por las rutas del mar proceloso, entre embates y nieblas. Se oye el martilleo del comitre y el recio jadear de los remeros.

Esa pobre mujer que buscó en la muerte el fin de sus angustias tremendas, nos llena de lástima y de misericordia. Los que hemos sentido en las entrañas, y en el llanto de nuestros hijos famélicos y tristes, y en el sollozar de la esposa y en el hogar desapacible, y en los fríos, y en las calenturas y en las incertidumbres la estampa descarnada del hambre y del dolor, somos los únicos que podemos comprender la honda desesperación de estas tragedias espantosas que rompen el alma y ponen tinieblas en el cerebro. Entonces es cuando se siente el odio, y el desengaño y la desesperanza. Los amigos huyen, los compañeros se esconden. Ni un aliento, ni una generosidad, ni una frase consoladora. Las lágrimas de los hijos, las puertas cerradas, la enorme

tristeza del hogar, el asedio, el frío de la miseria, el zarpazo, la crueldad, el insulto, la tacañería de los que pueden daros un pan. No pidáis el más leve sacrificio, ni unas migajas de protección, ni tan siquiera un acento de misericordia que os levante el ánimo. Vuestra honradez será el dogal que os ahorque. En la balanza ignominiosa pesarán más vuestras desgracias que vuestros merecimientos.

Habrá quien crea exageradas vuestras desventuras porque lleváis corbata y vestís decorosamente. Algunos se reirán. Otros se encogerán de hombros. No faltará quien se alegre. Veréis por todas partes el cerco de hierro que os aprisiona. Llega un día en que os flaquean las fuerzas y se hace trizas la voluntad. Entonces comienza el rugido de la tempestad y la lucha terrible entre el desprecio de la vida y el amor de la muerte. Hay quien se levanta. Otros sucumben...

LL.

La Región, 9-X-1928.

156.—PROSA ALDEANA. LA LEYENDA DE LA "PRINCIPESA" MORA QUE MURIÓ DE PENA

Hemos llegado a la cumbre cubierta de brezos y de hierbabuena. En este collado, desde el que se divisa el mar y los pueblos alegres de la ribera, ha puesto la tradición sus tragedias y sus emociones. A través de los años, los derruidos paredones y los tajazos enormes que se observan en la recia portalada, los guijarros de que está sembrada la braña y la piedra de la torre caída, que fue hace luengos años morada de un amor profundo, no han enervado la superstición ni han desmedrado el robusto cuerpo de la ingenuidad campesina, que ve ángeles en las nubes, y resplandores infernales en las centellas, y castigos de lo alto en la tempestad y maleficios en el graznar de las cornejas.

Los paredones, y los tajazos y la torre derrumbada están poseídos del embrujo pernicioso de la hechicería medieval, con sus apariciones, con sus espectros y con sus voces de misterio y de angustia en las sombras medrosas de la noche.

El ruinoso panorama del collado, atalaya gigante de casas y de mieses, tiene la melancolía profunda de un claustro en la soledad del yermo. El ánimo ante aquellas piedras cubiertas de musgo y de hiedra, se ve sorprendido dulcemente por las sensaciones engendradas en el fervor y en el recuerdo gra-

to. Hemos querido penetrar en la leyenda, bañarnos en sus linfas, sentir en el rostro su milenario aliento, acariciar los leños de estas lumbres eternas, presentir la gallardía del minarete, el lamento de la cautiva y el estertor del amado agonizante.

El amor, ese odre inmenso del que salen los huracanes abrasadores de las grandes tragedias y el vino dorado y confortador de las inmensas felicidades, esculpió en la entraña viva del pueblo los misteriosos caracteres de una leyenda peregrina que se ha legado de generación en generación, como un estigma de casta, crédula y supersticiosa.

En este alcor apacible, en que no falta la sombra de la cajiga secular, ni el verdor intenso del helecho, ni el espino de la árgoma mustia, ni la aspereza de la vabaza, ni el fruto agrio de los endrinos, levantó el esclavo, famélico y tundido, el torreón y la almena, el baluarte y el ajimez. Abrió postigos en las murallas y puso hierros en la mazmorra y transportó en sus espaldas la piedra y el roble. Después, cuando hubo en las severas estancias tapices fastuosos de la Lídia y oro de Ofir e hilos preciosos de Sárica y damascos y sedas, entre los perfumes orientales y las esencias del romero, nació el amor y la culpa. Acercóse el pecado por tan venturosos caminos y cantó la felicidad en tan hermosas rosaledas, que las zozobras y los enojos no hicieron mella en aquellas ansias amorosas que tuvieron la fortaleza de las pasiones heroicas y el fin deleznable de todas las bienaventuranzas. Más tarde, entre jirones de niebla, se insinuó la danza desesperante de la tragedia, el ara infinita del dolor, el lamento de la muerte en el silencio de los corredores, angostos y oscuros; el sordo rumor de la amenaza colérica y el tremendo golpe en las profundidades del tajo por donde se despeñan las aguas...

Así nació la leyenda que recuerdan las piedras y las ruinas de esta cumbre gigante, atalaya del mar y del valle, con sus solanas y con sus troneras...

"Aquí mesmu estuvo el palaciu de un rey moru que vino a Los Tojos jaz una güena embozá de años. Un rey moru que diz que tenía los ojos relumbrantes como dos ascuas de la lumbre y unas barbas largonas y enredás como un bardal. El cual rey tenía una pricipesa mu maja vestía con lujos de seda y gargantillas de oru y sortijas de plata en los deos. Era mu guapa la hija del rey con aquellas majezas y con aquellos vestíos. Un mayorazgo de Llendemozó, cortejó a la principesa y la principesa enamoróse del mayorazgu de Llendemozó que era capitán de los soldaos del rey.

Era un caballeru acaudalau y valiente como un perru de cabaña, y ella güena y zalamera como una moza enrolechía de cariñu por el aquel mozu seguru y cortejaor. Toas las noches parlaban a escondías. En cuantu que daba la media noche, asomaba el caballu pardu del enamorau por la cotera. Una noche no pudo llegar al castillu. El rey moru le esperó en la rigüelta de

la cambera y le espeñó a la canalona. La principesa murióse de pena y enterráronla debaju del agua, en la mesma riguera que jaz la canalona en aquella praería. Cuando vino el inviernu los rayos tiraron el castillo. No más que quedan estas parés, estos cantos y esta portalá con las hendiduras que jicieron los rayos..."

El cabrero de Barcenamayor cesó de hablar. Miró a las piedras y a los tajazos de la portalada con honda misericordia. Y a guisa de una oración inició la vieja trova de la "principesa" que murió de pena:

Válgame la soberana, válgame el señor San Pedro; la principesa muriose, una mañana de inviernu.

LL.

La Región, 9-X-1928.

157.—EN POCAS LÍNEAS, LA CARA DURA

El positivismo influye de una manera formidable en la conciencia y el corazón. Un caballero andante que saliera a correr aventuras, con la absurda pretensión de enderezar entuertos y desafacer agravios, tornaría a ser molido a palos por los yangüeses y tundido por los cabreros y apedreado por los cautivos que libertara...

La dignidad y la misericordia andan zahareñas, como villanas de Sayago, que diría el príncipe de los ingenios. Son ásperas como la ortiga, y agrias como la endrina y obscuras como la conciencia de los fariseos.

Una de las características más acentuadas de este desdichado siglo, que ha preconizado como norma y como destello de felicidad, la muerte de los profundos sentimientos individuales y la exaltación de la osadía plebeya, es la insinceridad.

Hoy se engaña con lisonjas al lucero del alba y se echan leños a la inmensa hoguera de la vanidad; aumentan las tobosescas tinajas donde se guarda el zumo endiablado de la claudicación espiritual; la obesidad de la ignorancia es cada día más voluminosa en la mayor parte de la tierra y se da más importancia a la barbarie impetuosa del músculo, de cintura para abajo, que al cerebro y tiene más mérito la fuerza que la razón.

Por eso son cada día más frecuentes las sinrazones y se trueca la luz

del entendimiento por las tinieblas que son a la manera de celestinas taimadas de esa insinceridad, de ese medro y de esa audacia, con cara de pascua y rostro de buen año...

El hombre osado, sin fortaleza intelectual, más cerca del analfabetismo que de la enciclopedia, aunque ésta no sea muy medrada de páginas, suele ocurrir, por nuestros grandes pecados, que come a manteles cotidianamente y se refocila a su antojo. Y el tímido, o mejor dicho, el educado, y el prudente y el modesto, se muere en un rincón y anda a trompazo limpio con la malaventura...

Un hombre osado, aunque sea estulto, puede llenar su despensa y libar vino de lo caro. Un ciudadano modesto, aunque sepa de corrido todos los libros de que hablaba el abate Faria, tendrá que conformarse con la puchera pobremente aderezada y con la escudilla del agua...

Es la época de la cara dura o de los hombres de poca lacha, que decimos por acá.

LL.

La Región, 12-X-1928.

158.—EN POCAS LÍNEAS. LA QUERELLA DE LOS MERCADERES

Un Congreso más. Otro devaneo de las pretensiones, de la afectación y de la esterilidad intelectual. Han tocado la campana y han acudido los ramadanes al aprisco. Este caramillo tiene el acento bronco, como una campana hendida. No trasciende a armonía grata ni a llamada amorosa. Es el grotesco inflarse de los carrillos para lanzar notas discordes que suelen traducirse en sentencias vacías como las alforjas de la fábula...

¡Oh, perpetua zarabanda de los imposibles, mandobles sin quebranto, debate sin prudencia, hipérbole sin reposo!

Un Congreso más. Otro hartazgo. Otro propósito deleznable y otro frenético danzar de las palabras inútiles, al son del pandero descomunal de la orgía semítica.

Los comerciantes del Sur lanzan su querella. La vida está mala, y las ventas disminuyen y las multas de Abastos gravan las alcabalas. La trampa del peso y de la medida, no puede mostrar su engaño, con harta desazón de los mercaderes ambiciosos, que aún los hay y muy medrados y rechonchos.

No se puede vivir. El buen pueblo siente la obsesión de la vigilia coti-

diana. No se compra nada. No se vende nada. El odre tarda en vaciarse y los sacos de cereales duran una eternidad. Es menester aprobar unas conclusiones que todo lo arreglen. Hay que vender más, hay que comer más. Hay que libar con mayor frecuencia. La vigilia enflaquece. Un ciudadano que tenga las virtudes estomacales de un cartujo de Miraflores, es una mala persona. Y el que no lleva la jarra a los labios, es un gran tacaño... Así piensan los comerciantes del Sur y contra estas anormalidades van.

El Congreso que celebrarán, lo mismo que los otros, será ineficaz, por volver las espaldas a las insinuaciones del sentido común y a la llamada suplicante de la realidad. El egoismo les hace confundir los caminos. Pides más ventas, más ganancias, más ajetreo ante los mostradores. Y olvidan, los cuitados, el sudor con que se elaboran los caudales que entran en sus cofres...

Pedid trabajo. Unid vuestra solicitud a la de los que holgan forzosamente y vuestra fuerza a las de los que padecen esas vigilias y esas pesadumbres. Es la única manera de que medréis...

LL.

La Región, 17-X-1928.

159.—EN POCAS LÍNEAS. EL TENDERO QUE COMPRÓ UN BLASÓN

La vanidad es insaciable.

Es una gula nunca satisfecha y una talega que jamás se llena. El hambre y la sed del espíritu no tienen fin ni medida. Es algo así como la avaricia del usurero y la ilusión del enamorado.

El vanidoso es capaz de trocar el pan y el lecho por una deleznable corona de laurel o por un adjetivo lisonjero, vacío de merecimiento y por ende de sinceridad. Los afanes más acariciados y las esperanzas más amadas, son miserables granos de anís comparados con esas ambiciones que cierran los ojos ante una despensa colmada y los abren desmesuradamente, con glotonería de chico mal educado, ante las muestras de esa eterna lonja donde el bellaco compra su entendimiento, el miserable su generosidad, el pecador su virtud, el tonto su agudeza, el malvado su inocencia, el cobarde su valentía y el avaro su desinterés.

Ese tendero de la Borgoña que acaba de comprar un título nobiliario para pavonearse como un hombre de pro, por los boulevares de París, es el símbolo de la vanidad. Toda una vida ante un mostrador con la tenaz obsesión de la grandeza y de los campos azules y de los leones rampantes; y cuando se posó la nieve en los cabellos y se insinuó el flaquear de las piernas y el cansancio de los ojillos avarientos, todo el sudor, todo el sacrificio, toda la esclavitud, todas las desazones por un menguado blasón, que perdió sus timbres a fuerza de trampas, de miserias y de asedios.

Este hombre que ahorró toda la vida para darse un barniz de nobleza apócrifa, habrá esquilmado, seguramente, a más de cuatro desgraciados; nombres eternos de esos libros mugrientos, en que las multiplicaciones son fantásticas y recias las ligaduras.

El aguijoneante resabio de la condición vanidosa y almidonada que daría su alma al diablo por una prerrogativa de poca monta, se va extendiendo como la superchería de aquel buen pueblo de la leyenda que trocó sus eras, y sus aperos y sus yuntas por un leño sin labrar, que diz que tenía la virtud de dar la salud al enfermo, la alegría al triste y la ventura al infeliz...

LL.

La Región, 19-X-1928.

160.—PROSA ALDEANA. LO QUE NOS CONTÓ UNA "ADIVINA" DEL RIÑÓN DE LA MONTAÑA

Penetramos en la mansión de la "adivina". Es un cuartucho miserable de paredes sucias, con viejas estampas religiosas. Una consola de las postrimerías del siglo XVIII, negra como un ataúd, enseña en un ángulo de la miserable estancia los indiscretos alifafes de su ancianidad. Sobre ella hay unos retratos descoloridos con las abundantísimas huellas de las moscas. En uno de ellos vemos la estampa robusta de un clérigo con sotana de esclavina y teja descomunal. Debió ser un pobre cura de aldea que se moriría de necesidad y de pesadumbre en Viaña o en Llendemozó. Sonríe apaciblemente y tiene en la mano izquierda el libro de horas y en la diestra un palo grosero a guisa de báculo. Al lado del clérigo vemos el retrato de una moza rolliza, de abultados pómulos y nariz roma. Huele a maritornes y no de las más agudas. Un mozo endeble y enjuto de rostro, una niña con el lazo de la primera comunión, un anciano con "galero" y elástico, y un indiano, de fachenda antipática y repulsiva. El anillo y la senda cadena de los que regresan ricos de las Antillas, nos crispan los nervios. Lo mismo que el monóculo de

Hoyos y Vinent y los anteojos de teatro, tan mal educados y tan indiscretos.

En un rincón del cuartucho sobre un lecho de arpillera, duerme un gato negro, y sobre un armario que sirve de ropero y de alacena, de despensa y de caja de caudales, un milano disecado muestra sus afiladas uñas y su pico torvo.

La "adivina" es una vieja huesuda con el rostro arrugado, de la color del pergamino añejo. Está tocada con un enorme pañolón negro y viste una saya parda y una vasca oscura, como la consola. Calza escarpines sobre la aspereza de las medias de lana, y rodea su garganta un cintajo azul.

Al pentrar en el astragal de su casa, nos recibe con grandes aspavientos que quieren ser cariñosos y expresivos. Somos grandes amigos. Hace muchos años que nos conocemos; cuando nosotros hurtábamos las peras de su huerto y el fruto de su pomarada, a orillas del río...

—¡Juesús, Juesús...! Quién lo había de decir...¡Qué tresnau y qué gordísimu! Paez mentira lo que son los años y la güena vida.¡Pero si paeces un deputau con esa picaya y con esa barriga y con esos calzones tan requete-planchaos! Si te viera la probe tu güela cuando tantos suchares la costó criate! ¡Juesús, Juesús! ¿Ya almorzastes? Te freiré unos torreznos y te jaré una torta de parrilla...¡Pero qué gordu y qué colorau y qué siguru...! ¿Cuándo viniste, home, cuándo viniste? Me dijeron que andabas por los papeles como un escribanu...¡En el nombre del padre, qué gorduras y que traje tan lucíu y qué sombreru tan maju. Como un deputau, Nel el míu, como un deputau...¡Qué lástima que no te se haiga quitau la nube del oju!

Al fin, aplacó el resuello. El chaparrón de su velocísimo parlar fue enervándose lentamente. La vieja de la cara arrugada y de los ojos hundidos y el cintajo en el cuello flaco, nos frió los torreznos y nos hizo la parrilla delgada y sabrosa. Al lado del plato "colorao" puso una escudilla y un cuenco de leche tibia.

—Come, hiju mío, come, que eso es to pa ti. Si quieres te jaré unas pulientas y unas natillas...; Chinu, gatu del demongru!; Vete a la pusiega, condenau...!; Litucu, espanta a las gallinas que no vengan jacia ca...; Ya partiste la leña?; Juera! Demoñu de perru... Come, hiju miu, come. La borona está caliente y la lechi entibiá...; Litucu, espanta esas gallinas y da la estorneja de la puerta. Después tienes que ir a la riguera a buscar un calderu de agua. Tú come, Nel; come en paz y en gracia de Dios. En Santander no habrá torreznos...

Lituco, el nieto de la adivina, espanta a las gallinas y corre la estorneja. Se acerca a la puerta del cuarto donde yantamos a dos carrillos, y dice con voz prematuramente recia:

- —¡Güela! Por allá lante vien el señoritangu que cobra la contrebución... ¿Lu doy con la puerta en los jocicos?
 - -¡Cata qué personaje! Jinoju pa él y pa toa la su casta...

"Yo no jago na, Nel el míu. La gente no tien temor de Dios ni cree en las adivinanzas. Haz muchos años ahorré güenos cuartos y tresné la hacienda, pero ahora ya soy vieja y no quiero más belenes. A esti cuartu acudió bien de gente pa que yo los dijera cuál era el caminu güenu y cuál era la cambera mala. Los viejos me preguntaban cuándo iban a estirar la pata; los hijos que cuándo iban a morirse los sus padres pa heredar la hacienda; las mozas que si iban a casarse. Yo discurría toas las cosas porque tenía ese aquel en esta cruzuca de rayas que tengo en la mesma palma de la mano y en un lunar que tengo en metá del espinazu... Pero ya no puedo discurrir. A las que querían tener noviu las decía que tuvieran debajo de la almohá una estampa de San Antonio y que dijeran esti rezu que me enseñó mi güela que también jue adivina:

"San Antonio de las alegrías. San Antonio de los milagros bendecíos, dame un hombre honrau que ajuya del vinu y de las cartas. Yo te daré, San Antonio de las alegrías, la mi devoción y la mi limosna".

¡Y pásmate, chachu, toas las que decían esti rezu y eran guapas, se casaban... A los que querían alcontrar una vaca o daque animal perdíu, les decía esti rezu que también me enseñó mi güela:

"En cinco leguas a las reondas tie que estar el animal. Mira en la braña y si no en el pernal. Puea que esté en daque valleja o en daque canalona. Si no la han comíu los lobos o no te la han robau, yo te prometo que paecerá".

Un día me preguntaron por una oveja que se había perdiu y los dije que estaría en la braña de Guyicenti al barruntu del carneru. Pero jue la cosa que aquel mesmu día no sé cómo demoños la alcontraron en el establu de mi hermanu Nisio descuartizá. El indinu la había robau pa quitar la jambre a los sus hijos. Ello jue que anduvimos en pleitos y quisieron meteme en la cárcel porque el juez decía que yo era una embaucadora y una pícara.

Desde aquel día no golví a jacer adivinanzas..."

Ha llegado a la puerta el señor de las alcabalas con su abultadísima cartera. La vieja le mira con ceño de enojo. Abre el arca y saca unas monedas de plata.

LL.

Eso del desarme naval es un deleznable deseo que tiene estrecha analogía con las utopías peregrinas de aquel sector del proteccionismo inglés que ambicionaba la supresión radical de las alcabalas y de los impuestos agrarios. Una utopía más que hiende los aires como una saeta, y va a caer en el desierto mohina y maltrecha.

La humanidad, por sugestiones de una legislación secular que formó su entraña en la punta de la lanza y su estructura en el mascarón del navío belicoso y su fuerza en la muralla y en la cureña, no está lo suficientemente preparada espiritualmente para dar la batalla violenta y decisiva a ese profundo resabio anatematizado por los pobres románticos que sueñan con el bellísimo ideal de la paz eterna.

El atavismo nos domina, y nos zarandea, y nos envuelve y nos llena la sangre y el espíritu de fervores pretéritos. Las grandes hazañas guerreras de nuestros antepasados; las reconquistas; las tizonas enormes, la gallardía soberana de los ejércitos; las armadas invencibles; el "rayo de la guerra"; los arcabuzazos y los corsos, todo lo que constituye el privilegio y el blasón y el timbre de las grandezas épicas, es rémora que contienen las multitudes de todos los países viejos, agarrados a la historia como el avaro a su descomunal talega. Unas naciones por sus conquistas en que casi siempre predominó la sinrazón y la avaricia; otras por haber conseguido su independencia con la fuerza de las armas; otras, más prudentes, por el cuidado medroso y suspicaz que han puesto en la custodia de sus fronteras; unas por soberbias y pujantes y otras por humildes y débiles, todas conservan ese espíritu tradicional, mezcla de historia y de leyenda, que las gentes nuevas no quieren ennervar sin menoscabo del tronco ni de las raíces.

Los pactos resultarán ineficaces mientras la ambición de poderío no se amortigüe y el espíritu atávico no sea cercenado por la fibra más recia.

¡El desarme naval!

Mientras Kellog anda de ceca en meca con el pacto a cuestas, en los Estados Unidos se pide clamorosamente la aprobación de un presupuesto de 274 millones de dólares para construir quince cruceros...

LL.

La Región, 24-X-1928.

162.—EN POCAS LÍNEAS. LA MESNADA DE LOS RESPINGOS BORRE-CILIES

La bellaquería es condición cada día más medrada y más opulenta. No han bastado las disciplinas de la evolución política, social y científica, para que esa cualidad plebeya de los espíritus socarrones y de los entendimientos berroqueños, vaya perdiendo su consistencia...

Por una de esas paradojas singulares que tan a menudo nos asombran con el inconcebible despropósito de su atrevimiento, de su locura o de su inconsciencia, el progreso científico o el holgado desenvolvimiento de las letras y de las artes, son en ocasiones el regazo donde crecen esas bellaquerías pancescas que son deleite de los humoristas y desazón de los filósofos.

Así resulta ahora que la radiotelegrafía es el cable a que se han asido los imbéciles para dar sus regocijantes volteretas e iniciar las danzas absurdas que tienen córcovos de rucios famélicos y calenturas de caballero andante a lomos de un encantado "Clavileño".

Ese desventurado y bellaquísimo ex empleado del Ayuntamiento de Shoreditch, que dice tener relaciones amorosas con una doncella del planeta Marte; esa Compañía británica que admite despachos radiotelegráficos para el citado astro, a 18 peniques palabra, y ese doctor inglés que dice haberse puesto al habla con un su colega marciano, constituyen las manifestaciones más odiosas y repugnantes de la chifladura de los hombres.

El mentecato que adora a su dulcinea a través de los espacios siderales, es el símbolo de esas mesnadas de respingos borreguiles, que pretenden ver en el planeta de marras, luengas y anchurosas dehesas de jugoso pasto, sombras apacibles bajo los alcornoques y apriscos placenteros en las riberas de los arroyos.

La Compañía inglesa que admite esos despachos inalámbricos, es la explotadora ladina de esos necios que han dado en la flor de holgarse con damas de otro mundo, como Rocinante con las "señoras yeguas" de los trajinantes. El negocio será magnífico.

Como todos aquellos, muy abundantes y monipodiescos, que esquilman a los tontos, que engañan a las neuróticas y sacan oro de las simplezas y de las monomanías estúpidas.

LL.

La Región, 26-X-1928.

Esa Asamblea cristiana que se está celebrando en una ciudad italiana tiene una significación de reproche y de arrepentimiento, que trastocará las cosas de la fe y volverán a sus antiguos cimientos las edificaciones espirituales del amor y de la misericordia.

Desde hace muchos años, cuando la humildad adquirió resabios de soberbia y la sencillez de las costumbres eminentemente cristianas, fue dominada y consumida por la altiva ostentación que no reparó en la pobreza del Galileo, ni en la modestia de los sagrados leños primitivos, ni en las túnicas de los ascetas y de los perseguidos; desde hace muchos años, volvemos a repetir, la ruta se ha cambiado y se han transformado las devociones, y el lujo de las religiones orientales ha irrumpido donde nunca debió entrar esa engreída manifestación del mundo con su luengo cortejo de generosidades inútiles, de ardores perniciosos y de afectados diezmos que no quitan el hambre a los pobres, ni ponen calor en los hogares, ni enervan las palideces de los rostros famélicos.

Nosotros no entendemos de tan peregrina manera la práctica de aquellos ejemplos que Jesús exaltó en las divinas parábolas, y en su vida misericordiosa, y en su bondad infinita y en su compasión hacia la lepra, y el hambre y el pecado.

Más agradeciera el Maestro una dádiva al necesitado y una caricia al triste y un consuelo al desventurado, que el obsequio fanático de metales argentíferos, de las coronas relumbrantes y de las túnicas de damasco con adornos de oro y encajes de maravilla.

La Asamblea a que nos referimos, integrada por cristianos leales, por creyentes sinceros, por hombres de fe arraigada y de sentimientos misericordiosos, va en contra de las dádivas hechas a la divinidad en forma de joyas, de lujos soberbios y de presentes riquísimos que hablan de la avaricia humana.

Y dicen, y no les falta razón, que una cosa es el decoro y otra cosa es la vanidad y la soberbia.

La gratitud y el fervor hacia las cosas divinas no se demuestra con un pedazo de oro puesto en un manto.

Hay hambrientos, y huérfanos indigentes, y ancianos mendigos, y hospitales y hospicios...

LL.

164.—EN POCAS LÍNEAS. LA OUERELLA DEL HAMBRE

Esa madre y esas tres infelices señoritas de que habla hoy "La Voz de Cantabria", lanzando la querella desgarradora de la miseria y de las tribulaciones, tiene para nosotros una significación elocuente que da más relieve y más consistencia y hace más justificados los reproches que hemos dirigido a los miserables y a los avaros.

No piden las tristes el donativo que alivie su necesidad y su pesadumbre; no piden la limosna para comprar el pan y hacer el fuego y tibiar los ambientes fríos del hogar malaventurado y deshecho. Piden trabajo para remediar sus ansias hambrientas; piden un poco de misericordia, un poco de piedad, una mirada compasiva que las levante el corazón y las conforte el espíritu abatido y rompa las pesadas nieblas que desorientan su vida y ocultan sus esperanzas y ensombrecen el camino de la terrible jornada.

Hasta hace poco tiempo, en ese hogar, hoy maltrecho y miserable, sonrió bían iniciado los empellones de la ruina sus violencias y sus sarcasmos. Pero un día llegó la fatalidad con su luengo y negro cortejo de lágrimas y de pesadumbres. Ya no cantó el optimismo de la doncellez dichosa, ni rio la felicidad. Las abundancias trocáronse en miseria y las alegrías en sollozos.

Después, la tremenda inquietud de los días sin pan, del lecho sin abrigo, de la esperanza que nunca llega... Soledad inmensa de los pobres vergonzantes que mueren de necesidad en un rincón, mientras los perros de las grandes señoras duermen en lechos de seda, comen manjares, lucen collares de oro y cascabeles de plata y sienten en sus lanas perfumadas las caricias blandas que jamás consolaron las cuitas de los niños indigentes, de las doncellas honradas y hambrientas y de las viudas que mueren con sus hijos en el zaquimazí espantoso de la miseria...

LL.

La Región, 2-XI-1928.

165.—EN POCAS LÍNEAS, LA BOLSA Y EL LIMOSNERO

Ya ha comenzado sus labores la Sociedad de Amigos del Niño.

El propósito amorosamente cristiano y el espíritu de misericordia que anima a cuantos elementos integran la nueva colectividad, son dignos de en-

contrar amplios cauces por donde corra la caridad de las linfas claras y purificadoras.

Pero los esfuerzos, y los propósitos, y las intenciones y los más intensos entusiasmos, son arenas miserables que el viento zarandea y desperdiga, cuando falta el manantial abundante, y la sombra del árbol frondoso, y el camino llano y alegre, sin encrucijadas, ni revueltas, ni guijarros que inicien los tambaleos y las zozobras.

Queremos decir con esto que de nada valen, ni nada pueden significar, ni remedias, ni fortalecer los entusiasmos, y las misericordias y las cristianas intenciones, cuando las bolsas se anudan fuertemente, y los limosneros se cierran y las puertas no se abren ante las llamadas insistentes y humildes.

La mayor parte de los males que nos afligen y de las pesadumbres que nos abaten y nos zarandean, tienen su raíz, una raíz dura y retorcida, en la falta de caridad y de amor.

Los trágicos ejemplos de los necesitados temblorosos y pálidos, de ojos hundidos y mirar triste que andan por esas calles de Dios, sin atreverse a pedir una limosna; la melancolía profunda y desconsoladora de los pobres niños harapientos que serán ladrones o perversos; las jóvenes asediadas por el hambre y las tentaciones de los que ofrecen oro y hacen ludibrio de lo que destrozaron; los ancianos olvidados por los hijos que lloran la nostalgia de los días de trabajo, cuando los músculos eran fuertes, y era optimista el corazón y no había nieblas en la conciencia sosegada; todos estos ejemplos, y todas estas tragedias, y ese sollozar y ese fragor de las miserias que no quieren rebelarse, que no quieren exteriorizar sus amarguras en iras y denuestos, no han sido lo necesariamente eficaces para enervar el hielo y derretir las nieves y derrumbar la negra fortaleza de la avaricia inmisericordiosa.

La Sociedad de Amigos del Niño, ruta limpia de los sanos propósitos y albergue tibio y amoroso de las intenciones nobilísimas, necesita que se desaten esas bolsas, que se abran los limosneros y las puertas, que la raíz del egoísmo se quiebre y la médula de la avaricia se rompa.

De lo contrario, la misma jornada, el mismo sollozo, la misma pesadumbre, la misma zozobra...

LL.

La Región, 6-XI-1928.

Hace algunos años, cuando González Ruano llamó imbécil a Cervantes y el desdichado Antonio Lázaro, el poetastro alicantino lanzó cuatro denuestos contra el beatífico Fray Luis, se inició una corriente impetuosa para arrollar a los cuitados que buscaban la popularidad en la afrenta y en el escarnio.

Un buen día un literato presuntuoso, danzante de la bellaquería, costal de malas intenciones y vivero fecundo de vanidades desatadas, lanzaba el desaforado rebuzno de los alcaldes famosos, pataleaba en la tribuna, aporreaba la mesa, acariciábase la sucia y despeinada cabellera y entre vociferaciones y puñadas al aire, ponía cual no digan dueñas a cuantos sus antojos pretendían zarandear oscurerer y afrentar.

Inspirada en esta atrevida necedad de los osados y de los ambiciosos, melenudos y harapientos, la "Sociedad de Amigos de las Buenas Letras", de Barcelona, ha creído prudente y necesario, establecer para en lo sucesivo unas laudables normas que tiendan a evitar la multiplicación de esos casos lamentables en que un bisoño cualquiera, tan lleno de pretensiones como vacío de intelecto, haga crítica perniciosa y mal intencionada y ofensiva de los que han dado brillo a nuestro idioma y llenado de perlas el alcázar maravilloso de nuestras letras.

Esta iniciativa de los amigos de la buena Literatura, patrocinada por una intelectualidad sana, tiene la magnífica significación de un recuerdo, de un homenaje, de un desagravio y de un reproche y va acompañada de la repulsa que merecen cuantos andan de ceca en meca con el ansia de la popularidad a cuestas, agrediendo unas veces y hurtando otras el fruto del huerto ajeno.

No hay mérito sin sacrificio, ni jornada sin desaliento, ni trabajo sin sudor. La única manera de llegar, el único secreto de la victoria está precisamente en esos sacrificios, en esos desalientos momentáneos y en esos sudores.

El agresivo sin ingenio, que hurta y da puñadas, caerá en el camino, cubierto de polvo y de andrajos, sin el recuerdo de una grata satisfacción, mohino y avergonzado.

LL.

La Región, 8 XI-1928.

Hoy no gustan los hombres de correr aventuras, desembarazándose bonita y discretamente del medroso yerro que hace confundir las veredas, y aplaca el hervor de la sangre y la rebeldía deleznable y temblorosa de la conciencia...

Hogaño, al estarse quedo, en perpetua oscuridad, con el asombro contemplativo de la impotencia y del estupor trémulo y estériles, es cabal condición que emborracha los sentidos, que los embelesa pícara y señera, que los hace acurrucarse en el menguado rincón, lleno de tinieblas y de angosturas.

El sosiego es más blando y más apacible que la actividad. Tiene quietud de remanso, somnolencia de sesteo gratísimo, mansedumbre de aguas muertas, umbría de arboleda y reposo de majada.

Los ojos se hincan en la tierra, tristes y desalentados y no se levantan a los luceros ni a las cresterías, al oreo de los vientos y de los horizontes dilatados.

Las potencias del espíritu enseñoreadas de esa quietud y de esas tinieblas medrosas, gozan en las cárceles oscuras el "farniente" dulcísimo de la holganza eterna, a la vera del mullido lecho y de los leños encendidos.

Cuajada de sobresaltos está la aventura. Hay ruidos de batanes y asendereamiento de yangüeses y Cardenios malaventurados que dan puñadas y mesan los cabellos.

Es más placentera, y más confortable, y más tibia y más acogedora la mansión menguada del buen escudero manchego, ambiciosillo y socarrón, que el holgado desván donde yacen herrumbrosos y mohinos los yelmos y las lanzas, los avíos de Rocinante y los libros de Caballerías.

¿Qué nos importa que haya entuertos que enderezar y afrentas y agravios que vengar?

El campo de Montiel, sediento y perezoso como el erial seco y los barbechos abrasados bajo los calores agostizos, no tiene la sombra dulcísima del fresco tajumal, ni un arroyo de avaras linfas, ni un alegre caserío con rosales y arboledas.

El aventurarse por los silencios trágicos de la estepa manchega con rumores de aguas blandas y calientes, ventalles de fuego y vahos ardientes de tierra agrietada, sería loco empeño y vana tentativa.

No están templadas las almas en el campo de las bizarrías y de las epopeyas. Es más tenaz el hechizo del granero, y de las trojes repletas y de las tinajas colmadas que las aventuras a través de los andurriales y de los yermos... Aunque haya males que remediar, y torcidos que poner derechos, y bellacos que espabilar y rutas que corregir...

Lt.

La Región, 13-XI-1928.

168.—EN POCAS LÍNEAS. EL CINEMATÓGRAFO Y LA INFANCIA

En Barcelona ha sido detenido un jovenzuelo aragonés que se fugó del hogar paterno.

No le llevaron a la aventura precoz los anhelos de la libertad y de la ambición, ni tan siquiera el deseo tenaz de conocer el mundo y penetrar en sus claridades, en sus penumbras y en sus tinieblas...

Otro impulso más baladí y otro deseo más inocente le hicieron comenzar la jornada, llenas las faltriqueras de dineros hurtados y la cabeza rebosante de ilusiones y de quimeras.

Ansiaba llegar a la India y discurrir por las selvas y cazar tigres y jaguares en las riberas de los ríos sagrados, romper el misterio de las pagodas y matar a las serpientes gigantescas y a las panteras rugientes...

Después de lograr tan valentísimas hazañas, marcharía a Londres para convertirse en detectiva ladino y perseguir a los apaches, descubriendo, de paso, el complicado y oscuro secreto de los crímenes misteriosos, en las nubladas riberas del Támesis.

El cuitado jovenzuelo aragonés, quería, en suma, resucitar las hazañas descomunales de los gallardos "héroes" de la "pantalla", donde todo despropósito tiene su asiento y toda hipérbole su madriguera.

He aquí los perniciosos efectos de esa cinematografía crudísima y espeluznante, con ríos de sangre, burdeles tenebrosos, guaridas de bandoleros, naufragios y descarrilamientos horripilantes, audacias imposibles y aventuras utópicas...

La infancia, que ha encontrado el símbolo de sus sueños y de sus enardecimientos en ese jovencito aragonés, que hurtó el mezquino caudal de sus padres, se estraga y se enloquece con esos endiablados artificios que llevan a la ingenuidad el resabio violento de un anhelo pernicioso.

El sentimiento y el cerebro que se robustecen en la escuela, se debilita y se desorienta en las oscuridades del mal llamado "cine infantil", ante los terribles panoramas de las inmensas praderas donde luchan los "pieles rojas" con los "hombres del rostro pálido".

Las Sociedades de Amigos del Niño, tiene, en este tema, un inagotable manantial de morbos que extirpar y de explotaciones inicuas que suprimir.

LL.

La Región, 16-XI-1928.

169.—EN POCAS LÍNEAS. LA FALTA DE EDUCACIÓN

El Congreso Internacional de la Educación, que en breve será inaugurado en París, tiene una singular característica que resume y compendia los temas que han de tratarse.

La cual característica no es la consecuencia ilógica de unos análisis hechos en el gabinete de estudio o a través de las lecturas...

Esas observaciones que no han sido hurtadas de ninguna página y que han nacido y han medrado al calor de la "experiencia de la vida", tienen la peregrina virtud de mostrarnos, en toda su crudeza, la repugnante costra que

En las postrimerías del siglo XX, los "sociólogos puritanos" y los Paoculta el morbo de las aberraciones que hacen mella en el cerebro y en el corazón de no pocos desgraciados.

dres de la Iglesia, hacían cargar con el ceniciento sambenito de los males espirituales que afligen a los hombres, a los poetas románticos y a los noveladores atrevidos que ponían, cual no digan dueñas, dentro de un realismo en que la sinrazón no existía, a cuantos hacían pregón de sus virtudes y pecaban en las tinieblas o en el sosiego de las penumbras artificiosas...

Hoy no hay poetas románticos, ni novelistas de aquella singular estirpe.

Y, sin embargo, los exorcismos y los anatemas nunca estarían más puestos en razón que en la desdichada época actual, en que las dolencias espirituales siembran por doquier sus congojas, sus decaimientos medrosos y sus odiosas exaltaciones.

Ni el verso, ni la prosa novelesca, ni tan siquiera la literatura pícara o desvergonzada, han dado el más recio disciplinazo de cuantos ha recibido la deleznable fortaleza espiritual de ciertas clases sociales.

La educación robusta, honesta y consciente, está forjada a prueba de provocaciones perniciosas y de estímulos tentadores y de desenfados y gallardías insinuantes y jactanciosas. De lo que se desprende, con meridiana claridad, que esos vicios y esas brutalidades y esas bellaquerías y esos pecados, tienen un mismo principio y un mismo manantial, espeso y turbio: la falta de educación.

Este es el fruto de las experiencias que se pondrán sobre el tapete en el Congreso a que aludimos.

La falta de educación es el brazo que asesina, la mano que hurta, la lengua que calumnia, la frase que ultraja y el martillo y el yunque donde son golpeadas las honras y se forjan las maldades...

LL.

La Región, 30-XI-1928.

170.—EN POCAS LÍNEAS. LA PARÁBOLA DIVINA

Ese anciano que ha muerto de hambre en la soledad espantosa de un camino; ese malaventurado viejo que ha sentido la tremenda angustia de una agonía sin consuelo, bajo la inclemencia de los cielos y la crueldad de los hombres; ese anciano, mendigo de todos los caminos, costal de todas las amarguras, alforja miserable de todas las incertidumbres; temblor y zozobra, hambre y sed, símbolo doloroso de la miseria y carne golpeada que todo el mundo menosprecia; ese anciano, volvemos a repetir, que murió hambriento y aterecido sobre el polvo de la carretera, encierra en su espantosa tragedia, el reproche más vergonzoso que puede hacerse a una sociedad avara, cada día más alejada de Cristo...

Antaño andaba la caridad por todos los caminos y abríanse todas las puertas ante las llamadas dolientes de los hambrientos y desarropados peregrinos.

Aun estaba muy lejos de iniciar el hosco ceño de su amenaza, la hostil inmisericordia, ni en la faz del mundo había posado su planta de hierro la contrahecha figura del gigante avaricioso y descomunal de la fábula cristiana.

Libre andaba el mendigo honrado y honesto por todos los caminos, llenas las alforjas y alegre el semblante y colmado de esperanzas el corazón. El pedir por el amor de Dios era el hechizo que abría todas las puertas, y todos los limosneros y todas las bolsas; la voz de la necesidad, de la pesadumbre que tiene temblores de lamento y tristeza infinita de alma sin ventura.

Hogaño, entre los estruendos y las vanidades y las petulancias de la civilización; entre el ruido ensordecedor de los placeres y las vociferaciones de

las luchas estériles; entre el insaciable deseo de acumular oro para después arrojarlo en los caminos que conducen a los burdeles; en el formidable resollar de las multitudes frívolas, no se oye la voz del anciano que se muere de hambre, ni la súplica de la orfandad, ni la llamada quejumbrosa de los desamparados...

Un mendigo se ha muerto de hambre. ¡Oh, la dulcísima parábola del Galileo!:

"Había un hombre rico, que se vestía de púrpura..."

LL.

La Región, 24-XI-1928.

171.—EN POCAS LÍNEAS. LAS COMUNIDADES CIUDADANAS

Cierto sector le la prensa francesa, pide la resurrección de las antiguas comunidades ciudadanas.

Creen los periódicos franceses que estas colectividades cívicas, nacidas cuando aún no se habían extinguido los estruendos de la revolución, encajarán perfectamente en nuestra época, modificando desde luego su contextura y sus orientaciones.

A raíz de la gran hecatombe social que conmovió los cimientos de algo que se creía eternamente sólido y fuerte, las comunidades ciudadanas francesas, robustecidas por el gobierno de la República, evitaron el pernicioso decaer de los ánimos, cuando desde las tribunas clandestinas y desde los púlpitos se lanzó el anatema desaforado que repercutió en las conciencias medrosas, como una amenaza formidable de los arrepentimientos tardíos.

Hoy se quiere dar otra orientación a las comunidades ciudadanas.

Se pretende reconstituir el imperio de las buenas costumbres, limando la pátina para que brille el oro de las pasadas gallardías y resurjan de las cenizas los suaves romanticismos y los claros pensamientos que se revolvieron airados contra un atavismo mezquino, amparado por la fuerza y por la superchería...

Admirable nos parece la idea por el magnífico tesoro de espiritualidad que encierra. No estamos acostumbrados a contemplar el optimista despero zamiento de las virtudes ciudadanas.

Con los años se han ido las salubles pujanzas y allá se va el pecado con el castigo.

Pero desconfiamos de que la generosa iniciativa medre y se desenvuelva a su antojo. El romanticismo consciente y recio es un cadáver, que un día llevaron a enterrar los gañanes del positivismo, entonando las burdas canciones de la carne y del yantar, del oro y de las "holganzas".

Los periódicos franceses que con tan gratísima vehemencia quieren posar en la psicología moderna, inquietamente avara y ególatra, las sensaciones de un pasado arrogante, no han caído en la cuenta de que la generación actual, con sus devaneos ensordecedores, con sus ansias de llegar a las estrellas, abcorta y petulante, tiene más apego a las cosas del aire que a las de la tierra.

Pedir romanticismo en el siglo XX, es lo mismo que pretender encontrar el palacio de Dulcinea en las calles del Toboso.

La.

La Región, 29-XI-1928.

172.—EN POCAS LÍNEAS. EL CINTARAZO

La frase vulgarísima de que media humanidad está loca, es una de las sentencias populares más evidentes y más puestas en razón.

¡Media humanidad está loca! He aquí la suma, y el compendio y la sintesis de los comentarios a todo lo extravagante y a todo lo "extraordinariamente anormal".

Una de las más repugnantes lepras que han encontrado reposo blando y gratísimo calor en el regazo del siglo XX, ha sido singular afán de "llamar la atención", lo mismo tocando el campano de la bellaquería, que pulsando la lira de la agudeza y del donaire.

Las ansias, cada día más crecientes, de saciar la sed en el manatial turbio de la popularidad necia y vanidosa, capaz de vender su honra y su dignidad por un aplauso de las multitudes ociosas y flacas de cerebro, tienden a robustecer sus ya fornidas espaldas y a extender sus inquietos devaneos y a colmar sus trojes infinitos y oscuros.

Ese vaporoso y esbelto doncel, esmirriado de letras, de luenga cabellera, poetastro almibarado, melifluo y arrogante a la vez, que ha lanzado la peregrina iniciativa de levantar un monumento a "Don Juan Tenorio", es el símbolo de esas extravagancias desdichadas, dignas de unos recios cintarazos que tumba a la carne inclemente, para ver si despierta el entendimiento y la bellaquería osada pierde vigor y jactancia...

Es el procedimiento más eficaz y más contundente para apagar el resuello de la imbecilidad vanidosa y petulante.

El cintarazo, no de mosqueo precisamente, como los azotes del buen Sancho a la sombra de los alcornoques y de las encinas, tendrán la virtud de acabar con esas impertinentes expansiones, que no hay pócima que las cure ni ley que las reprima, ni calmante que las aplaque.

La extravagancia es hija desvergonzada de la egolatría burda. Y contra la desvergüenza atrevida de los vanidosos, sin seso, catadores de todas las simplezas y costales de todas las avaricias, no hay más sistema represivo que el del cintarazo...

Lt.

La Región, 5-XII-1928.

173.—ESBOZOS

Repoblación forestal.

El aldeano no ha sabido administrar la enorme riqueza de sus montes. Un bárbaro atavismo en el que se reconcentran todas las malas intenciones, todos los desdenes y todas las inconsciencias, ha irrumpido violento y tenaz en los bosques, ha talado inclemente, ha hecho yermos donde antes se levantaban los árboles con la prodigalidad de sus sombras y de sus ramas...

El leñador y el albarquero, el que hace "maderas" para venderlas en Castilla o "carros de leña" para los señores del lugar, han quebrantado a golpe de hacha ese magnífico caudal que constituía quizás la más interesante característica de la Montaña en ese género de los aspectos regionales.

Cortar, hendir siempre, lo nuevo y lo viejo, lo corpulento y lo endeble, la rama y el tronco; extraer la raíz y arrancar las "barrosqueras" tiernas y la alisa joven y el haya recién plantada...

El golpear el hacha ha sido el canto eterno de nuestros bosques.

Un canto bárbaro de muerte que no han podido apagar las amorosas persuasiones de los prudentes, ni las famosas "pragmáticas" de los antiguos regidores montañeses.

Ir con discursos acerca del amor y del respeto al árbol, al noventa por ciento de los pueblos, es lo mismo que hablar a los hambrientos de la virtud de la abstinencia.

La prosa y el lirismo son estériles en este problema lo mismo que en tantos otros.

Hace falta una voz más recia y más hosca, que sorprenda y amedrente. Una voz que hable de aflojar los cordones de la bolsa, y de abrir la arcas y de desatar el fuerte nudo del pañuelo.

Elevad a la quinta potencia el valor de un árbol o repetid el caso de aquel buen alcalde polacioniego, que multaba con tantos doblones como ramas tuviera el haya, la alisa o el roble cortados furtivamente, y quedará resuelta la cuestión...

¡La bolsa, la bolsa! He ahí la fibra más delicada, la penitencia más dolorosa.

Media docena de "tientos" fuertes a otras tantas faltriqueras, tendrían al hacha queda y cambiarían radicalmente el modo de ser de albarqueros y leñadores...

El fulgor de las joyas sagradas.

No somos partidarios de las devociones exteriorizadas con el fulgor de las joyas, armonizando con los mantos riquísimos; con las aureolas formadas con el abigarramiento de lacerías arábigas; con las esmeraldas que simbolizan la sangre de los mártires; con los tronos labrados en plata y esmaltes...

Somos cristianos y odiamos la ostentación y la vanidad.

Esa nueva suscripción para coronar a una imagen, no está en concordancia con los sentimientos de un cristianismo lleno de mansedumbres y de humildades.

El amor y el acatamiento a las cosas divinas, pierde vigor y espiritualidad con el brillo de los fondos áureos entre troncos y ramajes, con el fulgor de los brillantes, con las orfebrerías maravillosas.

Más agradecería la divinidad una lágrima enjugada en su nombre, o un consuelo a la enorme pesadumbre de la miseria, que esos fulgores de los mantos y de los altares.

El camino de perfección no está bordeado de céfiros y de rubíes.

No hay que olvidar lo de la aguja y el camello.

"Ha nevado y los hambrientos se aterecen en los caminos. Cubrid sus cuerpos y saciad sus necesidades. Ricos, vended vuestros aderezos. En verdad os digo que el que no apague el hambre de los desgraciados no entrará en el reino de los Cielos"...

Las Buenas Letras.

En breve comenzará en la capital de Francia, el Congreso Internacional de la Literatura Clásica y de las Buenas Letras.

El propósito de sus organizadores no puede ser más loable. Es un proyecto de selección, de amputación, de intransigencia magnífica y valiente.

Las buenas letras no tienen esforzados caballeros que venguen sus agra-

Lo clásico y honrado va cayendo ante el impetuoso resoplido de los nuevos engendros.

La prosa limpia y honesta, con el donaire del ingenio y con sus trazas severas y señoriles, ha sufrido el desdeñoso desprecio de los bellacos metidos a escritores... Y así ha sucedido que la falta de sentimientos y de cerebros, de decoro literario y de templanza espiritual, han sido sustituidos por el osado afán de provocar exaltación de los torpes instintos.

Las buenas letras sugestionan al espíritu, educan la voluntad, enervan las pasiones estériles y torcidas...

Esa otra literatura contra la que va el Congreso a que aludimos, es ni más ni menos que el repugnante estímulo de las impotencias y de las degeneraciones. Algo así como el campano que tañen a los jumentos...

Lr.

La Región, 12-XII-1928

174.—EN POCAS LÍNEAS, LA POESÍA DEL EMIGRANTE

La poesía del emigrante con la dulzura de la añoranza y con el anhelo infinto del retorno feliz, tiene para nosotros la devoción y la tristeza, la melancolía y la pesadumbre, la suavidad y la querella de los recuerdos apacibles, a la sombra del nemoroso robledal, en la honda quietud de la ribera y del ansar...

Es una poesía quejumbrosa y amarga poesía de atardecer y de alborada, de nieves y de cierzos, de días turbios y de medrosas tinieblas.

La inspiración del emigrante huye de las alegrías y de los cantares romeros, de las rondas andariegas, de los días de sol, de las noches apacibles.

No gusta el pobre poeta del éxodo, de la bulliciosa algazara de las "campas", ni del estruendo de las romerías, ni del optimismo singular de las "jilas", al amor de los tizones.

Busca otros senderos más recatados, otros recuerdos más dulces, otras brañas más solitarias y más silenciosas, otros remansos más escondidos.

Ese mozo montañés que nos ha brindado su primer libro de versos des-

de las playas lejanas de la emigración, viene a demostrarnos con el llanto sosegado de sus "saudades" y de sus inquietudes que el recuerdo y las ansias de felicidad, crecen más honestas y más vigorosas en la mansa soledad de las cumbres y de las praderas, de los crepúsculos y de los remansos eternos que en las algazaras de la fiesta campesina con sonajas y cantares.

"En la ribera" ha puesto Aurelio Fernández de Mier, esos recuerdos y esas sensaciones peregrinas y sentimentales, dulces y amargas, apacibles y rebeldes, cristianas y amorosas, que tienen tristezas de "albas cenicientas", jirones de niebla y aromas de manzanilla agostados...

Lt.,

La Región, 18-XII-1928.

175.—EN POCAS LÍNEAS. LA NIEBLA Y EL RESPLANDOR

En Italia ha iniciado sus melindres y sus rabiosillos aspavientos, la fobia que alimenta al sufragismo.

Los viscosos y largos tentáculos que crecieron, como hierba mala, en las desapacibles y brumosas riberas del Támesis, se han extendido a través de Europa y han llegado a los canales de Venecia y a las playas de Civitavechia, siguiendo después la mausa corriente del Tíber, hasta la ciudad santa.

Las nieblas y los resplandores se han confundido. La clásica gravedad inglesa, que viene a ser la más absurda contradicción del temperamento latino, ha penetrado conquistadora y erguida, con la rubia cimera de sus ambiciones, en el país menos placentero a las impetuosidades de un feminismo radical, ególatra y despechado.

Porque el sufragismo radical inglés, digan lo que quieran los almibarados paladines de las señoras extravagantes y soberbias, no es más que eso: despecho y vanidad, con sus miajas de demencia y rencor... Algo así como antifeminismo rabioso e iracundo de los "abstemios griegos" que regocijaron al mundo con sus bellaquerías, a mediados del siglo pasado.

No sabemos si en Italia fructificará espléndidamente la sementera británica; ni si el surco caliente de las mieses latinas, hechas al sol y al leve llanto de las nubes, hará pródigas las espigas y hondas las raíces.

Lo que sí sabemos, es que el viejo y estúpido axioma de que "la mujer es con relación al hombre lo que el hombre es con relación al orangután", ha sido acogido por un grupo de señoras castas y ya venerables, consumidas por

la mortificante carga de la forzosa soltería, con sus renunciaciones y con sus ansias...

El sufragismo anciano y contrahecho que en la juventud ha entregado la carne al diablo y en la vejez quiera dar los huesos a Dios; que ha saltado de Londres a Roma, de la niebla al sol, torna a resurgir estimulado y empujado por las claudicaciones de los hombres de espíritu esmirriado que todo lo supeditan al mandato soberbio de las faldas...

LL.

La Región, 20-XII-1928.

176.—ESBOZOS, FRATERNIDAD

No creemos en la fraternidad.

Las grandes colectividades conservadoras o radicales, que se han formado para defender con su fuerza la pujanza avasalladora de la sinrazón y del privilegio mal entendido, o para cercenar el corpulento tronco de la soberbia, desatada en mortificaciones y en disciplinas crueles, no se ha inspirado en el amor y en la misericordia...

Han sido el egoísmo y el escozor de la herida, el implacable tundir de las injusticias, el ansia de vengar los agravios y las afrentas, el anhelo sepultado en el corazón de hacer la vida menos áspera, y menos cruel el trabajo, y más robustos los derechos y menos intransigentes los deberes.

La misericordia hacia las pesadumbres de los demás; el amoroso y exaltado romanticismo empujado y estimulado por las miserias y por las enternecedoras querellas del prójimo desvalido; la renunciación de nuestras comodidades y de nuestros hartazgos, para levantar la deleznable choza caída o para enervar las tremendas angustias de los que sufren a nuestro lado, no han sido los alicientes que han formado esas grandes colectividades.

Es, pues, una fraternidad a flor de piel, que no llega al corazón, que no calienta las entrañas, que no enriquece el espíritu con las gratísimas sensaciones del amor y del sacrificio.

Fraternidad lírica; de frases selectas que no salen del alma, que no brotan del sentimiento vivo, que no se han formado en el blando regazo de la generosidad y de la misericordia individual.

"Fraternidad colectiva", "dignidad colectiva", "decoro colectivo". Monsergas y bellaquerías de cien el cuarto...

Hace falta más dignidad individual, más fraternidad individual, más decoro individual, que es precisamente de lo que anda harto escaso el mundo.

Preguntad a las "unidades" de esas agrupaciones lo que es el espíritu fraterno, lo que significa ese sentimiento, lo que representa esa hermosa cualidad y os contestarán lo mismo que los sacristanes mascullan los latines litúrgicos; sin comprenderlos y sin sentirlos...

Mucho aspaviento, mucha verborrea, mucho mover los brazos y rasgarse las vestiduras; mucho rutinarismo y el corazón vacío y la conciencia indiferente.

¡Fraternidad! Egoismo, defensa, baluarte, todo lo que ustedes quieran menos eso, menos fraternidad.

Es un escarnio encubrir con tan dulce palabra, la podredumbre de otros sentimientos, más al ras de la tierra infecunda y árida; más avaros, más retorcidos...

Claro es que en ésta como en todas las cosas del mundo, hay excepciones...

Aunque nosotros no hemos topado con ninguna... El homenaje,

El homenaje ha llegado a ser algo tan vulgar y tan generalizado, como el hablar mal del prójimo.

Y también suele ocurrir a veces, el noventa y nueve por ciento de las veces, que la chismografía y el homenaje se enlazan bonitamente, como la envidia y la pobreza de espíritu.

Ahora se va a homenajear al arcipreste de Hita. Va a ser un homenaje literario con endecasílabos y octavas reales.

"El libro de buen amor", con sus picardías y con sus certeras puñadas, no merece esa pesazón que quieren darle los poetas de Extremadura.

Todo se nos va en estrofas y en suspiros poéticos. El verso nos sugestiona y nos hechiza. Un devaneo de consonantes y de ripios ante unas sendas copas de champán, después del copioso yantar, nos cautiva y nos embelesa.

El verse en casos tales, viene a ser el símbolo de muchas psicologías que andan por ahí con el desmedro de su cerebro y de su temperamento enclenque y pesimista.

Transcienden a vanidad y a hipérbole, tienen la afectación de la lisonja lusitana y la almibarada dulcedumbre del requiebro versallesco.

¿Qué beneficios engendran, ni qué yerros se corrigen, ni qué virtudes se aderezan, ni qué enmiendas se logran con esos loores en verso al buen arcipreste?

El homenaje más eficaz no es ese. Ni el más sentido, ni el más adecuado. Hay otros procedimientos más lógicos y más en consonancia con lo que el ingenioso clérigo representó y fustigó: asir sus disciplinas saludables, arremeter contra lo pernicioso, enderezar, fustigar, sacar al sol el lodo de las charcas ocultas, para que con la vergüenza o con la amenaza, venga el arrepentimiento o la renunciación forzosa.

El lirismo es infecundo. Hay que dar al traste con esos resabios atávicos que todo quieren arreglarlo y admirarlo con sonetos y con romances. "Montón de besos".

Ignacio Romero Raizábal ha publicado otro libro de versos, con el sugestivo título de "Montón de besos".

Este muchacho de extraordinario temperamento, poeta de verdad, poeta de corazón, de los buenos, de los honrados, nos presenta cada día una nueva e interesantísima fase de su inspiración y de su talento.

Es la poesía honesta y señoril, castiza y valiente... La poesía que deleita, que educa y que conforta.

MANUEL LLANO

La Región, 22-XII-1928.

177.—EN POCAS LÍNEAS, LA NOCHEBUENA

Ha pasado la Nochebuena con su luengo cortejo de canciones y de estruendos.

Abundante ha sido el yantar y prolongadas las libaciones.

Es la mejor manera de celebrar las fiestas. Los manjares y los vasos de buen vino engendran el optimismo y desbordan la alegría, apagan los recuerdos ingratos, aplacan las pesadumbres y hacen olvidar las estrecheces y las cuitas.

La frase del clásico de que "el amargor de la vida se hace dulce ante una mesa bien servida", es una de las pocas verdades de la existencia.

Por el estómago caen las virtudes, y degeneran las castas, y se quiebran las honras y se rompen en mil pedazos las fortalezas del espíritu y los baluartes del alma. El estómago posee el embrujo de las prevaricaciones y de las deslealtades, el impulso poderoso del servilismo y de la hipocresía, el aliciente impetuoso de todas las caídas y de todos los encorvamientos del espinazo.

La Nochebuena viene a ser la exaltación de lo que Palacio Valdés llamó "sentimientos del estómago". El regocijo del noventa por ciento de los mortales, al llegar esta fecha, está reconcentrado única y exclusivamente en el yantar. Todas las alagrías y todas las canciones de la Nochebuena, carecen en absoluto de espiritualidad. ¡El Galileo! ¿Qué importa el Galileo? Que se desinflen los odres, que se llenen los platos, que corra el vino y que medren los cuerpos...

...y que se muera el hambriento, y que llore el huérfano, y que sucumba el menesteroso.

La escuela de periodistas.

¿Escuela de periodistas?

Exactamente lo mismo que una escuela taurina o que un aula en que se enseña a "ser" poeta. Un soneto se hace de esta manera, una octava real o una lira tienen que reunir tales y cuales condiciones.

La verónica es esto, y el pase de pecho esto otro y el volapié se ejecuta de esta guisa.

Pero luego llega el cornúpeto y todo lo estropea. Hay cencerros y corrales, silbidos y vociferaciones.

Los catedráticos de perceptiva literaria suelen ser unos pésimos poetas... y los poetas unos pésimos periodistas en el amplio sentido de la palabra.

¿Escuela de periodistas?

"Menguados estamos, hermano Sancho. El favor y la dádiva corrompen todas las profesiones libres. Si tienes fuertes valederos serás rey o emperador, aunque seas un destripaterrones".

Una recomendación o un compadrazo valen más que el título y que el talento.

Y tal ha sido la fuente del mal.

¡Que la tarjeta influyente y el villano arrastrarse han hecho periodistas a muchos ciudadanos que estarían mejor sembrando el surco!

MANUEL LLANO

La Región, 25-XII-1928.

178.—EN POCAS LÍNEAS. EL SECRETO DE LOS TIEMPOS

Las pitonisas francesas se han desatado en augurios más o menos peregrinos.

Han mirado a las estrellas, y en su fulgor han pretendido descubrir el secreto de los tiempos venideros, con sus reveses y con sus felicidades. En el parpadeo de las luminarias forjan el misterio de la vida y de la muerte, la dulcedumbre o la amargura, la paz o la guerra, la dulce quietud de remanso o de desasosiego de rebeldías impetuosas.

Estas torpes reminiscencias de las "hechicerías" medievales, que ponen en una estrella el porvenir de la humanidad y en el menguante de la luna el secretísimo regazo de los cataclismos y de las tempestades, han encontrado anchuroso camino y apacible mesón en este desdichado siglo, que pone más ansias en los aires que en la tierra.

No han menester los hombres ser zahories, ni montar en el "Clavileño" del caballero andante, ni mirar a los luceros para inquirir en la vida pretérita y desposeer al misterio de sus velos.

La astrología de los pueblos primitivos ha llegado a nosotros con la fantástica corte de los fanatismos y de las supersticiones. Y nosotros hemos medrado el caudal y hemos añadido multitud de adornos y de lentejuelas al oscuro manto de los horóscopos y de las supercherías.

La verdad se descubre en los hombres. La verdad que repugna y la verdad que cautiva. A través de las tinieblas no llega la clarividencia ni se vislumbra el secreto...

Aquí abajo está la entraña viva de esa verdad que se pretende descubrir en los cielos. El horóscopo está en la tierra, está en las almas, está en los sentimientos, está en el corazón.

En la vida misma, en la órbita de los hombres, en el fuego de las pasiones, crecen la verdad y la mentira, sin la influencia ni el embrujo de los astros.

Y ese augurio no dice nada nuevo. Continuará el pícaro engañando al lucero del alba; medrarán los hombres de espíritu flexible; engordará el hipócrita; acrecentará su hacienda el usurero; el oro continuará siendo más fuerte que el hierro y más recia la vanidad y la soberbia que la prudencia y la humildad.

La misma órbita, lector. Idénticas vueltas a la noria y análogas jornadas. Muchos caerán. Otros llegarán a la cumbre en alas de la osadía o a lomos del favor.

Y en las encrucijadas continuarán apostados los rufianes...

LL.

La Región, 2-I-1929.

El caso de ese desventurado periodista madrileño, que ha estado a punto de implorar la caridad pública para no morirse de hambre en un rincón, nos ha crispado los nervios y nos ha tocado en el corazón como una afrenta y como una burla.

Un pobre viejo, lleno de nieves, apagadas las pupilas, temblorosas las manos, desmedrado el cuerpo, ha lanzado el reproche, impetuoso y enérgico, como un fustazo y como un empellón.

No será el primero ni será el último. Los retorcidos caminos del periodismo están sembrados de sinrazones y de inclemencias.

No sentimos la misericordia hacia el compañero caído. Sobre sus querellas y sobre sus angustias levantamos las vociferaciones de nuestras jactancias deleznables, con hondos resabios de vanidad y de egolatría. ¡Que muera el caído, que troque la pluma por la alforja del mendigo; que llore de vergüenza y de amargura, que sucumba, que desaparezca, que vaya lejos, muy lejos, donde no oigamos sus sollozos impertinentes!

Colectivamente somos los periodistas la calamidad más grande del orbe, ¡Seríamos capaces de rompernos la crisma para refocilamiento de las gentes o por el medro de cualquier personajillo, enclenque de entendimiento y orondo de vanidad...! Y sin embargo, todo se nos va en aspavientos, y en garambainas y en estúpidas suspicacias, cuando se habla de Montepíos o de otras instituciones análogas que evitarían tales miserias y tales pesadumbres.

La abulia nos llega a los huesos y nos aletarga los sentidos, cuando se trata de hacer algo eficaz que nos aparte en la vejez de tan tristes zozobras, o que libre a los huérfanos y a las viudas de los fieros zarandeos de la miseria. Somos generosos para el zapatero de la esquina o para cualquier señoruco que ansíe un adjetivo, Somos espléndidos, somos acogedores, somos complancientes con esos desdichados que caen por las redacciones mendigando "un notable", "un culto", o "un inspiradísimo".

Abrimos las talegas descomunales de nuestros favores a cualquier mequetrefe que llame a la puerta. A fuer de bondadosos, aunque ciertas gentes nos tengan por buitres, llamamos culto al analfabeto, amable al huraño, filántropo al miserable, elocuente al tartamudo, noble al villano.

Y para nosotros mismos, mezquindad, desamparo, indiferencia, rencorcillos...

¿Un Montepío? ¡Quita allá! Los periodistas viejos no han menester tales beneficios, ni las viudas ni los huérfanos... Ahí están los asilos y las casas de los ancianos desamparados... Y mientras tanto aquellos a quienes encubramos todos los días se ríen de nosotros a mandíbula batiente.

Y nos darán con la puerta en las narices si algún día les pedimos trabajo.

La Región, 12-I-1929.

180.—EN POCAS LÍNEAS, NUESTRO HOMENAIE

Hace años, cuando los periodistas andaban a la greña y se nos antojaban vicios las virtudes de los demás, y soberbia la modestia, y gula la parquedad y envidia la prudencia, nos mostrábamos esquivos y sordos ante el triunfo de un compañero, cuando no mal intencionados y pecaminosos como comadres resabidas...

Teníamos en la médula, y en el corazón y en el cerebro, la sombra inconcebible de la negación absurda. Personificábamos todo lo contraproducente y todo lo negativo. Arrojábamos piedras a nuestro tejado y nos mesábamos los cabellos, iracundos y soberbios, como mujerucas zahareñas y viperinas...

Hogaño trocóse el rabión en apacible remanso. La buena senda se abrió ante nuestros ojos como una esperanza y como una insinuación. Retorcimos las pasiones bellacas, aplastamos los resabios mezquinos, hundimos en profundo tajo las pasiones que nos consumían y nos abrasaban...

Entonces fue enervada la esquivez, y nació la claridad en las tinieblas y corrieron las aguas más apacibles. Nacía el arrepentimiento y agonizaba el pecado.

Ese sentidísimo homenaje que los compañeros de "El Cantábrico" celebrarán en honor de Luis Soler, junto con otros muy recientes y muy sinceros, consolidan nuestra afirmación y robustecen nuestros anhelos. Es un gratísimo ejemplo que conforta y estimula como una recompensa.

Luis Soler, uno de los periodistas de más temperamento, de más fe, de más consistencia espiritual que hemos conocido, es para nosotros el símbolo cabal de la juventud sanamente ambiciosa que sabe luchar, que sabe sentir, que sabe escalar el collado sin menoscabo ni afrenta para sus camaradas. Nosotros, que hemos oteado en sus magníficos pensamientos y en sus inquietudes desde que hizo el primer verso y la primera cuartilla; que sabemos de sus extraordinarias actividades y de sus no lejanas rebeldías, de sus ansías y

de sus singulares dotes de periodista de buena ley, sin requilorios ni trampas, no queremos que pase este día sin exteriorizar nuestra satisfacción por el homenaje merecidísimo que se le tributa.

Y junto con nuestra satisfacción, que es fuerte y sincera, vaya nuestro homenaje. Un homenaje leal, mezcla de prosa y de espíritu, de alegrías y de esperanzas.

Ya que no podamos traspasar el umbral de la casa ajena, brindemos desde la nuestra, pobre, pero honrada; que es nuestro meior patrimonio.

LL.

La Región, 19-I-1929.

181.—EN POCAS LÍNEAS. LA ESCUELA DEL EMIGRANTE

Se ha olvidado el proyecto de la Escuela del Emigrante.

Lo que antaño constituyó una gratísima aspiración y una iniciativa misericordiosa, ha llegado a ser un agravio y una desazón más para cuantos esperaban robustecer su cerebro y su espíritu en las aulas amorosas.

El problema social del emigrante que nace precisamente en la falta de preparación para correr la aventura, continúa mostrándonos esas desdichadas injusticias, arrebujadas en la cruel indiferencia de las gentes que no saben de luchas ni de zozobras.

Nada nos importa que el analfabetismo cruce el Océano para caer vencido y triste en las playas remotas; ni que el noventa por ciento de los que se atreven a correr el albur, tornen fatigados, llenos de desesperanza, con los bríos rotos y las ilusiones desgajadas.

¡Allá ellos con sus sueños y con sus fantasías!

En esta frase se encierra el menosprecio inconfesable de las multitudes, sordas e indiferentes ante las tremendas inquietudes de la emigración, desposeída de lo que ha menester para que la lucha sea menos afrentosa, y más fuerte el alma y más rica la inteligencia.

Todo esto podría lograrse en la Escuela que hizo furor en la Montaña hace tres o cuatro años; pero, desgraciadamente, cayeron los paladines ante las primeras acometidas de los pesimistas y de los mal intencionados, y el fuego trocóse en hielo...

LL.

La Región, 30-I-1929.

182.—EN POCAS LÍNEAS, DOÑA ANTONIA DE MONASTERIO

Hoy inaugura su colaboración en este periódico la insigne novelista montañesa, doña Antonia de Monasterio de Alonso-Martínez.

No necesita de presentaciones escritora de tan alta calidad, ni es nuestro propósito descubrir en su magnífica obra nuevos quilates y nuevas bellezas.

Ahí está la ejecutoria nobilísima de sus libros, la singular hermosura de sus pensamientos, el majestuoso y limpio caudal de su prosa que trasciende a corazón y a espíritu.

En esa ejecutoria y esos pensamientos dulces e inefables, en esa prosa apacible que sabe acariciar como un remanso y tundir el espinazo de las sinrazones que sabe de la mansedumbre y de la misericordia, del reproche valentísimo y de la ironía profunda, de la piedad amorosa y del laudable menosprecio hacia todas las cosas que no han encontrado blando regazo en el
sentimiento; en esa prosa, volvemos a repetir, deliciosamente femenina, sin
jactancias bellacamente varoniles, está el espíritu fuerte de esta mujer que
ha plantado una peregrina rosaleda en el jardín literario de la Montaña.

En estos tiempos desdichados en que las poetisas y las escritoras olvidan los suaves caminos de un feminismo literario que huele a flores, a encajes, a delicadezas y no a tabaco, la insigne escritora montañesa ha sabido mantener bella y cabal el ánfora maravillosa de las esencias femeninas en los honrados menesteres de las letras.

En sus libros, gentilmente aderezados con la sal y la pimienta del ingenio castellano, que no gusta de sinuosidades, ni de retorcimientos, ni de angosturas, se observa el fidelísimo reflejo de su temperamento hondamente sentimental; la preciosa claridad de su imaginación; los dulcísimos afanes de su espíritu en pro de las exaltaciones purificadoras del bien, del amor y de la virtud; la fértil semilla de su alma convertida en esperanzas y en anhelos.

Sus novelas, una de las cuales comenzará a publicar en breve "La Región", son eso, frutos sazonadísimos de un corazón y de un cerebro privilegiados, que tienen la singularísima virtud de mostrarnos las sombras y las claridades de la vida dentro de un realismo discreto sin complicaciones psicológicas ni devaneos hiperbólicos.

LL.

La Región, 7-II-1929.

El poeta hidalgo

He aquí un escritor de recia fibra, aventurero y agudo, hidalgo de casta y de sentimientos, que ha sabido de amargas renunciaciones y de muy nobles anhelos.

Elpidio de Mier, poeta andariego, escritor de buena ley, siempre inspirado en la viejísima solera castellana, tiene en el temperamento y en la imaginación la fortaleza de los robles de su tierra y la peregrina belleza de aquellas riberas mansas, donde jugó en la infancia e hizo el primer verso...

El añoso tronco de la cajiga vistiose de madreselvas hermosas. Lo secular, lo enmohecido adquirió bríos con el ímpetu suavísimo de sus amorosos alientos. El requiebro del poeta rompió la somnolencia de la aldea y penetró por las troneras como un rayo de sol.

Desperezáronse los que reposaban blandamente en el holgado lecho del fanatismo oscuro y medroso; fueron más claros los pensamientos, y más, amables los rostros y menos ceñudas las miradas.

El cantar optimista del poeta llegó al alma de las buenas gentes, trazó una senda en el bosque inexplorado de las inquietudes campesinas; tundió el prejuicio y acarició la humildad; hizo del yermo una inmensa rosaleda y convirtió en transparentes las turbias aguas de las "rigueras".

Aquella voz del hidalgo tenía la dulzura y la misericordia de la casta; una casta cristiana y amorosa, de cabales virtudes, que abría sus alacenas y sus graneros a los pobres plebeyos de la aparcería, eternamente desmedrados y llenos de pesadumbre.

Allí saciaban su apetito los hambrientos, consolaban sus cuitas los tristes, descargaban la conciencia los avaros arrepentidos, cantaba la caridad perpetuamente las inefables plegarias de la misericordia, cuyos ecos aún se perciben como una promesa de alivio y de esperanza.

El poeta no ha perdido esas ejecutorias y esas devociones. En sus largas y tristes jornadas no olvidó los ejemplos generosos del hogar señoril. Clavados los llevó en el espíritu y en el cerebro por todos los caminos y por todas las rutas. En la desventura y en el optimismo asióse a tan delicados sentimientos con todas sus fuerzas recreándose a su contacto, llorando o riendo, según los vientos fueran favorables o adversos.

Por eso la prosa y el verso de este literato tienen una característica singular que se observa a través de sus concepciones con el relieve acentuado de las cosas agradables y extraordinarias: la fe.

Una fe no a la manera mística y contemplativa de los claustros y de los cenobios. Es una fe maravillosa en el renacer de las voluntades fuertes y honradas; en la magnífica exaltación de los fueros del agro, adormilados ante los surcos entre las murrias y las congojas; en el enervamiento del convencionalismo que rasga y quiebra las conciencias; en la plenitud decisiva e impetuoso de los hombres de buena voluntad que golpean y resquebrajan la atávica coraza del torcido prejuicio; en el brotar fecundo de un romanticismo sano y fuerte que estruja, y oprima y ampute la carcoma de una materialidad grosera y miserable; en el abundante prodigarse de la generosidad para remediar las sinrazones de los hombres y las incertidumbres de los desvalidos.

Este es el poeta de corazón que parece empujado por el lema gallardo de su casta:

"Adelante los de Mier por más valer".

La lepra.

Se ha iniciado la lucha contra el analfabetismo.

Al fin y al cabo el profundo letargo se ha desvanecido. La ciudadanía ha respondido al aldabonazo, hospitalaria y generosa.

Hay que pisotear la costra que esconde la tierra fértil.

El analfabetismo debe ser un delito como el hurto y el dolo. Hay que perseguirle y golpearle las espaldas, no con disciplinazos de mosqueo precisamente.

Hay que asediarle y domarle como a un potro y atarle a la noria hasta que deje de ser asno.

Esa lucha laudable, no lo suficientemente estimulada y fortalecida que tiene el prudente desenfado de la dignidad cívica, es lucha de juventud y de energías al margen de toda disciplina y de toda recompensa.

En el agro y en la ciudad esta lepra tiene profundas raíces. Es algo tradicional en ciertas desdichadas familias que todo lo supeditan a los brazos y al estómago.

Y así medramos todos y así se rompen la crisma los pobres maestros de escuela que son los que sufren inmerecidamente las culpas y las desazones. La solución de este problema está en el radicalismo de la vieja cláusula legislativa:

"E los padres que non manden a los hijos a aprender lición, farán gran tuerto al reino e serán castigados con cuarenta azotes item más cinco riales de a ocho"...

MANUEL LLANO

La Región, 16-II-1929.

El medro de las voluntades

El gobierno quiere implantar en los centros docentes las aulas de la ciudadanía y de la depuración espiritual.

La juventud inconsciente, de alma adusta, de sentidos soñolientos, huera y prevaricadora, refugio de flaquezas y socarreña menguada de temperamentos quebradizos, necesita el remanso de esas aulas y el restallar de esas disciplinas.

El radicalismo en la mayor parte de las cuestiones que afectan a la educación de la voluntad y del espíritu, es, pese a los sociólogos tradicionalistas, el tajo más certero y la lumbre más purificadora.

En España ha faltado ese fuego y ese mandoble. La ciudadanía jamás ha exaltado plenamente sus bríos ni ha hundido en la soberbia cima de sus anhelos, el odioso maleficio de la insinceridad. El mayor pecado de las multitudes ha sido precisamente la fobia retorcida y abrasadora de unos deberes menospreciados, a los que no se les prodigó la caricia amorosa de un civismo robusto, que brotara en la entraña viva de las colectividades.

He aquí en este pecado la zozobra formidable y la inquietud eterna de las muchedumbres espiritualmente desarropadas, que tiemblan medrosas y flacas, sombrías y balbucientes en los holgados apriscos de sus expiaciones.

El predominio de las dictaduras; el enervamiento de las energías y de los ideales; el brotar de esas aguas turbias que dejan cauces negros en los pueblos indiferentes; el súbito resquebrajarse de las ánforas sagradas de una libertad prudente y cabal; la carroña de las conciencias; la hosquedad de los instintos; el desposeerse de la raicedumbre que une al cerebro limpio con el corazón honrado; el desquiciamiento de las legislaciones y el hervor perseverante de la protesta agazapada y temerosa; la anemia de los atavismos desenfadados; la corpulencia zahareña de los resabios oscuros; el incorporarse a la sinrazón y el desmayo doliente de virtudes sociales...

Todas estas hendiduras, y todos estos desmoronamientos, y todos los tambaleos, han crecido en el regazo de esa carencia de ciudadanía, tan pródiga en entuertos y en agravios, en devaneos quejumbrosos y en desaforadas artimañas, a lo plebeyo...

La implantación en los centros docentes de las enseñanzas de ciudadanía, nos parece de perlas. Una ciudadanía sin remilgos añejos, sin preponderancias doctrinales al amparo de éste o de aquél partidismo. Una ciudadanía desenvuelta, decisiva, vigorosa, que abra cauces anchurosos, que corra limpia y fértil, que medre las voluntades, que enderece los criterios y que oree las espigas de una libertad prudente y sensata, apacible y decorosa, sin el resollar estruendoso del albedrío vociferante y grosero...

La guerra.

Kellog ha dado una conferencia encomiando la bondad de su pacto.

Su oratoria es convincente y misericordiosa. Tiene la inefable promesa de la paz y del amor. Las multitudes le escuchan devotamente, asidas a la esperanza y al optimismo.

¡La paz, la paz! La paz eterna, sin la incertidumbre mortificante de un porvenir de metralla y de resplandores siniestros. La paz en todas las riberas, en todos los continentes, en el páramo y en el sembrado, en la ciudad y en el agro...

En la tolva infinita de las ansias universales, serán arrojados los hierros y los bronces, los tajamares y los aceros. La piedra despulverizará al impulso de las aguas tumultuosas. Cenizas serán los baluartes, y ruinas las torres blindadas, y los periscopios y las cureñas... No más estertores en las trincheras, ni más lutos, ni más llantos, ni más llamaradas...

La luminaria de las gratas nuevas ha brillado en el cielo. Su luz es acariciadora y deslumbrante. No tiene el rojo pavoroso de los incendios bárbaros. Es suave y magnífica como los luceros que señalaron el camino a los reyes que adoraron al Mesías.

¡La paz, la paz! Se humillarán las armas y se resquebrajarán las amuras y los mástiles. Vacías quedarán las "santabárbaras" y ciegos los reflectores que iluminan las ondas, y apagados los hornos donde se funden los cañones.

Kellog se exalta. Las multitudes le aclaman trémulas de alborozo. Unos ríen y otros lloran. Aquí se canta y allí se solloza...

Más allá se martillea en las planchas de acero, se levantan los mástiles, se colocan las cofias y las jarcias, se blindan las torrecillas, se ponen los gobernalles y las bitácoras, se montan los tubos de la muerte...

¡La paz, la paz!

MANUEL LLANO

La Región, 23-II-1929.

La sugestión y la veda

Esa barrera que los padres de familia franceses quieren levantar ante el enorme avance, cada día más pujante de literatura descaradamente pornográfica, será deleznable y movediza. El más leve soplo de viento la hará trizas. Caerá la ruin fortaleza desposeída de la consistencia berroqueña y del cimiento profundo...

Baluartes de hojarasca, de ramajes revestidos de cartulinas del color de la piedra; obstáculos de niños inocentes ante el paso de los hombres; murallas de percal clavado en carcomidos leños de otras ruinas y de otros cataclismos... Tal es la esmirriada fortaleza que pretenden levantar nuestros vecinos para contener la bárbara irrupción de la literatura morbosa, madre fecunda de precocidades y de refinamientos...

No es ese el camino ni la táctica. La sugestión es más recia y más insinuante que el viejo aforismo de la venda parda en los ojos glotones.

El fruto vedado siempre ha enardecido el ansia.

Los padres de familia franceses están lamentablemente equivocados. Cerrar las puertas de sus hogares a la revista o al libro desvergonzado; anatematizar airadamente al morbo servido en pócimas literarias o en estampas crudas; escudriñar en los rincones de la casa para dar, suspicaces y llenos de recelo, con las hojas del aliciente prohibido; castigar, golpear, suplicar... Nada ha de conseguirse con estos procedimientos. Siempre habrá una dueña complaciente que abra las puertas y porte el mensaje y hasta lea, si a mano viene, la prosa nociva que tan bonitamente asenderea y estruja los sentidos.

Y a falta de dueñas placenteras, no faltarán argucias, y picardías y discreteos sutilísimos para ocultar el verde regalo. Con la veda crece la sugestión. Hay que llegar al manantial y cerrar sus fuentes. De nada vale que cortemos las ramas si dejamos la raíz. Y la raíz está en ciertas editoriales de aquende y allende el Pirineo, que explotan la infamia de una voluptuosidad grosera, que suele parar en los manicomios y en los burdeles...

LL.

La Región, 26-II-1929.

El cura de Bouzas

Copiamos el siguiente telegrama:

Vigo.—"El Pueblo Gallego" denuncia que el cura párroco de Bouzas amenaza desde el púlpito con las penas eternas a quienes lean "El Pueblo Gallego" y otros periódicos de tendencias liberales.

Agrega que el domingo en la misa mayor anunció desde el presbiterio que negaría la comunión a quienes no prestasen juramento de no leer ni suscribirse al citado periódico.

Hemos de declarar que no sentimos la fobia anticlerical. Cada hijo de vecino puede hacer de su capa un sayo y holgarse a lo sibarita o consumirse en perpetuo ayuno, como los anacoretas del desierto. Si hay dineros y buena salud bien está hasta el refocilamiento en el yantar cotidiano.

Si hay bolsas orondas y odres de buen vino y alacenas repletas con la perseverante tentación de sus sartas magras y bermejas, tonto será el que lance el vade retro del anatema parco. Si hay sedas negras y merinos de lo caro y hebillas de plata vieja y tejas leves, con la galanura del terciopelo, bellaco será quien menosprecie tales delicadezas y lleve el balandrán descolorido de la añeja y pobre clerecía...

La comodidad y el lujo parece que no están reñidos con el amor de Dios. Galas asiáticas vestían los Richelieu tonsurados y esencias de la Arabia humedecían los tapices de sus cámaras voluptuosas.

Burda es la estameña y mortificantes las sandalias, los cilicios y las disciplinas. La fe no es patrimonio exclusivo de los manteos deslustrados y de los diáconos pobres y humildes. Se puede amar a Dios sobre todas las cosas y gustar el placer inefable de la gula, el ansia de las riquezas, el recio anhelo de los apetitos desordenados. La práctica nos lo está demostrando todos los días.

Disculpamos, pues, a fuer de cristianos transigentes, de cristianos de buena ley, todas las flaquezas y todos los entuertos de ciertos eclesiásticos. Lo intolerable, lo que no puede soportarse y lo que crispa, es que desde una cátedra sagrada, levantada para más dulces y apacibles menesteres, se cultiven esos procedimientos oscuros, colocando sambenitos a quienes no atacan al dogma ni han dicho tantas lindezas como el buen arcipreste de Talavera...

LL.

La Región, 1-III-1929.

La leyenda de un poeta emigrante.

Allá lante, juntu aquellas peñas blancas con pintas pardonas, está la torre desmoroná... Tien unos ventanos por onde diz que se asomaban los moros al barrunto de los cristianos... Ya no queda casi na. Con los temporales se caeron los picos tan majos que tenía juntu a la tronera y se esmocharon los pareones...

Moría la tarde con la dulcísima quietud del remanso escondido. Arriba, en los picachos de las nieves, posaba el sol los últimos besos y los últimos resplandores. El ábrego rastrillaba los brezos y sacudía los argomales, a través de los alcores apacibles y de las cumbres nevadas. En el remanso del atardecer el balido y el cantar, la esquila y el viento llegaban a nosotros con la inefable armonía de una leyenda maravillosa en que cantaran las fuentes y las madreselvas, los troncos seculares y los peñascos oscuros, el torrente y las campanillas blancas de sus riberas.

Caminábamos por un sendero que se retorcía en la vertiente, entre las árgomas negras y los escajos de flores amarillas. Viaña quedaba abaio, encaramado en una cumbre más leve, con sus huertos y sus cerezos en flor... Rezumbaba el río en la profunda hoz y por la parte de Oriente, donde estaban las majadas al socaire de la "lomba" gigante, sonaron los majuelos de las tudancas "rejonas" de vuelta a las pesebreras colmadas...

—Ya estamos cerca del castillón. Está escondíu entre aquellos abedules. A la su vera naz una juente que se llama la regata de la Espina. La su agua es mu fría. Diz que baja de los puertos...

Y el mozo de Viaña nos señalaba con el palo de acebo que llevaba en la diestra un bosquecillo de abedules raquíticos, rodeado de matorrales y de garmas cenicientas.

Un respingo más en la angostura del atajo, un anjeo más recio, y hétenos a la vera de las ruinas, resguardadas de los vientos del Norte por la "pena blanca de las pintas pardonas".

Piedras amontonadas alrededor de una torre esmirriada y hendida, hortigas y sauces, yabazas ásperas, puertas desvencijadas, ruinas de socarreña y de establo.

Niales abandonados en los postigos y en las grietas, paredes desportilladas escondidas entre los helechos y las malezas. Una ruina más, placentera a la superstición de las buenas gentes campesinas.

La vieja leyenda de los moros, la venganza espeluznante de un amor, digno de las llanuras del Yemen o de las serranías de Hedjai.

La eterna tradición del turbante y de la "caba" voluptuosa, del pastor inocente, de la doncella mora que se hizo cristiana...

Nada encontramos en la conseja que nos contó el mozo de Viaña, que pudiera cautivarnos y hacernos ver en aquellos guijarros la peregrina sugestión de la poesía.

Y sin embargo, hay quien ha sacado destellos de aquellas oscuridades, y flores de aquellas hortigas y pensamientos delicadísimos y melancolías inefables de aquellos matorrales.

El perseverante añorar de las cumbres amadas, el cariño a la tierra, la devoción por las cosas del solar lejano con sus nieblas y sus cresterías, han aderezado el libro de un buen poeta que bebió leche en los cuencos y doró las parrillas en las lumbres de las chozas. Herminio Balbás, el poeta emigrante, ha sacado de aquellas ruinas el misterio de la levenda centenaria.

"Las ruinas de la torre", encaje y plegaria, requiebros y esperanzas, es el poema del castillo milenario del monte, esmirriado y hundido, con niales en los postigos y en las grietas...

El Congreso de la educación

En París se está organizando el Congreso Internacional de la Educación. Es el octavo de esta índole que con carácter universal se celebra en la ciudad de la Bastilla.

La ineficacia del noventa y nueve por ciento de los congresos, ha quedado evidentemente demostrada en estas asambleas de la educación en que la bambolla y el lirismo corre pareja con la esterilidad más desdichada.

En punto a educación, es poco lo que hemos medrado. Pese a todos los acuerdos y a todas las conclusiones, aún se gradúan los desvergonzados en las almadrabas de Zahara, y son gordos y lucios los mandilejos del hampa y los cicateruelos de Zocodover y de las Ventillas.

Son infinitos los mal educados que andan sueltos por ahí.

Unos con gola y otros con ropilla, allá se andan en talla y en eruptos. La educación es una moza que tiene escasos rondadores. La gentileza de su porte no hechiza a las muchedumbres. Gustamos más del bermellón y del almagre.

Ambas cosas están más en concordancia con nuestros apetitos y con nuestras ansias...

MANUEL LLANO

La Región, 5-III-1929.

Las marzas.

En las callejas han vuelto a sonar los almireces.

La oración y el cantar a la vera de los "estragales" y de las portaladas, mientras se quejan los árboles al paso del ábrego caliente, tiene para nosotros, que también moceamos en las "campas" y en las "jilas", el manjar inefable de un recuerdo apacible, aderezado con optimismos y con alegrías...

¡Acentos del almirez dorado!, "rezos de las almas" y de las desventuras, cantares añejos, romances viejos de la tierra que saludan a las primeras tibiezas. ¡Himno de primavera, plegaria de mansedumbre, canción de felicidad, gritos celtas que rompen los silencios y llegan al monte como un lamento del amor que se muere, que se rompe, que se entrega a todas las pesadumbres y a todas las hieles!

Aún tienen vigor vuestros acentos y fortaleza, vuestras devociones. El respeto a la tradición es más fuerte y más perseverante que los aldabonazos de las cosas nuevas, que saben a epilepsia, a dinámica incoherente, a guiños grotescos de mozas del partido, a mohines afectados de pisaverdes ojerosos y languiduchos.

En este romance de "Marzo florido", que se oye en las callejas al compás de los almireces, vemos la entraña viva del espíritu racial robusto y espléndido, amoroso y cristiano, noble y generoso, sin la pátina ni la yedra de las "calderonas" arrinconadas y de los muros centenarios, desportillados y hendidos.

Aún ríe o llora la leyenda al amor de los tizones, en las noches de "jila" y arden las retamas de la "magosta", y suenan las panderetas y cantan los romeros en el monte y en el camino real.

La ronda no ha dejado sus tonadas en las rinconeras de los "soberaos", ni la moza ha escondido en "el arca del patrimonio", el pañuelo de seda, ni la copla de la danza, ni el laurel de la noche de San Juan, ni la picardía de la "deshoja".

Entre las nieves y los resoles, entre el llorar de los cielos turbios y el florecer de los rosales, se oye el cantar marcero que saluda a la primavera y despide al invierno.

Es la tradición que llama a todas las puertas, que zarandea todos los aldabones, que penetra en todos los hogares con el embrujo de sus canciones y de sus plegarias:

Marzo florido, seas bien venido; las cuarentenas, altas y buenas...

El patriarcado de don Celso.

Nosotros conocimos a don José María Matheu, el ilustre novelista que acaba de morir.

El autor de "El Paraíso" llegó un buen día a la Montaña, a cuestas con sus años y con sus pesadumbres. Ya blanqueaban sus cabellos y ya había apurado los tremendos sinsabores de la ingratitud. Plantó rosales en su huerto y recogió hortigas y yerbas malas. No fue propicia a los labios de su espíritu la sabrosa miel que enerva los pesares y alivia los desengaños. Llenó las faltriqueras ajenas y olvidó la suya. Construyó escalones para que otros subieran; dio espaldarazos a los mendicantes de la literatura, y a fuer de bondadoso, arrancó ramos de su corpulento laurel para que otros medraran.

Camino de Tablanca, a donde le acompañamos, nos recitó versos de Escalante y de Casimiro del Collado. Sentía singular predilección por los escritores montañeses.

Al maravilloso embrujo de "Peñas Arriba" quiso conocer las lastras y los peñascales del patriarcado de don Celso y orar en la ermita de la Virgen de las Nieves. No quería morirse sin orear su rostro, arrugado y descolorido, con los vientos que "curan todas las melancolías y todas las murrias del alma".

De aquel viaje salieron los maravillosos artículos que se publicaron en algunos periódicos españoles y que más tarde reprodujo "El Diario de la Marina", de La Habana.

El prosista clásico, que anduvo por las callejas de Santotís y de La Lastra, que habló con Chisco en Rozadío y vació su petaca en las rollizas manos de los albarqueros de Carmona, que subió a los collados de Jozalba y de la Hoz, tornó a la corte dejándonos el recuerdo gratísimo de su bondad y el regalo inestimable de sus libros, donde el orfebre del lenguaje mostró las perlas de su imaginación y de su ingenio peregrino.

No hemos vuelto a ver al gran novelista. De vez en cuando, unos renglones temblorosos nos hablaban de su vida y de sus ilusiones de viejo:

"He de volver a la Montaña en cuanto me dejen en paz estos pícaros achaques. Me recuerdo mucho de las boronitas delgadas de Sarceda. Quiero ir a Proaño y después a Liébana, a probar el vinillo de la tierra. ¡Pero de ninguna manera volveré a comer aquel endiablado guisote de tasajo que nos

dieron en Rionansa! Eso sí que no; aunque lo mande la bula, como dicen por ahí. Son morrillos muy pesados para "la mi talega".

Descanse en paz el venerable anciano. Los achaques no le dejaron volver a las riberas del Nansa. Las ilusiones de la vejez no encontraron placenteras las vides lebaniegas, ni la torre del ilustre sordo...

MANUEL LLANO

La Región, 9-III-1929.

189.—EN POCAS LÍNEAS. LAS CURANDERAS

El gobierno francés ha puesto en práctica severas medidas contra las curanderas.

La ignorancia de las buenas gentes del pueblo, placentera a la superchería y al charlatanismo de las saludadoras y demás personas de esta calaña, ha engendrado el espíritu de una legislación vigoroso y enérgica, que está acabando en la vecina República con todas las endiabladas pócimas y con todas las friegas, estrujamientos y emplastos del curanderismo bárbaro y grosero.

Por acá también padecemos ese mal. Es una dolencia universal que nació con los primeros hombres, como el mito y la superstición. Ni el rayo de la ciencia, ni la amenaza de la ley, ni la centella maravillosa de la civilización penetrando en las oscuridades más tenebrosas, han logrado seccionar la gigantesca yedra.

El burdo atavismo que engarza el hierro enmohecido de un pasado estulto con la luenga cadena de la credulidad de hogaño, se ha robustecido merced a los agasajos y a las regaladas dádivas de quienes buscan el remedio de sus "lijaduras" y de sus dolores en la vieja fórmula del doctor Sangredo, o en la bolsa de ajos y de inmundicias colgada al cuello, cuando aprieta el reúma o está desazonado el espíritu...

Esta rama de la superstición tiene en la Montaña características a cual más singulares y disparatadas. El curanderismo vernáculo, indómito y rebelde, aun anda por esos pueblos de Dios con la descomunal "macona" de sus yerbajos y con el haz enorme de los "belortos" a guisa de vendas.

Las cataplasmas de abono blando y caliente para las neuralgias; las apreturas del cintajo verde para las dislocaciones; el picor insoportable de la hortiga para los "amanzanamientos" de la sangre; el emplasto de cebolla

podrida para las descalabraduras, siguen mortificando muchas cabezas, y quemando muchos espinazos y escociendo muchos rostros.

Y no digamos nada de los cintarazos y de las ligaduras para dar al traste con los desmayos de las doncellas enamoradas.

El curanderismo está tresnado y coloradote. El dinero de los bobos y de los simples siempre ha llenado las arcas de los vividores, de los pícaros y de los sinvergüenzas...

LL.

La Región, 12-III-1929.

190.—ESBOZOS. LOS QUE ENGAÑARON AL LOBO

La Dolores quedó desagraviada. No fue una moza pródiga en favores pícaros. Fue una doncella recatada y honesta, gentil y hacendosa, risueña ante los requiebros y huraña ante los desenfados, no muy católicos, de galanes y rondadores.

Ahora le toca el turno a Polaciones. La copla, mal intencionada y vieja, que hace arrugar el entrecejo a las buenas gentes del pintoresco valle montañés, hay que trocarla por otra más dulce y más apacible que enerve la ofensa y enmiende el equívoco.

Así lo pide un "purriego" que se rompe la crisma en los ingenios de América. Su desazón es tan honda y tan doliente que causa pesadumbre a los mortales más berroqueños y adustos...

Calatayud logró sus deseos reivindicatorios. Hubo bailes en las plazas y cantares en las calles y pólvora en los aires. Fue más brava la jota y más fuerte el chasquido de los dedos, en las danzas...

Mientras tanto, Polaciones, envidiosilla y "amurriada" entre los montes y las praderas, apuraba las hieles de aquella "salenguana" y mostraba a todos los vientos de la rosa el manto inmaculado de su honradez, puesta en entredicho en el calumnioso cantar:

> Polaciones tarugones, ladrones de media pierna, que robastis los campanos a las vacas de mi tierra.

La querella del emigrante es airada y amenazadora. Honrada es su tierra como la más casta doncella. La copla perversa y mortificante exalta su indignación. ¡Qué campanos ni qué ocho cuartos! Lo que sobran en Polaciones son cencerros y esquilas. Colgados en los "pinos" de los establos y de los desvanes, llenos de herrumbre y aprisionado el verdoso majuelo entre el heno mustio, yacen los sonoros esquilones "purriegos" que llegaron al valle por muy limpios y honrados caminos.

Tiene razón sobrada el enfadado querellante. La fama de hurtador es que la canción de marras da a sus conterráneos, es motivo más que justificado para ponerse la barba y andar a "castaña" limpia con los trovadores montesinos que llamaron tarugones y otras lindezas de este arte a quienes no han osado saltar la portilla ajena para "desdar" la collera de una vaca "lustrosa" y rozagante...

Estamos conformes con el indignado polacioniego. Tanto vale la honra de la Dolores como la de las mozas gallardas de su terruño.

El emigrante que ha "enjaretado" la protesta en prosa paladina y campanuda, da su palabra de caballero de que miente la copla como una bellaca.

Nosotros le creemos y hacemos un desagravio "in mente" al hidalgo valle montañés, a pesar de lo que dice la copla que hemos de transcribir, aunque corramos el riesgo de convertir en muchas estas pocas líneas:

> De Polaciones no fíes aunque te den la palabra, porque engañaron al lobo en el corral de Lombraña.

> > MANUEL LLANO

La Región, 14-III-1929.

191.—EN POCAS LÍNEAS, EL LUTO

"El Debate" habla del luto y se muestra contrario a esa exteriorización del sentimiento y del recuerdo doliente. Fundamenta sus apreciaciones en la flaca situación económica de las clases modestas y en otros motivos más que sobrados de lógica para convencer a los más arraigados al atavismo plañidero del dolor, convertido en tela negra...

El luto es un convencionalismo, lo mismo que las notas necrológicas, y que el intercambio de tarjetas al comenzar el año y otra porción de "cortesías" y de rutinarismos que así gozan de sinceridad como nosotros de hacienda.

Hay quien se enluta como un padre de la iglesia por el mandato añejo del prejuicio absolutista, y siente en todas sus potencias el subidísimo gozo del legado que llena la faltriquera, y quita las trampas y hace placenteros los manteles y los ánades de la vieja fábula latina...

Otros, cautivos también en la galera inmensa de la costumbre, medrosos y transigentes, sin un asomo de rebeldía en contra del malaventurado "qué dirán", llevan los atalajes que hablan de la muerte, no con la pesadumbre por la vida que se extinguió, sino con la que produce un sacrificio forzoso, implacable, que cierra las puertas de los deleites donde canta la alegría y se regocija el ánimo.

No faltan quienes ostentan los vestidos negros como medida de buen tono, en concordancia con el engolado resabio de la casta, que lo mismo carga con el ropaje de los duelos que con las prendas señoriles de la etiqueta, en el sarao y en la fiesta estruendosa, adonde no llegan las lamentaciones de los que han menester pan y misericordia.

No es el luto el símbolo cabal del dolor. En el corazón y no en el vestido es donde está la pesadumbre, y el recuerdo y el amor. En la entraña viva, en las fibras más hondas y más delicadas del espíritu; en la memoria, en los ojos empañados, en el semblante, en las lágrimas, en las moradas apacibles de la vida interior... ahí están el dolor, y las penas y las amarguras...

No busquéis en la envoltura la bondad del fruto ni en la etiqueta la virtud de la pócima, ni en el indumento la calidad de la persona.

Adentro, adentro es donde está la verdad.

El dolor y la dicha no admiten disfraces con esencias de cipreses o de rosas. Lloran o retozan en el alma con sus espinas y sus claveles, con sus sombras y sus resplandores, con sus desmayos y sus respingos, sin que se reflejen en el paño o en el percal, o en los colores de los briales y de las americanas...

LL.

La Región, 25-III-1929.

192.—EN POCAS LÍNEAS, HEYSE

El Ateneo de la ciudad condal prepara un homenaje en memoria de Heyse, el romántico de los castillos y de los amores eternos...

En las selvas y en las riberas, remansos y sedantes de su vida quieta, descubrió el dulce escritor el secreto de los pensamientos, la lozana hermosura de sus honestas heroínas, el inefable rayo de sol que llenó de suavísimos resplandores las escenas maravillosas de sus "geschichtes" de sus poemas.

Pablo Heyse, que cantó los ojos verdes de las nereidas, los puentes levadizos, las botellas del viejo champaña, las yedras de los muros medioevales, las cruces y las flechas de las torres y los desposorios en la campiña, entre las flores y los laureles, sintió como ningún poeta de su tiempo la devoción romántica hacia los amores de leyenda, fuertes y magníficos como los pardos torreones de sus castillos, como los deleitosos vergeles de sus campos...

No fue el realista malogrado de que habló la crítica francesa con malévola intención, ni tampoco el observador escrupuloso empachado de análisis objetivo, minucioso y pesado... El realismo de Heyse, tan discutido y tan zarandeado, se limitó a escarcear en las cosas agradables, recreo de los sentidos, caricia del espíritu, vivero de los buenos pensamientos, estímulos peregrinos del sosiego y de la paz.

No quiso penetrar en la oscura entraña de las psicologías torcidas, ni en los burdeles sórdidos de los sarcasmos y de las paradojas malaventuradas, ni en las covachuelas sombrías donde vocifera el pecado y se refocila la materia, con la avaricia, con el placer, con la gula, con la ambición...

Un campo florecido, un manantial, un bosque nemoroso, un viejo castillo, una noche de luna. De estas bellas cosas no pasó el realismo del poeta alemán, que "charlaba con los burgueses de su barrio" y contaba a los niños la historia de los guerreros...

M. Ll.

La Región, 28-III-1929.

193.—EN POCAS LÍNEAS, VICENTE MEDINA

Ha sido puesto en libertad Vicente Medina.

El poeta de la huerta, de "Cansera" y de los encantadores poemas de las flores y de las madreselvas, de los dramas rústicos y de las ingenuidades de su tierra, peregrina, ha tornado a respirar los aires acariciadores de la libertad, blancos sus cabellos y lleno de pesadumbre y de zozobra el corazón...

El poeta de la campiña murciana "que hizo perlas de las gotas de rocío" y lágrimas y alegrías de las inquietudes y de los alborozos de las buenas gen-

tes del agro, quiere volver a sus huertas y a sus barracas, entre los naranjos y los arravanes.

Un desventurado día inició al doloroso albur. La campiña de sus cantares y de sus idilios, le vio marchar, a la ventura, con las últimas mieles de la gloria, con las primeras desgarraduras de un olvido insensato, vacías las faltriqueras y colmado el espíritu de esperanzas...

La riqueza espléndida de la poesía, el caudal magnífico de las concepciones y de los pensamientos, no lograron llenar sus mezquinas alacenas, ni nutrir su arqueta, ni arrimar unos menguados leños a la lumbre de su hogar, frío y desvencijado.

Allá iba el hombre con las ansias y las devociones de sus versos y de su ingento. La fe le alentaba como una promesa dichosa. En lo más escondido de su alma cantaba la ilusión, optimista y hermosa. Atrás quedaba el amargor de "Cansera" y la alegría de "Isabelica la guapa", como el recuerdo de un poeta que tuvo que emigrar para no morirse de hambre en un sendero del campo, entre las flores que cantó cuando Dios quería... Mala fue la aventura. Cárceles fueron sus hospedajes y miserias sus optimismos. Entre los temblores de la vejez y los estremecimientos de la nostalgia, nació la sombra, la malhadada sombra del delito.

Y ahora, después de la expiación tremenda, vuelve a la vega murciana en espera de la muerte.

Una barraca para su ancianidad desvalida; un huerto florecido para sus ocios; una hogaza y un lecho, un poco de amor para el pobre viejo que soñó con el claro manantial y cayó de bruces en el cauce seco y pedregoso. Su tragedia es un reproche. Un reproche para quienes, avaros y crueles, no quisieron enderezar el camino de su vida, cuando lanzó la terrible querella del desamparo en que yacía:

"Los cantares se convirtieron en sollozos. La nieve de la cabeza ha llegado al corazón. Tengo hambre y sed..."

M. Ll.

La Región, 4-IV-1929.

194.—EN LOS PUERTOS DE POLOMBERA. LAS CUITAS DE "TILÍN" EL "SARRUJÁN"

(Publicado con el título de "Notas de la Montaña. Hay cosas que están cambiás", en El Pueblo Cántabro, de 1-VII-1922).

195 — EN POCAS LÍNEAS EL POETA DE COMILLAS

Ha llegado a Santander el vate de Comillas. Trae espumas de mar, y remansos de costa y estruendos de tormentas y de oleaje. Bajo las nieblas de sus pupilas, brilla el reflejo peregrino de las aguas apacibles o encrespadas; la mansedumbre eterna de la campiña; los resplandores y las brumas; la melancolía suave de los crepúsculos de su tierra.

En lo más escondido y sensible de la vida interior del poeta, escarcean los sentimientos y las ansias. Tiene un manantial en el alma, y un rayo de sol en el cerebro y un remanso de penas y de alegrías en el corazón. En medio de las tinieblas ha visto la luz, y el mar y los cielos. Ha escuchado absorto el rumor de las lonas marineras, las quejas de los vientos, el murmullo de las brisas acariciadoras, el medroso lamento de la galerna que azota el cantil y rompe la vida y hace los llantos y las pesadumbres...

Sosegadas las potencias, levantada la espaciosa frente, lleno de recuerdos y de misericordias, ha visto, con los ojos del espíritu, un lontananza maravilloso, donde se reconcentran las bellezas y los rosales de la poesía del pueblo, que no gusta de arrequives embadurnados, ni de léxicos artificiosos, ni tan siquiera de esos devaneos didácticos que vuelven a estar en boga para ocultar las desnudeces de las concepciones plebeyas.

Cancio ha encontrado en esas lejanías claras la orientación de la verdadera poesía. Sin zozobras ni incertidumbres ha seguido por el camino adelante, sin lazarillos ni espoliques. Hoy ha oreado su rostro a orillas del mar, y mañana en el alcor de la sierra o en las riberas de los arroyos. Una barca, un cantar, un sollozo, un idilio, una tempestad, le han bastado para tañer su lira, quejumbrosa o feliz.

Bien venido sea el poeta de las brumas norteñas, de las olas y de los cantiles. Nos trae el regalo de su ingenio y el oro de ley de sus rimas.

M. Ll.

La Región, 11-IV-1929.

196.—LEYENDAS INGENUAS. LOS CAUDALES QUE SE CONVIRTIERON EN PIEDRAS BERMEIAS

(Este artículo, con escasas variantes y con el título "Notas de la Montaña. La cotera de los cantos maldecíos", lleva el n.º 6 y fue publicado en El Pueblo Cántabro, de 10-VI-1922).

I

Fonso, mi acompañante y guía era un mozo decidido y alegre; uno de esos "jastialones" de gallarda estampa, sanos de cuerpo y espíritu, sin más ilusiones y esperanzas terrenas que "la su moza, la su casa y el su ganau".

Morenote, con la frente levantada y altiva, de perfil enérgico y cabellos negros, rozagante y varonilmente guapetón, "era un hiju de bendición" —según afirmaba la tía Mesia, su madre—, trabajaor y honrau y de muy güenas y cristianas intenciones, apegau al terruño como el pájaru al nial".

No había mozo en todo el valle que "le mojara la oreja", en la hechura y "pintau de albarcas", en las luchas de "antruido", en cortejar a las mozas las noches de "jiloriu" y en decirlas a lo callanduco unos cuantos requiebros de su bien sazonada cosecha, que las ponía "aspaventosas y colorás", en las tardes de baile entre los cascabeleos de las panderetas:

Bailar, muchachas, bailar; por mozos no tengáis pena, que ha veníu un barcu de ellos a dos perras la docena.

¡Lo mismo que habían hecho sus madres y sus abuelas, luciendo las "vascas" de percal, los pañuelos de seda, los delantales blancos con ribetes de color de rosa, la blusa azul con pespuntes blancos, el clavel y la rosa formando gentilísimo ramo en el lado del corazón.

Fonso era un mozo feliz; cuanto puede serlo un hombre en la tierra. Carente de pesadumbres, sin tempestades en la conciencia, desconociendo los pícaros resabios de la ambición, con trazas de hidalgo y semblante nobilísimo, andaba por los caminos de la juventud sin conocer el "áspero sabor de las cosas" ni inquirir en los secretos y complicaciones de la vida.

II

"Ya luego llegamos al coteru de los cantos maldecíos... ¿No vei aquella cajigona? Pos un pocu más arriba están las garmas colorás, en el mesmu co-

teru, tapau ahora por el cierzu... Si queremos golver a Manzanea antes del oscurecer, tenemos que espabilamos pos tovía falta jartu que andar y se mos va a venir encima una troná..."

Fonso tenía razón. La jornada era larga y por encima de las cumbres acercábanse al valle unos nubarrones plomizos.

Apresuramos el paso. Las auras serranas, acariciantes y purísimas, con efluvios de romeros y hierbabuena, oreaban nuestro rostro enervando el sudor y haciendo más llevadera la marcha por el camino adelante.

En las próximas praderías encorvados, sudorosos y fatigados los segadores cortaban el alto "yerbío". Escuchábase el rumor de las guadañas movidas por brazos nervudos, incansables en tan fuerte labor, comenzada en las primeras anunciaciones del alba.

Las lánguidas tonadas montañesas se mezclaban con el sibileo de los dalles y con el rumor de rastrillos. Cantaban las tórtolas y los grillos, los "miruellos" y los "colorines".

Un grupo de mozas, con los rastrillos al hombro, de retorno al valle, pasó a nuestro lado cantando:

Ya va trasponiendo el sol por encima los coteros; ya se entristecen los amos y se alegran los obreros.

Los segadores contestaron suspendiendo un momento la faena:

La despedida te doy la que dan los segadores; con el pañuelu en la mano, adiós ramito de flores.

Un "relinchíu" agudo y prolongado puso fin a la despedida.

Ш

En el coteru, juntu a las piedras maldecías, Fonso comenzó su narración:

—"Estas piedras que vei, de color de ladrillu, jueron en algún tiempo monedas relumbrantes de oru".

"Jaz muchos años vivía en Manzanea una moza muy guapa y fantesiosa, que se la jacían ruines partíos tos los mozos del lugar.

Había teníu una güena peá de noviazgos, y aborrecíales a tos por no tener un majoma de caudal pa tenela de señorona en la solana y no estropear la su majura en las tierras y en los praos, rompiéndose la crisma. Decía que había de casarse con un señoritango que no golia a muñiga, ni jiciera regotríos que gedieran a fisanes y borona, y que la vistiera de seda y la adornara con pendientes y sortijas de plata.

Un día vino a Manzanea un caballeru bien portau, con la cara mu blanca y el bigote retorcíu, y jízose noviu de la ambiciosona, dándola palabra de casoriu.

Naide conocía en el pueblo al guapu caballeru, que tiraba los doblones a embozás y mercaba a la su mozona tos los chismes que se la antojaban. Enrolechía por los regalos del caballeru, perdió la cabeza la mu orgullosona y miraba a los vicinos como si jueran sapos arrastraos, que no tuvieran derechu a mirala a la cara.

Pa finiquitar toas las elusiones, vinieron un día los ceviles, dijendo que el forasteru era un ladrón de los caminos reales, que se había vestíu de persona honrá para gastar el tesoru que robó a estirpiás a los arrieros y caminantes, escundiéndose dimpués en las cuevas del monte.

Ello jue que lu llevaron preso con unas cadenas, mu juertes en las munecas finucias; pero antes dijo a la condená moza, a lo callanducu, que en esta cotera tenía enterraos los sus caudales.

Una noche vino a buscalos, y cava que te cava y no parecían; na más que salían estas garmucas colorás...

Jizo una joya como una sepultura, y piedras y más piedras mezclás con terrones y los cuartos sin paecer.

Arañóse la cara y tiróse de los pelos jasta arrancalos; viéndose perdía y castigá, espenzó a dar unos gritos que se oyeron en Manzanea.

Al ser de día apaeció muerta y metía en la joya que había cavau buscando los caudales... ¡Ella mesma jizo su sepultura, movía por el deu de Dios!".

Fonso terminó su leyenda.

A lo lejos, escuchábanse las cadencias del cantar:

ya se entristecen los amos ya se alegran los obreros.

Los segadores continuaban encorvados sobre el alto "yerbío"... Los Tojos, 4 agosto 1924.

MANUEL LLANO

La Región, 11-IV-1929.(Vid. O. C. de M. Llano, págs. 689 y sgts.).

Acabamos de recibir un libro. Un libro de reminiscencias clásicas que tiene la severidad discreta de la prosa limpia y honrada. Esta virtud es lo suficiente para que nosotros le recibamos como un regalo de calidad, en medio de los desdichados ultraísmos y de las picardías ásperas y de las incoherencias absurdas que tanto abundan, en la que se ha dado en llamar literatura de vanguardia. Estos retazos, sin médula, sin relieve, sin espíritu, son, ni más ni menos, que los resultados deleznables de una vanidad morbosa, que en su afán de lustre y de popularidad, no tiene inconveniente en recurrir a la extravagancia y a la complicación, cuando no a otros retorcimientos más torpes y descoloridos.

El libro que hemose recibido no es modernista. Su autor se ha inspirado en los viejos manantiales. Ha buscado la sombra de la encina secular y en tan apacibles ambientes encontró el recreo y el regalo. La tradición, honesta y hospitalaria, le brindó su remanso y su lecho y su vino añejo. Y de este grato discurrir a la sombra de la encina y en la mansedumbre de la vieja posada, salió el donaire de una prosa bella, sin más acicalamientos que sus naturales prendas.

Claro el concepto, luminosa la idea, sencilla la palabra, recia la contextura, dulces las concepciones, saludables las enseñanzas. He aquí, en estas cualidades olvidadas, el secreto maravilloso que da hermosura y consistencia a las obras literarias. Los nuevos caminos hurtan a los ojos y al espíritu los gozos y los deleites de unas orillas apacibles, con el adorno peregrino de las fuentes y de los árboles.

"Añoranzas de la tierra", de Fracisco Zorrilla, es un reproche al cubismo literario y una exaltación de las normas clásicas, sin adulteraciones ni devaneos que vayan en su menoscabo.

El escritor ha huído de la sugestión malévola de las cosas nuevas. Dentro de un estilo pulcro, señoril, castellano, nos habla de sus añoranzas y de sus inquietudes. Su tierra le domina amorosamente. La niebla y los ábregos, los cantares romeros y las incertidumbres de las buenas gentes del agro, han encontrado en el nuevo libro una devoción singular, mezcla de lágrimas y de sonrisas, de ansias y de optimismos. La imaginación y el alma se han compenetrado con los panoramas de su aldea. No es el folklorista que busca la leyenda, la costumbre, la superstición o el cantar. Es el poeta que se extasía ante la naturaleza, copiando sus colores, sus murmullos, sus calmas o sus tormentas...

A través de las selectas páginas se observa, para regocijo del ánimo, una

exquisita tendencia hacia el sentimentalismo de buena ley, sin la querella hiperbólica, ni el sollozo plañidero.

El sentimiento brota espontáneo, sincero, como un llorar manso, sin gritos ni desgarraduras. La resignación alivia las penas de una ausencia prolongada, a la otra parte del mar, lejos de la casa de "tronera" y de la "campa" de los juegos infantiles y de las danzas de la juventud. El recuerdo le conforta y le estimula. En el escocer perseverante de las "saudades", crece su amor a la tierra que le vió nacer y a la que dedica las horas de ocio, después del ajetreo de la vida mercantil.

Sea bien venido el libro del entrañable compañero. En sus páginas hemos gustado las esencias y las mieles del terruño. Empieza con el brillar de la luciérnaga en el "escajal" y termina con la canción de cuna, de una vieja temblorosa, a la vera del escanillo blanco...

MANUEL LLANO

La Región, 12-IV-1929.

198.—DEL FOLK-LORE MONTAÑÉS. EL ENEMIGO DE LOS NIÑOS

...Hay un bichu con trazas de hombre, que mira con malos ojos a los críos recién nacíos. Es chicu y gordu y tien unas barbas colorás y regüeltas. Tien en metá de la frente una cruz roja y encima del oju derechu una estrella negra. Sal de su escondite los días de cierzu y da unos bufíus como una yegua cansá. Come las bellotas de las cajigas y las andrinas, cuando las hay, y bebe en los regatos como las vacas. Las noches de tormenta se presenta en los caminos del monte y llora como un güey, hasta que guelve la claridá. (Leyenda recogida en el pueblo de Viaña).

Esta superstición tiene algunas semejanzas con una costumbre romana que consideraba al Silvano, patrón de los esclavos y de los agricultores, co mo enemigo irreconciliable de los niños recién nacidos.

En otros pueblos montañeses hemos tenido ocasión de escuchar la peregrina leyenda del "bicho" de las barbas "colorás", que come las bellotas y las endrinas, con ligeras variantes. En Polaciones las barbas del Silvano (?) son cenicientas, y en Lamasón, verdes, como los ojos de las nereidas.

Todos están de acuerdo en que sale de su guarida los días nublados y en eso de la cruz roja encima del ojo derecho.

También es general la creencia de que gusta de holgar su insaciable gula con la carne tiernecita de las criaturas que acaban de salir a la luz.

A tal extremo llegó esta superstición que cuando se aproximaba la hora del parto, se colocaban a la puerta de la casa el padre del mozuco, el que iba a ser padrino y algún familiar "por la rama" materna... Todos ellos armados de sendos palos, para evitar la entrada del mal intencionado bicho, con trazas de persona...

En algunas aldeas de Peñarrubia se creía, como artículo de fe, que rezando cuatro veces seguidas, momentos antes del parto, la siguiente jaculatoria, se ahuyentaba el maleficio del perverso ojeador:

"Guelve a la sombra onde naciste. El sol te quemará y el agua bendita te cerrará los ojos pa toa la vida. Deja al ángel con la su pureza en el nombre de Dios".

Para dar muerte al endiablado mito había que introducirle una espina de escajo verde por el centro de la estrella de marras.

Esta misma superstición, con la variante de que un ojo era amarillo y el otro azul, la hemos encontrado también en algunos pueblos montañeses limítrofes con Asturias.

M. Ll.

La Región, 15-IV-1929.

199.—CUENTOS MONTAÑESES. LA NIETA

I

—He de traete una muñeca la mar de maja, con vestíos de color y zapatos relumbrantes como el oru. Traerete también una vasca de percal blancu y un pañuelu de seda. Ya verás qué majuras te trae tu güelu en la alforja cuando güelva de correr el mundu...

Escuchaba la hermosa niña, embelesada y dichosa, las dulces palabras del abuelo. Huérfana apenas abiertos los ojos al mundo, encontró en el caliente hogar de los viejos las caricias y la felicidad que medran y nutren el alma de la infancia.

Tío Sebio había visto caer sobre su espíritu, como un peso enorme, los primeros golpetazos de la miseria. Los días claros de las abundancias, colmados los graneros y las "alacenas", habían pasado, tornándose turbios y me-

drosos. Las nieves de la vejez, las flaquezas de los bríos, las pesadumbres que fueron dejando hieles y calenturas en su corazón, enervaron la voluntad de aquel hombre que sembró los surcos y removió los terrones, como supremo deleite de la existencia.

Un día rindióse ante los fueros inclementes de la naturaleza. El que supo dominar las glebas y clavar el arado, como una espada, en las heredades de sus abuelos, vióse vencido y maltrecho. La pesadumbre le azotó reciamente, y los graneros y los pajares, los "soberaos" y las arcas fueron perdiendo apresuradamente su esplendor y fortaleza...

Defendióse a las primera acometidas de su poderoso enemigo; luchó fieramente con aquel gigante que le arrebataba sus caudales y sus mieses y al fin sollozante y triste cayó vencido cuando la nieve comenzó a blanquar los collados y las aguas turbias del río iniciaron la amenazadora canción del invierno.

Una alforja miserable; una lágrima, y a llamar en todas las puertas por el amor de Dios. El labrador de las aparcerías odiosas convirtióse en mendigo. Los caminos y las trochas serían los surcos de su hacienda, y las "socarreñas" y los pajares el descanso frío de sus jornadas oscuras...

Allá quedaba la nietecita soñando con la muñeca de los vestidos de colores y con la vasca de percal blanco... Cuando vió marchar al viejo, camino adelante, con el paso tardío del mendigo sonrió de felicidad...

H

Pidió por los pueblos, de puerta en puerta, lleno de vergüenza y de temor.

Bajo los cielos oscuros del invierno, llenos de hosquedades y de amenazas, peregrinó por todos los caminos y por todos los senderos, tiritando de frío y de fatiga.

En sus penosas jornadas a través de los montes y de los campos; en sus leves ocios a orilla de los caminos, bajo el techo hospitalario de los humilladeros, meditaba el triste sobre su vida pretérita y futura. De aquellas meditaciones amargas sacó la tristísima consecuencia de que los robles más corpulentos se encorvan al pasar de los años ante los disciplinazos de los huracanes. La voluntad más férrea, los músculos más recios, las vehemencias más intensas, los cerebros más robustos se fatigan en el ocaso de la vida, cuando las lumbres de la juventud hace mucho tiempo que se apagaron.

El miedo y la desconfianza, compañeros inseparables de los desventurados, se fueron adueñando de su espíritu Cuanto más se alejaba de su hogar, más intensos eran los deseos de tornar a él, con la muñeca y la "vasquina" que habían de hacer saltar de gozo a la nena inocente y hermosa que le despidió con una caricia y un beso. Las ternuras del abuelo infeliz se desbordaron en llanto y en sonrisas y sintió hambre de mimos y de consuelos. Quiso descansar de la dura jornada a la vera de la nietecita que esperaba como a un rey mago, cargado de juguetes y de riquezas. Y un ceniciento amanecer salió de la villa contento y regocijante como si regresara de las Indias cargado de dineros.

En las alforjas, guardados como un tesoro, iban los pobres regalos que habían de alegrar la vida de su nieta, escondida en la aldea entre las montañas y las nieblas.

Ш

La tormenta desató sus iras y sus estremecimientos terribles. Rugieron los torrentes y salieron de los bosques las coléricas amenazas del aquilón. El siniestro resplandor de las centellas y el quejido del huracán ensombrecieron la sierra, azotada por la cellisca.

Al caer la tarde comenzó a nevar.

El peregrino anhelante y cansado apresuró el paso camino del pueblo, que se divisaba próximo, como un asilo y como una esperanza, blancos los tejados y cerradas las troneras. Corrió entonces como en los días de la juventud, mientras la nieve borraba el verdor de la serranía y las rayas de los caminos.

Allí cerquita estaba el descanso y la felicidad. Los copos blancos parecíanle lluvia de flores que alfombraba los campos y las callejas de la aldea. Era un renacimiento de su alma dolorida, un despertar alegre de sus ilusiones, un maravilloso rejuvenecer de los sentidos y de las fuerzas.

Cuando le acariciaban tan dulces pensamientos tocaba a la felicidad, la hacía suya con desbordamientos de vehemencias insospechadas; gustaba sus mieles glotonamente, se embriagaba con su néctar y en aquella resurrección del vigor espiritual sentía como una "llama regalada" que purificara su vida, borrando las sombras y las pesadumbres.

IV

Un sollozo desgarrador, un grito angustioso de dolores tremendos e inconsolables. Una pena muy honda estrujó su corazón con ensañamiento salvaje; pinchó las fibras más delicadas, aprisionó la voluntad y llevó al cerebro las brumas de la locura.

Corrió desaforadamente sobre la nieve, fuera de las veredas, a través de

las praderías que le separaban del lugar. Y en su cerebro y en su corazón experimentó los fragores de una tormenta terrible, con frialdades y calenturas, aires helados y oleadas de fuego; el restallar formidable de la ilusión ultrajada; los siniestros crugidos de las esperanzas al romperse.

—"Nena, nena mía. Tráigote la muñeca y la vasquina, y el pañuelu de seda... Ven, lucero de la mi vida, rosa de la mi casa...; No te me vaigas, por el amor de Dios!... Ven juntu a mí, pa que yo te quiera y yo te bese en la cara y en los ojos negros...; No te vaigas, no te vaigas!...

...

Desde la pradería, vio ante su casa miserable a un grupo de gentes rodeando a una cruz y a unos ciriales.

Poco después la comitiva se puso en marcha, tras un ataúd blanco que decía de inocencias y de querubines...

MANUEL LLANO

La Región, 16-IV-1929.

(Vid n.º 63. en el que, con variantes, está este texto y aunque con tres parágrafos que suprime en esta tercera versión).

200.—EN POCAS LÍNEAS, LA ESCLAVITUD

Hemos leído el libro de un escritor francés. A los literatos de la vecina república les da ahora por descubrir los misterios, más o menos velados de las regiones africanas. Al furor aventurero que hizo estragos el siglo pasado, ha seguido esta otra manifestación de lirismo, que habla de las espeluznantes tragedias de la esclavitud en la inmensa isla.

Nuestro escepticismo ha caído maltrecho. Las páginas dolientes del libro que acabamos de leer han desvanecido la incredulidad que nos dominaba. No es la fantasía del poeta, ni el artificio de la palabra, ni la sugestiva persuasión del estilista sutil, ni la belleza de la prosa que cautiva y embelesa. Es la verdad, la verdad descarnada que nos desazona y nos mortifica, con el haz de sus rayos y el resplandor de sus centellas. A las mismas puertas de Europa existe la esclavitud. El oprobio de los mercados humanos continúa reprochándonos la flaqueza de una civilización que no ha dado el tajazo definitivo a los atavismos legendarios que hacen del hombre un siervo, macerado por todas las afrentas.

En el reino de Hedjaz se compran esclavos cazados en el Africa cercana y conducidos al puerto de Ledda, que es el puerto de la Meca.

La esclavitud no se limita a los negros. También son vendidos muchachos musulmanes. En el Yemen hay más esclavos que hombres libres, y abundan tanto llevados de la región de Fahama que un esclavo viene a costar unas cien pesetas.

Tenía razón Chateubriand. La esclavitud excita la avaricia de los mercaderes con alma sarmentosa. Siempre encontrará la desdichada trata —decía el gran poeta— subterfugios y cavernas donde esconder el inhumano comercio de los hombres que venden a los hombres.

El ánimo desmaya ante el lamento angustioso de los padres y de los hijos convertidos en bestias; lejos los unos de los otros, removiendo distintas glebas, clavando los tristes ojos en las mismas lejanías...

Y por encima de esas pesadumbres y de esos flagelamientos, la altanera vanidad de una civilización que guarda con más amorosa fidelidad los preceptos del sibaritismo y de la egolatría que las normas de un cristianismo puro, idealista, con el salmo maravilloso de la caridad y del amor.

M. Lt.

La Región, 18-IV-1929.

201.—DEL FOLK-LORE MONTAÑÉS. EL PRIMER ÁRBOL DEL MUNDO

Si hemos de creer al "Agama Sutra" budista, el primer árbol que brotó en el mundo fue el espárrago oriental. La peregrina fantasía de los poetas indios dedicó al espárrago los requiebros y las devociones más inconcebibles y más exaltadas.

El "Purana Curma" índico dice que en medio de las ruinas del universo reposó Visnu, mecido por las tumultuosas aguas de la inundación. Un ioto nació de su ombligo, y de la corola surgió Brama, el dios conservador y ordenador...

Los bizantinos tampoco se han quedado atrás en esto de la cosmogonía vegetal. Una tradición recogida por un folk-lorista alemán dice que el primer árbol fué de hierro. En su raíz estaba la fuerza del Supremo hacedor; su capa sostenía los tres mundos: "el cielo con el océano del aire, la tierra con el océano de las aguas, el infierno terrorífico con el azufre ardiente y el fuego abrasador..."

Los escandinavos conceden estas primicias al fresno.

En la Montaña hemos recogido dos tradiciones relacionadas con el primer árbol del mundo: la una pasiega y la otra Valdaliguense.

Una anciana de Condolias nos dijo hace algunos años que el roble fue el primer árbol que dio sombra a la tierra. Era un árbol gigantesco que brotó en un peñascal a la vera de un regato de aguas turbias. Tenía cinco ramas, una para la fortaleza, otra para la virtud y otra para el amor. Las dos restantes representaban al odio y a la avaricia.

Las hojas del roble tenían la virtud de curar todas las enfermedades y de aplacar todos los dolores. Un gigante, maldecido por una "hechicera milagrera", que sesteaba cotidianamente a la sombra del árbol, arrancó a éste, porque "la bruja de las limosnas y de las piedades" no escuchó sus querellas amorosas.

La otra leyenda dice que el primer árbol fué el castaño. Había en aquellos lejanísimos tiempos unos duendecillos mal intencionados que perseguían a las doncellas por los senderos serranos "atenazaos por el resabiu de los pecaos verdes".

Las doncellas perseguidas se encaramaban a las ramas del castaño y esgrimiendo las "cañas" caían los "erizos" sobre los duendecillos, que huían "sin arrecatarse" ante el "escozor" de los "pinchus encrespaos".

De esta manera —añade la tradición— Dios velaba por la honestidad de las muchachas. La doncella que ante la persecución de los duendecillos no buscaba la protección del árbol, era apedreada por los mozos y enterrada en un muladar...

De esta leyenda se derivan otras harto pícaras, que hablan de viudas y de mal casadas...

M. Ll.

La Región, 22-IV-1929.

202.—EN POCAS LÍNEAS, LA MALEDICENCIA

La murmuración, ese vicio añejo que se pierde en la oscuridad de los tiempos, sigue robusteciendo su médula y coloreando su semblante y añadiendo más tentáculos a su malaventurada iniquidad.

En las jornadas ociosas y en los devaneos sórdidos y en las meditaciones crueles de los maldicientes crece y se fortalece, como cicuta, esa planta de las hojas negras que envenena y corrompe; que quiebra la felicidad que

mortifica el espíritu, que hiende lo apacible de la vida y agrieta los amores y los honestos deseos...

Entre este maléfico discurrir de tan baja condición, van llorando los disciplinados y los ofendidos. Tunde el golpe como una vara de plomo y se estremecen la carne y el espíritu. Una palabra es lo suficiente para derrumbar y escarnecer la hermosa calidad de una existencia y el privilegio de las altas discreciones. Las hojas negras se convierten en mantos cenicientos, con el dibujo grosero de un estigma ficticio, que hace reir al prójimo entre las zarabandas de las burlas y de las provocaciones.

Es avaro el generoso y torpe el prudente, glotón el parco y pícaro el inocente. Todo lo trastrueca la murmuración de los ociosos y la insidia de los miserables. La maledicencia no tiene alma. No conoce las claras perspectivas donde toman el sol las conciencias blancas. Gusta de los ambientes sombríos donde se refocila a su capricho, entre el lodo y las aguas turbias, sin el patrimonio de un oreo que purifique y arrepienta.

Viene por tan escondidos caminos y por tan secretas veredas, y es tan cauteloso su andar que deja absortos los sentidos y las potencias, cuando se presenta ante nosotros con la descarnadura de su traza medrosa, con el guiño de su malicia enconada, con la simiente fertilísima de sus iras...

Hay que extirpar la raíz de la murmuración. Mientras crezca esa retama y sea pródiga la sombra siniestra que encanija y desmedra aparentemente, con menoscabo de las virtudes sólidas y de las cualidades magníficas, el cuerpo de la lealtad y de la misericordia, nada se habrá conseguido para hacer más perfecta y más sincera la educación de las multitudes... La maledicencia, lo mismo que la avaricia, son los cimientos más recios sobre los que se levanta la enorme fábrica de los males individuales y colectivos.

M. Ll.

La Región, 23-IV-1929.

203.—TRADICIONES INGENUAS. LOS ROBLES QUE PLANTÓ EL REY DON PELAYO

(Leyenda recogida en el pueblo de Rozadío)

Dos respingos más y ya estamos en la cumbre. ¿No vei aquellos robles descotezaos que se encorvan jacia la tierra como si jueran viejos cosumíos por la pesadumbre y la flaqueza? Pos la suvera diz que sucedió la verdá de

la leyenda. Los años y las celliscas no han aventau los argomales retorcíos de aquel peazu de monte...

"Paez que se agarraron a la mesma entraña de la tierra como los peñascales a las orillas de las brañas. Alivie el resuellu si le resquema, y en dos menutos justus y cabales encontraremos la jorná del ataju...

Tío Eusebio Ruiz es el último de los trovadores montañeses. En los ojos, hundidos y pícaros, aún brillan las lumbres del ingenio y de la perspicacia. Espaciosa la nobilísima frente, enjuto el rostro bermejo, enérgica la expresión, señoriles los ademanes, es este anciano la singularísima estampa de la añeja juglaría montañesa que libó en los cuencos desportillados de los figones romeros y en las tarreñas azules de las romerías y de los velatorios.

La tradición muere con este venerable anciano que aún anda por la angostura de los camberones montesinos, colmado el cuévano y lleno de ansias el espíritu. Ya no tañe el "bígaro" ni resquebraja con el palo pinto los bardales del ágreo, ni busca en los remansos inefables de las colladas las esencias de los romeros y de las manzanillas. En la juventud, cuando las nieves están lejanas y es apacible el optimismo y se enervan, en el devaneo de las rondas, las desazones y los anhelos insaciables, hizo trovas y cantares. El amor y la esperanza crearon su espíritu y su entendimiento. En los ocios del pastoreo, entre las retamas y los balidos, tejió la mansedumbre de sus inocentes coplas y los suaves aderezos de su poesía aldeana, sin los arrequives de las preceptivas y de los diccionarios.

Jamás posó los ojos en un libro. Desconoció los silabarios y los carteles escolares. Es un trovador analfabeto. La infancia y la juventud no le brindaron las mieles gratísimas de la felicidad. De casta de pastores, siguió las mismas sendas y rasgó su carne en los mismos jarales.

Pero en el sosiego de las cumbres y en la sombra de los bosques sintió la caricia de la inspiración y de los sentimientos, como un regalo de los bosques y de las fuentes...

Llegaron los fríos y los temblores. Las flaquezas de la materia reflejaron sus congojas en el alma y aventaron los bríos del corazón y del cerebro. La clásica trova de Cantabria, honesta y cristiana como las razas de sus solares, experimentó el acre sabor de la decadencia con la vejez de tío Eusebio. Fue el último jadeo de la lírica campesina que cantó a las mieses y a los apriscos, a los picachos nevados y a las deleitosas estrecheces de las leras y de los huertos...

Cuando nosotros conocimos al juglar montañés, labraba pacientemente una porra de pastoreo. El relieve de las toscas florecillas, coloreadas después con la corteza de la alisa que crece en las riberas, se nos antojó la resurrección de un arte primitivo y hermoso de acuerdo con la sencillez de la vida quieta, como un remanso de eternidad.

La mano sarmentosa y trémula movía la navaja albarquera con la destreza de un mozo "adornador" de aperos y de cayados. En el anchuroso portalón ponía el sol las últimas luces y arriba, en la solana, entre los "jeráneos" y la hierbabuena, mostraban las panojas mustias, el oro de sus granos...

La tan decantada suspicacia del aldeano montañés es una hipérbole de los poetas y de los noveladores. Bajo los burdos atalajes del labrador y del cabrero se esconde, pródiga y sincera, la hidalga simpatía de los hombres humildes, que no gustan de las cortesías falsas, ni de los embelects artificiosos de una urbanidad que no sale del corazón.

Limpia y franca la palabra fue contándonos camino del robledal sus inquietudes y sus añoranzas. Discreto en el reproche, parco en las alabanzas, magnífico en la expresión, fue enseñándonos el buen viejo la blancura de un camino suave, apacible, con rosaledas en las orillas para hacer más grata la jornada.

—Los mozos de ahora son unos lelainas, señor. No saben na de la vida, lo que se diz na... Las cosas viejas los atosigan los sentíos. Too lo pasau no los importa una jiga. Y aticuenta que en esi pasau está la verdá y la alegría. Si recatáramos la cara jacia las cosas que ya se murieron, no seríamos tan joscos y tan mal intencionaos. Valía más un trisquíu de los deos, en el campu del baile, que las abrazauras de esos majomas de bailes apretaos como las lastras a la tierra. Antes eran más suaves y más inocentes. No había tantas negruras en las concencias, señor. La picardía no era tan verde ni tan indina...

Dos respingos más y hétenos a la vera de los robles descortezados. El cantar de una fuente que brota de la peña viva pone en los ambientes el murmullo perseverante de las linfas recién nacidas. El anciano se descubre respetuoso ante los árboles seculares. Los contempla con una devoción fanática, llena de ternuras. En la cumbre canta un pastor "las coplas de los amores mansos"...

—Estos árboles que vei aquí los plantó el rey don Pelayo. Golvía de las Asturias después de espeñar a los moros por los castros de Covadonga. Era la primavera. El rey re los cristianos pasó una noche en esta braña al lau de la juente. Al día picó el sol como en el veranu. Jadeaban los soldaos en la braña como segadores cansaos. El sol cada vez era más caliente como una lumbre de estillas secas, en metá de la cuesta. Entonces el rey don Pelayo miró al cielu con mucha devoción y se puso de rodillas encima de los mesmos escajos. Diz que se apaeció en el aire un fantasma blancu, con las trazas de un angel y al pocu ratu escarbó el rey en la tierra y crecieron estos árboles

para dar sombra al rey y empezó a manar el agua de esta juente pa que quitara la sed... De antes estos robles eran sagraos. Nadie cogía los sus erizos. Las hojas tenían el aquel de curar las tristezas y las penas. Pero diz que un día se guarecieron debajo de ellos los mozos y las mozas que golvían de una romería y bailaron a la su vera, abrazaos como las señoritas y los señoritangos de la villa. Aquel mesmu día se secaron los robles como un castigu de Dios... No golvieron a nacer las hojas verdes que curaban las malenconías...

MANUEL LLANO

La Región, 24-IV-1929.

204.—EN POCAS LÍNEAS. LA FILOSOFÍA MODERNA

La psicología moderna tiende hacia la epilepsía espiritual de una manera desaforada. Una cabriola y una zapateta, amén de una serie nunca interrumpida de dinamismos incoherentes, en que toda frivolidad tiene su asiento, constituyen el gozo más subido del sector más numeroso de la Humanidad. Los filósofos del siglo experimentan la deleznable sugestión de estas zarabandas perseverantes, con cascabeleos y voces bárbaras. Están influenciados por los ambientes y por los embelecos de estos tiempos y de estas muchedumbres. Por eso, la preceptiva de sus filosofías, inconsistentes y vaporosas, está poseída de la flaqueza y de la voluptuosidad del alma colectiva. No hay clasicismo, ni nervio, ni espíritu en sus concepciones. Es una filosofía que trasciende a danzas y a colorines; a literatura retorcida, a requiebros de mala calidad, con la desvengüenza de una risa insinuante que descubre lo que siente en la conciencia...

La filosofía genuinamente clásica iba contra las corrientes nocivas de los tiempos. No se dejaba arrastrar por los ímpetus violentos de las multitudes. Era más fuerte que los empellones formidables de las gentes insensatas y no abandonaba jamás las claras rutas de sus jornadas apacibles. Las sinrazones no hicieron mella en el alma de la vieja filosofía. Su fibra, oreada por los calientes vientos de las pasiones objetivas, no sintió el contagio de las costumbres en boga.

En nuestros tiempos esas costumbres y esos aires zarandean a su antojo a los pobres pensadores. La sugestión de las cabriolas y de las epilepsias desatadas, influyen poderosamente en el ligero discurrir de esos hombres de pro. Hoy dicen que la vida es optimista y mañana lanzan una diatriba colérica contra la existencia que antes cantaran.

El pícaro estado del ánimo les hace prevaricar. Se repite continuamente el caso del desventurado filósofo inglés que pensaba a través de su faltriquera y de su despensa.

Y así es como se rasgan las normas fundamentales de una ciencia que antes fue patrimonio exclusivo de los que supieron sustrarse a las opiniones del vulgo. Hogaño la filosofía es manoseada y bastardeada por cuatro bellacos que superponen a la esencia, a la verdad, a la belleza, el cómodo dejarse llevar por las predilecciones de las multitudes. Así se medra...

Claro está que hay excepciones...

M. LL.

La Región, 25-IV-1929.

205.—DEL FOLKLORE MONTAÑÉS, LAS PLANTAS DEL AMOR

También la farmacopea tuvo su representación en los pueblos montañeses. Hace algunos años, durante nuestra permanencia en la Vega de Pas, nos enteramos de que la hierbabuena machacada y mezclada con los berros de los arroyos, tenía la virtud de trocar la indiferencia y el desprecio en un amor inextinguible, si el desdeñado o desdeñada lograban introducir sigilosamente una porción de tal brebaje en el bolsillo o en la faltriquera del galán o de la doncella de que estuvieren enamorados. El día más indicado para realizar tan donosa superchería era el primer viernes de cada mes y la hora más propicia las seis de la tarde, que es precisamente cuando sestean, debajo de los robles secos, los espíritus de las "malas querencias".

En otros pueblos del Occidente de la provincia y en no pocos de la parte central, la virtud de convertir en amor los más inconcebibles desdenes, estaba escondido en las flores blancas de los saúcos y en las hojas de los avellanos, mezcladas con un clavel y con una rosa. El desventurado o la menospreciada se valían de "daque" tercería para arrojar, como una onza del potingue, en el lecho de sus adorados tormentos. Antes de hacer uso del milagroso bálsamo era menester rezar la siguiente jaculatoria:

"Hojas verdes y hojas blancas, rosa y clavel de la buena ventura, tener misericordia de mí. Que sean alegres los sus ojos cuando me miren y que sean suaves las sus palabras cuando me hablen. Que el su corazón me cobije para toda la vida, hasta que llegue la muerte, y después que no me falte la misericordia y el cariño de Dios Nuestro Señor".

En algunos pueblos, próximos al límite con Asturias, las mozas y los mozos enamorados y no correspondidos tenían fe en la manzanilla mustia, en el romero y en las hojas de las alisas que crecen en las riberas.

En Luena se contaba una leyenda que hablaba de una flor que nacía una vez cada cincuenta años, a la sombra de los endrinos. Tenía la tal flor todos los colores del arco iris. La persona que con ella topare poseería perpetuamente el privilegio de convertir en dulzuras y en zalamerías los desprecios más olímpicos y las indiferencias más recalcitrantes...

En Ruente nos contaron otra leyenda, según la cual, las flores de Alejandría y las campanillas silvestres, rociadas con agua bendita, tenían la peregrina y singularísima virtud de sembrar en los corazones desdeñosos y crueles, la semilla de un amor insaciable.

M. Ll.

La Región, 29-IV-1929.

206.—EN POCAS LÍNEAS. UN TESTAMENTO LITERARIO

Dan Armando Palacio Valdés ha escrito su testamento literario. La peregrina serenidad que resplandece en las obras del ilustre novelista, con destellos de ingenio y llamaradas perpetuas de amores y de optimismos, se observa, más claramente, en las páginas de su última producción rebosante de belleza y sinceridades.

Este testamento literario, suma y compendio de los pensamientos, de las ideas estéticas, de las sensaciones espirituales, del legado opulento de su poesía, siempre dulce y honrada, es a la vez un consejo y un fustigazo. El consejo es amoroso, persuasivo. Trasciende a ruego paternal, a cariñosa reprimenda por los desafueros con que se rasga el idioma y se quiebran los principios de un arte españolísimo, con la gallardía de su prosa y el donaire de su estructura. Es un consejo de hidalgo viejo, apegado a las costumbres de su solar, a la maravillosa poesía de sus campiñas y de sus tradiciones, a la recia espiritualidad de una fe secular, sin fariseísmos ni desmayos vergonzantes.

El reproche es fuerte e implacable. Mesa los largos cabellos de los que se visten de poeta. Los literatos de café; los vanidosillos de las tertulias tenazmente murmuradores y mal intencionados; los que ponen en el chambergo y en la descomunal corbata, la mala calidad del arte que pretenden cultivar; los que buscan en las libaciones y en la voluptuosidad degenerada el soplo de una inspiración que jamás les acaricia; los remolones de la literatura que devoran las migajas; los necios, los engreídos, los mendicantes, los pisaverdes del arte, los pícaros... Toda esta legión de gente inútil que se ampara en las musas, y en el cincel y en la paleta para hablar mal del prójimo y dejar malparada a la ética con una constancia digna de mejor suerte, son vapuleados por las disciplinas de don Armando, que no se da punto de reposo en menester de tan alta calidad.

El viejo aún conserva los bríos de una juventud selecta y consciente, sin los malaventurados artificios del pseudo modernismo. La ruta que él traza, ruta clásica, luminosa, apacible, es la única que carece de escollos y de desorientaciones. Nunca la niebla ni las brumas entorpecieron la navegación por tan hermoso piélago. Es más saludable un paseo por los caminos de la Mancha que una leve jornada por las retorcidas veredas de las desdichadas "greguerías" y de los desatinados ultraísmos que comparan al sol con una mula de alquiler.

М. І.т..

La Región, 30-IV-1929.

207.—DECADENCIAS ESPIRITUALES. CHISMOGRAFÍA, CHARLESTON Y "CAMEL TROTT"

La decadencia moral de cierto sector de las multitudes, se observa de una manera clarísima en el lenguaje y en lo que Anatole France denominó "mímica afectada de los necios".

Desde que los poetas románticos, sanamente románticos, opusieron a las baladronadas y a los desmayos de los petrimetres del siglo pasado la recia muralla de los sentimientos generosos y el fuerte baluarte de la masculinidad sin mohines ni abatimientos doncelliles, esa mímica afectada, en vez de enervar su provocación intolerable, ha medrado su cuerpo, convirtiéndole en motilón, de buen tomo y de rollizos mofletes.

No es verdad que se haya extinguido la menguada raza de los pisaverdes, ni es cierto que la civilización haya sepultado entre el fragor altanero de sus industrias y de sus epopeyas, el desdichado resabio de los trocamientos vergonzosos.

Aquella juventud, que mostraba a todos los vientos de la rosa lo deleznable de su generosidad; que perfumaba sus cabellos; que acicalaba el rostro con el exquisito cuidado de las grisetas presumidas, que ponía todas las potencias y todos los sentidos en el adorno de sus trazas empolvadas, aquella juventud, volvemos a repetir, que resquebrajó los principios que marcan y orientan el desenvolvimiento del hombre, dentro de la esfera que le señalaron la natuarleza y la ética, tiene su representación en nuestros tiempos.

Ha cambiado la indumentaria pero el estigma ha acrecentado sus caudales. En las nuevas rutas que la humanidad ha descubierto el embrujo de su ingenio y de su dinamismo inconcebible, bogan las pintarrejeadas naves de las prevaricaciones mozas, con el gallardete alicaído de sus lánguidas aventuras, con las jarcias endebles y agrietadas, hendidas las lonas, turbias las aguas y brumosos los horizontes...

La más leve tempestad les llena de terror. El lamento del huracán les encoge el ánimo y les eriza los ondulados cabellos. Se tambalean sus cuerpos ante el soplo de los vientos débiles, y cuando se oye a lo lejos el estruendo del tornado, corren medrosos y despavoridos con las lividades de la cobardía perseguida.

El petimetre de antaño, dentro de la anormalidad de su psicología, era más prudente que el de hogaño. Tenía más educación y más conciencia, y era menos acentuado el prurito de pasmar al lucero del alba con los atalajes de sus bellaquerías y de sus atrevimientos empalagosos, que la provocación de estos mamelucos de ahora, almibarados y fatuos, como los famosos cancerberos que Lamartine encontró en el misterioso alcázar indostánico.

En la actualidad, los amaneramientos y los contoneos de la cursilería andariega, con el patrimonio de los pantalones anchurosos y de las chaquetillas leves, está en posesión de una singular característica que inició el relieve de sus devaneos desde el punto y hora en que la literatura pornográfica comenzó a ocupar un puesto preeminente en los gustos y en las aficiones de la juventud espiritualmente anémica.

A partir de esta desdichada jornada, el engreimiento, y la vanidad, y la bellaquería y el acicalamiento fueron reforzados con el enorme caudal de una picardía envenenada, con la exaltación de una voluptuosidad absurda, que vino a resucitar el jadeo de un atavismo lejano, en que las aberraciones ocuparon el lugar de las virtudes y la mujer hurtó la adoración a los dioses...

El sugestivo aliciente de las páginas descarnadamente eróticas, hizo más antipática la estampa de estos mozos que tienen de la juventud un concepto retozón, malicioso, innoble a veces; un concepto de ociosidad, de eterno pasatiempo, de burla perseverante, de jactancias malévolas, de placeres plebeyos, cuando no de insidias y de embustes...

Su vocabulario, sus modismos, sus decires tienen cierta semejanza con cl argot melindroso y bárbaro a la vez de los antiguos lindos de los boulevares. El requiebro, compendio de aumentativos triviales y torpes, es la expresión más dulce y más delicada de sus espíritus embadurnados.

La ética es para ellos un precepto voluntario, sin ninguna trascendencia social, y el trabajo una disciplina ignominiosa, un cautiverio implacable, en cuyas oscuridades no quieren verse envueltos. Alguien se encargará de romperse la crisma, cotidianamente, para que ellos medren rozagantes y venturosos, como los remolones de la literatura clásica.

El flirteo estúpido; las "cachupinadas" burguesas; los fáciles amores de las simples, de las ignorantes y de las resabidas románticas; la sesión cinematográfica; la tertulia frívola; la chismografía, el "charlestón", el "camel trott" y sus derivados. He aquí el fecundo trajinar de estas gentes que ven en la epilepsia de las danzas, el supremo deleite de sus anhelos enfermizos y trémulos.

Esa especic de argot intolerable de los petimetres modernos, nos saca de quicio. Las frases hechas de las cursis y de los cursis (y esto es lo más lamentable) han sido acogidas como innovaciones de buen tono en la conversación de las clases populares. Es la pícara epidemia que no respeta calidades ni circunstancias. Una de las causas que más han influido en la decadencia espiritual de ciertas gentes del pueblo, ha sido el desatinado afán de imitar los vicios y las virtudes de los adinerados a trueque de morirse de hambre por lucir un atavío señoril o un tapiz de damasco en el gabinete de visitas.

La juventud del pueblo, la que trabaja, la que siente, no debe bastardear su sensibilidad con las afectaciones de ese núcleo abigarrado de niñas ligeras y de pollos enclenques, capaces de los ayunos más atormentadores para conservar la línea aunque se pierda la salud...

La vida es más alegre y más honesta sin las zarandajas que hurtan fortaleza a los músculos. La naturalidad, la sencillez, el decoro, tienen más consistencia que todas las galas y que todas las ostentaciones de la vanidad y de la moda.

Trocar esas cualidades por el oro falso de la cursilería en boga, es tanto como renegar de nuestra condición, poniéndonos al nivel de quienes hacen de la existencia un eterno carnaval.

MANUEL LLANO

La Región, 3-V-1929.

Colonización.

No sabemos todavía si es un buen negocio tener colonias. El espíritu de dominación, el de aprovecharse de las cosas, ha imperado en todos los pueblos. Pero hay pueblos como Suiza que no conocen esa fiebre de alejar sus actividades nacionales hacia otros países, y convendría ver el peregrino resultado que esa fiebre produciría en la pacífica nación para que nos convenciéramos, si el resultado fuese bueno, de que la colonización es un buen negocio...

"Conócete a ti mismo", decimos a los hombres cuando queremos darles un consejo. A los pueblos se les podría decir: "Colonízate a ti mismo". Las vecinas que salen a la acera y forman grupo para murmurar de las cosas ajenas, tienen en el fondo del alma levadura de colonizadores, en el buen sentido de la palabra, en el buen sentido altruísta.

No, no es buen negocio el de colonizar de buena fe. Se pierde en ello muchas energías que no se compensan con las ventajas que de las colonias se pueden obtener.

Pero si es un mal negocio el de colonizar, peor es el negocio de los colonizados. El alma nueva que se les quiere dar no pueden llegar a asimilarla.

Los pueblos civilizados llegan a dar forma de civilización a los pueblos salvajes, pero esa forma más les perjudica que les perfecciona.

Una verdadera civilización consistiría en ayudar a la evolución del alma de los pueblos salvajes, siguiendo la trayectoria de su propio impulso.

No constituye un progreso para los negros obligarles, por ejemplo, a abandonar su arte peculiar para que adopten la manera de hacer de otros países.

Esos dos negros que en París han sido condenados, el uno a muerte y el otro a cadena perpetua, son dos clarísimos ejemplos de seres desarraigados por la civilización. Pero más terrible quizá es el caso de la amiga de uno de los negros, una señora respetable, esposa de un comerciante.

El negro condenado a muerte la ha nombrado heredera de sus bienes y le ha dejado para que lo guarde eternamente su traje de smokin y sus zapatos de charol. Esto parece grotesco y es de un sentido humano profundo. En realidad no le ha dejado nada. Su alma de pobre negro, corrompida por una civilización que no podía comprender, se había separado de la materia. La crisálida salió del capullo.

Le ha dejado el envoltorio, lo único que él había sabido adaptar y comprender de nuestra civilización, de la civilización de su amiga blanca... Los libreros

Ha comenzado a funcionar en Madrid la Escuela de Librería, recientemente creada, y pasan ya de sesenta los alumnos que acuden al mencionado centro de enseñanza para estudiar nociones de la historia de la Literatura, tecnología y clasificación de ciencias, Bibliografía, etc.

Pocas instituciones tan necesarias se habrán creado como ésta a que aludimos. Hasta el presente, y salvo honrosas excepciones, el librero era el único comerciante que no conocía su artículo, ni, por tanto, acertaba a encarecerlo ante el público.

En vez de orientar a éste y guiar sus gustos y aficiones, era él quien se dejaba llevar por el público limitándose a consignar que "este autor se vende" y aquél "no se vende".

Nada de propaganda inteligente, de divulgar las excelencias de los autores nuevos, de airear su mercancía para estimular su afición a la lectura y a los libros. Unos libros en el escaparate y otros en las vitrinas, y el que quiera comprar que compre.

El vendedor de comestibles, el de mercería, el de telas, saben decirnos mucho más de sus géneros y nos hablan de su calidad, de su procedencia y muchas veces su charla nos ayuda a concretar nuestros deseos.

El librero, en cambio, es un ser hermético, que se limita, por lo general, a servir lo que se le pide, que no suele ponderar su mercancía...

El día en que los libreros, todos los libreros, posean ese indispensable conocimiento de su profesión y ese espíritu que hoy se echa de menos, saldría ganando el país que acrecerá su masa de lectores, los publicistas y la misma industria de librería.

No es ociosa, no, la escuela que acaba de comenzar a funcionar en la villa y corte para hacer de algunos libreros lo que antes no eran: comerciantes conocedores de su mercancía en vez de tenderos que ignoran lo que venden.

MANUEL LLANO

La Región, 4-V-1929.

209.—EN POCAS LÍNEAS. LO BUENO Y LO MALO

No estamos de acuerdo con los principios pedagógicos sustentados en el Congreso celebrado recientemente en Francia. Se han acallado las voces del

espíritu para dar rienda suelta a la gritería de la materia. Enseñar, enseñar, llenar el cerebro de ideas ajenas, fortalecer la memoria con las añejas rutinas disciplinarias que tiene más de aspereza que de persuasión, enderezar las vocaciones a fuerza de golpes y de reprimendas. Estas son las consecuencias que hemos sacado de las conclusiones aprobadas en la Asamblea. El respeto al clasicismo en las cuestiones de enseñanza, es contraproducente e ineficaz. Las viejas normas, con resabios crueles y mortificantes, han sido borradas por las aguas claras de una pedagogía amorosa, dulce, que cuida más del corazón que del cerebro. Querer resucitar los centenarios preceptos, los aforismos malévolos, las disciplinas que tundian la carne y acongojaban el espíritu, es tanto como sembrar en el alma de la infancia el medroso recelo hacia la escuela y el maestro. La monomanía del clasicismo que ahora se ha despertado en la vecina República, con un furor extraordinario, quiere envolver a todos los aspectos de la vida nacional. Sus paladines forcejean desaforadamente para abrir ancho camino a sus expansiones y lograr la exaltación del moho y de la pátina que vacen en los Archivos y en los legajos apergaminados de las Bibliotecas particulares.

Disculpamos y hasta nos causan placer las reminiscencias del clasicismo en la literatura y en el arte. Las viejas soleras tienen más fibra, más consistencia, más espiritualidad que las de ahora. Es una virtud el seguir los claros caminos que dejaron marcados perennemente los maestros del siglo de oro.

Pero toda la devoción que sentimos por el clasicismo literario se trueca en menosprecio cuando del pedagógico se trata.

La inflexibilidad de los antiguos preceptos, la excesiva energía de los dómines, el rutinarismo, el exagerado concepto que se tenía de la disciplina escolar, no encajan en los tiempos modernos. Un maestro que siguiera las huellas desdichadas de los viejos pedagogos, no tendría discípulos.

Esa especie de homenaje que cierto sector de los maestros franceses han dedicado a los viejos cánones escolares, abogando por su restauración, correrá la misma suerte que las necias pretensiones de los poetas italianos que quisieron implantar entre los vates de Roma y de Venecia el uso de un idumento que pregonara su condición de trovadores...

De lo clásico hay que seleccionar lo bueno. Lo malo, lo turbio, lo contraproducente, debe ser olvidado...

M. LL.

La Región, 7-V-1929.

Vedle ahí, en la esquina de la calle, en las alamedas, en los paseos, a la entrada de los espectáculos públicos, en los porches de las iglesias...

Husmea en todos los ambientes y en todos los mentideros. Sus ojos ansiosos penetran en todos los grupos con la avidez del pedigüeño que implora unos miserables dineros para gastarlos en pan o en vino.

Contiene el resuello, busca el apoyo de la esquina o del árbol y en la mirada reconcentra todos los anhelos de su vida, toda su voluntad, todas las potencias y todos los sentidos.

Las pupilas se refocilan, se alegra el semblante, se colorean las mejillas con el tinte de la emoción. Dentro de los bolsillos las manos se estremecen de puro gozo. Trémulos los labios, ociosa la lengua, rozagante el rostro, diríase que contempla un panorama de maravillas bajo la serenidad de los cielos azules.

Pasan a su lado las muchedumbres indiferentes. El donaire de una hermosa le cautiva. Siente por leves momentos la sugestión de la belleza trashumante y apetitosa que pasa a su vera entre perfumes y colorines.

Cuando el embrujo se pierde entre la multitud abigarrada e inquieta, los ojos tornan a posarse en todas las caras, a escudriñar en todos los grupos, con las ansias mortificantes de quien pretende descubrir un rayo de felicidad entre las polvoredas del camino.

Pasan las horas lentas y ociosas como las aguas de un remanso. El rostro va perdiendo reflejo de la alegría que cantó en el corazón. Las miradas son más cansinas, menos intensas, más apagadas. Los nudos del tronco o la sillería del esquinazo hacen mella en las espaldas recostadas. Ya no se estremecen las manos ni están trémulos los labios, ni se regocija la vida interior. La lengua, de puro ociosa, está reseca y áspera, lo mismo que los labios antes temblorosos. Las piernas flaquean, la cabeza se encorva, sienten los hombros la pesadumbre del cansancio que produce la quietud prolongada. El polvo del arroyo ha dibujado levísimos relieves en el semblante decolorado o bermejo.

La honda tristeza del pescador que vuelve con la barca vacía, ensombrece aquella expresión alicaída, contrariada, con huellas de sudor entre el polvo que el aire dejó en los carrillos y en la frente. Abandona la esquina y busca el banco donde reposar, a la sombra de los árboles. El andar es tardío; andar de yunta, de jumento anciano. Descuajaringado y lento, busca el descanso como el sediento el arroyo. La terrible desazón le tiene cautivo entre sus sombras medrosas y en lo más íntimo de la conciencia siente el escozor persistente de las más acerbas incertidumbres. Los holgados serones de su curiosidad,

están vacíos, como las alforjas del buen Sancho, el de los azotes de mosqueo.

Ya en el banco parece que renace el optimismo en su alma. Quizá la fortuna le brinde los exquisitos privilegios, no mostrándose tan recatada.

Hay que esperar, es menester esperar. La piedra movediza no crea moho. El saber esperar es una virtud que no está al alcance de todos los mortales. Los nervios de los temperamentos inquietos se crispan, las entrañas se estremecen, las pupilas quieren saltar de las cuencas, el entendimiento protesta de la pasividad del espíritu que quiere aprender a esperar, que quiere estarse quedo hasta ver asomar el mensaje de sus predilecciones.

Nuestro hombre no ha sido novicio. Desde el punto y hora que tuvo uso de razón, sintió el letargo de la quietud de la materia y del espíritu.

Otra vez vuelve a experimentar la calentura que le enardece y le subyuga. Ya no clava las miradas en las gentes que pasan a su lado. Quiere encontrar alivio en la novedad las perceptivas que Dios le deparará, y dirige sus ojos glotones a las ventanas y a los miradores de enfrente. Recorre con la vista toda la fachada, cauteloso como un felino que presiente la proximidad del ratoncillo. Los visillos hacen hosca su mirada. Aquellas sedas, aquellos damascos, aquellos velos de color de rosa, verdes y amarillos, le encogen el ánimo. A través de las celosías no penetra la avaricia de las miradas. Tras las cristaleras de las galerías toman el sol las señoras de los burgueses, los viejos rentistas, las amas de llaves. Algunos niños juegan con sus perritos de trapo y con sus muñecas. Una doncella modernista tiene en el regazo un "pomeremia" de blancas lanas. En la calle llora un niño esmirriado, andrajoso, que tiene hambre.

Se inicia un respingo a la sombra del árbol. Son más intensas las miradas, más fijas, más curiosas. Las manos han abandonado la cárcel de los bolsillos agujereados y se asen nerviosas al banco pintarrajeado de verde. Aquel insinuarse del respingo se convierte en una sonrisa remolona y feliz, que tiene algo y aun algos de éxtasis.

A través de las cristaleras indiscretas, ha encontrado la recompensa a sus pacientes afanes. Ha descubierto el secreto de unos amores, de una infidelidad, de una desaveniencia, de un enredo.

El banco es duro como el tronco del árbol y la sillería del esquinazo. Siente el escarceo del hastío en aquella atalaya que le enervó la desazón y le hizo casi feliz y va en busca de otras encrucijadas y de otras esquinas. Ha comenzado a caer la tarde. Es la hora de la novena o de la función de teatro. Con el mismo paso tardío, perezoso, de asno fatigado, sigue el camino del atrio o del coliseo, hambriento de más novedades y de nuevos hartazgos para sus ojos insaciables.

La procesión, el entierro, los escaparates, las carteleras de los espec-

táculos, las columnas de los anuncios luminosos, los periódicos y las revistas de los kioscos, reciben el homenaje de sus miradas glotonas.

Ya de noche, transido y jadeante, lleno de polvo y de fatiga, busca el refugio de su cuarto. Pero antes de entregarse al ocioso lecho todavía inquirirá, desde la ventana, en las sombras que envuelven a la calle, goloso y pícaro, a la búsqueda de los idilios en los quicios de las puertas...

Vedle ahí, en la esquina de la calle, en el atrio, en el banco. Es el mirón, el ocioso, el eternamente desocupado, catador de todas las colmenas, zángano y andariego, indiscreto y socarrón...

MANUEL LLANO

La Región, 9-V-1929.

211.—UN MENSAJE DE CAMPOO. CANCIONES Y RABELES

Mañana viene Campoo a Santander. Nos trae un mensaje de canciones y de juventud; de suaves melancolías, de tonadas alegres, de dulces cadencias de la tierra que lloran y ríen en las rondas felices, en las rondas desventuradas...

Las esencias de la montaña vienen hasta el mar con el inefable perfume de los romeros y de los manzanillos, y en las riberas estruendosas sonarán los acentos leves y armoniosos de otras riberas quietas, apacibles, en el eterno remanso de la campiña sosegada, entre los trigos y los maizales. Fuerte y noble cantará la tradicción las trovas recias del amor y de la esperanza. Entre las querellas delicadas de las coplas que hablan de cariños sin recelos y sin inquietudes, se escuchará la voz enérgica de la casta que supo mantener su hidalguía muy por encima de las cumbres tocadas de nieve.

Mañana nos visita Campoo. Nos trae un amoroso saludo de canciones y de rabeles. En la gallarda cimera de su lírica brillarán las luciérnagas de los escajales, las luces temblorosas de las rondas, las galas de los romeros, las inocentes quincallas de las mozas, las sonajas y los almireces marceros... Las viejas costumbres con el inocente atavio de sus chambras y de sus sayales, viene hacia nosotros entonando el añejo romance tradicional, mezcla de fervores cristianos, de alegrías terrenas, de ansias y de pesadumbres. Las centurias no han blanqueado sus cabellos ni han enturbiado sus pupilas. Vigorosas y optimistas, aún tienen bríos para danzar en la campa y subir a la ermita de la collada y descender a la angostura de los hoces; aun quedan alegrías

para encender las retamas mustias de la magosta y respingar en los pernales, entre las árgomas retorcidas y los robles añosos...

Son ancianas venerables con trazas de retozona juventud. El alma, la médula y el corazón y el sentimiento no han perdido el vigor racial que cantó el gran poeta de "Golondrina".

Aún siguen brotando en la peña viva las aguas vernáculas para quien quiera apagar la sed con ellas, y hay chozas en las majadas de los puertos y humilladeros a orilla de los caminos y rondas enamoradas que buscan en la noche el recreo del espíritu y el pan del corazón, ante las solanas y los postigos. Todavía hay laureles en la noche de San Juan, y lumbres confortadoras en los invernales y asubios para el amor en las veladas de las jilas, entre los resplandores de los leños secos...

Pero lejos del camino real, en la sierra, en la entraña, en lo escondido, en lo intrincado, adonde no llega el aliento de los pueblos con ínfulas de villas y de las villas con puntas y ribetes de ciudades.

Campoo nos tre lo nuestro, lo viejo, lo venerable. Nos trae la tradición con sus mismos atalajes, con sus expansiones, con sus energías, con sus mansedumbres...

MANUEL LLANO

La Región, 10-V-1929.

212.—ESBOZOS, NOMBRES DE CALLES

No es cosa fácil cambiar los nombres de las calles. Se ofrecen a los cambios muchas dificultades. Unas son de carácter objetivo, otras son de carácter personal.

Entre las de carácter personal, la más importante es la protesta que levantan los vecinos de la calle cuyo nombre se ha de cambiar. Esa protesta se apoya generalmente en argumentos económicos que van desde el aumento de gastos que origina la impresión de nuevas tarjetas de visita hasta la pérdida de los beneficios de publicidad obtenida con una dirección determinada.

Es raro el caso de vecinos apoyando su protesta en argumentos contra la personalidad que se trate de glorificar o en favor de la que se trata de llevar al olvido.

En esa materia acostumbra a pesar más la perra gorda que el corazón. Verdad es que el corazón tiene en ello pocas ocasiones de justificar sus latidos si los diera; la mayoría de los nombres de las calles responden a emociones de épocas que no nos interesan ni nos dicen nada.

Las calles "nuevas" han envejecido, las calles "anchas" se han ido estrechando; las calles "mayores" acostumbran a ser las más pequeñas.

Las que llevan nombres de gremios han perdido su especialidad y las que llevan nombres de personajes facilitan la repetición del nombre, pero la mayoría de los ciudadanos no saben qué papel representan los personajes en la sociedad

Tanto es así, que en naciones meticulosas se escribe debajo del nombre el mérito de la persona, no tanto para que no se olvide como para que lo aprendan los ciudadanos.

La dificultad objetiva más importante es la falta de imaginación.

La suerte ayuda a los padrinos de las calles cuando la época se inclina a la pedantería y los ediles pueden entregarse con desenfreno a la tarea de glorificar a todos los Pitágoras, y Platones y Copérnicos que en el mando han sido, o cuando una peste diezma las filas de los personajes visibles en un momento dado.

Pero en general no es cosa fácil bautizar una calle y contentar a todo el mundo y a discreción.

Los americanos solucionaron el problema recurriendo a la Aritmética, y la numeración de las calles, no sólo es práctica sino que tiene una poesía singular.

Es una lástima que ese sistema no hubiese sido adoptado para las calles de nuestro país. Un sistema de letras y de cifras sería de gran utilidad.

Y que no se diga que con ello se mataría la poesía de la capital.

La quinta avenida de Nueva York lo desmentiría. Cuando se dice la Quinta Avenida se dice la calle más conocida del mundo y se evoca el alma de una ciudad.

En esta materia como en tantas otras, el nombre no hace a la cosa...

Alvaro Yunque

Alvaro Yunque, el exquisito escritor argentino, acaba de publicar un estudio biográfico de Rafael Barret.

Hablamos de este delicado poeta que es Yunque, cuando apareció su primer libro titulado "Versos de la calle".

Hemos visto posteriormente otras obras muy interesantes de tan ilustre escritor. Un volumen de cuentos infantiles jugosísimo, titulado "Barcos de papel", y otro tomo del mismo sustancioso contenido que lleva por nombre "Ta-te-ti".

Dudamos de que ningún poeta haya tenido de la calle una visión tan moderna y tan personal como el escritor argentino. La corona de ese reino le pertenece por derecho propio.

La psicología del niño es otra región que Yunque nos está descubriendo con cuentos de una ternura y de una verdad que superan a toda ponderación. A Barret, espíritu, a la vez sereno y atormentado, corazón lleno de ansias, le hacía falta una naturaleza similar a la suya que lo comprendiera y supiera interpretarlo, y la ha hallado cumplidamente en Yunque. Ni éste ni Barret son suficientemente leídos en España.

En América, los valores de toda índole de que las creaciones de Barret están llenas, van siendo aquilatados.

Es una obra de reparación conciliadora. Es una justicia que las nuevas generaciones deben al gran escritor americano ...

MANUEL LLANO

La Región, 15-V-1929.

213.—EN POCAS LÍNEAS. EL DINERO Y LA POBREZA SIN DECORO

Esas pobres muchachas que visten a lo señoril y viven en las bohardillas y buscan la compañía de los hijos de los ricos, nos dan mucha pena. La bambolla de sus atavíos es a la manera de una dolorosa predestinación, pródiga en malandanzas y en sinsabores. Un retal de seda, troca en quebradiza la voluntad de estas mozas del pueblo que reniegan de la estrechez del hogar, de los percales honestos, de la modestia que debiera ser patrimonio de su condición; de la dulce quietud de la conciencia que se siente feliz sin las ansias mortificantes de la vanidad y de la soberbia...

El insensato afán del medro en forma de arrequives, de afeites, de trapos de colores y de buhonerías de mala ley, las hace ver el falso y deslumbrante espejismo de otros ambientes; las embelesa los sentidos, las enardece,
las aprieta el corazón, las consume el espíritu y en medio de la loca zarabanda de sus anhelos, entre el resollar del automóvil o entre los rumores enervantes del bureo, experimentan el desmayo, y el vértigo y el empujón que las
hará rodar por la cuesta, envueltas en el torbellino voluptuoso y amenazador
de las iniciaciones pecadoras. Todo por el ramalazo de la vanidad, por el escarceo de la ambición, por unas pieles, por unos pedazos de oro, por un aderezo, por unas horas de torpe expansión que suelen convertirse en horas ne-

gras, en horas inquietas, con la pesadumbre desconsoladora que muerde el espíritu y marchita los sentimentos claros. esos resabios de la egolatría, esos apetitos morbosos de las pobres muchachas que gustan de la compañía de los señoritos ricachos aumentan y se robustecen con la pasividad estúpida de los padres que no inquieren el origen de las sedas, de las ajorcas, de los adornos, de las pieles, de los ribetes que confunden a sus hijas con la hijas de los burgueses y de los potentados. En algunas es fatal el deseo insaciable de correr la aventura. Detrás de espejismo maravilloso, con fuentes y flores y pájaros y rosaledas, está la pendiente angosta salpicada de tueras y de hieles. Y abajo, el légamo, el légamo eterno con la terrible amenaza de su lodo caliente y oscuro.

Nos dan lástima esas mal aconsejadas muchachas que menosprecian el mahón y la boina del obrero para irse con Polito o con Totó, en automóvil, camino real adelante, hasta sabe Dios dónde...

Al tornar de la jornada, cuando pasen los años entre las llamaradas de las pasiones que queman las entrañas y abrasan las fibras más delicadas, recordarán el apacible sosiego de la pobre bohardilla que abandonaron un día al embrujo de la riqueza y de las promesas que jamás se cumplen...

M. Lt.

La Región, 16-V-1929.

214.—ESBOZOS, LOS FIGURONES

Gana cincuenta duros al mes. Es casado y tiene una prole numerosa. Flaco, descolorido, pulcro en el vestir, rasurado el enjuto semblante, relucientes los zapatos, brillante la cabellera, finas las trazas y afectada la voz. Habla quedo, con acento débil y medroso; saluda con gravedad, sonríe levemente y al apretar la diestra del amigo, en la calle, en el café, en el teatro, lo hace con suavidad, con indolencia, con desgana, como el que concede una merced...

En el estío, cubre la brillante cabellera, donde platean los hilillos indiscretos, con una gorra de ancla, forrada de blanco. El azul marino de la americana forma un "elegante contraste" con la nitidez de los pantalones anchurosos, requeteplanchados, sin dobleces ni rodilleras a lo plebeyo. Cuando el verano apaga sus lumbres y llegan los cierzos helados, y las lluvias y los ventisqueros, el indumento del hombre casado que está flaco y tiene mucha pro-

le, se pone en concordancia con la tristeza de los días turbios, de auroras somnolientas y crepúsculos llorosos.

Un ancho chambergo hereda el lugar que ocupó la gorra blanca; sienten las huesudas manos el alivio de los guantes; el gabán entallado preserva del azote de los vientos y de los fríos al cuerpo desmedrado, y el rostro descolorido se torna en bermejo ante el grato calorcillo de la bufanda de lana fina, gris, salpicada de motitas verdes...

Al filo de las ocho de la mañana abandona el ocioso lecho, donde no hay holandas ni suavidades. Sábanas recosidas de áspero lienzo, mantas deshilachadas de franjas azules, almohada de lana apelotonada y endurecida, colchones enjutos, estrecheces, descoyuntamientos, chirridos de muelles venerables y enmohecidos.

Al nacer el alba ha sentido lloros y gritos, saltos y carreras, respingos, vociferaciones, ajetreos de sillas perniquebradas, silbidos, pataleos, sollozos, risas, lamentos, cantares... La prole ha despertado con un estruendo de todos los diablos. Los muebles carcomidos y desvencijados se estremecen ante los brincos y las carreras de los babosos que no se dan punto de reposo. Hay arrastrar de butacas viejas, tañer de tapaderas a guisa de platillo, trompetas roncas, tamborileos, maullidos, recios pelotazos en la angostura del carrejo, tambaleos, caídas, más lloros, más risas... Es la diana de todos los días.

Un mozuco esmirriado como su buen padre, llora en la cuna, entre el estrépito ensordecedor de sus pajoleros hermanos... El hombre del saludo ceremonioso, mece el escanillo y canturrea una copla lenta, doliente, llena de pesadumbres y de melancolías... El lloro del niño sobresaltado se hace más agudo, más mortificante, más insoportable. El suave y pausado mecer de la cuna de mimbres y la monotonía del cantar, no enervan los vagidos de la criatura. Siguen los pataleos, y los respingos, y los pelotazos y el temblar de los muebles desvencijados.

En la cocina se ha iniciado el ajetreo de las cacerolas. La señora ama prepara la cascarilla para el desayuno. El niño del escanillo llora con todas sus fuerzas, sobre el menguado jergón de hoja maicera, áspera y crujiente...

Alarga los escuálidos brazos, sonríe bondadosamente, se despereza entre bostezos y estremecimientos y pasa a su lecho al nene que llora tan desconsolado y contumaz. Torna a canturrear la copla doliente entre bostezo y bostezo. De la cocina llega una humareda molesta que amarillea los cuadros, los retratos, las flores de papel, el descomunal acerico colgado sobre la cómoda como un blasón...

Poco después refresca sus sienes con el agua clara del caño. Un sorbo de cascarilla le suaviza la garganta y le conforta el estómago...

¡Qué esmero, qué delicadeza, qué amoroso cuidado en la toilette maña-

nera! ¡Qué exquisitez tan peregrina en el tocado, qué dulzura tan inefable, qué lentitud al cubrir el cuerpo endeble con los atalajes de pro, requeteplanchados y campantes!

Un refunfuño, una mirada hosca y traviesa, un no categórico. Con la diestra en el pestillo vuelve los ojos a la oscuridad de la cocina, de donde salió la interrogación:

—No, ¡reconcho! eso sí que no, mujer... El decoro antes que nada... Media libra será suficiente... Yo no pienso probar bocado... Ayer sobraron garbanzos... No hay arreglo, no hay arreglo. Yo no sé por dónde demonios se va el dinero... Además la carne indigesta a los niños. ¿Para qué más de media libra? Hay que ahorrar... Tengo la corbata deslucida y es menester comprar otra... No por mucho devorar se está mejor... Ya luego viene el verano y tengo que hacerme un traje de entretiempo... Lo primero es el decoro, la pulcritud... Ayer echaste excesivo repollo..., se gasta mucho carbón... Hay que disminuir el gasto de la luz y del pan... El pan tierno es malo... Hay que traerlo duro...

Desciende los peldaños lentamente, acariciándose las solapas. En la calle yergue el busto, levanta la cabeza, vuelve los ojos a diestro y siniestro y adquiere el aire de un gran señor que torna a su palacio después de una noche de bureo, entre taponazos de champán y voluptuosas algarazas...

Ya en la oficina, encorvado sobre el pupitre duro, rasguea nerviosamente, borra, tacha y multiplica, dormita a veces y a veces pone el bostezo, en el silencio del cuarto, la A prolongada del hastío indiscreto.

Breve tregua en la anodina labor. Un respiro en que cesan los rasgueos y se estiran las piernas y los brazos y se toma el sol a la ventana.

Entonces, en el leve descanso que tiene más de hurto que de derecho, da rienda suelta a sus ensueños de oro y de plata. Habla incesantemente de sus venturas y de sus hartazgos y de las abundancias de sus alacenas. Sus compañeros le escuchan boquiabiertos. Algunos, los ingenuos, envidian la suerte de este hombre sencillo que come a manteles y liba vino de lo caro y reposa en mullido lecho...

—"Yo trabajo por puro pasatiempo... Me moriría de hastío si estuviera desocupado, como tantos otros. El hombre ha venido al mundo para trabajar... Las rentas de mis viñas y de mis tierras me dan lo suficiente para vivir con holgura, pero no puedo ¡ea!, no puedo dejar el pupitre y la pluma...".

Después de una leve pausa, prosigue la letanía de sus bienandanzas...

—"He almorzado como un bárbaro, señores. No hay cosa que más me guste en este mundo que el chocolate, la gallofita tierna y la manteca. Esta mañana me he hinchado. Estoy molesto de tanto nutrirme... No me explico cómo estoy tan flaco... al mediodía y a la noche, las ensaladas y los principios de asado y de pesca me sientan a maravilla, pero voy a tener que someterme a un régimen, por precaución, por pura precaución nada más...

Tras el descanso los compañeros de oficina, los agudos, los pícaros, hacen guiños mal intencionados, perversos. Las famosas viñas, y las tierras de labranza, y el asado y la pesca, y la gallofa tierna, untada de manteca sabrosa, son puras fantasías de las que se alimenta el hombrecillo del chambergo o de la gorra blanca, que cuelga en su balcón una langosta de madera o unos polluelos de trapo que compró sabe Dios dónde...

—"El duque de Veragua y el marqués de Castilla, me tutean. La condesa de la Fontana fue mi primera novia y el barón de la Floresta jugó conmigo al marro y a la peonza. Mi padre era amigo íntimo de Cánovas del Castillo y mi madre se educó en el colegio de San Celso, de París. Yo en mis mocedades, cuando anduve en la corte de secretario del marqués de la Encina, estuve a punto de entrar en la diplomacia; pero no me gustaban esos ajetreos. Mi temperamento se adapta más a la vida sosegada, al rutinarismo, a la tranquilidad. Con mis rentas vivo feliz. Este verano, si me animo, iré a pasar una temporada con el conde de Liria que es un gran amigo mío. Cuando viene a esta ciudad se hospeda en mi casa".

MANUEL LLANO

La Región, 20-V-1929.

215.—AIRES DE NUESTRA TIERRA. COMENTARIOS A LA CARTA DE UN HIDALGO

Hemos recibido carta de nuestro pueblo. Una carta que transciende a optimismo, que muestra la alegría pródiga de un corazón sano.

En los renglones temblorosos del viejo hidalgo que nos escribe, hemos gustado los deleites inestimables que inundan el ánimo cuando vemos medrar, al oreo de los vientos suaves, los maíces de la pobre aparcería, entre los verdes linderos y los saúcos de las flores blancas...

—"Esto está cambiado. En poco tiempo hemos visto engordar lo que hace muchos años creímos encanijado para toda la vida. Largos han sido los trajines y ásperos los caminos, pero después de los trasudores y de los anjeos, ha salido el sol para todos nosotros y para los que estáis lejos del

humo de las boronas: que al fin de cuentas, la nuestra alegría es la vuestra y el maíz de las mismas mieses nos hizo recia la correa y hasta el espíritu.

Se ha esbrozado mucho; se han aplacado aquellos resabios de pereza y de desgana que nos pudrían las buenas intenciones y nos hacían apartar los ojos de los caminos de la prosperidad y de la buena administración.

Lo que te digo; el valle a quien tantas pruebas de cariño has dado, perdió para siempre las trazas aquellas que tenía cuando tu eras un crío. Y ¡pásmate! ha sido un gran amigo tuyo el paladín, el impulsor, el alma y la medula de todos estos cambios que se han operado en el valle de Cabuérniga.

La fortaleza de espíritu y todas las caballerosidades, cualidades que andan desperdigadas por estos pueblos de Dios, se han personificado en este muchacho culto, generoso, entusiasta y perseverante, que ha puesto por encima de todas las cosas el amor a su tierra.

Se trata de Eusebio Balbás, hombre, del nieto de don Pepito Pomar, aquel inolvidable hidalgo de Sopeña.

Eusebio, alcalde actualmente del Ayuntamiento de Cabuérniga, ha logrado en unos meses lo que a los viejos y a los cacicones se les antojaba imposible por ciertas artimañas de los pícaros: que también los hay aquí como en todas las partes del mundo...

Ya se está haciendo el trozo de carretera que une a la de Valle con la de Carmona; ha conseguido la agrupación de los Ayuntamientos de Ruente y de los Tojos, para establecer en la capitalidad del valle una farmacia, una veterinaria y otras mejoras no menos importantes; el día 26 del mes actual se inaugura en Valle un mercado semanal y a fines de setiembre uno de ganado; pronto será encauzado el río Saja; ha comenzado a construirse la carretera de Renedo a Viaña y en breve comenzarán las obras del nuevo cuartel de la Guardia civil; se convertirá en carretera el camino vecinal que une a Sopeña con la carretera general; en fin, son tantas y de tan alta calidad las mejoras que debemos a la actividad, al prestigio, al desprendimiento de Eusebio Balbás que me apresuro a contártelas, porque sé de buena tinta el placer y la satisfacción que te causan las cosas de la tu tierra..."

La carta del hidalgo nos ha sorprendido gratamente. Es un amigo nuestro, un camarada de la niñez, el que ha iniciado el desbrozamiento de los resabios viejos, para levantar la nueva fábrica con el arabesco maravilloso del optimismo y de la fe. En lo más íntimo de nuestra vida interior, hemos sentido la inefable sensación que regocija el ánimo cuando vemos el triunfo del amigo o del hermano. El amigo querido de la infancia (que fue con nosotros a la escuela de los Hermanos y nos dió las pomas de su huerta y hasta el pan de su merienda y el abrigo de sus ropas) ha logrado en plena juventud

la conquista de la admiración, y del cariño y de las buenas gentes de su valle, que cotidianamente le rinden el homenaje de su respeto y de su gratitud.

Hermoso blasón para quien, sin vanidades ni egoísmos, va camino adelante, puestos los ojos en las cumbres amadas, en la prosperidad de su pueblo, en el afianzamiento de todo lo bueno, y de todo lo noble y de todo lo honrado. Aquella labor depuradora que llevó a cabo al frente de la Junta vecinal de Sopeña y en la fiscalía del Juzgado municipal, ha encontrado victorioso remate en las nuevas sendas que se han abierto a sus actividades singularísimas. La constancia, la confianza en sí mismo, la entereza de su temperamento, le han hecho penetrar en el secreto de las iniciativas bien logradas, en las claridades que rodean a los deseos huérfanos de fobias y de represalias, desnudos de egolatría y de avaricia, desposeídos de todo medro personal y de todo resabio de concupiscencia.

Así, por tan honestas veredas y por tan rectos caminos, Eusebio Balbás, ha llegado al fin de la primera jornada sin el polvo de la culpa, colmado de laureles, sosegada la conciencia, jubiloso el corazón, más firme, más persuadido de lo que puede hacerse con la rectitud de los procedimientos y con la voluntad y la perseverancia puesta al servicio de las buenas obras.

Claro está que en el camino ha encontrado tropiezos y malas intenciones.

La envidia, la chismografía burda, el runrún mortificante de los fracasados o de los socarrones, son desahogos que no pueden evitarse, pero de los que no hay que hacer caso, como de las pláticas de familia. El triunfo siempre ha tenido detractores, que la mayoría de las veces se esconden en las tinieblas para arrojar el guijarro y el veneno.

Aunque lejos del humo de la borona, como dice nuestro comunicante, no hemos olvidado ni olvidaremos jamás las campas y las curruliegas de Sopeña.

Aún quedan allí personas muy queridas que acariciaron nuestra infancia.

Amigos de escuela y de "magosta", de pastoreo y de "marzas"; Petra de Mier, nobilísima de casta y de espíritu, la de la casa de los jardines floridos, de los naranjos y de las azucenas, a vosotros os dedico estas líneas con un abrazo para el camarada de la infancia, alcalde ejemplar, caballero cabal, que ha comenzado a labrar el renacimiento de esos valles inolvidables, poniendo el cerebro, y el corazón y las ansias en su laboreo meritísimo sin hacer caso de las malas intenciones, de los pecados capitales de los eternamente equivocados, orfebres oscuros que trazan la encrucijada y las cuentas negras de las pasiones torcidas...

MANUEL LLANO

La Región, 22-V-1929.

Ricarde León, el orfebre del estilo, el poeta de los fervores místicos y de las devociones clásicas, mezcla de señor andaluz y de hidalgo montañés, no ha agotado el caudal de su ingenio y de su espíritu privilegiado.

La mordacidad insensata y vanidosilla de ciertos críticos de la lengua y de ciertos literatos bibliosos, sin correa, ni ética ni enjundia, ni léxico, han lanzado la insidia con la honda atávica de la envidia y de la petulancia, burda y descaradamente. Es esta una costumbre que cada día se acentúa más y más en determinada casta de escritores y de pseudo eruditos. La agresividad sistemática en las labores de crítica, que no sabe de concesiones ni de transigencias, se ha cebado en este gran novelista que no ha cometido más pecado que el de resucitar el asendereado y maltrecho clasicismo castellano, con menoscabo, claro está, de los que no han acertado a encontrar el manantial clarísimo donde ha apagado su sed el ilustre poeta malagueño.

Cuando salió a luz "El hombre nuevo", que en nada desmerece de "El amor de los amores" y de "Alcalá de los Zegries" y de "Casta de Hidalgos", los siervos de la crítica negativa, ponzoñosa, flaca de contexturas y vacía de entrañas, hablaron, medrosamente, de agotamientos prematuros, de prevaricaciones inesperadas, de enmiendas y de retorcimientos. La prosa enérgica españolísima, honesta, elegante del autor de "Los Centauros", había perdido, según los hilanderos del modernismo literario, la sugestión, la sonoridad, la fibra de los primeros tiempos, la sal y la pimienta con que sazonó las peregrinas páginas de su comedia sentimental...

Nada más lejos de la verdad y de la razón. Las disciplinas que se esgrimieron desaforadamente al asomar "El hombre nuevo", se han quebrantado bajo el peso abrumador de una realidad magnífica, hermosa, que trasciende a sentencia sabia y prudente, a desagravio espontáneo, a nuevos laureles, a nuevos blasones...

Las bellezas de "Los trabajadores de la muerte", la última novela de Ricardo León, diluyen las sinrazones de esa crítica nociva, mal aconsejada, con puntas y ribetes de pordiosera, para dejar paso franco al ingenio, a las concepciones castizas, sin herrumbres, ni golas, ni greguescos. El clasicismo de que está salpicada la nueva novela del que cinceló las estrofas de "Alivio de caminantes", carece de afectación, de lima, de aderezo trasnochado y retocado. Es un curso de buen castellano, un discreto alarde de bien decir que no está en corcondancia con la sintaxis incoherente, con las cláusulas enrevesadas y hueras de los que se meten a críticos y a bachilleres, sin más bagaje inte-

lectual que las disciplinas que manejan a diestro y siniestro, como las sirvientas, los zorros y los plumeros...

M. Lt.

La Región, 23-V-1929.

217.—EN POCAS LÍNEAS, LOS BILIOSOS

Hosca la mirada, arrugado el entrecejo, eternamente dibujada en la faz la torva desazón que le bulle en el alma. Cerrado el espíritu a los optimismos de la vida, solitario y desapacible como un yermo, insociable, cejijunto, con trazas de avaro y de asceta hipócrifo; receloso y bellaco, suspicaz y mal intencionado, puestos los ojos en el polvo del camino, va por la calle adelante envuelto en negro ropaje que concuerda con las nieblas de su corazón...

La claridad del día, las caricias del sol y de los aires tibios, el azul intenso de los cielos, la quietud de los ambientes revuelven su bilis, estrujan su alma, golpean su conciencia, aprietan su cerebro, hacen trizas sus nervios, enturbian su entendimiento y quiebran su voluntad. Quisiera ver la amenaza de las nubes cenicientas, el resplandor de la centella, la lluvia y el viento, el frío y la nieve; oscuro el cielo y medrosa y empapada la tierra bajo las disciplinas de los huracanes y de las aguas. Que todos sufrieran, atenazantes y crueles, las furias tremendas de las horas negras entre el fragor de las ventiscas y de los tornados, sin los besos del sol, ni el guiño de las estrellas, ni el regalo consolador de una claridad.

El cantar del amor, las risas de la inocencia, la resignación del infeliz, la carcajada del que está lejos de la pesadumbre, la gritería de la juventud retozona y alegre, el ir y venir de las gentes, le enojan y le amargan. Quisiera escuchar las querellas del triste; sollozos en vez de carcajadas, lamentos en lugar de risas, el restallar del odio y de la desesperanza apagando el regocijo del amor y de la felicidad. Todas sus ansias, inquietas y rabiosas, están reconcentradas en el punto negro de la infelicidad de los hombres. Daría un tesoro si le tuviera por inocular su bilis a toda la humanidad. Asperas las palabras sarmentosas, los instintos sin más bagaje subjetivo que el pertinaz espíritu de contradicción del que nacen las ramas retorcidas de la envidia y de la crueldad, anda sobre los anchos lomos del mundo, entre tueras y hieles, sin el sedante peregrino de misericordia y de la alegría.

El bilioso, mezcla de renunciaciones y de rencores, de enojos y de enig-

mas psicológicos, ha nacido para perpetuar la ira y la destemplanza. Es la antítesis de la bondad y de la transigencia. El Consejo de los Dux escogía esbirros y carceleros. Biliosos fueron los famosos dómines de Dickens y los letrados de las alcabalas y de los portazgos toledanos y los alcaides de la Bastilla y los comisarios de la Okrana, cuando el knut tundía las espaldas de los siervos...

M. Lt.

La Región, 28-V-1929.

218.—DEL FOLKLORE MONTAÑÉS. EL CURANDERO

—"Toas las enfermedades se curan con yerbas y con rezos. Una güena cataplasma de romero mezclá con unas embozás de ceniza de astillas de roble, cura la punta de costau para sécula seculorum. Los celos se alivian con endrinas verdes y las malas intenciones con unas rociás de agua bendita en la cara y en el lau del corazón."

Crepitan los leños sobre el llar, bajo la calderona de cobre añejo. Por el boquerón de la tronera penetran las últimas luces del día. Suenan esquilas y silbidos en el camino del monte. A la vera de las ascuas borbotean los panzudos pucheros de los "fisanes" y de las castañas. Un gato negro "rezonga" sobre la "pusiega", somnoliento y manso. En el portal, el seco golpe del hacha espanta a las gallinas que buscan el "aselo", entre "cucleos" y cacareos.

Manzanea recibe la caricia de las últimas claridades. Van quedando solas las mieses y las brañas, los huertos y los agreos. Las yuntas, perezosas y cansadas, pasan por la calleja entre campanilleos y "resollones".

Hay lumbres en el cielo por la parte de las Asturias. El sol traspone la collada y en la llanura cantan las "rigueras" bajo los puentecitos de leños y de retamas que en los días turbios arrastrarán las aguas de nieve.

Tío Anselmo de la Portilla, nos mira sonriente. Es un viejo de "güen ver", vigoroso, apacible, con puntas y ribetes de remolón, algo truhan y grave como hombre de pro. Viste blusa azul sobre el elástico pardo. Hay pespuntes galanos en las "hombreras" y en los puños. Una boina negra, con pico sobre la frente arrugada y espaciosa, esconde la blancura de los cabellos que un día fueron negros y "brilletos" como las barbas borrascosas de "los escuderos del diablo". Sarrosos los dientes como las cadenas que cuelgan sobre la "jor-

nilla", rollizas las manos, firme la mirada, gruesos los labios, encrespadas las cejas, sanguíneo el pescuezo, bermejo el rostro rasurado, es tío Anselmo de la Portilla, la cabal personificación de aquel peregrino rabadán de la leyenda, que curaba las desazones del amor y las pesadumbres y las lijaduras de la conciencia.

Sentados en un escaño duro, de "cajiga apeñascada" y fibra correosa, escuchamos el acento del viejo pícaro, como la voz cascada y temblorosa de la tradición, que lo mismo desciende a los abismos que se encarama en las cumbres. Voz de los siglos y de las edades; de las cavernas y de los palacios; de los mares y de los continentes; de las cataratas y de las tempestades; de las mazmorras y de los jardines; de los vientos y de las aguas; de la nieve y del fuego. Voz del amor y de la pesadumbre; del arnés y la almena; del claustro y de la guerra; del remanso y del estruendo; del odio y de la misericordia; de los infiernos y de las estrellas...; Tradiciones de las blancas hechiceras, de los cariños eternos, de las supersticiones medrosas, de las santidades, de los sacrilegios, de las miserias que lloran, de las riquezas que cantan!

Tío Anselmo es curandero. Ha llenado las olforjas de yerba y de raíces, de flores y de "llabazas". Costal de plegarias y de anatemas contra los dolores del cuerpo y del alma, ha colmado su arca con los dineros de los infelices. Sartas de ajos colgaron de su cuello y hojas mustias y verdes llenaron sus bolsillos...

—"Mi madre me enseñó estas habilidades. Los secretos jueron pa mí más claros que las aguas del ríu. Tantu cerner el ceazu bailó solu como una peonza de las más correntonas y escaravitas. Y así aprendí que la envidia se cura con escajos machacaos, y la melancolía de las mozas enamoradas con cortezas de limón y vinu vieju, y el dolor de cabeza con un emplastu de abonu caliente mezclau con yerba seca.

"También aprendí que no hay mejor cosa pa las muelas que el cardenillu de los cuartos viejos disueltu en agua tibia. El reúma se cura, de una vez pa siempre, con untu de osa cana, y las matauras con cebolla podría y las descalabrauras con lechi cuajá salpicá de vinagre, y las ruturas de las piernas y de los brazos con unas güenas apreturas de cintas de lana colocará empapás en aceite hirviendo. Las mordeduras de los perros y de los lobos y las arañauras de los gatos cicatrizan con lavaos de agua templá, mezclá con unas gotas de anisau. Las leluras de las solteronas desaparecen con unas friegas de hojas de acebu en el mesmu espinazu, y las chiflauras de los viejos con güenas pulientas y güenos vasos de vinu dulce...

Ha llegado la noche. Ya están las yuntas en los establos y las ovejas en

los establos y las ovejas en los rediles. En las rigueras silban los sapos y "coclean" las ranas. Una nuética grazna en la socarreña desmantelada...

MANUEL LLANO

La Región, 29-V-1929.

219.—DEL FOLKLORE MONTAÑÉS. "LAS DONCELLAS DEL DIABLO"

Son hermosas. Tiene los ojos negros y los cabellos "relucientes" y las manos largas y descarnadas. Visten un brial del color de la sangre y calzan unos escarpines amarillentos con adornos negros y azules. Estas doncellas de los ojos negros andan por los montes las noches de plenilunio y enturbian las aguas de los arroyos y de las fuentes, hurtan las flores de los humilladeros, arrancan los claveles de los jardines, llenan de lodo las puertas de las ermitas y de los campos santos.

Poco antes del amanecer descienden de las brañas y de las cumbres a las aldeas y se acercan a los portales de las mozas enamoradas para "rezar" la "jaculatoria de la maldición" y poner amarguras y desazones en sus cariños.

Una vieja de Soba, costal de leyendas y de supersticiones, nos "rezó" la demoníaca jaculatoria que dice de esta guisa:

"De las lumbres venimos a los vientos y a los montes en las alas coloras de los diablos. Mientras haiga mozas enamoradas enturbiaremos las aguas y arrancaremos las flores de los rosales y de las ermitas y sembraremos la mala intención en toas las casas y en toos los caminos. En la vida juimos enamorás y mos alampó el odio de los celos y de la desilusión. La alegría de los amores mos escuece como una llaga en el mesmo corazón. Malditas las mozas enamorás que cantan y ríen".

Estas mal intencionadas doncellas se reúnen todos los sábados, como las brujas, en una hoz angosta y oscura de los puertos de Palombera y danzan alrededor de una gran hoguera entre cuyas llamas asoma el diablo su horca y sus cuernos.

La persona que tenga la desventura de contemplar aquella lumbre morirá abrasada al año justo y cabal, lejos del pueblo, una noche de ábrego.

Puede evitarse el espeluznante maleficio escondiendo en el lado del corazón un manojo de escajos que más tarde han de ser envueltos en un trapo negro y quemados bajo un abedul añoso.

M. Ll.

La Región, 4-VI-1929.

Ţ

Hemos llegado a Pandillo, caserío escondido de la Vega de Pas.

El "regañón" zarandea las ramas desnudas de los árboles, azota los postigos desvencijados, arrastra las "jorcinas" de las socarreñas y penetra en las hoces "renzogando" entre lamentos y crugidos...

Los campanos de unas "gajucas" lustrosas tintinean en la pradera húmeda, a la vera de unos sauces raquíticos, como los barroscos de los seles quemados.

Un crío rollizo, de tirantes colorados, vivaz y respingón, silba estrepitosamente en la ribera de un arroyo. Mosca una vaca tasuga a través de las mieses en barbecho, sin pajones ni calabazas roteñas. Un carro de pértiga canta quejumbrosamente en la cambera bordeada de corpulentos castaños.

Pandillo es un caserío apacible. En sus cumbres gigantes se extienden las brañizas veraniegas disciplinadas por los vientos y las nieves, los aquilones y las ventiscas.

Los mozos que pasan a nuestro lado no llevan palo de acebo rematado con tachuelas amarillas como las antiguas clavas. Se han arrinconado las porras herradas de Cerceña y los chalecos azules y los calzones de color de pasa y las medias acanaladas de blanco...

Una muchacha coloradota, de anchas espaldas y cabellera negra, que pastorea un ato de cabras, canta en risco, entre el tintineo de las esquilas:

Anda no hagas cara mi no te arregostis en baldi, que yo voime cara'l somu dondi corri friyu el airi.

El regañón continúa quejándose en las hoces, zarandeando las gárabas amustiadas, haciendo temblar a las cabañas y a los árboles. Hay soledad en los caminos y en los campos. Los rebaños se acurrian al abrigo de las peñas, de los ribazos y de las cajigas añosas. Las ovejas blancas y las ovejas negras, pancetas y medrosas, escajadas las lanas y mugrientas las colleras, corren por los atajos en busca del asubio de los bosques y de los peñones achozados, resguardados de los vientos.

La moza de las espaldas anchas y de la color bermeja, sigue cantando en el risco pardo:

Marilla la mi Marilla la de la cara de floris, tengo date la cibilla paque nunca jamás lloris.

TT

Pandillo siente los "alampíos" de la pesadumbre. Han doblado los bronces al anochecer. Entre las primeras sombras sonaron dolientes las campanas como una querella del dolor y de la muerte. Temblaron los viejos al amor de la lumbre como sientiendo los pases cautelosos de la que "todo lo pudri". "El Dios le perdoni", se escuchó en todas las cocinas y en todas las corralizas. Cesó el trajín de maseras y trascoladores. El leve ocio transcurrió en rezos y letanías, compungidos los semblantes, apretados los corazones.

La muerte había llamado con el cuento de su negro bordón a la puerta de una cabaña "alicaía". de feble portillera, en la pendiente del prado roturado en lo más áspero del monte. El refrán de "airi es la vida que la muerte acaba" salió de todos los labios a guisa de oración resignada y mansa. La jaculatoria plañidera de la buena muerte, los avemarías de las "ánimas agonizantes", la salve de los pecadores y de los arrepentidos y las plegarias del "Sálvame, Señor", cristianas y tradicionales, como el beso al terrón del camposanto, sonaron lentas y tristes entre el crepitar de las lumbres y el bostezo prolongado de pastores y labriegos.

Salieron de las arcas claveteadas los pañuelos y los mantos negros, las sayas pardas, los rosarios de abultadas cuentas, y entre libaciones y preces comenzó el velatorio en la cabaña "alicaía" del prado abierto en lo más áspero del monte.

HII

Más oraciones, más letanías, más pasar y repasar las cuentas negras del rosario. Una vieja enlutada, largas y descarnadas las manos, enjuto el rostro, con trazas de "anjana maldecida y trashumante", masculla la oración venerable de "las almas que partin los airis hasta más allá del sol". Parpadea la luz de los velones y crepitan las mariposas en las tarreñas coloradas y azules. Pandillo duerme entre los montes, rastrillado por el regañón que besó las cresterías para después quejarse en los desfiladeros y en las canales.

Los ojos de los "veladores" se clavan en el lecho de muerte cubierto con el paño blanco tradicional. Los rezos no se dan punto de reposo. Entre libación y libación canturrea la vieja enlutada la monótona y plañidera letanía de la salvación de las almas.

Al amanecer, uno de los familiares del difunto dice la oración de la despedida con voz trémula y leve.

Entre los sollozos y los suspiros y las "guitoñas" de la anciana desdentada y temblorosa, se oye el rezo postrero como una súplica fervorosa, llena de venemencias y de misericordias.

—"Porque todos los dimoñus del infiernu estén bien aquedaos y encebillaos hasta que el alma de tiyu Pepi llegui derecha a la presencia de Nuestru Señor Jesucristu... Padri nuestru que estás en los cielos...

MANUEL LLANO

La Región, 6-VI-1929.

221.—EN POCAS LÍNEAS. QUERELLAS

Algunos señores académicos han lanzado una queja desgarradora. Desde las poltronas de la docta Casa, donde suelen sestear muy a sus anchas, se han mostrado desazonadísimos, dando riendas suelta a su enfado entre voces recias y alguno que otro anatema anticuado y altisonante.

¡Hay que salir por los fueros del idioma; hay que cerrar a piedra y lodo los portillos por donde penetran los extranjerismos tan en boga en la literatura; es menester llegar a una purificación del lenguaje evitando todo intrusismo de allende las fronteras y todo contacto con las voces bárbaras que han puesto, cual no digan dueñas, al habla de Cervantes!

Las querellas de los doctos varones, que han admitido sin remilgos el empleo de palabras que jamás debieron usarse en el castellano, se tornan ahora airadas y claman por la enmienda de los yerros y de las transigencias que antes toleraron, sonrientes y melifluos como los clérigos de los antiguos concilios, que anatematizaron la barraganería, cuando la sementera había dado sus pródigos frutos.

Estos señores que ahora se querellan indignados y vociferantes, son los mismos que llamaron arcaísmos y frases enmohecidas y cláusulas de gola y de capisayo y concepciones de tizona y de chambergo descolorido a las obras de quienes, en pleno siglo XX, han tenido la gallardía de resucitar infinidad de vocablos que murieron con los clásicos, como la honestidad del bien decir y el decoro de la ética literaria, malparada y anémica por los ayunos de que la han hecho víctima los escritorzuelos injertos en gabacho.

Las disciplinas que a la sazón esgrimen los graves académicos, antes com-

placientes y hasta amorosos con las corrientes de afuera y con los caprichos arrequives del modernismo exagerado, se vuelven en contra suya y los sacan túrdigas del rostro y de las espaldas.

Sus concesiones y sus espaldarazos, sus devaneos por los campos de la otra parte del Pirineo, y sus debilidades hacia ese apócrifo rejuvenecimiento del idioma, les han hecho caer en la cuenta, al fin y a la postre, de que los caminos se apartan de la Mancha para acercarse a la City y a los campos Elíseos, al Loco de Candalor y a la picardía absurda de "Las noches de amor en las riberas del Sena".

El mal no tiene remedio. El limpia, fija y da esplendor, ha admitido las máculas que le enturbian y le manchan. Es una carrera desenfrenada, imposible de contener.

Que hay cosas que una vez que se quiebran no tienen compostura, aunque se invoquen las filosofías del licenciado Vidriera, y los tejazos de Alonso Quijano y las picardías del patio de Monipodio y las aventuras de Gil Blas, como ha hecho en un doliente discurso el académico que más se ha destacado en la protesta.

M. Ll.

La Región, 8-VI-1929.

222.—ESBOZOS

El silencio.

El silencio es una de las virtudes más hermosas y cabales. El hombre silencioso está cerca de la perfección y de la felicidad; su vida será más grata, su conciencia más honesta, su espíritu más fuerte.

"La palabra es del tiempo, el silencio de la eternidad". Saber callar es el patrimonio más rico y el regalo más valioso. Un charlatán es el símbolo del estruendo, de la cabala insidiosa, del chismorreo mal intencionado, del ruido estrepitoso que aturde y abruma. Suele tener jorobas en el alma, tinieblas en la conciencia y tueras y hieles en el corazón.

Las palabras atropelladas y frenéticas de los charlatanes lanzan el lodo que esconde el espíritu. "El que mucho habla mucho yerra". La perfección espiritual de los hombres no debe buscarse únicamente en las disciplinas que enervan la gula, la destemplanza, la soberbia y la envidia. Está en el silencio,

en el discreto ocio de la lengua, en la quietud absoluta del légamo que sale de la boca como un torbellino de ofensas, de vilezas y de injurias.

En este ocio y en esta quietud está el claro manantial que fertiliza las altas cualidades de las almas; el dogal que estrangula las afrentas; la recia mordaza que sofoca la voz de la envidia, de la felonía, de la jactancia estúpida, de la provocación grosera...

El silencio es la raíz de todas las discreciones y de todas las prudencias; la presa de todas las injurias, la cárcel de todas las murmuraciones, salpicadas de ponzoña y de veneno. Es una virtud y un valor. "El silencio es más alto que las estrellas y más profundo que el reino de la muerte".

Maeterlink, el gran asceta del pensamiento, dijo que el silencio del rey o del esclavo frente a la muerte, el dolor o el amor, tienen el mismo rostro y esconden bajo ese manto impenetrable, tesoros idénticos...

Lujos.

Alta, espigadita, rubios los cabellos y cortas las faldas.

Tiene pintados los labios y "klok" en los ojos.

Su padre es zapatero de viejo, amigo de los vasos de buen vino, charlatán y fidelísimo devoto de los mostradores y de San Crispín. Un día con otro gana sus veinte reales menguados para el tabaco y las libaciones.

La niña ha salido refitolera y presumida. El percal la desazona. La seda y las pieles la embelesan como un plato de lentejas al hambriento.

Un buen día pasmó a la vecindad con sus atavíos y sus arrequives. Esencias de heliotropo dejó a su paso. La hija del zapatero beodo emperegilada y llena de afeites dejó absortas a las pobres gentes del barrio. Su madre la vio marchar con la sonrisa del orgullo y de la vanidad. El pimpollo bien merecía aquellas galas, y aquellos colorines y aquellos refinados acicalamientos.

¡También se han hecho los lujos para las hijas de los remendones. Y los perfumes, y los cosméticos, y las cremas y los estucos, y las pinturas y demás artificios que transforman el rostro de la mujer! Hoy un vestido, mañana unos lindos zapatos, otro día una gargantilla o un abrigo de pieles, la hija del zapatero llena el viejo baúl.

El padre, borracho, continúa machacando la suela, sucio el mandil y sucia la camisa.

La hija acrecienta sus lujos. Cada día son más cortas las faldas y más finas las medias y más delicadas las esencias. En el menguado tocador hay frascos de lo caro y bermellones rabiosos. La niña medra el cuerpo y enflaquece el espíritu. Cualquier día remontará el vuelo en busca de las aventuras, como otras tantas.

Hay predestinaciones fatales que se inician a impulsos de las mamelucadas de los padres transigentes y bellacos que se refocilan, entre caídas de baba y sonrisas apacibles, con las galas de las hijas.

Es alta, espigadita. Cada día tiene más cortas las faldas y más bermejo el rostro. Su padre sigue remendando las botas y los zapatos. Ella prosigue su camino hasta sabe Dios dónde...

MANUEL LLANO

La Región, 10-VI-1929.

223.—DEL FOLK-LORE MONTAÑÉS. EL INGENUO ORIGEN DE UN REFRÁN

En la cumbre del Escudo, entre Monte A y la ermita de la Virgen de Las Lindes, hay un picacho agudo que se eleva en la braña anchurosa, entre manzanillos y helechales. Antiguamente los santeros de Las Lindes, que tenían más de pícaros que de anacoretas, hacían granjería de las plantas y de los yerbajos de la braña. En la parte oriental del "pico" había una "mata" de avellano, que diz que tenía muchas virtudes, entre ellas (la más sustanciosa y peregrina) la de llenar las alforjas de los rezogantes ermitaños, que no vestían de estameña como los de Gil Blas, ni tenían barbas borrascosas, ni repartían "agnus dei" entre los críos y doncellas de la contornada.

Los cuales santeros, mitad eremitas mitad galopines, con sus puntas y ribetes de bellacones clásicos y sus miajas de remolonería, no menos clásica, trocaban las hojas del escondido avellano por dineros y magras y alguna que otra gallina, por añadidura.

Las tales hojas daban al traste con la esterilidad, medraban la hacienda, enervaban las tristezas, aumentaban las alegrías, "aventaban" el hambre y los dolores. Eran una especie de anatema contra la pesadumbre y los maleficios y los reveses de fortuna. De ermitaño en ermitaño se fué heredando la superchería hasta que una noche...

Era el comienzo del invierno. Rugían los vendabales y los vientos. Las primeras celliscas repiqueteaban en los castros y en las lastras, en las paredes de los invernales, en las crestas de roca. Dormía el santero apaciblemente sobre el abultado jergón de hoja panojera, áspera y ruidosa. Un resplandor siniestro iluminó los cielos y la sierra y el rayo derrumbó la "mata milagrosa", consuelo y esperanza de las mujeres "estiles"...

Desde aquel punto y hora las recién casadas visitaron el "pico" como en recuerdo del avellano de la "guena" suerte. Mientras contemplaban las resquebrajaduras del castro, rezaban unas complicadísimas jaculatorias, en las que no quedaban muy bien parados los rayos y las tempestades. Al descender de la cumbre visitaban la blanca ermita y dejaban unos "cuartos" al santero a cambio de unos rezos.

De esta vieja costumbre, ya desaparecida, nació el refrán: "Hojas de avellanu y cuartos al santeru, arrejonden al alma y sal el hiju enteru".

M. Ll.

La Región, 15-VI-1929.

224.—ESBOZOS, LAS AVENTURAS...

Un mozalbete aragonés se ha fugado de la casa paterna. Ha querido correr las aventuras como Gil Blas y Marcos de Obregón. La existencia anodina del pueblo le consumía el ánimo y le cortaba las alas. Su imaginación, aguda y lozana, le hizo soñar con otros caminos más anchos, con otros horizontes más claros, con otros ambientes más optimistas. Y un buen día saltó las bardas del corral después de hurtar algunos dineros y comenzó la jornada, carretera adelante, alborozado el corazón y en los labios un cantar como el pícaro sacristanzuelo de Lerma, sibarita y andariego, sin blanca, sin alforja.

En la primera venta que topó en el camino se quebró la ilusión. El buen mozo aragonés tornó a su casa entre dos tricornios, apesadumbrado, sollozante, lleno de confusión y de zozobra. Su rebeldía fue inconsistente, medrosa, quebradiza, sin medula ni nervio. Convirtióse el cantar en llanto, la esperanza en desaliento, la energía en flaqueza. Hogaño no se corren aventuras. Se está mejor en casa, mientras no falte la puchera y la hogaza. Algún que otro respingo, cuatro impulsos a flor de piel, media docena de baladronadas y aquí se acaba el resuello y se mueren las ansias.

Correr la ventura es cosa que nos enturbia el espíritu y nos ata las energías. El resabio, clásico forcejeo y empujón, embrujo y gallardía, que lanzaba a todos los caminos, a todas las rutas, a todas las empresas de la mar y de la tierra, se ha desposeído de su indomable fortaleza. Hoy una prevaricación, mañana un encogerse de hombros a cambio de una lisonja; otro día un estarse quedo ante una amenaza o una bolsa, los hombres han preferido el dulce farniente, la tertulia de la botica, el mentidero de la plaza, la murmuración

en el porche o en la taberna, el adocenamiento de las actitudes que apenas si dan para mal comer, a correr el albur y penatrar en el dinamismo de la vida sanamente ambiciosa, que no se resigna a criar moho debajo de los manguitos.

La vida quieta es para los rentistas, para los medrosos, para los pobres de espíritu, para los enclaustrados, para los accionistas, para los que cabalgan a lomos de bien cuidados rocines, enjaezados guapamente, como las pollinas gordezuelas de la añeja y clasiquísima diatriba. Pero esa quietud, rémora, y dogal y tramapa del espíritu y de la materia, rienda de rebeldías, ligadura de los anhelos, grillete de las ambiciones, es perniciosa y mortificante para los que han comenzado a mover el remo en la desquebrajada galera, a cambio de una bazofia con más huesos que magras, de un mal lecho, de un mal vestido, entre desazones e incertidumbres, hijos anémicos, mujeres desmedradas, duelos y quebrantos, trampantojos, temores, abusos, lágrimas, caídas...

En esta noche eterna, con nacimientos de miserias, lloros de niños, quejas de madres doloridas, va avanzando la galera, siempre lo mismo, al golpe del comitre, por los mismos mares, por las mismas rutas, bajo los mismos cielos, frente a las mismas riberas, siempre las aguas turbias y las nubes negras...

Y todo por no atreverse a correr la aventura por el miedo a la vida, a los hombres, al destino; por no dejar el banco desocupado y el remo en ocio; por no pedir la exaltación de la justicia en contra de los desafueros y de las avaricias, de las soberbias, de los exclusivismos infamantes que aún perduran en el mundo para congoja y desmayo de las multitudes amarradas al escabel duro, de hierro y de piedra...

Ese mozo aragonés es un símbolo. Un símbolo de decaimientos espirituales, de zozobras, de temores. La tozudez de su raza ha quedado malparada. En la primera venta que topó en el camino real, perdió los bríos, se le enfriaron los ánimos, enflaquecieron las ilusiones, se hicieron pedazos las ansias de escarcear en nuevos horizontes, de apagar la sed en nuevos manantiales, de curtir su rostro con otros vientos. Lo mismo que otros, lo mismo que casi todos. El miedo les ata, les paraliza, les encoge en los primeros obstáculos. Y se da el caso peregrino de que nace el arrepentimiento. La mayoría de los que se rebelan, de los que huyen, de los que se apartan, de los que no se resignan, tornan al redil, a las estrecheces, a las oscuridades, llenos de mansedumbre, cabizbajos, sollozantes, medrosos, cariacontecidos, pidiendo perdón y penitencia...

Y es que no están los tiempos para correr aventuras. La psicología colectiva se ha tornado ociosa, impasible, comodona, indolente.

La flaqueza de las individualidades ha formado el núcleo inmenso donde se abaten las energías y las virtudes. Ni el egoísmo es capaz de calentar la sangre. Al Caballero de la Triste Figura le enardecía una menguada vacía de barbero. A las generaciones actuales las seduce la remolonería del escudero glotón...

Las excepciones, que las hay en todas las cosas del mundo, son en este caso voces que se pierden en el desierto, ecos quejumbrosos que no llegan a las almas, querellas que los vientos acallan en plena estepa...

Algo así como el reproche del náufrago, débil y solitario, a las iras y a los bramidos del mar...

MANUEL LIANO

La Región, 18-VI-1929.

225.—EN POCAS LÍNEAS, EL EXABRUPTO DE UN SENADOR

El señor Pleuse aún usa gola. La tiene en el espíritu y en la conciencia. Es un británico de los que se mofaron de "El hombre que ríe", trasplantado al Farwets, en la pasada centuria. Fue banquero en La City y armador en Glasgow. Cazó bisontes en las grandes praderas y llegó a senador, cuando comenzaron a blanquear sus cabellos.

El buen Pleuse, de la Carolina del Sur, rígido, impertérrito, rubicundo, se muestra ahora enojado y fosco. Ha desbocado sus iras. Colérico y vociferante, ha armado un estrépito de mil diablos en el Senado yanqui. El aristócrata inglés, nacionalizado en los Estados Unidos, por caprichos del destino, ha mostrado con desembarazo y brío, el color amarillento de sus pergaminos ásperos y agraviados.

"Las gentes de la nobleza no deben cultivar el trato de las personas de color. Descienden de esclavos. Son ineducadas y groseras..."

Y el gran hombre ha golpeado el leve pupitre, entre espumarajos y miradas rabiosas. La flema inglesa se ha trocado en inquietud inconcebible, en preocupación nerviosa, en recelo oriental, en persistente escarcear de la soberbia que no sabe de templanzas. Los negros le descomponen. Es una raza de lepras y de morbos, de bárbaros y de siervos.

Y el hombre que fue banquero y armador y ahora miembro del Senado norteamericano, sale por los deleznables fueros de las castas blasonadas, con menoscabo y afrenta de las pobres gentes de color. ¡Oh la aristocracia vanidosa con sus remilgos, con su sangre azul, con sus papeles añejos, con sus panoplias, con sus heráldicas!

Nos dan pena los alfeñiques de la humanidad, como Pleuse. Sentimos honda compasión hacia los hombres que darían su heredad por un privilegio honorífico. Ese exabrupto del prejuicio y de la soberbia, del odio y de la crueldad, es una ofensa y un latigazo en pleno rostro. Hay quien tiene rijas en el corazón y yedras retorcidas, y aguijones de áspid y manantiales de oprobio; de goma el espinazo y de roca el alma. Quien conserva aún en la entraña viva la fobia atávica que puso abismos entre los señores y los plebeyos, no es hombre del siglo, ni cristiano, ni noble, aunque descienda del Cid o del zancarrón de Mahoma.

Es coetáneo del Fuero Juzgo, del puente levadizo, del perdón y de la caldera, del derecho de pernada, de la loriga y del arnés.

M. Lt..

La Región, 21-VI-1929.

226.—DEL FOLK-LORE MONTAÑÉS. SUPERSTICIONES DE LA NOCHE DE SAN JUAN

Aparte de las hogueras, del adorno de las fuentes y del casticísimo trébol, la noche de San Juan tiene una característica casi ignorada y que retrata de una manera clarísima la peregrina ingenuidad de nuestros aldeanos.

Es una costumbre ya desaparecida como tantas otras.

Todavía no hace muchos años en algunos pueblos de la parte oriental de la provincia, existía la creencia de que en "la noche de las lumbres" abandonaban sus tétricas mansiones "los diablillos de los amores desgraciados", vestidos con pieles de raposa y de tasugos, de lobos y de rámilas. Al filo de la media noche, cuando las hogueras llenaban de resplandores las campas y "los campucos de las iglesias", los mal intencionados y perversos diablos paseaban por las mieses próximas a los pueblos, entre danzas y piruetas, sembrando el maleficio entre las mozas enamoradas de los hombres rubios. El cual maleficio trocaba el recato en coquetería, la virtud en pecado y la modestia en orgullo. Las novias de los mozos rubios que no querían perder el recato y la belleza del espíritu, tenían que estarse quedas en las ennegrecidas cocinas, desgreñadas y tristes, esperando a que "el su rondador" llegara con un

ramo de laurel que antes había sido rociado con las aguas del río, a la vez que se rezaba la siguiente jaculatoria:

"Quitar los malos pensamientos de la moza que yo rondo. Que medre la su virtud y el su amor. Que ande siempre por los buenos caminos sin torceduras ni arreparos. Diablillos del mal querer, que Dios confunda las vuestras intenciones".

Las mozas, al recibir de manos del novio el ramo del laurel, quemaban sus hojas y guardaban en una bolsita de lienzo blanco un poco de ceniza y un trozo de la rama, que días después de los esponsales arrojaban al río en presencia de los padrinos.

Cuando las aguas arrastraban la diminuta bolsa, los novios se besaban en la frente y permanecían leves momentos en silencio.

Las novias de los mozos morenos estaban libres de tal maleficio.

Hasta la fecha no hemos podido averiguar el porqué de esa deferencia de los diablos, vestidos de pieles de raposas y de rámilas, para los no rubios.

M. Ll.

La Región, 24-VI-1929.

227.—ESBOZOS. EL RESPETO A LA MUJER

Eduardo Zamacois habla del respeto a la mujer. Tema es este que nos sugiere algunas consideraciones acres y enérgicas: que es el único recurso que tenemos para consolarnos los que no poseemos el inestimable privilegio de evitar los desafueros y las sinrazones.

El respeto a la mujer es una de tantas cosas baladíes de la que no se ocupan el noventa por ciento de los hombres. Una carambola del billar, una desembarazada picardía de la tertulia del café, de la peña; una murmuración, una insidia, una disputa, enardecen el ánimo y calientan la sangre En estas desdichadas contiendas se nos van los bríos y las ansias con menoscabo del corazón y del espíritu; se va ensombreciendo la delicadeza de los sentidos, es más plebeyo el pensar, y menos honesto el decir, y más villano el anhelo de trocar en vicio lo que debiera ser una virtud de las más firmes y cabales.

Entre el rodar del márfil y el embrujo de los naipes y las polémicas de stadium y de circo y otros menesteres de este arte en que bullen los hombres, los hombres de canas y los hombres de bozo incipiente, los que no prevarican y los que sienten las flaquezas; entre este solazarse los sentidos, y este embe-

leso de las potencias y este consumirse y acabarse de las altas calidades de la cortesía y del requiebro sin lodo ni agravio, se oye la querella insistente y dulcísima que nos repudia y nos censura.

Es una voz que trasciende a espíritu; a espíritu suave y enérgico a la vez; que tiene inflexiones de dulcedumbre, dejos de amargura, melancolías y caricias, reproches y desalientos, esperanzas y zozobras. La misma voz que se alzó entre el estruendo y la contradicción del famoso Congreso romano, antes de que la guerra desatara sus iras y sus hervores de encono y de venganza:

No olvidéis que tenemos alma y corazón como vosotros. No queremos preponderancias ni acatamientos serviles. Queremos respeto y caballerosidad en la calle y en el hogar, no humillaciones y desvergüenzas, ni el insinuar afrentoso de lo que debe sepultarse en la conciencia como pudre y escarnio...

Queremos respeto. He aquí el anhelo y el manatial, el surco y la semilla, el néctar y el ánfora. En estas dos palabras, que encierran las singulares bellezas de un florilegio de poemas y de madrigales, está la exaltación magnífica del alma femenina, con sus enojos y sus mansedumbres y el reproche a ciertos desembarazos varoniles que fundamentan su deleznable hombría en una superioridad dominante y jactanciosa, de vocablos gayanescos, de jaques ademanes, de bíceps y de músculos, de frases astrosas como los trapos de los desventurados y andariegos saboyanos de las novelas de Daudet.

El respeto a la mujer, hogaño alicaído por el forcejeo inclemente de la malicia que no se da punto de reposo en sus desenvolturas y en sus bureos huérfanos de decoro y de gallardía ática, es uno de los problemas más palpitantes y trascendentales. Necesita un gran remedio para que su raíz se purifique y sus ramas no se amustien y sus brotes no se sequen.

Un remedio que ampute, que enerve, que sujete, que seccione implacable, que amordace y ate. que enderece, que ahonde en la llaga, que extirpe, que cauterice, que ponga en vigor la profilaxia de la educación, de la buena crianza, de los deberes, de la ética y de algo más hermoso y delicado, que no gusta del desenfado, falsamente lisonjero y burdo que ha salido de las zahurdas a tomar el sol, provocativo y soez.

Más cortesía, más consciencia, más espíritu, más corazón, más alma.

Hace falta un raudal infinito de sentimientos que amparen y alivien, que pongan la caricia donde otros tunden y escarnecen; que troque la vileza en respeto y la ofensa en regalo y la aspereza en suavidad y en clavel la espina.

Menos desgarro y menos procacidad, hombrecillos inconscientes que arrojáis al paso de la mujer manojos de hortigas. Menos pulcritud y menos acicalamiento y menos cosméticos y heliotropos en cabellos y vestiduras y más aseo en la morada interior, más claridades en el cerebro, más resplandores en la conciencia.

¡El respeto a la mujer! Hermoso poema de amores y de luceros, de vehemencias gratísimas, de maternidades, de idílios, de jardines deliciosos donde cantan los pájaros y las fuentes, entre las rosaledas eternamente florecidas. Bella empresa para un legislador que desempolvara la lanza del ilustre manchego y arremetiera furiosamente contra los mamelucos y los follones que andan por esas calles de Dios, en los labios una grosería, en la mirada un agravio y en el corazón un manantial de morbos y un aljibe de aguas turbias.

MANUEL LLANO

La Región, 25-VI-1929.

228.—EN POCAS LÍNEAS, FRAY LUIS

Un día un bárbaro (poeta modernista con puntos y ribetes de filósofo a la moda) se metió con Cervantes. Fue la osadía de un bachiller con paramento bordado, "trotones" los cascos, cenceño, rebelde, más harto de vanidades que de letras y virtudes. Ahora otro bárbaro (poeta rondeño, descalabrado en las contiendas del arte, ha dado en la flor de esgrimir las disciplinas de sus iras y de sus deshonestidades en contra del ilustre comentador del "Cantar de los Cantares".

Fray Luis, lo mismo que el padre de "Don Quijote", que Juan de la Cruz, que la mística doctora de Avila, es el blanco donde disparan sus necedades estos poetastros de las greguerías y de los jeroglíficos, capaces de poner en solfa al lucero del alba.

Claro está que los venablos y los arcabuzazos se rompen contra la roca viva que guarda el tesoro forjado en los claustros y en las celdas, en Argel y en Lepanto, en Argamasilla y en la Mancha, entre la llama regalada del amor de Dios y el estruendo de las batallas y los tacos, zambras y trajines de las ventas, con morazos encantados y maritornes bellacas.

La irreverencia del poeta rondeño es una de las manifestaciones de esta pedantería modernísima, escéptica, soberbia, adusta, intransigente, donde no faltan Avellanedas que entran a saco en el cercado ajeno, los consumidos por el espíritu de la contradicción y de la egolatría.

A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Bajo la estameña y los cilicios mortificantes, latió un gran corazón lleno

de ansias dulcísimas, de amores eternos, de deseos divinos, de anhelos y de congojas. En las lumbres de una fe inextinguible se curtieron sus pensamientos y sus sensaciones; fue dorándose la poesía, creció noble y robusto el numen espléndido que huyó del mundanal ruido para orar en su huerto y conversar con Dios en la calma apacible de la ladera.

Los que han sentido caer sobre el espíritu las sombras y las centellas, las nieves y las brasas de todos los dolores y de todas las cuitas; los tristes, los desventurados, han encontrado en esos remansos de Fray Luis un rayo de sol que bese sus frentes, bálsamos para sus llagas, alivios para sus penas.

Panales gratísimos que no están al alcance de los poetas rondeños, que hacen madrigales a las cortesanas y niegan el resplandor de los luceros...

M. Ll.

La Región, 27-VI-1929.

229.—ESBOZOS, CARIDAD

Un diputado francés se ocupa en "Le Matin" de la decadencia de la caridad. En la prosa descarnada, violenta, llena de reproches y de amarguras, se observa clara y misericordiosa la noble templanza de un espíritu cristiano, abierto de par en par a los quebrantos y a las vacilaciones de los que andan por los ásperos caminos del mundo a merced de todos los huracanes y de todas las inclemencias.

La humanidad, en el vértigo enloquecedor y voluptuoso que domina todas las potencias y corroe todas las entreñas, va perdiendo la consistencia espiritual tan necesaria para armonizar las cosas del mundo; para restaurar el imperio maravilloso del corazón para cegar las sombrías hondonadas y los medrosos abismos donde caen, formando haces siniestros, los que han perdido en las borrascas y en las tinieblas el pan y la felicidad.

"Hace falta mucha caridad, un torrente de caridad para salvar al mundo." He aquí la gran verdad, la esencia y la levadura, la arteria, el tronco y el manantial de todas las elocubraciones sociológicas; la raíz y el fundamento de toda ansia divina y humana; el fin de las luchas, de las crueles rivalidades, de los odios soberbios que ensombrecen y queman la conciencia de los sin ventura, consumidos por la perpetua sinrazón del hartazgo, de la avaricia, del olvido de la parábola amorosa, que trascendía a mieles y a regalados consuelos.

El noventa y nueve por ciento de las almas no están compenetradas con la caridad.

La conmiseración teórica ha llegado a ser cosa trivialísima a fuerza de usarla, de manosearla, como un tópico de no muy honrada contextura. Tiene resabios de hipocresía, acentuadísimos ribetes de convencionalismo y reflejos de una urbanidad insincera que enseña a sonreír o a entristecerse, no en concordancia con el estado del ánimo, sino bajo el imperio de las circunstancias ajenas que maldita la mella que hacen en el corazón.

Esta caridad de teorías, de lástimas aparentes, de compasiones ficticias, jamás ha remediado una necesidad ni ha enjugado un llanto.

A lo sumo, ha hecho nacer en el espíritu de los plañideros artificiosamente entristecidos el fiero terror a las disciplinas y a los embates de la miseria, de las penas, de los dolores, de las hirvientes encrespaduras del negro piélago a donde van a parar todas las lágrimas. Todo lo que no se siente, todo lo que no llega a la entraña viva; lo que se queda en las pupilas, a flor de labio, en la epidermis; lo que no penetra en las moradas internas; todo lo que no abrasa, lo que no estremece, lo que no toca en la delicada fibra de la sensibilidad, es pernicioso y falso.

Si algún día necesitáramos de la caridad, más agradeceríamos un consuelo salido del alma que un puñado de oro dado con frialdad, con indiferencia, como el que arroja la punta del cigarro...

El diputado francés que se lamenta de la decadencia de la caridad, culpa de este retroceso de los instintos misericordiosos a los afanes desatados de el emperio maravilloso del corazón, para cegar las sombrías hondonadas y chedumbres.

La egolatría, el hambre insaciable de trocar las estrechuras en abundancias y la marmita en ánfora y la vigilia en hartazgo, han aderezado una nueva psicología más apegada al sibaritismo que al remedio o al alivio de las cuitas del prójimo.

MANUEL LLANO

La Región, 2-VII-1929.

Para Máximo Fernández, amigo de la infancia, con el mayor afecto.

I

Habían repicado recio las campanas de Quivierga. Una vez al año, una sola vez, se desbordaba la esplendidez en los yantares, blanqueaban los manteles en las mesas y se interrumpía el trajín en las "maseras".

Las "tarreñas" desportilladas, los burdos cubiertos de madera y la fuentona familiar, descansaban en los vasares, de la brega constante del año.

Habían repicado los majuelos, al amanecer; los "relinchíos" de alegría y de optimismo se desbordaron por todas las callejas y por todas las campas; se alfombraron los caminos con flores y hierbas; en los balcones, lucieron al sol, las colchas más preciadas; echaban humo todas las chimeneas y alrededor de la iglesia, en toscos postes de roble, ondeaban banderas y lazos de percal.

Fue una iniciación del día, jubilosa como una victoria o como ventura singular. Escondiéronse los pesimismos y las cuitas ante el monótono cantar de las campanas. Las víctimas de las aparcerías olvidaron las puñadas y trompicones de la usura; las incertidumbres terribles de la contribución; la libreta manoseada y sucia del tabernero; la mezquindad de las cosechas; el vacío desalentador de los "soberaos".

Las sombras aterradoras que se encuentran en los tortuosos caminos del trabajo, las dudas y los quebrantos; las "maquilas" que hurta el molinero; los ramos de panojas diestramente aderezados que cayeron en las descomunales talegas de los acreedores, no ponían nubecillas de inquietud en las gentes de Quivierga.

Paréntesis breve y deleznable de la felicidad, era menester disfrutarle, bañarse en sus aguas purificadoras, rendir honor a tan alto privilegio, arrojar los trapos viejos y lucir las vestiduras que huelen a manzanas y limones.

Los miserables en estas fiestas campesinas, con harta pesadumbre y no pocos suspiros, aumentan la sustancia de la "puchera"; los espléndidos despluman las mejores aves del corral; los pobres hurtan los conejos o el gato del vecino, y los hidalgos, altivos por resabios de casta, sacrifican un "bello", celebran "saraos" y hacen aspavientos ante las danzas de la juventud labradora, al son de las panderetas adornadas con cintajos y cascabeles.

Quivierga celebraba la fiesta del santo patrón.

En la "campa", las panderetas y las "tarrañuelas", armonizaban "la danza tradicional, elegante y señorial, aunque sea solaz de plebeyos". Las "vascas" de color de rosa; las fajas encarnadas; los delantales blancos, primorosamente ribeteados; las blusas azules; los pañuelos de seda preservando del polvo las hermosísimas cabezas de las muchachas; los requiebros y las coplas pícaras o inocentes, todas las notas típicas de una romería montañesa en 10 más pintoresco de Cantabria...

ĭΙ

Toño, apartado forzosamente de aquel júbilo extraordinario que rompía las penas de los quivierguenses, contemplaba desde la cumbre la estruendosa fiesta.

Hasta él llegaban los cantares y los bullicios de los romeros, y entre la abigarrada multitud creía percibir la "vasca colorá" de Carmela, la más bonita y la más adornada.

Ganas le dieron de correr por la cuesta, saltando los escajales y las "garmas", atravesando los senderos, cruzando el río y la mies, y tomar parte en los cantares y "respingar" con los mozos y parlar con Carmela a la sombra de la encina secular.

Fue un deseo violentísimo y tenaz que se le agarró a la voluntad fuertemente. El ansia juvenil de amor y felicidad hízole prisionero de sus fantasías y de sus vehemencias. Al ensalmo de las danzas y de las canciones, una ráfaga de rebeldía penetró en su espíritu; pero estas ansias fueron enervándose hasta quedar convertidas en un suavísimo deseo, en una resignación mansa y humilde que puso tristezas donde antes encontrara morada la rebeldía.

¿Quién era él, pobre y mísero cabrero para abandonar el monte y llegar al valle y mezclarse con los muchachos y bailar en la campa y requebrar a las mozas?

Su recreo estaba en la sierra, en las chozas de piedra y terrones que levantaba en los "seles" para guarecerse en los días de tormenta; en las orillas de las "canalonas" viendo saltar el agua por los peñascos; en las praderías y en los invernales, en los barrancos y en los bosques. Si alguna vez quiso traspasar aquellos menguados límites, dióse cuenta de su impotencia y de su desamparo.

¿Adónde ir con aquella pesadumbre que le mortificaba, con aquella pena que le consumía, con aquella vergüenza que le zarandeaba a su antojo, disciplinándole horriblemente y arrojándole de todos los hogares como un ladrón?

En todas las grandes desventuras no falta el rayo de una esperanza. El peso abrumador de los prejuicios no es suficiente para aplastar el ánimo

cuando nace una ilusión y en lo más íntimo del alma se siente la caricia del amor. Toño, que había sentido brotar en su espíritu un cariño profundo y vehemente, asióse a él con todas las fuerzas y con todos los entusiasmos.

La vasca encarnada de Carmela que divisaba en la llanura, como una promesa, le hizo sonreír y cantar. Allí estaba el fin de sus melancolías, el término de una jornada en que no encontró la caridad en ninguna puerta el comienzo de la victoria.

Un buen día, apenas vino al mundo, apareció sobre un montón de heno en un portal de Quivierga. No conoció los amorosos cuidados de la madre, ni el calorcillo inefable del santo regazo.

Criado por una anciana pobre y achacosa, que se impuso aquella obra misericordiosa, quedó abandonado de nuevo, en plena infancia, con un estigma afrentoso e inicuo.

Desde entonces fue el cabrero de Quivierga.

Pasaron los años más crueles de su orfandad. El niño, esmirriado y endeble, habíase convertido en un mozo fuerte y de apuesta traza, que gustaba las mieles sabrosísimas de un amor escondido en el corazón, como secreto dichoso.

Aquella tarde de romería sintió más reciamente que nunca las ansias de mejorar de condición y ser como aquellos jóvenes que retozaban en la "campa", bailaban en el "corro" y regalaban "perdones" a sus novias.

El vuelo de su imaginación no se remontaba a peregrinas ambiciones. Abandonaría el palo y la pelliza vieja y remendada, y el zurrón sucio que le servía de alacena y de cofre para sus mezquinas "soldadas".

No faltaría un alma buena que le diera en aparcería algunos carros de tierra, una yunta de vacas para el laboreo, un arado, un carro de "estirpia" y un ato de "recilla". Con aquellas para él privilegiadas riquezas, comenzaría una vida de trabajo perseverante y fructífero. Sería labrador, cultivaría la mies con exquisito esmero, haría "carros de leña" en el monte, segaría el áspero "rozo" de las cuestas y la hierba de las praderías; iría a las "jilas" y a las "deshojas" y bailaría con Carmela en las romerías para dar "salenguana" a los rivales envidiosos.

En aquel venturoso nacer del optimismo no había la más leve sombra de decaimiento. La voluntad, robustecida por el amor y la esperanza, sentíase capaz de las más difíciles conquistas; de luchar con la vida a brazo partido y de lograr la felicidad, aunque se escondiera en las entrañas de la tierra. Entonces, cuando arrojara los bártulos del pastoreo y su "bígaro" dejara de sonar en las brañas y en los pernales, pondría en la ventana de Carmela el ramo del amor, cantando en la primera ronda el romance sentimental de los quereres.

Toño, con aquellos acariciadores pensamientos, miró retador al campo de la romería. Fue una mirada altiva, desdeñosa, en la que puso los más íntimos anhelos.

El sol trasponía los nevados picachos de Leroba. Se apagaron los cascabeleos de las panderetas. La "recilla", entre balidos y tintineos de esquilas, comenzó el descenso por la cuesta, al barrunto de los apacentaderos...

HII

- —Quiérote con toa el alma y con tos los sentíos... Paez que una lumbre me quema el corazón cuando te veo tan maja y tan coloraúca...
- —Lelás que te han pegau dende que andas con los mozos en las rondas y en las jilas. La pobre Carmela no es maja ni colorá ni quier que la jagas burla como si juera una lela.
 - -¡Si no te jago burla, mujer! ¡Si es una verdá honrá y sigura!
 - --: Créeslo, Toñín?
- —¡Pos no lo voy a creer! ¡Si lo siento aquí adentro, y en los sentíos, y en los ojos, y en el entendimientu y jasta en la mesma sangre! ¡Si el día que no te veo paez que me entran congojas y que falta el aire y el resuellu!... ¡Dánme unos ajogos cuando no vienes a la letra!
- —¡Virgen la mi madre y qué cosas se te ocurren. Toñín, déjasme alelá con esos decires que has aprendíu desde que dejaste la recilla y dijísteme que me querías con tou el corazón. Paez que abora tienes otra cara y otru aquel en toa la traza. Se te ha subíu la labranza a la cabeza y na más que discurres mentironas para enrelochame como a una tonta...
- —Dígote la verdá, y too lo que siento, y tos los pensares y toas las fantesías. Dejé el zurrón y las cabras por esta querencia que te tengo; pa ser como los otros mozos, pa rondate toas las noches y pa jaceme un hombre trabajaor, del que no tengas arreparos ni vergüenza. El cabrero es cosa ruín pa una moza tan lucía y tresná.
- —Cuando hay querer no hay vergüenza ni arreparos, Toñín el míu. Quísete cuando eras criau de toas las casas, quiérote agora con toa la ilusión. Mesmamente te hubiera queríu guardando cabras en las cuestas que sembrando granos en la tierra. Pa el querer no hay arreparos en los rimiendos ni en la probeza...

Discretamente, hasta que sazonara el trabajo de Toño y recogiera la primera cosecha de sus tierras en aparcería y adquiriera merecimientos con sus incesantes trajines, el noviazgo permaneció secreto, cosa harto difícil por la indiscreción de los ojos, por las delicadezas y las preferencias en el baile y los rubores al encontrarse en las callejas, en el pórtico de la iglesia o en los senderos de la mies.

Todas las tardes, cuando el "sol del atardecer" ponía tristezas infinitas en la campiña y en la serranía, Toño y Carmela desgranaban sus idilios en las riberas del río, lejos de las miradas indiscretas y delatadoras de las gentes.

Así florecía el amor con sus dulces inquietudes. Las zalamerías de Carmela, rebosantes de mansedumbre y de ingenuidad, sus palabras de niña inocente, acariciantes y consoladoras, habían obrado un milagro en la psicología medrosa y humilde de aquel mozo; triste jayón montañés, curtido desde el punto y hora de nacer por los helados vientos de un convencionalismo secular y repugnante.

Ya no le importaba su desdichada condición, ni las miradas burlonas de las malas gentes, ni tan siquiera saber de los padres pecadores y crueles que habían renegado de su sangre, arrojándole en un portal como un lobezno.

Él se abriría holgado camino en la vida, de la mano de aquella mujer que le brindaba compañía y aliento. Trabajaría en las glebas y en las praderías, iría haciendo su nido con la constancia de los pájaros, hierba a hierba, y pondría en sus hijos el amor que él no había conocido. ¡Todo por aquella moza que tenía "en los sentíos, y en los ojos, y en el entendimientu y en la mesma sangre..."

IV

Habían comenzado a recogerse los frutos espléndidos de la cosecha. Las mazorcas, sazonadas por el ardiente sol del estío, llenaban las "maconas" y las "estirpias", y por las camberas de la mies pasaban los carros de pértiga "cantando" que jumbrosamente, bajo el peso de las panojas.

Las inquietudes de los labradores se vieron recompensadas prodigiosamente. Se cantó en las mieses como en los días de siega, cuando descienden las "rastrilladoras" de los lombillos.

¡Días de gratísima brega para los vecinos de Quivierga! A las incertidumbres por la inclemencia de las nubes y el temor de las pertinaces sequías, había sucedido un alborozo inmenso. La melancolía profunda de las "segaderas", las seguidillas y los cantares de ronda y de "antruído" salían de las mieses como himno de victoria y de prosperidad.

Carmela, ruborosa y llena de incertidumbres, al aproximarse la hora en que Toño había de llamar a su puerta, huyó de la casa y escondiose en la "nogalera" cercana.

Al llegar a la portalada sintió el mozo cómo iba desfalleciendo su vo-

luntad, la inquietud que se apodera del espíritu en los momentos en que ha de decidirse nuestra felicidad o nuestra desgracia.

En un poderosísimo esfuerzo de energía, contuvo las aguijoneantes flaquezas del ánimo, retorció violentamente las ligaduras enervadoras que le impedían andar con firmeza y serenidad por la amplia corralada, y como un fugitivo que tiene cerrados a su espalda todos los caminos, siguió adelante, adelante...

...

- —Yo venía a decirle dos palabras al respetive de un pensar que tengo jaz tiempu metíu en los magines...
- —Pos tú dirás, Toñu, parla to lo que quieras que si puedu agraciate güena voluntá no me falta pa ello.
- —Pos la cosa es, tíu Nisio, que yo tan trabajador y tan honrau como cualquier mozu de Quivierga, onque tovía la hacienda no es lo recia que yo quisiera, paéceme a mí que el que jaz una macona jaz ciento...
- —La pura verdá, Toñu, la pura verdá. Con una jaza empecé yo y a juerza de fatigas tengo güenos carros de tierra y agreos y praos que son una bendición.
- —Alégrome de que usté tenga los mesmos pensares que yo. La recilla está bien pa los viejos y pa los que ponen mala jeta al trabaju... Los mozus tenemos en la labranza el aquel de una vida menos pobre y más lucía. Por eso dejé yo la pilliza y agarréme al arau y al dalle con toa la elusión y con toa la juerza.
- —Así jacen los mozos siguros, Toñu. La recilla da jambres y mojaúras y muchas desazones con las españaúras y las rebecuras indinas de las cabres
- —Pos como le decía —interrumpió el mozo confiado y animado por la amable acogida del padre de Carmela— estoy jartu contentu de la mi cosecha. Tengo una casa pobre, pero maja y soleá como un palaciu, y fáltame abora una cosa pa tresnar la hacienda y vivir en paz y en gracia de Dios con el trabaju y el sosiegu...
- -Pa eso semos los vecinos, home; ya ayudamos los unos a los otros. Si yo tengo esa cosa que dices emprestarétela con toa la voluntá.

Las palabras de tío Nisio desbordaron la alegría del jayón. Aquel recibimiento cariñoso, aquellas frases alentadoras le hicieron ver al alcance de su diestra la cegadora perla de la dicha. Los temores y las incertidumbres habían desaparecido rápidamente.

- —Cuántu le agradezco —continuó Toño— la su güenura, tío Nisio... ¡Estoy tan pocu avezau a los favores de las gentes!
 - -Tos no semos iguales, muchachu. Hailos que dejan pudrir las panojas

en el soberau por no dáselas al vecinu o a los pobres que llaman a la puerta; pero otros, que no son hacendaos, dan lo que tienen, a güena cuenta.

Toño no quiso prolongar más aquella situación y levantándose del "tajo", poco dueño de sus nervios, dejó salir las palabras lentas y azoradas como si confesara un enorme pecado.

—Pos yo, en finiquitu pa no andar en requilorios, quiero decirle la cosa que jazme falta pa seguir alante y llegar onde yo quiero...; Quiero casarme con Carmela, que tienme querencia como ya a ella!

Dibujóse el estupor en el moreno semblante de Nisio. Levantóse del duro ascaño, quedando con los pies clavados en las losas del portal, petrificado, con desencajamientos y livideces intensas, puestos los ojos coléricos en la gallarda figura del mozo. Fue una transformación inconcebible que causó espanto al pobre enamorado. A la hospitalidad que se le había dispensado, siguieron las miradas hostiles que enfriaron sus esperanzas y retorcieron sus anhelos. Parecía que un rencor, largo tiempo contenido, habíase desbordado ante una provocación insolente y jactanciosa. Con voz atropellada y dura, inclemente y amenazadora, salieron las afrentas crueles, entre ludibrios y escarnios.

—¡Mi hija la mujer de un jayón!...; Vete de la mi casa y que Dios te ampare! De mala casta debes venir pa poner los ojos en las cosas prohibías... ¿Quién eres tú pa decir a las gentes esas pretensiones envenenás? ¿Quién jué la tu madre? ¿Ónde está el apellidu que jaz falta pa emparentar con las familias honrás? A nadie niega Nisio los menesteres de la labranza, ni los cuartus, ni un sacu de maíz, ni too lo que piden como tampoco negaríate a ti; pero la mí hija no es pa ningún hombre sin apellidu, pa que lo sepas...; Antes quiero vela en el campusantu!... Vete por el mundu y encontrarás otra de tu parigual, y si no que Dios te ampare, hermanu...; Llama a otra puerta a ver si te reciben con la mesma puesta o con el pinchu de la ahijá!

VI

El golpe durísimo, en pleno corazón, le hizo tambalearse como a un beodo. Un cauterio aguijoneante, de fuego vivo, le abrasó las entrañas y el cerebro.

Aquellas palabras afrentosas llegaron a sus oídos como una sentencia de muerte. La tempestad de las grandes catástrofes del espíritu comenzó su obra destructora con restallamientos formidables y centellas pavorosas. Fueron arrastrados los dulces sentimientos, las íntimas e inefables ambiciones, aquellos suavísimos impulsos que le hicieron fuerte y optimista.

La felicidad que había pretendido ver al alcance de las manos, con sus

fantásticas y esplendorosas vestiduras, se alejaba veloz para no tornar jamás a sonreirle.

Corría aquel fantasma delicioso, envuelto en los riquísimos cendales de la alegría, a través de las montañas, perdiéndose tras las cumbres.

Toño le veía marchar llevándose el opulento caudal de sus ilusiones. abandonándole a su negra suerte, sin volver la cabeza para hacerle una promesa aunque fuera engañadora. Ante él desfiló la fantástica procesión de todas las ilusiones que había formado para cuando creara el hogar y la vida tuviera para su alma la recompensa a las cuitas pasadas. Ya no lucían los briales y las sederías de que él las vistiera en su imaginación; ni las ajorcas de oro, ni los cabellos negrísimos y brillantes, ni las túnicas inmaculadas con puntos de plata, ni dejanban tras sí los perfumes embriagadores que le hacían caer en ensueños profundos y maravillosos. Iban entonces con ropajes negros, arrugados y tristes los rostros, blancos los cabellos, apagados los ojos y encorvados los flaquísimos cuerpos. A la vista de aquella comitiva aterradora, que hablaba de lo deleznable de las cosas humanas, rugió la tempestad en su espíritu con ensordecedores lamentos que llegaban a las fibras más ocultas y delicadas. Comenzaron a caer las nieves sobre su alma, haciéndola sentir el frío de la muerte, mientras que por su cerebro pasaban ráfagas de fuego, nublándole la vista y apagándole el corazón.

Fríos y calenturas, zozobras y temblores, sudores de agonía y lumbres que le abrasaban lo más sensible y escondido de su ser; escozores mortificantes, estremecimientos y debilidades que le quebrantaban las fuerzas y le enervaban los sentidos.

Cuando más intensas eran aquellas sensaciones y más profundizaban los cauterios, corrió por la pedregosa corralada, ciego por la desesperación. Una idea de muerte cruzó como una centenlla por su mente enferma y brumosa. Allá arriba estaba el profundo tajo, el fin de aquellas "lijaduras" que destrozaban sus entrañas, el olvido eterno de sus pesadumbres.

Jadeante, abrasado por la fiebre que enrojecía sus ojos desorbitados, de mirar furioso y espantable como los de un demente, pasó por las callejas corriendo desaforadamente como un criminal perseguido. Las gentes que le vieron pasar fueron tras él más por curiosidad que por compasión.

Atravesó el pueblo y llegó a la cambera del monte. Hombres, mujeres y niños llamábanle a grandes voces.

Sordo y ciego para cuanto le rodeaba, siguió cambera arriba en dirección al profundo tajo, en cuyo fondo se despeñaba el torrente. El ancenso por aquella pindia angostura fue agotando las escasas fuerzas que le quedaban. Ya estaba cerca de la braña donde abría el despeñadero. Ante la proximidad

del tajo que le atraía como un encantamiento sobrenatural, aceleró la marcha y llegó a la cumbre donde había soñado con la felicidad.

Abajo rugían las aguas precipitándose por los peñascos, formando espumosos rabiones y cataratas arrolladoras...

Toño no pudo más. Hizo supremos esfuerzos para atravesar el campo y llegar a la espantosa sima, y sintió con más fuerza la tremenda angustia de la congoja, los fríos y las calenturas, los ahogos y los vértigos, cayendo desplomado...

Un grito desgarrador hendió los aires; un lamento de dolor profundo que el eco llevó por la serranía, penetrando en los barrancos y llegando a las alturas.

Por entre la muchedumbre, que corría tras el jayón, se abrió paso una mujer que llegó a la braña y se abrazó al inanimado cuerpo del caído. Besó su rostro con inefables ternuras, incorporóle dulce y amorosamente y apretóle contra su pecho con ansias vehementes de cariño infinito...

La emoción hondísima de las escenas desconsoladoras penetró en todos los corazones, abatió las cabezas e hizo que las lágrimas surcaran todos los semblantes.

—¡Toñu, hiju de mis entrañas, perdóname! Mira cómo te quiero y cómo lloran los ojos de la tu madre... Porque soy tu madre, Toñu, tu madre que ahora paga la culpa de la mocedá, cuando la engañaron... La vergüenza matóme los sentires y me jizo renegar de ti... Pero quiero que tou el mundu sepa que soy tu madre, onque me aborrezcan los otros hijos y me maltrate el su padre... ¡Toñu, Toñu, hiju de las mis entrañas, perdóname y quiéreme! Iré contigo por toos los caminos y darete lo que antes te robé...

Los besos encontraron en el rostro lívido, frialdades aterradoras.

El corazón del pobre Toño había dejado de latir.

MANUEL LLANO

La Región. 3, 4, 6 y 9-VII-1929. (V. n.º 74, en el que está este texto con variantes).

231.—EN POCAS LÍNEAS. UN CRUCERO A ORIENTE

Es el libro de un poeta. De un poeta que sabe encontrar en el mar y en las riberas, en las arenas del desierto, en la sombra de los olivos "que vieron a Jesús"; en los remansos y en las tempestades, las linfas y los arpegios, la lágrima y la sonrisa, el amor y las penas que sacuden el alma, que la ator-

mentan o la alborozan; que la hacen sentir la voz dulcísima y delgada de la felicidad o el tremendo restallar de las venturas que se quiebran.

Rutas apacibles en mansos piélagos encontramos en este nuevo libro de Arturo Casanueva. Hay exquisitas ambrosías y perfumes delicados de Stambul, aleteos de gaviotas blancas, nieves y soles, lavas ardientes, ciudades de oro, mezquitas y leyendas, enigmas, rosas de Alejandría, lágrimas de mujer... Un poema magnífico que va aderezando el poeta andariego, hoy triste y mañana optimista y feliz, ahora envuelto en las nieblas cenicientas de la pesadumbre y acariciado luego por el ventalle maravilloso de la esperanza, que trae efluvios de claveles y de romeros, esencias de Getsemaní, perfumes regalados de arrayanes y limoneros.

Y en la mitad del poema, como un remanso eterno de penitencia y de misericordia, como una rosaleda peregrina en medio de la tierra árida y quemada, la túnica blanca de Jesús, el huerto de los olivos, la piedra de la ascensión que el poeta toca, que el poeta besa amorosamente, con el alma en los labios.

En este oasis que conforta, que hace llorar, que purifica, que hace sentir, que adormece las rebeldías de las pasiones, que pone luminarias en las tinieblas y rezos en los caminos y hieles, y cluavos y centellas; en este huerto y en este monte, a la sombra de estos olívos, en la paz de estos rincones venerables, es donde el viajero, cristiano y poeta, desborda su sentimiento, sacia su sed, busca y encuentra el grato camino, camino blanco, camino recto, camino de Dios, que no fatiga, que no cansa, que no hace ansiar el blando escabel del mesón, ni el rumor de los bosques y de las fuentes.

"He visto a Jesús. Estaba orando por la pobre humanidad"...

Después otra vez al mar, los templos y los ríos sagrados, los "coqueteos del Nilo con el sol", Malta y Túnez, Argel, la sombra de Cervantes.

Y por último el llanto de una mujer hermosa, que no sabe a dónde va, que ha sido feliz y entonces es desventurada.

"Un crucero a Oriente" con dos rutas: la ruta del mar y la ruta del espíritu. Y en medio de las dos, los copos blancos de la costa azul, la línea ondulada de las ilusiones, la concienzuda observación del escritor que corrió la ruta aventurera de la cuarta salida y ha cincelado los versos del "Vía Crucis Rojo"...

M. Ll.

La Región, 5-VII-1929.

Hubo un día en que llegaron las corrientes modernas con sus aluviones y con sus avenidas encrespadas y violentas. Se desparramaron las aguas por los campos, por los caminos reales, por las huertas y las mieses, por las praderías romeras, por las brañas y las riberas apacibles. Se quebraron los robles y las encinas seculares ante el batir furioso de la crecida; se derrumbaron los hastiales pardos de las viejas inquietudes; fueron desmedrándose las talegas del maíz añejo y dorado, apagaron sus acentos las campanillas blancas, las campanillas de gloria, las campanillas alegres de la leyenda trashumante y peregrina; se tambaleó la virtud, sufrió desmayos la entereza del espíritu, fueron socavados por las aguas de tormenta, por las aguas de las nieves y de las ciénagas, los cimientos venerables de la torre, encaramada en un altozano de la ribera entre saúcos florecidos y rosales silvestres.

Los filos corvos ahondaron en la tierra estremecida y quebrantada. Mugían las aguas con pavoroso estruendo entre zarpazo y dentellada, y en medio de los hervores y de las espumas, de las embestidas y de los derrumbes, se oyó el chasquido formidable de algo que se rompe, que se muere, que gime ante las iras del huracán, que es arrancado y escarnecido bajo las nubes cárdenas y ceñudas.

Las mismas desolaciones en el otero que en la llanura; iguales estrépitos de las aguas que encentan y desgarran; idéntico fragor en los campos que en los montes; la misma cólera, el mismo retorcerse y anegarse de todas las cosas, de todas las flores, de todas las espinas, de todos los yermos, de todos los jardines...

Se confundieron las granjerías y los templos, los hierros y las espigas, las virtudes y las trapacerías, los mendigos y los señores, los mármoles y los adobes, el caserón vetusto, la casucha del labrador, los relámpagos de la fantasía, los recatos de la soledad, el fuego caliente de las pasiones, la luz y la sombra, la vida y la muerte.

Era la tradición que expiraba, que iba camino del abismo vertiginosamente, con ruidos de piedras arrastradas, de bronces hendidos, de salces tronchados, en una brutal orgía de los vientos y de las aguas. La túnica venerable aderezada con estameñas y paño pardo, hilas de rueca, sayales y lienzos, plumas y presillas, sufría el impetuoso agravio de las aves de rapiña que se cernían en los cielos grises, sobre todos los señoríos y fragilidades de la tierra.

Desgarrón a desgarrón, ahora los ribetes de color de rosa, después la severidad de la esclavina bordada, más tarde el encaje maravilloso y el cordoncillo blanco, se fue deshaciendo la túnica vieja, la túnica centenaria, entre las espumas y los rabiones que roían las paredes, y descuajaban los troncos y salpicaban las solanas y las troncras.

Desde aquel punto y hora cambió la campiña, desaparecieron, bajo los escombros de la catástrofe, los relieves apacibles del patriarcado inefable. Rocas escarpadas, fueron el ornato de los somos, y de los oteros y cauces pedregosos, las campas romeras, los huertos de peñas al mar, las besanas de Castilla.

Comenzaba una nueva era más sibarita, más apegada a los aires que a la tierra, más llena de bordoncillos y de lustres, de picardías y de requilorios. La era del papel moneda, de los hierros encendidos, de los negocios, de los cascabeleos festivos de las inflaciones, de las balumbas, de las jáquimas vistosas, de silbos, de estrépitos, de fiebres, de multitudes zumbadoras, de prevaricaciones, de alharacas y flaquezas...

A la sombra de esta cajiga, entre un leño cristiano y una fuente que brota de la peña viva, se reunía el antiguo Concejo de los valles. Había escaños de piedra y tajos duros de roble y troncos de encina a manera de escabeles. Aquí sonó la voz de los regidores y de los hidalgos, de los pastores y de los labriegos, cuando aún no había iniciado su agonía la hermosa y peregrina tradición. La democracia campesina defendía sus fueros, dictaba leyes y prerrogativas, vigorizaba el espíritu de las ordenanzas comunales, protestaba del rigor de los montazgos y de las alcabalas, velaba por la honestidad de las costumbres, tornaba a su quicio las intrigas de los caciques y las avaricias de los mercaderes. Era un Senado enérgico, perseverante, prudente, de acuerdo con la severidad de la época, con los desafueros de los villanos y las corruptelas de los faeneros y de los trajinantes. Reinaba la justicia en contra de la sinrazón y de los ardides y remoquetes de la picardía andariega que paraba en cárceles y galeras. La austeridad invadía los espíritus en las Juntas famosas; era domeñada la soberbia, no flotaba en los claros ambientes la humillación o la rebeldía sin el escozor o la quemadura de la jactancia y de la vanidad.

Ante este árbol añoso, del riñón de la Montaña, que dio sombra apacible a aquellos discretos varones, alcaldes mayores, procuradores, hidalgos, pecheros, sentimos en lo más escondido del alma la sensación dulcísima de las evocaciones tradicionales. Ya no hay escaños de piedra, ni troncos de encina, ni tajos duros. Los arrasó el aluvión encrespado y violento de las cosas nuevas, la crueldad de los hombres que reniegan de los primeros surcos, de la entraña del solar, de las llamaradas que purificaron los resabios y los pecados del feudo y de las estirpes ominosas.

Sólo queda el leño sagrado alicaído y maltrecho por las aguas y las nieves. La fuente rumorea a la vera de la cajiga, en la peña cubierta de musgo sobre el que se posan los colorines y los miruellos.

MANUEL LLANO

La Región, 9-VII-1929.

233.—ESBOZOS, EL INTRUSISMO

Los periódicos de Madrid han iniciado una campaña en contra del intrusismo en la enseñanza.

Es este unn de los problemas que más han contribuido al desmedro de la educación primaria por esos pueblos de Dios. El magisterio, anodino, flaco, sin raíz ni letras, de esos pobres hombres que andan, como los segadores por las llanuras de Castilla, de ventorro en ventorro, de aldea en aldea, a cuestas con sus bártulos y sus pesadumbres; esas escuelas trashumantes, como los desventurados cómicos de la legua, como la gitanería desarrapada, como la mendicidad astrosa y plañidera; esos pícaros o esos infelices; esos hombres cargados de malicias, que hurtan lo pobres dineros al inconsciente campesino; todos estos devaneos de la holganza, de la desdicha, de la socarronería, del dolo, de la desvergüenza a veces y del analfabetismo (¡oh paradoja!), en ocasiones ha sacado enormes túrdigas del cuerpo delicado de la infancia del agro, embotando sus sentidos, en vez de poner agudeza en las potencias y en el cerebro.

El intrusismo es en la enseñanza primaria lo que el curanderismo en la medicina. Estas dos plagas que no espabilan del entendimiento, ni alivian los dolores del cuerpo con sus disciplinas, con sus sangrías, con sus emplastes, con sus apreturas, nacen del mismo manantial y corren paralelas, impulsadas y protegidas por la credulidad en las gentes estultas, que tienen más fe en el agua del doctor Sangredo, en el punzazo del albeitar, en los hierbajos de la vieja resabida con estampa de bruja, que en las prescripciones de la ciencia.

El atavismo sigue robusteciendo su espinazo.

En el alma de nuestros campesinos, propietarios o aparceros, amos o gañanes, aún hace mella la perniciosa ingenuidad que cree firmemente en el maestrillo andariego, que se asalaría por temporada, como los pastores, como

los faeneros, como los segadores, como los guardas de las mieses y de las praderías...

El maestro trashumante, que no ha sabido de aulas, ni de reválidas, ni de sistemas pedagógicos, es un tipo intelectualmente cenceño, rutinario, aventurero, amigo de la holganza, de la vida perdularia, de todas las perezas de la bohemia deshonesta, monstruosa caricatura de una rebeldía plebeya, capaz de enturbiar la conciencia por una jarra de vino.

Esa campaña nos parece muy bien.

El intrusismo es el artificio grosero, clandestino, de los hombres de los menudos oficios, que hoy son buhoneros y mañana taures de siete suelas, y otro día guardianes de un hato de cabras, chamarileros... o maestros de zaguán y de cobertizo...

MANUEL LLANO

La Región, 12-VII-1929.

234.—ESBOZOS. LA GUERRA

Remarque, el gran novelista alemán, acaba de aderezar un ceñudo alegato contra la guerra. Sigue las huellas de Barbusse y arroja más retamas a la hoguera. El escritor francés inquiere en las sombras de la conciencia. El literato alemán, más observador, más zahorí, menos romántico, más realista, penetra en la entraña viva, analiza sutilmente la raíz, el tronco, las ramas de la desdichada cuestión. Abre un surco, un surco ancho y profundo donde va dejando, como sementera laboriosa y paciente, las perlas de una misericordia inefable, entre lágrimas v reproches.

Barbusse y Remarque se complementan. El uno, psicólogo cabal, escudriña en el alma, canta sus alegrías o llora sus desventuras, saca de la vida el oro de la felicidad, el guijarro que descalabra o la espina que rasga.

El otro describe panoramas sangrientos con imágenes fúnebres, gemidos y sarcasmos, imprecaciones y plañidos pavorosos, estruendo de hierros, arrastrar de máquinas infernales, de hombres destrozados.

Ambos creados por los mismos vientos y acariciados por idénticos fervores, buscan el escondido manantial donde pagar la sed de sus ansias, la fronda apacible a donde no llegan los clamores de los campos de batalla, el fragor de los cataclismos, los huracanes de fuego que abrasan los cuerpos y las almas.

Y en la soledad de su recogimiento, lejos de las ambiciones y de las crueldades de los hombres, nace el consuelo de la meditación, convertido después en chispazo de cólera, en disciplina iracunda y tenaz, en lucecilla trémula que se abre camino a través de los humos de la dinamita, de las lumbres siniestras que crepitan en las avanzadas, en los desastres y en las victorias, sobre los osarios y las tumbas.

Esta luz que parpadea en las sombras, que hiende los vahos de la sangre inmolada, las nubes de polvo que se levantan de las escombreras ametralladas; ese destello errante que ilumina la tierra quemada, escarnecida, ultrajada, que alumbra las rutas del mar, las calas y placeres de las riberas, las encrucijadas, y los bosques y los desfiladeros de la estrategia; ese resplandor suavísimo que va mostrando los oscuros relieves, las sombrías hondonadas, los medrosos abismos donde han caído las juventudes de todos los pueblos y de todas las razas, tiene para nosotros la gratísima significación de un relámpago de amor y de piedad que fulmina los nuevos horizontes como un símbolo de la consciencia humana, enemiga implacable de la guerra.

Remarque, taja, y corta y resquebraja la plancha acorazada y la mura-

Sus acometidas tienen la fortaleza maravillosa de los cerebros y de los corazones templados con la experiencia de los años; una experiencia dolorosa que trasciende a hieles y a ortigas. La diatriba sale espontánea, llena de brío y de coraje, certera, rebelde y atrevida:

"Estas caras pálidas de comer remolacha; estas manos débilmente crispadas; este valor miserable de los pobres muchachos que avanzan y atacan... Sus rostros púberes, tienen al morir la espantosa falta de expresión de unos cadáveres de niños... Estas guerreras destrozadas, estos pantalones grises salpicados de sangre..."

A veces se exalta, enloquece de dolor y de pesadumbre, restalla como un látigo, crepita como un incendio, clama angustiosa, desesperada, llena de inquietudes y de zozobras.

Después baña su espíritu en los remansos de la resignación y de la templanza; acalla las iras, contiene las peregrinas exaltaciones, las rebeldías y las congojas.

La acusación se convierte en súplica, la cólera en mansedumbre, el odio en amor, la incertidumbre en esperanza, la inquietud en sosiego. El cansancio ha enervado los bríos tras la vertiginosa carrera. Busca el descanso, el descanso apacible donde llorar sus penas, mudo y solitario:

"Yo quiero a la humanidad. Tengo lástima de la pobre humanidad que se deshace, que se afrenta. Yo quisiera que la infinita luminaria de la paz, de la paz eterna iluminara al mundo". De este sosiego brota una dulce querella, sin enconos ni centelleos, blanda, persuasiva, que tiene devociones y humildades generosas, súplicas cristianas, ansias y frenesís de paz, de virtudes, de alegrías.

Entre la literatura anémica y retorcida de hogaño, más apegada al cerebro que al espíritu, la prosa limpia, vehemente, recia, impulsiva del escritor germano señala el magnífico renacer de una preponderencia espiritual en contra de la guerra.

Su alegato conforta. Insinúa la promesa de un porvenir grato sin la terrible amenaza de los artificios, que los hombres inventaron para matarse.

Manuel Liano

La Región, 15-VII-1929.

235.—EN POCAS LÍNEAS, SANCHOS

Don Juan, don Antonio o don Patricio, como ustedes quieran llamarle, es un señor contemplativo, como los ascetas. Tiene puntas y ribetes de socarrón. Su obesidad es un símbolo, lo mismo que la estrechez de su frente y la color bermeja de sus carrillos. Mira de soslayo como un jaque roncero. Sobre la panza oronda caen los eslabones de una descomunal cadena de oro falso. Pensamos en los galeotes que apedrearon a don Quijote. ¡Ingratitudes de las multitudes que responden con guijarros y peladillas del arroyo a las mercedes de sus redentores! No valen corteses razones para las gentes forzadas. Ginesillo de Parapilla representa a cierta parte del pueblo. Llora entre los hierros y los candados, y cuando se ve libre y desenvuelto, asenderea y hurta la ropilla a quien le desposeyó de las ligaduras y de las desazones

Cervantes no se haría famoso en nuestra época. Encontraría muchos escuderos, muchos Andresillos, muchos yangüeses y maritornes. También toparía con dueñas doloridas, maeses y retablos de burdo artificio, Camachos y Basilios, renegados y doctores de Tirtefuera. Los libros de Caballería pasaron de las manos del cura y del barbero a la lumbre de la corralada. Se convirtieron en cenizas.

Alonso Quijano el bueno quiso dejar las armas para hacerse pastor, arrinconar la lanza y asir el cayado. No pudo enderezar los entuertos de los hombres y sintió el anhelo de gobernar sus rebaños, en los montes y en las frondas. Nada más que encontró paz entre los cabreros de las bellotas y de los zeques. Puñadas y linternazos, arrieros que apalean, mozas de Sayago

ásperas y villanas. La lanza no valía para nada. Las letras allá se andaban con las armas. Más tarde las armas vencieron a las letras. Don Quijote sería en estos tiempos un filósofo o un poeta. Peregrinaría por esos pueblos de Dios, llevando de escudero al discretísimo hijo del caballero del Verde Gabán.

El velmo de mambrino sería un tratado de ciudadanía.

Su Dulcinea sería una hermosísima señora que yace cautiva por los pecados de los hombres. Es posible que la desencantara sin los azotes de mosqueo de Sancho el socarrón. También es posible que se topara de nuevo con las estacas de los mercaderes, con los galeotes, con Doroteas discretas, con la jaula de su encantamiento, entre los antifaces del cura y del barbero y las escopetas de los cuadrilleros.

Don Juan, don Patricio, don Antonio, gordinflón, bellaco, todo carne, todo avaricia, Sancho moderno, papanatas, tragonazo, no sería el escudero de tan ilustre señor. Gusta del sosiego, de la vida mansa. Lo mismo le da el 76 que el 29; la luz que la sombra. Comer, comer siempre, arrimado a la lumbre más confortable, a la fuente más abundante...

M Lt.

La Región, 19-VII-1929.

236.—SUPERSTICIONES, LAS BRUIAS NEGRAS DEL HÁBITO BLANCO

Ţ

"Sí, señor. Hay brujas negras vestías de blancu, que se aparecen en los caminos. Tienen los ojos mu grandes y las pestañas mu largas, de la color de la ceniza. En metá de la frente tienen una cruz morá y una estrella negra en la palma de las manos. Vuelan como los milanos, y a la media noche bailan en los collaos. Los mozos que quieren que daque moza se enamore de ellos, no tienen más que salir al balcón y decir cuarenta veces seguías estas mesmas palabras a la media noche:

"Bruja brujona de la güena suerte; líbranos del odiu y de la muerte. Bruja brujona de la cruz en la frente, jaz que la moza me tenga cariñu mu juerte".

A los siete días justos y cabales, a la mesma hora de la noche, se quema una rama seca de laurel debajo de un nogal de los más delgaos, y la moza, por mu fantasiosa y rebeca que sea, se jaz mimosa y zalamera pa el que vaiga a rondala como Dios manda. Mi güelu casose con mi güela de esa manera.

Y así pienso yo casame con una mozona de Castañea, maja y tresná como una vaca de campanu grande. Más caudales tien que yo y mejor traza en toa la persona, pero si no pueo por las güenas, asegúrote mi alma a Dios, que por el aquel del rezu no ha de quedar. Si a la primera dame con la puerta en los jocicos, a la segunda va a tener que salir a recibirme como a un principés de los más hacendaos, con el mejor candil de la casa, si es de noche, o con el clavel más lucíu si es de día. Orgullosona es la mu resabía como una señoritanga de abanicu y sombrilla, pero la jaculatoria pue más que todas las fachendas y que tos los riquilorios... Pa algo güenu tienen que servir las brujas... ¿No se la jaz?...

П

Chus es un mozo cabal. Lo mismo repica las campanas de la parroquia que "tira" las yerbas estivales, o hace una "estirpia" o maneja una azuela.

Alto, coloradote, recio y alegre, hilandero de todas las cocinas, caporal de marzas y de rondas, romero en el estío, luchador de Antruido, roncero y agudo, sorbe los vientos por mor de unos ojos azules, de una chambra galana de percal blanco con adornos encarnados y primorosos pespuntes de seda.

A la vera de los figones, entre el pregón de los buhoneros y de las rosquilleras, mientras "triscaban" los dedos y cascabeleaba la pandereta y decían alegrías las coplas añejas, sintió henchírsele el corazón de amores y de ansias. Pensó menos en las aparcerías y en los surcos, en la hacienda, en los "labarientos" de la mies y de la pradera.

Agonizaba la naturalísima avaricia del labriego que ve en sus tierras y en sus ganados el supremo deleite de la vida, para abrir de par en par las puertas del alma a los mensajes y a las mieles del amor.

La inquietud de las sequías, de las lumbres que abrasan, de las aguas hervorosas que inundan los campos, fue enervada por otro desasosiego más profundo, más grato, mezcla de espinas y de rosales, de penumbras y resplandores. Asióse el mozo con todas sus fuerzas a aquel anhelo dulcísimo que le retozó en la sangre y le respingó en el espíritu. Cantó con más brío en la ronda; fue más trémulo el "retorneo" de la voz que decía romances viejos, seguidillas pícaras; sintió en el pecho el "lampazo" de la llama viva que da la vida o la muerte, la luz o las tinieblas, la ortiga o el clavel. Los ojos negros y la chambra blanca traíanle desosegado y cautivo. Sentía escozores de escajos, caricias de aguas puras, tibiezas inefables, alientos de ambrosías y de romeros. La pesadumbre y el optimismo luchaban a brazo partido en el corazón y en el cerebro. Nieves y resoles, albas de primavera, luceros y nu-

bes, huertos florecidos, lindes quemadas. Que tal es el amor desde el punto y hora en que nos tiene a su merced...

Ш

"No me quier, señor. La fantasía la engurruña el sentimientu. Granizu y peñascales tien en las mesmas entrañas. Rióse de las mis palabras. Yo esperaba las flores y los claveles y dióme las calabazas. Bien haigan las brujas de los hábitos blancos. He de quemar la rama debajo del nogal pa ver si me quier, pa ver si me mira como yo la miro a ella."

"Bruja, brujona de la güena suerte"... Cuarenta veces seguidas a la media noche. Bajo los ramos de panojas doradas, suena la "jaculatoria" como una fervorosa plegaria. Hay lumbres en los montes y luciérnagas en los escajales. Cantan las aguas de la riguera que atraviesa la campa...

"Bruja, brujona de la cruz en la frente". La voz tiene temblores y vehemencias. Parece que llora, parece que canta. La superstición atávica se cierne sobre el balcón, como las alas de un inmenso cárabo. Las brujas deben estar danzando en el otero, más arriba de las lumbres que hacen crepitar a las pobres retamas. Suenan campanos en los establos y en los rediles. El amor afligido busca el venturoso alivio de la leyenda. Siguen cantando las aguas del arroyo. A lo lejos se oye la última copla de la mocedad andariega y enamorada.

IV

Han pasado los siete días. Comienzan a caer las hojas amarillas. Bajo los cielos grises "rezongan" las canales y "guitonean" las fuentes.

"No valió la jaculatoria de las brujonas, señor. La mala suerte que tengo metía en los tuétanos. Al cabu de los días he caíu en la cuenta de que no tien remediu el mi mal. Cuando dije el rezu chiflaban los sapos, pasó un murciélagu por al lau del balcón y ninguna nube tapó a la luna. Y así no vale la jaculatoria. Pa que valga no tien que oirse ningún chiflíu, no tien que volar ningún murciélagu y la luna tien que estar escondía entre nubes. ¡Tengo una pena aquí adrento! Y lo peor es que el rezu no pue repetirse. Si se repite se queda unu mudu toa la vida. Diz que se casa con un indianu encanecíu, cargau de onzas de oru de las más grandes. ¡Valen más los cuartos que los rezos! Desagradecías y ambiciosonas son las mujeres. ¡Si ya lo diz el cantar, recolle!

No te fíes de las mozas onque las veas llorar, que las lágrimas te dicen el pagu que te han de dar...

MANUEL LEANO

La Región, 23-VII-1929.

237.—EN POCAS LÍNEAS. EL DESARME

Se va a reunir la Conferencia del Desarme. Los "hombres pacíficos" tornarán a examinar los voluminosos legajos de las Cancillerías. En la oratoria (oratoria de circunstancias sin el calorcillo de los sentimientos profundos) saldrán al sol las sesudas cláusulas pacientemente aderezadas en el "confort" apacible y sibarita de los despachos, entre librotes y flores de papel y humo de tabaco rubio. Brotarán en el cerebro, como una floración de rosas negras, de rosas pálidas, las concepciones que pretenden oponerse al avance del tableteo siniestro, del odio y de la muerte... El corazón...; Dios sabe los propósitos, las ansias, las ambiciones, los secretos del corazón!

No siempre está en concordancia la elocuencia con el sentimiento, el espíritu con la palabra, las sensaciones subjetivas con el discurso. Si todas las diatribas y todas las querellas hubieran salido del corazón, estarían ya despedazadas y retorcidas las soberbias y las iras que han abierto millones de tumbas donde debieran florecer las espigas; que han arrancado el apero para clavar los hierros y las lanzas de la guerra.

No tenemos fe en estas Conferencias. Hace más de un siglo que se juega en la cancha universal con la pelota del desarme. Hace más de un siglo que los hombres presencian ese artificioso discurrir. Ha sido más recia la tuera que la miel y más intenso el resplandor de las lumbres encendidas por los pueblos para abrasar sus entrañas y sus riquezas que el fanal de la misericordia y del sacrificio. La política, los parlamentos, los concilios laicos, las colectividades que se han agrupado alrededor de un señuelo o de una puchera, no han recatado sus avaricias ni se han mostrado pródigos con el sentimentalismo consciente, humano, generoso, que llegó a la exaltación teórica en la prosa fecunda de Berta Suttner.

Leyes de bronce, leyes de hierro, leyes cerebrales, imposibles, perezosas ante el inmenso delito de los pueblos que se afrentan y se escarnecen por una menguada ínsula, por una sinrazón, por un agravio baladí, por un impulso de vanidad.

El desarme es una paradoja; una letra que jamás será aceptada, una deuda de la humanidad que nunca será saldada, que irá creciendo, creciendo, como los préstamos de la usura.

Oratoria de todas las razas, de todas las lenguas, de los países escuálidos, de las potencias poderosas... Y en medio de esa Babel de estruendos y de contradicciones, un yunque infinito donde se golpea furiosamente el corazón de las madres...

M. Lt..

La Región, 25-VII-1929.

238.—ESBOZOS, LAS MUJERES ILUSTRES

Año de 1855. Aún gallardea el romanticismo político. El buen pueblo siente las ansias acariciadoras de una libertad honesta, sin alharacas ni estrépitos. Hay templanza en los espíritus, fuego en la sangre, hidalguía en el corazón, paz v sosiego en las conciencias. Una llamarada de anhelos v de misericordias enciende el alma colectiva. El materialismo incipiente y retozón, forcejea a las puertas de oro del alcázar romántico. La filosofía positivista inicia sus gulas y sus voluptuosidades. Comienza a aderezarse el haz de sarmientos y de retamas secas y retorcidas, de leños duros, de cañas nudosas del torvo doctrinarismo de los plebeyos de la política y del arte, henchidos de avaricias v de utopías. A la sombra de los nuevos postulados sociales y literarios medran los pícaros, se regocijan los ambiciosos, cantan desaforadamente los prohombres vanguardistas, respingan, glotones y mofletudos los apócrifos paladines de las tendencias excesivamente moderadas. Un poeta hace célebres sus letrillas a los "bellacos y bellacas que hermanaban el minué con las tiranas bastardas de los afrancesados". La vida va adquiriendo asperezas y sinsabores exóticos. Un torbellino de trocamientos paradójicos, de mudanzas ruidosas, de afectaciones malaventuradas, comienza a traernos el rastrojo de otras mieses y las podas de otras vides...

Año de 1855. Una pobre mujer huye de la corte, llena de pesadumbres y de zozobras. Deja tras sí, entre las piedras y las espinas, el cadáver de su felicidad, la rosa marchita de sus alegrías. Se ha resquebrajado el hogar, vinieron los llantos y las angustias, fueron cayendo en el corazón las saetas del dolor. Enlutada y triste, va por el camino adelante pensando en otras cui-

tas, en otras desventuras. La fe la llena de resignación, la hace más fuerte, más altiva ante la amenaza del infortunio. Va olvidando, en la incertidumbre de la desapacible jornada, las tinieblas y las penas que entraron un día por las puertas de su casa.

Hay hombres en las cárceles y en los hospitales, orfandades y sinrazones, mujeres abandonadas, niños escuálidos, doncellas sin pan, enfermos sin lecho, madres doloridas, ancianos hambrientos. Entre la orgía del oro y de la plata, de la riqueza y de la vanidad, gime la interna miseria de los desdichados. La mujer que huye de la corte vuelve los ojos hacia las desgracias ajenas. Sepulta las suyas, las retuerce, las amordaza para que no se quejen, las esconde para que no se vean. Una inefable serenidad la inunda el espíritu y se refleja en las pupilas y en el rostro. Ha sido más recia la misericordia que el dolor. Entre el estruendo de la diligencia y las nubes de polvo va enervando sus lamentos la felicidad perdida. Panoramas peregrinos, de risas y de lágrimas, descubre amorosa y anhelante a ambos lados del camino. No se detiene en la contemplación de las perspectivas alegres donde se oye el cantar y las arpas. Recata los ojos de los huertos florecidos, de la campiña húmeda, de las zambras, de los deleites. Absorta y señera, escucha las quejas y los arrepentimientos, los sollozos y las voces desgarradoras.

Allí está el señorío de sus sentimientos y de sus renunciaciones, el remanso del alma, el alivio y el sosiego. Allí está entre los harapos y las vigilias y los hedores, el olvido de sus quebrantos, la medicina de su espíritu, el sedante de sus congojas. La dulce señora ha encontrado el refugio, un refugio escondido, mezcla de fervores místicos y de ansias humanas, de yermo y de vergel, de suavidades y de asperezas, de crujidos y de ternuras.

Siente una entrañable piedad por las penas ajenas; quiere aplacar los escozores de los hombres cautivos por sus pecados y por sus soberbias; anhela la exaltación eterna de la misericordia, dentro de las cárceles, al lado de los lechos donde se retuerce el sufrimiento implacable, en el hospicio donde llora el niño arrojado al torno por la crueldad o la miseria; en la buardilla del pobre, en la covachuela del mendigo.

Misericordia, misericordia para las lágrimas del hambre y de la pesadumbre, para las querellas de los arrepentidos, para los menesterosos, para los delincuentes, para los caídos, para los maltrechos, para los cabellos de nieve, para los harapos, para las flaquezas. Misericordia que purifique, que alegre, que rompa las ligaduras y las costras, el hielo y las penas, que llegue a la entraña, a la conciencia, al corazón; que desate y desembarace, que sacie, que bese, que acaricie, que resplandezca perpetuamente como un lucero.

Atravesó la llanura y llegó a la Montaña. Una casa solariega de escudo y solana. Nieves en las cumbres, cierzos y cielos grises. La ilustre señora bus-

ca la quietud en un rincón montesino, entre pastores y labriegos. Ha terminado la jornada. Potes abrió sus puertas nobles y hospitalarias, y doña Concepción Arenal sintió en la frente la auras del terruño paterno. Atrás quedaba la tragedia, la tragedia de Leiro, la tragedia de Madrid. Destierros y muertes, temblores y sobresaltos. Las alas blancas del amor y de la caridad se posaron en las cresterías gigantes. La "leira y la mies se abrazaron". El "aturuxo" y el "ijuju" se confundieron entre melancolías "alalás" y sonajas. Marusaya encarnada y el pañuelo de seda...

...

Se habla de un monumento a la extraordinaria mujer. Galicia aporta su generosidad. La Montaña debe seguir el ejemplo. La autora inmortal del "Visitador del pobre", fue hija de un lebaniego ilustre. Aquí vino a llorar sus desventuras, a fortalecer su espíritu. A la sombra de nuestros laureles y de nuestras cajigas, en la paz de nuestros claustros y de nuestras riberas, fue tejiendo la corona de su gloria con flores y abrojos...

MANUEL LLANO

La Región, 29-VII-1929.

239.—EN POCAS LÍNEAS. LA MUJER, RIVAL DEL HOMBRE

El Ayuntamiento de Orense ha organizado un concurso literario acerca de la educación que más conviene a la mujer. Plausible es la iniciativa y hermoso el propósito. Después del desquiciamiento de los gustos y de los deleites varoniles, nada más puesto en razón que buscar las orientaciones que corrijan y enderecen los retorcidos caminos en que hemos abandonado a la mujer. Fémina, llena de estupor y de vergüenza, ha visto desvanecerse no pocas ilusiones. Los hombres han desertado de las rejas y de las ventanas floridas. El bureo andariego, las aventuras fáciles, las turbias estelas han arrastrado a la juventud masculina. Un sibaritismo inconcebible, mezcla de inconsciencias, de cobardías, de voluptuosidades, de letargos morales, reinó tirano y soberbio en el corazón del noventa por ciento de la mocedad. El madrigal se convirtió en elegía. Una sinrazón anticristiana y cruelísima inició la torva amenaza de sus disciplinas de abrojos y de hielos. Fue más poderoso el aliciente de las desvergonzadas que el recato y el rubor de las honestas.

La mujer apacible, hacendosa, recatada, sintió el lamento de los anhelos

dulcísimos que se morían, que se abrasaban. Tuvo que salir del hogar que es donde está su reinado, para correr el albur de otras actividades más ingratas, entre máquinas y cifras, disputas, rivalidades y trajines. El hombre la lanzó a tan ásperos caminos y a tan desapacibles menesteres. El hogar quedaba solo como un claustro abandonado. No florecían los rosales a la vera de las rejas donde antes cantó el amor a la luz de las estrellas. Entre el tecleo de las máquinas y la zarabanda de los guarismos, tras las puertas de los negociados, en el anodino tejemaneje de las granjerías, entre balanzas y cartapacios y hierros y bronces se consume y se marchita la blanca palomica arrojada del tibio palomar por los pecados, los egoismos y los entuertos de los hombres.

Y he aquí convertida a la mujer en rival del hombre. El miedo a la coyunda le hizo extraviarse en el camino, y la ambición le rompió la talega. El Ayuntamiento de Orense no pide querellas ni reproches. Pide una solución categórica para defender a las doncellas contra la crisis del matrimonio, poniendo a su alcance los medios más eficaces para defender la vida. Soluciones y no lágrimas. Ya que hemos ahogado la ilusión y la esperanza más íntima de la mujer, quitemos los guijarros de su camino, plantemos rosales en las orillas, que canten las fuentes y los ruiseñores, a la sombra de nuestros arrepentimientos.

En la vida moderna la educación de la mujer debe estar en concordancia con el desarrollo de las múltiples actividades. Que el señorío del espíritu y las altas y honestas cualidades del temperamento no se pierden al contacto de las novísimas expansiones.

M. Ll.

La Región, 1-VIII-1929,

240.—ESBOZOS. ROSONA

Es una vieja encorvada, vestida de luto, como la hechicera de los dientes azules y de los ojos verdes que anduvo en sandalias, con un madero a cuestas, por los montes y las cumbres de Polaciones. La llaman Rosa y madruga con el alba. En el umbral de su tabuco miserable, se persigna devotamente, mientras el sol pone las primeras caricias en las peñas blancas, en las peñas rubias, en las "coteras" y en los picos escarpados, cimera de las montañas y de las colinas...

Calleja adelante, con los harapos y los temblores, con el escalofrío de la

madrugada, con la pesadumbre de la soledad y de la vigilia, ya la vieja de Lombraña triste v cautelosa, entre lutos v desazones. Lleva un hacho "estragado" y un lazo de seda negra y el "rueño" mugriento, resto de "hábito" o de chambra, de pañuelo que fue galano, cuando había amores, y esperanzas y laureles en los corredores... Entonces la llamaban Rosa, Era joven y guapa, esbelta y alegre; tenía los ojos negros, blancas y "colorás" las mejillas, limpio el percal de sus "vascas" y de sus delantales; hermosas las trenzas "endrinás", las manos y la frente, el espíritu y la conciencia, las ansias y los pensamientos. Todo era hermoso y honesto, apacible y manso, discreto y hutido el caer de las gotitas de hiel en la entraña viva; los plañidos de los fracasos íntimos, el bramar iracundo de los anhelos que se quiebran, el sollozar de las penas, el crujir de los deseos descalabrados, la querella doliente del amor que no encuentra el nido, que se pierde en los caminos, que se extravía en las tinieblas, que no da con el manantial donde apagar la sed, que no encuentra las rosaledas de sus ansias, ni el lucero que alumbre la medrosa iornada...

Más tarde, cuando las aguas turbias arrastraron la hermosura y la esperanza; cuando en el horizonte hosco y ceniciento se perdió el inefable embrujo de su vida moza, llamáronla Rosona. Ya blanqueaban sus cabellos, ya se arrugaba su frente, ya se inclinaba el tronco bajo la pesadumbre de los años y de las penas.

Rosona: asperezas, hojas grandes y mustias sin esencia ni alegría, mezcla de "llabaza" y de ortiga, pétales agostados faltos de rocío y de jardinero amoroso. Rosona: carnes consumidas y abrasadas, rostro pálido y enjuto, manos trémulas, pupilas medio apagadas hundidas en las cuencas como los ojos de la descolorida zahorí de la leyenda; cuerpo desmedrado, alma dolorida, conciencia en remanso, templanza en el espíritu, ardores y escalofríos, lumbres y cenizas... Vejez caduca sin báculo ni pan, miseria de todos los caminos, andrajo y llanto, estampa negra de lo en que llegan a parar las vanidades y los bríos; sarmiento y "árgoma" retorcida; navío roto, golpes y zumbidos, salmo de penitencia, alas caídas...

La vieja de Lombraña es leñadora. Corta el "barrosco" anémico, las "cañas" secas de la "lera", los "placeres" del bosque, los alisos tiernos de las orillas del río. Forma el voluminoso haz entre vuelta y vuelta del lazo de seda, con crujir de ramas mustias que se parten, que se oprimen. Torna a persignarse, limpia el sudor del flaco rostro, rollizo y "colorado" cuando Dios quería; sacude las briznas y los escajos del oscuro delantal y deja el "rueño" sobre la nieve de la cabeza, en la que lleva el "coloño" de palos y de retamas, entre jadeos y trasudores. Estos leños son el pan y el fuego. Las lumbres de los señores se encienden con las fatigas y los "anjeos" de esta pobre mujer.

Cuando las campanas de la parroquia tocan a misa primera ya está Rosona de vuelta en su "socarreña" con ínfulas de vivienda; hogar destartalado, al oreo de todos los vientos, frío y desapacible, con hendiduras y revocos de abono en las grietas. Un gato blanco rezonga en la "pusiega", entre pucheros de barro y tarreñas desportilladas. Hay estampas en las paredes ahumadas y ramos de manzanilla y de hierbabuena colgados a un lado de la "jornilla", en un tosco vasar de castaño, que sirve, a la vez, de cantarero, de alcancía y de alacena.

Esta pobre mujer es el símbolo cabal de las solterías campesinas. Pasa y repasa las cuentas de su rosario, mientras borbotea la olla de castañas al amor de la lumbre. Unos la tienen por bruja y otros por santa. Y así pasa la vida en tan ásperas prisiones, con el anhelo del amor de Dios, ya que el humano le negó las mieles y las alegrías. Vigilia y penitencia desde el punto y hora en que pasó la juventud; eterna renunciación de las cosas del mundo, aletargados los apetitos, somnolientas las potencias, consumidos los sentidos bajo el tremendo rigor de las ansias aterecidas, de los sueños azules que se trocaron negros, de las dulces ilusiones que cayeron en los abismos.

Rosona es un símbolo. Un símbolo de crueles desgarraduras, de tueras y de espinas, de amores malogrados, de deseos muertos. Al verla tornar con la balumba de retamas sobre su cabeza, sentimos la llama regalada de la misericordia, mezcla de dolor y de reproche por estas tristes mujeres, arrinconadas entre los hollines de las "jornillas", con sus rosarios y sus yerbas, desamparadas por los hombres, agraviadas por la infame superstición lugareña que aún cree en los untos de aquelarre, en "adivinas" y saludadoras; en los caballos del diablo; en el maleficio del murciélago blanco; en los pactos demoníacos, a la media noche, cuando se inicia el plenilunio y graznan las cornejas en las horcas...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 26-IX-1929.

241.—ESBOZOS. EL TONTO DE FRESNALES

1

Concejo en el portal de la iglesia.

Tío Sandalio, el regidor de Fresnales, encaramado en una mesa de roble con manchones de vino y "lampazos" de grasa, habla al buen pueblo.

Es un hombrecillo cenceño, de revuelta cabellera, grande la cabeza, rollizas las manos, vivaces los ojos, estrecha y arrugada la frente. Viste blusa azul sobre el elástico verde. A su alrededor, los vecinos de Fresnales escuchan en silencio. Pían las golondrinas en los nidos del porche, respingan los críos en la campa de la parroquia y abandonan el templo las beatas rezagadas. A la sombra de los nogales murmuran las ociosas comadres, hablan mal del prójimo, muerden a las virtudes, estrujan a las honras y, a fuer de deshonestas y de mal intencionadas, ponen pecados y avaricias lo mismo en las casas rectorales que en los zaquizamís de las mozas alegres.

Tío Sandalio sigue hablando, encaramado en la vieja mesa de roble. Aprieta en la siniestra mano un pañuelo de yerbas sucio y recosido y empuña en la diestra una vara de avellano mustio, salpicada de estiércol y de lodo, lo mismo que las "albarcas", de alisa ribereña.

"—Hay que ser agradecíos... Hay que recibir al diputau mesmamente que a los predicaores de la misión. Cuatro vivas bien daos, un arcu de laurel y unas flores esparcías por las callejas no cuestan cuartos y pueden convertirse en güenas moneas de plata de la bolsa del diputau que barrunto que debe ser espurría... Las mozas cantarán los picayos y los mozos darán los vivas... Habrá que repicar las campanas y avisar al piteru de Tojanera... ¡Hay que ser agradecíos, recolle!... Los predicaores mos traen bendiciones y penitencias y el diputau mos regala caminos y juentes y otras cosas de más sustancia. Una cosa es la pulítica del cielu y otra la pulítica de acá bajo. En ta una rz falta arrodillarse y en la otra es menester hispise y alevantar la cabeza y emburriar con toa la juerza pa ver quién agirma más y quién chifla mejor y más reciu..."

Movimientos de impaciencia, ruido de tarugos en las losas del porche. Los vecinos de Fresnales barruntan la hora de "barciar" la puchera en la fuentona familiar. Hay bostezos excesivamente indiscretos. En Fresnales, como en todos los pueblos del mundo, el estómago es exigente, se rebela, es ambicioso y egoísta. La sugestión de la fuente colmada es más grata y apacible que una ración de ética y de virtudes...

 Π

Lao es el tonto de Fresnales. Es aún mozo, un mozo de abultadas "carrilleras", desdentado, "rojones" los cabellos; mira manso como un buey de yunta, anda perezosamente y hurta la merienda a los muchachos. Abre marcha en las procesiones y en los entierros, pide cigarros al cura, y dineros al "indiano" y trata de tú al lucero del alba.

Es glotón como el "ojáncano" de la leyenda, recio como un jumento de

"cuarteo", duro como una roca de Peñarrubia; duerme en el "soberao", entre los campanos y las panojas, y madruga con el alba. Su llanto es estrepitoso como el rebuzno de los famosos alcaldes. Odia a los mendigos que llaman a su puerta, limpia los rediles y los arroyos, apalea a las bestias, arroja piedras a los "miruellos" y ama a los ruiseñores que cantan en su huerto. Es un tonto "cabal", si se nos permite el calificativo, a veces humilde y a veces rebelde, hoy harto y mañana hambriento. Huésped de todas las casas del pueblo, sirve de demandadero y de leñador, que es lo único para lo que vale, a cambio de una "embozá" de castañas o de un pedazo de pan cocido en los hornos de Fesnales con lumbres de "árgomas" y astillas de roble... Viste una blusa de remiendos blancos, de remiendos negros y azules. Está destocado y descalzo y en los momentos de regocijo canta siempre la misma tonada:

La mi pelliza está rota quién me la remendará...

TIT

Viva, viva el diputau que mos vien a visitar; viva, viva el diputau y los santos del altar.

Los "picayos", monótonos y lentos, se mezclan con los vivas de los mozos, con la gritería de los chiquillos, con las exclamaciones de las mujeres. Se levantaron gentiles arcos a la entrada del lugar. Hay rosas y espadañas en las callejas y colchas de colores en los balcones y en las solanas, a guisa de colgaduras. Las chambras y las blusas, recién salidas de las arcas centenarias, huelen a pomas y a limones. Fajas azules y "colorás", delantales blancos, "galeros" negros, pespuntes y remontas, pañuelos de seda, percales chillones, sonajas y tamborileros. Es día de fiesta para Fresnales. Reposan los "aladros" y las azuelas, el "rueño" y el lazo coloñero, de serda negra. Los "melanes" cotidianos han quedado colgados en los pinos de las cocinas y de los carrejos. Lao, al frente de aquella procesión, como "caporal" de ronda, al aire la encrespada melena, lleva colgado al cuellazo bermejo un ramo de panojas deshojadas. La gente ríe las trazas del tonto. En medio de los vítores y de las aclamaciones, se oye la tonada de Lao, monótona y triste:

Tengo la pelliza rota, quién me la remendará...

Jinete en caballo percherón, asoma por la revuelta del camino el diputado por Fresnales y aledaños. El pitero de Tojanera infla los carrillos sin darse punto de reposo, como el tamborilero, como las mozas de las pande-

retas. Aumenta la gritería de los críos, que retozan en el angosto camino sembrado de flores y de ramas de laurel. Son más recios los golpes en el parche de las panderas. El tonto de Fresnales clava los ojos en el jinete del caballo percherón, que saluda con el pañuelo. Súbitamente quita del rollizo pescuezo el ramo de panojas doradas, con muestras de gran pesadumbre y contrariedad.

"Arrecata" la descomunal cabeza y mira iracundo y "josco" al vecindario endomingado con las blusas y las "vascas" galanas. Arroja las mazorcas a unas vacas "ratinas" que pacen, a orilla del camino, las yerbas desmedradas del lindero, y exclama con todo el resuello, tristón y desazonado:

—¡Qué chascu, recolle!... Esta sí que es gorda... Creí que era un mulu y es un home...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 1-X-1929. (Vid. título n.º 4).

242.—ESBOZOS, EL ÚLTIMO MAYORAL

Fue vaquero en los puertos de Palombera, gayán de aparcería, labrador y "albarquero", mozo de cuerda, pescador furtivo, arriero y mayoral de la última diligencia. Cuando el estruendoso carruaje, pintado de amarillo dejó de rodar entre crujidos y tacabaleos, bajo los álamos del camino real, el cochero tornó de nuevo a las glebas y a los remansos. Entre el polvo de la carretera (restallar de látigo, tacos y cantares, libaciones y vigilias, nieves y resoles, requiebros y pesadumbres, hoy beodo y mañana descuajaringado) fue dejando, el triste, los bríos y los ánimos...

Otra vez el golpe de hacha y de mazo en el roble y en la mies, silabeo de guadañas, rumor de rastrillos, crepitar de lumbres, haces y balumbas, "tajos" y aperos, jaculatorias en los ocios de invierno cuando braman los vientos, "sorbo de leche" y escudilla de "pulientas", borona rustiada con ampollas negras, novenas de las flores y de las ánimas, mentideros de campa y de porche, escalofríos en las albas cenicientas, camino del "invernal" o de la cumbre... Otra vez el duro leño que el "albarquero" pule, que el "albarquero" labra a fuerza de azuela y de legra; los bártulos del "serrón" trashumante, la inquietud amarga del pobre labriego que pone sus ansias en las nubes y en el sol.

En las horas de ocio, mientras crecían los maizales y se sazonaban las

yerbas, sintió la nostalgia de los caminos reales, de las ventas y de los odres, el ir y venir de aquellas jornadas leves entre el pueblo y la villa, de la nota recia del "bígaro" al silbo agudo del tren. A través de sus secretos pensamientos y de sus íntimas ambiciones pasó la rebeldía como una centella. No se medraba en aquellas angosturas. El aparcero sudaba y trasudaba para colmar el pesebre de las bestias, para remendar los "melanes" de los hijos, para medio llenar las talegas maiceras, menguadas por el glotón puñado de la "maquila", en el estruendo de los molinos. Siempre la misma olla, los mismos caudales, la misma tarreña. Ningún paréntesis del hartazgo que hiciera más fuerte la correa, más alegres los pensamientos, más optimistas y bonancibles las ilusiones y las ansias. El mismo sendero todos los días, camino de yunta, lindes ásperas, orillas secas, torca y matorral, cambera pedregosa, entornaduras y tambaleos...

¡Oh, el pan blanco, la vida regalada de la ciudad, en el portal señoril, con el manojo de llaves, con la escoba de brezo, relucientes los zapatos, el cuello entre almidones, rozagante el cuerpo, contento el corazón!... ¡Vayan enhoramala los ajetreos de las "maseras", las bazofias cotidianas, los "fisanes" y las calabazas roteñas, los torreznos grasientos, los "pescardos" del río, las "estirpias" y los "estadojos", los "butrones" y los rodales!

Y a la ciudad llegó, como tantos otros infelices, el hombre que fue vaquero en Palombera, labrador y moyoral de la última diligencia que nosotros conocimos; de aquella diligencia pintada de amarillo, herrumbrosa, con los ejes desuntados, presillas de lana áspera y muelles venerables, como la que llevó a Tartarín a cazar leones.

Es un viejo desmedrado, descolorido, de barbas grises, espaciosa la frente, la nariz de pico de cuervo, hundidos los ojos. Anda perezosamente, apoyado en un palo de espino. El buen viejo, con trazas de mendigo "curioso", recorre las calles de la ciudad entre cantares y temblores. Las gentes le miran sorprendidas, escuchan indiferentes sus canciones, le contemplan con misericordia. Tonadas tristes, tonadas alegres. Unas trascienden a risas, otras a lágrimas. Cadencias melancólicas de la tierra que saben a pesadumbre, a suspiros de frondas, a aguas que brotan en la peña viva, a esquilas de bronce, a campanillas de plata, a nota de almirez, a hojas que se besan, a retamas mustias que se abrasan. Recuerdos de juventud, de las cumbres, de los ventorros y de los trallazos de los cascabeles y las colleras galanas. Tiembla la voz que canta como una pena muy honda, muy honda, convertida en lamento. Parece un reproche, parece una penitencia. La ciudad fue un dogal cruelísimo, un "rabién" iracundo que le arrastró, un "belorto" que le embarazó el ánimo. Fueron cayendo las ilusiones. El espejismo de bienandanzas se trocó en un oscuro panorama sin riberas ni huertos, sin fuentes donde saciar la sed, sin el ventalle de los bosques, sin el murmullo de las "rigueras". Mejor se estaba en la calma apacible del pueblo, entre los rebaños, y las esquilas y los ábregos. Allí no faltaba el pedazo de borona. Aquí falta el trabajo y el pan.

Ese viejo que pasea, cantando, las calles de la ciudad, es el vaquero, el mozo de cuadra, el labriego, el mayoral. Ya está al filo de los ochenta años. Vive de los mendrugos, de los residuos. ¡Con qué dulcísimas y frenéticas ansias volvería, para morir, a las orillas de aquellos remansos, a la sombra de aquellas "nogaleras"!

Este anciano venerable, que sufrió la tremenda equivocación de cambiar el campo por la ciudad, se nos antoja un filósofo cabal, hecho a fuerza de penas y de sinsabores, de ayunos y de empellones. Canta para que le crean feliz. Sabe de las misericordias apócrifas, de las lástimas fingidas, de las conmiseraciones que no salen del alma, que no muerden la conciencia, que no acarician el espíritu. Oculta sus cuitas, cuitas de hambre y de desemparos, para que nadie las vea, para que nadie las oiga, para que nadie las compadezca, para que nadie se ría. Las gentes felices huyen de los sollozos, se apartan del dolor y de la miseria. Hay quien se alboroza con las lágrimas y los infortunios del prójimo. El sabe de estas misericordias, de estas indiferencias, de estas alegrías. Y por eso canta, apurando las hieles. Hasta que no pueda más, hasta que caiga bajo los resoles o los granizos, con la última cadencia de sus bien amadas nostalgias...

Cuando era vaquero, cuando arrojaba la simiente en los surcos de Urbina, el pueblo de los rosales y de los limoneros...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 8-Y-1929,

243.—ESBOZOS. LAS MEMORIAS DE UNA MUJER

Golpe cruelísimo de la piqueta que resquebraja y derrumba. Entre los escombros caen envueltas las inquietudes de otras edades menos sibaritas; las ansias y los placeres; algo del espíritu de nuestros abuelos escondido entre las recias paredes y los venerables tapices de las viejas y agrietadas mansiones. Cuando renegaron las castas de la soledad y de la melancolía, que aprietan el ánimo y acongojan el espíritu en las penumbras eternas de los palacios solariegos, la vida adquirió nuevos impulsos de destemplanza, desfogados en aventuras torpes, en vanidades y glotonerías.

Nacía la segur y el filo que cortara las yedras viejas, las encinas de los solares, el hilo que nos unió a otras generaciones, la coyunda del presente y del pasado, la dulcísima cadena que aprisionó nuestro espíritu, en anhelos y fervores, con el inefable recuerdo de aquellas costumbres, de aquellas apacibles jornadas, a través de la historia y de la literatura. Los nuevos bríos fueron rebeldes e ingratos, lo mismo que los deseos y las avaricias. Fue extraviándose la devoción histórica entre el estruendoso plañir de los hombres que volvieron las espaldas al regazo de la estirpe; que arrancaron la raíz; que secaron el manantial; que trastrocaron los pensamientos; que vaciaron el ánfora después de adulterar el néctar...

La crueldad colectiva, desparramada en el agro y en la ciudad desde el punto y hora en que lanzó el postrero estertor el siglo romántico, ahondó el cauce, hizo más profunda la fosa, abrasó y consumió y retorció fieramente el rosal de Chateaubriand, en las nieblas de la Bretaña, entre el cantil de la ribera y el alcor de Saint-Malo. El chasquido resonó en todo el mundo. Acababa de caer el símbolo. En el ajimez graznó la corneja, y el buho fue señor del corral y de la sala. La yedra fue un sudario. Huyeron los castellanos y los mayorazgos de las bardas centenarias, de los parques umbríos, de los apacibles caminos de la heredad. Los caudales salieron al sol. Quedaron vacías las arquetas y exhaustos los cofres. Iban de aventuras, carretera adelante, embriagándose en las ventas y en los mesones con pícaros y mozas alegres. Atrás quedaba la casa con las puertas cerradas. Los críos apedrearían las ventanas y los postigos, el musgo ocultaría la piedra labrada, las malezas borrarían los caminos por donde discurrió el amor y la felicidad.

Tras aquellas puertas, debajo de aquel musgo y de aquella yedra, se petrificó el espíritu que retozó optimista y alegre en los ambientes abandonados. La carne fue más recia que el alma. El ansia de orear la materia, de recrear los sentidos, de alborozar las potencias en las nuevas luces y en los nuevos vientos, fue más fuerte que la dignidad, más dura que el deber. Quedó el atavismo malo en los secretos y en las sombras de la conciencia. Atavismos arrebujados en la vanidad, medrosos, desleales, mezcla de sonrisa y de mueca huraña, de cortesía acicalada, de sentimiento artificioso, de sensaciones ocultas que mienten en el rostro, que engañan y parecen blancas, que ofrecen mieles y regalan tueras. Resabios oscuros, resabios tenaces con trazas de bondad, con gestos y aspavientos, máscara del alma y del corazón, de los ojos que aparentan mansedumbres, de los semblantes que fingen amores y misericordias; de las manos que aprietan efusivas y quieren ahogar; de las palabras que dicen dulzuras y alegrías y guardan asperezas y malas intenciones; de los parabienes que ansían malasventuras; de los consuelos que pretenden apretar la llaga; de las lágrimas que envuelven regocijos; de los regocijos que ocultan desazones. Antifaz de los sentimientos, de los rencores, de los apetitos pecadores, de las vilezas, de los egoísmos, de la sierpe de la envidia.

Lo bueno quedó entre las ruinas y los escombros, debajo del polvo y de la ceniza, asendereado y molido. Golpe de piqueta que derrumba lo viejo, que socava el cimiento, que remueve las piedras, que desmocha y hiende. Piqueta de hierro, piqueta de carne y de espíritu, que rompe la roca y el recuerdo, que aplana el relieve, que hace yermo y matorral, que descuartiza y sepulta, que tala y desarraiga...

Tal, en esencia, el nuevo libro de María Luisa Pailleron, la romántica escritora francesa. Sus "memorias" son una diatriba y un reproche de mujer, llena de espiritualidad y de fragancias. "Auberges" y "hôtelleries", castillos y palacios, desfilan por las bellas páginas, rememorando las penosas etapas, los pueblos y los ventorrios, la política y el arte de los siglos XVIII y XIX.

Recuerdos de Sthendal y de Víctor Hugo, de Janin y Lamartine, Lady Hamilton, Cooper, Dickens y Brummel. Caminos de Avignon, castillos de la Bretaña y de la Gironde, postillones de Flandes, tronos caídos, destierros y ejecuciones, rosas y dogales. Posadas de la Fontana de Oro, de Los dos Cisnes, de la Cruz de Malta. Solares abandonados, frondas taladas, castas degeneradas, campiñas y serranías, mansiones señoriles, chozas villanas. El pasado y el presente con sus características espirituales, con su arquitectura, con sus deseos y sus renunciaciones...

Pailleron describe a los poetas, sin olvidar la Historia. Une la verdad y la fantasía en un haz peregrino. Ahora reza plegarias de versos, absorta y sollozante, ante unas ruinas, y más tarde se enoja y se exalta en el análisis de las claudicaciones morales, en el desmenuzamiento cauteloso y sagaz de las decadencias y las flaquezas.

Libro romántico de inquietudes y añoranzas que canta y se queja, andariego, luminoso; que no miente, que no escarcea en las sombras y sí en los pecados; que tiene un ansia en cada pensamiento y un cantar y una elegía.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 16-X-1929.

244.—ESBOZOS, EL ROMANCE DE LOS CASCABELES

Allá por San Miguel bajaron las "cabañas" de los puertos. "Rezongaron" los campanos en el camino real, galanas y flamantes las colleras, alborozados

los pastores, contentas las gentes. Toñín, el rollizo "sarruján", al hombro la "jatera" ("parrilla" y masera, cuencos y tarreñas) respingaba, carretera adelante entre los críos del lugar, descalzos y destocados, con las blusas azules, con las blusas grises.

Contoneábase el fornido "becerrero" empuñando la descomunal "porra" de avellano labrada y curtida en las brañas de Sejos, al socaire de las peñas agrietadas o a la sombra apacible de los abedules y de los robledales. El vaquero, un hombrecillo cenceño de encrespadas melenas, que sabe de los ocios en las cumbres y en los seles, a la vera de la choza de terrones, muestra en el enjunto rostro la pícara vanidad que le retoza en el espíritu. No ha habido "despeñaduras" en los castros; ni extravíos en las frondas sin caminos; ni "salenguanas" mortificantes; ni desgarraduras en las carnes de las bestias. Aulló el lobo y gruñeron "las osas canas", abajo en la hoz o en la "canal", sin acercarse a la majada, sin poner la zarpa en el húmedo yerbío de las paciones montesinas.

Buen año para los pastores y para los ganados. Los unos tornan rozagantes y los otros hartos. Yerbas y leche, ráspanos "sabrosos", "mayuetas" y aguas frías, sesteos y "canas al aire", de cuando en cuando, camino de Saja, al barrunto del odre y del "frasco anisero".

Los días pasaron anodinos, más cerca de la felicidad que de la pesadumbre; hoy brumas y mañana cérifos y después claridades que despiertan los sentidos y abaten las melancolías. Vida primitiva de las selvas y de los collados, a la orilla de las fuentes de leve surco, entre las peñas escarpadas y los suaves alcores. Lechos de heno y de manzanillos amustiados por el sol del estío que "resquema" el helecho talado y endurece los terrones de la cabaña, arrancados del "sel" hospitalario. Jornadas leves, los días de sosiego, cuando no "moscan" las reses ni hay señales de tormenta por encima de los picachos, "tocaos" por las nubes negras.

"Jarmosos" de haya, "jarmosos" de raíz dura, colmados del néctar de las ubres infladas. Boronitas sabrosas, "espurridas" en la parrilla a fuerza de manotazos, mientras restallan los leños en el "llar" improvisado y canta el "sarruján" las coplas del "Antruido" o el viejo romance de los arrieros y de los cascabeles. El mismo yantar todos los días, sin hastíos, sin tristezas, sin avaricias glotonas. La práctica de la renunciación y de la parquedad tienen allí su trono y su celda, con doseles de nubes y de estrellas y disciplinas y penitencias. Es un trono de maravilla donde reinan los humildes, señores de la braña y del otero, de las linfas que besan los salces blancuzcos, de los picachos del águila, de las mieles y de las penumbras, de los resplandores y de las tinieblas. Viejos hidalgos de los solares serranos, sin orgullo ni soberbia; que no saben del blasón, que no tienen alcancías ni talegas; que no han

sentido la voz grave y presuntuosa de la vanidad, ante el áspero papel de la ejecutoria. Es una heráldica aderezada con troncos seculares, cayados y "bígaros de asta", pellizas y zurrones madreselvas y musgos; hondas y jaramillos, nieves y rocíos, lastras y romeros. Ejecutoria de las intemperies, de las soledades, de las ausencias que "lijan", de las ventiscas, de los harapos, de los rasguños y las fatigas, de las templanzas y de las mansedumbres...

Han bajado las cabañas de los puertos con estruendo de "majuelos", herrumbrosos.

Respinga el "sarruján" esmirriado lleno del tizne de las "árgumas", del lodo de las pozas de la Cardosa; alegre el semblante, dormidas las ansias. Trae yesca para los viejos, y avellanas para las mozas y "ahijadas" majas para sus amigos. Regalos de "allá'rriba"; frutos del ocio y del cariño, de las horas quietas en los repechos y en las lomas. A su lado jadea "Lucero", el perrazo pinto, harto de agua y de harina, mostrando los claros de su carrancla, cubierto de polvo, con escajos en las lanas.

Al sol ardiente del verano medraron los pastores y las bestias en lo más accidentado de la sierra, de picos blancos y "pernales" verdes.

Traen las esencias de los manzanilleros agostados, del heno que le sirvió de lecho, de las malvas y los jaros, de las campanillas agrestes. Casi bermejos los rostros, ásperas las cabelleras, bajan los pastores al llano, reflejado el contento en las pupilas, al filo de la dicha más sabrosa, andando, andando tras la tresnada "cabaña", camino del pueblo, donde está el hogar, donde está el descanso.

En los ocios pensaron en el pobre jergón de hoja panojera, chirriante y "asperona"; en las burdas mantas de franjas azules, de franjas coloradas; en el tajo de la cocina; en el tronco del portal, donde se hienden los leños; en la estampa ahumada; en las tinajas de la cantarera; en las plantas del huerto; en los guijarros y en las "llabazas" del corral.

Han bajado las vacas y los "castrorios", los toros y los bellos.

Barruntos del invierno, barruntos de las nieves. Ya hacía frío en las "vallejas" y en las alturas. El viento se metía por las rendijas de la choza, peinaba las yerbas del sel, zarandeaba las míseras ropas colgadas de los pinos sin labrar. Las reses buscaron el socaire de los ribazos, el abrigo de las hondanadas. Pronto serían turbias las aguas de los canales y helados los regatos de las fuentes; tristes el alba y el atardecer, quejumbrosos los árboles zarandeados, hoscas las nubes y los ambientes.

En las veladas del invierno, mientras se asan las castañas y repiquetea el granizo en las tejas, Toñín, el "sarruján" contará sus aventuras en las brañas:

"-Un día vi cuatro osos; eran grandes, grandes y mu'canos. Estaban

comiendo a un probe caballu blancu que tenía dos pintas negras en la metá de la frente..."

Después tornará a cantar el romance de los cascabeles, añorando la choza y el sel:

Cascabeles, cascabeles, cascabeles de oru y plata...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 22-X-1929.

245.—ESBOZOS. EL SEÑOR CIPRIANO

Así, el señor Cipriano. Nada más que el señor Cipriano. Sin requilorios, sin zaguanetes floridos, sin antesalas rimbombantes. El decoro está adentro, en la entraña viva, en la conciencia, al lado de la virtud y del amor. Lo de menos son las entradas y los porches, las trazas y los almidones, la petulancia que simboliza el ropaje; la cobertura, el hábito, la pulcritud externa. Adentro, adentro, en las reconditeces íntimas, en el cerebro y en el corazón es donde se arrebuja la verdad en sus mantos azules. Puede ser humilde y recosida la capa que esconde a un gran señor. Puede ser magnífica, de paño de lo caro, la capa que cubre las vergüenzas de un plebeyo, capaz de vender su honra por los treinta dineros. Basta con la enjalbegadura, con el agua clara del río, con el "recibidor" apacible, de paredes blancas, sin tapices, ni blandos escaños. Tras la ostentación suele ocultarse el polvillo y las telas de araña. Tras los adjetivos y los perifollos con que se acaricia la vanidad de ciertos hombres de pro, hemos encontrado no pocas rinconeras y penumbras de muy deshonesta y desdichada condición.

El señor Cipriano; nada más que el señor Cipriano. Así, a la buena de Dios. No son señores todos los que se cuelgan el título de tales. El señorío es privilegio de pocos. Es una excepción. Lo mismo que la lealtad y la misericordia de buen temple. ¡Oh, el señorío del espíritu, los blasones de la conciencia, las ejecutorias de piel adentro, a través de la carne rebelde! Señorío de los pensamientos, de los resplandores del alma, de los anhelos castos, de las secretas hidalguías, de la dignidad, del deber, de las cabales virtudes. Señorío sin atalajes, sin lustres de paño y piedra, sin solares, ni abolengos, ni leones rampantes, ni campos azures. Antaño no se prodigaba eso del señor. Hoy

todos somos señores. En esto, la igualdad ha llegado al fin de la jornada. Señor es el foragido encubierto, y señor el bellaco y señor el pícaro. Y, sin embargo, hay pocos señores. Abunda el nombre, se prodiga, se siembra en todas las tierras, se ove en todos los ambientes, se escribe en todos los sobres. El humilde y el soberbio, el caballero y el follón, han sido unidos por ese hiladillo de buhonero, que lo mismo ata un manojo de verbas que ribetea un corpiño galano. Es la confusión de las morrallas v de lo selecto, de lo honesto y lo desvergonzado, del hierro y del oro, de la espuma y el légamo, de las claridades y las tinieblas, de las avaricias y las renunciaciones. Algo así como una trapería sórdida y de no muy recatada usura, donde aparecen, en mezcolanza desdichada, los arreos de lo caro y los descoloridos melanes de los que tuvieron que vender la camisa para mal comer un día. Bombines y boínas, charoles y cáñamos, sedas y percales, lienzos ásperos, holandas averiadas, mantillas y galeros. Los rehenes de una juerga o de un vicio. Una lágrima o una carcajada. El hambre o el hartazgo dándose la mano a regañadientes. Un eructo y un bostezo.

Tal sucede con el señorío y con otras cosas que no es menester decir. Mezcolanza de almoneda, revoltijo de encajes y de cuerdas, de cosas negras y de cosas blancas, de ánforas y escudillas desportilladas, de bronces y leños agrietados...

Mirad; por allí va un rufián que tiene dineros y hacienda. Es un señor. Lo dice su porte. Lo proclaman sus vestiduras. Y aquel neblí que ha hecho sartas de amarguras ajenas, también es un señor. Y es señor el avaro que no limosnea, y el maestro que no educa, y el embustero, y el hipócrita y el farsante. Y, sin embargo, hay pocos señores. Es un todo arbitrario, caprichoso, baladí, donde entra lo bueno y lo malo, la ira y la templanza, lo fértil y lo estéril... Talego inmenso repleto de ochavos verdosos, de onzas de oro, de pltas y cardenillos...

Pero este señor Cipriano es un señor, un gran señor. Un señor de las montañas de León que administra los libros del Ateneo Popular. Tiene el señorío en el espíritu, en el entendimiento. Le muestra en las pupilas, en la frente, en los cabellos. Un señorío apacible, todo serenidad, adquirido en las mieses y en los mares, en las bonanzas y en las tormentas, en los surcos, en las jarcias de un bergantín entre los pájaros y las gaviotas. Señorío de boína, de "albarca", de panas, de zueco marinero, de "sudeste", de bitácora, de arado y timón. Un señorío hecho con retazos y pesadumbres, con ansias y fatigas, hoy triste y mañana optimista. Peldaño a peldaño, fue subiendo, subiendo. Dura era la brega y hoscos los horizontes. Bullía la zozobra y mordía la incertidumbre. Arriba, arriba, con la guadaña o el cabo, ahora labrador y después marinero. Un libro para consolar el alma, para recrear el entendimiento.

Hermoso devaneo con las letras en las horas de ocio. Otra vez el trabajo, la inquietud, el desmayo de las pobres potencias fatigadas. Más lucha, más optimismo, más fortaleza. Caricias de los hijos que saben a mieles, que secan el llanto, que curan la llaga. Golpes de mar, y azote de los vientos y lumbres de sol. Adelante, adelante, limpia la conciencia, alta la frente, sereno el espíritu. Sin estelas turbias, sin recuerdos vergonzosos, sin culpas mortificantes. Trajines cotidianos que enervan los bríos. Después el libro, breviario amoroso, que pule los sentimientos y acicala las sensaciones con el toque delicado de la templanza. Cuitas, desazones, vigilias, sacrificios, temblores, duelos y quebrantos. No importa. Más caricias de los hijos, que tienen gracia de Dios y ambrosías y panales. Otra jornada con rachas de fe y ramalazos cruelísimos de desesperanza. Hoy una ortiga y mañana un rosal. Al alba un cantar y a la noche una lágrima. Siempre lo mismo, siempre lo mismo... Nunca se llena la alcancía ni el estómago. Los pobres no comen lo necesario. Cosa vieja y trivial, pero siempre nueva por villana paradoja...

Ya se fue la juventud, andariega y optimista. Los años maduros, más quietos y sosegados, pasaron también con más penas que alegrías. Asomó la nieve de la vejez en los cabellos que salpicó la espuma de las ondas. La misma serenidad en la vida interior; se ensancha el remanso; se amustian las pasiones; renacen el recuerdo y la añoranza. Días de Marsella y de Liverpool, noches de Palermo y de Buena Esperanza, horas de a bordo cuando silbaban las cuerdas y se quejaban las gavias...

Y así adquirió el señorío este hombre bueno que administra los libros del Ateneo Popular y que fue objeto el domingo de un cariñoso homenaje. Sabe de letras y de mundo. Jamás llevó a su corazón por malas derrotas. No sabe de prevaricaciones, ni de felonías, ni de soberbias, ni de vanidades. Es un señor, un gran señor, vestido de artesano, con las huellas del trabajo en las manos venerables, con mucha claridad en el alma, con mucha paz, con mucha hidalguía. Sus libros y su hogar, sus recuerdos, sus "ocios fecundos". Lo bastante para ser feliz. He aquí el señorío más cabal. Firme como el tronco del laurel, entero, espiritualmente magnífico. Tiene la digna mansedumbre del labrador y el corazón templado del marinero.

Así; el señor Cipriano, nada más; sin requilorios, sin adjetivos...

El decoro y la dignidad están adentro, en la entraña viva...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 29-X-1929.

Gentes sencillas del buen pueblo, optimistas, alegres, que ponen el brote de su felicidad en una ramita deleznable.

Aún resuella la superstición envuelta en mantos de humo y de nubes. Una superstición mansa, de noche de luna, de crepúsculo triste y perezoso, de conseja apacible sin llantos ni desgarraduras. No son cenizas las medrosas inquietudes que nacieron y engordaron, como tronco señero, entre los resplandores de las fogatas invernales, después de pasadas y repasadas las negras cuentas del rosario, lo mismo en la ciudad que en el caserío.

Arriba, por encima de las nubes y de las estrellas, pusieron la fe y la verdad, la eterna luminaria de sus esperanzas y de sus favores, en un trono de claridades y de rosas. Abajo, en las umbrías y en las riberas, en las tinieblas y en las hondonadas, sembró la mentira otras creencias y otros temores.

Galopaba la fantasía a lomos de la inocencia venerable y los montes abrieron las negras bocas de sus cuevas para albergue de los mitos pavorosos, señores de la vida y de la muerte, del amor y de la pesadumbre.

Entre el suave rumor de las plegarias, se oyó el murmullo tenebroso de la superstición en forma de fantasmas y de sudarios. La verdad y la mentira se abrazaban y se confundían. Se creyó en Dios y en los espectros. Se hizo granjería de las almas —granjerías demoníacas y hechiceras— a cambio de haciendas y de privilegios. La roca fue oro y el oro roca. Se trocaban las aguas en serpientes, y las serpientes en dragones y los dragones en doncellas desencantadas. Se abrieron abismos y se levantaron montañas. Las pomas del avaro se convertían en piedras, y las morrallas y cochambres del hambriento en riquezas peregrinas. Hablaban los robles y cantaban las luciérnagas. Do una peña salía un sollozo y de un fresno una carcajada. Aquí un lamento y allá una blasfemia. Allí un templo y acullá un aquelarre. En el llano los acentos de un bronce sagrado, y en la cumbre el manto azul de un hada o la zampoña multicolor de un duendecillo travieso.

Todo bajo los mismos cielos, en el mismo regazo, en idénticos caminos. ¡Superstición, superstición! Danzaban en las eras de Castilla las tenues lucecillas temblorosas —almas de galanes que murieron de amores—. Discurrían por los rastrojos, picoteando en la nieve, las palomas pardas que vinieron de Oriente, escondiendo en las alas la semilla rubia de la felicidad. En las barbacanas graznó la lechuza de los malos agüeros. Cantó el centauro de la buena suerte en las márgenes del Guadalquivir, y en las Asturias de Santillana rezongó el ojáncano del ojo en la frente, sanguinario y cruelísimo, como la sierpe bermeja de los bosques "purriegos".

Hadas de Extremadura con cabelleras negras y almaizares de hurí, agazapadas en los riscos y en las frondas. "Ventolines" de la Barquera. "Espumeros" de Ubiarco. "Xanas" de Peñamellera, de los campos de Pravia, de las fuentes de Mieres. "Anjanas" de la Montaña que duermen en los luceros. Hechiceras del Mediterráneo que flotan en las ondas azules y reposan a la sombra de los rosales y los naranjos. Aquelarres de Arlanzón y del Madrigal. Fantasmas de Galicia "la meiga". Bebedizos de Granada y de Sevilla. Horóscopos de Toledo. Trasgos de la Mancha y de Aragón. Magos de las calvas cetrinas. Animas del Bierzo y de Carril. Undive de las gitanerías. "Oficios libres, hueros, de pecho y de alcabala". Flor de la Alpujarra mora. Cardos de Oca. Claveles milagrosos de Tarifa que dan la suerte y aplacan las penas. Trébol de la noche de San Juan. Rosa negra de los alcores alicantinos, pródiga en alegrías y en bienandanzas...

En las tierras del Sur y en las tierras del Norte; en los cármenes y en las brañas; entre las rosaledas y en los argomales, aun quedan jirones y retazos de la vieja superstición. Agujereado está el manto que cubrió la superchería pero aún crece la yedra que hizo raíces profundas en los olivares y en los tramontanos.

Atavismo andariego; hoy sofocado por los soles del mediodía y mañana aterecido por las nieves del Septentrión, lo mismo danza al son de los palillos y de la guitarra en una zambra del Albaicín, que baila entre panderetas y sonajas a la sombra de los nogales, en las campas romeras de Peñas al Mar.

El jándalo, roncero y ceceante, con requilorios sevillanos, amanerado y zalamero, se asusta de la "bicha" y requiere el metal que detiene el maleficio o dice la leve letanía del lagarto, descolorido, lleno de coraje y de temor, con fuego en los ojos. Las mozas de Cádiz y del Puerto de Santa María, gustan de las yerbas buenas cántabras, de los romeros y las manzanillas. Dicen que hacen más fuertes los cariños y más resignados los dolores.

¡Supersticiones de las Sierpes y de Triana, de las tierras de don Celso, de los solares del señor de Provedaño!

Las mismas virtudes tienen las rosas de Alejandría entre los resoles de Aznalfarache que en los cierzos de Palombera y de Lamasón. Las mozas gaditanas creen en la virtud de la piel de la ardilla. Las mozas montañesas creían en la virtud de la piel de la "bonuca" de los muchos colores.

Supersticiones de las ansias, de las flaquezas, de las sonrisas, de las amarguras, de los odios, de los fervores humanos, de la salud, de la vida sosegada. Supersticiones blancas, supersticiones negras; las unas con abrojos y hieles, las otras con coronas y almíbares. Supersticiones de fuego y de nieve, de aires y hierros, de espumas y esencias, de plantas y rocas, de nieblas y claridades.

Rezongaba el "ojáncano" y silbaban las sierpes en las Asturias de Santillana, en el monte Dobra, en las riberas del Saja. Tañía el caramillo el famoso cabrero de los páramos burgaleses y se lamentaba, en lo más escondido de las "bárcenas", la pobre "anjana" bendecida que lloraba los pecados de los hombres, las pesadumbres de los ancianos desvalidos, las penas de los huérfanos, el hambre de los menesterosos...

Es una moza gallarda, de buen ver, negros los ojos y los cabellos, parletana, desenvuelta.

Muchas hortalizas, montones de limones y de pimientos; cestos de pomas y de tomates. Es día de mercado en la plaza de la Esperanza. Pregones, y competencias y regateos. La voz de la moza se oye entre los rumores de las disputas y el trajín de los mercaderes:

—A ver quién compra la planta de la alegría... Vale un real, nada más que un real... Ahuyenta las tristezas y las penas... A ver quién me compra la planta..., es la alegría de la casa... Nada más que vale un real.

El haz de plantas va disminuyendo. Llueven los reales en las faltriquera de la moza, que vende la alegría en forma de hojillas verdes. El desparpajo es un aliciente, lo mismo que la hermosura y la riqueza.

--Ahuyenta las tristezas, buena mujer... No se riñe con el marido...

Y la buena mujer compra. Y después otra, y otra y otra.

Residuos de superstición que no han aventado los vientos de hogaño.

—Nada más que vale un real, señora... Cómpremela... Me quedan pocas... En la primavera se ponen muy bonitas... Llevan la alegría a todas las casas...

Y la señora, de bolso y mantilla, también compra. Y otra, y otra y otra... Hasta que se acaba el haz.

También vende una anciana. Las plantas tiemblan en la trémula mano. Y un niño también vende...

¡Gentes sencillas del buen pueblo, crédulas, ingenuas, infelices, que ponen el brote de su dicha en una rama deleznable!...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 5-XI-1929.

Ĭ

-He de traete unas cosas mu majas, mujer. He de traete unas gargantillas relumbrantes, unos pindientes doraos y un vestíu de seda con adornos y ribetes de plata...; Pero no llores, recoila! Mira que las tus lágrimas me dan mucha pena...; Creis que me voy pa siempre? Pos no lo creas, muier... Golveré cuando sea más mozu, con bigotes retorcíos, un galeru blancu, una livita ajustá y güenos cuartos en el bolsillu... Al otru lau de la mar están tos los caudales y toas las riquezas. Aquí no más que hay fatigas, y resudores y trebajos. Mucha borona, v muchos melones v muchos angeos...; Ya verás, va verás cuando güelva con el sombreru blancu, mesmamente que un brazu de mar... Mos casaremos y vestirete como a una principesa y te quitaré pa secula seculorum las vascas, y los escarpines, y las chambras de percal baratu, y las savas colorás y las medias de lana... Pero si te güelves rebeca y dejas de quererme como vo te quiero, entonces to lo llevará la trampa... Casareme con otra moza de güen ver, aunque na más que sea pa date salenguana. Las muieres sois algo mal intencionás y flojas de memoria y de correa... Sois algo lambionas y desagradecías...

Nelillo dio unos cuantos respingos en el campo de la ribera. Después tornó al lado de Rosaura, en cuyo rostro de suavísimas líneas puso el rubor sus colores de cereza.

Aquel zagal ambiciosillo que soñaba con onzas de oro y atalajes señoriles, con bigotes y galeros, estaba en vísperas de remontar el vuelo y marchar a la ventura en busca de los dineros de las Indias. Y antes de emprender el viaje por el camino del monte, al amanecer, cuando reza la campanillera y están tiernas las rozadas, quiso despedirse de Rosaura, su pareja de las jornadas romeras, de los bailes y de las magostas del otoño...

Tornaría a la aldea cuando el oro brillara en su arqueta, si los vientos eran prósperos y Dios le daba salud...

—He de ser ricu... Haré un palaciu con una solana mu grande pa tomar el sol. Compraré praderías enteras y mieses de las más grandes. Tendré un caballu negru, y una yegua blanca, y cabañas de vacas y rebaños de ovejas. También compraré un carricoche pa que te pasees como una señorona por el camino rial...; Quién nos va a ver, recristina! Güena solenguana mos cogerán los envidiosos... Pero que se jeringuen, que pa eso me voy a romper la crisma en la Bana... Y el que no puea ¡que le escueza el alma!...; Ya verás, ya verás cuando güelva Nelillo con tos los dientes y las muelas de oru!

Callaba la moza, a la sombra de los salces. El río encrespado mordía las riberas y arrastraban los rabiones las hojas de las alisas. Estruendo del molino y silbos de pastores que tornaban de las cumbres. En las mieses ardían las lumbres de los pajones y cantaban las mozas.

ΤT

Cantó el colorín a las primeras anunciaciones del día. Tornó a oírse la letanía de la campanillera de las ánimas. En la campa sonó el bígaro del pastor, que llamaba a la recilla. Mañana desapacible de nieblas y de silencios...

Bajo la ventana de Rosaura, un mazo madrugador saluda al alba con una copla:

No te fíes de las mozas aunque las veas llorar; que las lágrimas te dicen el pagu que te han de dar...

Arrojose del lecho la novia de Nelillo, con muestras de pesadumbre en el rostro gentil.

¡Ave María —exclamó la zagaleja—. Estaría güenu que yo no pudiera jacer el encargu a Nelillo por haberme dormido como una lelona emperezosá... Soy quien de echar una correndera y alcanzarle en el caminu, onque rabie tíu Tasio, el mi padre, y tengan que decir de mí los vecinos de la curruliega... Pos yo no dejo de velo onque lo mande la mesma bula...

Abrió la ventana de par en par y miró a lo largo de la calleja. Cantaba la "riquera" de aguas turbias. Más campanilleos y más bigarazos. Más cantares del mozo madrugador:

Pensaste de subir mucho y antes de subir bajaste: no fue tantu la subida como lo que imaginaste...

Rosaura esperó a la ventana, entre los geráneos y las enredaderas. Súbitamente se alegraron sus pupilas. Por la calleja se acercaba Nelillo con su padre, luciendo las prendas flamantes, preso el esmirriado cuello entre ásperos almidones. Iba a las Indias a luchar a brazo partido con la fortuna. Allí quedaban los infelices, majando los "cabones" de la mies, esparciendo los lombillos del prado, "arrastrando pozos" y argumales retorcidos...; Cuánto sentía que no le vieran los muchachos del lugar vesetido a lo señor, con aquellas blancuras y aquellos lienzos y aquel contoneo y aquella fachenda de mozo jaque!

- Al pasar bajo la ventana, Rosaura llamóle sigilosamente:
- -; Nelillo! ; Nelillo!
- -: Contra! Si es la mi Rosaura -exclamó el mozalbete.

Y pensó en cosas muy dulces. La alegría inició sus caricias en la entraña viva. Allí estaba la moza para darle el último adiós; para decirle que no sería rebeca ni desagradecía; vara arrojarle un beso, y una lágrima y un suspiro...

- —Te esperaba na más que pa decirte una cosa —continuó Rosaura—. Una cosa que me se olvidó decítela ayer en la orilla del ríu.
 - -; Si es güena la cosa y no jaces pucheros...!
 - -Es güena como la mesma güenura...
 - -Pos dímela, Rosaura, que vo la jaré...
- —Así lo espero del güen aquel que me tienes... Pos mira te esperaba pa decite que cuando güelvas, me traigas... un pajarucu de esos que parlan... MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 10-XI-1929. (V. n.º 84).

248.—EN EL ATENEO POPULAR, CURSILLO DE MANUEL LLANO

En la noche de ayer ocupó la tribuna del Ateneo Popular el joven periodista y gran escritor de costumbres, Manuel Llano, quien explicó la segunda conserencia de un interesantísimo cursillo solklórico, iniciado el pasado jueves.

Esta segunda conferencia llevó el título de: "Leyendas, cuentos populares, curanderismo, refranes y adivinanzas", título verdaderamente sugestivo, que congregó en los salones de dicha Sociedad el mismo público numerosísimo que acudió a oír su disertación anterior.

Todos conocemos la personalidad cada vez más firme y precisa que este escritor va adquiriendo entre los cultivadores de las letras montañeses. Cada día va destacando más, conforme sus merecimientos aumentan, y estas conferencias del Ateneo Popular son buena prueba de sus grandes y continuados progresos.

Nuestra literatura regional, un poco olvidada desde los tiempos en que Pereda escribió sus admirables obras, encuentra un cultivador felicísimo en este Manuel Llano que ha llegado a conocer con una perfección, no muy fácil de adquirir, el verdadero espíritu de nuestras costumbres.

La conferencia de ayer, resultó altamente agradable. Las leyendas llenas de belleza y primorosamente escritas, fueron muy aplaudidas, y otro tanto sucedió con los cuentos populares. La otra parte de la charla, en extremo regocijante, por pertenecer a las supers-

ticiones campesinas —consecuencia de esa ignorancia, que encuentra una justificación inocente en las cosas—, también fue muy del gusto del público, que interrumpió al conferenciante en varias ocasiones con sus aplausos, aplausos que se tradujeron en una formidable ovación, al terminar la conferencia.

El próximo jueves quedará finalizado tan interesante cursillo.

Seguidamente publicamos una de las bellísimas leyendas dadas a conocer por el señor Llano en la conferencia que acabamos de reseñar:

- "¡Tan, tan, tan!
- -¿Quién llama?
- -Una probe peregrina que va de caminu...
- -Pos no hay posá...
- —Tener caridad. Estoy cansá. Me sangran los pies. He andau doce leguas...
 - -No hay posá. Que Dios la ampare...
 - Y la viejuca, llorando de pena, llama a otra puerta.
 - :Tan. tan. tan!
 - -¿Quién llama?
- —Una probe peregrina que se muere de sueñu. Está caendo la nieve y tirito de fríu. Dormiré en el establo, dormiré en el pajar...
 - -¡No hay posá! Siga la vieja el su caminu...
- —Está nevando. Ya no tengo correa, ya no tengo alegría. Déjame dormir hasta que venga el día...
 - -No hay posá, no hay posá... Ampárela Dios...
 - Y la vieja, llorando como una Magdalena, llama a otra puerta.
 - Tan, tan, tan!
 - -¿Quién llama?
 - ---Una vieja, muy vieja, sin hijos ni nietos, muerta de hambre...
 - -Siga el caminu la vieja, muy vieja.

Será una bruja que va a Polaciones.

- --No soy bruja. Soy una anciana con la capa rota, con el corazón partíu... No tengo establu, no tengo pajar...
 - -Siga el senderu y déjemos descansar...

Y la anciana de la capa rota tirita de fríu. Cae la nieve y paez que llora el vientu...

- ¡Tan, tan, tan!
- -¿Qién llama?
- —Una princesa que ha hechu penitencia de andar por el mundu hasta que vuelva el su amante que en la guerra está.

- —Entre la princesa que aquí descansará. La daremos borona, la daremos lechi y un tarru de miel y una cama en que descansar...
 - -No quiero, no quiero. Tengo penitencia de nunca descansar...
 - -Entre la princesa. La nieve la aterecerá...
 - -No quiero, no quiero. Me gusta la nieve, me gusta el andar...

La vieja sigue andando por toas las callejas del lugar...

Tan,tan,tan!

- -¿Quién llama?
- -Una marquesa que se quier calentar en la vuestra lumbre.
- -Que entre la marquesa. Güen favor nos hará...
- -No quiero, no quiero, que ya empieza a escampar...

La viejuca, temblando de fríu y llorando de pena, llama en toas las casas. Si es marquesa, tou el mundu la deja pasar. Si es peregrina, nadie la da posá...

Va caendo la nieve fría. La vieja va llorando y dijendo esti parlar:

—¡Qué triste es la vida cuando no hay caridá. Gente maldecía que no tien compasión de los probes peregrinos...! ¡La nieve y el hambre, qué mala enfermedá...!

A la güelta del caminu, llama a otra puerta que está mediu entorná...; Tan, tan, tan!

- -- ¿Quién llama?
- -Una probe vieja que va de caminu...
- —Que pase la probe vieja y aquí descansará. Un jergón de hoja no la faltará. Una manta y güen fuego no la ha de faltar...
 - -¡Gracias a Dios que encontré la caridá!

Ħ

Rasca que te rasca, rasca que te rascarás. Toos los vecinus del pueblu, rasca que te rasca, rasca que te rascarás. Se rascan los brazos, se rascan las piernas, se rascan las caras, se rascan las cabezas. Los chicos y los grandes, rasca que te rasca, rasca que te rascarás...

No pueden arar, no pueden segar. Los hombres no pueden andar, las mujeres no pueden lavar. Los mozos no pueden cantar, las mozas no pueden planchar. Rasca que te rasca, rasca que te rascarás. La ronda no puede rondar, las mozas no pueden jilar. Ya se acabó la veda, se acabó la ventiscá. Arráscame Juana, arráscame Pilar, arráscame Pedro, arráscame Juan... Rasca que te rasca, rasca que te rascarás.

¡Tan, tan, tan!

—¿Quién era la que llamaba?

—Una anjana bendecía que bajó al lugar, pa ver si en esti pueblo había caridad. Y como no la encontró, sarna mos dejó que arrascar. Rasca que te rasca. Rasca que te rascarás.

Fonso compró doce praos. Fonso compró doce tierras. Fué el únicu que dio posá a la anjana de las estrellas. Fonso tien caudales, Fonso tien hacienda, Fonso no se arrasca que te arrascarás. Es que dio cubiju a la que pedía posá. ¡Quién lo hubiera sabíu! Envidia lo tengo. Él mu ricu, mu ricu; nosotros, sarna que arrascar... Rasca que te rasca, rasca que te rascarás...

La Vvz de Cantabria, 15-XI-1929. (Vid. O. C., t. II, 453-456).

249.—ESBOZOS, MUÑECOS DE ARCILLA

Santiago Herrán, escultor novel. Flaco de cuerpo y robusto de espíritu. Bajo la esmirriada cobertura, arden las lumbres de la voluntad, se alborozan los optimismos, respingan las esperanzas, se aderezan los anhelos. No supo de holandas ni de manteles. Muchas asperezas, muchas inquietudes, muchas ansias precoces. Disciplina de Asilo, tocas blancas, penumbras, plegarias, suspiros en la noche, soñando Dios sabe con qué quimeras.

El cautiverio del niño desvalido, las celosías que no dejan ver. Pajarillo en la jaula añorando la blandura del nial. Angosturas y prisiones. Ni una rebeldía, ni un reproche. Tras las cancelas, unos ríen y otros lloran, unos caen y otros se levantan, pero no rechina la ira ni rezonga la queja. Vueltas de noria, de rueda de molino que las aguas azotan. Frutos desventurados de los placeres de los hombres, de las avaricias, de los murmullos ronceros que se trocaron en hastío, de las mieles que guardaron venenos. Frutos del hogar desmantelado, de los lutos, de la miseria, de los zaquizamís sin sol, de las ilusiones que se rompieron en agraz. Sombras y tocas blancas que van y vienen. Luengos rosarios, campanillas de altar, hinojos, camas en ringlera como los árboles del paseo. La vida que se inicia encuentra allí la alegría que se muere.

No es bastante la misericordia para los apetitos del corazón inocente. La caricia no llega al alma, no calienta, no llena los pobres deseos, aterecidos, impolutos, como las alas de los ángeles. Pesa el cautiverio día tras día, hora tras hora, con las mismas perspectivas, con idénticos rumores, con los mismos silencios. El niño retuerce sus anhelos, acalla sus querellas, pone grilletes a sus travesuras, pisa leve, no canta, no grita, no rompe los muñecos, no

toca las trompetas doradas. Silencio, silencio. Nada más que se ve un pedazo de cielo...

Horas de recreación en que se olvida. Entre el rodar del aro y el rebote de la pelota y los saltos y las picardías del escondiviritis, parece que las penas se olvidan. También con los rezos, y las campanillas, y la bondad del maestro, y los cuentos del libro y los garabatos del cuaderno. Aquí encuentra el asilado un apacible remanso. El maestro tiene hijos. Esto basta para que el cariño brote como una rosaleda. Más cariños que palmetazos. Estas caricias no son como las otras. Son más dulces, más delicadas, más amorosas. Tiene hijos el maestro que alivian sus pesadumbres. La escuela es como la de todos los niños. La casa no; ni las vestiduras, ni las cabelleras, ni las expansiones. El pupitre les iguala a los demás. La desigualdad está tras aquellos umbrales; desigualdad espiritual, que deja huellas perdurables, que aniquila las sensaciones, que raspa, que atolondra a veces, que entumece, que llora.

Primero, el escocer de las sensaciones íntimas, el volver los ojos a todas las partes como buscando un resquicio por donde huir; los insomnios, las dudas, las secretas rebeldías. Lágrimas y suspiros bajo las sábanas. El niño, el pobre niño cautivo empieza a pensar antes que a reir. Forma antes el llanto que el gorjeo y sabe primero de ligaduras que de panales. Adereza coronitas de espinas, ramilletes de cardos. Los claveles están lejos de sus manos; y las riberas del mar, y las orillas del río, y las campas y las praderas. Va curtiendo su corazón en los años en que todo debe ser azul y rosa. No penetra a raudales la felicidad en las inocentes almas. Ventalles ardientes que queman, soplos helados que hacen temblar. Los oreos no son todo lo apacibles que debieran ser, y no sacian los infinitos apetitos de los querubes humanos...

Más tarde llegan las templanzas, la recompensa del espíritu. El pajarito esmirriado se ha hecho a la jaula. No le queda más remedio que hacerse a la jaula. Allí está su mundo, su noche y su día. Poco sol, pocas estrellas. Es un mundo chiquitín con los paralelos y los meridianos trazados en las losas, en el polvo del patio. Las sensaciones se van suavizando, lo mismo que las ansias y las rebeldías ocultas. No hay puertas entornadas por donde huir, ni tapias desmochadas por donde brincar, ni ventanas sin barras, ni portillos sin leños. Barras de oro, barras de plata, barras de bronce, barras de hierro. Lo mismo da. No hay más mundo que aquél y es menester estar en concordancia con su limitada dinámica, con sus vaivenes levísimos, con sus albas cenicientas, con sus crepúsculos medrosos. La conformidad es al fin y al cabo el cauterio regalado de los que han menester consuelo. Es llama que abrasa las hieles, que quema el resabio, que templa las potencias y los sentidos. Se va olvidando, olvidando. Ya las pupilas son más alegres y se canta de vez en

cuando. Hay alpiste y agua clara y ventanas para tomar el sol y un rinconcito caliente para dormir. No deja de estarse bien en la jaula. Penas al aire, dolores al viento. Hasta que Dios quiera, hasta que cambien los vientos, hasta que nazca la aurora y florezcan los rosales.

Horas de recreo en el asilo. Marros y "jalibas", retozos, brincos, jadeos, caritas sofocadas.

Sobre las losas un niño juega con arcilla, hace muñecos, soldados y santos, figurillas de Nacimiento, pastores y reyes magos, corderuelos, borriquillos.

También hace gigantones y cabezudos, barquichuelos con mascarón en la proa, pedestales y tamboriteros. Ocios con el barro, sobre las losas, mientras los demás brincan. El chavalillo envuelve sus inquietudes en la arcilla deleznable. Contempla sus muñecos, chiquitines, desproporcionados, con unas cabezas enormes, con unos brazos muy largos. En aquellos pedazos de tierra amarilla están sus anhelos. El espíritu forja en el barro miserable sus alegrías. Caballos y leones, borregos y jumentos, yuntas y carros. Los otros corretean, gritan, pisan el polvo. Él acaricia el polvo con gratísimo deleite. Pone el alma donde los demás ponen la planta.

Salen a los ojillos las lumbres del espíritu en un delicioso alborozarse de todas las fibras de la sensibilidad. Parece que el alma agradece y recompensa aquellas caricias al barro de que se forma su envoltura. Más muñecos. Cada vez más cabales. La testa ya no es tan grande, los brazos son más cortos. Más corceles, más figurillas de retablo, más navíos, más pastores, más tamborileros. Costra de arcilla en los dedos delgados. Arcilla en la frente, en los pómulos, en los cabellos. Una orgía de arcilla en la blusa de percal, en los bolsillos, en el rostro. Reprimendas, desazones y cautelas. La vocación embelesa con sus guzlas y sus luceros. Anfora y salterio, cofre de oro, arqueta de sándalo, nubes de azul heráldico, muchos pensiles y muchas estrellas.

Sigue el niño amasando el polvo. El crío no se da un punto de reposo. No importa un azote. Más muñecos, más muñecos, más dorsos de arcilla; más santos con barbas y coronas, más yuntas, más becerrillos.

Ya no hay reprimendas ni desazones. Le dejan hacer, le dejan crear. Aquello no es una tontería, no es un pasatiempo. Es el balbuceo de un arte, la primer estrofa de un romance muy hermoso.

Así fueron las iniciaciones. Los primeros frutos en un saloncito del Ateneo Popular, después de remontar el vuelo y andar por la corte, en escuelas y talleres. Ha pasado muchas fatigas el pobre asilado, ahora escultor incipiente, de los buenos, de los honrados. Su arte son ya varias estrofas de aquel

romance. Un arte que se va formando, que se va puliendo, que insinúa una promesa, que insinúa un laurel...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 16-XI-1929.

250.—ESBOZOS. ALMONEDA

Leemos en los periódicos de Madrid que los libros y los objetos de Vázquez de Mella están a punto de salir en almoneda, si Dios no pone remedio al desaguisado. El casero pide su dinero. No sabe, no quiere saber de fervores ni de romanticismos. Todos gritan cuando les tocan el bolsillo. Lo mismo los ricos que los pobres, los listos que los tontos. La plata enerva el sentimentalismo, apaga los endecasílabos, aventa los suspiros, amortigua la delicadeza de las sensaciones. El dinero es la antítesis del espíritu.

Volúmenes y papeles, manuscritos y memorias, recuerdos y cartapacios, epístolas y renglones íntimos, cubiertos de polvo, olvidados, arrinconados como flores mustias y trastos de desván, al filo de la subasta. Cualquier día saldrán, violentamente, de las estanterías venerables, de los secretos escondrijos, de los lugares apacibles donde fueron puestos, como en regazo, por las manos amorosas del caballero español, que meditó a lo divino.

Como los requilorios de una cortesana decadente. Como los pergaminos, y las panoplias y las ejecutorias de un noble venido a menos. Como los ébanos, y los sándalos y los mármoles de un rico que no tuvo cuenta con la alcancía, ni supo de las cautelas prudentes que acrecen la hacienda sin menoscabo del alma y de la generosidad. Como los abanicos de un chamarilero. Lo mismo, lo mismo.

Antaño y hogaño hicieron y hacen coyunda las almonedas del ingenio descalabrado y las almonedas de las mansiones que vieron pecados o amarguras.

Idéntica descortesía, el mismo alfanje de hielo para las damas de las camelias que para un sabio sin blanca. Una polvorera, un libro, una sortija, un pensamiento. Lo mismo da. En estos miserables negocios de los hombres, lo de menos es el espíritu. Arriba, en la cresta, el destello del oro. Abajo, en el yermo, el fruto del intelecto y del corazón, de las lágrimas y de las congojas. Suelen graznar los milanos sobre esos frutos que no hacen migas con el papel moneda. Se ha materializado el alma, se han vestido de costras las

ansias delicadas de la vida interior. Dinero, dinero, Vavan en horamala los resabios sentimentales, los fervores y las misericordias. Una bolsa vale más que un claro entendimiento. Un necio acicalado, de cuenta corriente, con pomares y caballerizas y arreos monteros y retailas fanfarronas, tiene más lustre que un hombre cabal que se pase la vida en perpetuo sacrificio, trabajando, trabajando, entre ayunos y quebraderos de cabeza, hoy triste y mañana inquieto. Siempre se ha inclinado la balanza hacia el lado de la arqueta llena. Filosofías, rimas, pensamientos, concepciones amables del ingenio. Papel, papel. Nada más que papel. Renglones del ocio, de la vagancia impenitente, de las horas quietas. Eso no es romperse la crisma. Eso no es trabajar, ni desmedrarse, ni "pasarlas morás". Un ricacho se sentará siempre a la cabecera, en una mesa de poetas, de filósofos, de artífices peregrinos. Hubo regidores hacendados que trazaban una cruz a guisa de firma, de puro analfabetos y cretinos. Hubo alcabaleros que no pasaron de tales, aunque se quedaran mancos en Lepanto y escribieran el "Quijote". A buen seguro que las bellotas de Teresa Cascajo serían más gratas al paladar de la duquesa que los versos de Ouesada el Bueno.

¡Talegas, talegas! No importan las iras de los devotos, los retos de la sensibilidad provocada, la medrosa querella, el llanto o la amenaza. No importa el entuerto de la avaricia, los apremios oscuros.

Estorban los libros y los muebles, los manuscritos y los cartapacios. Aquellas salas cerradas no acrecientan el tanto por ciento. Son infecundas, como tierra sin labrar. La esterilidad no llena el cofre, no infla las bolsas insaciables, no colma la gula, ni embriaga los sentidos. Un pellizco a la renta es un agravio intolerable a la glotonería. Aunque sean muchas las rentas y muchos los odres y sobradas las hogazas. Una gavilla entre un millón de gavillas, es pérdida de mucha monta. No se puede perder un ochavo de lo que se gana. Hay que ganar, ganar siempre. Multiplicar, amontonar. Más alacenas, más despensas, más manteles, más ringleras de doblones.

Y dentro de cien años, todos calvos...

Símbolo que hace furor, que tiene múltiples representaciones y aderezos en nuestros días. Algo berroqueño, por dentro y por fuera, como el temple escuderil, socarronazo, de mosqueo, como los primeros azotes en las encinas descortezadas. Dulcinea es lo de menos. Lo principal es el maravedí, la manda de los borriquillos, de las viñas, de las cabras. No son suficientes los escudos del malaventurado Cardenio. Que se adorne Sanchica como una marquesa. Los libros al fuego, a la almoneda, al pozo seco, sabe Dios dónde. Y con ellos el espíritu de un hombre que supo sufrir y supo crear; que dejó arpas en el papel y trozos de historia en los cuadernos y resignaciones en el ambiente del despacho en penumbra...

Siempre el cuerpo, el cuerpo. Hacerle rozagante; que trene, que abulte, que sestee, sibarita, a la sombra de los árboles. El espíritu..., el espíritu no merece la pena de nutrirle, de orearle, de robustecerle. No se ve. Lo mismo da tenerle recio que flaco, vestido de blanco o vestido de negro. Pero con muchos recovecos. Eso sí; con muchas ondulaciones, con muchos colores, con muchos antifaces, cimbreante, elástico. Para que siempre esté a tono, para que dance a todas las músicas, para que se caliente en todas las lumbres. Equilibrio dentro de lo bueno y dentro de lo malo.

Símbolo perdurable, rollizo, con oro en la carne y hierro en el alma. Montón de ladrillos, de leños, de argamasa, de cal y canto. No sabe de interiores luminosos, de piedades blandas, de respetos profundos, de estrellas, de cielos azules. Lo material es el ensalmo y el ansia, el acicate y el estímulo.

Un pensador, un tribuno, un filósofo que murió pobre, que vivió en cuita... ¿Qué más da? Almoneda, almoneda. Que se haga trizas el caudal que forjó su cerebro; la hacienda de espíritu, de anhelos, de elocuencia, de fe, de amores y pesadumbres. Postores que se lo lleven todo. Que dejen la casa vacía, cuanto antes mejor. Estorban los libros, los cartapacios, el sillón frailero. Estorban las pobres vitrinas, los retratos, las páginas donde posó sus ojos, las plumas, los fililíes de la mesa de trabajo. Estorba su vida entera curtida y maltratada, en aquellas disciplinas crueles, en aquella soledad con esencias de claustro; en aquel silencio, en aquel remanso de cosas místicas y románticas. Hace falta pagar al casero. Pregón de almoneda... ¿Quién da más? A la una, a las dos, a las tres...

Una polvorera, un libro, una sortija, un pensamiento. Es lo mismo...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 30-XI-1929.

251.—ESBOZOS, LOS TEMPLARIOS

El pueblo.

Viaña es una aldea insignificante, con muchos cerezos y muchos "piescales". Casas de "tronera" y "corredor". Huertas y rosales. Montes talados y "cuestas" umbrías. Es un pueblo análogo al que soñara Chateaubriand para pasar los años de la vejez, en espera de la muerte... ,

Hay "rigueras" turbias y fontanas nemorosas; "jastiales" y postigos, ye-

dras y musgos; "geranios de sangre" que florecen dos veces, como los rosales de Pesto. Salces raquíticos, alisas corpulentas como los abedules de Leroba. Laureles añosos, tras las bardas de los huertos. Pindias las tierras de labor, fecundas las praderías; venerables las palancas de las portillas. Una iglesia muy blanca y una hoz medrosa por donde discurre el río, pródigo en rabiones y remansos.

Hace muchos años, cuando estaban los cerezos en flor, unas lumbres siniestras crepitaron en el lugar apacible. Ardieron las casas y los bosques, bajo los cielos grises. El invierno acababa de enervar sus jadeos y sus disciplinas de nieves y aquilones. La tierra, húmeda y somnolienta ante el repiqueteo de las celliscas, recibía las primeras caricias de las auras templadas. Fuego en las casas alicaídas, en las frondas, en pajares y "socarreñas". Fuego en las riberas y en las cumbres. Se derrumbaron, entre crujidos y estruendos, los recios "rigones" de roble, las paredes de "piedra pardona", los fuertes hastiales de las casas de lustre en casta y hacienda. Ruinas y cenizas. Viaña apuró la tremenda pesadumbre de verse arrasada en leves horas.

Las hogueras que enrojecieron el monte, llegaron al pueblo a través de los argomales. Tras el fuego vino la miseria, el descuartizamiento espiritual de aquellas pobres gentes. Plañidos y querellas. Cruelísimo desfogar de todas las penas y de todas las ansias. Noches a la intemperie, en las cuevas del monte, bajo los árboles, en las chozas de terrones. Días de zozobra ante los escombros humeantes. Montones de piedras y de leños. Oraciones y penitencias. La templanza después del estupor. Se reconstruyeron las casas, se alzaron de nuevo las troneras. Tornaron a florecer los geranios en ventanos y "corredores". Viaña resurgió de las ruinas con brío y optimismo. Sobre la tierra quemada, entre los cerezos y los nogales, el amor y la voluntad del labriego levantó un pueblo nuevo, un pueblo blanco, al arrullo del río y de los bosques.

El hombre.

Un madero a guisa de escaño a la vera del "estragal". En las losas de los "goteriales" había horcinas de alisa albarquera. En el leño carcomido, con grietas y "desmahes". nos sentamos con tío Eusebio. Es un viejo de bonísimo humor, que fue curandero y trajinante en los años mozos. Viste un descolorido elástico, recosido y remendado. Enjuto el rostro, chicos los ojos, estrecha la frente, negros los cabellos —a pesar de los años y las desazones—, simpáticas las trazas, inquieto y recelosillo, el buen viejo, algo galopín y andariego en la juventud, descansa entre los hijos y los nietos, en espera "del soplu de la muerte, que rompe toas las cadenas y enfría tos los colores y estruja tos los sentíos"...

Tío Eusebio sabe las venerables tradiciones de la contornada. Unas pícaras y otras honestas. Las hay verdes, y blancas, y azules y cenicientas. Amores, odios, batallas, extravíos, pecados, virtudes. Espinas rosas, aguas claras, aguas turbias, fríos, anhelos, nubes, estrellas, tinieblas, claridades...

La tarde aquella nos habló de los templarios. Respingos de los nietos en la corralada y arrullos de golondrinas en el alero. En las mieses colmábanse las "estirpias" de sazonadas panojas.

La leyenda.

Allí también hubo templarios. Tenían una casa con traza de convento, en la ribera, cerca del viejo molino. Vestían un hábito negro, blancos el cuello y los puños. La leyenda ingenua y fantástica del tío Eusebio tiene episodios aterradores. Luchas intestinas en el corral del "monasterio", maullidos de gatos negros; apariciones espeluznantes; hurto de mozas bellas; orgías y penitencias: sortilegios, metamórfosis: secretos peregrinos. Unas veces avunos y otras veces hartazgos descomunales. Hacían oro del hierro y piedras relumbrantes de los morrillos del río. No había altar en el convento. Había espadas y lanzas, ballestas y porras de encina. Un cuartel con caballerizas. Los arreos del soldado bajo la oscura estameña. Correrías por el monte, por los caminos de arrieros, por las trochas de pastores. No eran los templarios románticos de las montañas de León. Pícaros y desapacibles, deshonestos, avaros. No tenían de monje más que el hábito, como los ermitaños de Gil Blas de Santillana. Esta levenda es una hermosísima exaltación de las bienandanzas cristianas en contra de los pecados y las destemplanzas. Leyenda montañesa, suave, delicada, amorosa, dentro de la misma fantasía, dentro del terror v la inverosimilitud...

No eran monjes los templarios de Viaña. Ni eran peregrinos de bordón y sandalia. Quizá fueron mitos sombríos como el ojáncano del Dobra y la hechicera del Sagra, amiga de los cabreros y de las enamoradas en cinta. Tío Eusebio dice que "tenían tratos con las brujas de Cieza", con las adivinas "amarillas" de Barcenilla y Fresneda. Cofres de oro en los sótanos, en los soberaos, en las torcas escondidas de la sierra. Perrazos pintos que guardaban las talegas. Trampas en los umbrales. Cadenas y cautiverios. Sugestiones a las mozas descarriadas. Hurtos y apaleamientos. Fueron los que taparon un día la boca de los manantiales para vengar los agravios de los hombres de Viaña. Los que talaron los cerezos cuando coloreaba el fruto.

Una noche bramaron las aguas del río. Noche de invierno con nieves y ventiscas. Se vistieron de blanco las vertientes y las callejas. En la casa con trazas de convento maullaban los gatos negros. Libaban los templarios en las "jarras de plata y marfil". La orgía desataba sus gulas, mientras caía la nieve y se borraban los caminos. Un estruendo pavoroso abajo, en la hoz. Ful-

minar de centellas encima de las cumbres y rugidos de las aguas en el fondo de los barrancos. Una tempestad caprichosa, muy de leyenda, muy de trovador montañés:

"Las dentallás del ríu tiraron los jastiales, hicieron trizas las piedras lo que se diz. La casa con trazas de conventu jué arrastrá por el agua con tos los templarios, con tou el oru, con toa la plata, con los gatos negros y las talegas blancas. Vino el castigu, como vien el premiu. De nada valen las riquezas mal ganás y el vestíu de oveja encima del espinazu del lobu. Vien un golpe de agua y too lo lleva, menos lo que está seguru y es honrau y noble...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria. 4-XII-1929.

252.—ESBOZOS. LOS VIEJOS

Homenaje a la vejez. Desagravio a las canas y a los temblores, a la vida que se va apagando entre las nieves y los cansancios. El brío busca con ansia misericordiosa la fría mansión de las flaquezas corporales. Quiere entrar en sus penumbras, inquirir en sus rincones, tocar sus miserias, consolar sus fatigas. Piensa que un día las fuerzas y los optimismos se trocarán en desmayos y pesadumbres. Y en encorvamientos las gallardías y en cenizas las pujanzas y en hielos los ardores. Tras las mieles están las tueras. Las lumbres se van enervando. Se convierten en mansas renunciaciones las más tenaces alegrías. El camino es cada vez más oscuro, más leves los resplandores. más en remanso las horas. Allá quedan hechas trizas las esperanzas y las alegrías, entre los rosales mustios y las lindes quemadas. No calienta el sol como antaño, ni las sombras son tan gratas, ni el oreo tan dulce, ni los ocios tan placenteros. Faltan el cantar y el respingo, el anhelo y el acicate del amor y de la felicidad. Auroras cenicientas y crepúsculos turbios, desde el punto v hora en que blanquean los cabellos. El primer copo de esas nieves, es el primer aliento de la muerte cercana que empaña las pupilas, y ata las energías y consume el fuego. Se inicia el desvencijamiento de la carne y del espíritu. Se aplacan las iras, se duermen las vanidades, se aterecen las destemplanzas. El pasado queda en tinieblas. De vez en cuando se rompen las sombras. Un destello de recuerdos alumbra la jornada. Los ojos se clavan en aquellos resplandores que iluminan el camino andado; los caminos buenos, los caminos malos. Una sonrisa o un estremecimiento, una penitencia o un alborozo, bienaventuranzas de vida quieta o estruendos y devaneos de vida andariega, salpicada de zozobras y voluptuosidades. Después más tinieblas, más olvidos, intervalos de paz y de sosiego. La memoria reposa apaciblemente, acalla la conciencia sus querellas, se adormece el recuerdo azul, el recuerdo negro.

El viejo que fue avaro no piensa en sus pecados; el torpe disculpa sus infamias; el rico gusta las postreras mieles; el miserable esconde sus dineros. Tiene hijos y nietos que velan su siesta al barrunto de las alcancías gordinflonas; el pobre, el desvalido...

El pobre, el desvalido llora en su tabuco sin sol. Muchas veces los hijos no son buenos. Agravian en vez de acariciar. Ofrecen cardos en lugar de claveles. Años y años, caminando sin punto de reposo, con fríos y trasudores. Vigilias, incertidumbres, desazones. Más temores y sobresaltos que sustancia en la puchera. Más duro el pan que el lecho. Holganzas forzosas, desasosiegos, mortificaciones. Muchas pendientes, muchas hondanadas. Hoy un descalabro, y mañana un apremio y otro día la alacena exhausta. La prole juega, con las peonzas y los muñecos, en la cocina destartalada. Es parca la infancia del buen pueblo. Pan, pan..., un mendrugo sacia su gula. Pan, pan... Otro mendrugo. Otra vez las peonzas y los muñecos. Se han hartado de mendigos. Están contentos. Han pedido pan y no les ha faltado. Quizá algún día les falte. Falta muchas veces el pan en la casa de los pobres.

Ahora con piedra y después con hierro, se van cansando los brazos y el alma. No se puede ahorrar. No alcanza el jornal. Más hijos, más inquietudes, más desvelos. Los críos se lo llevan todo. Todo para ellos, para que medren, para que rían, para que canten como los pájaros. Después los hijos hacen llorar y enflaquecer. Algunos no devuelven el mendrugo y la manta. Hay asilos para los viejos que estorban. Allí están mejor, no molestan, no hacen mella en el plato ni en la hogaza.

Así toda la vida, como una cruelísima penitencia. Cuando llega la ancianidad, se quiebra la esperanza, que es el único caudal de estos infelices. No hay piedras, ni hierros, ni yunques, ni aperos, ni refugios abundantes. Trémulas las manos, no pueden ya con la herramienta. Es el confundirse de todos los anhelos imposibles, de todas las desesperaciones, de todas las dudas. Las potencias se rebelan y la materia no responde. Aún queda voluntad que forcejea con los músculos, que empuja, que estimula, que desembaraza. Pero la voluntad no devuelve los bríos, ni quita los temblores, ni da al cuerpo el regalo que admite el ánimo.

La noria ha cesado de dar vueltas. Ha caído en el polvo el hombre que aguijoneaba a la bestia. Es un viejo. Es un viejo maltrecho, que jadea de

fatiga y de temor, mirando a las nubes. Será mendigo de los caminos reales y morirá en el establo o en la cuneta. Será peregrino de saco y cayada, llamará a todas las puertas. Muchas veces los hijos no son buenos, no devuelven la bozofia, ni el lecho. Andan los padres por las carreteras entre harapos y desmayos, sesteando a la sombra de los álamos, en el heno de los pajares, a la vera de los pesebres.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 20-XII-1929.

253.—MITOS Y LEYENDAS POPULARES RECOGIDOS DE LA TRADI-CIÓN ORAL¹.

La anjana.

Enrica Gómez, 64 años, de Terán. Vive actualmente en Ruente.

La última anjana se murió jaz más de cien años, pos la alcontraron aterecía a la orilla del ríu.

La bisagüela de mi padre alcontró una vez a una, arrimauca a una árguma con un vestíu blancu y una coronuca de flores. En cuantu lu vio se escapó de una correndiá, dijendo con una voz mu floja que dicían toas las anjanas cuando se alcontraban con los hombres:

Dios me jizo
pa jacer el bien
de noche y de día.
Que tengas alegría
pa toa la vida
si no me jaces mal.
Que Dios te castigue
con el tou su poder
si no me dejas golver.

El bisagüelu de mi padre no se metió con ella y dejola en un cantu un peazu de borona y un torreznu pa que cumiera.

¹ Los mitos y leyendas titulados "La leyenda del Pecu", "El sol de los muertos". "El pozu del amu", El fraile de las lindes", "El hiju del murciélagu y de la lechuza", "El tesoro de la cueva La Meña" y "La monuca", publicados en este trabajo, no se insertan por haber sido recientemente reproducidos en el tomo I de *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore Hoyos Sainz*, en la monografía de doña Celia Valbuena de Madariaga, titulada "El sarruján de Carmona...", págs. 449 y sgts.

Las anjanas estaban vestías con un hábitu blancu, con unas pintucas relumbrantes que paecían estrellas. Tenían la cara igual que las personas, pero más descoloría. En la primavera cogían flores pa jacerse unas coronas mu majas y en el inviernu se atotogaban con una capuca negra con puntucos blancos.

Usaban una picaya de espinu y tenían en la frente una cruz encarná, como la mesma sangre. Cuando se perdía daque vaca na más que ir al monte y decir cuatro veces

> Anjanuca, anjanuca güena y floría, lucero de alegría, ¿ónde está la mi vacuca?

Y si el que había perdíu la vaca era güenu y daba limosna a los probes y posá al peregrinu, se le apaecía la anjana y le dicía con la picaya el senderu por onde tenía que ir pa alcontrar la vaca.

Cuando se perdía alguna oveja había que decir:

Anjana bendecía, giiélveme la oveja perdía.

Cuando daque persona se perdía en el monte por la niebla dicía media docena de veces estas palabras:

"Anjana blanca, ten piedá de mí. Guíame por la oscuridá y por la niebla. Líbrame de los peligros y de los malos pensamientos."

En cuantu se dicían estas palabras, apaecía la anjana, le agarraba a unu de la mano y le llevaba al güen caminu.

Los novios, el día antes de casarse, dejaban en los sitios por onde andaban las anjanas una torta de parrilla muy delgaúca, un quesu de oveja y una tortilla de jarina con güevos, que le gustaba muchu a las anjanas bendicías. La anjana bendicía a los novios por toa la vida y pidía a Dios que los librara de los peligros y de las malas tentaciones, lo mesmu que a los sus hijos y a los sus padres.

También tenían las anjanas el aquel de alcontrar to lo que se perdía, con esti rezu: "—Tú, que ves en la oscuridá — y jaces los imposibles — ilumíname los mis ojos — pa alcontrar lo que perdí".

Tos los domingos se juntaban las anjanas en daque braña y cantaban unas cosas mu majas. Dimpués, se besaban las unas con las otras jasta el otru domingo, si jacía sol. Si no jacía sol, no se ajuntaban.

La anjana más grande era como un pocu más de media vara. El hábitu

blancu lu jacía con la lana que dejaban en los escajales las ovejas blancas; y la capa, con la lana de las ovejas negras.

Cuando algún críu se ponía malu de algún mal de oju de daque brujona, la anjana le ponía güenu tocándole con la picayuca en el lau del corazón.

Una maldición de las anjanas jacía llorar desconsolaos a los maldecíos que las habían jechu mal; pero luego los perdonaban si se arrepintían y se jincaban un ratucu por onde ellas pasaban.

La última anjana que se murió era una viejuca y andaba agachá mu despaciucu.

El día que apaeció muerta, a la orilla del ríu, diz que no salió el sol en tou el día.

EL OJÁNCANU

Ricardo Balbás, 49 años, Viaña.

El ojáncanu era el animalón más malu de tou el monte. Robaba a los críos chicos pa chupalos la sangre y los jacía después peazucos, que los esparcía por el monte pa que los gulieran los lobos y matalos mientras los comían. A los lobos que mataba, sacábalos el corazón pa untase tou el cuerpu, que era resbalaicíu como una anguila de ríu.

A las mozas que iban a jacer un coloñu de leña, también las mataba si pudía alcanzalas, pa llevalas a la su cueva, onde las soterraba dempués de chupalas la sangre.

El animalón tenía traza de hombre, con el cuerpu mu gordu y las barbas mu largas, lo mesmu que las melenas, que tenían la color de la ceniza.

En cada mano tenía diez deos, y los pies reondos y grandones, y en metá de la frente un joyucu azul que relumbraba de noche como los ojos de los lobos.

En el pescuezu tenía una cosa morá que paecía un collar y en las muñecas unas pintas negras y unas rayucas encarnás. Nadie sabía de ónde había veníu.

Comía las hojas de los acebales, las andrinas, las bellotas y to lo que alcontraba en las cuestas, menos las setas y las mayuetas, que eran venenu pa él.

Cuando estuvieron los moros en estas tierras, los ojáncanos entraban en las cuevas, onde se escundían y los robaban a las moras más guapas y tresnás.

Oi decir a tíu Genaro el de Correpocu, que sabía toas las cosas de los moros lo mesmu que la Salve, que los moros y los ojáncanos se engarraron muchas veces, saliendo perdiosos los animalones con trazas de personas, juera el alma, que juyeron jacia la parte de Liébana, pa no golver en jamás de los jamases a estos montes.

Cuando el ojáncanu era vieju y no podía correr por las cuestas ni esquilase a los árboles, lu mataban los sus hijos y enterrábanle al lau de una cajiga, dimpués de abrile la barriga y de sacale la jatera que tenía drento.

A los nueve meses, justos y cabales, el cuerpu del ojáncanu soterrau criaba unos gusanones amarillucios que diz que jedían a carne podría. Los gusanones iban creciendo pocu a pocu y cuando pasaban tres años se jacían ojáncanos. Diz que tenían muchu miedu a los sapos volanderos y a las lechuzas. En cuantu un sapu volanderu tocaba con las sus alas en la cabeza del ojáncanu, se moría si no le daban en seguía una hoja verde de avellanu untá de sangre de raposu. El ojáncanu se moría porque casi toas las veces le daban los sapos volanderos en el cocote, que es onde tenía el aquel de la vida.

Jaz muchos años que en una torca del monte de Leroba, que está cerca de Reneo según se va pa Saja, a la mano derecha, alcontraron a un ojáncanu dando las bocás, pero cuando quisieron echale mano revivió como un gatu y echó a correr por el pernal arriba dando gruñíos como un osu. Aquel ojáncanu diz que fue el últimu de los que hubo por estos montes.

También había ojáncanos bendecíos, que no jacían mal a nadie. Las personas que los alcontraban en daque cambera, los acariciaban como si jueran criaturas, y ellos, que eran mu agradecíos, los avisaban cuando venían los ojáncanos malos.

Cuando nacían los críos, la madrina los untaba las sienes y las puntas de los deos con un ungüentu que jacían con agua bendita y laurel y un pocu de jarina, pa que no lo robaran los ojáncanos. A las crías las untaban con agua bendita y laurel, pero sin jarina.

Una vez, diz que un ojáncanu se enamoró de una cabrera mu guapa y robola un día cuando bajaba al pueblu con la recilla y no se golvió a saber más de ella.

Otra vez, un ojáncanu de los más esmirriaos entró en la iglesia y robó a la Virgen, que toavía no ha paecíu.

Eran malos como demonios y jicieron muchas desgracias en tos los pueblos.

LOS CANTOS MALDECIOS,

José Gómez, 62 años. Cosío.

Las piedras de color de ladrillu de la Cotera de los Cantos jueron monedas de oru. La oí decir a mi madre que había en Rozadío una moza mu guapa y orgullosa que se la jacían ruínes partíos tos los mozos del pueblu.

Había teníu una güena peá de novios y aborrecíalos a tos porque no tenían la hacienda que ella quería pa tenela de señora, sin que la diera el sol en los praos, rumpiéndose la crisma. Un día vino a Rozadío un caballeru bien portau y se jizo noviu de la moza.

Nadie conocía en el pueblu al caballeru que tiraba los doblones a embozás y compraba a la su novia tos los vestíos y tos los chismes que se la antojaban. Enrolechía por los regalos del caballeru, pirdió la cabeza y miraba a los vecinos como si jueran tos ellos sapos arrastraos.

Pero toas las fantesías se la acabaron un día. Vinieron a Rozadío los civiles dijendo que el forasteru era un ladrón de los caminos reales que se había vestíu de persona honrá pa gastar los cuartos que robó a estirpiás a los arrieros, escundiéndolos en las cuevas del monte.

Lu llevaron presu, pero pudo decir a la su novia, callanducu, ónde tenía enterraos los caudales.

Una noche jue a buscalos y cava que te cava no paecían; na más que salían cantos coloraos. A juerza de cavar, jizo una joya como una sepultura del camposantu y salían más piedras, pero los caudales no paecían.

Dios la castigaba golviendo piedras colorás las monedas de oru que había enterrau el ladrón de los arrieros y de los caminantes.

Se arañó la cara como una loca y arrancose los pelos por no aleontrar el tesoru.

Al otro día la alcontraron muerta y metía en la joya que había cavau buscando los caudales. Jizo ella mesma la sepultura, castigá por el deu de Dios.

LA HECHICERA

Las cinco leyendas que van a continuación fueron tomadas taquigráficamente a Luisa Merino, 55 años. Sopeña.

Había en un pueblu de Campoo una vieja que repartía to lo que tenía a los probes que pedían limosna en la su puerta. Se llamaba tía Marcela, y toa la gente del lugar la tenía güen aquel porque era limosnera y mu cristiana.

Tenía un hiju mu trabajaor y honrau que jacía limosnas con la su madre y vivían juntucus, quiriéndose con toa el alma, sin desear ningún mal a nadie y dando posá y limosna a tos los probes que lo pedían por el amor de Dios. Apartaban lu pocu que les jacía falta pa vivir y lo que los sobraba era pa los probes y pa los vecinos que tenían muchas necesidaes y no tenían un peazu de borona que llevase a la boca.

El hiju de tía Marcela era siguru y güen mozu. Toas las mozas del pueblu lu miraban con güenos ojos, como deseándole pa pretendiente; pero él, apegau a la su madre y a la su hacienda, no jacía casu de aquellas mirás de enamoramientu que lu echaban las mozas cuandu lu veían en la bolera y en el baile, tan limpiu y tan repeinau, con aquellas blusas tan pespunteás que le jacía la su madre.

Una moza acaudalá se enamoró como una loca del muchachu. Un día lu alcontró en una cambera y lu dijo, callanducu, toa colorá:

- -¿No has arreparau en lo que te dicen los mis ojos cuando te ven?
- -Los ojos no hablan, y yo no he mirau a los tus ojos pa ver lo que me dicen.
 - -Pos los mis ojos dícente lo que siente el mi corazón y la mi alma.
 - -¿Y qué es lo que siente el tu corazón?
- —Pos siente una querencia mu grande y mu honrá pa un hombre que es la mi esperanza y la mi elusión.
 - Y quién es esi hombre que es la tu esperanza?
 - -Pos eres tú...
- —Pos yo también quiero a una moza mu guapa y mu colorá que pon tos los domingos una vasca encarná y un pañuelu de seda, blancu como la mesma nieve.
 - -; Y quién es esa moza del pañuelu blancu como la mesma nieve?
 - --Pos eres tú, que vas a ser la mi esperanza y la elusión de mi vida.

Desde aquel día se jicieron novios y queríanse con tou el corazón.

Pero había otra moza que también estaba enamorá del hiju de tía Marcela. Aquella moza era una envidiosona y parletana. Alampá por el cariñu de los dos novios, púsose mala y desesperá. La envidia la tenía abrasá jasta las entrañas y discurría pecaos endemoniaos pa desbaratar el noviazgu.

Un día jizo una cosa con sangre de culebra y setas malas y, desemulando la su rabia, jue un día a la casa de la novia pa que la cortara un delantal y echó un pocu de aquel venenu en la puchera.

Dende aquel día la probe moza empezó a ponese esmirriá y delgaúca que daba pena vela. Tenía la cara descoloría y los ojos entristecíos como los de una ética. El médicu dicía que era un mal que no se curaba con medicina; y que la moza iba a morise como un pajarucu. Tou el pueblu la compadecía y la consolaba, porque era una moza mu güena y mu honrá.

El hiju de tía Marcela andaba desesperau por el mal de la su moza, y el probe na más que jacía llorar y pedir a Dios que la su novia sanara del mal que la tenía tan triste y tan descoloría.

Una tarde que jue a vela lu dijo la probe moza llorando como una Madalena:

—Voy a morime. Toas las juerzas me se acaban y tengo unos pensamientos mu tristes. Quiero que la mi trenza la cortes cuando yo me muera y la guardas toa la vida si no te casas con otra...

El mozu golvió a casa temblando como si jiciera muchu fríu y contó a la su madre lo que lu había dicho la moza.

Tía Marcela y el mozu enamorau se sentaron en la cocina al lau de la lumbre, llorando desconsolaos, sin hablar na en toa la noche. El mozu no quitaba de la memoria a la su moza, que se iba muriendo la infelizuca de aquel mal que la pegó el venenu de la envidiosa.

A la media noche llamaron a la puerta y el mozu criyó que venían a decile que se estaba muriendo la probe envenená. Abrió la puerta y alcontrose con una vieja tapá con un mantu negru que pedía posá pa pasar la noche.

La vieja entró en la cocina y pidió un pocu de agua y un peazu de borona, pero tía Marcela la apurrió un jarmosau de lechi y la jizo una torta de parrilla por no dala borona dura.

Dimpués de cenar, la vieja del mantu negru dijo a la madre y al hiju:

—Vos conozco en la cara que tenéis una pena mu grande y he veníu a consolavos y a golveros la alegría. Las almas güenas tienen un premiu en la tierra y en el cielu. Vosotros dais limosna a los probes y posá al peregrinu y no merecéis que las lágrimas vos quemen la cara y que vos duela el corazón. He veníu a davos alegría y a quitavos toas las penas, porque sois buenos. Mañana, cuando vaigais a ver a la moza que va a ser la tu hija y la tu mujer, rezais cuatro veces esti rezu: —Quita el venenu de la su sangre; güélvela la salú y la color; dala la alegría y el bien. Páganos con la su salú las nuestras limosnas y la nuestra fe. Quita lo malu y pon la güenu en la su alma y en el su cuerpu.

Dimpués la poneis en la frente la mano derecha y la moza sanará y no se morirá.

Cuando tía Marcela y el su hiju aprindieron el rezu, los dio un besu en la frente y se jue mu despaciu, abriéndose la puerta sola.

Era una hechicera de las que jacen siempre el bien.

La moza sanó y los enamoraos se casaron dempués de acabase los quehaceres en las praerías.

La moza envidiosona no podía ver a los recién casaos y na más que pensaba en jacerlos mal. Una noche de nevá, en que se puso como relocha, tuvo el pensamientu indinu de ir a velos con la disculpa de pediles que el mozu la jiciera un carru de leña, pa echar en los cántaros del agua el mesmu venenu que echó en la puchera.

Cuando salió de casa, se le apaeció la hechicera güena y la dijo:

—¿Aónde vas, mujer? Güélvete a la tu casa y deja a los enamoraos en gracia de Dios. ¿Qué dañu te jicieron pa que los quieras tan mal?

La moza se asustó, pero alampá por el odiu, criyó que la vieja era una fantesía de la su cabeza y jue anda que te anda jacia la casa de los enamoraos; pero principió a nevar con mucha juerza y la cillisca la daba en la cara y no la dejaba andar. En un ratucu la nevá jue grandísima y la moza oyó que la dicían:

-Güélvete a casa y arrepiéntete de los tus pecaos.

Pero la moza no jacía casu de aquellas palabras. Cuando estaba en la metá del pueblu, la nieve no la dejaba andar y la tapaba jasta la cintura. Gritó con toa la juerza y no la oyó nadie y la nieve la iba tapando toa y no podía movese.

Al ser de día, cuando el sacristán iba a tocar las oraciones, la alcontró muerta y retorcía como un velortu, encima de la nieve.

Asina castigó la hechicera la envidia y los pacaos de aquella moza y asina premió la güenura de tía Marcela y del su hijo.

LA MOZA ENCANTÁ

Había una vez una moza mu rebizcona que no le salió nunca la muela del juiciu. La su madre la daba güenos bardiascazos pa que juera formal y como Dios Nuestro Señor manda; pero la indina no jacía casu de los bardiascazos ni de los pellizcos que la daba su madre y cada día era más lela y rebizcona.

Tos los vecinos de Tudanca, de onde era la moza, la ponían mala cara por los berrichines que jacía coger a la su madre. Jasta los mozos la miraban de mal aquel, porque era mu fea y siempre estaba despeiná y con el delantal y las sayas jechos melanes.

Toas las mozas que habían nacíu el mesmu añu que ella iban tos los domingos al baile atotogás y limpias como el oru; pero ella despeiná, con el delantal suciu y la vasca negrucia, que daba gomitaúras el vela, se sentaba en la pared de la bolera, al lau de las que tocaban la pandereta, y allí estaba toa la santa tarde, siendo la risión de los mozos, que la jacían rabiar sin compasión.

No sabía segar ni esparcer un majoma de lombillu de herba. La su madre quiso metela en un asilu, pero la dio lástima de la gritoná que jizo la moza y dejola en casa pa ver si se arripintía y se golvía curiosa y trabajaora.

La indina no se arripintió y la su madre se quemaba toda la sangre viendo a la su hija despreciá de tou el mundu.

Ya había cumplíu los veinte años y tovía, como vos dije, no la había salíu la muela del juiciu, jasta que un domingo jue al baile con el vestíu mu limpiu, las medias bien cosías y mu repeiná.

Toa la gente mirola y los mozos la jicieron rabiar lo mesmu que tos los domingos.

Lo que no podía jacer la su madre con los bardiascazos y con los pellizcos, lo jizo el cariñu, pos la moza se enamoró de un muchachu de güen aquel que tenía güenos carros de tierra. Por eso se peinaba y andaba más arreglá y más limpia, pa ver si el mozu la echaba una flor y la cortejaba. Pero el mozu malditu el casu que jacía de ella.

Desesperá, arripintiose de haber síu de tan mal aquel y se puso mala de esi mal que llaman malenconía y que lu apega el cariñu cuando no es correspondíu.

Una hechicera, compaecía de la muchacha enamorá, se la presentó un día y la dijo:

—Si eres limpia y trabajaora y no das que jacer a la tu madre, he de regalate unos vestíos mu majos y una sortija y unos pendientes de oru. También te daré unas gargantillas de plata pa que las pongas el día que te cases con el mozu que quieres, porque si eres güena y curiosa, jaré que te cases con él. Si antes de casate te pones las gargantillas, darete un castigu.

La hechicera jizo aquellos regalos a la moza, que casi se golvió loca de alegría. Los vestidos eran más majos que los que usan las principesas del rey, y la moza jízose formal y trabajaora como toas las muchachas del pueblu.

El mozu que ella quería jizo casu del su cariñu y jueron novios por el milagru de la hechicera.

Un día que hubo romería en Reneo, la mocedá de Tudanca traspasó el monte pa ir a la función. La hija del regidor llevaba una gargantilla de plata que la habían mandau de Caíz, y la moza favorecía por la hechicera, envidiosona y coraginá, golvió a la su casa y púsose la su gargantilla, desubedeciendo a la hechicera, que quería que la pusiera el día de la boda.

Cuando la mocedá golvía de Reneo, se la desató a la moza una cinta de la alpargata y se quedó un pocu atrás pa atala. En aquel mesmu momentu se la presentó la hechicera y la dijo mu enfadá:

—No me jiciste casu y te pusiste la gargantilla de plata. Te dije que te iba a dar un castigu y voy a dátele pa toa la vida.

Tocola con la picalla y la moza se golvió piedra, y allí está al lau de la cambera jaz más de cien años, pa que sea el escarmientu de toas las mozas desubedientes y envidiosas.

EL CUEGLE DE LA PEÑONA

El cuegle tenía cinco estómagos y cinco ringleras de dientes, como los lobos. Había unu que tenía la cueva en la Peñona, que era mu gordu y mu tragón y que lu mató un osu que lu encontró escalabrau por espeñarse por un terreru del monte.

El animalón era chicu, pero mu gordu y tenía la cara lo mismu que los hombres, pero mu negra y con una barbona mu larga. Tenía tres manos y encima de la cabeza un bultu que paecía un cuernu, pa joracar la tierra y sacar las orugas, que lu gustaban muchu. También usaba el cuernu pa matar a los animales que alcontraba dormíos en el monte. En las tres manos no tenía deos, pero tenía mucha juerza y ajogaba a los animales grandes que no podía matar con el cuernu de la cabezona.

El cuegle de la Peñona, que jue el último que anduvo por acá, era hiju de una anjana maldecía y de un oso, pos los cuegles nacen cuando se ajuntan las anjanas y los osos viejos, que diz es una vez cada trenta años. Andaba de pie como las personas y se escundía detrás de los matorrales pa repañar a tos los bichos que lu gustaban pa comer y los tragaba con pelleju y to, dimpués de sacalos los ojos y de quitalos las garduñas pa que no le lijaran en el estómagu.

Una vez, hubo un mal en el ganau y se murieron ocho ovejas en el monte y a toas las cumió el majoma del cuegle. ¡Era más tragón que un demoñu!

También le gustaban los críos chicucos y robaba jasta con el escanillu a tos los que no tenían un ramu de acebu y otru de barroscu encima de la cuna. En cuantu golíase el acebu y el barroscu rutaba como un demonión y no cogía al críu.

Cuando eran chicos la anjana maldecía los daba de comer hojas de acebu y de barroscu pa jartarlos, y dimpués, como estaban aburríus de esa cumida, en cuantu que la veían, corrían como si los llevara el diablu.

El cuegle de la Peñona bajaba tos los domingos al pueblu, mientras la gente estaba en misa, y entraba en las casas y comía to lo que alcontraba, menos la lechi, que los inflaba la barriga y se morían. Una vez entró en el palaciu de Terán y cumió el mu tragón cinco panes cutianos, cuatro docenas de chorizos, dos pastrales, un lomu y encima más de dos celemines de castañas y unu de nueces, con cascu y to. Otra vez entró en un gallineru y cumió nueve gallinas, un gallu y dos docenas de güevos. No se veía jartu nunca y en cuantu cumía ya tenía otra vez jambre. Pa dormise se jacía una bola como los ciempiés y cuandu lu dulía el estómagu de tantas jartás, cumía unas yabazas y un pocu de pan de culebra y se le quitaba.

Por ser tragón se despeñó el mu demongrón. Habían soterrau una vaca, que diz que muriose de una solenguana, y quiso dar un blincu pa saltar un terreru y como aquel día había comío muchu y estaba mu pesau se despeñó, rumpiéndose las patas y el espinazu. Al pocu ratu vino un osu y lu remató pa comele.

Diz que los cuegles tienen la sangre blancucia y una nube en los ojos.

En el brazo derechu tien unas manchones verdes y en el pescuezu un collar encarnau, que de noche relumbra como el oju de un lobu.

Las rámilas y los zorros son los animales que más le gustan, y en el inviernu, cuando hay mucha nevá y no pue salir de la cueva, joraca con el cuernu y come las orugas mezclás con tierra.

Cuando se muere salen del su cuerpu podríu unos gusanos grandones, la metá encarnaos y la otra metá blancos, y de estos gusanos nacen unos bichos como lumiagos que nadie sabe ónde se meten.

La persona que alcuentre a un bichu de esos y lu tenga siempre en el bolsillu metíu, en daque caja, no se morirá jasta más de cien años y tendrá toa la vida güena cosecha, pos esi bichu da la güena suerte, que a tos deseo y a mí que no me falte.

LA ARRASTRÁ

Erase que se era una probe moza amarillucia de color y con un cuerpu que daba compasión mirala.

Habíase quedau güérfana, sin más amparu que'l de Dios, que nunca falta a los desgraciaos, y sin más caudal que los sus brazos y la su honra.

La gente la llamaba la Arrastrá, porque siempre andaba la mi probe vestía con melanes, alampá de trabaju en las mieses y en los praos pa ganar un peazu de borona y caltener aquella vida entristecía que le ajuegaba en el su corazón toas las elusiones.

Compaecía la gente de aquella creatura tan güena y trabajaora, dábanla con güena voluntá alguna embozá de fisanes y daque escudillá de lechi, pa ayudala a llevar la vida.

Una tarduca, cuando golvía del monte con un coloñu de leña, al tresponer una cotera, alcontrose con una anjana que estaba sentá en la rigüelta que jacía el senderu.

La Arrastrá asustose de la anjana y mirola asustá, como si juera un demoñu de mengue o algún malinu de los que jacen desgracia.

La hechicera arrimose a la Arrastrá, que jacía temblíos de miedu, y la dijo con voz mu suave, jaciéndola caricias en la mano:

—Te estaba esperando, Arrastraúca; no quiero jacerte mal; quiero quitate la tristura; quiero ponete colorá la color y alegrucos los ojos y tresnau el cuerpu... Aposa el coloñu y vente conmigo, Arrastrá.

La Arrastrá, que anque sabía que las anjanas no jacen mal si la persona es honrá y cristiana, había cogíu algo de respetu; pero juese detrás de la hechicera y anda que te anda por la cuesta arriba jasta llegar a los Castros, que están por subir a la brañuca.

La anjana dio con el palucu en una resquicia de una peña y abriose un joracón, jaciendo entrar por él a la moza, alcontrándose con una casuca de principesa, enriquecía con unos adornos que jacían perder el sentíu.

Lo primero que jizo la güena hechicera jue vistir como la hija de una marquesa a la Arrastrá y peinala con un peine de oru.

En finiquitu, la anjana cudió a la moza como si juera su mesma hija, jaciéndola caricias y dándola toa la querencia del su corazón.

Pocu a pocu jue teniendo la Arrastrá otru aquel, y cuando viose jecha una guapa moza, alcordose de la su casa y del su pueblu y picola el ujanu por golver a él.

Pasó mucho tiempu; toas las tarducas salían de la cueva y andaban por el monte.

En aquellos paseos, cada vez que la moza veía la torre del pueblu, dábanla ganas de golver y dar envidia a las mozas con la su guapeza.

El pecau jue jormigueando en aquella concencia; la güena voluntá se iba acabando pocu a pocu ajoracau el corazón con los liegrazos de la fantesía. La concencia golvíase cada día más rebequecía...

Aquella moza que había síu tan güena cuando era desgraciá, tenía adrento el lobu que la había de comer la honra.

Apeñascá, la indina, en la güelta al pueblu, no quería golver probe: quería llevar las riquezas de la anjana pa no pasar jambres ni miserias.

Y el enemigu malu, que jinca la dentellá cuando menos se piensa, la preparó el caminu.

Una tarde de inviernu mu triste y mu fría, cuando golvían de dar el paseu por el monte, espenzó a nevar con mucha juerza. La anjanuca, como cratan chica, se la metían los pies en la nieve y casi no podía andar. Todavía faltaba un güen trechu pa llegar a la cueva.

La Arrastrá, enloquecía por la ambición, pensó la mu raposa que dejando sola a la anjana tenía tiempu de ir a la cueva y antes de que ella l'egara escapase con los tesoros. Y así lo jizo la maldecía. Corrió sin jacer casu de las voces entristecías de la anjana, que quedaba sola arrodeá de nieve.

Llorando de pena, viendo cómo la pagaban aquella güena voluntá, viose perdía pa siempre. Y allí, en metá de la braña, dando gritos de angustia, sin poder movese quedó sepultá en la nieve, como un pajarucu que le coge la ventisca sin poder golver al nial.

La Arrastrá llegó a los Castros. Mitió la mano en la resquicia de la peñona, pero el joracu no se abría, porque no conucía el secretu de la anjana. Ajirma que te ajirma, llegó la noche y el joracu sin abrirse, y cansá y desesperá, viendo que no podía robar los caudales de la hechicera, comprindió la maldá que había jechu. Y diz que al otru día unos albarqueros echaos del monte por el mal tiempu, alcontraron, un pocu más abajo de los Castros, unos huesos y peazos mordiscaos de carne y de vestíu.

Dios, por la boca de los lobos que la cumieron, castigó a la Arrastrá indina.

(Vid. n.º 9).

LAS CALABAZAS DE ORO

En Rozadío había una moza mu guapa que se llamaba María.

Los sus padres tenían güena hacienda y querían casala con un mozu de su parigual, pa juntar las haciendas y jacerlas las más tresnás de tou el valle.

Al lau de la casa de María, en la mesma curraliega, vivía un mozu que se llamaba Nel, que también tenía güenos carros de tierra y una jartá de aparcerías.

Un día hablaron los padres de los dos muchachos y los jicieron novios. Nel era un mozón jasta'allá, altu y reciu y bien apegau al trabaju. Nadie le mojaba la oreja en tos los aqueles de la labranza y en los partíos de los bolos.

Cuando se jizo noviu de María, toas las mozas del lugar tuvieron envidia y las entró la solenguana como a los güeis y a las vacas.

Los novios, que en hacienda y en tresnaúra eran tal pa cual, pelaban la pava toas las noches debajo de un nogal que había en una campuca de la curraliega onde vivían y paez que se querían con toa el alma.

Campaban en tos los bailes y a María pusiéronla el campanu de la guapura en toas las romerías a que jue con el su mozu. Nel estaba chiflau por la su novia y queríala con tos los sentíos y con tou el corazón; pero María tenía un aquel más fríu, y onque lu quería algo, no estaba mu adrento el cariñu. Tenía más apego a los carros de tierra y a los caudales del novio que a la su traza y al su cariñu.

Jue pasando el tiempu y los novios seguían pelando la pava debajo del nogal de la campuca que estaba en la mesma curraliega onde vivían, jasta que un día Nel no pudo cortejar a la su moza. Jue al monte a jacer un carru de leña y lu cogió debajo un abedul de los más altos, dejándole al mi probe mediu muertu y con una pierna partía por la metá. Lu trajeron a casa en unas angarillas y el médicu puso la cosa mu negra. Entre médicos y boticas, gastaron los padres del mozu casi to lo que tenían, vindiendo muchas tierras y muchos praos, pa que el su hiju no se muriera. María iba tos los días a vele, pero cada día lu jacía con menos correa, porque decía que tou el caudal lu llevaban en las curas y las midecinas. Nel estuvo en la cama mediu añu, consumíu por las lijaúras de la pierna partía y por las descalabraúras

de la cabeza y del espinazu. Cuando sanó y se levantó de la cama, na més que lu quedaban las vacas uncieras, un pocu de recilla, dos tierras, un agreu y un par de praos. Estaba como quien diz probe de to en comparanza con lo que tenía antes de caese debajo del abedul.

Los padres de María, los sus hermanos y la mesma moza empezaron a mirale con mal aquel, y una noche se ajuntaron en la cocina y alcordaron, los mu ambiciosones, dejar plantau al probe mozu, que era el mesmu trabaju y la mesma güenura.

Al pocu tiempu de sanar, Nel barruntó por las mirás y por los desprecios de la su novia que había mudau de pensamientu y que jacía falta trabajar como un negru pa golver a jacerse el amu de los praos, del ganau y de las tierras que habían vendíu los sus padres pa curale.

Pero una mañanuca, al asomarse al correor pa ver la cara del día, vio que lu habían puestu unas calabazas roteñas mu grandonas arrimás a los barandales. Jue a tiralas a la corralá, ajogau por la desilusión, y al coger una no pudo alzala por lo muchu que pesaba. Eran unas calabazas de oru relumbrante que valían un tesoru. Nel dio gritos de alegría, curriendo por la sala como un locu y palpándose los ojos pa ver si estaba dormíu. Pero era la pura verdad, pos las calabazas eran del mesmu oru.

Al otru día golvió a comprar toa la hacienda que había vendíu pa pagar a los médicos y a los boticarios.

Dios Nuestro Señor, que premia toas las güenas acciones de la gente y castiga tos los pecaos, había convertíu en oru las calabazas que los hermanos de la moza egoistona habían puesto por la noche en el correor de Nel.

María pidió perdón al mozu y esti la dijo esta razón:

—Me quisiste ricu y me aborreciste probe. Ahora que soy ricu por un milagru, me güelves a querer y ahora no te quiero yo. Que Dios te ampare y que Dios te perdone el mal que me jicistes.

Esta es una guena lición pa tos los que quieren más los carros de tierra que los aqueles del corazón y del cariñu honrau y verdaeru.

LA TORCA DEL CONDENADO

Teresa Fernández, 50 años. Sopeña.

Esto pasó cuando había muchas guerras entre cristianos y judíos.

En un palaciu de Barcenaciones estaban de criaos un mozu de Selores y una moza de Los Tojos, que se jicieron novios de buena ley, como las personas honrás que tienen la conciencia sin mancha.

De antes, los mozos y las mozas tenían mejor aquel y eran más formales y más cristianos.

Los dos criaus del palaciu de Barcenaciones, que lu tiró el ríu Saja en una llena mu grande, queríanse con mucha juerza y no podían pasar el unu sin el otru, que es como debe ser el cariñu cabal y verdaeru, pa que dure hasta que Dios mos lleve onde quiera y onde merezcamos.

La moza ayudaba al mozu en los sus trabajos y el mozu, que veía por los ojos de la su novia, la ayudaba en las sus obligaciones, con güena cara y con güena voluntad.

Después que ahorraron algunas soldás pa comprar lo que les hacía falta, pidieron permisu al amu y se casaron pa siempre en la iglesia de Bárcenamayor.

Al pocu tiempu de casase, los visitó el amu pa deciles que si querían golver de criaos al su palaciu los daría más soldá y los miraría como si jueran de la su misma familia por lo güenos y lo trabajaores que eran.

Agradecíos y muy contentos por lo que les decía el amu, golvieron a ser criaos con güen aquel, onque la moza veía que el amu la miraba con güenos ojos y la echaba flores cuando no lo veía el su hombre.

A los pocos días de golver al palaciu los recién casaos, se armó una guerra y tuvo que ir a ella el amu de los mozos y muchos señores de tos los pueblos de esti valle, que jueron llamaos por el rey.

El recién casau jue a la guerra de criau del señor y la su mujer se quedó de encargá del palaciu, mandando a los otros criaos y las otras criás.

La guerra duró muchu tiempu, hasta que los cristianos pudieron a los enemigos, despeñándolos por los castros y ajogándolos en los pozos más hondos de los ríos.

Después que se acabó la guerra golvieron el amu y el criau a Bárcenamayor, montaos en dos caballos percherones mu majos, tapaos con esas mantas adornás que se apaecen a los mantones que traen los indianos y los sevillanos pa las sus novias o pa las sus hermanas.

En el caminu se alcordaba el amu de la guapura que tenía la mujer de su criau y dábale envidia. Los malos pensamientos no le dejaron en paz en tou el caminu. Quería el indinu cortejar a la mujer del criau pa que se entendiera con él como las mujeres endemoniás y los hombres falsos y ruines.

El pecau le tentó en el pensamientu y locu de rabia arrimó el su caballu al del criaŭ y le mató con la espada, enterrándole a la orilla del caminu en un matorral. El pobre criau, que había serviu al su amu con tou el corazón y con toa la voluntá en el tiempu que duró la guerra, quedó enterrau como una vaca encarbunclá, sin compasión ni aquel de lástima.

El amu indinu siguió andando sin mirar p'atrás y llegó al palaciu al anochecer.

Al pocu ratu de llegar, preguntó por la mujer del criau pa decila que lu habían matau en la guerra y que él la quería y que estaba enamorau de ella; pero los otros criaos lu dijeron que la probe moza se había muertu de tristeza por no saber na del su hombre y creer que le habían matau en la guerra.

El amu se puso desesperau y quiso matar a tos los criaos con la espada que traía. De na le había valíu matar al criau pa perder a la su mujer.

Rutando como un demongrón, se jue al su cuartu dando patás en el suelu como un caballu picau por la mosca.

Cansau y remordíu por la conciencia, se acostó y quedose dormíu como si juera un benditu de Dios. A la media noche, despertose y vio sentá a los pies de la su misma cama a la mujer del su criau, vestía con una vasca encarná y con una saya negra. Tenía la cara blanca como la nieve y unos ojos entristecios como una corderuca.

El amu asustose como si viera al osu y la moza lu dijo, con una risuca que paecía que era un lloru:

—Le han engañau, porque yo dije a los criaos que lu dijeran que me había muertu pa dale esta sorpresa; pero no me he muertu, y como el mi hombre murió en la guerra, quiero corresponder al cariñu que usté me tien con toa el alma y con tou el corazón. Yo le quiero mesmamente que usté a mí.

El amu, que se había acostau vestíu, levantose corriendo y locu de contentu pa abrazar a la moza, pero la criá echó a correr riendo como una tonta, pa jacerle creer que lu quería, y no pararon hasta el jardín, onde el amu alcanzó a la criá.

Después, agarraos del brazu, jueron por el caminu por onde había güeltu de la guerra el señor del palaciu.

Hablaban como dos enamoraos y el amu la dicía lo que la quería y los vestíos que iba a comprala pa pagá el cariñu que la tenía.

Asina llegaron al sitiu onde el amu mató al criau. La noche estaba mu güena, pero cuando llegaron al matorral se puso muy oscura y sonaron los truenos y después muchos relámpagos.

La moza miró con mucha rabia al amu y le dijo:

—No te engañaron los criaos, no. Yo soy el alma de la mujer del que mataste y que está enterrau en el matorral. Me he apaecíu a ti pa castigate en el mesmu sitiu en que mataste al mi hombre.

El amu echó a correr asustau por el alma de la criá y por los relampaguíos; pero sonó otru truenu más juerte y se abrió una torca en el caminu, tragando al condenau, que cuando se sepultaba en la torca vio al alma de la criá agarrá a la mano del su hombre, subiendo los dos arrimaúcos hacia el cielu, como si tuvieran las alas de los ángeles. Por eso se llama La Torca del Condenau.

Tovía no haz muchos años cuando los novios se pregonaban en la iglesia iban a La Torca del Condenau y se hacía una romería.

Después de la romería, los novios se arrimaban a la torca y agarraos de las manos decían esti rezu:

—"Líbramos de los pensamientos malos. Que seamos el unu pa el otru pa toa la vida en nuestra mesma casa y no en la ajena. Líbramos de las falseades y de la envidia y llénamos de cariñu y de fe".

LA JUENTE BENDITA

José Díaz, 15 años, Carmona,

...Pos esta es la juente bindita. Tos los mozos y toas las mozas, cuando se casan, vienen a beber esti agua en una tarreña blanca que tien pintá una cruz morá. Dempués que beben el agua, dan un sorbu a los padrinos y lo que queda en la tarreña lo bebe la güela más vieja de los novios.

Una vez un mozu de Gustiriguao, que venía a cortejar a una moza del barrio de la presa, emporquerizó el agua de la fuente y la llenó de piedras, como riéndose el mu indinu de tos los vecinos de Carmona, que querían a la juente mesmamente que a los sus hijos.

Cuando se casó el mozu de Gustiriguao con la moza de esti pueblu, no jueron a beber el agua de la juente en la tarreña blanca, y el alma de la anjana que está enterrá a la orilla del esti regatucu, los castigó con toa la su juerza, y cuando tuvieron el primer mozucu, nació con los ojos reviraos y con unos granones que ajedían a pudríu encima de los ojos y en los mesmos jocicos. Tenía las dos patucas tuertas y un bultu mu grande en metá del espinazu. Cuando lloraba no lo jacía como las presonas y daba unos berríos lo mesmu que un bellucu escurriau. Cuando cumplió los diez años se escapó por el monte y golvió en el inviernu, cuando había nevás en tos los pernales. Diz que traía to el vestíu jechu un melán y tenía pelos como los del tasugu en la cara y en el pescuezu, y dimpués se murió un día al lau de la mesma fuente que emporquerizó el su padre, onde lu cumieron los lobos.

Dende aquel día tos los recién casaos van a la juente pa beber el agua y pedir de rudillas al alma de la anjanuca que los libre de toas las maldaes y de toas las desgracias.

El agua de esta juente diz que está bendicía. A los que vienen a vela el mesmu día del casoriu, les jaz que tengan unos críos mu majos y mu coloraos, y los que no vienen tienen unos hijos medio relochos y lelos, con una cabezona mu grande y con unas patas más delgaúcas que una bardiasca de avellanu.

Dicía mi güela que el agua de esta juente es bendecía pa los güenos y maldecía pa los malos y que curaba la malenconía de los enamoraos y las tristuras de los viejos que andan por el pueblu muertos de necesidá y por el despreciu de los sus hijos.

Tos los años, cuando se cogían las panojas en la mies, había una fiesta en esti campu y cada vecinu daba media docena de panojas a un hombre que limpiaba tou el añu la fuente y daba güenos bardiascazos a los críos que la manchaban.

Ahora tovía se quier muchu a la juentuca, pero no como endenantes, pos los mozos y las mozas, onque beben el su agua, no tien muchu aquel pa querela como Dios manda.

MANUEL LLANO

Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, 1929, 301-333.

ÍNDICE



1.	Ricardo León. "Las horas del amor y de la muerte" 13
2.	Ante el Centenario de Santa Teresa de Jesús 14
3.	Notas de la Montaña. "La juente de la risa y la juente del lloru" 17
4.	Notas de la Montaña. "Creí que era un mulu y es un home" 19
5.	Notas de la Montaña. "La anjanuca blanca" 2
6.	Notas de la Montaña. "La cotera de los cantos maldecíos" 24
7.	Notas de la Montaña. "Hay cosas que están cambiás" 22
8.	Un libro de versos. "Flores de mi tierra"
9.	Notas de la Montaña. "La onjana y la arrastrá"
10.	Rápida. Ante la fiesta de la Raza
11.	Una novela. "El amor de los hombres"
12.	Notas bibliográficas 4
13.	"Las cosas del señor López Tuero". Nimiedades, majaderías y simplezas 4
14.	"Educación social". Propagandas feministas 40
15.	Una novela y un libro de versos 44
16.	Una novela interesante. "El vellocino de plata" 5
17.	Una novela. "La maldad de las almas" 55
18.	Verdades amargas. El problema social agrario 55
19.	En el Ateneo. Lectura de cuentos del señor Aranaz Castellanos 56
20.	"Juanito Ponce". La novela de un calavera regenerado 60
21.	Leyenda histórico popular. "Blasones y tradiciones" 6
22.	Un monólogo. ;; Pobre madre!! 6
23.	"Pepina". Una novela montañesa 6
24-26	
27.	Las novelas de amor. "Corazón que sangró 7
28.	Por tierras montañesas. "Lo que vi en Barroscales" 7.
29.	La prehistoria. Interesante conferencia del P. Carballo 7
30.	Temas interesantes. ¿Quiénes eran los cántabros? 8
31.	Por tierras montañesas. "Metamorfosis de Estirpiales de la Lera" 8
32.	Por tierras montañesas. "La madre loba" 8
33.	Arpegios. Un libro de versos místicos 8
34.	Santillana. Una leyenda montañesa 8
35.	Cuentos de la Montaña. "La mentira de Lucas Seco del Tejar" 9
36.	La valiosa obra de Don Jesús Carballo 9
37.	Un libro de versos. "Trovas del peregrino" 9
38.	Preparando un libro. Jesús Cancio, el poeta del mar 9

39.	Literaturas del norte. La obra de Concha Espina	101
40.	Literatura infantil. El periódico del niño	103
41.		105
42.		107
43.		108
44.		111
45.	Torona do youdan sa provincia que se servicia que se servicia de se	112
46.		114
47.		116
48.	Clasicismo y modernismo. No hay que pedir novedades a las modas fo-	
		119
49.	Feminismo. "Sed como vergel cerrado"	121
50.		123
51.		124
52.	11 vacua pranta successor / neuroscot der ment	126
53.	The industry do do process and	128
54.		130
55.		131
56.	,	134
57.	,	136
58.	•	138
59.		141
60.		143
61.		145
62.	Caminos de la Montaña Hablando con un poeta que no sabe leer ni	
		147
63.		150
64.		154
65.	Los grandes novelistas. Se pide el Premio Nobel para el ilustre escritor	
		156
66.		158
67.	Ante el Centenario de Beethoven. Las lamentaciones de los escritores pe-	
		160
68.		161
69.		163
70.		165
71.	Caminos de la Montaña. "El acontecimiento extraordinario que indignó a	
		167
72.		169
73.		170
74.		172
75.		183
76.	and the second s	186
77.		195

78.	El buen feminismo. Falta el bronce en el corazón de la mujer	197
79.	Las bibliotecas populares. El Comité Hispanoamericano inicia una plau-	
	sible campaña	199
80.	Después de un Centenario. Los plañideros del romanticismo	200
81.	Así nace el odio. Los avaros y los miserables	202
82.	Un poeta y un literato. El liberalismo en la literatura	203
83.	Una escuela para novias. El doctor que hará felices a los matrimonios	205
84.	El cuento del sábado. La despedida	207
85.	Hablando con Rosarito Iglesias. La "actriz castellana" que triunfó en	
	Barcelona	209
86.	Poesía andaluza. Las auroras de Mograr	211
87.	Los dramas de la miseria. La culpa de los ricos que no saben serlo	213
88.	"La Caridad de Santander". Han disminuido considerablemente las sus	
	cripciones	215
89.	Caminos de la Montaña. Las pesadumbres de los viejos	217
90.	Los picaros modernos. Una profesión muy difícil y complicada	217
91.	El cuento del sábado. La moza que se casó por caridad	217
92.	En contra de la civilización. El escritor que se enamoró de la India	220
93.	La carta de un suicida. El hombre que no encontró un amigo	222
94.	Caminos de la Montaña "El sol de los muertos"	224
95.	Julio Verne. El grumete de la fragata "Coralie"	224
96.	Caminos de la Montaña "Las ambiciones del sarruján de Jongaya"	225
97.	La crisis del matrimonio. Coquetería, vanidad y adorno	22e
98.	La caridad de los opulentos. Desventurados los que no hacen buen uso	
	de sus riquezas	227
99.	Divagaciones. La inmoralidad y las andanzas de un futurista	229
100.	Caminos de la Montaña. Las marzas	230
101.	Una novela costumbrista. "La canción de la tarde"	231
102.	Curiosidades literarias. Las poesías más extravagantes	233
103.	Relaciones hispanoamericanas. Los endecasílabos y la Exposición de Sevilla.	235
104.	Informaciones montañesas. "Los misteriosos lamentos de la casa del alma"	236
105.	Los nuevos novelistas. "El hombre que fue a la India"	243
106.	Informaciones montañesas. Una tragedia de amor en la "Cueva de la Mora".	244
107.	Lo que nos contó "Corazón sangriento". Unas horas con los "Boy-Scouts"	
	santanderinos	250
108.	Informaciones montañesas. "Al cura de Llendejoso le robaron el "sobeo"	254
109.	Informaciones montañesas. "Ya vien el indianu cargau de perras"	254
110.	Informaciones montañesas. "La peña de los enamorados"	254
111.	Cuando no hay pan. Las lágrimas de los hijos y la honradez	255
112.	"La novia del paje". Los guisos del desventurado Montiño	257
113.	Informaciones montañesas. "La "anjana" que se enamoró de un cabrero"	258
114.	Informaciones montañesas. "La ambición del mayorazgo de Horcajales"	260
115.	Campañas sociales. Primero, el cuerpo; después, el espíritu	261
116.	Impresiones breves. El páramo y la montañ	262

156.	Prosa aldeana. La leyenda de la "principesa" mora que murió de pena
157.	En pocas líneas. La cara dura
158.	En pocas líneas. La querella de los mercaderes
159.	En pocas líneas. El tendero que compró un blasón
160.	Prosa aldeana. Lo que nos contó una "adivina" del riñón de la Montaña.
161.	En pocas líneas. El desarme naval
162.	En pocas líneas. La mesnada de los respingos borreguiles
163.	En pocas líneas. Los diezmos que no quitan el hambre
164.	En pocas líneas. La querella del hambre
165.	En pocas líneas. La bolsa y el limosnero
166.	En pocas líneas. La sociedad de las buenas letras
167.	En pocas líneas. Las aventuras
168.	En pocas líneas. El cinematógrafo y la infancia
169.	En pocas líneas. La falta de educación
170.	En pocas líneas. La parábola divina
171.	En pocas líneas. Las comunidades ciudadanas
172.	En pocas líneas. El cintarazo
173.	Esbozos
174.	En pocas líneas. La poesía del emigrante
175.	En pocas líneas. La niebla y el resplandor
176.	Esbozos. Fraternidad
177.	En pocas líneas. La nochebuena
178.	En pocas líneas. El secreto de los tiempos
179.	En pocas líneas. La abulia de los periodistas
180.	En pocas líneas. Nuestro homenaje
181.	En pocas líneas. La escuela del emigrante
182.	En pocas líneas. Doña Antonia de Monasterio
183.	Esbozos
184.	Esbozos
185.	En pocas líneas. La sugestión y la veda
186.	En pocas líneas. El cura de Bouzas
187.	Esbozos
188.	Esbozos
189.	En pocas líneas. Las curanderas
190.	Esbozos. Los que engañaron al lobo
191.	En pocas líneas. El luto
192.	En pocas líneas. Heyse
193.	En pocas líneas. Vicente Medina
194.	En los puertos de Palombera. "Las cuitas de "Tilín" el "sarruján"
195.	En pocas líneas. El poeta de Comillas
196.	Leyendas ingenuas. "Los caudales que se convirtieron en piedras bermejas"
197.	Literatura montañesa. "Añoranzas de la tierra"
198.	Del folk-lore montañés. "El enemigo de los niños"
199.	Cuentos montañeses. "La nieta"

		Págs.
		_
944	Esbozos. El romance de los cascabeles	446
	Esbozos. El señor Cipriano	449
	Esbozos. La alegría de la casa	452
	El cuento del domingo. "Cuando güelvas"	455
248.	En el Ateneo popular. Cursillo de Manuel Llano	457
249.	Esbozos. Muñecos de arcilla	460
250.	Esbozos. Almoneda	463
251.	Esbozos. Los templarios	465
252.	Eshozos. Los viejos	468
253.	Mitos y leyendas populares recogidos de la tradición oral	470

